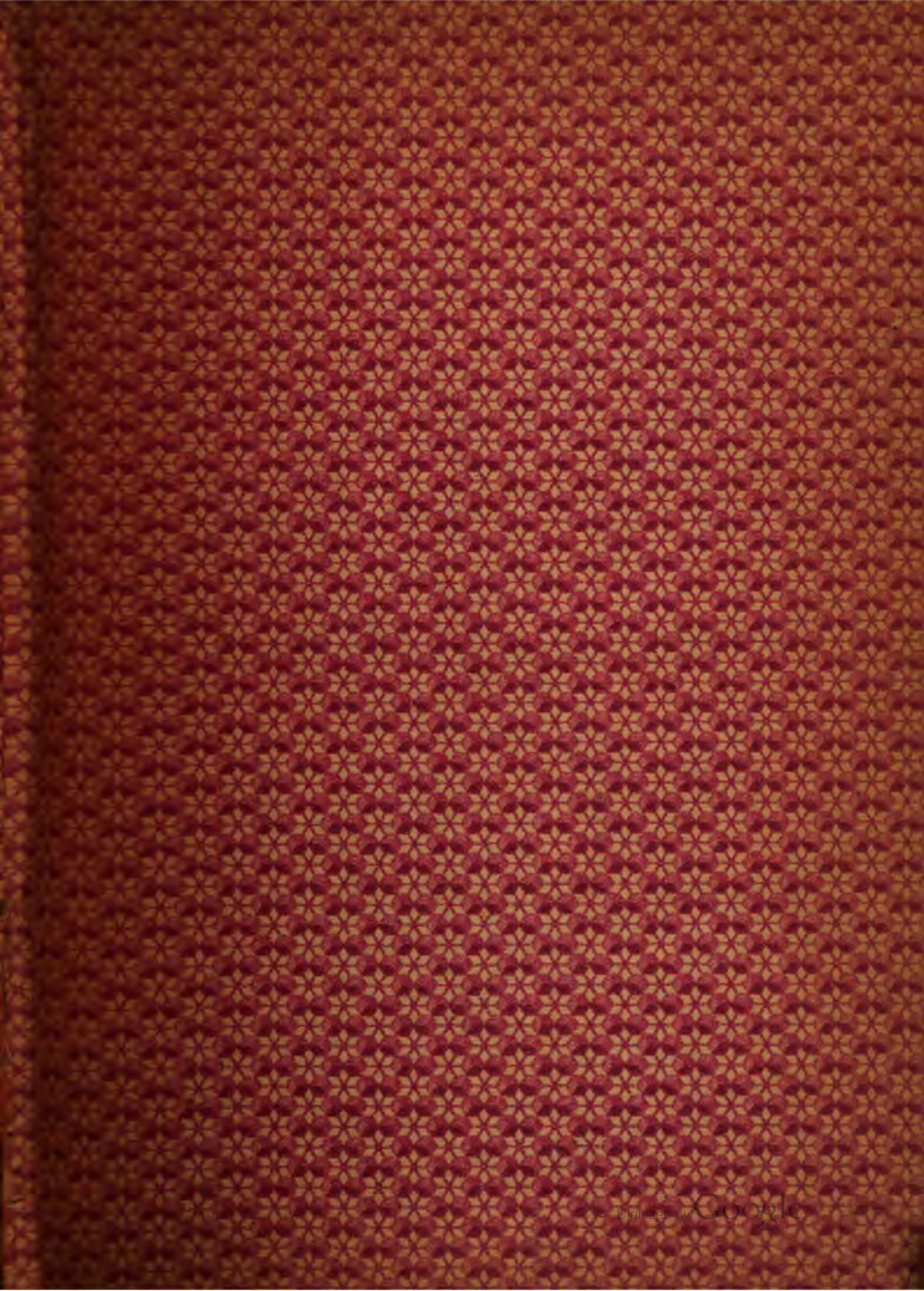

HG RG
Cave! ne cadas.
MEXICI NONIS JUNII a.D. ∞IOCCCLXIX.



1. Guerrero, Vicente, pres., Mexico, 1783-1831 — [illegible]

7

AH

2|3|I

5/e

Leyendas Históricas de la Independencia

LEYENDAS HISTORICAS

DE LA

INDEPENDENCIA

ESCRITAS POR

IRENEO PAZ.

LEYENDA SEXTA

GUERRERO

SEGUNDA EDICION

MEXICO

IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE IRENEO PAZ

Segunda del Relox número 4.

1894

N. Y.

CAPITULO I.

EL JURAMENTO.

No habia terminado el año de 1817, que fué uno de los mas funestos para los sostenedores de la bandera levantada por el cura Hidalgo proclamando la libertad de la Nueva España y comenzaban á correr los primeros dias del mes de Setiembre, sin que se notara en modo alguno que cambiara para aquellos valientes la perspectiva. Tras la infausta noticia que se esparció por el país como la sombra de un eclipse del último fracaso de Mina y la ocupacion del fuerte del Sombrero por el ejército de Liñan, las tropas del Sur que habian comenzado á reponerse de sus continuos descalabros merced á la incansable actividad de sus gefes Guerrero y Bravo, habian sufrido otro golpe, obligando á los dispersos á refugiarse en las riberas del Mezcala, en donde esperaban recoger algunas partidas que habian sido llamadas, de las pocas que

expedicionaban ya por Oaxaca y Michoacan. Solo habia unos árboles, una hondonada y en el fondo una casucha, en donde se encontraban dos hombres, cuidados por otros veinticinco, que diseminados y teniendo sus caballos de la brida esperaban afuera órdenes superiores.

Los dos hombres que estaban dentro de la cabaña, eran los generales don Vicente Guerrero y don Nicolás Bravo. El primero estaba sentado en un huacal, sobre sus rodillas tenia apoyados los codos y su cabeza inclinada estaba sostenida por ambas manos. Bravo, mas retirado y sentado tambien en un pedazo de viga, hacia círculos en la tierra con una varita que tenia en la mano derecha, dejándose probablemente guiar cada uno por el hilo de los pensamientos que le dominaban. Un suspiro lanzado por Guerrero fué lo que hizo levantar la cara á Bravo, fijarse en la actitud melancólica de su jefe, y preguntarle:

—¿Sufre su excelencia algun dolor?

—Aquí no hay ninguna excelencia, sino el amigo, dijo Guerrero, quitándose las manos de la cabeza y dejando ver su semblante lleno de energía, pero nublado momentáneamente por grave afliccion. No tengo ningun mal, siguió diciendo, lo que tengo es tristeza y pocas esperanzas de que nosotros solos podamos hacer alguna cosa de proyecho.

—¿Nosotros solos, general?

—¿Pues quienes más?

—Todavía viven los Rayon, los Liceaga, los Torres, los Victoria, Verduzco, Yarza, Navarrete, Anaya y

otros cientos de insurgentes notables que seria largo de contar y los cuales con tanta desgracia como nosotros siguen presentando al enemigo la resistencia que les es posible y haciendo por la patria sacrificios heroicos que con letras de oro serán escritos en la historia. El mismo Mina que se dá como prófugo ó muerto en las Gacetas, es facil que vuelva á aparecer.

—¡Es verdad! Los hombres se hacen injustos en sus momentos de desesperacion. Tambien ellos han de pensar que nosotros no hacemos todo cuanto podriamos hacer en servicio de nuestra causa; y sin embargo, ¡bien sabe Dios cuantas noches nos las pasamos sin dormir, sin tomar el menor descanso, y cuántos dias tambien andamos discurriendo sin encontrar ni una yerba amarga con que nutrirnos! Bien saben los mismos españoles cuantas veces nos han visto salirles al encuentro sin armas y sin municiones, casi entregándonos inermes á que nos atravesaran el pecho, haciéndonos el ánimo de acabar de una vez con una vida que no puede servir para nada.

—En fin, general, esta derrota que sufrimos ni ha sido la primera, ni ha de ser la última.

—Esta derrota me ha impresionado mas que ninguna otra, sin embargo, porque ha sido causada en el punto mismo en que habia llegado á concebir mayores esperanzas, esto es, cuando creia poder llegar al lado de Mina en los momentos de prestarle el mejor apoyo y unidos destruir el ejército de Liñan, con lo cual nos hubieran quedado abiertas las puertas de México.

—Es cierto, general, yo tambien participé de esas esperanzas y estuve saboreando anticipadamente el regocijo que iba á causarnos el ver terminada nuestra obra.

—Y si á las tristes noticias que nos llegaron en el camino de haber desaparecido Mina y haber sido ocupado de una ó de otra manera el fuerte del Sombrero, se reune la forma de nuestro fracaso......

—Ha sido uno de los más rudos, no lo niego.

—Y uno de los mas hondamente desagradables por haber perdido mis papeles y mi equipaje.

—¡Psé!, murmuró Bravo, sin dejar de inclinar la cabeza en sentido afirmativo ni de hacer círculos en la tierra con su varita.

Guerrero continuó á poco diciendo:

—Teniamos ya ochocientos hombres de buena caballería y doscientos infantes que creiamos regularmente armados y disciplinados. Con ellos contábamos para poder llegar sin tropiezo hasta el Bajío y reforzar á nuestros amigos, siguiendo la misma táctica del Gobierno que nunca deja á los suyos aislados, sino que trata de salvarlos siempre con el mayor empeño; una vez contando con ese ejército de reserva, si es que lográbamos llegar á tiempo, Mina se habria salvado, y no solo se habria salvado, sino que sus tropas y las nuestras cobrando nuevo ánimo hubieran concluido de un golpe tal vez con el poder vireinal en el campamento de Liñán. Y si no se conseguia acabar allí con los realistas, al menos se hubiera logrado hacerlos que levantaran el cerco al fuerte del Sombrero.

que á la larga tenia que venir á fenecer por la falta de víveres y de provisiones.........

—Ese era nuestro pensamiento cuando abandonamos las montañas del Sur con todas nuestras fuerzas, dijo pesadamente Bravo.

—Con todas nuestras fuerzas, repitió Guerrero con alguna exaltacion, con todas las fuerzas que hombre á hombre habiamos logrado alistar al frente del enemigo, con los mayores esfuerzos y con los mayores sacrificios. Esto, esto es lo que forma el grado superlativo de mi afliccion, pensar la manera tan triste con que hemos perdido toda esa gente, como si el genio del mal hubiera querido de una sola vez acabar con todos nosotros, entregándonos indefensos en poder de nuestros mortales enemigos.

—No veo yo diferencia, señor general, en el modo con que hemos perdido esa tropa y en el modo con que hemos perdido tambien otras muchas que hemos mandado. La guerra tiene sus azares y cuando estos son contrarios, no hay contra ellos otro remedio que el de la conformidad.

—Es cierto, y me he conformado con mi suerte; pero tambien veo que si no hubiéramos salido de nuestros puntos, nunca habriamos sufrido un descalabro tan formidable en que solamente usted y yo y unos diez ó doce hombres hemos combatido.

—Nuestra gente, por una parte, como dice V. E. muy bien, pelea mejor en su terreno ordinariamente, y en esta vez venia ya muy desmoralizada viéndonos

retroceder y conociendo la causa funestísima que nos hacia contramarchar.

—Pues bien, general Bravo, agregue usted nuestra desdicha á la que hayan sufrido Mina y los valientes defensores del fuerte del Sombrero y calcule cual viene hoy á ser nuestra perspectiva.

Iba á contestar Bravo cuando vió entrar apresuradamente al único capitan que tenian con el mando de la escolta, por la puerta de la cabaña que ambos gefes ocupaban.

—Es el enemigo? le preguntó Guerrero tranquilamente.

—Sí, mi general, contestó el subalterno cuadrándose.

Bravo se levantó echando mano á sus armas.

Guerrero permaneció impasible contentándose con hacer una señal de interrogacion con la cabeza al oficial.

Este continuó diciendo:

—Dos realistas están al otro lado del rio con bandera blanca pidiendo permiso para venir á hablar con V. E.

—¡Ah! son parlamentarios, exclamó Guerrero, pues que se les deje pasar siempre que se presten á llegar con los ojos vendados.

El oficial dando media vuelta se fué.

Los dos generales se quedaron haciendo comentarios sobre aquel extraño incidente.

Poco despues se presentó el oficial trayendo entre cuatro soldados á los dos parlamentarios realistas.

Guerrero mandó que se les quitara la venda.

Eran aquellos, un teniente y un alférez muy bien plantados pertenecientes á la division de Armijo, los cuales saludaron cortesmente á los dos generales luego que sus ojos estuvieron libres á la luz y pudieron pasear una mirada por el humilde sitio á que habian sido conducidos.

—Quién es el Sr. D. Vicente Guerrero? preguntó el teniente.

—Servidor, contestó este desde su asiento.

Entonces el oficial se dirigió á él y le entregó una carta.

—De parte del Sr. brigadier Armijo, fueron las únicas palabras que le dirijió.

Guerrero leyó rápidamente la carta, tan rápidamente, como lo permitian las limitadas nociones que se tenían entonces sobre la lectura en carta y exclamó lleno de altivez:

—Parece que el Sr. Armijo se permite proponernos una sumision vergonzosa.

— Una sumision? preguntó Bravo.

—Hé aquí la carta.

Bravo leyó en voz alta:

"Señor D. Vicente Guerrero. La revolucion ha terminado completamente. Despues de la derrota, desaparicion y tal vez la muerte de Mina, ha sucumbido tambien el famoso fuerte del Sombrero en donde los insurgentes tenian todos sus elementos, pereciendo todo sus defensores, y ahora va á ser atacado el fuerte de los Remedios, que es el único que queda á la insu-

rreccion de alguna importancia, por la mayor parte del ejército del rey compuesto de 10,000 hombres que se hallan en el Bajío. Victoria á estas horas debe encontrarse muerto ó prisionero, segun los últimos pliegos que tengo recibidos, de forma que, se puede decir, ya no hay mas insurrecto de prestigio que usted en toda la nacion, y para eso le tengo de tal modo tomadas las avenidas, que no es fácil se me escape; pero antes de proceder á capturarlo, lo cual me pondria en el duro aprieto de quitarle la vida lo mismo que á su compañero el Sr. Bravo, á ambos los invito á someterseme voluntariamente, en la inteligencia de que si ceden á la razon, evitando que se derrame sangre sin necesidad, mañana mismo tendrán sus salvoconductos. O ahora ó nunca. O aceptan sin ningun género de condiciones el indulto que les propongo deponiendo en el acto las armas, ó tendrán muy luego que arrepentirse de su imprudencia. Con el mismo portador pueden enviarme su resolucion para proceder en consecuencia. Soy de ustedes, etc.—Armijo."

Bravo devolvió sonriéndose la carta á Guerrero, al cual le dijo:

—Lisonjera se pinta aquí la situacion de la causa realista.

—Sí, dijo Guerrero á su vez con cierta calma mezclada de indignacion, y casi hecha un cadáver la de nosotros.

El teniente que habia llevado el pliego permaneció con su acompañante en pié á pocos pasos de distancia esperando que los generales insurgentes delibera-

ran á su gusto sobre el partido que habian de tomar.

En efecto, se dirigieron ambos algunas palabras de las que solo llegó un ligero murmullo á los demas que estaban presentes y Guerrero despues de esta plática que fué muy breve, pidió recado de escribir.

Sobre una tabla escribió á Armijo lo siguiente:

"Mi estimado señor brigadier: No estamos en la condicion que su señoria nos supone, pues todavia la causa de la independencia mexicana tiene numerosos partidarios en toda la extension de la Nueva España; pero aun dada la suposicion de que ya no existiera ninguno y que no quedáramos con las armas en la mano mas que el Sr. general Bravo y el que suscribe, ambos seguiriamos empuñando la bandera solos, con el mismo entusiasmo con que la empuñamos el primer dia acompañando al Sr. Morelos, al hombre valiente que con su martirio nos dejó un digno ejemplo que seguir. Así, pues, si no contiene á su señoria mas causa que el querer saber esta nuestra determinacion, puede desde luego comenzar las hostilidades, contando con que estamos preparados para recibirlo, una vez que por nuestra parte sabemos que estamos rodeados de una clase de enemigos que no acostumbran dar cuartel. Soy su servidor, etc.—V. Guerrero."

Cuando acabó de escribir con mucho trabajo estos renglones, llenos de las faltas que acostumbraba, pasó la carta á Bravo por si tambien quisiera firmarla, el cual despues de haberla leido hizo á su gefe mil de-

mostraciones de afecto, no sabiendo cómo manifestarle su aprobacion.

"Conforme. BRAVO" escribió debajo de la firma de Guerrero y la devolvió á este.

—Señor oficial parlamentario.

El teniente avanzó tres pasos hasta quedar á poca distancia de Guerrero.

Este continuó diciéndole:

—Dirá usted al Sr. Armijo que le beso las manos, y que le agradezco mucho el interes que se toma por nuestras personas á las que quiere salvar de la muerte. Puede agregarle que por mi parte esta sola accion suya servirá para que si los azares de la guerra llegan á hacerle caer en mis manos me empeñe en no hacerle mal ninguno y en tributarle todas las consideraciones que se tributan á los vencidos en los pueblos civilizados. Puede usted retirarse llevándole ademas esta contestacion escrita.

—De modo que no hay esperanzas de llevarle una noticia que nos permita desde este momento darnos un abrazo?

—Señor oficial, dijo Guerrero con mas y mas firmeza, esa es mi última resolucion.

Los parlamentarios se inclinaron entonces para que se les volviera á poner la venda en los ojos y fueran llevados á la canoa que los habia traido. Del otro lado del rio se veian algunos realistas que los estaban esperando impacientes y deseosos al parecer de correr á vengarlos en caso de que se les hubiera podido jugar alguna mala partida.

El mismo Guerrero tuvo ocasion de presenciar todo esto, pues habia salido del jacal que le servia de albergue seguido de D. Nicolás Bravo.

Luego que los oficiales parlamentarios llegaron á la otra orilla sanos y salvos, Guerrero mandó que se ensillaran los caballos y que todos estuvieran listos para la primera órden de marcha.

Los momentos eran solemnes, todo aquello que estaba pasando impresionaba vivamente á los insurgentes, pues apénas podian darse razon de que los realistas vinieran á ofrecerles la paz, cuando ya casi los tenian en su poder siguiendo adelante la guerra. No formaban los primeros mas que un grupo de treinta personas que fácilmente iban á ser envueltas por las numerosas partidas de los segundos que los rodeaban.

Luego que vió Guerrero que los pequeños preparativos de marcha de su pequeña fuerza estaban terminados, obra á lo más de unos veinte minutos, hizo que cada uno de sus soldados, el capitan y los dos oficiales subalternos que habian quedado, lo mismo que Bravo, lo rodearan teniendo cada cual su caballo por la brida.

—Antes de partir, les dijo con la voz muy tranquila y con la mayor serenidad dibujada en el semblante, deseo dirigir á ustedes unas cuantas palabras.

Todos llevaron la mano al sombrero y se dispusieron á escuchar.

—Somos ahora un grupo insignificante por el número, continuó diciéndoles; pero estamos representando aquí los intereses de la Nacion, una vez que el

mismo gobierno realista tiene la creencia de que reduciéndonos á nosotros se termina la revolucion. Hoy pues es cuando estamos valiendo mas que nunca, porque está con nosotros la fuerza moral de las aspiraciones de todo un pueblo. Nuestros amigos de México y de todas partes, los partidarios de la independencia mexicana, nos consideran ahora á nosotros como los designados por la providencia para terminar la grande obra comenzada por Hidalgo y Morelos y que no pudo proseguir el poderoso génio de D. Javier Mina. Debemos por lo mismo emplear todas nuestras fuerzas en procurar corresponder á esas esperanzas. De hoy mas no vamos á considerarnos simplemente como los auxiliares de una empresa patriótica, sino como los llamados á sostener con firmeza una bandera que mas tarde ó mas temprano tendrá que entrar triunfante al palacio de México. No seremos nosotros quizás los que tengamos la fortuna de conseguirlo; pero sí la de no doblegarnos, por mas que sean los contratiempos que nos abrumen, hasta que podamos pasarla á otras manos ó mas diestras ó mas afortunadas. En este momento somos pocos, tan pocos que cada uno de mis compañeros puede oir mis palabras y hasta escuchar mi respiracion, estamos casi desconocidos, carecemos hasta de lo mas indispensable para hacer una guerra fructuosa; pero pobres y miserables como estamos, somos solicitados por el enemigo que nos ofrece el abrazo de la paz, cosa que no ha llegado á ofrecer á ningun otro de los indepennientes con el empeño y la buena voluntad que aho-

ra demuestra. Crímen seria de alta traicion el que cometeriamos ahora nosotros si cediéramos en lo mas mínimo á esas asechanzas para que se extinguiera el último soplo que queda á la revolucion y por lo mismo he contestado á los que han venido á ofrecernos la vida que hoy mas que nunca estamos dispuestos á buscar la muerte haciendo la guerra. ¿Cómo haremos esa guerra que me propongo sea mas activa y mas vigorosa? Yéndonos á nuestras montañas del Sur, entre nuestros amigos, en donde hasta las mujeres nos ayudarán á pelear y desde cuyas cumbres desafiaremos sin miedo á todo el poder virreinal. ¡Soldados! juremos seguir peleando con valor hasta perecer antes que rendirnos.

—¡Lo juramos! contestaron todos.

—Amigos mios, continuó diciendo Guerrero mas inspirado, yo juro á mi vez por el nombre de Dios que nos escucha, y por la memoria de mis padres que están en el cielo, que no dejaré esta espada ni esta bandera sino es muriendo abrazado con ellas. Ahora ¡en marcha!

CAPITULO II.

TRAVESIA.

Guerrero y Bravo montaron en sus caballos, y poniéndose al frente de sus veinticinco mal montados dragones se fueron á pernoctar á un lugar distante de la orilla del Mescala en donde tan fácilmente hubieran podido ser sorprendidos por el enemigo, abrigándose ahora en un montículo separado de todos los senderos practicables. Despues que hubieron colocado á su gente de un modo que tanto se prestaba á la vigilancia como al descanso y haber tomado su frugal colacion de campaña, el general Guerrero dijo al general Bravo:

—He venido madurando un proyecto, amigo D. Nicolás: verdaderamente no es un proyecto, porque en la situacion en que estamos, no podemos iniciar nada con esperanza de que pueda darnos buenos resultados, sino imaginando lo que seria mejor hacer,

dadas nuestras circunstancias, para comunicar algun impulso á la revolucion.

—Precisamente los arrancados, son los que en fuerza de su necesidad suelen encontrar los mejores recursos para ganarse la vida cuando son vivos y trabajadores, le contestó riendo D. Nicolás.

—Diré á usted mi plan en dos palabras. Creo que necesitamos separarnos.

—Lo haré con mucho dolor, pero lo haré si así lo exigen las necesidades de la guerra.

—¿Cual no será el sacrificio que hago por mi parte al consentir en privarme de la mejor espada con que cuenta la causa de la independencia?

—Veo que S. E. con su acostumbrada bondad, me favorece mas de lo que merezco.

—Digo lo que siento, amigo D. Nicolás, digo lo que es la verdad. Pero no hay que hacer alto en ello y vamos adelante. Creo que por ahora para mandar un grupo de veinticinco soldados no se necesitan dos generales y que usted y yo separados podremos hacer mas que estando reunidos, por mas que nos guie un mismo pensamiento y por mas que estemos tan íntimamente ligados como dos hermanos.

—V. E. es mi gefe y no tiene que hacer sino ordenarme.

—No se trata de dar órdenes, sino que como buenos amigos examinemos lo que daré en llamar mi proyecto.

—Con gusto le daré mi opinion sobre él, Sr. D. Vicente.

—Vaya, me agrada mas que me quite usted las excelencias y me hable por mi nombre lisa y llanamente. Hé aquí lo que vengo pensando: como digo, los dos juntos, si no nos embarazamos, al menos no hacemos todo lo que podríamos hacer estando separados y reuniendo cada cual los elementos que le sea posible. Yo, estando aquí en estas montañas que conozco tanto como á sus habitantes, puedo decir que estoy en mi casa. Dentro de quince dias á lo mas podré tener ya tres ó cuatrocientos hombres con què estar dando guerra al enemigo; pero se necesita no dejar inactiva la influencia que usted disfruta en otras partes y es lo que principalmente quiero aprovechar en favor de nuestra causa.

—¿Acaso piensa darme usted alguna comision peligrosa?

—Nada menos que la de ir á dar apoyo á la Junta de Jaujilla y algun aliento á las tropas que le quedan.

Bravo se sonrió conformándose con responder:

—Obedeceré cualesquiera que sean las órdenes de V. E., haciéndole observar solamente ahora que si yo soy quien ha de apoyar á la Junta de Jaujilla con mi pobre espada, que es lo único que ahora tengo, no saldrá aquella de ningun apuro.

—Señor general Bravo, solo el nombre de su señoría bastará para que nuestras gentes del Bajío recobren el espíritu; mas fuera de eso, desde aquí hasta Jaujilla creo que bien se podrian reunir algunos partidarios decididos, si es que no un ejército.

— Iré á Jaujilla, Excelentísimo Señor, y á cual-

quiera punto que se me ordene; pero con la seguridad de que no encontraré en mi camino muchos de esos partidarios, estando, como está, toda esa parte del país en poder del enemigo.

—Sé que es bastante peligrosa esa travesía en estas circunstancias, no contando con tropas suficientes; y crea su señoría que al consentir en desprenderme de su espada, es como si me quitaran la mitad de mí mismo; pero creo que es del mayor interes este paso que le propongo en nombre de nuestra santa causa, no sin tener en cuenta que por donde quiera se corren ahora iguales peligros.

—¿Y cuál es la mision que tengo que desempeñar?

—Esta es muy sencilla: en primer lugar reunir todas las partidas que andan dispersas sometiéndolas á un órden severo de disciplina hasta donde esta sea posible y en segundo lugar presentarse á la Junta de Jaujilla para protestarle en mi nombre y en nombre del ejército que pueda levantarse en el Sur, nuestro mas profundo acatamiento á sus disposiciones, persuadidos como estamos todos, de que necesitamos reconstruir nuestros elementos, y de que estos no valdrán nada mientras no reciban una buena direccion por medio de un gobierno que ordene y de subalternos sumisos que ejecuten. Despues que su señoría esté con la Junta, le prestará indudablemente muy grandes servicios como siempre se los ha prestado á sus superiores y tendrá que sujetar sus procedimientos á lo que ella, que es la soberana, tenga á bien ordenarle.

—No me habia penetrado sino hasta este momento de la importancia de tal comisión, y juro á V. E. que procuraré cumplirla con todo lo que tengo de fuerzas y buena voluntad.

—Con eso nos basta, señor general Bravo. Ahora sólo me resta repetirle, que con grandísimo dolor de mi corazón se la encomiendo, teniendo que separarme del hombre que me inspira más confianza como amigo y en cuyo valor tengo más fé como militar, subalternando mis particulares sentimientos al mejor servicio de la patria, que es la que más necesita ahora de nuestra abnegación y de nuestros sacrificios.

—Partiré tan luego como V. E. lo disponga.

—Esta madrugada misma antes de que nos alejemos más de los pasos del Mescala, llevándose los hombres escogidos que á bien tenga.

—Con mi asistente y dos dragones más de los que estén mejor montados, creo que tengo lo suficiente para comenzar mi expedición. Sería en extremo peligroso llevar mas de cuatro hombres, cuando se puede asegurar que los realistas nos tienen rodeados por todas partes, y cuando no podré cruzar senderos conocidos sin encontrármelos.

—Así es la verdad.

—De modo que tengo, para burlar su vigilancia, que irme guareciendo en las barrancas y las arboledas, confiando todo el éxito de mi viaje á la astucia y á la prudencia.

—Las cuales estoy seguro le ayudarán á dar cima á tan extraordinaria empresa.

—Tales son mis esperanzas, señor general.

—Ahora, vamos tratando de dormir un poco, puesto que desde mañana mismo tendrémos que desvelarnos, pues yo tambien, señor general Bravo, le garantizo que no voy á quedarme en un lecho de flores.

—¡Ay! suspiró Bravo, quisiera poderme dividir en dos para participar con V. E. de los mismos peligros.

—Bastantes serán los que tenga en su desesperada travesía.

—Sin embargo.......

—Buenas noches: á las cuatro de la mañana nos darémos un abrazo, que espero en Dios no será el último.

—Hasta mañana, mi general.

Y los dos valientes mexicanos se arrebujaron y procuraron conciliar el sueño, lo cual les fué fácil porque ambos tenían sus conciencias tranquilas.

Así como cerraban los ojos y dormian con toda serenidad, se despertaban á la hora que querían, como acostumbrados que estaban á tener muy contadas sus horas de descanso. Antes de las cuatro, por lo mismo, estaban ya en pie y con los primeros tintes de la aurora Bravo se separó del pequeño campamento de Guerrero, ofreciendo á este que en cuanto le fuera posible lo pondria al tanto de sus operaciones.

A la vez que Bravo encumbraba el rio del Mescala para pasarlo por el vado que juzgaba que en aquellos dias pudiera estar menos vigilado de los realistas, Guerrero se dirigió hácia los senos mas intrincados de las montañas del Sur, en donde, si bien sabia que

faltaban toda clase de elementos de boca y guerra, por el mismo hecho de ser poco accesibles, prestaban mayor abrigo á las pequeñas fuerzas después de la derrota. Desde allí se proponia hacer un llamamiento general á todos sus antiguos subordinados, lo mismo que á los jóvenes que de nuevo quisieran tomar parte en la lucha, para bajar como un torrente devastador cuando contara ya con unos quinientos ú ochocientos hombres que eran los que habian estado hasta entonces bajo su mando habitualmente.

Dejarémos, pues, por ahora al leon de las escarpadas montañas del Sur para acompañar á Bravo en su realmente peligrosa aventura.

Segun se lo habia imaginado, desde que empezó á amanecer, sintió el primer rumor de la aproximacion de una tropa y en seguida vió brillar las armas de varios soldados de infantería que iban atravesando á sus piés un desfiladero, con la dirección bien determinada hacia el punto en que habia dejado á Guerrero. Le pareció que era de su deber avisarle por mas que aquel estuviera prevenido contra la persecucion encarnizada que suponia iba á hacérsele con toda actividad, y destacó á uno de los dos soldados, previniéndole que despues de avisar al general en jefe de aquel peligro, se quedara á su lado, porque ya le seria imposible incorporarse á la pequeña escolta, una vez que el mismo Bravo no sabia cual seria el camino que las circunstancias le obligarian á tomar. Se quedó por lo mismo, solo con su asistente y con un soldado.

Leyendas Históricas de la Independencia



—¿Quién vive? les gritó con voz firme.

—Mejor, se dijo interiormente, mientras más pocos seamos menos llamaremos la atencion y con más facilidad nos defenderemos, nos ocultaremos ó tomaremos la huida, según convenga.

Y para no ser observados por los realistas, que en número como de ciento cincuenta iban por el barranco, se metió más al monte, haciendo un gran rodeo para ir á pernoctar lo más apcoximado posible de uno de los pasos del Mescala, entre los que le eran más familiarmente conocidos. Así fué que durante el dia no tuvo encuentro ninguno, cubierto como estaba á veces por las arboledas, á veces por los espesos matorrales ó por las crestas de las montañas que iban descendiendo, hasta que por la tarde logró ver las desiertas riberas del rio, lo mismo que el lecho de éste que en caprichosos giros seguía su curso con toda tranquilidad.

—¡Ah! suspiró, entonces, á tres leguas de aquí fué donde tuvo la desgracia de caer en poder del enemigo nuestro gran Morelos.

Afortunado estuvo Bravo en aquella noche, pues que se encontró muy próximo al embarcadero una casucha habitada por indios barqueros afectos á la causa de la independencia, los que se encargaron de velar su sueño dándole plenas seguridades de que sería advertido oportunamente de cualquier peligro y de pasarlo á la otra orilla del rio por la mañana temprano. La hospitalidad que recibió el gefe y su escolta, compuesta de dos hombres, se hizo extensiva á los caballos qus tambien encontraron una cena sufi-

ciente y un lecho sobre la yerba mas que confortable.

La noche se pasó sin novedad: con la primera luz Bravo pasó el rio y dejó encargado á sus partidarios de la casucha que trasmitieran aviso á todos los amigos de los contornos de que fueran á reunirse con Guerrero en la sierra, el cual iba á organizar un ejército en toda forma, para abrir la campaña tan luego como disminuyera el frio en la llanura. De igual manera indicó Bravo los puntos en que podian incorporársele los que prefirieran hacer la guerra bajo sus banderas. Recompensó como pudo á aquellas buenas gentes, y siguió su camino siempre por sendas extraviadas, para evitar todo encuentro con los realistas.

Habia caminado el ilustre jefe independiente, seguido de sus dos hombres, casi todo el dia, recibiendo á plomo en varias leguas los rayos de un sol abrasador, sintiendo que las cabalgaduras comenzaban á fatigarse, cuando percibió al pié de una loma una finca de campo que parecia tener alguna extension.

—Alguno de ustedes conoce esa hacienda? preguntó á sus hombres.

Ambos contestaron negativamente.

—Yo tampoco la conozco, ó á lo menos no me acuerdo haber andado por estos lugares.

En seguida hizo alto cerca de un arroyuelo y mandó que el soldado, dejando todo aquello que en su porte pudiera inspirar sospechas, se acercara á hacer un reconocimiento. Las instrucciones que llevaba eran de que procurara informarse con la primera mu-

jer que viera; del nombre de la localidad, de si estaba habitada por los dueños ó por un administrador y cómo se llamaba y del carácter que tuvieran, así como si habia allí mismo ó cerca del punto algun destacamento realista.

El soldado que era rudo pero valiente, ocultó solo una pistola y un puñal para defenderse en caso de que se le acometiera y fué á cumplir con su comision, quedando convenido entre todos que si se oia un tiro sería la señal de alarma para que Bravo se pusiera en salvo con su asistente, fijando un punto distante para que el soldado fuera á reunírseles en caso que lograra escapar con bien de la empresa.

Todo era aventurado entonces y se puede decir no solo que en cada poblacion, sino que en cada casa y en cada árbol como en cada peña podia haber un peligro.

No se habian pasado diez minutos cuando se oyó á lo léjos el tiro anunciado y tras ese otros cuatro tiros mas que no se dispararon á la vez sino muy paulatinamente. Despues siguió reinando el silencio.

—Debe haber realistas en esa finca ó los dueños deben tener algun cargo del gobierno, y esos encargados, que no son militares, á menudo son mas encarnizados enemigos nuestros que los jueces de la Inquisicion. Antonio, pon las bridas á los caballos y vámonos.

Esto lo dijo Bravo sin quitar los ojos de aquel grupo de casas y árboles que rodeaban á la hacienda, que era por donde se habian escuchado los tiros. La

tarde empezaba á declinar, pero todavia habia luz suficiente para observar lo que pasaba en la llanura intermedia.

Por eso fué que Bravo notó que salian algunos hombres montados de la hacienda tomando diversas direcciones. Cuatro dragones tomaron el rumbo en donde se encontraban nuestros viajeros.

—Ahí vienen unos, dijo Bravo; pero són pocos. Lo único que siento es que estén cansados nuestros caballos y que por ese motivo no podamos hacer frente tambien á los que vengan despues.

En seguida reconoció sus armas y dijo á su asistente que estuviera listo.

Los cuatro ginetes entretanto seguian avanzando, si no á gran trote por lo menos á muy buen paso para que se percibiera bien que se iban acortando las distancias.

—No hay que hacer fuego, dijo Bravo á su asistente, sino en caso de necesidad, porque con los disparos atraeriamos por aquí á los que van en otras direcciones.

Luego que los cuatro hombres estaban ya bastante cerca, Bravo les salió repentinamente al encuentro con la espada desenvainada.

—¿Quién vive? les preguntó con voz firme.

—El supremo gobierno, le contestaron.

—¡Aquí, soldados! ¡viva la independencia! y, á coger á estos realistas, pero sin matarlos.

En ese instante salió corriendo el asistente de entre unas peñas donde estaba oculto y los expedicio-

narios de la hacienda creyendo que efectivamente habia una tropa oculta echaron á correr tirando las armas.

Bravo corrió un pequeño trecho tras ellos gritándoles que se rindieran; pero luego volvió bridas y dijo á su asistente:

—Ahora pongámonos en salvo porque dentro de media hora tendremos sobre nosotros tal vez un ejér-

Y aunque los caballos estaban bastante fatigados y los amos no habian probado bocado en todo el dia, se internaron en el monte lo mas que pudieron para tratar de hacerles perder la pista á sus perseguidores.

A la mañana del dia siguiente tuvieron un encuentro feliz. El soldado que habia mandado hacer el reconocimiento á la hacienda, logró escaparse á las rancherias inmediatas en donde se habia encontrado con otros compañeros de armas de los dispersos refugiados allí, á los cuales no habia tenido embarazo en referir que por allí andaba el general Bravo. Entre el soldado y sus compañeros de armas habian reclutado unos cincuenta hombres que pudo ir aumentando el caudillo hasta lograr presentarse á la Junta de Gobierno, con doscientos hombres despues de haber llevado á cabo una de las mas difíciles y peligrosas expediciones.

CAPITULO III.

¡AL ABISMO!

Como se ha visto en los dos capitulos anteriores, Guerrero y Bravo habian hecho un supremo esfuerzo para acudir con algunas fuerzas en auxilio de Mina y del fuerte del Sombrero, habiendo sido casi completamente derrotados, sufriendo tan absoluta dispersion que el caudillo del Sur no habia podido salvar ni su equipaje, en el cual llevaba todo lo que para él podia ser de su mayor estimacion: sus papeles y las prendas de afecto de Morelos y de las personas de su familia. En la retirada supieron ellos que Mina habia abandonado á los defensores del fuerte del Sombrero y que habiendo quedado sin un hombre que mandar habia desaparecido, lo cual hacia suponer que ya lo habian matado. Entonces las noticias tardaban mucho en llegar y las falsas y contradictorias se pro-

pagaban muy fácilmente, pasándose muchas veces hasta cuatro y cinco meses para tener la plena confirmacion de algun suceso. En lo que no cabia duda era en que habia caido el fuerte de Comanja llamado del Sombrero en poder de los realistas, pereciendo allí la mayor parte de los extranjeros que habian acompañado á Mina en su expedicion, pues esto sí lo afirmaban, aunque con las exageraciones de costumbre, los partes oficiales en las Gacetas del Gobierno que sus autoridades subalternas hacian circular en todos los pueblos.

Así es que la sorpresa de Bravo fué extraordinaria cuando supo por los miembros de la Junta de gobierno establecida en el fuerte de Jaujilla, no solo que vivia Mina y andaba aun expedicionando en aquellas fechas, haciéndose temible por sus movimientos rápidos y sus golpes atrevidos, sino que el padre Torres tenia entretenido frente á los Remedios á todo el ejército de Liñan.

Notará el lector que hemos tenido que retroceder algunos meses haciendo á un lado el final de la anterior leyenda, para poder instruirlo de otros acontecimientos importantes que se verificaron en la misma época, encontrándoles en esta un lugar oportuno.

La Junta de Gobierno de Jaujilla la formaban á la sazon el Dr. San Martin como Presidente y D. José M. Pagola, D. Mariano Sanchez Arriola, D. Pedro Villaseñor, y D. Luis Cumplido como vocales. Era secretario el Lic. D. Pedro Bermeo.

Ante estas respetables personas encontramos ahora

de pié y con aire muy sumiso, pues era la principal virtud que tenia, ser obediente al superior, al pundonoroso D. Nicolás Bravo.

—Importa al bien de nuestra causa, le decia el presidente de la Junta Dr. San Martin, que vaya su señoria inmediatamente á cumplir con la delicada comision de aprehender al general D. Ignacio Rayon.

Bravo se estremeció y apenas pudo exclamar:

—Al excelentísimo señor general D. Ignacio Rayon?

—Su señoria no sabe, le continuó diciendo el padre San Martin, que Rayon es ahora uno de nuestros mas encarnizados enemigos y por eso tal vez se sorprende de la resolucion que ha tomado la Junta Suprema.

—No me incumbe averiguar cuáles son los fundamentos que tiene su Soberania para dictar sus determinaciones; pero en el caso presente sí me sorprende que se dé el caso de proceder contra uno de nuestros mas encumbrados capitanes.

—Rayon ha expedido proclamas incendiarias contra nosotros y está conspirando abiertamente por derribar la autoridad que por mandato del pueblo mexicano estamos nosotros desempeñando.

—Ya sabia yo que Rayon trataba de disputar á la Junta Soberana la autoridad con que es reconocida por todos ó por casi todos los que peleamos por la independencia.

—Le hemos invitado á que venga á ocupar un asiento entre nosotros, le hemos propuesto toda clase

de transacciones á fin de llegar á un término en los escándalos que ha promovido; pero él quiere ser el gefe supremo ó continuar sembrando la division.

—El gefe supremo?

—Sí: pretende que le corresponde de derecho desde que le nombró su lugar teniente el Sr. Hidalgo, y desde que el Sr. Morelos lo reconoció como depositario de los cuatro poderes.

Bravo se sonrió y dijo despues de un pequeño movimiento de hombros:

—A mí, como soldado, no me corresponde sino acatar las órdenes de mis superiores, en cuya categoria está la Junta Soberana que yo reconozco y á la cual una vez mas le protesto entera obediencia.

—Bien, Gral. Bravo, bien, exclamó el Dr. San Martin queriendo casi derramar lágrimas, á la vez que los semblantes de los demas miembros brillaban llenos de gozo, así fueran todos los gefes de la insurreccion tan pundonorosos, cumplidos y leales, nada tendriamos que temer ni de los propios ni de los extraños: celebro otra vez mas que nosotros podamos contar con un aliado de tanta valia y no me resta mas que darle las gracias en nombre de la Junta por su digno comportamiento.

Bravo se inclinó y preguntó si podia retirarse.

—Sírvase su señoria esperar en una habitacion inmediata, á donde pasará el encargado del poder ejecutivo á comunicarle las últimas instrucciones.

Bravo se retiró en efecto á la pieza inmediata y no

pudo menos de decirse interiormente cuando estaba solo:

—Si Guerrero hubiera sospechado que me mandaba para que me ocuparan aquí en funciones de policía, de seguro que mejor me hubiera retenido á su lado.

Recibió Bravo las instrucciones, un poco de dinero para el viaje y cien hombres montados, emprendiendo la misma tarde su excursion hácia los rumbos en que se sospechaba tenia Rayon establecido su cuartel general.

No estaba muy descuidado este gefe, pues que sabia que tanto tenia que cuidarse de los realistas como de los insurgentes que obedecian á la Junta; pero no pudo ni salir al encuentro de Bravo ni escaparse, porque precisamente la noche anterior una partida de aquellos le habian llevado toda su remonta, así es que recurrió al único medio de defensa que le quedaba, y era fortificarse en la iglesia del pueblo de Sacapuato que fué el punto en donde le dió alcance el general Bravo. Inmediatamente este le hizo llegar una carta en que le decia:

"No deseo que corra una gota de sangre en contiendas de hermanos; pero tengo órdenes terminantes de la Junta de gobierno que necesito cumplir, respetando antes que todo la persona de V. E. El mandato de la Junta es sencillamente que me apodere de la persona de V. E. y la trate con los debidos miramientos. La resistencia es inútil, porque detras de mí pueden venir fuerzas respetables y aun en el caso de que

pudiera sostenerse mucho tiempo; V. E. el triunfo seria para los realistas que vendrian luego sobre ambos y nos acabarian. Lo mejor por lo mismo es que ceda á la razon y se me entregue sin resistencia, seguro de que será tratado con todas las consideraciones debidas á su rango."

Rayon, que al principio se habia mostrado con la resolucion de sostenerse allí hasta el último trance, pues que mejor queria ser víctima de los realistas que humillado por los de la Junta, á quienes no temia en nada, comenzó á ceder luego que se penetró de las verdades que contenia la carta de Bravo, y sobre todo luego que observó que este tomaba medidas muy serias para comenzar el ataque.

Solicitó entonces una suspension de armas y hablar con Bravo, lo cual se arregló en el acto, conviniéndose en firmar una capitulacion honrosa para ambos; pero principalmente ventajosa para Rayon en cuanto á que no pudiera ser perseguido otra vez por la Junta ni por sus muchos enemigos personales. En esa virtud se le dejó una escolta de las mismas fuerzas de Bravo y se convino tambien en que un miembro de la Junta lo acompañaría constantemente, tanto para impedir que siguiera conspirando contra ella como para defenderlo de tantos guerrilleros como querian matarlo en castigo de los grandes males que habia conseguido causar á la revolucion. . . . . .

Rayon así con todas las consideraciones, pero siempre en prision, fué conducido á la estancia de Patambo en donde se le permitió residir con su familia.

Desembarazado Bravo de aquella molesta comision, obtuvo el permiso de la Junta para organizar tropas con el fin de auxiliar á Mina, que todavia en aquel tiempo estaba en campaña, situándose con tal objeto en Ajuchitlan, mientras que el patriota D. Benedicto López hostilizaba á los realistas hasta las mismas puertas de Zitácuaro, obteniendo algunos triunfos personalmente que quedaban neutralizados por los golpes que solian recibir las partidas sueltas que destacaba. De ese modo logró posesionarse este gefe, que era infatigable, de la hacienda del Canario, y otros puntos estratégicos, hasta que el mayor del Fijo de México, Don Pio Maria Ruiz emprendió contra él una campaña formal desalojándolo de unas alturas que ocupaba, siendo entonces herido de una mano el subteniente Don Mariano Paredes, que despues se llamó el general Don Mariano Paredes de Arrillaga, y que fué una de las columnas del partido clerical tan funesto para la República Mexicana. No fué por esta herida que recibió en una mano por lo que se le llamó el *manco* Paredes sino por otra que le causaron en un combate personal.

Bravo vino en auxilio de su teniente López y persiguió á Ruiz desde Huetamo hasta Zitácuaro, recibiendo un mensaje del indultado Urbizu en que le decia que iba á pasársele con toda su gente, lo cual estuvo á punto de hacerle caer en algunas celadas que los realistas le pusieron, de las que escapó merced á su sangre fria y perspicácia, ocupando despues de algunas escaramuzas sin éxito, el cerro de Cóporo, cuyas obras de

fortificacion hizo reparar confiando en que se le dejaria allí libre por algunos meses para poder organizar unos mil hombres que cuando menos necesitaba para poder emprender una campaña de resultados.

En efecto, empleó gran número de indios en reparar el fuerte que habia sido abandonado, destacando entre tanto á Anaya y otros guerrilleros para que entretuviera al enemigo que sin cesar lo perseguia, lo cual consiguió mientras llevaba á su término aquellos importantes trabajos.

Apenas se habian hecho las mas principales reparaciones, cuando se presentó al frente de Cóporo el coronel D. Ignacio Mora, con los batallones Fijo de México y de Santo Domingo, y el escuadron de caballeria de Ixtlahuaca, cuyo jefe creyendo que era obra de llegar y vencer, destacó luego sus columnas, que aunque atacaron con bizarria fueron rechazadas, perdiendo tres oficiales y cien soldados.

No pudo en esta vez el general Bravo aprovechar su victoria haciendo una salida sobre el enemigo, porque carecia de tropas competentes y tuvo que resignarse á esperar que recibieran los realistas nuevos refuerzos, como sucedió en efecto, presentándose el coronel Don José Barradas, con mayor número de fuerzas, á sustituir en el mando al inepto coronel Mora.

Barradas mas perspicaz y mas guerrero, no quiso aventurar un golpe, sino cuando estuvo seguro del éxito, así es que despues de varios reconocimientos, descubrió una vereda oculta, por la que dirigió una fuerte columna encabezada por el batallon Ligero de San Luis con gran cantidad de municiones.

—En esta vez, dijo por sobre el hombro á Mora y contorneándose lleno de orgullo, no se nos escapará ni el vil Bravo ni sus infames soldadillos de tres al cuarto, que van á llevar una buena sorpresa.

Y con el mayor sigilo empezó á subir la cuesta al frente de sus brillantes tropas.

En efecto, los del fuerte no esperaban ningun ataque por el rumbo que tan acertadamente habia escogido Barradas y tal vez hubieran sido sorprendidos á no haber estado alerta el mismo Bravo que en el silencio de la madrugada habia percibido cierto rumor extraño al pié del cerro. Empezó á rondarlo él mismo y por algunos momentos se fijó en medio de la oscuridad en los breñales de que estaba cubierta la parte mas escabrosa de la posicion.

—Pues es imposible que por ahí pueda subir ningun enemigo, exclamó como hablando consigo mismo; y sin embargo, me parece que no me engaño cuando olfateo que por esa direccion es por donde podemos hoy temer el peligro.

—Señor, le dijo el comandante Martinez que lo acompañaba, nada cuesta hacer un reconocimiento.

—Por sí ó por no, le dijo Bravo, primero que todo mandaremos situar sobre esas peñas una compañía.

Y con el mayor sigilo apostó su gente en los puntos por donde creyó que podria salir el enemigo al alborear la mañana.

Dispuesto todo esto permitió al comandante Martinez que hiciera el reconocimiento que le habia propuesto.

Martinez volvió á poco con el semblante descompuesto.

—Señor, le dijo á Bravo pudiendo apenas respirar por la fatiga, allí vienen.

—Pues si vienen, le contestó Bravo, los recibiremos como corresponde.

A renglon seguido dictó todas las disposiciones que requeria la defensa, hasta improvisando algunos parapetos.

Con la primera luz en efecto se lanzó impetuosamente sobre el fuerte la columna enemiga, que fué recibida con un fuego que no se esperaba.

Como los demas puntos no eran atacados, el combate se localizó en el terreno escogido por Barradas, haciéndose mas sangriento de lo que este habia imaginado. Allí se presentó el mismo Bravo dando ejemplos á su gente de extraordinario arrojo, lo cual le valió alcanzar una victoria que á cada momento parecía escapársele de las manos, pues que los soldados de San Luis peleaban como leones, siendo sustituidos par otros igualmente intrépidos los que caian al pié de las trincheras.

No fué necesario que Barradas ordenara la retirada, pues sus mismos soldados encontrando una resistencia tan resuelta, empezaron á desbandarse, dejando la eminencia, hasta donde habian logrado llegar, regada de cadáveres.

Aunque ya no se intentó otro ataque, continuaron los realistas al pié del fuerte hasta que llegó Márquez Donallo con una lucida division y ocho piezas mas de

grueso calibre, comenzando entónces las operaciones de un sitio formal con un ejército de tres mil hombres, cuando Bravo apenas podia tener unos doscientos de combate.

Para mayor desdicha de los defensores del fuerte, acompañaba á Márquez Donallo el traidor D. Ramon Rayon que era el que habia dirigido antes las fortificaciones y que conocia todo aquello, segun la expresion vulgar, como á sus manos.

Rayon fué por lo mismo el encargado de situar la fuerza sitiadora en los puntos mas convenientes, teniendo por mira principal el privar á los sitiados de toda comunicacion con el exterior, cortándoles completamente el agua y los víveres. De la misma manera situó la artilleria en los lugares donde pudiera abrir brecha con pocos esfuerzos. A no ser por esta infamia de Rayon, que tan heroicamente habia combatido antes dentro del fuerte sosteniendo la independencia, el nuevo gefe se hubiera tambien estrellado como los anteriores.

D. Benedicto López, valiente guerrillero, que era el encargado por Bravo para introducir los víveres que tanta falta hacian en el fuerte, hizo un gran empuje para introducir un convoy; pero otro indultado, otro traidor y de los mas perversos, D. Mariano Vargas, lo atacó de improviso quitándole el convoy y capturándolo para que fuera fusilado por Márquez Donallo, segun la costumbre.

Tal nueva introdujo gran desaliento en los que estaban en el fuerte, quienes empezaron á pedir indulto

á escusas de Bravo para escapar de la muerte segura que les esperaba. El primero de todos fué el Lic. Ignacio Alas, miembro de la Junta de gobierno, cuyo ejemplo fué seguido por varios gefes y oficiales.

Entonces el valiente Bravo formó á los pocos que le quedaban y les dijo que todos los que no quisieran quedarse acompañándolo eran libres para retirarse. Confiando en la buena fé de aquel jefe, algunos aprovecharon el permiso y fueron á indultarse.

—Nosotros, les dijo á los que se quedaron, perecerémos aquí bajo los escombros del fuerte.

El dia 1.º de Diciembre desde las cinco de la mañana Rayon dirigió todas las piezas de calibre sobre la cortina que conocía más débil, y en pocas horas se abrió en ella ancha brecha; pero el ataque se difirió hasta el anochecer, antes dé que tuvieran tiempo los sitiados de hacer reparaciones.

¿Qué resistencia podian presentar 100 hombres muertos de hambre y de sed contra un ejército vigoroso apoyado por una buena artillería que ya tenia el camino abierto por todas partes?

Sin embargo, Bravo con unos cuantos hombres resueltos detuvo media hora la columna, mientras los demás buscaban la salvacion en la huida despeñándose en los abismos, hombres, mujeres y niños, pereciendo allí la mayor parte.

Mejor preferian estrellarse contra las rocas que caer en poder de aquellos realistas implacables!

El mismo Bravo luego que vió que ya toda resistencia era inútil, rompió su espada, y vacilando un ins-

tante entre si se entregaria prisionero ó se despeñaria, exclamó:

—Es mejor la muerte que la humillacion.

Y lleno de entereza fué y se arrojó al mas profundo de los despeñaderos.



CAPITULO IV.

PERIPECIAS.

El general D. Vicente Guerrero recibió muy oportunamente el aviso que le mandó Bravo con un soldado sobre que ciento cincuenta realistas iban persiguiéndolo con toda cautela y lo que hizo fué destacar á diez hombres para que los escaramucearan entre el monte, mientras él con los doce restantes seguia su camino con rumbo á la Mixteca.

Inmediatamente se extendió por todo el Sur la noticia de que ya estaba allí de vuelta el Gral. Guerrero y de todas partes empezó á recibir emisarios, asegurándole que ya se estaban levantado en armas todos los hombres disponibles que habia por aquel rumbo. De la misma manera recibió noticias seguras respecto de los puntos que ocupaban Armijo, D. Joaquin de Herrera, Marron, Gomez Pedraza y demas gefes á quienes

el virey habia encomendado con gran número de fuerzas, la pacificacion del Sur, y pudo en su consecuencia dictar las disposiciones que juzgó convenientes para entretenerlos ya que no para derrotarlos.

Una de ellas fué comisionar á Montes de Oca y Monroy para que se les interpusieran á los que iban por la costa en Petatlan, mientras que sus subalternos los comandantes Pablo Ocampo é Izquierdo se hacian fuertes en Alahuistlan reuniendo allí la gente que les fuera posible, con el propósito de ganar tiempo para reunir una tropa mejor en las montañas fronterizas á Zacatula.

En efecto, la estratagema fué bien urdida, pero mal desarrollada, porque no eran aquellos los momentos en que la fortuna se mostrara propicia á los insurgentes ni en que estos se encontraran dispuestos á combatir con el denuedo de otras veces, contaminados por la desmoralizacion general. Asi fué que los que se hicieron fuertes en Petatlán fueron desalojados por las fuerzas realistas de Herrera con pérdida del capitan Gallo y veinte prisioneros que fueron fusilados, mientras que los de Alahuistlan lograron reunir mas de doscientos hombres y dar mayor que hacer al enemigo.

Entraremos en algunos pormenores, porque aquellos sucesos se estimaron por entonces como de grandísima importancia.

Luego que Pablo Ocampo y el coronel Izquierdo recibieron la órden del general Guerrero para que se hicieran fuertes en el pueblo de Alahuistlan ó en al-

gun punto cercano á este que se prestara para detener y entretener al enemigo, reunieron las partidas sueltas que por allí andaban merodeando, dándose cita para presentarse allí en los últimos dias de Setiembre. Por mas que fueron sus esfuerzos apenas lograron reunir entre los dos unos doscientos hombres muy mal armados y peor disciplinados. Eran en lo general indios casi inermes y desnudos que no reunian entre todos ni cien fusiles que no estuvieran descompuestos y algunas pistolas de chispa. Mas: lograron hacerse de un cañon de poco alcance, para el cual arreglaron como pudieron unos cuantos sacos de metralla.

Pero los mismos gefes interesados en el asunto nos explicarán mejor la situacion.

—Vengo del Calvario, dijo D. Pablo Ocampo á Izquierdo que tambien acababa de desmontar debajo de un árbol que habia en frente de la iglesia.

—Y yo, contestó Izquierdo, de hacer un reconocimiento por el camino que debe traer el enemigo.

—El enemigo viene aproximándose por distintos rumbos con el objeto de quitarnos toda retirada.

—Pero siempre tendremos el Calvario para reconcentrarnos, dijo Izquierdo, fijando una mirada en el cerro así nombrado que desde allí se veia.

—Y á propósito, agregó luego, ¿se ha colocado ya allí nuestra bateria convenientemente?

—Nuestra bateria se compone de un pobre cañoncito que quien sabe si reventará al tercer cañonazo.

—Lo que importa es que truene algo, porque segun mis noticias el enemigo no trae artilleria.

—Siempre un cañon infunde mucho respeto, aunque no cause daño.

—Y es como una bandera al rededor de la cual se reunen los combatientes. Estoy seguro de que si perdemos esta posicion, todos los nuestros en vez de huir hácia distintas direcciones como lo acostumbran, se irán á donde esté el cañon.

—Ahora, mi coronel, una vez que estamos reunidos dijo á poco Izquierdo, aunque el general Guerrero solo nos mandó que nos pusiéramos de acuerdo, es conveniente que su señoria sea el que haga cabeza.

—No se necesita gran cabeza para lo poco que se tiene que hacer, contestó Ocampo.

—Sin embargo........

—Yo habia pensado que cada cual se encargara de defender uno de los puntos, obrando despues segun lo exijieran las circunstancias.

—Antes que todo necesitamos saber con los elementos con que contamos.

—Los elementos son pocos y apenas bastarán para que medio detengamos al enemigo aquí una semana.

—El general cuenta con que se lo entretengamos unos dos meses.

—Será eso casi imposible, porque á lo menos Armijo luego que ha sentido nuestra reunion, nos ha destacado unos cuatrocientos hombres, si no es que son quinientos.

—Eso es precisamente lo que yo creo, que vendrán á atacarnos unos cuatrocientos ó quinientos hombres, que los rechazaremos en sus primeros ataques y que tendrán que pedir refuerzos, en todo lo cual se pasarán cuarenta dias.

—¿Pero con qué tropas hemos de rechazarlos?

—Con las nuestras.

—¿Sabe su señoria cuántas y de qué clase son nuestras tropas?

—Yo he traido sesenta y cinco hombres, de los cuales cuarenta están armados con regulares fusiles bien provistos de parque.

—Pues yo, aunque tengo mas de cien hombres, no cuento con treinta fusiles en buen estado.

—Veremos aún si se pueden conseguir algunas escopetas en el pueblo y los alrededores.

—Es muy difícil, porque ya se hà echado mano de todo, sin embargo espero una partida que debe llegar esta tarde ó mañana con la cual el general me ha de remitir algun parque y algun armamento.

—Ahora lo que interesa, á mi modo de ver, es emplear á todos los hombres que no tengan armas en levantar las trincheras.

—Pienso que nos reduzcamos á la iglesia y al cementerio, que serán bien protegidos por la fuerza que su señoria tenga en el Calvario y por el cañon.

—Y dispénseme usted, señor coronel, ¿hay quien sepa manejar el cañon?

—Me parece que hay un sargento que ya ha ser-

vido en la artillería; pero en todo caso usted mismo á la hora que se ofrezca podrá decirles como se carga y hacer la punteria.

—Veremos, veremos como arreglo allí todo eso.

—Pero no hay que preocuparse, señor Izquierdo, noto que á cada noticia que le doy se queda su señoria mas pensativo.

—Es la verdad. me inquieta el considerar que vamos á sacrificar á toda esta pobre gente casi inerme ante un enemigo que viene bien organizado y quien sabe si en número triple que el que nosotros reunimos.

—Es la órden del general.

—Porque el general ha creído ó que eran mas pocas fuerzas las que habian de venir á atacarnos ó que eran en mayor número y mejor armadas las que nosotros pudiéramos presentar en campaña.

—El general no cuenta el número del enemigo ni el de los hombres que le siguen. Hace apenas diez dias que ha presentado accion á ciento cincuenta cazadores con unos quince dragones mal montados. El ha contado mas que todo con nuestro valor y con nuestra astucia.

—En efecto, veo que debemos ser bastante desalmados ó en extremo astutos para contener á los realistas con estos pequeñísimos elementos con que contamos.

—Yo lo que presumo es que el general cuenta con poder protegernos luego que estemos sitiados.

—Y para el caso de un sitio prolongado ¿qué víveres tenemos?

—Hay maiz, frijol y carne para cuatro dias.

—¿Y despues?

—Despues seguiremos recibiendo lo que necesitemos por el rio y creo que tambien se nos mandarán los víveres del Calvario.

—¿Y si sitian tambien el Calvarlo?

Ocampo soltó una carcajada y exclamó:

—¡Dios dirá, compañero, lo que ha de suceder despues!

Apenas se habian separado los dos gefes para ir á ver á su tropa y á dictar las disposiciones concernientes para la fortificacion, cuando empezaron á recibir avisos distintos de que las tropas enemigas se iban acercando.

En efecto, dos secciones de tropas realistas de trescientos hombres cada una venian aproximándose, teniendo á su cargo la de Marron cubrir por la retaguardia todos los senderos por donde los insurgentes podian buscar la retirada, mientras que el teniente coronel Gomez Pedraza atacaba por el frente las posiciones.

Las primeras fuerzas llegaron primero y se estuvieron quietas en los puntos que tenian designados y hasta el dia 17 de Octubre llegó Gomez á la vista del pueblo con las tropas de su mando.

Si Izquierdo y Ocampo hubieran tenido buenas tropas de combate ó hubieran sido más tácticos militares, de seguro que habrian atacado con ventaja á

los cien dragones de Fieles del Potosí que al mando del capitan Bernabé Villanueva estuvieron allí cerca varios dias acampados esperando tranquilamente á que llegaran las demas tropas; pero se conformaron con allegar algunos víveres y reforzar sus parapetos, esperando con mas estoicidad que valor el momento en que habian de ser atacados para hacer la resistencia que se pudiera, segun se les tenia ordenado. Ninguno de los dos tenia fé en el triunfo, ni esperaban que les llegara socorro alguno, así es que para ellos no habia mas plan que defenderse hasta que se les acabara el parque ó fueran dominados por la superioridad de la fuerza enemiga, en cuyo caso no les quedaba mas perspectiva que perecer ó escaparse como pudieran, cosa ya muy difícil teniendo cortada toda retirada.

Al llegar Gomez Pedraza á la orilla del rio fué recibido á balazos; pero desentendiéndose de aquella pequeña hostilidad que hacian unos cuantos indios que no sabian tirar, mandó que aquel se pasara por los mejores vados y sin haber perdido ni un hombre formó luego una columna de ataque para que se lanzara á los parapetos. Como este gefe era americano, compuso la columna de ataque tambien de americanos de los fieles de San Luis Potosí.

—¡Cómo! exclamó el teniente coronel D. Mateo Cuilty que mandaba los dragones de España, ¿mis soldados no son los que marchan al frente de la columna?

—Reservaba esta tropa, contestó Pedraza, para dar la segunda carga mas decisiva ó para formar otra columna que protegiera los flancos de aquella; pero puesto que todos desean pelear, que los que quieran me sigan á practicar un reconocimiento hasta contra los parapetos del enemigo.

Y á la vez que colérico, por aquella pequeña muestra de rebelion que se le habia dado queriendo dar una prueba de su valentia, lanzó su caballo en direccion de la muralla que se habia levantado en la entrada del cementerio.

Le siguieron en aquel acto temerario el sargento Antonio Perez y algunos otros; pero cuando iban muy cerca del parapeto se le vió caer del caballo, este habia muerto atravesado por dos balas y Pedraza mismo recibió un tiro en una íngle que lo puso á las puertas del sepulcro,

Esta fué una segunda oportunidad que dejaron perder los sitiados: si en aquel momento se lanzan con sus elementos, pocos ó muchos, sobre los realistas, indudablemente que les causan una gran derrota; pero lo repetimos, no tenian mas plan que esperar á lo que viniera naturalmente de arriba y dejaron que el enemigo con grandes apuros retirara á su gefe herido y tomara como resultado de este incidente una nueva organizacion.

Tomó el mando en lugar de Pedraza el teniente coronel D. Mateo Cuilty, quien habiendo observado la debilidad que tenian los defensores de la posicion, tanto por sus mal construidas trincheras, como por

su escasez de armas de fuego, no hizo otra cosa que dejar á la columna de ataque que habia sido nombrada que siguiera su impulso, diciéndoles á los soldados que fueran á vengar la sangre de su gefe.

Tan fácil fuė la operacion del asalto que los dragones llegaban hasta las trincheras á caballo y de la silla brincaban al mismo parapeto sin que nadie casi se los estorbara, encontrándose con tan sencilla maniobra dentro del perímetro fortificado.

A la vez, otra columna mandada por D. Ignacio Prieto atacó por la retaguardia el punto del Calvario, y lo rendia, llevando adelante las instrucciones que llevaba de no dar cuartel á nadie por ningun motivo. Los insurgentes que no tenian armas y eran los mas, se arrodillaban pidiendo misericordia, alegando que no habian tenido siquiera una piedra en las manos para hostilizar á los defensores del gobierno.

—¡No hay cuartel! se les contestaba, y todos eran acuchillados sin que les valieran los gritos que daban de: ¡Estamos rendidos! ¡no nos maten!

El coronel Ocampo á la cabeza de seis hombres resueltos se abrió paso por entre la columna enemiga, montó en el primer caballo que encontró suelto y de esta manera pudo escapar de tan horrible matanza.

Los demas todos perecieron á manos de los realistas.

Todavia en la tarde fueron encontrados cinco hombres escondidos en la iglesia que fueron considerados como prisioneros de guerra y como tales fusilados inmediatamente.

Las calumnas de ataque solo tuvieron unos cuantos muertos y dos oficiales heridos ademas del teniente Pedraza.

Sin embargo, esta accion se tuvo por una de las más notables de aquella época, sin duda por los muchos partes que dieron, tanto Armijo y Marron que no habian entrado en ella como los jefes subalternos que combatieron, dando al acontecimiento proporciones colosales.

En tal virtud, el virey les acordó medallas y ascensos y los recomendó á la corona de España para que les decretara mayores recompensas, como que todos se habian distinguido allí con un heróico comportamiento.

Aquí es oportuno decir que, según refiere D. Lucas Alamán con cierta admiración, Gomez Pedraza que recibió una herida grave en aquel simulacro de combate, se hizo las primeras curaciones que fueron muy delicadas, frente á los parapetos enemigos y despues, teniendo que dejar el mando de su sección, se dirigió á Cuernavaca en donde tuvo que guardar cama mucho tiempo. Durante su enfermedad que fué larga y difícil, tuvo tiempo de entregarse á las meditaciones y de leer algunos libros extranjeros y periódicos de los pocos que habian podido circular los insurgentes, formándose entónces en su ánimo la convicción de que asistía á aquellos toda justicia para defender con las armas en la mano la causa de la independencia, así fué cómo el que en Alahuistlán cayó herido, realista de los más implacables, se levantó ya sano en Cuernava-

ca enteramente resuelto á unirse con los que defendian la libertad del país luego que se le presentara la ocasión.

Estos dos golpes que sufrieron las fuerzas auxiliares de Guerrero, el uno en Petatlán y el otro en Alahuistlán, casi simultáneamente, pusieron á aquel caudillo en grandes apuros, pues lejos de poder organizar el ejército que queria en el caso de que se lograra detener á los realistas unos dos meses siquiera, tuvo que pensar ya solo en poner en salvo los pocos elementos que le quedaban, haciendo que pequeñas partidas, hasta de seis hombres, llamaran la atencion del enemigo por todos lados mientras se presentaba alguna coyuntura favorable. Todo el grueso de las fuerzas con que podía contar Guerrero en el Sur en aquellos momentos, contadas hasta las partidas más insignificantes, no llegaba á cuatrocientos hombres diseminados en toda la costa hasta Zacatula, mientras que los destacamentos que iba moviendo Armijo, que era el jefe encargado de aquella campaña, pasaban de tres mil hombres de fuerza bien armada, generalmente bien montada y perfectamente disciplinada.

Así como esos dos golpes de que hemos hablado, recibidos por los insurgentes, pusieron en una situacion muy comprometida á Guerrero, que veia perder palmo á palmo el terreno que necesitaba para desarrollar sus limitadas operaciones militares, así Armijo quedó completamente desembarazado de los únicos estorbos que se le habían presentado para la pacificación de aquella comarca, y por lo mismo no tuvo embarazo en escribir al virey diciéndole:

"Puede dar V. E. por terminada la guerra en estos rumbos, despues de los últimos combates en que se ha vencido á más de trescientos insurgentes que quedaban, matándolos á todos: de manera que ahora no hay uno más que pueda levantarse, pues Guerrero que es el único que queda con una partida de quince ó veinte hombres en un cerro inmediato á mi campamento, caerá en poder de mis fuerzas esta noche ó mañana, porque ya están tomadas las medidas que son necesarias para que no se escape."

Apenas Armijo acababa de despachar un correo con aquella noticia, cuando percibió una alarma en la izquierda extrema de la linea que habia formado circunvalando el cerro en que debia cojerse á Guerrero.

—¿Qué pasa? preguntó Armijo al ayudante que se le presentó á rendir el parte.

—Que el insurgente Guerrero cortó con unos veinte hombres la linea allá abajo, escapándose.

A la vez apareció Guerrero en otro cerro más distante, pero más escarpado, con un pendon en la mano gritando: ¡viva la independencia!

Entonces Armijo puso un nuevo parte diciendo: "Siempre no cayó Guerrero, pero caerá."

CAPITULO V.

¡IMPOSIBLE!

Todos los realistas que entraron al fuerte de Cóporo, luego que supieron por donde se habia ido Bravo para no caer prisionero, estuvieron contestes en asegurar que indudablemente se encontraria en el fondo de aquel abismo su cadáver, y lo buscaron al dia siguiente, pero no se le encontró. ¿Qué habia pasado con el grande hombre? Pues algo como un milagro, porque él mismo cuando iba rodando por las peñas, creía firmemente que al llegar al fondo del barranco, no quedaria de él sino una masa informe. Sin embargo, despues de haber sentido tres golpes muy fuertes en distintas partes del cuerpo, que le causaron gran dolor llegó á un reliz por donde siguió dando vueltas al impulso que traia hasta detenerse en un promontorio de blanda arena con que tropezó con gran violencia.

La vertiginosa caida le hizo perder momentáneamente el conocimiento, y al volver en sí, lo primero que hizo fué levantarse para reconocer el sitio en donde se encontraba. No sin grandes esfuerzos logró ponerse en pié, porque se sentia magullado, y al conseguirlo, notó tambien que algo muy caliente le mojaba el cuello: era la sangre que le brotaba de una herida que se habia hecho en la cabeza. Un ligero dolor en la nuca se lo denunciaba. Sacó su pañuelo, lo mojó en el arroyo que corria allí cerca, y se vendó la herida.

—Y ahora, se preguntó interiormente, ¿estaré salvado ó me encontraré aun al alcance del enemigo?

Dió algunos pasos para observar y vió muy altos los fogonazos de algunos tiros que disparaban aún los realistas y luego apareció tambien muy retirada la luz rojiza de las llamas que levantaban las tiendas incendiadas.

—Están quemando como de costumbre nuestros hospitales, con todo y heridos, murmuró Bravo.

Y persuadiéndose de que se encontraba en lugar seguro, se tiró sobre la yerba para dar descanso por una media hora á sus maltratados miembros, observando desde allí algo de lo que pasaba en el fuerte, á la vez que oia los lamentos de otros de sus compañeros que con menos fortuna se habian aplastado contra las rocas y estaban espirando. El era el único entre cien personas que se arrojaron á los voladeros escabrosos de la montaña que habia llegado hasta el fondo con menos destrozos en su cuerpo.

Cuando tornó á levantarse observó que tenia un

brazo y una pierna bastante golpeados, que ambos estaban muy adoloridos y que los sufrimientos de la herida que tenia en la cabeza se iban aumentando. Con todo y eso, hizo prueba á andar y vió que podia hacerlo, aunque con alguna pena, no sin lanzar de vez en cuando algunos lamentos que trataba de ahogar, exclamando lo mas quedo que podia:

—¡Ay Dios! ¡ay Dios!

Habia andado apenas unos doscientos pasos cuando las fuerzas empezaron á abandonarle.

—Es preciso, se dijo. que antes que me venga el desmayo, que de seguro ha de venirme por la sangre que he perdido, encuentre un lugar que ofrezca seguridad para ocultarme.

Entre la oscuridad halló uno entre unas peñas, precisamente en los momentos en que los realistas empezaron á lanzar cohetes de luz en aquella direccion para ver si habia álguien que se moviera por allí para correr á atraparle. Bravo, como lo habia previsto, acababa de perder á la vez el conocimiento.

Varias veces volvió en sí y quiso levantarse, pero no pudo, pasando algunas horas de un sueño agitadísimo en que solo veia incendios y manchas de sangre.

Antes de que amaneciera volvió á hacer un supremo esfuerzo; se sentia muy debil porque el dia anterior apenas habia comido, y ademas, á medida que pasaban las horas se le avivaban mas los dolores de la herida y de los tremendos golpes que habia recibido. Entonces ya no era el brazo y una pierna los que le dolian, sino todo el cuerpo, pareciéndole que

no habia una coyuntura que no estuviera desarticulada. Se estuvo sentado unos minutos, y observando que empezaban á aparecer en el horizonte algunos arreboles aunque muy ténues de la aurora, hizo un esfuerzo violentísimo que no le sirvió poco para entonarle, y exclamó:

—Puesto que he quedado con vida, es necesario hacer lo posible para ponerla en salvo. ¡Dios me ayudará si es que ha de servir aún para pelear por la patria!

Y se puso en marcha, dando los primeros pasos con muchos trabajos.

La frescura de la mañana que se presentaba apacible y bella por una parte, y por la otra el descanso que habia tenido el héroe por la noche y su sangre ya puesta en circulacion, le dieron mucho alivio y pudo andar mas de prisa por el terreno plano, procurando hallarse lo mas lejos que fuera posible para cuando apareciera la primera luz.

Tres horas anduvo así en la media oscuridad, casi sin rumbo fijo, hasta que al amanecer pudo ya orientarse, pero procurando dejar siempre aparte los senderos conocidos. Con muchos esfuerzos, con mucha paciencia, interrumpiendo de cuando en cuando su marcha para tomar ligeros descansos, algunas veces tropezando y cayendo de hambre y de debilidad, anduvo todo el dia sin comer ni beber, ni detenerse á dormir por la noche mas que unas tres horas en el fondo de una barranca. Así, sufriendo grandes dolencias, agobiado por el hambre y la sed, y descansando

lo menos posible, siguió su camino hasta llegar al rancho del Atascadero, (distante mas de treinta leguas de Cóporo), en donde estaba seguro de encontrar amigos que lo atendieran, alimentándolo y curándolo. Todavia dos leguas antes de llegar, estuvo próximo á desfallecer de cansancio; pero su gran fuerza de voluntad lo hizo triunfar de la debilidad mortal que estaba matándole, y arrastrándose, cogiéndose ya de la tierra con las uñas y haciendo uso de los brazos y las rodillas, llegó allí al tercer dia á las siete de la mañana.

—¿Quién es? ¿quien es ese pobre hombre? preguntaban las mujeres cuando vieron que entre dos fuertes campesinos lo metian á la casita.

—Un pobre enfermo que nos encontramos allí fuera desmayado, contestó uno de los gañanes.

—¡Vírgen Santísima! exclamó Dominguez, el dueño del rancho que apareció en aquel instante y que o reconoció al momento, ¡si es el Sr. Bravo!

—¿El general? tornaron á preguntar las mugeres con aire incrédulo.

—¡Pues quien otro habia de ser mas que el general! ¡Vamos! no hay que perder tiempo y á curarlo. Traigan aguardiente para untarle y unas escobetas para removerle la sangre.

Como lo principal que tenia Bravo era cansancio y debilidad, luego que aspiró el aguardiente, que descansó un poco y que tomó el primer alimento, se rehizo del todo y media hora despues pudo ya referir á las personas que le rodeaban de donde venia así co-

mo las angustias que habia pasado durante tres dias. Así que le curaron la herida y que se sintió bien fortalecido con los alimentos que se le proporcionaron, exclamó repentinamente:

—Pero amigo Dominguez, con el bienestar que aquí disfruto me olvidaba de que le estoy comprometiendo con mi presencia. Necesito ponerme en camino cuanto antes.

— Mientras su excelencia se encuentre en ese estado, mientras no se alivie bien de su herida, es imposible que lo dejemos partir.

—Puede venir el enemigo de un momento á otro buscándome. Aunque he dejado pocos rastros, luego que no encuentren mi cadáver, como podian esperarlo, me buscarán por todas partes.

—Ya he apostado hombres en los caminos para que nos avisen y tenemos dos caballos ensillados.

—Con uno me basta para llegar á Huetamo en donde es indispensable mi presencia.

Siguiéronlo deteniendo con instancia; pero Bravo que tenia un carácter enérgico, se empeñó en partir y no hubo mas remedio que complacer sus deseos, consiguiendo á duras penas que se dejara acompañar por Dominguez que debia regresar del camino y por un mozo que le serviria de asistente hasta Huetamo, á donde tenia interes en llegar cuanto antes, porque para allí habia dado cita á los dispersos de Cóporo y á otras partidas que debian incorporársele. El mismo Alaman despues de describir los esfuerzos que hizo Bravo en esta marcha milagrosa, dice que este hom-

bre *incontrastable siempre contra los golpes de la fortuna parecia que los reveses le servian de estímulo para intentar nuevas empresas.*

Dejemos á Bravo ya casi en seguridad en Huetamo, atendiendo mas que á curarse de la herida y contusiones que mucho le molestaban, á organizar las pocas tropas que con muchos trabajos podia reunir rodeado como estaba de destacamentos enemigos, y retrocedamos á un mes antes para presenciar una conversacion que tenia el virey con el gefe realista Armijo, uno de los brazos derechos del gobierno, quien hizo un viaje rápido á la capital con objeto de celebrar esta conferencia.

—Soy todo oídos, excelentísimo señor, dijo Armijo al virey luego que le anunció que iba á hablarle de un asunto muy importante.

—Se trata, dijo el virey, de ponerles la mano encima á varios de los principales cabecillas de la revolucion, para lo cual se me han ofrecido á dar el golpe dos hombres atrevidos que estoy seguro no fracasarán.

—De modo, excelentísimo señor, que ese es asunto ya arreglado.

—No tanto, no tanto, una vez que todavia les falta el apoyo que debemos darles nosotros que es la parte principal.

—¡Ah! dijo Armijo acercando mas su sillon.

—Comencemos por partes: los hombres que me han sometido tan interesante proyecto, son el cura de Ayacapixtla D. José Felipe Salazar y el capitan D.

Juan Antonio de le Cueva que han estado con los insurgentes y conocen todas sus guaridas.

—Los conozco, contestó Armijo, los dos son pájaros de cuenta.

—Ni tanto, siguió diciendo Apodaca, segun los datos que me dan están muy enterados de los puntos en donde se encuentran los gefes á quienes van á capturar, los senderos que han de recorrer, la gente que han de necesitar, y todo lo demas del caso.

—Y si no es indiscreta la pregunta, excelentísimo señor, ¿qué cabecillas son los que proponen aprehender?

—Verduzco, Rayon y algunos otros de la Junta que los acompañan ó que andan por los alrededores de Huetamo muy desprevenidos.

Armijo movió la cabeza con aire de duda.

—¿Cree su señoria que no los aprehenderán?

—¡Quien sabe! Todos esos, como dice el vulgo, son toros toreados.

—Pero impóngase su señoria mismo del plan tal cual me lo han sometido, dijo Apodaca con sonrisa de hombre triunfante entregando un papel á su confidente.

Armijo leyó el largo pergamino que el virey puso delante de sus ojos, con toda atencion, y cuando hubo concluído se contentó con exclamar:

—¡Psé! Es mucho lo que ofrecen para que puedan cumplirlo.

—Pues lo cumplirán.

—¿Su excelencia ha aprobado ya el plan?

—Completamente.

—En ese caso no tiene mas que darme sus órdenes respecto de ese negocio, que serán cumplidas.

—Simplemente esta: su señoria pondrá á disposicion del cura Salazar y del capitan Cuevas los elementos de gente armada y de dinero que le pidan, no parándose en nada respecto de auxilios y cualquiera cosa que se les ofrezca; y ademas como ellos mismos temen una vez hecha la aprehension se les echen encima todas las partidas de los insurgentes que pueda haber por esos rumbos, procurará movilizar cuantos destacamentos estén mas cerca de los acontecimientos para protegerles la retirada lo mismo que para darles cualquier ayuda que necesiten.

—Muy bien, Excelentísimo Señor: juro bajo mi honor que por mi parte no solo no tendrán tropiezo los ejecutores de ese plan, sino que recibirán cuanta proteccion necesiten, á fin de que si fracasa sea solo por causa suya. ¿Ellos ya saben que yo tengo que auxiliarlos?

—Ya tienen órden de dirigirse á su señoria para todo lo que se les ofrezca.

—¿Y en dónde debo hallarlos ó mandarlos buscar?

—En Tejupilco, con una partida de ochenta ó cien hombres de su devocion que han de tener la apariencia de insurgentes.

El virey se restregó las manos y se sonrió muy complacido por aquel golpe de astucia que iba á dar guiado por otros y despidió á Armijo recomendándole que se apresurara á salir de México para ir á vigilar la maniobra.

Ahora bien, sabido es que tanto Verduzco como D. Ignacio Rayon, contra quienes se estaba dirigiendo aquella batida, eran dos hombres que habian servido mucho á la revolucion, aunque por entonces se encontraran completamente nulificados. El cura Verduzco habia terminado ya sus dos años de miembro de la Junta, en que no habia hecho ninguna cosa de provecho y se le habian asignado comisiones militares que no habia cumplido por considerarse inútil tambien para la guerra. Así es que despues de haber corrido algunas aventuras, escapándose algunas veces de caer en poder de los realistas por medios mas sagaces que atrevidos, se encontraba por fin en un pueblecillo llamado Purichucho, cercano á Huetamo, cuartel general de los independientes.

D. Ignacio Rayon estaba todavia en peores condiciones: despues de haber sido reducido á prision por órden de la Junta, sus custodios lo habian abandonado y se hallaba en Patambo inutilizado para poder moverse, pues que tan mal podia pasarla cayendo en manos de los realistas como de los independientes, teniendo que juzgarlo si lo cogian los primeros como revolucionario y si los segundos como desobediente, de modo que se habia quedado allí en espectativa de los acontecimientos para resolverse á tomar algun partido.

Se reunieron, pues, en Tejupilco el cura Salazar y el capitan Cuevas el 8 de Diciembre. despues de haber hecho cada cual por su lado todos los preparativos que habia creído convenientes con las autoriza-

ciones amplísimas que tenian del virey. En la noche de ese dia tuvieron una conferencia tras una cerca que habia fuera de la poblacion en donde se habian dado cita.

—Ya estaba temiendo que le hubiera pasado algo, capitan: hace tres dias que lo estaba esperando.

—Andaba alistando balsas, balseros y víveres bastantes.

—Pues yo andaba escogiendo la mejor gente de mi curato y de los alrededores.

—La mia se compone de buenos soldados de los regimientos.

—¿Son soldados?

—Todos; pero los traigo disfrazados de insurgentes diciendo por donde hemos pasado que somos de la fuerza de Vargas.

—Tambien los cincuenta mios, todos tienen trajes de insurgentes, pero están muy bien montados.

—Pues debemos apresurarnos á dar el golpe, porque ya Armijo ha comenzado á mover para este lado los destacamentos y donde los sientan Bravo y Guerrero pueden echarnos á perder el negocio.

—No hay cuidado: nuestros grandes hombres permanecen tranquilos en sus escondites.

—¿Los ha visto alguno?

—Acaban de llegar dos de mis espías que confirman todas los noticias que teniamos. Rayon está en Patambo y Verduzco en Purichucho, de modo que podemos repartirnos uno cada uno mañana, al pardear el dia si salimos esta noche, ó pasado mañana temprano si salimos á la madrugada.

—Saldremos á la madrugada, dijo Cuevas para que descanse esta noche mi gente.

Convenidos otros puntos de menor importancia se separaron. prometiendo verse á las cuatro de la mañana fuera de la poblacion en el camino para Patambo.

Estuvieron exactos cada uno con sus cincuenta hombres, segun habian acordado y despues de caminar todo el dia, dieron cuatro horas de descanso á la tropa por la noche, echando á correr la voz por donde pasaban, de que formaban una partida de insurgentes que iban para Huetamo. A las 12 de la noche del dia 9 emprendieron de nuevo la marcha y á las dos de la mañana cuando ya estaban muy cerca de Purichucho, se separó Cuevas con su gente para hacer la aprehension de Verduzco, mientras Salazar continuaba á preparar el paso en el Carrizal donde tenia que esperar al primero.

Cuevas llegó sin novedad hasta la casa que ocupaba Verduzco y haciendo el menor ruido posible se apoderó del pobre hombre sin que opusiera la menor resistencia. Lo montó maniatado en un caballo que ya llevaba prevenido y en el acto se fué á incorporar con Salazar en el punto convenido.

—¿No sintieron nada los insurgentes de Huetamo?

—Nada.

—Pues segun acabo de saber allí está Bravo curándose de las heridas que recibió al escaparse de Cóporo.

—Despues volveremos por él, ahora lo que intere-

sa es que nos apresuremos á acabar de cumplir nuestro compromiso.

—¿No será conveniente que demos descanso aquí á la tropa?

—No, porque si Bravo está allí en Huetamo ya debe venir detrás de nosotros.

—¡Bah! si no puede moverse.

—Lo mejor es pasar cuanto antes y luego veremos.

Ya empezaba á oscurecer y habian pasado al prisionero y algunos de tropa, cuando de pronto apareció á la espalda de ellos una pequeña fuerza de caballería.

—¿Quien vive?

—¡Bravo! contestaron los que llegaban, á la vez que hacian algunos disparos.

Entonces los realistas formaron batalla y los esperaron á pié firme. Un solo ginete se adelantó y preguntó cuando estuvo cerca:

—¿Está aqui el prisionero Verduzco?

—Ya está al otro lado.

—Entonces es inútil un combate, contestó Bravo, pues no era otro el ginete aquel y dió media vuelta.

No llevaba mas que cuarenta hombres no muy bien armados y eran mas de ochenta los que se les oponian.

De la cama se habia levantado aquel valiente luego que supo la prision de Verduzco imaginándose que podria alcanzar á los aprehensores que consideraba en menor número, antes de que pasaran el rio.

Creyó por lo mismo mas conveniente ir á reforzárse para volver á la carga.

Salazar y Cuevas recibieron en cambio cincuenta dragones de refresco mandados por el capitan Alegre. Con estos se pusieron en marcha para Patambo dejando instrucciones para que la tropa cansada se fuera á reunir con los destacamentos que mandaba sin cesar Armijo.

Hicieron la aprehension de Rayon y los que le acompañaban, y sin pérdida de tiempo se volvieron para Ajuchitlan en donde se hicieron fuertes con doscientos hombres porque ya Bravo los seguia diligentemente con quinientos caballos.

Apenas comenzaba Bravo á atacar la iglesia de Ajuchitlan cuando se presentó Armijo con sus mas lucidas tropas.

El intrépido Bravo tuvo que retirarse murmurando:

—¡Es imposible!

CAPITULO VI.

¡GRACIA!

Siendo de todo punto infructuosos cuantos esfuerzos hizo el general Bravo para salvar á los prisioneros en Ajuchitlan, en donde estuvo á punto de ser envuelto por el enemigo, siempre superior en toda clase de elementos, despues de salir con apuros de aquel embarazo, pensó en otro arbitrio que consideró ser recurso supremo, mandando suplicar á Guerrero que acudiera con todas las fuerzas de que pudiera disponer al puerto de Coyuca, estrecho formado por el rio Mescala, por donde pudiera ser que tuviera que regresar Armijo.

Entre tanto Bravo por medio de una hábil maniobra, y sin dar descanso á su tropa, hizo un rodeo que le permitió coger la delantera al enemigo, mientras este marchaba tranquilamente para Teloloapan considerando que ya no podia haber quien lo combatiera.

El general Guerrero estuvo puntual á la cita, pero no pudo llevar mas que ciento cincuenta hombres de mala tropa, los mismos que Bravo habia perdido en su rápida travesia por cansancio de los caballos, de los soldados y por desercion, de suerte que volvió á encontrarse reunido un grupo de quinientos insurgentes, muy poca fuerza seguramente para atacar en forma á los realistas.

—Saldremos sin embargo á encontrarlos, le dijo Guerrero, y si nos derrotan, un descalabro mas no significa nada agregado á los muchos que hemos sufrido.

—Mi general, le contestó Bravo con todo respeto, mi idea no ha sido escaramucear al enemigo, sino ver si podemos introducir el desórden en sus filas para que los prisioneros tengan oportunidad de escaparse.

Entonces Guerrero se fijó en Bravo que estaba pálido y desfigurado.

—Pero usted no puede entrar en combate, mi querido D. Nicolás, le dijo, usted está muy enfermo.

—Sí, señor, le contestó Bravo, mi caida del fuerte de Cóporo fué ruda y todavia ando aquí algo desquebrajado; pero lo que mas he resentido son las últimas fatigas de esta campaña. Hace cuatro dias que no duermo y apenas me alimento.

—Necesita su señoria descansar y curarse. Déjeme á mí el cuidado de ver si puedo rescatar á los prisioneros.

—De ninguna manera, señor general, mientras yo cuente con alguna fuerza en mis miembros para pe-

lear, no he de esquivar ningun combate, y menos ahora que se trata de llenar uno de los deberes mas imperiosos.

—Y cuál es, pues, el plan de usted?

—Que fortifiquemos del mejor modo que podamos este punto que es muy ventajoso y por el cual de seguro tiene que pasar dentro de unas horas Armijo con los prisioneros. Si logramos detenerle ó hacerle retroceder, podremos despues contar con algunas probabilidades de éxito.

—Aunque mi dictámen seria que lo atacáramos sobre el camino de un modo brusco para ver si conseguiamos siquiera desordenarlo un poco, me someto al plan de usted sobre la fortificacion.

—Como hay tantos traidores, señor general, ya Armijo debe estar advertido de que por este rumbo nos encontramos y ha de estar muy alerta. Aquí tenemos la ventaja de poder ocupar los puntos dominantes de ese cerro que está á nuestra izquierda, desde donde se le impedirá el paso del camino con poca resistencia.

—¿Qué fuerzas trae Armijo?

—Mas de dos mil hombres.

—Pues nos desalojará del cerro, no hay que dudarlo; pero no importa, debemos intentar hacer lo que podamos y desde luego me someto en esta vez, á lo que su señoria disponga.

En virtud de ese acuerdo, Bravo procedió á levantar las fortificaciones, tratando al mismo tiempo de infundir ánimo á su gente, que no se encontraba

muy dispuesta á trabar combate con las aguerridas y casí invencibles legiones de Armijo.

Con gran placer supo Bravo al amanecer del dia siguiente que Armijo venia por el mismo camino que él ocupaba conforme á sus deseos, solo que se llenó de asombro y de despecho cuando al querer distribuir su tropa en los puntos de la defensa del paso, se encontró con que en la noche se habian desertado trescientos hombres.

—¿Qué hacemos, le preguntó Guerrero, con tan poca gente?

—No es posible hacer nada, le contestó Bravo. Estos pocos hombres que nos quedan se desbandarán á las primeras descargas que nos dirija el enemigo.

—Me alegro de que no tengamos combate.

—¡Cómo!

—Mi querido Bravo, es usted un hombre admirable.

—Explíquese vuestra excelencia........

—Está usted enfermo, apenas puede tenerse en pié, ¡y quiere combatir!

—¿Por qué no? Combatiré con los pocos hombres que me quedan.

—Seria no ya una temeridad, sino un delirio: yo no le consentiré empuñar las armas en el estado en que se encuentra.

—Pero si me siento capaz......

—No, no, amigo; usted está haciendo esfuerzos prodigiosos hasta para estarme hablando. Es imposible que esperemos aquí á Armijo con estos pocos soldados tan inservibles que nos quedan, ni yo debo con-

sentir en que usted vaya á buscar una muerte segura, cuando lo que necesita es ponerse en cama.

—General, por Dios, necesitamos hacer cuanto quepa en lo humano para rescatar á esos prisioneros que son nuestros hermanos y que ahora van marchando al patíbulo.

—General, le contestó Guerrero revistiéndose de toda su energia, yo dispongo que nos retiremos.

Bravo inclinó la cabeza y ordenó la retirada por detras del cerro que ocupaban.

Ya era tiempo: Armijo habia dividido su fuerza en tres columnas, de las que una venia flanqueando el mismo cerro que servia de llave á la posicion, mientras que las otras dos avanzaban paralelamente por la ribera del rio y por el lado opuesto del camino. El mismo Armijo tomó la vanguardia de una seccion creyendo sorprender dormidos á los insurgentes. Cuando llegó á la cima solo se encontró las señales de haber estado allí el campamento.

—Era una buena posicion la que habian tomado, dijo Armijo á sus edecanes, aquí con mil hombres bien armados se puede detener una columna de diez mil veteranos. Podemos decir que hemos escapado de sufrir un bochorno, amigos mios, pero de aquí en adelante ya nadie podrá detenernos.

Efectivamente, ni delante ni detrás de Armijo quedaba una fuerza revolucionaria ni de doscientos hombres que tuvieran siquiera una mediana organizacion,

Armijo, sin embargo, en esa fecha que fué el 19 de Diciembre de 1817, dió un parte rumboso diciendo

que habia logrado ahuyentar á un numeroso ejércit que se proponia quitarle los prisioneros.

Sintiéndose Bravo verdaderamente enfermo á consecuencia de los terribles golpes que sufrió en Cóporo, cuyo mal se exacerbó extraordinariamente con las grandes fatigas de aquellos dos últimos dias, á instancias de Guerrero consintió en retirarse para ponerse en cama, escogiendo al efecto un rancho llamado Dolores que se encontraba en el fondo de la Sierra. Conocedor del terreno y temeroso de las traiciones de los suyos, se retiró de noche del lado de Guerrero, no llevando consigo mas que algunos hombres de su mayor confianza.

Uno de los desertores de la fuerza de Guerreró, que habia tomado al oscurecer igual rumbo, vió pasar un grupo de ginetes, conoció por la voz á Bravo y se fué siguiéndolo hasta quedar persuadido de que iba á permanecer allí para curarse. Entonces, haciendo una travesia, fué á presentarse á Armijo para denunciarle aquel secreto que habia sorprendido casualmente, esperando una rica recompensa. Lo único que obtuvo fué no ser fusilado en el acto como prisionero de guerra en virtud de haber caido primero en poder de las avanzadas.

—Bueno, le dijo Armijo, despues de haberlo amenazado con fusilarlo; voy á concederte la vida pero me has de llevar al mismo punto en que dices que se ha escondido Bravo.

—Sí, le contestó el traidor.

—Ya sabes que si me engañas te fusilo inmediatamente.

Nunca habia experimentado Armijo mayor júbilo que al tener aquella noticia, pareciéndole la captura de Bravo la de mas importancia que podia hacerse; y mas le regocijaba llegar á conseguirlo, porque él no habia sido el autor, sino el colaborador para la aprehension de Verduzco y Rayon. Así es que sin comunicar á nadie sus planes, escogió la mejor tropa que debia acompañarle en aquella delicada expedicion en que no esperaba enemigo que combatir; pero sí desplegar mucha cautela para que no se le escapara aquel que en su concepto era el gefe mas activo, mas valiente, mas generoso y mas popular de los independientes.

Salió, pues, el 21 por la noche del pueblo de San Miguel de Amujo, que fué donde obtuvo el aviso y sin detenerse en punto alguno ni por las asperezas del camino, ni por el rio que tuvo que atravesar muchas veces, cubriendo el agua varias ocasiones las sillas de los caballos y sin hacer caso de los dragones que se le quedaban resagados por cansancio ó ahogados en las corrientes del rio de Dolores, que tenian que seguir á veces por el mismo cauce llevando en contra la corriente, llegó al amanecer del dia 22 á las inmediaciones del punto deseado.

—Allí es, le dijo el traidor, designándole una luz entre la espesura del monte en medio de la oscuridad que todavia reinaba.

— Ya está muy cerca, dijo Armijo, y se detuvo.

En seguida, preguntó al ex-insurgente que le habia servido de guia:

—¿Cuántos hombres están con Bravo?

—Están con él un padre Talavera, un coronel Vazquez y cuatro asistentes.

—Total siete, dijo Armijo, y luego como hablando consigo mismo, agregó:

—Suponiendo que haya otros cinco ó seis mas, con dos piquetes de á 25 hombres hay para rodear el rancho y no dejar que se escape nadie.

Entonces llamó al corónel D. Agustin Bustamente y le dijo:

—Tome usted cuarenta hombres de Fieles de Potosí y me los sitúa convenientemente al rededor del caserio de modo que nadie pueda salir de allí sin ser atrapado.

Luego dió 25 hombres á cada uno de los capitanes Armijo, sobrino suyo, y Diaz, con instrucciones de lanzarse á escape á pocos momentos en derechura á la casita que les señaló como la morada de Bravo, haciendo de modo que no se les diera tiempo á los que allí estaban de hacer ninguna clase de resistencia.

Todos estaban en el rancho completamente dormidos, pues lo que menos esperaban era semejante sorpresa, de modo que no hubo uno solo que pensara en resistir, y mucho menos Bravo que era presa de la fiebre que le habia sobrevenido despues de tantos padecimientos.

Los asaltantes llegaron hasta los lechos que ocupaba cada uno de los compañeros de Bravo con las armas preparadas y poniéndoselas á cada cual en el pecho les iban diciendo:

—Ríndanse ustedes.

A la vez se apoderaban de las armas que veian. Con algunos ni siquiera esperaban á que despertaran, sujetándolos luego con las cuerdas que llevaban listas.

En el cuarto que ocupaba Bravo se presentó el sobrino de Armijo con diez hombres de los mas resueltos, siendo mayor el aparato desplegado. El gefe insurgente que no dormía con sus dolencias y que habia percibido algo del estrépito, se medio habia incorporado en el lecho y aplicado el oído para cerciorarse de lo que pasaba, cuando vió entrar al oficial realista seguido de soldados á la luz de una pequeña lámpara que ardia en un rincon de la pieza.

—Usted es D. Nicolás Bravo? le preguntó el oficial poniéndole la espada en medio del pecho.

—Sí señor, le contestó Bravo.

—Soldados, sujétenlo.

—Es inútil, le dijo el valiente enfermo, estoy impo sibilitado de hacer la menor resistencia porque apenas puedo moverme.

Ya habia llegado el gefe principal de los realistas con el grueso de las tropas y se habia dirigido al lugar en que le dijeron que estaba Bravo.

Le preguntó cortesmente por sus dolencias y como viera que en realidad tenia el semblante enfermizo, le aseguró que seria llevado con todas las consideraciones del caso, pero que no le era posible detenerse. Entonces se le hizo montar á caballo lo mismo que á las personas que lo acompañaban, y todos juntos salieron de allí media hora despues llevando una marcha lenta para que la pudiera soportar el enfermo.

Armijo temia mas que otra cosa que se le fuera á morir Bravo en el camino porque en tal caso ya no podria presentar al virey un prisionero mas ilustre que los que habian hecho Cuevas y Salazar.

A los dos dias supo Guerrero que á consecuencia de una denuncia que se habia hecho del escondite de Bravo este habia sido sorprendido y llevado preso por Armijo, por lo que se puso en movimiento para alcanzarlos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues cuando llegó á la salida de la sierra ya Armijo se habia incorporado al grueso de su fuerza con el nuevo prisionero y habian marchado para Teloloapan.

—¡Fatalidad! exclamó Guerrero derramando lágrimas de ternura. Van á matarnos al mas leal de los hombres, al mas bravo de nuestros generales, al mejor sosten de la bandera independiente. Han dado una herida en el corazon á nuestra santa causa.

En Teloloapan fusiló Armijo treinta prisioneros de los que llevaba y que consideró de menor importancia, procediendo al reves de lo que pasa en esa clase de revueltas que á los que se fusila son á los principales. Entonces lo que mas importaba era destruir á la gente criolla porque á toda se consideraba enemiga.

A los eclesiásticos y gefes militares los remitió á Cuernavaca á la disposicion del virey, segun las órdenes que se le habian comunicado. Al referirse en el parte á Bravo decia Armijo que era este "un mandarin del mayor concepto entre los de su clase y de influjo in-

decible en toda la tierra caliente por su astucia, por su mal encaminada constancia, por su sagacidad, atrevimiento, antigüedad en su fatal carrera y arbitrios de formar reuniones."

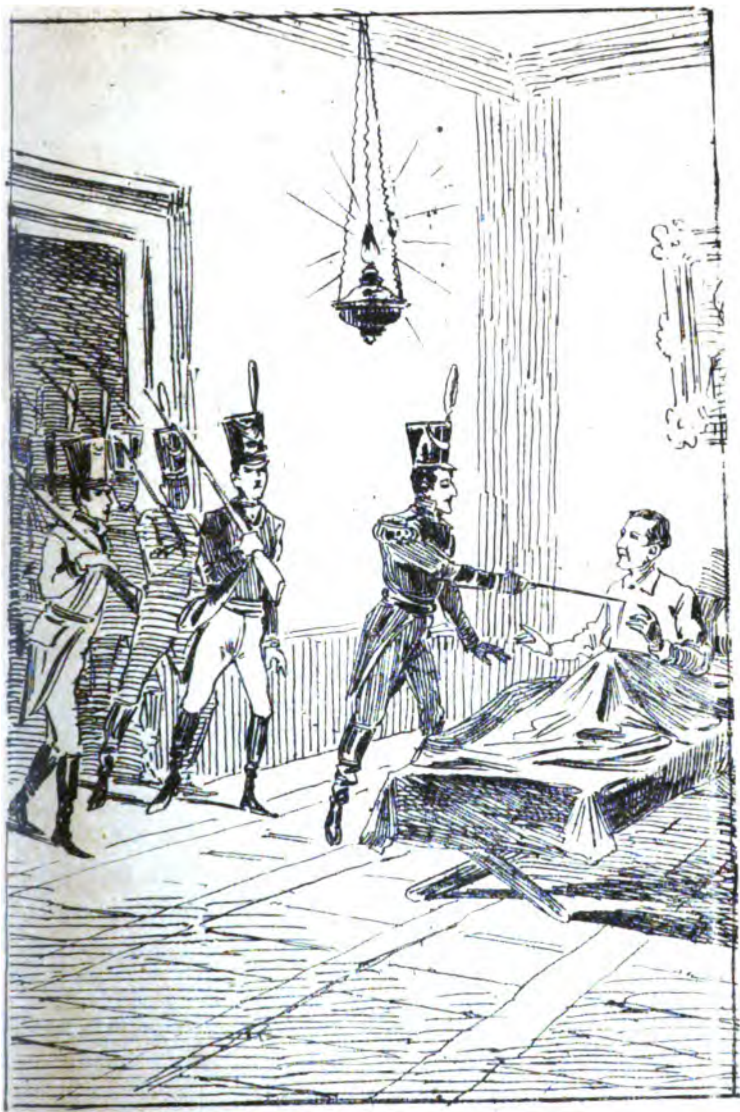
Encargó de la custodia de los presos á su mismo sobrino el capitan Armijo, y como Bravo se habia captado grandes simpatias en la division que aquel gefe realista mandaba, á peticion de los oficiales encabezó una representacion en que se pedia al virey la vida de aquel buen insurgente.

—No se concederá lo que pedimos, habia dicho á sus oficiales, porque la ley que le condena es bien terminante; pero un hombre tan generoso y tan valiente merece como nadie que le paguemos este tributo ya que él nunca se ha manchado las manos con la sangre de los prisioneros.

Cuando el capitan Armijo vino á pedir órdenes á su tio, le llamó este aparte diciéndole:

—Despues de dejar los presos en Cuernavaca en poder del gefe de la plaza, te pasas á México á entregar en mano propia al Excelentísimo Sr. Apodaca este parte de nuestras operaciones, respondiendo á todas las preguntas que te haga y despues de concluido todo eso pondrás tambien en sus manos esta representacion mia y de todos mis oficiales en que pedimos gracia para D. Nicolás Bravo. Como despues que salgas de Cuernavaca ya no hay dia seguro para los prisioneros, interesa mucho que hagas el camino de ida con toda rapidez para ver si es posible aunque

Leyendas Históricas de la Independencia



—¿Usted ès don Nicolás Bravo? le preguntó el oficial poniéndole la espada en medio del pecho.

sea, retardar la ejecucion mientras se emplean otros medios mas eficaces.

La despedida de Bravo, no obstante que no sabia lo que habian hecho Armijo y sus oficiales, fue muy tierna, expresándose en demostraciones simultáneas como si se tratara de la separacion de antiguos y buenos amigos.

Por ninguno de los otros prisioneros demostraron tantas simpatías como por Bravo, viéndole partir tan noble y tan entero como si no marchara al patíbulo.

¡Cuál no seria el júbilo del virey y de todos los realistas en México luego que supieron que ademas de Verduzco y Rayon, habia sido tambien capturado Bravo que se consideraba como el enemigo mas temible que les quedaba entre los insurgentes! Las campanas se repicaron y hubo grandes fiestas en la plaza principal y el palacio, recorriendo las músicas las calles y celebrándose de otros mil modos la paz que ya se consideraba asegurada. En pocos dias habian acabado Mina, Moreno, los Pachones, Rayon, Bravo y todos los cabecillas de importancia, quedando ya solo en pié Victoria y Guerrero que no podian hacer nada rodeados como estaban de tropas enemigas, sin mas salida ya, segun las últimas noticias, que sucumbir ó rendirse.

Cuando estaban las fiestas en todo su explendór llegó el capitan Armijo á México, habiendo dejado á todos los prisioneros en Cuernavaca á disposicion del comandante de la plaza, segun las instrucciones que habia recibido. Así es que no sin trabajos se anunció

al virey y logró ser recibido, valiéndole mas en aquellas circunstancias su apellido que la mision que llevaba por importante que fuera.

—Despache usted pronto, jóven, le habia dicho Apodaca, porque tengo hoy que asistir al tercer Te-Deum que se canta en la Catedral en el cual va á predicar Su Ilustrísima el Señor Arzobispo Fonte.

El capitan Armijo entregó el parte detallado de las operaciones de su tio el mariscal.

—Es muy largo esto, dijo el virey luego que lo hubo desdoblado al notar que se componia de tres pliegos, ahora no tengo tiempo de leerlo.

Y se levantó impaciente para marcharse.

—Traigo tambien este otro pliego que creo es de mas importancia y de mas urgente resolucion.

—Bueno, bueno, mañana lo veremos.

—Excelentísimo señor, insistió Armijo, tanto mi tio como los oficiales de su division hacen una representacion á Vuestra Excelencia pidiéndole la vida de D. Nicolás Bravo.

—De D. Nicolás Bravo?.... pero entiendo que ese rebelde ya debe estar muerto á estas horas.

—Será posible?

—Mis órdenes al comandante de Cuernavaca han sido que *sin otra formalidad que la calificacion de identidad de las personas, aplique á los que no son eclesiásticos la pena prevenida por los bandos de Calleja.*

—¡La pena de muerte!

El virey se fijó en la palidez de que estaba cubierto

el rostro del capitan Armijo, que tambien habia cobrado gran afecto á Bravo, y dijo prontamente:

—En fin, salga usted corriendo al momento á ver si de casualidad logra llegar á tiempo de salvarlos.

Y mandó en seguida que se extendiera la órden suspendiendo la ejecucion.

Armijo salió á toda prisa mientras que se quedó murmurando el virey: "Nada se pierde porque siempre llegará tarde."

El capitan montó en un buen caballo haciendo que le llevaran otro de reserva, y sin cesar de galopar hizo el camino á Cuernavaca en la tarde y noche de ese dia, llegando á aquella poblacion en la madrugada.

—¿Han fusilado á los prisioneros? preguntó al primer soldado que encontró en la calle.

—Ahora están saliendo para la plaza.

Armijo gritó al llegar al grupo en donde estaban los soldados próximos á hacer fuego:

—¡Alto, en nombre del Rey!

Bravo y sus compañeros estaban salvados.

CAPITULO VII.

EL DOCTOR SAN MARTIN.

Dejaremos por ahora á los prisioneros sufriendo sus consiguientes vicisitudes, para volver los ojos á la Junta de Jaujilla que se quedaba en los mas grandes aprietos, faltándole los principales caudillos de la revolucion que le habian estado sirviendo de apoyo.

La junta de gobierno estaba compuesta á la sazon de D. Antonio Cumplido, del Dr. San Martin, de Ayala y otros vocales que se alternaban como Tercero, Pagola y Villaseñor, siendo secretario de lo civil D. Francisco Lojero y de lo militar D. Antonio Vallejo, patriotas todos muy ameritados y de gran prestigio entre los insurgentes que quedaban por el Bajío y por Michoacan.

Este gobierno estaba residiendo en Jaujilla, islote de la laguna de Zocapo, al cual solo podia entrarse por

una lengua de tierra muy angosta, que estaba bien fortificada, y aunque fuera del recinto del fuerte habia mas terrenos, estos habian sido inundados de tal modo que estaban completamente intransitables, por lo que esta posicion, en caso de estar bien defendida, aun con los elementos de guerra de que entonces se disponia, era imposible que fuera tomada.

Al presente no tenia la Junta sino unos trescientos hombres no muy bien armados y unas cuantas piezas de artilleria no muy bien montadas, estando en espera de ser auxiliada por el padre Torres en caso de ser atacada, ó de recibir otros refuerzos de guerrillas que le estaban dependientes y que andaban expedicionando, con todo lo que se proponia contar con unos mil hombres de combate para el caso en que llegara á verse acometida. Pero sucedió que no hubo tiempo de que se hiciera ninguna concentracion de fuerzas, pues que repentinamente se vió llegar un buen cuerpo de ejército de realistas que empezó á cercar la posicion.

Esto era lo que habia pasado: el virey al recibir la noticia de la caida del fuerte de Cóporo, consideró, cosa que á cualquiera se le hubiera ocurrido tambien, que ya tenía suficientes fuerzas desocupadas para emprender una campaña seria contra el fuerte de Jaujilla, único baluarte por entonces de la revolucion. Cayendo Jaujilla tenia que caer tambien la Junta de gobierno y de consiguiente quedaba restablecida la paz de la nacion, una vez que acabara aquel único foco que

sostenia á los pocos insurgentes que traian empuñada aun una bandera política.

No dudando un punto Apodaca de que al destruir á Jaujilla se acababa la revolucion, dió todas las órdenes que consideró oportunas y en su consecuencia salió de Valladolid el coronel Aguirre con 600 hombres, al cual se le habia de unir Barradas con otros 600, cuyo cuerpo de ejército seria reforzado mas y mas por otras muchas tropas que habia disponibles, á medida que fueran necesitándose.

Aguirre mandó desde luego una comunicacion atenta á los individuos de la Junta ofreciéndoles el indulto en nombre del virey para que se rindieran sin hacer resistencia, pues que queria aquel concluir la pacificacion del reino sin que se derramase mas sangre. Los del fuerte no estaban muy fuertes, pero nadie se habia rendido hasta entonces sin combatir, y no podian ser los miembros del gobierno los primeros que dieran una muestra de debilidad, así es que contestaron que estaban dispuestos á perecer allí todos antes de humillar la cerviz al yugo del opresor.

Entonces el gefe realista dividió su ejército en dos trozos ocupando con uno el terreno fangoso que cercaba la posicion, que era lo único que se le dejaba para formalizar sus operaciones y allí estableció los campamentos. llevando los soldados, en las partes menos anegadas, el agua hasta las rodillas. La otra seccion de tropas haria el bloqueo de la posicion en canoas.

El que mandaba en gefe á las fuerzas sitiadas era el coronel insurgente D. Antonio L pez de Lara,

quien tenia como lugartenientes y buenos auxiliares, á los capitanes de Mina, Cristie y James Devers. Aunque tarde, vinieron á convencerse los de la Junta, de que se habian metido en un agujero sin salida. Es verdad que era difícil la entrada á los sitiadores, supuesto que el fuerte podia defenderse, aun con poca gente; pero tambien vieron que si el cerco se formalizaba no podria salir tampoco de allí ninguno de los que estaban dentro.

—Es serio esto, dijo Cumplido á sus compañeros.

—Tan serio, le contestó el Dr. San Martin, que si no consiguen entrar por la fuerza, tienen que rendirnos por hambre.

—Y no es seguramente por nuestras personas por lo que debemos evitar caer en poder del enemigo, sino por la autoridad que representamos.

—Es claro, dijo Cumplido, á nosotros nos ahorcarán y asunto concluido; pero la causa padecerá mucho porque la revolucion quedará sin cabeza.

—Indudablemente perecerá, exclamó Ayala, porque el virey hará entender con todas las trompetas de la fama á los habitantes de la nacion que ya ha caido el último reducto de los insurgentes y con él los últimos representantes de la independencia mexicana.

Nunca se vió mas conformidad que la que manifestaron los miembros de la Junta de gobierno y con ellos sus secretarios, sobre la conveniencia, sobre la imperiosa necesidad que existia de ponerse ellos en salvo á fin de que se salvara tambien la bandera de la revolucion que ellos, como genuinos representantes de los pueblos, estaban empuñando.

De modo que el acuerdo no podia ser mas uniforme. Era preciso salir de allí; ¿pero, cómo? En esto era en lo único que estribaba el quid de la dificultad. Decirlo era fácil; pero no teniendo el arbitrio de la fuerza, quedaba solo el de la astucia, que era por cierto muy peligroso, no contando con amigos bastantes para que pudieran apoyar ninguna operacion, ni prestar auxilio eficaz para llevar á cabo una maniobra arriesgada.

—Que debemos salir de aquí es indudable, volvió á decir Cumplido, despues que los cinco que estaban presentes se habian quedado reflexionando cerca de un cuarto de hora sobre la situacion, y cuánto antes mejor.

—Sí, porque tal vez mañana lleguen mas fuerzas realistas que cierren los pocos puntos que quedan descubiertos, dijo López de Lara que acababa de llegar y que en pocas palabras fué impuesto del asunto.

—¿De modo que usía apoya la resolucion que nos creemos obligados á tomar? le preguntó San Martin.

—Tan lo creo, que iba á suplicar á su soberania el congreso se pusiera en salvo cuanto antes.

—¿Y cuáles son los puntos descubiertos? preguntó á su vez Cumplido.

—Pues los que están completamente inundados al Sur, que tienen que cubrir los realistas con las canoas que están acumulando.

—¿Y esos puntos no están cubiertos todavia?

—No, puesto que por ellos me han llegado dos canoas con algunos víveres.

Leyendas Históricas de la Independencia



La navegacion se emprendió á las dos de la mañana con tiempo muy cerrado por la oscuridad y por entre un bosque de juncos.

—Entonces esta noche debemos hacer la tentativa de escaparnos, exclamó Cumplido.

—Armándonos de resolucion, no será tentativa sino el hecho mismo, dijo el Lic. Antonio Vallejo que era hombre intrépido, como que ejercia las funciones de secretario de la guerra.

Y despues de una ligera discusion sobre la forma que se daria á tal escapatoria, se convino en que la salida seria en canoas aquella misma noche por entre las aguas, mientras que la guarnicion entretenía al enemigo por los puntos que se llamaban tierra firme no obstante que se formaban de profundos lodazales.

Por la noche despues del oscurecer se mandó una canoa con dos hombres á inspeccionar el rumbo que debia llevarse; pero como pasaran muchas horas sin qne volvieran, presumieron los de la Junta de Gobierno que habia sido capturada por el enemigo ó que los hombres que la tripulaban habian denunciado el intento para obtener alguna recompensa. De cualquiera de los dos modos que fuera, Cumplido y San Martin juzgaron que era conveniente intentar la salida, y como los demas se opusieran, convinieron en fraccionarse, llevándose los dos primeros la imprenta y dejando á los restantes el archivo para cuando consideraran oportuno abandonar el fuerte.

Hechos los preparativos que consistieron en llevar empacada en una canoa la pequeña imprenta, y colocándose en la otra los dos vocales con algunos víveres, se despidieron de sus compañeros, deslizándose en seguida por entre las yerbas acuátiles, procurando

que se hiciera el menor ruido posible con los remos. La navegacion se emprendió á las dos de la mañana con tiempo muy cerrado por la oscuridad y por entre una verdadera selva de juncos.

Sucedió lo que era natural que sucediera, que estraviaron el rumbo, yendo á meterse casi en el campamento enemigo; pero este dormia descuidado, y de este modo, no sin zozobras y peligros lograron atravesar sus líneas yendo á desembarcar al pueblo de Tarejero que por fortuna estaba desguarnecido de realistas.

Los pocos vecinos que habia en el reducido pueblo recibieron á los dos miembros de la Junta y á sus acompañantes con alborozo, les proporcionaron los medios que necesitaban para seguir su marcha por tierra, hasta ponerse en lugar seguro en las rancherías de Zárate, custodiados por algunas partidas de insurgentes que recorrian los senderos inmediatos.

Los otros miembros del Gobierno que salieron ocho dias despues con Ayala, á cargo de quien se puso la salvacion de todos los archivos, que era por entonces la mayor riqueza de la autoridad independiente, tuvieron que pasar mayores penas para escapar á la vigilancia del enemigo que se habia aumentado considerablemente, pues ya pasaban de dos mil hombres los que verificaban el bloqueo; pero al fin salieron bien de su empresa, yendose á reunir con sus compañeros en las rancherías mencionadas en donde siguieron funcionando.

La primera determinacion dea Junta fué reunir

fuerzas para apoderarse de Pátzcuaro. punto aislado que no podia recibir prontos socorros, y que cuando menos serviria para llamar la atencion de los jefes que cercaban á Jaujilla á fin de que levantaran el bloqueo y poder conservar aquel fuerte para las operaciones ulteriores. En esa virtud dirigieron ordenes á todos los cabecillas de su jurisdiccion, señalándoles el punto en que debian reunirse con tal objeto. Para decidir á aquellos á prestar su concurso, cosa difícil en aquellas circunstancias, les explicaban cuál era el plan, muy detalladamente.

Una de aquellas órdenes dirigida al comandante Hermosillo fué á dar á poder del coronel de realistas don Luis Quintanar en los Reyes, á quien la entregó el correo que la llevaba para obtener alguna recompensa. ¡Siempre fueron los insurgentes víctimas de estas infames traiciones!

Conocido el plan de la Junta era lo mas sencillo aprovecharse de él para dar á esta un golpe decisivo; y al efecto, se valió Quintanar del tuerto Vargas, insurgente muy pillo que se habia indultado á costa de mil bajezas y traiciones y el cual podia ser en aquel caso el mejor instrumento.

—¡Qué me place! exclamó Vargas, acepto la comision con regocijo, con solo la condicion de que me acompañe don Angel Cuesta.

—¿Para qué?

—Porque ese diablo sabe falsificar firmas, y con especialidad la de Hermosillo, por quien necesito ha-

cerme pasar para llegar sin tropiezo hasta con los de la misma Junta.

—Pues vaya vd., capitan, y si logra aprehenderlos á todos, le aseguro un grado y un buen pico en dinero.

—Sí, ya lo se: si salgo mal, esto es, si me ahorcan, nada pierde la causa realista, y si gano la partida se me tendrá mas confianza y haré carrera, ¿no es esto? preguntó riéndose el cínico Vargas.

—Vaya vd., vaya vd., le dijo tambien riéndose el coronel Quintanar, viendo que tan bien habia comprendido sus designios aquel ser excecrable.

El infernal Vargas, uno de los monstruos mas deformes de aquella época salió con Cuesta seguido de 60 buenos dragones disfrazados de guerrilleros insurgentes el dia inmediato 18 de Febrero de 1818 haciéndose pasar facilmente con el nombre de Hermosillo por entre los pueblos amigos de los insurgentes, mostrando á las autoridades la órden de la Junta. Naturalmente, pudo pasar, no solo sin novedad, sino muy atendido de todos, hasta el mismo rancho de Zárate á donde procuró llegar despues de las ocho de la noche.

—¿Qué gente hay en el rancho? habia preguntado á un campesino.

—Ocho hombres de escolta mandados por el comandante don Eligio Rodas.

—¿Y están allí todos los miembros de la Junta?

—Todos.

Ignoraba el que daba la noticia que en aquellos mo-

mentos Cumplido, Villaseñor y los otros miembros del Gobierno con los Secretarios acababan de salir de allí en donde no habia quedado mas que el Dr. San Martin que estaba un poco achacoso y que tenia confianza en no ser sorprendido de los realistas creyendo de verdad que el que se aproximaba era el verdadero Hermosillo, segun las noticias comunicadas.

El tuerto Vargas cercó la casucha que servia de Palacio de Gobierno y se presentó él en persona á la entrada con 25 dragones desmontados.

—Ríndanse en nombre del rey, exclamó echándose sobre el centinela.

Rodas que habia oido el rumor de la tropa, estaba ya en su puesto y dió órden á los suyos de que hicieran fuego sin saber con el número, ni con la calidad de enemigo con quien se las habia.

Los realistas fueron rechazados.

—Por aquí, Dr., le gritó á San Martin, huyamos.

Pero San Martin al oir los tiros habia querido escaparse por el lado opuesto de la casa brincando una cerca, en donde habia caido ya prisionero.

Entonces Rodas tomó de allí mismo su caballo, empuñó su espada y seguido solo de dos hombres que estaban tambien montados y armados, se abrió paso por entre los realistas que habian vuelto á la carga, haciendo prisioneros á cinco soldados que ya no se ocuparon en hacer resistencia.

Vargas ordenó que inmediatamente se confesaran los cinco prisioneros con el Dr. San Martin, que era

canónigo, y en seguida los pasó por las armas so pretexto de que podian embarazar su marcha. Al Dr. lo montó bien ligado en un mal caballo colocándolo en el centro de la fuerza; y volvió á emprender el camino á toda violencia para Apatzingan, temeroso de que los insurgentes se apresuraran á quererle disputar la buena presa que llevaba.

El Dr. San Martin por la posicion que ocupaba de miembro del Gobierno, por su talento, por su energía y por su prestigio, era considerado como personaje de la mas alta importancia, por lo que Vargas, aunque no habia aprehendido á toda la Junta, como esperaba, dando un golpe redondo, no por eso iba menos satisfecho de la captura que habia logrado, ni de la hazaña con que tan poco trabajo acababa de distinguirse, por lo que no llegó á dormir, ni á comer con tranquilidad sino cuando llegó á Apatzingan con el ilustre prisionero, en donde, excusado es decir que fué recibido el traidor con repiques y salvas, considerándosele desde aquel momento como uno de los prohombres de la causa realista.

El parte que se rindió de la jornada fué rumboso, haciéndole creer al virey que se habian vencido grandes obstáculos para llevarla á cabo, por lo que mandó á Vargas sin demora un despacho de teniente coronel, cien pesos de gratificacion para el correo que entregó la orden de la Junta para Hermosillo; á Quintanar un grado y dinero y una medalla de plata á los soldados vencedores, con una inscripcion que decia: "Por la jornada de Zárate."

Ahora vamos á ver lo que pasó con el Dr. San Martin para seguir ocupándonos del sitio de Jaujilla.

—Vamos á ver, señor Dr., le dijo Quintanar, ¿qué se hicieron los demás miembros de la llamada Junta de Gobierno?

—Tuvieron un buen presentimiento: el de la traicion que amenazaba envolvernos á todos, y se pusieron en salvo.

—¿Habian sospechado lo que iba á sucederles?

—Sí.

—¿Y vd. por qué no se escapó con ellos?

—Porque no quise.

—¿Sabe vd. cual es la suerte que se le espera?

—El patíbulo, como á todos los defensores de la independencia.

—No, señor: la órden que he recibido es la de mandarlo á Cruz para que se ocupe de su causa.

Por mas que fuera el dominio que tenia sobre sí San Martin, no pudo menos de estremecerse conociendo las brutalidades de aquel general.

En efecto, el preso fué remitido con buena custodía á Cruz que estaba en Tlachichilco, quien mandó que se le encerrara en las cárceles de Guadalajara. En esta ciudad fué paseado el prisionero por calles y plazas acompañado de músicas, con repiques y salvas.

Pasado el jòlgorio se le introdujo en un calabozo bastante oscuro, con puertas de hierro, que solo recibia aire por una rendija muy alta. En medio de la celda habia un poste con una cadena á la cual fueron

remachados los grillos que llevaba en los pies aquel digno sacerdote.

—¿Pues no me han de fusilar? preguntó viendo aquel horrible martírio que se le esperaba.

—Eso será despues, se le contestó brutalmente, y tras esta operacion, rechinaron los cerrojos como la losa de un sepulcro.

—¡Oh independencia! murmuró el doctor, ¡cuán cara cuestas á tus hijos!

CAPITULO VIII.

TRAGEDIAS.

Mientras tanto y á causa de los rudos golpes que estaban recibiendo los insurgentes por todas partes, no dejaban de llegar á la corte de México de cuando en cuando algunas noticias un poco alarmantes, principalmente por sucesos que pasaban en las inmediaciones. Por ejemplo, se recibió el parte de que á las orillas del pueblo de Cuajimalpa habia sido asaltada una partida de realistas, muriendo once de ellos en la refriega el dia 11 de Diciembre de 1817.

—Esto es insoportable, dijo el virey al teniente coronel Casasola que era el que mandaba las fuerzas que expedicionaban en las cerranias de Ajusco y al cual habia mandado llamar para comunicarle instrucciones, todos los dias recibo noticias de catástrofes y desgracias acaecidas por esos rumbos, ¿acaso no se puede concluir de una vez con esas hordas de bandidos?

—Señor, contestó humildemente Casasola, los caminos son extrictamente vigilados; pero las alturas del Ajusco, donde se refugian las gavillas de los insurrectos, son inaccesibles para nuestras tropas.

—Pero es que las depredaciones no se verifican en las alturas sino en los bajos; esto es, precisamente en las vias públicas que van para Toluca y Cuernavaca, al grado de que toda comunicacion con esas ciudades se interrumpe con demasiada frecuencia.

—Excelentísimo Señor, tornó á contestar el gefe de aquellas fuerzas expedicionarias, ya he dicho á mi segundo D. Miguel Suarez de la Serna, que persiga sin descanso á Pedro el Negro que es el que tiene asolada la comarca.

—¿Y qué noticias ciertas son las que usted tiene de Pedro el Negro?

—Que anda con unos cincuenta hombres muy bien armados.

—¿Y cuántos son los que usted comanda?

—Cerca de unos cuatrocientos.

—Y con toda esa gente, ¿no se puede impedir que Pedro el Negro haga sus fechorías?

—Excelentísimo Señor, es necesario tener en cuenta que no es solo Pedro el Negro el que ocupa los vericuetos del Ajusco, sino otros muchos guerrilleros entre los que son mas conocidos Vicente Vargas y Fray Nicolás Melgarejo que ejerce el mando como coronel. Lo que pasa es que Pedro el Negro es el que mas suena porque se ha hecho mas temible con los numerosos asesinatos que ha cometido.

—Pues bien: yo quiero que á cualquier precio sean extinguidas todas esas hordas de bandoleros. Los recursos, las armas, los refuerzos que usted necesite para hacer una campaña activa, todo está á su disposicion.

—Contando con los elementos que me ofrece V. E. esto es, con unos dos mil pesos para repartir entre los subalternos y con unos ciento cincuenta dragones conocedores del terreno, yo respondo de que en veinte dias todo el Ajusco se pacificará.

—Pues manos á la obra, señor teniente coronel Casasola, y ordene á su segundo el Sr. Suarez de la Serna que no tome descanso hasta capturar á Pedro el Negro que es el mas importante, aunque en ello se gaste el doble de la suma que usted me ha pedido.

—¡Ah! Excelentisimo Señor! Contando con cuatro mil pesos el éxito es completamente seguro.

—Mañana mismo dispondrá usted de esa cantidad y de doscientos cincuenta buenos dragones en lugar de los ciento cincuenta que me ha pedido.

Y mientras Casasola se preparaba en la capital para abrir una campaña en forma contra los rebeldes del Ajusco, el hijo mayor de D. Gabriel de Yermo, con una fuerte escolta que mandaba el aguerrido D. José Acha, administrador de la hacienda de Temixco, salia de San Agustin de las Cuevas para Cuernavaca.

El hijo de Yermo, como su padre ya difunto, era toda una buena persona que no le hacia daño á nadie; y que no combatia á los insurgentes sino en legítima defensa. Aunque várias veces habia prestado sus ser-

vicios al gobierno, mas habian sido estos con su dinero que con su persona, siendo pacífico y trabajador por naturaleza y poco amigo de andar en batiboleos; pero no así D. José Acha que contaba ya numerosas y sangrientas campañas. Siempre que habia tenido noticias de que alguna partida de insurgentes se aproximaba á las haciendas de Yermo, salia en persona acaudillando á los mozos armados, que todos eran bravos y aguerridos, sin que existiera memoria de que hubiera perdonado la vida á ningun insurgente que cayera en sus manos, por lo cual se jactaba de haber dado muerte en combate ó fusilándolos, á unos mil y quinientos enemigos, de los cuales muchos habian caido bajo su ley como simples sospechosos, así es que era profundamente odiado en todos los contornos temiéndosele como hombre feroz, vengativo y sanguinario. Se decia que muchas veces habia solido exclamar que no habia para él placer mas grande como el de atormentar y matar insurgentes.

Cuando llevaban andado poco mas de una legua, Yermo llamó á su administrador Acha que como comandante de la columna iba á la descubierta y le dijo:

—Amigo Acha, á pesar de que llevamos buena gente con armas superiores á las que suelen traer los insurgentes, yo no voy muy tranquilo porque acabo de saber que apenas hace ocho dias Pedro Rojas (á el Negro) cayó sobre una partida y la destruyó en Cuajimalpa.

—Pedro anda ahora muy léjos de aquí, señor. con-

testó Acha tranquilamente, y bastante ocupacion tiene con andar huyendo de las numerosas fuerzas realistas que lo están persiguiendo ahora con mas afan que nunca. Ayer mismo hablé con Suarez y me dijo que de esta hecha no escapará aquel bandido.

—De todos modos, será conveniente que nos detengamos aquí un poco hasta que acabe de aclarar el dia y tambien para que organicemos nuestra marcha.

—No me opongo, respondió el administrador soldado, aunque yo respondo de que este viaje lo hemos de hacer con felicidad. Con mis veinticinco rancheros, todos probados ya en la guerra, tengo para hacer trizas á cualquiera fuerza de esos desaparrados insurgentes.

Apenas acababa de decir estas palabras Acha, cuando se percibió un rumor en la próxima floresta.

—¿Qué es eso? dijo Yermo alarmado.

—Es el vientecillo, contestó Acha preparándose á componer un cigarrillo.

—Por sí ó por no, será bueno que volvamos á montar á caballo.

Apenas Yermo se habia colocado en la silla de su magnífico caballo, cuando por ambos lados del camino aparecieron grupos de ginetes que se lanzaron los unos disparando sus armas de fuego y los otros esgrimiendo sus lanzas, sobre el peloton que formaban Yermo y Acha con los suyos.

Sea por la natural sorpresa que les produjo la aparicion repentina de un enemigo que no esperaban tan cerca de San Agustin de las Cuevas en donde habia

una guarnicion respetable, sea porque les pareció muy grande el número de los asaltantes á la dudosa luz de la madrugada y segun el ruido infernal que venian haciendo, el caso fué que nadie pensó en hacer resistencia y que todos, yendo á la cabeza Yermo que montaba el mejor caballo, volvieron grupas tomando á todo correr el camino de San Agustin de las Cuevas que habian dejado á retaguardia.

Yermo, con los amigos y parientes que lo acompañaban que iban muy bien montados, pronto lograron ponerse fuera del alcance de las balas enemigas; pero Acha y sus soldados que se vieron acosados de cerca, quisieron detenerse á contener el ímpetu de sus perseguidores, no sirviendo esto mas que para que estos consiguieran mas pronto dispersarlos al grito de ¡viva Pedro Rojas! que era, segun hemos dicho antes, el apellido del Negro.

En la refriega perecieron seis de los mozos de Yermo y hubieran muerto mas en el alcance que se les hubiera dado, si no es porque uno de los insurgentes que reconoció al terrible administrador de la hacienda de Temixco ya herido, no hubiera gritado:

—¡Aquí está D. José Acha!

Al oir este nombre ya nadie pensó ni en el botin ni en perseguir á los que iban huyendo despavoridos, sino que todos se agruparon en torno del prisionero, queriendo cada cual tomar una parte de aquella para todos ellos sabrosa venganza, pues no habia ninguno que no se quejara de que aquel hombre le hubiera muerto á su padre, á su hijo, á su hermano, á su pa-

riente ó á su amigo, y todos en efecto se saciaron en aquel desgraciado llenándolo de improperios, hasta ponerlo completamente inconocible en fuerza de las heridas causadas por toda clase de armas, sin dejarle ningun miembro que no estuviera mutilado. Todo esto pasó el dia 16, tres dias despues de los sucesos de Cuajimalpa.

La impresion que esto causó en México y principalmente en el virey que ya no queria oir hablar de las fechorias de Pedro el Negro, fué indescriptible. Se apresuró la salida de Casasola y este redobló las órdenes á sus subalternos para que persiguieran sin descanso á los insurgentes del Ajusco, mientras él se presentaba personalmente con nuevos elementos para taparles todas las salidas.

En efecto, la campaña se hizo actívisima. Por una parte salian emisarios llevando dinero para corromper á los insurgentes que quisieran caer con el cebo de la plata, y por todos los otros se destacaban partidas de cien hombres y de ciento cincuenta que exploraban todos los vericuetos de la montaña. Con el primer medio se logró que muchos se acogieran al indulto y que otros se prestaran á servir de espias y aun á entregar á los cabecillas luego que se les presentara una coyuntura favorable y con el segundo de tal modo acosaron en pocos dias á los insurgentes, que estos ya no encontraban ni matorrales ni bosques suficientemente espesos en donde meterse, haciendo mas aflictiva la situacion el número alarmante de los que se les desertaban todas las noches.

Pedro el Negro, viéndose ya muy acorralado, despues de habérsele malogrado las intentonas que hizo para salirse por el valle de Toluca y por otros puntos que se encontró fuertemente guarnecidos, concibió el atrevido proyecto de atacar el mismo cuartel general de Casasola, logrando reunir para llevar á cabo su temeraria empresa, hasta unos cien hombres mal comidos pero regularmente municionados, logrando en una noche oscura y con todo sigilo. traspasar las líneas enemigas. Casasola estaba en la hacienda del Arenal, camino montañoso en la salida de Ajusco con 80 dragones escogidos, listo para moverse á donde fuera necesaria su presencia segun los avisos que tuviera de sus exploradores ó de los espías con que contaba ya en las mismas filas enemigas, mientras que Miguel Suarez con 200 dragones daba caza á Pedro el Negro, siguiéndolo dia y noche por entre los intrincados laberintos de la montaña. A la vez otras partidas cubrian las veredas aun en los puntos mas cerrados para evitar que los insurgentes pudieran escaparse. Mas de mil realistas se habian puesto en campaña para apoderarse de Pedro el Negro, sin que todas las partidas de insurgentes, pues ya hemos dicho que habia por allí otros cabecillas, llegaran á trescientos.

Pedro el Negro, al tomar la heroica resolucion que hemos dicho atacando el mismo cuartel general de los realistas, creyó contar con sus compañdros, y al efecto puso su plan en conocimiento de Vicente Vargas y del coronel Fray Melgarejo, los cuales le ofrecieron acudir á la combinacion por otros caminos.

Habiendo pues conseguido burlar la vigilancia de Suarez, cuyos soldados habian caido aquella noche rendidos por la fatiga, cosa que él no ignoraba por haberlos sorprendido durmiendo, cuando llegó al punto convenido con Vargas y Melgarejo se encontró con que estos no habian llegado.

—Ya vendrán, murmuró, permitiendo entonces á sus soldados que no habian dormido en muchas noches seguidas, que tomaran algun reposo.

—Yo velaré durante una hora que será el tiempo que tarden en llegar nuestros amigos.

Pero se pasaron dos horas y Vargas y Melgarejo no llegaban.

—Mientras tanto se habian desprendido dos de los espias de su campamento yéndose uno á dar aviso á Casasola de lo que pasaba y el otro regresando á donde se encontraba Suarez, con el mismo objeto.

Por fin se empezó á dibujar la luz de la aurora en el Oriente y Vargas y Melgarejo no llegaron.

—¿Será posible que esos hombres me traicionen? se preguntó el negro interiormente, será posible que me dejen solo cuando podiamos dar juntos tan buen golpe que nos pusiera á salvo por mucho tiempo de la persecución de los realistas? Ello es que no llegan...... ¡no llegan esos cobardes! agregó casi con desesperación.

Se decidió á despertar á sus soldados que estaban agobiados por tantas fatigas, durmiendo á pierna suelta, para tomar alguna determinacion, cuando á la vez con su oido penetrante, acostumbrado á oir cual-

quier rumor á grandes distancias, percibió el de una tropa que se aproximaba con sigilo.

—¿Serán ellos? se preguntó, no sin que el corazon le palpitase emocionado.

E inmediatamente se echó á tierra y aplicó la oreja derecha á la tierra sin oprimirla demasiado para que mejor le llegara el ruido de las pisadas.

—Es caballería, dijo despues de un momento, es toda caballería y no es de la nuestra porque todos los caballos vienen herrados. Si fueran los nuestros percibiria las pisadas de los indios que no se pueden confundir con las de los realistas. Las tropas que llegan son de realistas.

Volvió á pegar el oido á la tierra y apenas tenia un minuto allí cuando se levantó aterrado, exclamando:

—¡Jesus! tambien viene gente del lado de Casasola, aunque todavía bastante lejos. Quiere decir que se nos ha traicionado.... ¿Serán los traidores, los mismos Vargas y el fraile Melgarejo....? ¡Ah! si llegan algun dia á caer en mis manos....

En seguida con todo el esfuerzo de su voz, gritó:

—¡Arriba, soldados! El enemigo está encima.

Unos cuantos levantaron la cabeza.

Pedro el Negro siguió haciendo grandes esfuerzos para que todos los suyos se aprestaran al combate; pero fué vana tarea porque el cansancio y el sueño los tenia completamente rendidos, y algunos, aunque fueron despertados á estrujones por sus compañeros, contestaban que preferian que los mataran allí acostados á levantarse, alegando entre dientes que no te-

nian fuerzas para moverse, dominados por el hambre, la sed y el sueño.

Pedro el Negro se resolvió, pues, á vender cara su vida ayudado de unos cuantos, pues ya el enemigo estaba encima. Cuando se descubrió la avanzada á unos veinticinco pasos se rompió el fuego sobre ella, la cual se detuvo un momento mientras llegaba el grueso, que fué luego, cayendo todos juntos al galope sobre la reducida fuerza de Pedro el Negro.

El combate no pudo durar mas que unos momentos, siendo tan desigual, así es, que cuando llegó Casasola por el rumbo opuesto, ya Pedro el Negro habia sido hecho prisionero y sus compañeros en la mayor parte pasados á cuchillo, sin que hicieran resistencia.

—Tu eres el terrible Pedro Rojas á quíen llaman el Negro? le preguntó Casasola.

—Sí señor, contestó este con calma.

—¿Cuántos realistas has matado?

—Con mi sólo brazo, seiscientas personas, contestó el Negro.

—Pues ya no matarás uno más.

En seguida ordenó el comandante español que se dividiera en cuartos al terrible Pedro el Negro, de los cuales se habian de clavar en picas: dos en el Sur, donde lo estimara conveniente el comandante don Blas del Castillo, y los otros dos donde habia cometido el cabecilla insurgente sus últimas fechorías.

Al dia siguiente 22 de Enero de 1818 entraron á Toluca indultados Vicente Vargas y el lego-coronel

Nicolás Melgarejo y con ellos varios oficiales y cerca de doscientos hombres que pasaron entre una valla que se formó en las calles con los reclutas, gritando todos juntos: "¡Viva el rey!" "¡viva el señor Apodaca!" acabando aquel jolgorio con un Te Deum que se cantó con toda solemnidad en una capilla levantada en la plaza para que concurriera toda la poblacion.

Buen olfato habia tenido Pedro el Negro cuando se imaginaba que Vargas y Melgarejo lo habian traicionado. Si ellos hubieran concurrido con toda su gente que pasaba el dia anterior de 300 hombres, otra habria sido la suerte que les hubiera corrido á todos, pues en Octubre del mismo año fué fusilado Vargas en Toluca condenado á esa pena como revolucionario, fin que tenian por lo regular á la corta ó á la larga todos los insurgentes indultados.

La noticia de la muerte de Pedro el Negro y de haberse indultado todos los demás insurrectos que infestaban las serranías del Ajusco, produjo gran entusiasmo en México, en donde tambien se cantó el Te Deum, se hicieron corridas de toros, bailes y banquetes, considerando el virey aquellos sucesos como si le hubieran sacado la mas grande espina del cuerpo.

—Ahora sí, señores, dijo á los de la Audiencia y á cuantos formaban su corte, ya podemos decir al rey que sus dominios de esta Nueva España están en plena tranquilidad.

CAPITULO IX

ULTIMO REDUCTO.

El cerco de Jaujilla, única plaza que conservaban fortificada los insurgentes, continuó con mayor actividad, luego que Aguirre, que lo dirigia, empezó á recibir abundantísimos refuerzos que le llegaban de todas partes, compuestos de aquellas fuerzas que ya no tenian enemigo á quien combatir. Entre estos auxilios fué uno de los principales el de la seccion Barradas que llevaba un buen tren de artilleria. Colocadas las baterias en los puntos mas ventajosos, se comenzó á abrir brecha por todas partes con un fuego incesante durante dos semanas y el cual no causó pocos perjuicios á los sitiados, que apenas eran unos quinientos hombres mandados por el coronel D. Antonio López de Lara que no era un militar muy inteligente, por mas que no le faltaran otras dotes tales como la de la tenacidad y la energía.

Viendo Aguirre que por la fuerza no alcanzaba las ventajas rápidas que se proponia y temiendo que lo relevaran por otro gefe que viniera á hacerse de la gloria del vencimiento, para apresurar el desenlace logró introducir agentes eficaces en el fuerte que provocaran la desercion y consiguió que en solas dos noches se salieran sesenta hombres.

Entonces Lara vigiló personalmente los fuertes avanzados y, logrando aprehender á dos soldados que se escapaban, los mandó fusilar al dia siguiente juntamente con uno de los agentes de Aguirre que fué descubierto y entonces cesó el escándalo de la deserción.

—Y bien, dijo López de Lara á sus dos principales consejeros, los americanos Christie y Devers, despues de la ejecucion de aquellos dos infelices, esto moralizará de pronto á nuestra gente; ¿pero de qué manera obligamos á los realistas á levantar el sitio que será el único medio que tengamos de salir de esta ratonera?

—Pues el solo medio que hay de hacerlos levantar el sitio, le contestó Christie, es que sean atacados por alguna fuerza auxiliar nuestra.

—El único que está mas cerca y que podria servirnos en este caso, dijo Lara, es el Padre Torres; pero no hay que contar con él porque es egoísta y cobarde.

—Debe sin embargo instársele mucho para que se aproxime, apoyó Devers.

— Esta misma noche le mandaré un correo.

—Será conveniente que vayan tres, sin que lo se-

pan, por diversos puntos y que no lleven papel alguno sino contraseñas de palabra.

—Por fortuna tengo acordadas unas con Torres que podrán servir para el caso.

—Pues entonces se necesita no perder tiempo y empeñarlo mucho en que venga avisándonos de su aproximacion para hacer al mismo tiempo una salida.

—¿Una salida de aquí? preguntó Lara sonriéndose; ¿y por dónde si no tenemos suficientes canoas y todo está inundado?

—Cuando el momento llegue, dijo Devers, acaso podremos vencer las dificultades.

Entretanto, los sitiadores Aguirre y Barradas tenian la siguiente conversacion:

—Al paso que vamos, decia el primero, no lograremos penetrar al fuerte todavia en dos meses.

—¿Por qué, mi coronel?

—Porque todas las noches reparan las brechas que les abrimos en el dia, y porque aunque quedaran abiertas no podriamos lanzar una columna que no fuera detenida en los pantanos.

—Yo tengo esperanzas de que propongan la rendicion.

—¿Y por qué han de rendirse si no han experimentado todavia mas pérdidas que las deserciones?

—Ya se les agotarán los víveres y las municiones.

—Tampoco hay esa esperanza. Los desertores declaran que sus almacenes están provistos de todo lo necesario, que fué acumulado ya en dos años por la Junta.

—Pues entonces, concluyó afirmando Barradas, yo atacaré con mi columna cuando usía lo ordene y creo que daré buena cuenta de ellos.

—Tal vez en una noche de estas podremos emprender un ataque general por medio de balsas, entre tanto ya he pedido mas refuerzos, sobre todo, de artillería, pues ya no hay que esperar el resultado de la desercion habiendo sido descubiertos mis agentes.

Y el sitio continuó sin ningun incidente notable hasta que se supo en el campo de Aguirre que el Padre Torres se acercaba con unos 500 hombres, cosa que ignoraban los sitiados, por no haber podido penetrar al fuerte los emisarios encargados de llevarles tan buena noticia.

Quien verdaderamente mandaba la fuerza de insurgentes del Padre Torres, no era este, sino su segundo el coronel Erdozain, antiguo compañero de Mina y muy ducho en el arte militar, quien tomó las precauciones necesarias para asegurar un golpe, que salvaría indefectiblemente á los sitiados de Jaujilla, con solo que ellos llamaran la atencion del enemigo en el momento oportuno.

Tan bueno era el plan que el mismo Padre Torres, de suyo desconfiado y pusilánime, no pudo menos de aplaudirlo, prestándose á secundar las órdenes de Erdozain como un simple subalterno.

Pero los insurgentes estaban de desgracia y tenian que abortar sus planes mejor combinados, porque siempre estaban rodeados de traidores; así es que apenas habian emprendido su movimiento hácia Jau-

jilla, cuando Aguirre fué informado por el oficial Diego Robles que acudió á indultarse haciendo el mérito, para ser bien recibido, de dar santo y seña de los caminos y órden que seguian en la marcha las tropas de Erdozain. En esa virtud Aguirre pudo destacar un buen número de tropas de caballeria; que por cierto de nada le servian en el asedio, con las instrucciones necesarias dadas al comandante para que el enemigo fuera sorprendido en su marcha.

Y así fué en efecto. Cuando Erdozain empezaba á hacer recomendaciones á los suyos sobre la conducta que debian observar en el combate del dia siguiente, pues ya se figuraba poder llegar sin dificultades hasta el campamento de Aguirre, se vió rodeado de tropas realistas por todas partes, de tal modo que no le dieron tregua ni descanso. A pesar de que los insurgentes eran gente bisoña y mal armada, Erdozain pudo reanimarlos y disputar la victoria dando algunas cargas desesperadas con los pocos que quisieron organizarse; pero el Padre Torres corrió y corrieron tras él sus oficiales arrastrando al mismo Erdozain en la fuga, quien aunque dejó poco botin á los vencedores, no por eso quedaron ellos menos victoriosos ni menos á salvo de nuevas intentonas que pudieran poner en peligro las operaciones militares sobre Jaujilla. Cuando los defensores del fuerte tuvieron la noticia de que el P. Torres habia venido en su auxilio, fué cuando oyeron las músicas que celebraban el triunfo en el campo enemigo.

Tras esta desgracia que en aquellas circunstancias

era suprema, llegaron nuevos y poderosos refuerzos á los realistas, que pudieron contar con cerca de unos cuatro mil hombres y treinta piezas de artilleria, siendo tres baterias de muy grueso calibre.

Entonces Aguirre, no queriendo diferir mas un combate que consideraba de éxito seguro, alistó todos sus elementos y mando proveerse de cuanto consideró indispensable para dar el asalto, como cuerdas, puentes, canoas, sacos de tierra, etc., y el 15 á la madrugada, despues de haber sido rechazados los sitiados en una salida que hicieron el 13 sin lograr mas que destruir unos pequeños parapetos, dió las órdenes para proceder al ataque.

Barradas mandaba una columna que logró llegar sin ser sentida hasta ponerse á distancia de tiro de pistola, en tanto que otras dos columnas apoyaban sus flancos y la artillería hacia un fuego nutridísimo por todos los puntos en que podia jugar sin hacer daño á los realistas; pero los insurgentes que siempre estaban sobre las armas, acudieron á los puntos atacados y cargando sus cañones con grandes botes de metralla empezaron á acribillar al enemigo que se presentaba imprudentemente en grupos muy compactos. Aunque Barradas llegó hasta contra los parapetos del fuerte, encontró tan porfiada resistencia, que tuvo que contramarchar dejando entre la maleza del lago multitud de cadáveres. Para recoger en seguida 67 heridos y contusos, entre los que habia algunos oficiales, fué preciso emprender otro ataque tan desgraciado como el primero.

En esta vez, como siempre, los gefes de Jaujilla se desesperaban viendo que no podian contar con una tropa de siquiera 400 hombres bien armados y disciplinados para hacer una salida que completara la victoria, tan amedrentados habian visto huir á los sitiadores.

De todas maneras celebraron ardientemente aquel triunfo ganado con tan pocos elementos, llegando los gritos del entusiasmo al cuartel general de Aguirre, que estaba avergonzado por tan ignominiosa derrota.

Durante la quincena que siguió estuvieron completamente flojas las operaciones de los sitiadores, no siendo menos angustiosa la situacion de los sitiados, que veian disminuirse sus provisiones de boca y guerra, sin esperanzas de ser auxiliados en el exterior, una vez que el Padre Torres, aunque no derrotado completamente, andaba ya merodeando á grandes distancias sin pensar en volver á emprender nada nuevo con las partidas de gente que le obedecian mal disciplinadas, peor armadas y poco dispuestas á habérselas en campo abierto con fuerzas regulares.

Ese tiempo habia servido á Aguirre para allegar nuevos elementos, siendo los de mas importancia los del general Cruz quien le mandó quinientos hombres, cuatro piezas de grueso calibre, muchas municiones y una fuerte cantidad de dinero, con todo lo cual pudo el gefe realista formalizar un sitio que hasta entonces no habia sido suficientemente amenazador, sin descuidar, á pesar de su grandísima superioridad, las ges-

tiones para hacer capitular á los sitiados con el propósito de evitar un nuevo combate que podia resultar muy sangriento.

Así, pues, se habian aproximado cuanto era posible las obras del sitio, encontrándose los parapetos y baterias de los realistas á tiro de pistola, sufriendo ya muy floja resistencia de los sitiados que seguian desbandándose, y ya se dictaban medidas para abrir nuevamente brechas y emprender un asalto decisivo si no daban resultado las últimas exhortaciones pacíficas, cuando en la madrugada del 6 de Marzo se presentó el capitan Ramirez, vendado segun la costumbre, en la tienda de Aguirre, con el carácter de parlamentario.

El gefe realista que habia pasado muy mala noche pensando planes que acogia y desechaba con la misma facilidad, pues no era un gefe de grandes alcances, no pudo ménos que saltar de la cama, en la que estaba todavia, para recibir en el acto al emisario de los insurgentes.

—Y bien, le preguntó al capitan Ramirez, luego que este por su órden fué desvendado, recibiéndole todavia sentado en el borde la cama, López de Lara me hace algunas proposiciones?

—Señor, contestó el capitan, ese es el encargo que traigo.

—Vamos á ver los documentos.

El capitan entregó una simple carta del gefe de la posicion en que se referia á lo que el comisionado manifestara verbalmente.

—Aquí no me dice nada de rendicion el Sr. de Lara.

—Las condiciones que me ha encargado de proponer á usía son estas: la guarnicion se acoge toda al indulto ofrecido, habiendo solo para ello una grave dificultad.

—Veamos cual es esa dificultad.

—Esta: que tenemos entre nosotros á dos oficiales extranjeros, los Sres. Lawrences Christie y James Devers que ejercen un mando superior y los cuales se oponen abiertamente á que se rinda el fuerte.

—Seria raro que solo dos hombres, siendo extranjeros, pudieran oponerse á lo que resuelvan todos los demas.

—Lo que digo á U. S. es enteramente cierto: solo de ellos depende que la guarnicion entera se someta al indulto.

—No me lo explico.

—El Sr. Nicolson, que es el gefe encargado por la Junta de gobierno de la defensa de Jaujilla estando ahora ausente, comunicó instrucciones precisas á esos señores, que son sus delegados sobre el particular, y ellos opinan que solo con órdenes de aquel podrán obrar en ese caso.

—Ahora comprendo. Esos extranjeros llevando la voz y las instrucciones de su gefe, en consulta que se les ha hecho sobre el particular, se oponen á la rendicion.

—Así es en efecto. El Sr. coronel López de Lara reunió á los gefes principales de la guarnicion para de-

cirles su parecer, concretado á que no siendo posible recibir ningun auxilio exterior, lo cual nos pone en el extremo de sucumbir tarde ó temprano, era preferible someternos para evitar mas derramamiento de sangre, á lo cual contestaron los oficiales extrangeros que preferian morir peleando antes que rendirse y que toda la guarnicion estaba obligada á seguir esa conducta que era la observada por regla general entre los beligerantes.

Aguirre se quedó unos segundos pensativo y dijo al fin sonriéndose.

—Pero el Sr. López de Lara y todos los americanos que lo acompañan no se dejarán dominar hasta ese punto por dos extranjeros.

—Es lo que me manda proponer á U. S. que en el caso de abrirse una capitulacion entren en ella los extranjeros.

—Eso será imposible. Los que no se rindan tienen que sufrir la pena consiguiente.

—Pues es la única condicion que pone el Sr. López de Lara: que los dos extranjeros sean tambien indultados aunque no firmen la capitulacion.

—Hay un medio que todo lo allana, dijo Aguirre.

—¿Cuál? preguntó el capitan.

—Ustedes aprehenden á los dos extrangeros y me los entregan, corriendo de mi cuenta todo lo demas.

—El Sr. López de Lara quiere salvarles la vida.

—Eso dependerá de la clemencia del virey, lo mismo que la suerte de ustedes: aun capitulando tienen que depender mucho de las órdenes que mande des-
el Sr. Apodaca.

—¡Ah! nosotros entendiamos que acogiéndonos al indulto que usía nos ha mandado ofrecer, entrábamos en la línea de todos los capitulados que quedan libres para seguir sirviendo al gobierno ó para retirarse á sus casas.

—Sin perjuicio de tercero, amigo.

—En ese caso me retiro, señor brigadier.

Aguirre, que lo que mas deseaba era concluir una capitulacion, pues temia otro fracaso atacando el fuerte que contaba todavia con buenos elementos, recelando de que aquella oportunidad se le escapara, se apresuró á decir:

—Señor capitan, puede usted decir al gefe de la plaza que le concedo el indulto amplio y sin restricciones lo mismo que á toda la guarnicion, con la cláusula única de que me entregue maniatados á los dos extrangeros.

—Quedará entendido de su resolucion, señor, contestó el capitan y pidió que se le vendara para retirarse.

Escoltado por la misma gente que lo condujo al alojamiento de Aguirre, volvió el emisario á la línea divisoria en donde lo esperaban los suyos, habiéndose suspendido entre tanto las hostilidades.

No dejó de causar desazon á López de Lara la respuesta que le traia el capitan Ramírez, y para que se resolviera lo conveniente volvió á reunir á los oficiales de la guarnicion, menos á los dos extranjeros, que comenzaron á sospechar lo que se les aguardaba; y en la Junta todos estuvieron porque se sacrificara á aquellos por tal de que se salvaran los demas.

Solo el mismo capitan Ramírez se atrevió á decir

—Señores: debiamos empeñarnos en hacer entrar al indulto á los dos extranjeros, en manifestarles claramente la situacion ó en seguir imponiendo por condicion á Aguirre que les tenga por capitulados, porque de otra manera ellos y todos los que conozcan los términos de esta capitulacion, dirán que hemos obrado con perfidia.

Pero la voz del valiente capitan fué ahogada por la de todos los demás que lo que querian era salir de allí á todo trance, en donde no tenian mas espectativa que los sufrimientos y la muerte. Demasiado habian hecho ya por la causa de la independencia para que pudiera pedírseles aun mayores sacrificios.

La contestacion que se mandó dar á Aguirre, fué terminante: dentro de cuatro horas podia disponer del fuerte y de los dos extranjeros siempre que mandara firmado y sellado el indulto de todos los demas.

Aguirre no se hizo del rogar: con el mismo mensajero mandó el salvo-conducto para todos los que componian la guarnicion, exceptuando á los dos extranjeros, los que fueron sorprendidos en sus tiendas atados de los brazos y los piés, y mandados como prendas de seguridad al sitiador.

Aguirre tomó posesion del fuerte, entrando al frente de las compañías de granaderos de España y de Toluca, y apoderándose de la artillería, armamento y víveres que allí quedaban, dió, como de costumbre, un parte muy ampuloso al virey, el cual le acordó, cuando tuvo la noticia, que era acreedor á los premios co-

rrespondientes que consistian en medallas y algunos ascensos, á él y á todos los que le acompañaron en aquella jornada, que tantas veces estuvo á punto de tener un término desgraciado.

Hasta el jefe de fuerzas don José Joaquin de Herrera, despues Presidente de la República, que llegó al fuerte cuando ya estaba hecha la rendicion, fué nombrado teniente coronel y condecorado con una medalla de valentía.

Ahora debemos agregar en honor de Aguirre que no fusiló á los dos oficiales de los Estados-Unidos que le habian entregado atados de piés y manos, y que despues que recibió orden del virey para someterlos al juicio que les debia de traer la misma sentencia, encontró modo de eludirla, siendo esta la primera vez que un triunfo de los realistas no se empapó con arroyos de sangre.

De los indultados, unos siguieron sirviendo al Gobierno, y otros se retiraron á sus casas á tomar descanso de tan prolongadas fatigas.

Entre tanto, en México se solemnizó, como se verá en el capítulo que sigue, la caida del último de los fuertes que habian defendido los insurgentes, habiendo sido cincuenta y siete el número de los que habian sucumbido, tomados á viva fuerza ó por capitulación, con todo lo que se daba por concluida la guerra de esta Nueva España del Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.)

CAPITULO X.

EL ROSARIO DE AMOZOC.

Luego que todas las campanas se echaron á vuelo y que las baterías de Palacio retumbaron llevando los ecos hasta los últimos suburbios de la ciudad, los corrillos de curiosos se reunieron en los estanquillos de la calle de Plateros y en todas las esquinas del Parian para comunicarse ó inquirir las últimas noticias, inventando, mientras aparecia la *Gaceta*, lo que cada uno se imaginaba por más conveniente; y como á la sazon no quedaban en pié mas jefes de alguna importancia que Victoria por las costas del Golfo y Guerrero por las montañas del Sur, ni más personajes que no estuvieran presos ó muertos, que algunos diputados ó miembros de la Junta, varios de los *lagartijos* de entónces se daban á discurrir sobre que bien podrian estarse festejando algunas novedades de España, como la aparicion de un nuevo infante ó la con-

quista de Francia por Fernando VII, que para los buenos realistas era el pobre hombre todavía algo más que un conquistador.

—Pues no, señores, no es nada que haya venido de España, dijo en la esquina del Parian un miliciano retirado que salia de Palacio y que se decia bien informado, sino que el Exmo. Sr. Apodaca ha recibido pliegos del general Cruz, en que le dice que ya acabaron todos los insurgentes de la Nueva Galicia y de las provincias que le están anexas.

—Pero eso no habia para qué festejarse, amigo don Ambrosio, contestó el de la tienda, porque los insurgentes de las provincias internas ya tienen tiempo de haber concluido y las pocas partidas que quedan por Valladolid y Chapala ni siquiera merecen la pena de mencionarse.

—¿Y se figura usted don Zeferino que acabar con las turbas del Padre Torres y del Giro y del Tecolote y del Pinto y del Jorobado y del manco Correa y del cojo Lopez y de los que quedan de la Junta del gobierno de los insurgentes, es poca cosa para la tranquilidad de la Nueva España?

—Pero por cabecillas de esa calaña ni se echan repiques ni se disparan cañonazos.

—¿Y cuando el general Cruz asegura que ya no queda ningun insurgente en todo el orbe?......

—El general Cruz tiene la boca donde la tienen todos los embusteros.

—No parece sino que el amigo don Zeferino se nos está volviendo insurgente.

—Lo que parece es que don Zeferino no comulga con ruedas de molino, contestó éste algo amostazado.

—Pues es que yo vengo de Palacio y sé la noticia.

En ese momento llegó otro que tambien salia de Palacio, el cual aseguró que en esa misma noche iban á entrar Guerrero y Victoria, que venian atados codo con codo. De donde resultó que D. Zeferino exclamara:

—Nada se puede creer de lo que dicen los noticieros de oficio. A ver, Andrés, continuó dirigiéndose al dependiente, anda á Palacio y pide en mi nombre la noticia que ha de salir en la *Gaceta*.

La costumbre era entónces, cuando se recibia una noticia importante, que el virey, despues que le leia dos ó tres veces los pliegos el secretario, convocaba á algunos oidores y personas principales para acordar el grado de publicidad que convendria darle y si debia ó no insertarse en la *Gaceta* que salia hasta los ocho dias. Si todos estaban conformes en que la noticia era de las que debian publicarse con solemnidad, se disponia el bando para que tomara parte el Ayuntamiento y se mandaba imprimir en la *Gaceta* extraordinaria, que aparecia cuando más pronto á los tres ó cuatro dias. Entre tanto, si habia repiques y cañonazos como en esta vez, la gente se daba á todos los diablos porque no habia modo de hacer hablar á los altos personajes que andaban cerca del gobierno, los cuales apenas se dignaban pasar al lado de la muchedumbre con la cara de palo y dándose un tono

que no les permitia saludar á los conocidos que pudieran tener entre los mercaderes.

Así es que don Zeferino pudo darse de santos cuando á las dos horas de haber ido Andrés con su demanda, pudo apénas obtener un recado del encargado de la imprenta, en que le decia con mucha generalidad que la noticia se referia á la toma del fuerte de Jaujilla y á otras cosas.

Ahora vámos á ver lo que pasaba en esos momentos en Palacio.

El arzobispo *in capite*, los canónigos, las órdenes, los jefes de las oficinas de primera clase, los nobles y los militares de alta graduacion, se habian ido reuniendo en torno del virey, quien restregándose las manos decia á cada uno de los que llegaban:

—Ahora sí puedo dar buenas cuentas de mi gobierno á S. M.: la revolucion ha concluido en la Nueva España: el último fuerte que tenian los insurgentes en Jaujilla ha caido en nuestro poder. Ya no tienen Junta de gobierno, ni existe otra cosa en el país que partidas de bandoleros, de los cuales darán buena cuenta las tropas volantes que andan en su persecucion. Ahora sí podemos celebrar la paz con toda clase de manifestaciones y estamos cabalmente redactando el programa de las fiestas.

Cuando estuvo reunida la gente de alta alcurnia, se leyó el programa que contenia poco mas ó menos los siguientes artículos:

1.º Te Deum solemne en la Catedral.

2.º Tres dias de toros y cañas.

3.º Fuegos artificiales y jamaica tres noches.

4.º Bailes y música en los barrios.

5.º Cinco noches de tertulia en Palacio.

6.º Gran procesion de santos al sexto dia.

7.º El séptimo dia bando celebrando la paz, repiques y cohetes.

8.º Ocho dias de fiestas en San Agustin de las Cuevas.

—Este es el más importante, decía el virey, al llegar al capítulo 8.º, porque hacia diez años que por falta de seguridad estaban interrumpidos los juegos en San Agustin de las Cuevas.

Seguian otros festejos de menos importancia, ocupando todos ellos quince dias, durante los cuales iban á echar la casa por la ventana los habitantes de la capital, pues que todos habian de contribuir con adornos, iluminaciones y dinero á los regocijos oficiales.

El programa de las fiestas despues de bien analizado, se aprobó con las adiciones del caso y se mandó insertar en la *Gaceta* extraordinaria, lo cual ocasionó que ésta retrasara su aparicion otras cincuenta y dos horas, pues que todavía las oficinas tipográficas del gobierno eran muy imperfectas.

—Será muy conveniente, dijo el arzobispo, que las fiestas religiosas no vayan en zaga á las civiles; que todos los predicadores se pongan en campaña y que se llame á los fieles á rendir accion de gracias en todas las iglesias por el buen término de la revolución.

—Su Señoría Ilustrísima dispondrá en lo eclesiás-

tico todo lo que le parezca mejor, sin que falten algunas excomuniones y censuras para los que aun se atrevan á interrumpir el órden público con pretextos mas ó ménos políticos.

—Las pastorales y avisos religiosos no faltarán, dijo Su Ilustrísima, ni las prevenciones más terminantes á los curas sobre la conducta futura que deban observar ellos mismos en su mision de paz y tambien con relacion á los rebeldes.

Los más curiosos ó los más incrédulos de los que siguieron llegando miéntras se organizaba la gran frasca, pidieron algunos pormenores sobre el acontecimiento que se celebraba, y el virey dando ensanche á su verbosidad accidental, les esplicó la situacion de esta manera:

—El fuerte de Jaujilla que es el que ha sido rendido por el coronel Aguirre, se sostenia con quinientos hombres muy bien municionados y cuarenta piezas de artillería, todo lo cual ha caido en nuestro poder. La importancia de el suceso debe medirse por estas circunstacias: era el último que tenian los insurgentes, era el que daba abrigo y defensa á los individuos de la Junta de gobierno de la rebelion y con él se completan los 57 que han sido reducidos por nuestras valientes tropas. Ahora ya no tienen los insurgentes, si es que quedan algunos en el país, ningun punto de apoyo ni ninguna fortificacion. La Junta de gobierno despues de dispersarse ha perdido á los principales de sus miembros, y los pocos que quedan andan vagando de aquí para allá, sin esperanzas

de volver á reunirse, porque ya no tienen quien los defienda, pues á la vez que se tomó el fuerte de Jaujilla quedó derrotado el Padre Torres, unico que en las provincias del Bajío quedaba con algunos grupos de gente armada que pudiera ser batida. De manera que habiendo caido el último reducto de los insurgentes y estando desbaratada su Junta de gobierno, se puede dar por terminada la revolucion, no quedando mas que gavillas de ladrones á quienes todos los vecinos de los pueblos ayudarán á perseguir de un modo eficaz. En el fuerte de Jaujilla cayeron tambien los últimos extrangeros que quedaban de Mina, por manera que la pacificacion del país que estaba á cargo de mi gobierno, ha quedado felizmente concluida con el auxilio de Dios y por la perseverancia y lealtad de los dignos servidores de S. M., á quienes he acordado ya que se les manden las debidas recompensas.

Despues de este discurso del virey unos aplaudieron y aprobaron sin reservas; pero otros que habian visto que Calleja varias veces habia dado por cimentada la paz y la habia celebrado sin que por eso dejara de existir la guerra, así como los que sabian que Guerrero, Alvarez y otros no habian podido ser humillados en las montañas del Sur, y que el sentimiento de la independencia permanecia palpitante en el país, por muchos y repetidos que fueran los triunfos de los realistas, se conformaron con encogerse de hombros, mirarse unos á otros y sonreirse del candor

que demostraba el virey en sus calurosas afirmaciones.

De todas maneras, el programa de las fiestas se ejecutó al pié de la letra y aun estuvo mas lucido de lo que se esperaba, pues todos los hombres de negocios, todos los hacendados ricos, todos los que tenian intereses, y eran muchos, que habian vivido hasta entonces con la barba sobre el hombro, temiendo que la misma capital llegara á ser asediada, y reportando grandes pérdidas por las exacciones que sufrian de una y otra parte, no pudieron menos que dar todo crédito á la pacificacion y ayudar pródigamente con sus recursos para que se festejara de un modo suntuoso.

Al Te Deum concurrió toda la aristocracia y el sermon fué una diatriba contra los míseros que siquiera daban abrigo en su corazon al sentimiento de la independencia.

Cuando salió la gente de la Catedral, los militares y los nobles y los caballeros que suponian, formaron vallas en las puertas, por en medio de las cuales pasaron todas las bellezas vestidas de raso y de terciopelo y ostentando gran número de alhajas en sus personas. El *fru fru* de la seda se hacia oir hasta el portal de Mercaderes que tambien estaba cuajado de gente.

Los toros y todos los paseos públicos estuvieron concurridísimos, notándose que en esos dias nadie se dedicaba al trabajo, segun se veian las calles y plazas de llenas de ociosos. Los toros fueron durante los

tres dias presididos por el virey y su familia, concurriendo á los palcos toda la nobleza; lo mismo que en las gradas se veian las compañías de tropa mejor vestidas, que eran las que tenian que partir la plaza y cuidar el órden despues.

Los fuegos artificiales estuvieron lucidísimos, no tanto porque los pirotécnicos de entonces fueran más hábiles que los del dia, pues lo mismo eran de silbados, sino porque no dejó nadie de México ni de los alrededores de concurrir á admirarlos, viéndose por las noches en la gran plaza principal un mar de cabezas que todo lo inundaba y no faltando una media docena de despanzurrados en aquella gran bola y otra docena y media de quemados con las bombas que se dejaban estallar en los ojos.

Las jamaicas que consistieron en la aglomeracion de puestos de frutas, dulces, aguas frescas y tiendas donde se jugaba al son de las músicas, estuvieron tambien muy lucidas, pues se dejaron ver en ellas desde el virey abajo, sin que las damas de alto copete se desdeñaran de meterse á los juegos de carcaman.

No harémos descripcion alguna de los bailes públicos, de las tertulias de Palacio, de las funciones de Iglesia, de las procesiones de santos que salieron por las calles, de las maniobras militares, ni de las chinampas reales que se organizaron en el canal de Santa Anita, porque ya todo empezó á estar un poco tibio, desde que se supo que se estaban preparando los ocho dias de fiestas en San Agustin de las Cuevas

para donde todos quisieron reservar entonces sus principales brios.

Desde las cuatro de la mañana del dia en que debian empezar las fiestas, se vió aquel camino lleno de gente y el hilo de los que iban y venian de la capital, no llegó á cortarse en todo aquel tiempo. Carruajes, carretones, andas, carretillas, caballos, mulas, borricos, todo servia de vehículo para las personas que los tenian ó podian pagarlos, siendo mas grande el número de las gentes que iban y venian á pié, pareciéndoles, por la costumbre, ser nada la distancia de unas cuatro leguas que eran las que tenian que recorrer.

Lo vistoso era la poblacion misma que padecia plétora de gente y de dinero. Habia seis grandes partidas en las seis principales casas, y en todas era tal el gentío, que se necesitaba acudir desde la madrugada para ganar un asiento junto á la mesa donde estaban las pilas de pesos y onzas de oro. Habia mas de veinte partidas pequeñas en la plaza, y todas tenian su música y su concurrencia especial, como ahora, aunque mucho mas adinerada.

En las grandes partidas se codeaban los jefes del ejército y los canónigos, con los hacendados, nobles, comerciantes, y demas personajes de alto coturno. Solo las señoras casadas y las viejas, tenian el privilegio de ir á jugar unos dos ó trescientos pesos, que lo hacian con gracia y con atrevimiento, sin que se les oyera maldecir, ni murmurar siquiera cuando no tenian buena suerte. Por lo general eran las únicas que ganaban, y los talladores tenian gusto en com-

placerlas, mientras que desplumaban casi con la misma habilidad á todos los jugadores inocentes que no tenian costumbre de apostar mas que en estos dias excepcionales. Las señoritas tenian otro género de diversiones durante el dia, y por la noche concurrian á las tertulias que se daban en las mismas casas en donde se ponian las partidas, y bailaban ú oian alguna representacion, mientras las mamás y los papás jugaban albures.

El primer dia se pasó alegremente, todo respiraba allí muy buen humor. Las músicas se escuchaban por todas partes y el retintin del dinero no dejaba de oirse en las partidas. Los vendedores de golosinas recorrian la calle principal y ocupaban la plaza dando desaforados gritos, y los indios acudian de todas partes con flores, frutas y dulces alegrando más la fiesta.

Todas las casas habitables estaban atestadas de gente, y los que no tenian casa en que guarecerse del sol y de las lluvias, improvisaban una como podian en el campo, en la calle ó en la plaza misma, viéndose el pueblo y todos los alrededores materialmente sembrados de tiendas de todas clases, hechas de mantas, de frazadas, de tablas ó del ramage de las selvas. De todos modos, la vista era alegre y pintoresca,

El segundo y tercer dia tambien se pasaron muy bien; pero ya al cuarto, los ánimos empezaron á escitarse con el juego y las bebidas embriagantes, y ya hubo serios desórdenes. El principal fué el que causó el teniente de artillería don Pedro Pineda, quien ar-

mando escándalo, se sacó del baile á la misma hija del alcalde que estaba primorosa con su vestido de tarlatana amarilla.

—¡Alto allí! le gritó el corregidor, á quien dieron parte del crímen del oficial.

Era el corregidor de Coyoacan con jurisdicción en San Agustin, un hombre de pelo en pecho llamado don Cosme Ramos de Llano, que sabia ejercer su autoridad á toda conciencia.

—¿Qué se ofrece? le preguntó el oficial sin soltar á la muchacha.

—Que usted no sale de aquí, señor mio, le contestó el corregidor.

El oficial sumió los hombros y siguió su camino.

—¡Cómo se entiende! exclamó furioso don Cosme, y en seguida gritó con voz de trueno: ¡A mí, los del resguardo!

En el acto se reunieron hasta unos diez hombres.

—¡A mi, los compañeros de la milicia! gritó á su vez el oficial y como por ensalmo se reunieron en torno suyo mas de veinte oficiales.

El bravo corregidor viendo la superioridad numérica de los defensores de Pineda, no se atrojó por eso y gritó con todos sus pulmones:

—¡Aquí los vecinos de Coyoacan y todos los auxiliares de San Agustin!

—¡Los de guardia! gritó Pineda encaminándose á la puerta en donde había unos cincuenta hombres de

infantería, mandados por un teniente que se puso inconscientemente de su parte.

Todo esto pasaba dentro de la misma casa en donde estaba la mas suntuosa partida de San Agustin, á donde habia concurrido la gente principal de las mas altas clases de México y las autoridades del pueblo y de los otros pueblos vecinos; pero habia sido tan rápido que apenas habia sido percibido en la sala del baile y en los corredores. Pero con eso bastó para que la alarma cundiera por todas partes, para que dos ó tres de los mas atrevidos hubieran cogido puñados de el oro que habia en las mesas, aprovechándose del desórden y para que las damas corrieran hacia todos lados, dando los mas desaforados gritos de:

—¡Los insurgentes! ¡los insurgentes!

Entonces acudió el virey, acudió la audiencia, acudió el clero, acudió la crema del ejército, acudió la flor y nata de la capital, y entre todos lograron, poniendose de por medio, evitar que siguiera un combate que ya habia comenzado por cinco ó seis tiros y otras tantas cuchilladas y que amenazaba acabar con una carnicería.

—¡Que se me entregue á ese hombre! gritaba todavia, pero ya con voz muy ronca, el corregidor.

—Que me vuelva á mi hija, porfiaba por otro lado el alcalde.

Entonces el virey de propia autoridad arregló la siguiente transaccion:

—La muchacha que se vuelva con su padre.

Gestos muy espresivos del oficial Pineda y de la muchacha.

—¿Y en cuanto al oficial? preguntó el corregidor.

—Ese que se vaya á presentar arrestado á su propio regimiento.

El corregidor protestó, y las fiestas terminaron esa misma noche, como es fama que acabó el histórico rosario de Amozoc.

CAPITULO XI

GOLPE EN EL CORAZON.

Los insurgentes estaban aniquilados, pero no vencidos. Si la desgracia los iba persiguiendo con la derrota hasta en sus últimos atrincheramientos, no desmayaban del todo y para sustituir á los muchos que se abatian, no faltaban algunos nuevos que se levantaban, con pocas perspectivas es cierto, pero con ánimo resuelto de sacrificarse en aras de la libertad.

Así fué como una vez disuelta la Junta de gobierno en Jaujilla, se reunió á poco bajo la presidencia del canónigo San Martin y despues de sorprendido y preso este en el rancho de Zárate, no faltaron patriotas que se prestaran á seguir menteniendo aquel núcleo que todos consideraban como indispensable para sostener cuando menos la causa moral de la revolucion, con la esperanza de que esta renaciera alguna vez de sus propias cenizas.



Se abre la sesión.

La Junta de Gobierno volvió pues á funcionar inmediatamente despues de la aprehension de San Martin, reuniéndose para celebrar sus sesiones al aire libre en las inmediaciones de Huetamo.

Compusiéronla entonces don José María Pagola, don Mariano Sánchez Arriola y don Pedro Villaseñor, funcionando como Secretario general el Lic. don Pedro Bermeo.

El primero era casi un anciano: tenia mas de sesenta años, pero criado en los campos de Salvatierra se conservaba fuerte y animoso. No era un hombre de grandes alcances, pero disfrutaba de gran prestigio entre los suyos, tanto por el dinero que habia gastado en la revolucion, como por el decidido afecto que profesaba á la causa de la independencia, en la cual habia permanecido fiel á pesar de los trastornos causados á sus intereses y á los grandes sacrificios personales que le costaba. Perseguido muchas veces y siempre solicitado para que tornase á su hogar, nunca quiso plegarse á las conveniencias, ni nunca llegó á perder la fé en el triunfo que columbraba en el fondo de su alma, en el cual pesaba con todo el peso de la justicia. Era, por lo mismo, un hombre firme y enérgico, que en otras circunstancias quizás hubiera logrado reunir grandes elementos y combatir con éxito, como lo demostró por las pocas disposiciones que pudo dictar en el tiempo que duró en su encargo.

Los otros miembros de la Junta disfrutaban de menos popularidad, pero en cambio, eran hombres de

accion, fogueados en la guerra y valientes. El Secretario era un hombre inteligente, de carácter pacífico. Bermeo había sido secretario del Congreso desde su instalacion hasta que fué disuelto en Tehuacan, y ya se supone todo lo que ha de haber tenido que sufrir un hombre de su importancia, sin elementos para defenderse, y siempre perseguido, unas veces por los mismos suyos y siempre por los realistas, que le consideraban como una presa de mucho mérito.

La primera Junta que celebraron aquellos patriotas despues de vencer las grandes dificultades que se les presentaban para reunirse, pues todo el rumbo de Valladolid estaba ya ocupado por destacamentos realistas, fué á las inmediaciones de Huetamo, sobre una loma que dominaba la llanura y teniendo por única sombra un árbol raquítico, debajo del cual se acurrucaron como pudieron, sirviendo de mesa al Secretario una caja de madera que tambien le servia para guardar los papeles y el equipaje. Abajo de la loma había tres mozos cuidando las bestias que eran doce caballos y tres mulas de carga, pues ademas de los cuatro miembros que formaban el Gobierno y sus tres asistentes, habia un oficial y cinco dragones, que tenian por armas una espada, una carabina y tres lanzas. Mas retirados, y como avanzada que servia para cubrir el camino de Huetamo estaban siete hombres á pie, mandados por un sargento, armado el centinela con un fusil, que era el único que habia y se pasaban de mano en mano para cubrir el servicio, estando armados los demas con palos y con hondas. . . .

Ya se ve, pues, que el Gobierno no contaba á la sazon ni con un gran ejército, ni con ninguna plaza fuerte, ni con suficientes elementos de combate.

Y sin embargo, aquellos cuatro hombres sostenidos tan debilmente por dos armas de fuego y por trece soldados dispuestos á tirar las armas y á correr tan luego como divisaran la primera fuerza realista, se pusieron á tratar allí de los asuntos públicos con toda formalidad.

Era el dia 6 de Mayo y hacia dos meses justos que habia caido el fuerte de Jaujilla, cuando nos encontramos con nuestros personajes deliberando en el desierto despues de haber andado corriendo de aquí para allá, sin que los hubieran dejado juntarse las varias partidas tanto de tropas como de vecinos de las haciendas que los perseguian.

Pagola tocó una campanilla y dijo que quedaba abierta la sesion. El secretario leyó la última acta fechada en Zárate bajo la presidencia de San Martin y dió cuenta con las diversas comunicaciones que se habian recibido. Una de ellas era del Padre Torres en que decia que habia dividido todas sus fuerzas para no presentar bulto al enemigo; pero que á la hora que lo dispusiera la Junta podia disponer de cuatro mil hombres listos para entrar en combate.

Esto suscitó una pequeña discusion.

Villaseñor era de opinion que se nombrara otro gefe en lugar de Torres para que tomara el mando de las armas en el Bajío, porque ese gefe no obstante que habia estado constantemente sosteniendo la cau-

sa le habia hecho á esta mas males que beneficios, pues su carácter díscolo y atrabiliario lo hacian poco útil para entenderse con ningun otro, ni como gefe ni como subalterno. Debido á él habian resultado estériles los esfuerzos de Mina y debido á él habian caido en poder de los realistas todos los fuertes de las provincias de Valladolid y de Guanajuato. A la sazon muchos patriotas honrados y valientes se abstenian de tomar parte en la revolucion por temor de militar al lado ó bajo las órdenes del Padre Torres que no tenia entre los insurgentes ni un átomo de prestigio.

—En eso mismo he estado pensando desde hace algunos dias, contestó Pagola; pero no he podido encontrar un gefe que tenga mayor prestigio y que sepa hacerse obedecer de todas esas gentes que están acostumbradas á hacer su voluntad dependiendo del Padre Torres, que no es muy ordenado ni muy estricto en lo que corresponde á la disciplina militar.

—Allí está Arago que es valiente y que nos ha ofrecido muchas veces desarmar y aprehender si es preciso al dicho Padre Torres.

—¡Oh! pero dar ese escándalo en estos momentos, cuando tantos y tan repetidos golpes han sufrido nuestras débiles fuerzas, seria acabar nosotros con lo poco que queda de espíritu público en la revolucion.

—Pues, señor Presidente, si no hemos de proceder con toda energía, es inútil que mantengamos en nuestras manos las riendas del gobierno.

—No es energía la que me falta, señor Villaseñor, ni á vuestras señorias tampoco, contestó tranquila-

mente Pagola, sino medios de hacernos obedecer. Pero si lo principal es que tengamos un ejército cualquiera que nos sirva de apoyo, aunque sea de unos quinientos hombres bien organizados, mucho me temo que con el aislamiento en que estamos, podamos hacer otra cosa que mantener una chispa de revolucion avivada por una sombra de gobierno.

—El ejército de apoyo lo tenemos, señor Presidente.

—Esta es la primera noticia ....

—Señor secretario Bermeo, lea usted la comunicacion del Sr. general Guerrero.

—Hace dos meses que la tengo en mi poder, contestó Bermeo, y no tiene mas que estas palabras: "Cuente la Junta como siempre con toda mi adhesion y con todo mi respeto, segura de que á la hora que lo ordene, si tengo á la vez los elementos necesarios, volaré á su socorro si llegare á estar en un peligro de que pueda salvarla."

—Eso es muy vago, dijo Pagola, y Guerrero no puede abandonar sus posiciones ventajosas para venir á esponerse á ser hecho trizas por muchos miles de tropas organizadas que se le echarian encima.

—Es que apénas hace unos quince dias, segun se dice, pasó por San Gerónimo que está de aquí á unas veinte leguas.

—No creo que haya sido él en persona el que recorrió estos parajes.

—Si no hubiera sido para perseguir á Guerrero no se habrian movido tantas fuerzas, que son precisa-

mente las que no nos han dejado poner pié en postura.

—Sea como fuere, no seriamos nosotros lo que habiamos de sacrificar á Guerrero, que es una de las más legítimas esperanzas de la patria, diciéndole que viniera á impartirnos su protección. Para tal caso es preferible que sucumbamos nosotros solos y no que lo hagamos sucumbir á él tambien, no habiendo ninguna necesidad.

—Pues que diga D. Mariano cuál es su sentir.

—Mi opinion es enteramente igual á la del señor Presidente, dijo Sanchez Arriola, que hasta entonces habia estado guardando silencio, tambien deseo que haya otro gefe que mande en el Bajío que no sea el P. Torres, pero comprendo que no es este el momento más oportuno para dictar una medida que acarreará nuevas divisiones y desgracias.

—Lo que si creo conveniente, añadió Pagola, es que manden un comisionado tan luego como dispongamos de un hombre útil que lleve al Padre Torres algunas instrucciones precisas sobre la forma que debe dar á sus operaciones militares, previniéndole mientras eso no sea, que haga movimientos más enérgicos sobre el enemigo, que mande emisarios en todas direcciones para levantar gente, que prohiba el robo y demás desórdenes á las partidas que le obedecen y que obren todas con algun concierto, á fin de que no se los estén acabando en detall por completa falta de organización y de disciplina.

Los otros dos miembros del gobierno inclinaron la cabeza en señal de que aprobaban la proposicion.

Se acordó contestar el oficio de Guerrero dándole las gracias y exhortándolo no solo á que se sostuviera en las montañas del Sur, sino á que procurara ensanchar sus operaciones, poniéndose en contacto con los gefes de las partidas de insurgentes que andaban operando en las provincias inmediatas y que se preparara á recibir instrucciones nuevas de la Junta tan pronto como ésta tuviera un lugar á cubierto para establecerse de un modo permanente.

Y se empezaba ya á redactar una circular en que se participaba á todos los gefes de fuerza y á todas las poblaciones amigas, que estaba ya instalada la Junta de gobierno, dispuesta á seguir funcionando de la manera que se pudiera miéntras no tenia un asiento fijo, cuando vieron venir á un hombre desaforado que les hacia primero señas y luego les gritaba: ¡Los realistas! ¡los realistas!

—¿Por dónde? preguntó el letrado Bermeo, que no obstante sus aventuras era el más tímido de todos.

El hombre no lo oyó y sólo siguió diciendo que ya venian cerca los realistas.

—¡Los caballos! gritó Villaseñor, dirigiéndose á los que estaban en el lado opuesto de la loma.

Por fortuna solo habian estado desensillados un rato miéntras se revolcaban y tanto los caballos como las mulas á la vez estaban listos para prestar servicio.

Las mulas fueron cargadas apresuradamente, y los de la Junta montados ya á caballo tomaron la delan-

tera, dejando que su escasa tropa cubriera la retaguardia.

En efecto, los hombres de infantería que eran indios, cuya vista estaba acostumbrada á distinguir los objetos desde muy larga distancia, habian visto una partida de realistas que cruzaba un camino lateral; pero estando agenos de que tan cerca estuviera deliberando la Junta del gobierno insurgente, siguieron su marcha con toda tranquilidad, sin percibir el movimiento que habian causado en el campo enemigo. Si han visto esto, fácil les hubiera sido alcanzar á los infantes y apoderarse cuando menos de las tres mulas de carga; pero aun no estaba marcado para aquel dia lo que ya habia decidido el destino con respecto á los miembros de aquella Junta.

Así es que habiendo hecho una peregrinación de cinco dias, la mayor parte de ellos sobre los cerros con muy poco que comer y sin con qué abrigarse, teniendo que hacer cuartos de vigilancia los mismos personajes que componian la Junta de gobierno y percibiendo que comenzaban á ser seriamente perseguidos por varias partidas de realistas que venian cercándolos, á la madrugada del sexto, Pagola fué el primero que se dirigió á sus compañeros diciéndoles:

—Creo que ya por aquí es imposible que podamos permanecer sin tener ninguna fuerza con que defendernos y tan perseguidos como lo estamos ya por el enemigo.

—Era lo mismo que yo me proponia advertir á la Junta, dijo Villaseñor.

—Lo mas conveniente seria disolvernos y darnos cita para un lugar determinado en fecha fija, agregó Bermeo.

—Iba á proponerlo á sus señorías, continuó diciendo Pagola. Podemos separarnos aquí mismo yéndonos en grupos mas reducidos para encontrarnos de aquí á un mes internados en el Sur en el punto que nos marque Guerrero, á cuyo rumbo nos dirigiremos por diversos caminos.

—Me parece muy bien, dijo Sanchez Arribla. Villaseñor y yo nos iremos por esta márgen del Mezcala y Su Excelencia se llevará al señor Secretario por lo que pudiera ofrecérsele, dejando por aquí nuestra pequeña fuerza para que crean que todavía nos encontramos todos remontados.

Este pensamiento fué el que se adoptó con ligeras modificaciones, de manera que el oficial que custodiaba á la Junta se quedó con la investidura de coronel mandando á los quince hombres que ya se le habian reunido, con la condicion de que habia de permanecer cuando menos otros quince dias por aquellos alrededores, sosteniéndose como pudiera, para hacer creer á los realistas que la Junta no se habia disuelto sino que se encontraba por allí mismo muy oculta funcionando. Pagola y Bermeo se irian juntos, pero no con el propósito de abandonar del todo aquella zona en la cual habia funcionado tantas veces con tan distinta fortuna la Junta de gobierno, pues solo se retirarían para el Sur cuando vieran que era de todo punto imposible reanimar la revolucion. Todavía se encontraban

con las armas en la mano el Padre Navarrete, el Giro, Arago, Torres y otros muchos y era preciso que vieran cerca á alguno de los miembros del gobierno para que no se desalentaran. En consecuencia, si bien Villaseñor y Sanchez podian desde luego irse por donde encontraran mayor seguridad, Pagola y Bermeo se quedarian aun impulsando hasta donde les fuera posible la causa de la independencia, comunicando nuevos brios á sus escasos defensores.

—Pueden sus señorías ser cogidos y fusilados, les dijo Villaseñor.

—Moriremos cumpliendo con nuestro deber, les contestó Pagola.

En estas conversaciones y otras en que se habló de los futuros trabajos del gobierno, habian llegado al pié del cerro en donde debian fraccionarse en tres grupos. La despedida fué tierna como lo eran todas las que se hacian entónces en frente de las incertidumbres y cuando todos eran peligros, siguiendo Villaseñor y Sanchez de frente, Pagola y Bermeo por una vereda casi obstruida que habia á la derecha y volviendo á tomar alturas el oficial con la pequeña fuerza para encender arriba una lumbrada, que por la noche serviria para engañar á los realistas que seguramente iban á confirmarse en la sospecha de que allí se encontraba el campamento de la Junta.

Villaseñor y Sanchez no tuvieron tropiezo alguno en muchos dias, pudiendo llegar sanos y salvos al lado de Guerrero. El nuevo coronel fué pronto alcanzado y fusilado con sus quince hombres en castigo de

haber estado durante ocho dias haciendo figurarse á los realistas con sus fogatas que allí estaba la Junta, y Pagola y Bermeo pudieron encontrar un refugio que creyeron seguro en un paraje muy oculto llamado Cantarranas, desde donde se habian puesto en contacto con los insurrectos de Atijo y otros puntos. Tenian allí cinco dias de descanso, cuando en la noche del 9 de Junio de 1818 fueron sorprendidos por una fuerza realista que dió con ellos de pura casualidad.

Armijo que era el gefe que hacia la campaña en todas las provincias del Sur, habia destacado al teniente coronel Isidro Marron con mil hombres para cerrar el paso á Guerrero, y Marron destacó varias partidas que siguieron diversas direcciones para volver á reunirse en un punto dado, y una de aquellas, que la mandaba el capitan D. Tomás Diaz, quien llevaba 60 dragones y 20 auxiliares, fué la que dió un golpe que no se esperaba, siendo como siempre el fruto de una traicion.

El segundo asistente del Presidente Pagola que volvia de cumplir un encargo, divisó la fuerza enemiga y fué y denunció á Diaz el escondrijo de sus amos á cambio de una pequeña recompensa, pues nunca se daban por esta clase de delaciones mas de cinco pesos.

El capitan Diaz rodeó el paraje con sus fuerzas y el Presidente Pagola y su secretario Bermeo fueron maniatados sin resistir ni murmurar una queja.

Llevados á Huetamo, á donde tambien se dirigió

Marron, luego que se le comunicó la noticia, mandó éste sin otro trámite que fueran ambos ejecutados en el cementerio de la parroquia.

El mismo Tomás Diaz fué el encargado de hacer aquella ejecución, y como ya habia tratado á los dos prisioneros, encontrando en ellos cualidades bellísimas, les habia cobrado estimacion y derramó lágrimas cuando los vió serenos aprestarse á la muerte.

—Qué piden ustedes, qué desean? les dijo llorando. Vamos don José María; vamos, señor don Pedro, encárguenme ustedes alguna cosa.

—Yo esta carta con una moneda de oro que está adentro para mi muger, que vive en Sultepec, dijo Bermeo.

—Yo, dijo Pagola, con voz firme, que no se me fusile por la espalda, porque tengo la conciencia de que no soy un traidor, sino un patriota.

En aquellos hombres tan humildes y al parecer tan ignorados, recibió ¡quién lo dijera! un golpe de muerte la revolucion.

CAPITULO XII.

EL PADRE TORRES.

"El que de santo resbala hasta demonio no para," dice un refran, lo mismo que acaeció con el P. Torres que era un vicario devoto en Cuitzeo y al entrar á la guerra se convirtió en uno de los capitanes mas turbulentos y libertinos. Ya referiremos luego algunas de sus fechorías, y entre tanto, vamos á seguirlo en sus maniobras militares.

El golpe que le dieron los realistas cuando quiso proteger el fuerte de Jaujilla no fué tan rudo como el que sufrió en Turumuato, punto cercano á Pénjamo que le servia de cuartel general, en que el coronel Ruiz le dió una batida de varias leguas, haciéndole perder mucha gente y sus mejores materiales de guerra.

El Padre Torres, que no estaba acostumbrado á

los triunfos y que por otra parte no sentía mucho las derrotas porque las sufrian mas bien las partidas que lograba reunir á su alrededor y que otros organizaban, no se desesperó por aquel nuevo golpe, y lo que hizo fué ordenar que lo siguieran á los otros gefecillos de fuerzas que no habían entrado en combate, con lo que se volvió á ver pronto al frente de unos quinientos hombres que estaban ya medio organizados, si por organizacion se entiende andar juntos con espíritu de pelear poco y de entrar á saco en las poblaciones, pues como si estas hubieran tenido la culpa de sus fracasos, Torres se soltó incendiándolas y saqueándolas á mas y mejor.

Cuando mandó quemar á Uruápan, vinieron á decirle:

—Excelentísimo señor, ya comenzó á arder la iglesia y no se han sacado ni los vasos de plata, ni las custodias.

—Mejor, nosotros no venimos á robar, sino á quitar los elementos al enemigo.

—Pero los vasos sagrados pueden servir á S. E. para cuando quiera decir misa.

—Es mejor que se queme todo, porque si nos llevamos la plata, dirán que nos ha guiado el interés.

Y todo permitía que fuera pillado menos las iglesias, que las quemaba con todo y santos.

—Señor, sacarémos los ornamentos, le dijeron cuando ardia la iglesia de Pénjamo, estos son muy buenos y su señoría los ha usado varias veces.

—Déjenlos que ardan para que no puedan servirles á los curas realistas.

Y ardia todo á su paso, no respetándose ni los depósitos de víveres que podian servir tanto á unos como á otros y mucho mas á los que solo vivian de lo que tomaban en los pueblos y las haciendas.

Un oficial quiso irle á la mano en aquel vértigo de destruccion, diciéndole:

—Es posible, señor, que mande V. E. quemar su mismo cuartel general? ¿En dónde nos alojarémos luego que nos dejen respirar los realistas?

—Vd. se alojará ahora mismo en un pedazo de tierra, contestó ciego de ira el general Torres porque habia oido várias veces la observacion, yo me alojaré despues en los cerros ó . . . . en el infierno.

Y mandó que se le pegaran tres balazos al atrevido oficial que se permitia hacerle tales observaciones.

El brazo derecho del furibundo Padre aquel, habia sido hasta entonces un jefe á quien habia elevado desde la nada para hacerlo su teniente general y su segundo en jefe en los mandos civiles y militares que él mismo se habia dado en la extensa zona comprendida entre la Nueva Galicia, Querétaro y Michoacan: ese segundo se llamaba Lúcas Flores. Era algo inteligente, audaz y organizador. Ninguno como Flores conocia los rumbos y las veredas, ni era mas violento para ensillar los caballos en el caso de una sorpresa. En todas las derrotas que habia sufrido el P. Torres, y eran muchas, el capitan Lúcas primero, y luego el coronel Flores y despues el general del mismo apellido era el que le habia escapado del poder del enemigo unas veces á uña de caballo y otras precipitándolo en des-

peñaderos que comenzaban por un abismo y acababan por una suave pendiente. Los mas ocultos matorrales y las cuevas mas ignoradas les habian servido de refugio en casos extremos, y debido á la vigilancia de Flores que estaba siempre alerta, habian logrado hasta entonces no ser sorprendidos por los realistas cuando hubiera sido imposible escapar á la muerte. Por eso, y por otras mil razones, era don Lúcas el brazo derecho del padrecito Torres.

Sucedió que Flores habia ido á una comision del servicio con unos cien hombres de caballería, cuya comision podia reducirse por entonces á colectar algunos fondos en las haciendas, cuando acertó á caer en las manos del Padre una comunicacion de Ruiz, el coronel realista encargado de perseguirlos, dirigida al segundo del cabecilla insurgente.

—Somos una misma persona, dijo al emisario, de suerte que queda bien en mis manos.

¿Cuál no seria su sorpresa al abrirla y encontrarse con el siguiente recitado: "Si vd. se indulta solo apenas podré conseguirle un salvo-conducto para que se dirija sano y salvo á donde lo crea conveniente; pero si se somete con otros oficiales y alguna tropa se le podrá dar algun mando; en caso de que entregue al P. Torres, se le reconocerá el empleo de capitan en el ejército realista, y se le acordará un premio de mil pesos?"

Seria un ardid de Ruiz, encargado como ya hemos dicho, de perseguir las partidas del Bajío para concluir con aquellas mas pronto, indisponiendo entre sí á los

dos gefes mas temibles, ó seria verdad que Flores andaba ya negociando su indulto, el caso fué que el P. Torres se montó en cólera luego que dió lectura á tan extraña carta, y que inmediatamente hasta con riesgo de que aquel sospechara algo, le mandó que dejara la comision que le habia confiado y se presentara luego al Cuartel General.

Flores, ó no fué advertido á tiempo, ó era inocente de aquella traicion revelada en la carta, el resultado fué que se presentó á Torres sin manifestarse turbado en su presencia.

—Vino vd. pronto, don Lúcas, le dijo Torres.

—Sí, mi general, contestó aquel tranquilamente, aunque ya estaba cerca de la hacienda que iba á cercar con seguridad de cojer al administrador, no dí un paso mas al recibir la órden de V. E., porque me precio de ser subordinado.

—Está bien: ¿tiene vd. buen apetito?

—Ni tanto! apenas probé algun bocado esta mañana y he corrido al trote siete leguas.

—Pues descanse vd. aquí mismo, don Lúcas. Jugarémos unos tutes de á peso mientras nos avisan que está puesta la mesa.

Se sentaron ambos tranquilamente en una banca de palo blanco y estuvieron jugando á la baraja un cuarto de hora. Flores ganó á Torres tres pesos y se los embolsó. El segundo no dejaba de examinar con atencion al primero, sorprendiéndole su perfecta serenidad de ánimo.

El asistente del general Torres los llamó á comer

y en ménos de una hora despacharon la comida frugal que les fué servida. Luego en una breve sobremesa, Torres queriendo esplorar la conciencia de su segundo, le dijo:

—Ha llegado la causa de la independencia á tan mísero estado, que á veces causa desaliento seguir defendiéndola.

Flores pareció estremecerse y contestó luego:

—Yo estoy dispuesto á no dejar las armas miéntras su señoría no lo disponga.

—Y dígame usted Don Lúcas, agregó el Padre Torres, clavándole los ojos, ¿qué tal le parecería á usted el paso de que pidiéramos indulto?

—Señor.............. tartamudeó Flores, quizás ya no sería tiempo de acogernos á la gracia del gobierno en buenas condiciones.

Torres se puso lívido de rabia. Estas solas palabras, que acaso fueron dichas sin segunda intencion, vinieron á robustecer las sospechas de aquel, quien levantándose de la mesa violentamente y dirigiéndose á sus parciales prevenidos ya para el caso, les dijo apuntando con un dedo á su segundo:

—Aprehendan ustedes á ese traidor.

Flores que creyó al pronto que se trataba de una broma, dijo sin hacer la menor resistencia:

—No hay necesidad entre amigos de hacer estos papeles. Dígame V. E. cuál es su sentir sobre cualquier punto y yo le diré el mio con toda franqueza.

—Y esta carta? le preguntó Torres mostrándole la de Ruiz.

Flores que comprendió entónces que no se trataba de un juego, quiso disculparse; pero el Padre Torres ya no estaba en disposicion de oirlo, sino que volviéndole la espalda, dijo á los suyos:

—Cumplan ustedes mis órdenes.

A los cinco minutos se oia una descarga. Era que el segundo del terrible Padre Torres acababa de morir.

Inmediatamente despues mandó que se tocara bota-sillas y dos horas mas tarde abandonaba su cuartel general, llevando el alma envuelta en sombras de luto, pues que en realidad su carácter arrebatado no le había permitido convencerse de si aquel que habia sido su mejor amigo era ó no culpable.

D. Remigio Yarza que habia sido secretario del Congreso cuando se firmó la Constitucion en Apatzingan, tuvo la mala fortuna de encontrarse aquella tarde con el Padre Torres. Este al verlo le preguntó con tono irónico:

—¿A donde se dirige usted señor licenciado?

—Buscaba la primera fuerza amiga que se me presentara con objeto de suplicar á su gefe me facilitara una escolta para ir á buscar á los miembros de la Junta de gobierno.

—Miente usted, señor Yarza.

—¿Que yo miento? dijo aquel demudado.

—Usted lo que anda haciendo es buscando prosélitos para Arago, con quien los de la Junta y otros tan revoltosos y tan menguados como los de la Junta quieren sustituirme.

—Yo le juro á usted ....

—Nada de juramentos porque jurararia vd. en vano. Estoy informado de todo y tan es así que sin más trámite voy á fusilarlo en el acto.

—A mí?

—A vd. señor Yarza. ¿Pues acaso yo no sé fusilar personajes?

Luego agregó con aire sombrío:

—Ese fin he de tener yo, ya sea que me cojan los mios ó los realistas, de suerte que á cuantos pueda despachar por delante será mejor.

De nada sirvieron las protestas ni los ruegos de Yarza. Diez minutos despues era pasado por las armas sin ninguna fórmula.

Comprendió el Padre Torres que necesitaba lucirse en algunos combates para sostener su prestigio para que los partidarios de Arago que era rival suyo, nombrado ya jefe del Bajío por la Junta, no se llevaran á sus capitanes como se habian llevado al *Giro* y á otros, é inmediatamente convocó á todos los suyos á un cerro inmediato á la hacienda de Guanimaro. Se reunieron con él los *Pachones*; tres guerrilleros que quedaban de la famosa familia Ortiz, y algunas otras partidas hasta completar un grupo de cerca de mil quinientos hombres. D. Anastasio Bustamante estaba con 400 excelentes dragones en un rancho de aquella misma hacienda llamado "Los Frijoles," y cuando ménos lo esperaba se vió rodeado de los insurgentes que lo atacaban por todos lados con sus masas desordenadas. Si hubieran tenido alguna disciplina allí hubieran dado cuenta en media hora de

aquel puñado de realistae, aprovechando la sorpresa del ataque; pero como cada cual obraba por su cuenta sin ningun plan, dieron suficiente tiempo para que los del rancho se apercibieron á la defensa y en un instante estuvieron listos cien dragones para cargar, miéntras de los trescientos restantes unos hacian fuego nutrido detrás de las cercas y otros seguian poniendo las bridas á los caballos que era lo único que les faltaba para estar listos á la lucha. Por supuesto que esto bastó para que los insurgentes, encontrando aquella resistencia con que no contaban y que de más á más Bustamante tomara la iniciativa dando cargas con todos los dragones que se le incorporaban montados, empezaran á desbandarse en varias direcciones siguiendo su costumbre. Pero sucedió que entre los insurrectos se encontraban Gregorio Wolf y otros cuatro oficiales de los de Mina mandando cien infantes, no del todo mal armados, y que como no acostumbraban á correr, quisieran sostenerse detrás de una arboleda que algo les favorecia y entónces Bustamante que ya habia puesto en fuga á los de caballería que eran muchos lanceando doscientos, cargó con toda su fuerza sobre los infantes, pasándolos á todos á cuchillo. Don Anastasio Bustamante que en medio de sus buenas cualidades era feroz cuando se encarnizaba en el combate, mandó acabar de matar á cuantos quedaban con vida y envió las cabezas de Wolf, Ramirez y otros oficiales á Irapuato, para que clavadas en picas en varios lugares sirvieran de escarmiento, como se usaba entónces, sin que los que

se declaraban partidarios de la causa de la independencia llegaran nunca á escarmentar.

Esta escaramuza, á la cual se llamó entónces *batalla*, produjo á Bustamante la cruz de Doña Isabel y una placa á todos sus subalternos con esta inscripcion: "Por la *batalla* de Guanimaro."

Entre tanto el francés Arago, hermano del gran astrónomo de esa época, á quien algunos de los que se llamaban miembros de la extinguida Junta de gobierno le habian dado la investidura de general, contando con el *Giro*, tres guerrilleros del Bajío y algunos otros partidarios, habia estado robusteciéndose con el fin de hacerse obedecer de Torres y los que lo acompañaban, mandándole decir despues de sus últimos fracasos lo conveniente que era se pusieran de acuerdo para el mejor éxito de sus operaciones. Torres convino fácilmente en celebrar una conferencia con Arago en Turumuato á las márgenes del Rio Grande, para lo cual concurrió al lado opuesto el dia que se designó. Las pláticas se llevaron á efecto por medio de emisarios, alegando cada cual lo que convenia á su derecho, sin que llegaran á entenderse. Entonces Arago más impaciente ó más desconfiado, mandó un *ultimatum* á Torres: á las tres horas debia de someterse ó quedaban rotas las hostilidades.

—Esas tenemos? dijo Torres, pues yo no le doy ni un minuto, y por mi parte puede empezar la guerra á la hora que guste.

El Padre esperaba que se le reunieran algunas partidas para tener superioridad sobre Arago; pero

esas partidas no llegaron y á las tres horas el *Giro* que había pasado por un punto distante con 200 dragones se echó sobre el campamento de Torres y en diez minutos puso á su desmoralizada fuerza en completa derrota. El mismo Padre se vió en grandes apuros y á duras penas pudo escapar, merced á que era buen ginete y montaba un soberbio caballo, pues que el *Giro* que lo conoció se dedicó á perseguirlo y cuando estuvo algo cerca, le gritó:

—Párese, Padre, yo le garantizo la vida.

El Padre Torres se detuvo un momento, pero solo para disparar su pistola á su perseguidor á cinco varas de distancia. Como le hubiera errado le dijo:

—¡Ah traidor *Giro!* tu has de acabar mal.

Y picando su caballo desapareció como exhalación, dejando una nube de polvo.

En efecto, el *Giro* pocos meses despues habiendo llegado á quedar solo con quince compañeros se refugió en una profunda barranca, en donde lo sorprendió el alferez de realistas, D. José María Castillo, atravesándolo con su lanza, despues que le había puesto cuatro hombres fuera de combate. Como Castillo lo creyó muerto, siguió á los otros que huian y cuando regresó ya el *Giro* se había sacado la lanza del cuerpo y casi muribundo trabó nuevo combate, hiriendo con la misma lanza al alferez, á un sargento y á un cabo, logrando con esfuerzos de toda la tropa acabar con él que peleaba como una fiera. La cabeza de tan valiente guerrillero fué paseada por varios pueblos y clavada al fin en la entrada de Salamanca.

Arago y Erdozain se indultaron haciendo protestas muy humillantes.

Habiendo quedado casi solo él Padre Torres en todo el Bajío, pues de los gefes que mantenían la revolución los que no morían en combates ó asesinados, se acogian al indulto, se retiró á la sierra de Guanajuato acompañado de un hermano suyo y de unos quince hombres que le permanecieron fieles. Es preciso hacer la justicia al Padre Torres de que á pesar de todas sus nulidades y defectos era un hombre firme y enérgico, pues por más que se vió acosado y perseguido y por más que pudo indultarse con grandes ventajas aceptando las muy buenas proposiciones que se le hacian, prefirió seguir sosteniendo él sólo la bandera de la revolucion, aunque persuadido de que uno ú otro dia sería sorprendido por alguna de las muchas partidas que lo rodeaban ó entregado por cualquiera de los que habian militado á sus órdenes, entre los cuales no se le ocultaba que tenía terribles enemigos.

Ya se comprende por lo mismo qué vida tan azarosa seguiria, teniendo que estarse resguardando á todas horas de los suyos y de los contrarios.

Nunca permanecia dos dias en un solo punto y en las noches en que queria tomar reposo, dejaba establecida su pequeña tropa en el punto que señalaba y despues se alojaba solo cuidando de que nadie lo viera en el escondrijo que escogía para tomar algunas horas de sueño. Así logró escapar de las celadas que se le pusieron durante algunos meses, en

los cuales ya no emprendió operaciones militares, limitándose á defenderse y á huir cuando se le atacaba.

—Esto no puede continuar así, dijo un dia á su hermano, necesitamos ver si podemos reunir todavía unos dos ó trescientos hombres, llamando á los *Pachones* y á los pocos que andan huyendo como nosotros para tratar de abrirnos paso con ellos é irnos al Sur en espera de mejores tiempos.

—Eso iba á proponerte, le contestó su hermano.

—Desde mañana nos pondremos á la obra mandando emisarios para todas partes, aunque nos quedemos sin gente.

Firme en este proyecto que era el único que podia salvarlo de la situación difícil en que se hallaba y mientras llegaba el siguiente dia para empezar á ponerlo en planta, se dedicó aquella tarde á jugar albures con los pocos compañeros que tenía, pues ya hemos dicho que era más inclinado á los vicios que á las virtudes. Se encontraba á la sazon en la hacienda de Tultitan cerca de Silao y se consideraba por lo pronto á cubierto de un ataque del enemigo.

Entre sus puntos se contaba el capitan D. Juan Zamora, que era un terrible apostador; pero en aquella vez no tuvo suerte y en menos de una hora perdió mil pesos á la palabra. Como queria seguir jugando más, el Padre Torres comprendiendo que lo que más deseaba era desquitarse á todo trance, le dijo:

—Solo de una manera seguiré barajando.

—De cuál? preguntó el capitan.

—Que traiga usted dinero ó que me asegure la cantidad que ha perdido.

—¿Cree S. E. que quedará asegurado lo que le debo con mi caballo retinto?

—Oh! sí, ese caballo vale mucho.

—¿Quiere S. E. que juegue sobre él otros 250 pesos?

—Admito la proposición.

—Pues van en el primer caballo que salga los 250 pesos.

—Van.

El Padre barajó y echó el albur, viniendo el caballo de bastos contra el seis de espadas.

—Juegan al caballo de bastos, dijo Zamora con resolucion.

—Seis de bastos á la puerta viejo, dijo Torres al voltear la baraja.

Zamora tuvo ímpetus de acogotar allí al Padre; pero guardó silencio. Se levantó y se fué sin decir palabra.

Al dia siguiente cuando la pequeña tropa se alistaba para salir de la hacienda, se presentó Zamora con los 1,250 pesos.

—Vengo á rescatar mi caballo, dijo.

—El caballo es ya mio, contestó Torres: lo que es trato es trato.

Zamora se adelantó y para cobrar ánimo bebió todo el aguardiente que pudo. Entónces volvió á la carga.

—Quiero mi caballo.

—No, contestó secamente el Padre Torres.

—No? preguntó rabioso Zamora.

—No.

—Pues tenga.

Y lo atravesó de parte á parte con su lanza.

—Soy muerto! exclamó el Padre Torres cayendo del caballo.

Su hermano y los quince hombres que lo acompañaban cayeron sobre el infeliz Zamora y lo acribillaron á heridas dejándolo muerto en cinco minutos.

El Padre Torres todavia estaba vivo y presenció con los ojos abiertos esta escena.

—Está bien muerto Zamora? preguntó con voz debil.

—Sí, hermano.

—Pues entónces estoy vengado. Ahora sácame esta lanza que me está haciendo sufrir mucho para morir yo tambien.

El hermano obedeció. Al serle extraida la lanza con algun trabajo, dió uu grito y luego espiró.

Así acabó este hombre en cuyas manos, segun Alaman, estuvo el buen éxito de la revolución, si es que se ha prestado á ayudar á Mina con buena fé y con eficacia.

CAPITULO XIII.

EL CERRO DE BARRABÁS.

Los interesantes sucesos en que hemos tenido que detenernos, aunque brevemente, nos han hecho separarnos del héroe de nuestra relacion á quien volvemos á encontrar, si no con más brillantes espectativas que cuando lo dejamos, al menos con un mando mas extendido en costas insalubres y montañas desiertas, sin perder ninguna de sus esperanzas.

Don Vicente Guerrero á fuerza de multiplicar las maniobras de la poca gente de que disponía, pues no llegaban á ochocientos hombres, mal armados, los que tenia muy extendidos en sus dilatados dominios, habia logrado enervar la actividad de Armijo, quien á últimas fechas se conformaba con tener expedito y bien cuidado el camino hasta Acapulco para que no fueran interrumpidas las operaciones del comercio, descansando por semanas enteras en las poblaciones en que encontraba mejor abrigo para sus tropas.

Fué necesario que recibiera una nota apremiantísima del virey, despues de seis ú ocho órdenes que había logrado eludir, para ponerse nuevamente en campaña con sus brillantes elementos.

El plan que le comunicó Apodaca pusiera en ejecución inmediatamente, so pena de sujetarlo á un proceso si volvia á oponer resistencias, fué el de ocupar la parte de la costa en que tenían sus fábricas de pólvora los independientes y desde donde se proveian de víveres y algunos parciales, para en seguida venir limpiando las montañas hasta que quedaran completamente pacificados aquellos rumbos, que era lo único que faltaba para poder comunicar al gobierno de España de un modo oficial y solemne que ya estaba concluida la revolucion. Mientras no cayeran Victoria en el Oriente y Guerrero en el Sur, por más que ya no hubiera enemigos en el interior, nó seria posible rendir un parte serio que no tuviera el peligro aunque remoto de ser desmentido. Por lo mismo miraba en ello empeñada la honra de su gobierno.

En esa virtud, Armijo que ya se habia vuelto algo indolente, contando como contaba con un fuerte capital, se resolvió á acatar las disposiciones del señor Apodaca, poniendo en campaña todas las tropas que tenía bajo sus órdenes que eran las mejor organizadas y las más aguerridas en el Ejército realista. Dejando cubiertas con buenas guarniciones Acapulco y las demas plazas que aseguraban la comunicacion y cubriendo sus flancos con buenas tropas de caballería,

se dirigió él con mil hombres de las tres armas por las costas del Sur hasta llegar á Zacatula, que habia sido hasta entónces la ciudadela más impenetrable de los insurgentes, tanto por su situacion ventajosa como por su clima. Era una especie de presidio que mucho sirvió á Morelos para tener seguros á los prisioneros, enemigo como era del derramamiento de sangre. En ese rumbo estaban las maestranzas, las fundiciones y los depósitos de armas, de municiones y de víveres, cuando los tenian los insurgentes. En la actualidad ya no era ni la sombra de lo que habia sido en los años anteriores, porque habian desaparecido los prisioneros, los fabricantes y las fundiciones de artillería; pero el terreno era rico en sus cultivos y era un refugio seguro en las épocas calamitosas, porque sus pobladores eran todos amigos de la causa de la Independencia.

Como se comprende muy bien, Armijo no encontró grandes resistencias y pudo recorrer las costas sin encontrar á su paso mas que pequeñas partidas que fácilmente pudo reducir ó dispersar, atemorizando á los habitantes pacíficos con la multiplicación de las ejecuciones. Fueran inocentes ó no los que perecian, poco importaba, pues que el resultado práctico que se buscaba era destruir la raza, con la seguridad de que los pocos ó muchos que quedaran habian de ser siempre enemigos, así es que no se dió tregua ni descanso en eso de ejercer á su modo la justicia que le pareció más cómoda y más ventajosa para su causa. Ya al llegar al mismo punto de Zacatula que consistia

en una península fortificada y en pequeñas poblaciones en que habia sus grupos de gente armada, sí tuvo que emprender operaciones más formales, sosteniendo combates en que habia tanto de dar como de recibir, pero más de dar por sus superiorísimos elementos. En donde encontró Armijo una resistencia más séria fué en la isla que se encontraba fortificada y defendida por 200 hombres al mando del último de los Galeana y del coronel Montes de Oca que no quisieron rendirse á pesar de las intimaciones, ni acogerse á las proposiciones ventajosas de indulto que se les ofrecieron. Tenian órdenes precisas de Guerrero para sostenerse todo el tiempo que les fuera posible miéntras él caía sobre otros destacamentos aislados ó intentaba protegerlos, y cumplieron heróicamente con aquellas instrucciones. Cuando ya no les fué posible resistir sin peligro de ser envueltos al grado de que ni uno solo escaparia, rompieron el cerco que se les tenía puesto y fueron perseguidos con tenacidad en veinte leguas todavía en que continuaron defendiéndose palmo á palmo con pérdida de la tercera parte de su gente, pero causando tambien muchas bajas al enemigo.

Cuando Guerrero bajó á la costa con 300 hombres montados, ya Armijo se habia hecho dueño de Zacatula, y se redujo á simples escaramuzas en la playa, viéndose obligado á regresar al seno de las montañas que le servian de cuartel general.

Armijo no estuvo ocioso en los dias que permaneció dueño de Zacatula, pues que despues de fusilar á

los pocos prisioneros que cayeron vivos en sus manos, inutilizó y enterró los cañones, derribó las trincheras, destruyó las fundiciones, pegó fuego á las casas y arrasó las sementeras; "por manera, dijo en su parte al virrey, que es imposible se reparen durante la estación, en que no puede repetirse movimiento alguno en este país."

Aquí más que el enemigo el clima poco sano, fué el que hizo grandes estragos en las tropas de Armijo, teniendo por lo mismo que apresurarse á salir llevando una multitud de enfermos que se le fueron muriendo por el camino.

Habiéndose incorporado los dispersos de Zacatula con Guerrero, siguieron todos juntos hácia la costa de Coahuayutla, y en el camino, en un rancho en que se detuvieron á descansar un dia, estando ya bien lejos del enemigo, aquel gefe convocó á los principales de los suyos y les dijo:

—Ya que hemos escapado de que el comandante de realistas, Marron, que venía á nuestros alcances nos cogiera por la espalda, segun el plan acordado por Armijo para dejarnos sin salida, bueno es que pensemos en la manera de no caer en otra celada que se nos ponga, una vez que se tiene la idea de concluir con nosotros á todo trance.

—Hay dos medios, dijo Montes de Oca, si es que no queremos por el pronto presentar combate.

—¿Cuáles? pregunto Guerrero.

—Uno es fraccionarnos en muchas partidas.

—Ya habia pensado en él y no me parece por ahora conveniente. ¿Cuál es el otro?

—Cansar á las tropas realistas haciéndolas subir á las montañas.

—Alguno de esos medios adoptaremos, dijo Guerrero. Por ahora es necesario que ustedes sepan que la campaña que se ha abierto contra nosotros es enteramente formal y que no terminará mientras no nos acaben á todos. Ha caído en mi poder un pliego de Apodaca dirigido al comandante Armijo en que le dice que vuelve á insistir en la necesidad que hay de destruir á los insurgentes del Sur que son ya los únicos que llaman la atencion del gobierno, siendo los demas que hay en el pais pequeñas partidas que no tienen importancia. Esto no es verdad, porque bien sabido es que no hay provincia alguna en que no haya independientes armados, pero tales son los ardides del gobierno. Apodaca le dice á Armijo tambien, que en el caso de que no sean suficientes los cuatro mil hombres con que cuenta para aniquilarnos, le mandará cuantos mas necesite y le da á entender que si se considera incapaz para dar término á esta campaña, mandará otro gefe que lo sustituya. Con que ya verán ustedes, amigos mios, como ahora tenemos que desplegar mas vigor y mas astucia para sustraernos á los planes de Armijo que no dejará, picado en su amor propio, de hacer cuanto pueda para salir airoso de su mision.

—Todo eso no quiere decir que no hayan hecho

ántes y siempre cuanto han podido para destruirnos, dijo sencillamente Galeana.

—En efecto, lo han procurado, pero no con el teson con que ahora se lo proponen.

Entre los gefes que estaban reunidos en aquella junta de guerra, se encontraba un valiente italiano apellidado Chivilini, el cual dijo:

—La manera de hacer que la guerra se prolongue indefinidamente, dando tiempo á que la revolucion progrese por otras partes, es atacar los destacamentos siempre que podamos, para hacernos de armas y municiones, sin presentar nunca en combate á todo el grueso de nuestras fuerzas.

—Esa es tambien mi opinion, dijo á su vez Guerrero y voy á someterles ligeramente el plan que he meditado. Por ahora Armijo no podrá moverse en muchos dias por lo maltratada que debe haber quedado su gente en Zacatula, de donde estoy seguro no ha salido con la mitad de la que trajo, de modo que tenemos un respiro de un mes ó dos para organizar alguna tropa en la costa de Coahuayutla para donde nos dirigimos, de lo cual se ocuparán con toda actividad nuestros comandantes, mientras yo voy á fortificar un cerro de los mas encumbrados que será el que deba servirnos de cuartel general.

Fuera por la costumbre que existia de aprobar el parecer del gefe ó porque este les pareciera bueno, todos estuvieron conformes con él, protestando que secundarian á Guerrero con la misma decision que hasta allí para hacer que otra vez mas se estrellaran

los realistas en aquellas montañas que habian de servir á los insurgentes de último baluarte.

—Pues una vez que ustedes tienen la deferencia de aprobar mi plan, dijo Guerrero, el cual pódrá seguir desarrollándose segun las circunstancias, ahora comeremos juntos por la última vez para separarnos en seguida é ir á cumplir nuestras respectivas comisiones. Yo me iré á buscar un punto ventajoso para nuevo depósito de nuestros elementos, mientras ustedes recorren estas costas organizando el mayor número de gente que se pueda para lo cual les proporcionaré hasta unos trescientos fusiles que recibirán con toda oportunidad.

—¡Trescientos fusiles! exclamó Montes de Oca.

—Sí, son unos que tengo reservados para la última extremidad que es á la que considero que hemos llegado.

La comida fué frugal como siempre, pero llena de animacion como si acabaran de alcanzar una gran victoria.

Se habló mucho de los elementos con que podia contar en aquella época la revolucion, y como las noticias las recibian con mucho retraso, se figuraban que todavia existian algunos fuertes ocupados por los independientes y que andaban aun con las armas en la mano gefes que ya habian muerto ó se habian indultado.

Se hicieron recuerdos de los generales que se encontraban presos en México y se habló de las esperanzas que habia de salvarlos luego que pudieran es-

tablecer un gobierno bien cimentado y dar nuevo espíritu y comunicar nuevos alientos á la revolucion, pues siemdre cuando los hombres tienen mas motivos para abatirse es cuando abrigan mas grandes esperanzas en un cambio de situacion. ¿Por donde vendria este? ¡Quien sabe! Pero la reaccion tenia que esperarse, la sentian en la atmósfera y la presentian como si se dibujara con toda claridad en lontananza.

Despues de comer tomaron dos horas de reposo y á eso de las cinco de la tarde Guerrero mandó que ensillaran los de la escolta que debian acompañarlo, compuesta de unos veinticinco hombres que era todo lo que necesitaba para la fácil comision que se habia encomendado. Los demas tenian que moverse á la media noche para que quedara oculto el movimiento al enemigo si era que tenia cerca de ellos algunos exploradores.

La despedida fué corta pero expresiva. Guerrero les recomendó á todos la mayor prudencia y que por nada hicieran frente al enemigo, sino era en el caso de sorprender un destacamento en que hubiera la evidencia de vencerlo para apoderarse de sus municiones que era por entonces lo que mas necesitaban. A mayor abundamiento todos juraron fidelidad á la santa causa que defendian por la cual perecerian antes que rendirse, sin manifestar el menor signo de flaqueza.

Guerrero no tuvo que andar mas que unas cuatro ó cinco leguas, pernoctando al borde de un arroyo en donde habia suficiente pastura para los caballos. Per-

mitió que desensillara la mitad de la fuerza mientras la otra mitad estaba con brida en mano, y muy de mañana siguió su camino con direccion á lo mas espeso de las montañas.

Cuando Guerrero propuso su plan y en consecuencia de él siguió aquella direccion, era porque ya sabía perfectamente cuál era el lugar que ofrecia más seguridades para hacer de él una fortaleza inexpugnable, así es que sin vacilación se dirigió al grupo de ásperas montañas que rodean un cerro que lleva por nombre "Barrabás." Para ascender á la cúspide tenian que seguirse escarpados senderos, siendo imposible en muchos lugares subirlos á caballo, no solo por las grandes moles de piedras que los interrumpian, sino por los profundos abismos que los cortaban.

La primera subida fué verdaderamente fatigosa para la gente que acompañaba á Guerrero, habiéndosele incorporado en el camino más de trescientos hombres, en su mayor parte armados con fusiles viejos y lanzas; pero á los pocos dias empezaron á practicar veredas, que mas bien parecian para pájaros, incrustadas en las montañás.

Una vez que fué reconocido por Guerrero el cerro de Barrabás, y que le encontró las ventajas que se proponia, mandó fortificar los puntos que consideró más convenientes, dejando en la cúspide una plaza bastante espaciosa para establecer fundiciones y fábricas necesarias para armas, monedas y municiones.

Por supuesto que no fué tan fácil hacer todas aquellas cosas entónces como decirlo ahora en que también se tendrian que vencer enormes dificultades para repetirlas: todo tenía el caudillo del Sur que írselo proporcionando poco á poco y con grandes esfuerzos, desde las personas que tuvieran una mediana inteligencia para manejar los metales y saber dirigir los parapetos, hasta el plomo y el azufre para construir el parque. Y sucedia que como entónces tanto los cartuchos de los realistas como los de los insurgentes estaban forrados de papel y se consumian grandes cantidades en los diarios encuentros, tenian que echarse mano hasta de los archivos, habiendo desaparecido así los documentos más preciosos, tanto de aquella época como de todas las anteriores.

Tales dificultades hacen comprender que la fortificación del cerro de Barrabás no fué obra de un dia ni de una semana sino de varios meses, durante los que se estuvieron acumulando allí con tanto sigilo como paciencia cuantos víveres pudieron recogerse en las llanuras, así como cuanto servia al objeto que se habian propuesto, que fué levantar una fortaleza artillada y con todos los elementos de guerra que fuera posible almacenar allí, supuesto que ésta debia ser el centro de las operaciones que iban á emprenderse y el cuartel general es lo sucesivo de la revolución, el asiento del gobierno y del Congreso, y tal vez el punto de partida para realizar mas tarde una invasion general al centro de la Nueva España.

Todo esto se figuró Guerrero luego que vió perso-

nalmente las ventajas que ofrecia aquella posición, que si bien le era conocida como cada uno de los rincones del Sur, no habia llegado á fijarse bien en ella ni ménos á estudiarla para el objeto á que ahora era destinada. Por el lado de la Costa no podia ser atacada porque las tierras aquellas eran pantanosas y mortíferas, y por el lado opuesto se encontraban hondos abismos y el rio Mescala que ponia un balladar infranqueable á todos los caminos.

En el caso de que los realistas acometieran la temeraria empresa de querer apoderarse del cerro de Barrabás, cada peña sería un obstáculo para ellos y necesitarian de un poderoso ejército avesado á la guerra de montañas que aun así podia ser destruido, por 2 ó 300 hombres que defendieran la plaza, en la cual habia víveres, agua y todo lo necesario para sostener un bloqueo de muchos méses.

Cuando Guerrero estuvo un poco satisfecho de su obra, que aunque no estaba aun concluida iba en camino de serlo, escribió á sus subalternos que operaban con buena suerte en la costa de Coahuayutla, diciéndoles: "Por mi parte he cumplido con la misión que me impuse, encontrando una posición que considero inexpugnable y que puede servir de punto de apoyo á nuestras operaciones militares, se encuentra en la cordillera que separa de la costa al rio Mescala y para llegar á la cumbre que es fértil y de un clima saludable, hay que vencer muy grandes obstáculos. Ya tengo establecidas las fundiciones y todo cuanto se necesita para que podamos prepararnos á empeñar combates formales con el enemigo."

Chivilini, Urbizo, Montes de Oca, Martinez y los demás capitanes de Guerrero que se habian esparcido por la costa reclutando gente, reuniendo armas y haciéndose de toda clase de recursos, le contestaron aplaudiendo sus patrióticos esfuerzos y comunicándole lo que ellos por su parte habian avanzado en las delicadas comisiones que habian recibido; porque no era el trabajo principal entónces reunir gente sino saber conservarla, evitando los encuentros desiguales que siempre eran desastrosos.

Parecia, pues, que todo iba perfectamente, renaciendo en aquel grupo de valientes nuevas esperanzas; pero los realistas que no tenian por entónces otro punto de mira, azuzados por el gobierno, comenzaron de nuevo con más actividad sus operaciones, estrechando cada vez mas el gran cerco que les iban poniendo hasta dejarlos limitados á la zona que ocupaban en la que comenzaron de nuevo los combates, la mayor de las veces desventajosos para los independientes.

Guerrero vió aquello no sin alguna alarma y se decidió á salir de su fortaleza con la gente mejor que tenía, dejando allí solo cien hombres para resguardo de la posicion y de las municiones, é hizo un llamamiento á los que le obedecian para que reuniéndose en un punto dado á las márgenes del Mescala obraran de concierto sobre el coronel Marron, que con una brigada de 500 hombres era el que más les acosaba. El caudillo del Sur habia echado sus cálculos y creia reunir algo más de mil hombres, para con-

Leyendas Históricas de la Independencia



Al cerro de Barrabás.

ellos dar un golpe que pudiera mejorar su situación y tal vez abrirle más amplios horizontes.

Llegó en el dia señalado al punto que fijó, viendo con extrañeza que ninguno se habia presentado. Al otro dia fué cuando se le presentaron siete dispersos y entre ellos un oficial.

—Pues qué ha pasado? preguntó.

—Señor, contestó el oficial, que hemos caido en una emboscada del enemigo é ignoro la suerte de mis compañeros.

Poco despues supo que los restos que habian salvado Chivilini y Araujo se habian dirigido con rumbo á Valladolid.

—Al cerro de Barrabás! dijo á sus soldados.

E inmediatamente se pusieron en marcha. Tenian que hacer tres dias para llegar á aquella profunda montaña; pero se propusieron llegar en dos doblando las marchas.

¡Vano intento! Al segundo dia se encontró el general á unos dispersos que venian tambien de aquel punto.

—¿Qué hay? ¿qué ha sucedido? les preguntó Guerrero.

—Señor, el cerro de Barrabás ha sido tomado por el teniente coronel D. José Antonio Echauri.

—Mala suerte tenemos, dijo Guerrero, pero no hay que desalentarse. Vamos ahora á comenzar de nuevo,

CAPITULO XIV.

VICTORIA.

Uno de los caudillos de la revolucion que más se habia hecho notar en ambos campos, por sus aptítudes militares, por su moralidad y buenas maneras, era don Guadalupe Victoria, quien desde que vino de la provincia de Durango para alistarse entre los independientes, tomó aquel nombre de guerra, abandonando el de su familia que no volvió á usar jamás.

Don Guadalupe Victoria era aún jóven cuando sentó plaza de alférez, y en pocos años por sus hechos de armas distinguidos le dieron ascensos Bravo y Morelos, hasta que la Junta de Gobierno en premio de uno de los reconocimientos incondicionales que de ella hizo, le nombró general, con autoridad en todas las costas del Golfo Mexicano, y con autorizacion para extender sus operaciones militares hasta donde le pareciera conveniente.

Mientras estuvieron en campaña Morelos, Bravo, Matamoros, Terán y tantos capitanes que acaudillaban diversas partidas entre México y Veracruz, Victoria pudo estar dominando en toda la costa y ayudar muchas veces con tropas á las operaciones militares del interior; pero luego que todos aquellos fueron desapareciendo, su posicion llegó á ser en extremo crítica, porque rodeado por todas partes de enemigos, apenas encontraba ya donde refugiarse y no era dueño mas que del terreno que pisaba con las pocas partidas que le obedecian. Esto es, de más de cinco mi hombres, algunos con buena organización que llegó á tener ocupando los principales puntos de la costa, le quedarian á la sazon apenas unos seiscientos, en condiciones de causar lástima, y mas bien escusando los combates que provocándolos.

Victoria esperaba como esperaba Guerrero que la revolucion volviera á animarse en las provincias del Bajío, para poder levantar nueva gente con más probabilidades de buen éxito en virtud de la experiencia adquirida, y todos los dias esperaba que le llegara alguna noticia favorable por medio de los agentes que solia esparcir la Junta de Gobierno; pero transcurrieron los meses y en vez de llegar las noticias favorables llegaban las muy adversas que publicaban los realistas en las *Gacetas*, que eran las únicas que circulaban y las únicas que podían circular, pues en realidad la revolucion estaba completamente espirante. Con aquella esperanza que se tardaba mucho en llegar, Victoria redoblaba sus esfuerzos cuanto podia para sostener la cam-

paña, ya que no con el fruto inmediato de algun triunfo aunque fuera pasajero, siquiera para no perder los derechos que tenia conquistados y los sacrificios hechos por su causa. No peleaba ni queria pelear, lo que queria era conservarse á todo trance esperando tiempos mejores.

Así fué como el último hecho de armas de alguna importancia entre las pocas fuerzas que le quedaban á Victoria y los realistas acaeció á las mismas puertas de Veracruz, mandando á los últimos un individuo que tanto debió figurar despues fatalmente en nuestra historia.

En Septiembre de 1818 habiendo sabido Victoria que el Comandante Vergara habia sido asesinado por Rafael Pozos, ganado por los realistas y que éste se habia indultado con toda la fuerza que mandaba, tanto por si era posible vengar esta felonía, como por llamar la atencion de los jefes José Rincon, Llano, Barradas y otros que lo perseguian, mandó que lo mejor de las fuerzas que tenia se aproximase á Veracruz, cuyo puerto contaba á la sazon con una guarnicion de solo 600 hombres.

Victoria con grandes apuros pudo reunir hasta cerca de unos cuatrocientos hombres bien montados y cincuenta de infantería, los cuales desprendió al mando de un oficial valiente en quien tenia ciega confianza llamado Catarino Flores. El se quedó en la costa con unas insignificantes partidas cambiando todos los dias de posicion y ocultándose las mas veces entre los bosques para burlar la persecucion tenaz que se le hacia.

Inmediatamente que el jefe de la plaza supo que se aproximaba una fuerza de insurgentes, mandó que el capitan graduado don Antonio López de Santa-Anna saliera con 300 hombres de las tres armas á ahuyentar á aquel poco temible enemigo. Las instrucciones que recibió Santa-Anna fueron muy terminantes: presentarse, desbaratar con unos cuantos tiros aquella masa de gente indisciplinada y fusilar en seguida á cuantos lograra hacer prisioneros.

Como Santa-Anna era jóven, ambicioso y deseaba una oportunidad como esta para distinguirse, aceptó con regocijo tan honrosa comision, que por otra parte no podia declinar y que hubiera pedido con ahinco si no lo hubiesen designado. Inmediatamente alistó su tropa, consiguió un buen caballo y salió por las calles principales, llevando una vivísima satisfaccion dibujada en el semblante.

Los insurgentes habian tenido el atrevimiento de acercarse á los muros exteriores de la ciudad, en donde entraron en largas pláticas con las gentes del pueblo de Veracruz que habian salido fuera de la muralla á saludar á aquellos insurgentes entre los que tenian tantos conocidos. Algunos empezaron desde luego á incorporarse á los sitiadores, creyendo que realmente iban á poner sitio y que dada la poca guarnicion que habia en la plaza, la tomarian, engriéndose mucho con las esperanzas del botin.

Estando tan cerca los insurgentes era claro que si esperaban á los realistas el combate tendria lugar á la vista de la poblacion, por lo que todos los comercian-

tes cerraron sus tiendas, los negocios se suspendieron y las azoteas se llenaron de gente para ver desde allí lo que iba á pasar, como si se tratara de un simulacro.

Luego que se avistó Santa-Anna con sus tropas, los insurgentes formaron en línea de batalla en disposicion de aceptar el combate y las gentes del pueblo de Veracruz que no quisieron tomar parte en la refriega, saltaron las murallas para presenciar la escena desde lugar seguro.

Santa-Anna muy animoso, como era jóven y estaba lleno de ambicion, no pudo menos que regocijarse al ver que no huia el enemigo, sino que le esperaba á pié firme y, con mas imprudencia que pericia, desenvainó la espada y se puso á la cabeza de su gente cargando sin mas disposiciones en columna cerrada.

Los insurgentes no hicieron mas que abrirse en dos alas para dejar al enemigo que se encerrara solo y luego que ya lo tuvieron en el centro, cargaron sobre él con lanza en ristre, desbaratando en pocos minutos aquella compacta formacion. Una vez desorganizada la columna y mezclados unos y otros, como los insurgentes eran mas, dominaron mejor á sus contrarios, que á poco ya no se ocuparon en combatir, sino en huir para la plaza. Santa Anna hizo esfuerzos inauditos para contener el desórden, pero tambien él fue arrastrado por el torrente y en poco estuvo para que no lo cogieran prisionero porque llegó á quedarse acompañado de muy pocos de los suyos en la retaguardia. Lo que no pudo salvar fué su sombrero y tuvo que

entrar con la cabeza descubierta y á carrera tendida por las mismas calles concurridas por donde antes acababa de pasar tan amenazador.

El grupo que formaba el enemigo se veia sin embargo tan pequeño desde las torres de Veracruz que no pudo infundir temor alguno al comandante de la plaza, el cual mandó que se le dispararan algunos cañonazos desde la fortaleza, siendo esto bastante para que aquel se alejara mas que de prisa, contentándose con recoger un cañon y algunas armas y prisioneros.

Si bien este combate no fué de grandes resultados para la causa de la independencia, si sirvió mucho á Victoria, quien logró su objeto de hacer reconcentrar al enemigo en la plaza de Veracruz. Solamente se quedó Rincon con mil hombres, pero á este le fué fácil entretenerlo con marchas, contramarchas y escaramuzas, todavia otros cuatro meses, al fin de los que el Virrey volvió á ordenar que se hiciera una activa campaña con todos los poderosos elementos de que disponia el brigadier Llano encargado de las operaciones militares de aquella zona.

Como sucedia siempre que los gefes estaban ya bien satisfechos con sus ganancias y que ejercian un mando superior, Llano no se ocupó ya de ir personalmente á perseguir á Victoria, sino que encomendó el asunto á su yerno D. José Barradas, quien contando ademas con Rincon que expedicionaba en la costa, llevó dos mil hombres mas y entre ellos al indultado Rafael Pozos y á otros que conocian perfectamente las

guaridas en donde solia ocultarse el enemigo para burlar la persecucion.

Barradas llegó sin novedad con toda su gente al Varejonal, desde donde empezó á dirigir con toda diligencia las operaciones que le fueron encomendadas.

Victoria entonces, segun la costumbre, reunió á sus capitanes, que eran ya pocos, encontrándose entre ellos no solo Catarino Flores el que habia derrotado á Santa-Anna, sino tambien Valentin Guzmán que era otro hombre valiente, astuto y de toda confianza.

El general les dijo:

—Amigos mios: hasta ahora hemos podido sostenernos si no con ventaja sobre el enemigo, al menos entreteniendo muchas de sus tropas y á veces dándole algunos golpes, como el último que tan bien dirigió Catarino; pero nuestros elementos han ido disminuyendo á tal grado, que ahora ya no podemos tener esperanzas de que nadie venga en nuestro auxilio ni de la costa ni del interior. Podemos decir que estamos abandonados á nuestras propias fuerzas, que son pocas, contra un ejército formidable que no tardará en obstruirnos todas las salidas........ ¿Qué opinan ustedes que hagamos en esta situacion?

—Lo que V. E. disponga, mi general, dijo Flores.

—Ya sabemos que en último resultado tenemos que obedecer lo que disponga el general, agregó Guzmán, pero cuando él nos pide nuestro parecer es para ver la disposición en que nos encontramos de seguir ó no combatiendo.

—Desde luego no podemos combatir, dijo Victo-

ria, porque no hay destacamentos débiles que podamos atacar, sino que nos persiguen divisiones compactas con las cuales no podemos medir nuestras fuerzas.

—¿Por qué no nos fortificamos en algun punto para obligar al enemigo á que nos haga proposiciones aceptables para una capitulacion? dijo el segundo de Victoria, que era un coronel Silva.

—Porque no tenemos artillería para defendernos, contestó Victoria, ni podemos improvisarla, ni nos darán tiempo para formar una trinchera, puesto que siempre están detrás de nosotros. Ahora mismo, no creo que podamos terminar tranquilamente nuestra deliberacion sin que tarden en darnos la voz de alarma nuestros atalayas.

—Vamos levantando el campo, dijo Silva, y en el camino podremos seguir esta conversacion.

—Quizás antes de que podamos terminarla aquí ó en el camino ya habremos tenido algun desenlace, que no podrá ser otro que un encuentro en que solo un milagro podrá salvarnos.

En efecto, en esos momentos llegó uno de los hombres avanzados de Victoria, diciendo que habia percibido rumor de gente que venia como á una legua de distancia.

—Mi general, dijo Guzmán, si V. E. quiere yo me quedaré cubriendo la retaguardia. Tengo 40 hombres bien montados, con ellos permaneceré aquí en vela para que V. E. y las tropas puedan descansar tranquilamente media legua ó una mas adelante. Mañana

quizás podamos encontrar un buen plan que nos saque del atolladero.

—El plan lo tengo, dijo Victoria, aunque es algo atrevido y por eso me reservaba para comunicárselos á lo último; pero mañana no será tarde. Aprovecho por esta noche lo que propone el capitan Guzmán: necesitamos estar bien descansados si es que mañana nos resolvemos á dar un paso decisivo.

Estaba ya oscureciendo cuando Victoria dejó aquel punto que era un rancho destruido á cinco leguas del Varejonal y en medio de un espeso bosque de árboles enanos, llenos todos de espinas. Ya que no tenian elementos de guerra suficientes aquellos héroes confiaban algo de su defensa á los elementos naturales.

Guzmán se quedó encargado de cubrir todos los puntos por donde pudiera llegar el enemigo, asegurándoles que podian dormir con toda seguridad, cierto, como estaba de poder evitar cualquiera sorpresa por mas inmediatos que estuvieran ya los realistas.

Luego que se fué Victoria con la mayor parte de la fuerza para poner en planta el consejo de Guzmán que le pareció excelente, este se contentó con poner un centinela dando licencia á todos los soldados de que desensillasen y se acostaran á dormir, quedándose él mismo á ejercer la vigilancia. Tenia muy buen oido, les habia dicho, y siempre habria tiempo de ensillar y de ponerse en salvo, en caso de que los realistas se atrevieran á aproximarse con una noche tan oscura.

Serian las once de la noche, cuando Guzmán que estaba alerta oyó un agudo silbido y contestó con otro.

Se adelantó por el lado donde escuchó la señal y cuando percibió el ruido que hacia entre los árboles una persona que se acercaba, preguntó:

—Es Rafael Pozos?

—El mismo. ¿Valentin Guzman?

—Sí, yo soy, puedes aproximarte.

—Estás solo?

—Sí.

—Recibiste mi papelito?

—Lo recibí, por eso me empeñé en quedarme aquí, para esperarte. No lo comprendiste luego que contesté á tu silbido?

—Sí........ No has oido las pisadas de un hombre por ese lado?

—Es un centinela de los mios. Victoria está durmiendo á pierna tendida á distancia de una legua de aquí.

—¿De manera que podremos sorprenderlo?

—Seguramente, pero despues de haber arreglado nuestras condiciones.

—Ya sabes, se te admite á indulto, se te reconoce tu empleo de capitan ó se te da un lugar en rentas, lo que tú prefieras.

—Prefiero ser capitan de realistas.

—Lo serás.

—¿Y quién me lo garantiza?

—Yo, en nombre de Barradas.

—¿Y quién responde de que él pueda cumplirme?

—Está bien autorizado por su suegro Llano, que

es el gefe de toda la expedición y quien tiene ámplias facultades del Virrey.

—¿Crees tú que me cumplirán?

—Siempre que tú cumplas. ¿A que te comprometes?

—A entregarles á Victoria y los oficiales bien amarrados, siempre que me den esta misma noche el auxilio que les pida.

—Aquí cerca están seiscientos hombres.

—Con doscientos bien armados y los que yo tengo aquí, todos mios, nos basta y nos sobra.

—¿Qué le digo, pues, á Barradas?

—Que avance inmediatamente con dos ó trescientos hombres bien montados...........

—No has oido?

—Qué?

—Otra vez el ruido de las hojas de los árboles aquí cerca. Ahora me han parecido las pisadas de un hombre que se retira.

—Es el centinela: es hombre de confianza.

—Pero está tan cerca de aquí?

—En las noches tranquilas y en estos momentos se oyen las pisadas á grandes distancias.

—¿Qué tan léjos está de aquí el centinela?

—Unos cien pasos.

—Pues entonces se aproximó porque el ruido que yo he percibido ha sonado aquí muy cerca, á menos de diez pasos.

—Se te figuró.

—No, no.

—Suponiendo que haya sido otro cualquiera, toda

esta tropa que está á mis órdenes es de confianza. Además: como todo lo vamos á hacer rápidamente no habría tiempo para que nadie pudiera frustrar nuestro plan. ¿Qué te parece?

—Supuesto que tienes tanta confianza en el golpe no hay más que darlo. Quien sabe cuantas mas recompensas se te esperan.

—Pues manos á la obra.

—Alístate, que no tardaremos una hora en estar aquí.

—Bueno y yo los conduciré hasta entregarles á Victoria.

Diciendo esto se separaron: Guzman á levantar á su gente y Pozos á traer á Barradas con la suya.

En aquellos tiempos era preciso estar siempre con la barba sobre el hombro y desconfiar de todo el mundo. Victoria después que se hubo separado de Valentin Guzman fué pensando tanto en el empeño que éste había demostrado para quedarse tan cerca del enemigo con peligro de su pescuezo, como en las seguridades que había dado de que no serían sorprendidos. ¿En qué se fundaba? Por otra parte, en la pequeña conferencia que había tenido con los oficiales, Guzman siempre intrépido, simpre el primero en proponer los proyectos más temerarios, apénas había movido los labios, demostrándose hasta medroso. Todo en aquella tarde lo había estado observando inquieto y pensativo. Así es que llegando al lugar en que debian pernoctar, dejó á su segundo encargado de establecer el campo y él regresó á caballo acompañado

de su asistente Teodoro Parra. Cuando estuvo cerca hizo un pequeño rodeo, dejó los caballos en manos de su asistente, recomendándole que no se moviera y él solo se dirigió con muchas precauciones á donde estaba la escolta de Guzman. A la dudosa claridad que derramaban las estrellas, pudo observar que todos se acostaban silenciosamente.

—En dónde está el capitan? preguntó el sargento á un soldado que servía á aquel de asistente.

—Se ha ido á apostar un centinela por aquel lado.

—Por cuál lado?

—Por donde dicen que debe venir el enemigo.

Victoria que oyó esta noticia, haciendo el menor ruido posible por entre los árboles, se dirigió hácia aquel rumbo. Pasó cerca del centinela y siguió adelante. Oyó el silbido perfectamente y notó que la señal había sido contestada.

Entónces conteniendo el aliento, procuró acercarse más; pero por más que hizo no pudo impedir hacer algun ruido al apartar la maleza en la oscuridad para abrirse camino.

Por fin llegó hasta donde podia oir la conversación de los dos traidores, y tembló al considerar el peligro que corria, y que hubiera sido infalible á no haber tenido la inspiración de volver á cerciorarse de la conducta de su capitan. Varias veces estuvo á punto de descubrirse; pero habia oido perfectamente que Guzman tenia confianza en aquellas tropas, de manera que consideró que descubrirse era perderse. Suponiendo que lograra sorprender y matar á aquellos dos

infames, cerca estaba el centinela, daria la voz de alarma y caeria en manos de sus enemigos. Lo mejor era burlarles por de pronto y aplazar su castigo.

Como tenia la seguridad de que lo habian sentido tanto al llegar cerca de ellos lo mismo que al retirarse, regresó con apresuramiento. Este apresuramiento le hizo perder la direccion del lugar en que habia dejado á su asistente. Oyó el rumor de los soldados que ensillaban y mientras mas se afanaba por llegar al sitio en donde habia dejado los caballos mas difícil le parecia encontrarlo en medio de la oscuridad. Por fin oyó á lo léjos el estruendo que hacian dos ó trescientos caballos que venian al trote.

—¡Son los realistas! murmuró Victoria.

Se pasó una media hora mas, llegaron, se unieron á la fuerza de Guzman y juntos emprendieron el camino.

—¡Condenacion! exclamó Victoria. Mis soldados van á creer que los he abandonado, que yo tambien soy traidor.

Cuando ya iban léjos y pudo esforzar la voz llamó á su asistente. Este se encontraba á pocos pasos.

—Ahora, dijo, el mejor rumbo para huir es el que han traido los realistas. Sígueme, Teodoro.

Barradas y Guzman dieron el golpe, pero al preguntar por Victoria les contestaron:

—No está aquí mas que su equipaje.

CAPITULO XV.

LA CONSPIRACIÓN.

Se oyeron pisadas de caballos en el patio, la familia de Osorno estaba con visitas en la sala; pero á pesar de eso Luisa no pudo dominar su curiosidad y saliendo á la puerta de la sala que daba al corredor, preguntó:

—¿Quién es?

Un charro de sombrero jarano dejó las riendas en las manos del mozo que lo acompañaba, y acercándose dijo con voz queda:

—Yo soy.

La jóven probablemente conoció por la voz al visitante, porque luego exclamó:

—¡Jesús! ¡Ramon!

—¿Ramon Serna? preguntó Osorno que oyó la exclamación, saliendo tambien á la puerta.

Tras él se salieron los demás que estaban en la sala.

—Sí, sí; ¿qué haces, Luisa? ¿Cómo están ustedes?... Y á todos les tendió la mano muy amablemente.

—Veniste con licencia? le tornó á preguntar Osorno.

—Te diré: lo que es permiso escrito, no traigo; pe-al coronel Arrieta que es amigo, lo puse al corriente de mi escapatoria.

—¿De modo que te has venido escapado? preguntó á su turno el coronel Serrano.

—Ardía en deseos de comunicarme con ustedes, de saludarlos........ en fin, esta es una de las que ustedes llaman mis locuras.

—Pues has cometido una gran imprudencia, porque aquí está ahora Concha y si llega á saberlo........

—No lo sabrá, porque me estoy con ustedes dos horas y en seguida me marcho.

En todo este tiempo no habia soltado la mano de Luisa que le contemplaba con mucho interés y á la vez con susto, pues ya se le figuraba ver entrar á los soldados de Concha que llegaban á aprehenderlo.

—No entren á la sala, dijo la mujer de Osorno, porque podría algun curioso verlos por la ventana, váyanse al comedor.

—Sí, eso servirá de que tomes un bocado, dijo el amo de la casa.

—¿No has merendado Ramon, le preguntó Luisa cariñosamente, quieres chocolate ó prefieres cenar?

—Cualquiera cosa: tengo más hambre de platicar que de comer.

—Vamos, vámonos luego al comedor.

Dijo Osorno, y les sirvió de guía á todos, llevando una vela en la mano.

Ahora explicaremos un poco al lector la situacion de nuestros personajes.

Osorno, que había sido uno de los insurgentes mas temibles que habían hecho la campaña en los Llanos de Apam, se había indultado luego que no tuvo otra salida, habiendo seguido su ejemplo Espinosa y Serrano que estaban á la sazon allí de visita.

De la misma manera Ramon Sesma era otro de los indultados de más nombradía, solo que á éste se le había designado como residencia Tehuacan, de donde no podia moverse, sino era con permiso del gobierno. Generalmente los indultados escogían el lugar en que querían vivir, pero una vez designado aquel ya no podían separarse de allí ni un cuarto de legua fuera sin licencia, sin el peligro evidente de ser reducidos á prision con cadena al pié y procesados por conspiradores.

Ramon Sesma podía disfrutar hasta cierto punto de alguna impunidad, porque era pariente cercano del virrey, cuñado de los marqueses del Jaral y de Sierra Nevada, muy de la casa de los Flon y amigo predilecto de todas las principales familias de México en donde había despreciado muy ventajosos enlaces, por no romper sus compromisos con la revolucion, en donde tenía sus principales simpatías. Si bien la familia de Osorno era tambien pudiente y algo distinguida, siempre estaba muy abajo respecto de las re-

laciones de primer órden que aquel había cultivado en la capital.

Pero sucedió que sus principales correrías cuando andaba con las armas en la mano, habían sido tambien en los Llanos de Apam, en donde había conocido y tratado á Luisa, la hija de Osorno, y se habia enamorado de ella perdidamente, sobre que era lo que se llama una guapa muchacha. Alta, frondosa, con unos negros ojos que flechaban cuando veian, con una boquita primorosa que emocionaba cuando sonreia, con una voz dulce, un talle soberbio, y con un color rosado en las mejillas que parecían rosas, y sobre todo, con una alma grande llena de nobles sentimientos, no podía ménos de inspirar amor á cualquier hombre que llegara á tratarla.

Osorno, aunque conocía bien á Sesma y sabía que era un jóven travieso y algo intrigante, comprendía que era bueno en el fondo y que se hallaba en camino de ir corrigiendo con la edad todos sus grandes defectos, y calculaba que si llegaba á triunfar la revolucion haría buen papel, y que si no, sucumbiría, no siendo en tal caso peligrosas aquellas relaciones amorosas que tenía con su hija, cuyo desenlace era tan problemático, dependiendo de tantas circunstancias tan fuera del alcance de la voluntad de cada uno de las que podian tener en el caso alguna intervencion. No juzgaba conveniente ni oponerse ni aprobar y dejaba hacer, manifestando, miéntras no se formalizase algo, el mayor disimulo.

De lo que si estaba Osorno no sólo cuidadoso si-

no alarmado en grado superior, era de cierto interes que demostraba Concha hácia la misma muchacha. Este era el comandante de las armas en Apam y tenía derecho de vida y muerte sobre todos los habitantes de una ancha zona, en la cual bastantes muestras había dado de que sabía ejercer el mando absóluto. Concha era uno de los militares enteramente brutales de aquella época, que sin sentimientos generosos de ninguna clase y ántes bien dominado por instintos feroces, se complacía en hacer todo el mal posible á los mexicanos, considerándolos como enemigos mortales, á quienes era meritorio destruir. Y con razon estaba Osorno muy alarmado de que Concha hubiera tenido tantos atrevimientos con Luisa, hasta el de haberle declarado ya varias veces que la quería y estaba dispuesto á hacer por ella cualquiera locura, pues además de ser enemigo y enemigo terrible, además de no reconocer en sus dominios rey ni señor, siendo un militar déspota y arbitrario, Concha no era libre, tenía una esposa y ésta vivía en México. Aunque hubiera sido soltero, Osorno no le habría dado á su hija, á aquel que á tantos amigos, parientes y allegados suyos les había dado muerte, pues era uno de los realistas que llevaba mayor número de ejecuciones; pero siendo casado, la cosa era más grave, porque en caso de que llegara á cometer un abuso éste no podría tener reparación. Era por lo mismo lo que más mortificaba á Osorno y mortificábale más el temor de que Sesma llegara á saberlo, porque este jóven imprudente de suyo, enamorado y atrevido, po-

dría comprometer á todos haciendo una calaverada ruidosa. Y la haría, ¡vaya si la haría! con solo que medio llegara á sospechar que álguien andaba en sus mismos terrenos. Por mas que fuera insurgente tenía una especie de salvaguardia en sus parentescos con las personas principales; pero aun sin contar con éstas, el valor no le faltaba y le sobraban los atravancamientos.

—Con que has venido sin permiso? tornó á preguntarle Osorno para disimular los diversos pensamientos que lo preocupaban.

—Sí, pero no hay cuidado alguno, porque todos los realistas de Tehuacan son mis buenos amigos.

—El peligro entónces no está allá sino aquí.

—Por qué?

—Porque si Concha llegara á ponerte la mano, no te le escaparías.

—Yo me aventuré á venir porque me aseguraron que el tigre ese había salido para México.

—Estuvo en México hace poco, pero regresó.

—En todo caso yo me estaré una ó dos horas con ustedes y en seguida me marcho. No pude por más que hice resistir el vehementísimo deseo que tenía de venir, agregó dirigiendo una mirada llena de ternura á Luisa.

—De venir á qué? le preguntó Osorno.

Sesma despues de un instante de reflección contestó:

—A ver á ustedes.

—Pues hombre, somos amigos y buenos amigos,

pero no vale la pena de exponer el pellejo simplemente por ese gusto. Todavía si trajeras algun negocio importante........

—Nada, no me claves tu mirada escrutadora, porque lo que es de política no traigo ninguno.

—Aquí está la cena, dijo Luisa, entrando seguida de dos muchachas y la cocinera, que venían cargadas de cazuelas y ollas humeando. Luego dirigiéndose á Sesma, dijo:

—Tú, Ramon, vas á comer un trocito de carne y y un poco de arroz, miéntras está tu chocolate. Ya fueron á traer pan del que te gusta.

—A mí todo me gusta, bella Luisa, y más lo que se me brinda con tan fina voluntad.

En estos momentos dieron tres golpes á la puerta.

—Tocan, gritó la señora de Osorno.

Espinosa y Serrano se vieron, perdiendo el color.

—¿Quién podrá ser? dijo Osorno, espérenme: yo mismo voy á ver quién es, y luego dirigiéndose á la gente que había en el patio, les gritó:

—No abran.

Por más que Sesma tuviera algun dominio sobre sí mismo, no dejó de extrañar aquellos tres golpes que habían sido dados con cierta especie de autoridad, y preguntó:

—¿Acaso viene aquí el brigadier Concha?

—Suele venir algunas veces, contestó la señora, pero nunca ha venido de noche.

En seguida se oyó el ruido que hacían los sábles

sobre el enlozado del zaguan. Concha era el que había entrado acompañado de su ayudante.

Lo primero que vió fueron los caballos ensillados que estaban en el patio, y luego dijo:

—Bien me habían informado de la llegada de dos personas, ¿quiénes son, amigo señor Osorno?

—Un viejo amigo que vino con su mozo á hacer quien sabe qué compras........ ahora lo presentaré á su señoría!........ Sírvanse pasar á la sala........ pero han dejado esto á oscuras........ una luz, gritó, ¡una luz!...... Aquí está el señor Concha.

Y esto lo dijo muy fuerte para que lo oyeran bien hasta el comedor.

Todos los de la casa vinieron tropezándose con una vela en la mano, ménos las personas que estaban de visita, que se quedaron en el comedor. Luisa apénas saludó á Concha y se volvió al lado de Sesma:

—Qué hacemos? le dijo á éste toda temblorosa.

—En eso estoy pensando, Luisita.

—Si lo vé á vd. Concha es perdido, dijo Espinosa.

—Lo mejor que puede hacer es escaparse en estos momentos ántes de que la curiosidad por haber visto los caballos en el patio se le avive más, agregó Serrano.

—Yo quisiera que pudieras tomar tu chocolate á gusto, dijo Luisa con la mayor angustia pintada en el semblante; pero tengo miedo.

—Miedo?

—Sí, miedo, terror, espanto, todo lo que tú quieras, sólo al pensar en lo que sería capaz de hacer Concha contigo si llegara á verte.

—Tengo mis armas........... Concha sólo trae un oficial.

—Pero sabe Dios cuántos estarán afuera...........

—Y sobre todo, dijo Espinosa, es necesario ver que las circunstancias son muy delicadas........ se comprometería la casa, se comprometería á los insurgentes que viven aquí indultados........ á todos se nos comprometería inútilmente. Matar á Concha nos sería aquí muy fácil, como todos los dias que viene, pero ¿qué ganariamos con eso y cuáles serían las consecuencias? ¿Cuál de los ilustres presos que están en México se escaparía de una matanza general?

—Tienen ustedes razon, dijo Sesma inclinándose ante la evidencia de lo que oía, matar ahora á Concha sería sin ningun provecho. Prefiero entónces escaparme, ustedes sabrán lo que le cuentan luego que observe que me he ido, porque no podrá ménos que sentir el ruido que hagan los caballos.

—En un instante pueden acolchonárseles las pezuñas.

Iban á hacer esto cuando Osorno llamó á Luisa. Sesma que empezaba á sospechar algo, se resistía á marcharse........ Por momentos estaban esperando todos que Concha se cansara de estar guardando consideraciones y conociendo su carácter arbitrario, temían que tomara alguna medida que pusiera en claro las cosas .... La situacion era angustiosísima.

Entónces, miéntras Luisa era llevada por su madre á la sala, Espinosa y Serrano obligaban á Sesma á montar á caballo. Los dos amantes no tuvieron tiem-

Leyendas Históricas de la Independencia.



Los dos amantes no tuvieron tiempo por último más que de dárse un espresivo apretón de manos.

Leyenda 6.ª Cap. XV.

po por último mas que de darse un expresivo apretón de manos.

Fuera que Concha estuviera ya inquieto con todo aquel movimiento sospechoso, fuera que hubiera oido que los caballos eran ya montados, se precipitó á la puerta de la sala en el momento en que Sesma atravesaba el zaguan, pasando casi rosando el farol. A la luz clara que este despedia pudo ver distintamente la cara del ginete.

—Ramon Sesma! deténgase usted, le gritó.

Sesma se hizo que no habia oido, picó su caballo y salió disparado como un cohete, seguido de su mozo.

—¡Eh! ¡eh! alto! siguió gritando Concha.

Y sin sombrero se salió hasta la puerta.

Ya en la calle no se oía ningun ruido. Sesma y su criado habian doblado la esquina, desapareciendo entre una nube de polvo.

—Señor Rangel, dijo entónces Concha á su ayudante, que en el acto los que estén montados sigan á esos hombres, camino de Puebla y Tehuacan. Que venga aquí una guardia.

Dadas estas disposiciones entró de nuevo á la casa.

—Vamos á ver, señor Osorno, dijo al dueño de la casa, usted es el que debe explicarme esto que está pasando.

Osorno había tenido tiempo de decir á su familia que debian sostener que era Diego Perez, un hacendado amigo suyo el que acababa de salir, al cual mandaría poner de acuerdo para que no lo cogieran en mentira y contestó á Concha con voz temblorosa:

—Su Señoría se ha equivocado, creyendo que es Ramon Sesma el que acaba de salir.

—Pues quién es?

—Es mi amigo Diego Perez.

—Qué Diego Pérez?

—El dueño del rancho de San Gerónimo que está de aquí á unas quince leguas por el monte.

—Qué monte, ni que Diego Perez, ni que ¡canastas! Yo he visto y he conocido á Ramon Sesma. ¡Pues no lo he de conocer!

—Perdóneme Su Señoría, si me atrevo á contradecirlo; pero lo que yo digo es la verdad.

Todo esto pasaba en el mismo zaguan, de modo que los otros que estaban de visita permanecían en el comedor sin poder salir.

Llegó á poco la guardia que Concha había pedido, sobre que el cuartel estaba cerca, y entónces dió órden al oficial de que cateara la casa.

No se encontraron armas ni nada que apareciese sospechoso, sino á cuatro de los indultados que estaban allí de visita, que eran Espinosa y Serrano, y los otros dos que no eran personas de representacion.

Como estos no habian sido puestos de acuerdo para negar que fuera Ramon Sesma el que había salido, tuvieron que decir la verdad teniendo peores consecuencias.

Osorno se arrancó un mechon de cabellos y dijo al oido á su mujer:

—Estamos perdidos.

—¿Con que ustedes sí convienen en que el que

ha salido de aquí á caballo seguido de su mozo es Ramon Sesma?

—Si señor, contestó Serrano, no podemos negarlo una vez que V. E. lo ha reconocido.

—Pero entónces vd. señor Osorno, ¿qué interés tiene en sostener que el que salió se llama Diego Perez?

—Ninguno........ mejor dicho........ en fin........ puede ser que yo sea el que me haya equivocado........ como apénas lo ví porque acababa de llegar........ y como yo estaba esperando desde ayer á Diego Perez...... tal vez eso........ en fin, señor Concha, no creo que lo uno ó lo otro tenga algo de particular.

—Pues tiene mucho, porque Sesma es un indultado que no puede salir del lugar de su residencia que es Tehuacan. Y si Sesma ha venido sin licencia y ha llegado aquí de noche y recatándose, es claro que ha de haber sido con algun objeto y éste es el que quiero saber, ¿qué objeto ha traido aquí Sesma?

Osorno no quiso responder. Los demás inclinaron la cabeza y tambien guardaron silencio. Entónces la esposa de Osorno creyendo que si decia la verdad salvaba la situación, exclamó:

—Si nadie quiere decirlo yo lo diré, porque nada tiene de particular. Sesma está interesado á la chica y el amor es el que lo ha hecho abandonar su confinamiento y venir aquí, recatándose, sin permiso tal vez, cuando tan fácil le hubiera sido conseguirlo.

Apénas hubo soltado la señora estas palabras, cuando Concha empezó á temblar de cólera. Mejor hu-

biera preferido que le hubieran dicho: Sesma vino á desenredar una madeja política, Sesma vino á invitarnos para levantarnos en armas, vino con el fin de asesinar al comandante militar ó á cualquiera otra fechoría que se rozara con la insurgencia, que no por amor á Luisa, así es que sin abandonar el negro mal humor que con esa confesión se le habia despertado, preguntó á la jóven:

—Es verdad, señorita Luisa, que Sesma ha venido por ver á usted?

—Por ver á todos, señor Concha, contestó la jóven, bajando los ojos avergonzada.

—Entónces, ¿tenemos al señor Sesma de novio de la niña? siguió preguntando Concha, esparciendo una mirada feroz entre los circunstantes.

—Pues no sé á quien creer, agregó á poco, viendo que todos guardaban silencio, y estoy pensando qué es lo que debo hacer en este caso.

Como aquellos hombres por más que estuvieran oprimidos, desarmados y sujetos á toda clase de oprobios, al fin eran valientes, habian arriesgado mil veces la vida, estaban acostumbrados á desafiar el peligro y no podían ménos de sobrexcitarse ante tantas humillaciones, por fuerza habian de estallar y estallaron por medio de Osorno que dijo:

—Basta, señor brigadier Concha, crea lo que guste y obre como mejor le parezca, que al fin es usted el que manda, el que tiene la fuerza y el que puede mandarnos ahorcar cuando lo juzgue conveniente.

—Señor oficial, gritó Concha, echando espuma de

rabia por la boca, inmediatamente ate usted con las correas de los fusiles á estos hombres y los lleva á todos á la cárcel.

—Misericordia! exclamó Luisa, cayendo de rodillas.

Concha quiso acercársele para levantarla, pero lo atajó Osorno, quien dijo á su esposa colérico:

—Llévate á esta muchacha.

En el acto salieron los cinco presos atados con las manos á la espalda y Concha puso un largo parte al Virrey, diciéndole que se habia sorprendido una conspiración que tenía su nacimiento en Tehuacan y sus ramificaciones en Puebla y Apam.

CAPITULO XVI

LAS ALAS DEL CUERVO

Estaba de lo mas tranquila la corte dormilona de Apodaca, cuando este recibió el alarmantísimo parte de una vasta conspiracion ramificada desde Puebla hasta Tehuacan y Apam.

—¿Será posible? exclamó el virrey dando un salto en su sillon luego que el secretario acabó de leer hasta las últimas líneas que contenia aquel pliego.

—Excelentísimo señor, dijo el secretario sin quitar los ojos del escrito, la relacion es terminante.

—A mí me parece que lo que le falta es relacion.

—Aquí están los nombres de los conspiradores: Terán, Sesma, Osorno y otros ocho ó nueve mas de los indultados.

—Bien, pero no dice que forma es la que se le ha querido dar á la conspiracion, ni qué clase de pruebas

son las que se han encontrado en contra de los conspiradores.

—Lo único que dice es que ha ido Sesma á Apam y que se ha sorprendido allí una junta revolucionaria. La denuncia no puede ser mas terminante.

—Yo lo dudo porque Sesma está en Tehuacan bajo la garantía de las mas ilustres personas de la corte, y á mí mismo, como mi pariente que es, me ha ofrecido estarse quieto para librarme del compromiso de castigarlo.

—V. E. sabrá mejor que yo lo que se acuerda respecto de este parte.

—Ponga usted al márgen recibo de la nota de Concha: que se reduzca á prision estrecha á los mencionados en ella, y que se cite á la Audiencia para que dictamine con consulta de asesor.

El secretario puso el acuerdo que le dictó el virrey y una hora despues fueron despachadas las órdenes. A todos se les mandó aprehender menos á Terán, en virtud de tenerse á la vista distintas instancias de este para que se le separara de Puebla por considerar allí su residencia comprometida.

Esta coincidencia fué la que vino á corroborar el parte de Concha, pues si Terán insistia en separarse de Puebla, por no comprometerse, era claro que lo habian solicitado y que tal vez lo estaban hostigando con sus importunidades los conspiradores,

La Audiencia se reunió, participó de las alarmas del virrey y aprobó las disposiciones de este, amplián-

dolas encuanto á las facultades que se daban á los gefes militares para el procedimiento. Tratándose de aniquilar insurgentes fueran verdaderos, supuestos ó sospechosos, no habia taxativa ninguna para los gefes militares que podian pronunciar pilateñas á diestra y siniestra, sin limitacion.

Por lo mismo las órdenes del virrey dictadas despues con acuerdo de la Audiencia, fueron mucho mas allá de lo que era de suponerse, aprehendiéndose no solo á los que mencionó Concha en su lista, sino á cuantos indultados habia por aquellos rumbos y á cuantos cultivaban con ellos relaciones con tal que no fueran realistas probados. Así fué qne el número de presos de todas edades y condiciones pasó de trescientos, y tan á lo formal se llevó todo aquel asunto, que el mismo Concha llegó á creer que realmente existia la conspiracion por él inventada.

Llano, comandante de las armas en Puebla, que era á quien principalmente le correspondia poner la mano en aquella averiguacion, porque era el gefe de todas las fuerzas de la provincia, se presentó en el cuartito que ocupaba Terán en una vecindad, acompañado de sus ayundantes en el momento en que este sacaba una copia de tantas que le encomendaban y con cuyo trabajo ganaba con mucha humildad una muy pobre subsistencia. Terán no se manifestó alarmado porque tenia gran presencia de ánimo y tambien porque estaba acostumbrado á que se le vigilara constantemente, de una manera que á cualquiera otro menos paciente le hubiera exasperado.

Se excusó con el gefe realista de no tener mejor lugar donde recibirlo y en seguida le manifestó que estaba á sus órdenes.

—¿Qué sabe usted de una conspiracion? le preguntó Llano esparciendo una mirada escrutadora por el tugurio.

—Hace mucho tiempo que se viene hablando de conspiraciones, que no sé ni por quienes ni cómo podrian fraguarse, le contestó Terán, y por eso he insistido tantas veces en que se me deje trasladar mi residencia á México.

—Cuando usted pedia eso, y era por no comprometerse, es porque alguno le ha hecho cuando menos indicaciones para conspirar.

—En efecto, con poco que yo me hubiera prestado es seguro que no me habrian faltado indicaciones; pero en vista de que yo me precavo hasta de recibir á antiguos amigos mios, no ha habido quien me dirija sobre eso la menor palabra.

—Pues yo lo siento mucho, Sr. Terán, pero tengo que cumplir con órdenes superiores respecto de usted.

—Cualesquiera que sean puede su señoria cumplirlas sin que me oiga pronunciar ni una queja.

—Primeramente tenemos que hacer una pesquisa en sus papeles y en sus propiedades, dijo Llano.

—Papeles no tengo mas que estos expedientes agenos que estoy copiando. Propiedades no poseo otras que esta mesa, esa cama y las pocas sillas que he ofrecido á sus señorias.

—Señor teniente coronel Arista, proceda usted al registro.

Don Pedro Arista, que era el secretario de Llano, vió para todos lados y contestó:

—Señor, ya está hecho el registro y no se ven armas ni nada que sea sospechoso.

—Consígnelo usted en el acta.

Escribió el secretario unos cuantos renglones.

—En segundo lugar, continuó Llano, tenemos que prevenir á usted, Sr. Terán, que se dé por preso en nombre del Rey.

—No tengo espada que entregar á su señoria, de manera que desde luego me entrego prisionero sin mas formalidad.

Entonces Arista dijo al oido de Llano:

—Me parece que cometeriamos la mayor injusticia si nos lleváramos preso á este hombre, que no tiene ninguna culpa, y quien no se moverá de aquí, estoy seguro, para el caso de que llegáramos á necesitarlo.

Fuera que la opinion del secretario pesara mucho en el ánimo de Llano, fuera que le impusiera la dignidad de Terán, el caso es que dijo luego:

—Prefiero que permanezca usted preso bajo su palabra en su propio domicilio esperando el resultado de la averiguacion.

Terán entonces con el mismo tono tranquilo contestó:

—Desde que estoy sometido al gobierno no tengo mas ley que la obediencia.

Los gefes realistas impresionados por la serenidad que manifestaba aquel hombre en la desgracia, cuando tantos laureles habia conquistado en la guerra, le dieron excusas, se despidieron y se retiraron de su tugurio ofreciéndole que harian en su bien lo que les fuera posible.

Mientras tanto otros muchos habian entrado á la cárcel sin ninguna consideracion, los cuales no dejaban de preguntarse: ¿pues qué hemos hecho? sin saber que estaban comprometidos en aquella conspiracion fantástica. Del mismo modo llegó á las tres de la tarde la cuerda formada de los presos de Tehuacán, entre los que se encontraba D. Ramon Sesma, á pesar del parentesco que le ligaba con el virrey y á pesar de sus altas influencias.

Luego que estuvo en Puebla pidió hablar con D. Pedro Arista. Este que era un buen hombre y ademas amigo de Sesma, se presentó sin pérdida de tiempo en su prision.

—No ignoro por qué estoy aquí, le dijo.

—Ni yo tampoco, le contestó Arista sonriendo, porque se ha hecho usted el gefe de una vasta conspiracion.

—¿Usted cree eso, Señor Don Pedro?

—¿Pero no he de creerlo si conozco el carácter turbulento de usted y ademas el virrey ha trascrito todos los pormenores del complot?

—¿Y qué papeles, qué datos, qué armas se han encontrado?

—Ningunos: el gefe de las armas de Apam sor-

prendió una junta que se celebraba en la casa de Osorno y allí obtuvo las noticias que mandó al virrey.

—Pues todo eso es falso, lo juro por mi nombre, exclamó Sesma indignado.

—Pues usted jurará todo lo que quiera, pero no por eso va á destruir la conviccjon que tienen todos, incluso Llano el gefe de las armas de aquí, de que ustedes estaban preparando un levantamiento general.

—¿Con cuáles elementos?

—Con ningunos, con los que han tenido siempre, con los que se levantaron Hidalgo y Morelos, los cuales es fama que no contaban ni con un fusil.

—Pues yo voy á decir á usted en el seno de la amistad lo que hay en esto, por si pudiera servirle de algo mi confesion.

—Es probable que yo sea el fiscal de la causa.

—No le hablo al juez, sino al amigo.

—Ya escucho.

—Yo cometí la locura de salirme furtivamente de Tehuacan.

—Consta ya en el expediente que ha mandado el virrey con una recomendación, con la de que usted sea tratado con más rigor que ninguno.

—Mi pariente el virrey recomienda que se me trate mal?

—Precisamente por el parentesco, para que no digan que influye nada en él la misma sangre.

—Mejor, nada quiero deberle. Decia, pues, que me salí sin permiso escrito, de Tehuacan, para ir á Apam á ver á mi novia.

—¿De veras?

—Se lo juro á usted á ley de hombre.

—Bien, ¿y despues?

—Llegó fatalmente Concha á la casa en que me encontraba, vió los caballos en el patio, salió á ver quién los montaba y me reconoció, cuando salí corriendo, á la luz del farol.

—¿Pero qué relacion existe entre eso que usted me dice y la conspiracion?

—Que Concha tiene en todo esto algun plan oculto.

—No me lo explico.

—Ni yo tampoco; pero es indudable que en esta intriga hay algo terrible, si acaso tienen fundamento mis sospechas.

—¿Qué sospechas?

—Temería pecar de ligero si las externara.

—Para que yo pueda ayudarle necesita usted no dejarme á medias en sus confidencias.

—Me sospecho que Concha tiene interes en Luisa, la hija de Osorno que es mi novia.

Arista se sonrió con incredulidad.

—¡Ah! se rié usted creyendo que yo aventuro una suposicion exagerada, porque Concha tiene una mujer propia?.....

—Exactamente.

—Pero usted no conoce entónces á Concha que es licencioso, atrevido, feroz y capaz de todo cuanto malo existe.

—Por lo mismo: siendo tan arbitrario como es, y teniendo tantas facultades como tiene, ¿para que había

de inventar conspiraciones cuando más sencillo le era apoderarse por la fuerza de la muchacha?

—Quiere quitarse obstáculos, suprimiendo de un golpe al amante y al padre, lo mismo que á los amigos de estos.

—Sería alejarse más del cariño de la señorita.

—Y qué le importa á él eso, ni qué va á pensarlo?

—Usted me tiene confundido con esa història y desde luego si es necesario la haré llegar á los oidos del virrey, para que tome providencias contra un hombre que abusando así del poder, se convierte en mónstruo.

En Apam estaban pasando, en efecto, cosas terribles. Concha se había puesto cada dia más encarnizado contra los supuestos conspiradores, y viendo que manifestaban gran resistencia para confesar su crímen, él mismo se decidió al fin á intervenir personalmente para arrancarles la confesión por medio del tormento.

Se trasladó primero á la prision seguido de muchos soldados, y dijo á Osorno y á sus compañeros:

—Me dicen que ustedes niegan haber estado tramando un levantamiento la noche que los encontré reunidos con Sesma en la casa de Osorno.

Todos los presos guardaron silencio.

—Comenzaré pues interrogando uno á uno. Señor Espinosa, declare usted lo que estaban haciendo cuando los sorprendí.

—Señor, estábamos de visita en casa de Osorno cuando llegó Sesma que es el prometido de Luisa.

—Miente usted.

—Señor..... .... es duro que se desmienta así á un hombre cuando dice verdad.

—Repito que miente usted, y en prueba de ello voy á usar de un medio que les hará confesar...........

—Sargento Betancourt, dijo dirigiéndose á uno de sus hombres, cumpla con lo que le tengo prevenido.

El sargento se acercó temblando é hizo que dos soldados pusieran esposas en los pies y manos de Espinosa. En seguida mandó aproximar su fusil, abrió la llave y ordenó que se pusiera allí un dedo del preso y luego el otro soldado apretó el tornillo hasta que saltó la uña.

—¿Confiesa usted?

—No tengo nada que confesar, contestó Espinosa.

—Siga usted, sargento, con los demás dedos hasta que confiese.

El sargento siguió prensando los demás dedos de Espinosa entre las llaves del fusil, hasta hacerle saltar las llemas y las uñas, sin que por esto el preso que se debatía en medio de agudísimos dolores tuviera nada que confesar.

—Señor Concha, dijo Osorno indignado, creyendo que por ser padre de Luisa lo respetaría, es una infamia lo que usted hace con nosotros.

—Ahora toca el tormento á Osorno, dijo Concha imperturbable.

—¿Pero á qué conduce este tormento cuando usted mismo es el primero en saber que no hay tal conspiración?........

—Silencio ó tambien le mando poner una mordaza.

Siguió el tormento de Osorno y se rompió la llave del fusil.

—Que traigan un fusil más nuevo, dijo Concha.

Y siguió el tormento de Osorno y luego el de Enciso y luego de Serrano y luego el de otros doce infelices, sin que ninguno pudiera confesar nada, pues Concha hacía aquello únicamente para divertir su crueldad.

Cuando estuvo bien satisfecho su orgullo que consideraba ofendido y viendo que ninguna familia se presentaba á implorar su piedad, fué el mismo á la casa de Osorno y mandó que las señoras fueran incomunicadas con pretexto de interrogarlas y hacer un registro á la casa.

Constituido en juez en la sala mandó que compareciera Luisa y que lo dejaran sólo con ella.

—Todas esas persecuciones á su padre y á su amante pueden cesar, le dijo Concha, si usted prescinde del segundo y consiente en darme su amor.

Luisa ocultó la cara entre las manos sollozando.

—¿Quiere usted amarme por fin, Luisa?

—Nunca, dijo ella ahogándose con el llanto.

—¿Ha dicho usted nunca?

—Sí, lo digo y lo repito........ ¡nunca!

—¡Desgraciada! exclamó Concha, levantando el brazo como para querer pegarle.

—Sí, máteme usted, lo prefiero, prefiero morir á estar sufriendo sus insultos, exclamó la infeliz doncella, entre sollozos.

Concha se contuvo; pero agregó con mucho enojo:

—Ya he martirizado á su padre, ahora voy á seguir con Sesma.

Y se levantó y salió dejando á la jóven aterrada.

¿Qué hacer en aquella situacion tan horrible? pensaba Luisa. Su deber era permanecer cerca de su padre que estaba á la sazon curándose las manos que habian sido destrozadas por el tormento; pero Ramon estaba preso por ella y era preciso tambien mostrarle de algun modo su interes y su agradecimiento. El amor hace á las mujeres heróicas, y Luisa lo fué saliendo aquella misma noche para Puebla adonde llegó casi junto con el coronel Concha que la habia precedido.

Consiguió el permiso de ver á Sesma en su prision diciendo que era su hermana, y al reconocerla aquel estuvo á punto de perder el conocimiento con la sorpresa.

—¿Tú aquí, Luisa? pudo apenas murmurar, levantándose y cayendo otra vez en su banco bajo el peso de las cadenas.

—Sí, yo, Ramon, que así como tú he arrostrado todos los peligros por venir á verte.

—¡Calla! no me recuerdes que por mi causa están lloviendo males sobre tu familia y todos los nuestros.... pero ¿qué querías que hiciera, mi Luisa adorada? no podia estar ya viviendo sin verte.... y tal vez ahora te mire por la última vez.

—¿Cómo?.... ¿te amenaza, pues, algun peligro?

—Entonces no sabes.....

—No sé sino que mi padre y todos sus amigos sufrieron el tormento.

—¡Qué horror!

—A todos les machacaron los dedos con los fusiles de un modo cruel, dejándolos horriblemente mutilados.

—Luisa...... Luisa...... nunca me he echado mas en cara mi atolondramiento y mi imprudencia......

—Dí mas bien que no tenemos á quien culpar mas que á nuestra desgracia...... ¿Acaso sabias que te habia de ver ese hombre sin entrañas que se apellida Concha?

—¿Y es cierto que ese miserable te persigue?.......

—Sí...... todavia ha poco ha ido á proponerme que cesaria la persecucion á todos ustedes, si yo le correspondia.

—¿Y qué le has contestado?

—¿Que otra cosa podía contestarle que no fueran palabras dictadas por la indignacion?........ Miserable, le dije, nunca.

Sesma hasta sonrió como librado de un gran peso y estrechando las manos de Luisa, exclamó:

—Eres una gran mujer, Luisa, eres mas digna y mas honrada que todas las mujeres juntas. No necesito ni decirte que me prometas nada; que aunque me den la muerte, que aunque me lleven á donde me llevaren y me hagan lo que me hicieren, que aunque pierda toda esperanza de volverte á ver, me conserves tu fidelidad.

—No necesitas pedirme nada, Ramon, pero yo te

lo juro, no seré jamás de ningun hombre si no soy tuya, y respecto del infame, del aborrecible Concha, antes muerta, mil veces muerta......

El carcelero tuvo que separar á los dos amantes, porque Sesma fué llamado á presencia de Concha quien quiso sostenerle que realmente estaba conspirando en casa de Osorno.

—Es falso, señores, dijo Sesma con entereza dirigiéndose á Llano y demas oficiales, esa es una urdimbre grosera del señor Concha que ha querido por ese medio desembarazarse de mí, de Osorno y de otros que servian de obstáculo á sus inícuos planes......

Se le mandó poner una mordaza para que no siguiera hablando, y al dia siguiente, bien escoltado salió de Puebla con destino á Manila donde murió, casi al llegar, del vómito.

La desdichada Luisa no tuvo ni siquiera el consuelo de regar unas flores sobre su tumba, dedicándose á cuidar á su padre que siguió sufriendo las vicisitudes de la época. Aunque no era posible probarle nada en el proceso que se le formó, fué condenado á diez años de destierro, hasta que se le conmutó virtualmente por la de prision en la cárcel de corte de México en donde tambien fueron encerrados los otros conspiradores que no sufrieron la pena de muerte.

Cuando Concha fué con el virey á darle cuenta de aquel golpe maestro, le dijo:

—Gracias á mi perspicacia no está ardiendo en guerra todo ese rumbo, Exmo. Señor.

—Pero si fué mentira, segun sé, todo lo de esa gran conspiracion.

—Seria mentira, el caso es que nos quitamos muchos enemigos de encima.

—Vaya, Concha, ya pedí su ascenso por ese servicio y entre tanto puede usar su señoría esta cruz en honroso recuerdo de la conspiracion descubierta en Apam.

CAPITULO XVII.

LA GRUTA MISTERIOSA.

El rumbo de Veracruz estaba ya en su mayor parte tranquilo. Fuera de alguna que otra partida mas bien de bandoleros que de insurgentes, de los cuales se defendian muy bien por sí solas las poblaciones y las fincas rústicas con sus habitantes, y fuera de algunos preparativos que se hacian en el mismo puerto para rechazar el ataque de unos buques armados por aventureros que se esperaban, se podia decir que se disfrutaba casi de completas seguridades, por lo que los hacendados habian vuelto á sus propiedades en lo general con el objeto de atenderlas y reparar los grandes perjuicios que les habia causado la revolucion.

A una de esas haciendas tenemos que trasladarnos ahora, conocida por varios sucesos históricos. Esta hacienda se llamaba Paso de Ovejas y pertenecia al es-

pañol Don Francisco de Arrillaga, quien habia llegado allí desde hacia mas de quince dias con un gran convoy compuesto de seis carruajes cen tres familias y muchos mozos armados, mulas de carga con herramientas y víveres, etc., etc.

De las tres familias que allí iban á permanecer durante una temporada de dos ó tres meses, si lo permitian las circunstancias, que segun estaban ya las cosas sí lo permitian, porque todo estaba cuidado por destacamentos realistas y ya no se oia hablar de insurgentes, una era la del mismo propietario Sr. Arrillaga y las otras dos eran la del marques de Rayas, que aun permanecia en Veracruz en calidad de deportado y la del conde de las Viñas. En las tres familias habia padre, madre, y hermanos de ambos sexos, menos de la segunda cuyo gefe, como hemos dicho, estaba detenido en Veracruz en espera de salir desterrado para España desde los sucesos de Iturrigaray.

En el día en que nosotros penetramos á la hacienda, estaban todos reunidos en el ccmedor en torno de una gran mesa ocupada por cuarenta personas, inclusive los dependientes.

La cabecera la ocupaba D. Francisco de Arrillaga, á su derecha estaba su esposa que servia los platos de media ala de la mesa, mientras que en la otra cabecera el administrador recibia los platones y servia toda el ala izquierda, siendo la media ala restante servida por la condesa de Viñas que tenia á su cargo á la juventud ó ccmo diriamos ahora, al *mosquete*

Allí era donde se oian las mas ruidosas conversaciones y en donde reinaba la mas franca alegría contrastando con la seriedad de los del resto de la mesa.

Se habían ya comido los cinco platillos de rigor, caldo, sopa, cocido, arroz con pollo y carne asada que se habian rociado con buen tintillo de Rota y se esperaban ya solamente los frijoles y el dulce de jalea, cuando vinieron á avisar al Sr. de Arrillaga que un mozo se acababa de romper una pierna.

—Sigan ustedes comiendo, dijo en voz alta, que yo voy á ver lo que puede hacerse con ese infeliz.

Una vez que faltó el respeto del amo de la casa que, no obstante ser muy bondadoso, se reia pocas veces, la alegria y la confianza se hicieron generales, pues las gentes de la nobleza abandonaban la tirantez con pretexto de encontrarse en el campo y los plebeyos se regocijaban á su vez de poder estarse codeando con los nobles, metiéndose á tú por tú, segun se dice, en las conversaciones.

Aprovechándose la ausencia pues del Sr. de Arrillaga y el momento de expansion que reinaba, los jóvenes de acuerdo con la condesa de Viñas, que era una matrona franca y amante de parecerlo mas, organizaron un pequeño complot. Les estaba prohibido dar un paso fuera de la hacienda como medida de alta precaucion, mientras el dueño de la finca no se cerciorara bien de que todo estaba seguro y tranquilo, y lo que mas deseaban todos era transgredir la prohibicion, por aquello de que nada gusta mas como coger el fruto del árbol prohibido, y como allí dentro no

habia suficientes diversiones ni menos por la tarde, nada fué mas fácil que ponerse de acuerdo para verificar todos reunidos una escapatoria mientras los señores grandes dormian la siesta. Ya sabian que el Sr. de Arrillaga se metia en su recámara y no salia de ella sino hasta el oscurecer, pues allí mismo tomaba su chocolate á las cuatro, y le iban á hacer compañia el conde de Viñas y la marquesa de Rayas, para jugar la malilla de un octavo el paso, en cuyo juego de cartas se divertian admirablemente.

—Ellos están entretenidos, pero nosotros.... dijo con voz atiplada Julia, la hija del marques de Rayas.

—Es justo que tambien busquemos diversion, dijo el condesito de Viñas, muchacho muy feo y algo afeminado que contaba ya sus veintidós años y parecia tener quince porque habia sido sietemesino.

—Por supuesto que no nos alejaremos mucho, dijo á su vez la condesa, despues que convino en arrostrar con la responsabilidad de la escapatoria.

—No, contestó Aurelia, la hija de Arrillaga, yo conozco todos los alrededores y puedo llevar á ustedes hasta una media legua á una preciosa barranca donde hay saltos de agua y muchos árboles. Ya verán si no les entra tentacion de que hagamos allí una merienda.

Una vez arreglado de pe á pa dicho complot, esperaron á que volviera Arrillaga á rezar el bendito: volvió Arrillaga y se rezó con uncion, contestando todos con los ojos bajos "Amen," y besando luego la mano á los papás, disolviéndose la reunion.

Se nos pasaba advertir que el Sr. de Arrillaga ha-

bia dado cuenta á todos de que el golpe que se habia dado el mozo cayendo de un andamio no era cosa de peligro. que ya estaba vendado y que él por su parte podia retirarse á dormir su siesta tranquilo.

—A las cuatro en punto los espero, dijo á sus compañeros de malilla al retirarse, quiero desquitarme del último *codillo* que ayer me pegaron.

Esperaron los del complot á que las personas serias se acabaran de encerrar en sus habitaciones para dormir la siesta, y cuando estaba reinando del uno al otro extremo de la finca el mas profundo silencio, los jóvenes de ambos sexos acaudillados por la condesa de Viñas y en número de siete personas se pusieron en marcha por la calzada, guiados por la alegre y vivaracha Aurelia, que no cesaba de reir y decir bromas.

Vamos á decir quienes eran estas siete personas.

La condesa.

Sus dos hijos, Juan el jóven ya nombrado y Lucía niña de doce años.

Aurelia Arrillaga, preciosa muchacha de ojos muy negros velados por muy largas pestañas y que habia cumplido ya unos veinte años.

Su hermano Alfonso de unos dieziocho años.

Julia y Modesta, las dos hijas del Marques de Rayas; de dieziocho á veinte años, muy inferiores en belleza á Aurelia, pero las dos interesantes y graciosas, llenas de la lozanía y del encanto que da la juventud.

Sobre todo Modesta, que llevaba bien su nombre, era notable por su formas, por sus cabellos y por su boquita de rosa, en donde siempre vagaba la sonrisa,

dejando percibir dos hileras de perlas, término viejo pero muy apropiado á los bonitos dientes.

La alegre caravana luego que ya estuvo á mas de cien pasos de la hacienda y consideró que podia hacer cuanto ruido quisiera impunemente, se lanzó por aquí y por allá, como una desbandada de pájaros á la que se le hubiera tirado un escopetazo, siendo muy difícil á la condesa de Viñas volverlos á reunir hasta ya muy lejos á fuerza de gritos. Por fortuna los habia alcanzado una octava persona, que era una criada como de cincuenta años, que casi nunca se le separaba y que en esta vez tuvo que dejar la mitad de la comida para seguir á su ama, luego que supo que habia salido fuera de la casa de la hacienda.

—Por fin, ¿en donde está el sitio pintoresco que nos ofreciste? preguntó la condesa á Aurelia, luego que logró alcanzarla, ya jadeante.

—Aquí, aquí cerquita.

—Pero decias que no habia mas que media legua, y hemos andado lo menos dos leguas.

Aurelia se echó á reir con muchas ganas, y contestó:

—Nada mas bajamos este caminito, y ya.

Desde allí mismo se oia el rumor de una cascada y se veia el borde de la barranca, de modo que la condesa consintió en seguir adelante, recomendando solo á las niñas que no corrieran ni se alejaran mucho, ya que tanto se habian retirado de la hacienda.

El paisaje que se descubrió cuando llegaron todos reunidos á la entrada de aquel retiro, era delicioso: de entre unos peñascos que estaban al frente á unas

quinientas varas, se desprendia un torrente que iba golpeando sobre las piedras y formando copos de nieve, levantando á la vez una lijera capa de rocio, una especie de niebla que constantemente se formaba y constantemente se deshacia al menor impulso del viento. Mas abajo, ya la corriente no tenia las ondulaciones caprichosas de arriba, sino que caia á plomo desde una regular altura sobre un gran estanque que habia formado caprichosamente la naturaleza. Aquel lecho era de rocas; pero semejaba una gran concha bordada de plantas acuáticas. De allí volvia el agua á salir en mansa corriente que serpenteaba por el fondo de la barranca hasta ir á perderse en profundas cañadas á las que no alcanzaba la vista. Por encima de las vertientes la vegetacion era escasa; pero á lo largo del arroyo ¡qué hermosos árboles y qué arbustos tan opulentamente vestidos! A no ser por la angosta vereda que habian traido y que se divisaba volviendo atrás la vista, en forma de vagos culebreos, se hubiera dicho que aquella naturaleza era completamente virgen y que jamás se habia posado allí la planta del hombre.

—¡Delicioso! exclamó la condesa, respirando á sus anchas con ambos pulmones.

—¿No lo decia yo? exclamó Aurelia, bien me acordaba de que siempre me hacia traer aquí cuando era niña, porque me encantaba ver esa caida del agua. Y todavia podria llevar á vdes. á otros puntos igualmente bonitos.

—No, no, exclamó al punto la condesa, demasiado

apenada estoy ya con haberme alejado tanto de la hacienda.

—Media legua.

—Dos leguas, hija, lo menos dos leguas.

Aurelia se sonrió, y cogiendo á Julia del brazo, la dijo:

—Vámonos acercando al torrente, verás que primoroso es aquello.

Todos habian permanecido alelados ante el espectáculo encantador que se les ofrecia á la vista, y siguieron el impulso comunicado por la jóven á la comitiva.

La condesa no quiso seguir adelante y manifestó que preferia esperarlos en donde estaba, que era desde donde se dominaba mejor el panorama. Su criada Josefa se quedaria haciéndole compañía. Solamente recomendó al enjambre juvenil que no se perdiera de su vista, es decir, que no fueran á separarse del zig zag que formaba el estrecho camino por entre los peñascos que iban á parar al pié mismo de la cascada.

Cuando iban bajando, Aurelia contó algunas historias en voz alta, que todos escuchaban con mucha atencion. Allá, mas á lo profundo de aquella cañada que se perdia á lo lejos, habia una gruta á la que, segun decian los mozos de la hacienda, no se le encontraba fin. Ella habia ido á verla cuando tenia doce años, pero le dió tanto miedo de ver aquella boca, como la de un gran animal, y luego mas adentro una oscuridad tan profunda, que no quiso volver mas. Allí, segun referian, habia vivido años atrás un ermitaño que ha-

cia mucha penitencia y que se mantenia con puras yerbas. Con nadie queria comunicarse y aunque le dejaran cerca de su mística habitacion comestibles ó dinero, no los recibia. Tenia la barba blanca y muy larga, y andaba vestido con un hábito de lana, tela muy ordinaria, que llaman gerga, de rayas negras y grises. Al cabo de algun tiempo murió el ermitaño sobre unas rocas en donde se quedó desmayado: lo vió un pastor, se acercó y luego que notó que era un cadáver, fué á dar aviso á la hacienda. Cuando vino el mayordomo con seis hombres para levantarlo y darle sepultura cristiana, ya no encontró nada. Los más intrépidos entraron á la gruta á buscarlo: ¡nada tampoco! Despues se supo que habian bajado unos ángeles y se lo habian llevado. Pero aunque el ermitaño se fué en cuerpo y alma su sombra sigue vagando por aquí en las noches, y gentes hay que afirman que le han visto cruzar con una vela encendida en una mano y con un rosario muy gordo en la otra. Por eso ya no hay quien quiera acercarse á la gruta del ermitaño, ni de dia, ni de noche.

Como debe comprenderse, todo el auditorio de Aurelia y especialmente los jovencitos, estaban con los cabellos erizados de puro susto, viendo de cuando en cuando hacia el lado donde aquella les habia dicho que se encontraba la misteriosa gruta, pareciéndoles que ya á poco iba á aparecérseles allí el ermitaño, y cada cual siguió haciendo las preguntas mas graciosas sobre aquel espanto que era lo que más les im-

presionaba. Lo de que se hubiera muerto el ermitaño y hubieran cargado con él los ángeles, les parecia lo más natural; pero lo que sí encontraban, si no extraordinario, cuando menos fantástico y digno de verse, era que todavia despues de muchos años de muerto se siguiera apareciendo con una gran vela encendida y con un gran rosario, estando esto en contradiccion con lo de los ángeles, puesto que no podia haberse ido al cielo, una vez que se habia quedado allí de alma en pena.

Aurelia zanjó la dificultad diciéndoles:

—Es probable que haya habido allí dos ermitaños, uno que se fué á la gloria y otro que anda penando todavia mientras que se le abren las puertas del Purgatorio.

El caso es que tan entretenida estaba la tertulia con las historias de Aurelia, con la brillantez del paisaje y con la tranquilidad que allí reinaba, que habia olvidado á la condesa, la cual viendo que no se movian, habia tenido que ir en persona á decirles que si no se apresuraban á volver, iba á cogerles allí la noche. En efecto, la tarde habia corrido, mas que corrido, volado, pues ya se habia ocultado el sol y en el lado opuesto empezaban á extenderse algunas sombras.

La caravana atendiendo inmediatamente los ruegos de la condesa empezó á subir silenciosa desde el fondo de la barranca, siguiendo por la angosta vereda que habian traido obstruida por algunas peñas y matorrales en varios puntos. Esto dificultaba la marcha é hizo que Aurelia y Julia que habian tomado la de-

lantera dejaran muy atrás el resto de la comitiva. Principalmente la condesa poco hecha á estas caminatas, iba muy despacio, no obstante que su hijo le habia dado el brazo para ayudarla á subir, y los demas por respeto tenian que irla acompañando á poca distancia. Así fué que cuando las dos primeras llegaron á la cima, el resto de la caravana iba apenas á medias del barranco. Dieron otros pasos más las dos jóvenes buscando un sitio á propósito para sentarse á esperar á los rezagados, cuando percibieron rumor de gente y al mismo tiempo casi vieron que las rodeaban como unos quince hombres todos armados, llevando en los sombreros de palma la virgen guadalupana de los independientes.

—¡Nuestra Señora de los Dolores nos acompañe! pudo apenas decir Aurelia, mientras su compañera menos intrépida que ella no pudo pronunciar palabra, cogiéndole un gran temblor de piernas que le hacia perder las fuerzas.

Mientras que los guerrilleros rodeaban á las dos jóvenes con sus armas en la mano y con aspecto amenazador, se adelantó el jefe de la partida, y sin miramientos les preguntó:

—¿Quiénes son vdes?

—Somos de la hacienda, señor...., contestó Aurelia muy asustada, pero con suficiente ánimo todavia para sostener á Julia que por momentos esperaba que fuera á desmayársele, tanto así de pálida y amedrentada se mostraba.

—¡Ah! entonces pertenecen vdes. á la familia de Arrillaga?

—Yo soy su hija, señor, y esta niña es hija del conde las Viñas...... .

—Buena presa, muchachos, dijo el oficial dirigiéndose á sus soldados, la una, hija del hacendado y la otra hija de un conde. Cuando menos nos servirán para que no nos hagan fuego si nos presentamos en Paso de Ovejas en donde tantos hombres nos han matado.

—Y tambien para que nos entreguen las armas y el dinero, mi coronel, dijo un bigotudo que tenia cara de sargento.

El cabecilla dijo luego dirigiéndose á Aurelia que era la que demostraba una poca de mas intrepidez:

—¿Y qué personas vienen atras de vdes?

—La señora condesa, sus hijos y otras dos niñas mas.

—¿Cuántos hombres vienen?

—Ninguno, señor, los hombres que vienen son de poca edad.

—¿De poca edad?

—Sí, señor, diez y ocho años cuando mas, casi unos niños.

El oficial se dirigió á sus soldados y les dijo:

—Necesitamos tambien apoderarnos de toda esa gente.

—Bueno, contestó el sargento; pero yo creo, mi coronel, que para mejor acertar el golpe debemos atar de las manos á estas niñas y taparles la boca con sus rebozos para evitar que griten.

Leyendas Históricas de la Independencia.



—¿Qué cobardía es esta? ¿qué pasa aquí Señor Castañares?

Leyenda 6.ª Cap. XVII.

—No gritarémos, se apresuró á replicar Aurelia; les juramos á vdes. que nos estamos con la boca callada en donde nos digan que nos pongamos.

—No son de más las precauciones, dijo el jefe sin hacer caso de los ofrecimientos de la hija de Arrillaga.

Luego dirigiéndose á los suyos agregó:

—Amárrenlas.

Las dos niñas cayeron de rodillas y enclavijaron las manos en señal de súplica, exclamando Aurelia:

—¡Por Dios, señor, por la Virgen! no permita vd. que nadie nos toque...... aquí vienen tambien los hijos del marqués de Rayas que es insurgente.

Como los soldados que traian las cuerdas para atarlas se hubieran contenido ante aquella actitud suplicante, repitió el jefe:

—¡Amárrenlas!

Las infelices cerraron los ojos y esperaron así el atropello.

Pero de súbito, y sin que nadie supiera de dónde ni cómo, apareció en medio de todos un hombre de gallarda presencia con una pistola en cada mano, seguido de un mozo igualmente armado, el que dijo con voz ruda:

—¿Qué cobardía es esta? ¿qué pasa aquí, señor Castañares?

—¡El general! dijeron casi todos, quitándose el sombrero al reconocerlo.

El jefe de la partida, vuelto en sí de la sorpresa, explicó en pocas palabras el motivo de su procedimiento.

Aquel á quien habian dado el nombre de general se dirigió luego adonde estaban las dos jóvenes, que apenas se daban cuenta de lo que pasaba, y les dió la mano para que se levantaran.

—Pueden vdes. estar tranquilas, les dijo con voz dulce, porque ya nada tienen que temer.

—¡Mil gracias! ¡mil gracias! decian las dos á un tiempo, sin acertar con otras palabras.

En tanto, llegó la condesa con el resto de la comitiva y llevaron todos el mayor susto; pero ya Aurelia estaba en posibilidad de darles ánimo, refiriéndoles lo que habia pasado.

Los de la partida insurgente se fueron, y el general y su criado acompañaron á la condesa y su comitiva hasta cerca de la hacienda. Se encontraron con Arrillaga que ya los buscaba y éste no consintió en que se retirara sin despedirse como queria, aquel generoso salvador, el cual no era otro que don Guadalupe Victoria.

CAPITULO XVIII

EN LA HACIENDA.

—He cumplido con mi deber y me retiro, habia dicho Victoria.

—De ninguna manera, le contestó Arrillaga, las personas de mi familia me informan que les ha prestado vd. uno de esos servicios que con nada se pagan, y aunque sea por esta noche, quiero á mi vez acatar las leyes de la hospitalidad, poniendo mi casa á su disposicion.

—Mi presencia sola en esta finca, seria un compromiso para vd. y para su familia, que fácilmente puede evitarse.

—¿Acaso lograria vd. á estas horas encontrar cerca de aquí algun alojamiento?

—Tengo uno que no me cuesta nada y en el cual no comprometo á nadie.

—El campo, dijo Arrillaga sonriendo.

—El campo no dá sombra ni abrigo, y mi alojamiento es cómodo y debo agregar que es casi seguro.

—Pues no atino cuál pueda ser.

Victoria atrajo á su interlocutor, poniéndose ambos á distancia en que no pudieran oir lo que decian los circunstantes, y con voz suave se explicó así:

—Me inspira vd. gran confianza, señor Arrillaga, le considero á vd. bastante bueno y bastante caballero para desear no ocultarle mis secretos. En primer lugar debo confiarle mi nombre y condicion: soy el general Guadalupe Victoria á quien los agentes del gobierno andan buscando por todos los rincones de esta provincia.

Observó el efecto que hacia su nombre, y efectivamente Arrillaga exclamó con asombro:

—¡Don Guadalupe Victoria... ....! Es verdad, á esta misma hacienda han venido á pedir informes sobre el paradero de su señoría.

—Ahora me falta decirle que ese es el mejor refugio que he podido encontrar, mientras se aclara la situacion ó por lo menos mientras se suspende la suma vigilancia que se está desplegando en los mismos terrenos de esta hacienda.

—¿Es posible?

—Allá abajo, entre los precipicios de la cañada, hay una cueva que nadie visita porque inspira terror á los vecinos, y en ella es en donde he encontrado seguro alojamiento. Allí he pasado desde hace dos meses lós dias y las noches saliendo solo á respirar el aire libre con las debidas precauciones muy de tarde en tarde, hasta ahora en que el único criado que me acompaña dió noticia de que habia visto una fuerza insurgente, la cual me obligó á salir en su busca para adquirir noticias.

—Aquí las podrá vd. tener abundantes, señor general.

—Pero mi situacion de perseguido, y perseguido de un modo tenaz, me impide pisar siquiera los umbrales de esta finca á la que no quiero causar el menor perjuicio.

—No causará vd. ninguno ni á mí ni á la finca. Tengo buenas relaciones en la corte; pero sin contar para nada con ellas, estoy rodeado aquí de amigos leales que sabrán ser discretos hasta donde sea necesario.

—Entonces tendré el gusto de volver á visitar á vd. cualquiera noche de estas.

—Estando ya aquí no será posible dejarle partir sin que mi esposa le dé personalmente las gracias por el inmenso servicio que acaba de hacernos. Todavia no conozco los pormenores; pero segun lo poco que me ha dicho mi hija, vd. ha expuesto por ella su misma vida.

—Señor Arrillaga, le repito á vd., yo no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

Aurelia oyó esto, y aproximándose rápidamente, exclamó:

—Estábamos Julia y yo enteramente solas, sin mas amparo que el de Dios, porque todos los demás venian muy lejos, cuando fuimos rodeadas de muchos hombres armados que nos querian llevar, y que nos hubieran llevado, si no aparece el señor en ese momento y les causa la más terrible sorpresa. Todavia cuando él estaba hablando con el jefe de la partida oí á dos hom-

bres que decian: "vamos matando al general, antes que soltarle nuestra presa." El comandante debió notarlo.—Entonces llegó la familia y ya los bandidos cedieron, tanto por el respeto y el temor que les infundió el general, como porque vieron que ya éramos más, aunque casi todas mujeres y dos jóvenes sin armas; pero todos con más resolucion por ser muchos y contar con nuestro generoso salvador...... No debe vd. dejarlo partir, no, antes de que mi madre le dé las gracias.

—Ya no resisto, dijo Victoria, ante el deseo tan vivamente expresado por esta niña, no tengo fuerzas para negarme á pasar aquí unos momentos.

Todos se alegraron del triunfo alcanzado tan facilmente por Aurelia y entraron á la hacienda, corriendo á contar el caso á la señora que todavia no sabia nada.

Como estaban las niñas allí ya en seguridad y muy contentas de haber escapado de todo peligro, les fué fácil exagerar un poco el que habian corrido, expresándose Aurelia con grande entusiasmo respecto del gran valor que habia desplegado Victoria, poniéndose él solo al frente de tantos hombres armados.

La señora de Arrillaga se manifestó sumamente reconocida al general por el gran servicio que habia prestado á su familia, sin olvidar, como su marido, algunas reconvenciones, en que no dejó de ir envuelta la condesa, por la enorme imprudencia que habian cometido de todos alejarse de la hacienda sin haber llevado algunos mozos armados.

—Por de pronto, agregó, es preciso dar á las niñas que más se hayan asustado un vaso de agua con azúcar y canela para que no vayan á caer enfermas.

Las niñas dijeron que ya todo habia pasado, que no se sentian indispuestas por la menor emocion, y que á lo mas tomarian un vaso de agua con un poco de vino, porque estaban fatigadas y sedientas.

La noche habia ya cerrado y mientras las señoras disponian la cena y se arreglaban para presentarse en el comedor decorosamente, Arrillaga cogió del brazo á Victoria con familiaridad y dando vueltas por el corredor entabló una conversacion sobre política, que este quiso eludir delicadamente.

—Usted queria noticias, señor general, y tengo que dárselas, tales cuales las he adquirido de persona que acaba de llegar de México.

—Sin embargo, Sr. Arrillaga, de que mucho deseo saberlas, temeria que nuestras distintas opiniones....

—Diré á usted con ruda franqueza, señor general, que la causa que usted defiende mas me simpatiza que me repugna, solo que creo que se ha abusado mucho del nombre santo de independencia que ustedes han tenido á bien invocar.

—¡Oh! no es posible que no cometan abusos personas que han vivido en la ignorancia y que apenas saben que es lo que definden, entre los que hay muchos que solo van atraidos por el pillaje. De esas faltas no podemos ser responsables nosotros que no hemos podido formar hombres patriotas en ninguna escuela y que tenemos que aceptarlos á todos por pura necesidad.

—No quiero hacer cargos á nadie, ni precisarlos como pudiera, porque temeria ofenderlo: lo que he dicho es simplemente para manifestar á usted que yo seria uno de los partidarios de la independencia si hubiese el medio de realizarla ordenadamente. Aquí tengo á la familia del marqués de Rayas que se manifiesta ciego partidario de la independencia de este pais desde el golpe sufrido por Iturrigaray, lo cual le dará á usted confianza para que pueda abrirme su corazon.

—Bastaria la generosa manera con que usted, señor Arrillaga, me ha abierto su casa, para que yo no temiera en lo mas mínimo confiarme á un hombre de corazon.

—Así lo deseo, y considerando que usted tampoco es un hombre vulgar, es como le hago estas confidencias y como voy á permitirme hacerle algunas indicaciones por si fueren de su agrado, teniendo en cuenta las deplorables noticias que nos llegan de la revolucion.

—Comenzaremos por las noticias, si es del agrado de usted, señor Arrillaga.

—Las noticias, como dije á usted, son enormemente fatales para la causa que usted defiende. En México se han multiplicado las fiestas celebrando la paz.

—¡La paz!... Pues entonces ¿ya no queda nadie con las armas en la mano?

—Casi nadie, señor general Victoria. De los de la Junta de gobierno, Liceaga fué asesinado, y los demas están escondidos ó prisioneros. De los gefes que

tenian las armas en la mano se han acogido al indulto todos los que estaban por Valladolid como el Padre Navarrete, Arago y Erdozain. El doctor Magos, Borja y otros muchos guerrilleros del Bajío, tambien se han acogido al indulto y los poquísimos que quedan sin indultarse escondidos en los montes, es seguro que se acogerán á una amnistia general que van á decretar por el restablecimiento de la Constitucion en España, luego que se publique.

Victoria se quedó como anonadado por aquellas noticias y despues de permanecer un momento pensativo, preguntó:

—¿Acaso D. Vicente Guerrero tambien se ha indultado?

—Se puede decir que es el único que está combatiendo, pero de una manera tan desventajosa que no tardará en sucumbir.

El rostro de Victoria se iluminó y no pudo menos de exclamar con alborozo:

—Pues si Guerrero está en pié, quiere decir que todavia tremola nuestra bandera.

—¡Ah! pero hay pocas esperanzas de que siga tremolando por mucho tiempo y........ quizás seria la oportunidad de librarse á poco precio de muchos peligros........

—Quién?........yo? exclamó Victoria, como si se hubiera pronunciado una gran blasfemia.

En ese momento se presentó uno de los jóvenes á decirles que la cena estaba servida y Arrillaga dijo:

—Todo esto es pura conversacion, Sr. Victoria, y deseo por mi parte solo verlo tranquilo y feliz.

E interiormente agregó:

—Ya habrá tiempo de volver á la carga.

Victoria le dió las gracias y le siguió al comedor en donde ya estaba reunida toda la familia. El amo de la casa le ofreció un asiento á su derecha, inmediato al que ocupaba Aurelia, la cual se ruborizó cuando Victoria manifestó su complacencia de estar al lado de su amiguita de en la tarde.

Es preciso aquí advertir que el general insurgente estaba en la flor de la edad, tenia muy arrogante presencia, disfrutaba de gran fama de caballero y arrojado y se sabia ademas que habia venido de las provincias internas hacia siete años, permaneciendo aun soltero, sin haber podido asociar á ninguna mujer á su suerte aventurera.

La cena estuvo animada y en ella por de contado no se habló mas que de los sucesos de en la tarde y de la cueva misteriosa, mostrando todos gran admiracion hácia aquel ser extraordinario que no habia tenido miedo de habitarla, si no por los ermitaños que se aparecian y los demas fantasmas, cuando menos porque era muy verosímil que hubiera servido de guarida de fieras.

Victoria que, aunque no era instruido, tenia dotes naturales que le hacian brillar y mucha facilidad en la palabra, refirió algunas de sus campañas con los colores mas patéticos, y principalmente el último episodio en que tan á punto estuvo de ser cogido prisionero por la traicion de los suyos, sorprendida esta tan felizmente por una extraña inspiracion en medio

del silencio de la noche y de los enmarañados bosques de la costa.

Todos lo escuchaban con ansiedad cuando referia sus angustias en el momento en que buscaba al asistente Teodoro que tenia sus caballos de la brida entre el bosque, sin poderlo encontrar por mas que hacia, para correr á salvar la tropa que iba á ser sorprendida por los realistas.

—Valió mas que no hubiera encontrado al asistente, murmuró Aurelia á la vez que no pudo contener un suspiro, escapado por haber estado conteniendo la respiracion.

—¡Cómo! señorita, ¿y aquellos desgraciados?

—Si encuentra usted sus caballos á tiempo, no hubiera podido escaparse, general, dijo Arrillaga.

—¿Y cómo escapó usted despues? preguntó la condesa.

—Luego que ví que ya era imposible, ni haciendo rodeos, llegar oportunamente á donde estaban mis tropas porque ya iban muy adelante los realistas, dije á mi asistente que siguieramos el mismo camino que ellos habian traido, y así fué como pudimos desayunarnos por la mañana en el mismo rancho que ellos ocupaban antes, habiendo descansado unas tres horas en el monte.

—¡Que calma! ¿y después?

—Después seguimos caminando, unas veces por entre los médanos y los arenales á la orilla del mar y otras veces por entre los bosques más próximos hasta llegar de noche, despues de cuatro días de andar ex-

traviados, á las cercanías de Veracruz, esperando siempre tropezar con alguna fuerza amiga ó enemiga, pues momentos había en que agobiados por el hambre, el calor y el cansancio, deseábamos encontrar quien quisiera matarnos para no seguir sufriendo.

—¡Jesús! exclamó Aurelia demostrando la mayor aflicción.

—¿De modo que en esos cuatro días vivieron vdes. escasísimos de alimentos? preguntó la Sra. de Arrillaga.

—Tan escasos, que despues de aquel desayuno ya nada volvimos á encontrar que comer. Gracias á la precaución de mi asistente, que había conservado unas gordas de maiz que se habían endurecido y una pequeña bota de aguardiente, no desfallecimos de hambre; pero no por eso dejábamos de padecer horriblemente tanto por la necesidad de alimentos cuanto porque aquellos que eran pocos se nos acabaron, así como por la escasez de agua, pues la sed tenía completamente secas nuestras gargantas. Repito á vdes. que ya veíamos como un bien que nos encontrara el enemigo para que nos quitara de penas, al quitarnos la vida.

—¡Qué terrible es eso! exclamó Aurelia.

Victoria se volvió á verla y observó una lágrima furtiva que se deslizaba por sus mejillas. No pudo menos que mirarla con gratitud y estremecerse, preguntándose: ¿qué estraña simpatía es la que me arrastra tan poderosamente hacia esta jóven?

—¿Y cuando estuvieron ustedes cerca de Veracruz? preguntó la condesa.

—Me quedé oculto entre los breñales mas inmediatos mientras mi asistente fué á buscar algunos comestibles y á informarse del rumbo en que podríamos reunirnos con alguna tropa insurgente. Todavía pasé aquella noche y parte del día siguiente sufriendo congojas mortales, porque mi mozo no llegaba y yo no podía separarme del sitio en que le había ofrecido esperarlo. Cuando ya me decidía á entregarle el alma á Dios ó emplear las pocas fuerzas que me quedaban en ir á ponerme en manos del enemigo, llegó mi asistente con provisiones, pero con malísimas noticias, porque segun los informes que había adquirido no quedaba ya ni un insurgente en toda la provincia de Veracruz.

—¿Y entónces?..... preguntó Aurelia con mucho interés.

—Entonces esperamos á que cerrara la noche y abandonando los caballos que ya no podían servirnos más que de estorbo porque estaban flacos y macilentos y podían llamar la atención sobre nosotros, echamos á andar á pie sin ocuparnos de otra cosa mas que de buscar un escondrijo seguro donde pasar algunos días, mientras reparábamos nuestras fuerzas y nos resolvíamos á tomar alguna resolución.

—Así fué como llegaron vdés. á la gruta misteriosa.

—Una feliz casualidad nos hizo encontrarla. Ha-

bíamos bajado á la barranca en busca de agua y yerbas con que alimentarnos, cuando mi asistente con su vista acostumbrada á percibir los objetos desde lejos, notó que andaban por allí dos campesinos y luego nos dirijimos á ocultarnos por la cañada, descubriendo al caer la tarde aquella gruta que despues supimos con regocijo que inspiraba verdadero terror á todos los vecinos de los alrededores, y en ese escondrijo hemos permanecido dos meses sin provocar como ustedes saben muy bien, la menor sospecha.

—¿Pero qué comían ustedes allí?

—Mi asistente, que tiene gran facilidad para disfrazarse, venía aquí unas veces y otras iba á los ranchos más distantes en donde compraba carne, gallinas, huevos, café, azúcar, etc., y allí hacíamos entre los dos nuestra cocina.

Tan entretenidos habían estado todos con las relaciones del general que nadie notó que ya habían dado las diez en el gran reloj de madera que ocupaba un buen trecho en el muro izquierdo del comedor, y fué Arrillaga el que dió la señal de levantarse despues del rezo de costumbre. Tuvo una pequeña conferencia con su mujer y su hija, y comprendiendo Victoria que iba á tratarse de detenerlo, dijo tomando su sombrero:

—Quedo á ustedes muy agradecido por su hospitalidad y les pido permiso para retirarme.

Arrillaga no se opuso, dejó que se despidiera y luego tomando tambien su sombrero le dijo:

—Voy á dar tambien unos pasos fuera haciéndole compañía.

Cuando salieron de la hacienda, le habló así:

—Supongo que no querrá usted volver á su cueva.

—Solo por esta noche: mañana emprenderé un camino mas largo.

—Sí; pero yo no lo dejaré á usted marcharse. Aquí cerca ya es imposible que pueda usted vivir, una vez bue ha sido descubrierto; pero aquí en mi casa nadie se atreverá á buscarlo y para mayores precauciones nadie más que mi familia y yo sabrán que está usted con nosotros, á cuyo fin les he advertido el modo que tenemos de alojarlo secretamente.

—Pero será imposible que yo consienta en comprometer á ustedes, ni en darles más molestias.

—No es sino mucho gusto para nosotros, y le diré á usted, general, que mi idea ha sido acojida con entusiasmo por mi mujer y por mi hija Aurelia.

Siguió la discusion por largo rato: pero como habia de pesar mucho en el ánimo de Victoria la circunstancia de que aquellas dos damas le estaban esperando para acomodarlo y recordaba la lágrima furtiva de la jóven, al fin tuvo que ceder, con la condicion de que aquel alojamiento fuera ocupado solo por pocos dias. Cuando entraron ambos, ellos mismos cerraron la puerta de la hacienda porque ya toda la servidumbre estaba recogida, lo mismo que las personas de la familia que estaban allí de temporada, se habian encerrado en sus habitaciones. Todo estaba oscuro y silencioso.

A poco aparecieron la señora de Arrillaga y su hija con una linternilla en la mano, y los cuatro se dirigieron juntos al extremo de la casa, en donde habia dos cuartos aislados con muy pocos muebles y sin ninguna cama.

—Aquí es donde podrá vd. permanecer sin que nadie se aperciba de ello, general.

Y como Victoria pareciera buscar el lecho, añadió Arrillaga sonriéndose:

—Aquí debajo está la alcoba.

Levantó entonces una tarima muy bien disimulada, percibiéndose luego una escalerilla por la cual se descendia al sótano.

—Aquí nadie vendrá mas que alguno de nosotros tres, siguió diciendo Arrillaga, mientras tengamos el gusto de alojarlo.

Le dejaron una luz, le desearon que pasara una buena noche y en seguida se retiraron, recomendando al asistente de Victoria la mayor discrecion pues quedaba agregado al servicio.

—¿Qué habia pasado entre tanto? ¿Los guerrilleros de la víspera habian denunciado el escondite de Victoria en la cueva? ¡Quien sabe! El hecho fué que aparecieron muchas fuerzas realistas escudriñando los alrededores, sin que la gruta dejara de ser escrúpulosamente registrada. Cuando lo supo Victoria, exclamó:

—¡Vamos! no tengo yo tán mala suerte como mis compañeros.

CAPITULO XIX

CONSTANCIA.

La toma del cerro de Barrabás, fué uno de los golpes mas inesperados y terribles que sufrieron los insurgentes, porque se consideraba una posicion inaccesible, aunque contara con pocos defensores, por las dificultades que ofrecia el terreno, así como por sus abismos y pendientes; de modo que por mas que Guerrero hubiera disimulado la gran contrariedad que esto le causó, en presencia de los pocos subalternos que le rodeaban, cuando recibió la fatal noticia, no dejó de sentir resfrio en el corazon y decirse á sus solas cuando meditaba en el silencio de la noche sobre el camino que deberia tomar:

—Verdaderamente la fortuna nos vuelve las espaldas: hasta esa fortaleza con que contaba seguramente para los sucesos posteriores, ha caido en poder del enemigo! Mejor quiero creer en el arrojo temerario de los realistas que pensar en una traición!

Pero el desaliento duró poco en aquella naturaleza templada en los crisoles de la adversidad, y en la mañana siguiente, despues de haber logrado dormir tres horas tranquilamente y despues de haber reunido los dispersos que pudo, dió la organizacion conveniente á su pequeña fuerza compuesta de unos ciento cincuenta hombres de infantería y caballería escasamente municionados, y les dijo con voz firme:

—¡En marcha!

¿A donde iba Guerrero con aquel peloton de gente desmoralizada, que diez realistas hubieran sobrado para derrotarla? Ni él mismo lo sabia; pero lo importante por de pronto era escapar á la persecucion del enemigo que no tardaria en hacerse sentir y salir de aquel anillo de bayonetas que le habia formado Armijo en seis meses de ordenar sus operaciones militares con toda paciencia, sobre que ya solo él podia ser el responsable si no ponia fin á la revolucion con los elementos con que contaba, que podia decirse constituian un ejército formidable. Las órdenes del virrey eran cada vez más terminantes para que concluyera con Guerrero y con las pocas partidas que quedaban en el Sur, el mismo Armijo estaba en la creencia de que no se le escaparian, y en ese sentido habia dado al gobierno las mas completas seguridades. Acaso si hubiera conocido Guerrero aquel empeño y aquel compromiso, mas ahinco hubiera desplegado por frustrar semejantes planes y queriendo esquivar el peligro con mas premura, mas pronto hubiera caido en las mil celadas que le tenian tendidas; pero en aquellas circunstancias no se

preocupó mucho de su suerte, se entregó al azar, y el azar lo sacó sano y salvo de uno de los mayores conflictos en que estuvo, sin apercibirse, durante aquel periodo de sus trabajosas campañas. El instinto le hizo seguir el único rumbo que no estaba bastante vigilado y cruzando sin obstáculo el rio de Mexcala, fué á encontrarse de nuevo en la provincia de Michoacan, en donde esperaba dar organizacion á las pocas partidas que quedaban, para formar un núcleo de fuerzas que le permitiera volver con mejores elementos á los escabrosos terrenos de que con tanta facilidad habia sido despojado.

Sucedió entonces lo que sucedia con mucha frecuencia en aquella guerra, que los realistas, luego que adquirian alguna victoria de importancia se dormian sobre sus laureles, quedando por largo tiempo en la inaccion; de manera que Armijo luego que vió que Guerrero con la poca gente que le quedaba se habia puesto fuera del alcance de su brazo, se limitó á dar parte al virrey de que ya la Sierra, así como las costas de Zacatula, cuya campaña se le habia confiado, estaban completamente pacíficas, sin que quedara enemigo alguno en el territorio de su mando. De esta lentitud en las disposiciones del gobierno se aprovechó el héroe del Sur para ir á animar con su presencia á los insurgentes de la provincia de Michoacan que estaban indultándose por mayor y que eran batidos ademas por los realistas en donde quiera que lograban fijar el menor punto de apoyo. Así es que la llegada de Guerrero á aquellos lugares, suspendió el gran desmoronamiento.

Con la primera persona de alguna importancia con quien se encontró en las inmediaciones de Zitácuaro, fué con el Lic. don Mariano Ruiz de Castañeda, diputado que habia sido del Congreso de Apatzingan y muy marcado por los distinguidos servicios que habia prestado á la causa de la independencia.

—¿Adónde va vd.? ¿qué hace vd.? le preguntó Guerrero.

—Hace diez meses, le contestó Castañeda, que ando de aquí para allá, ocultándome hoy en un arroyo, mañana en un rancho, y al dia siguiente en un cerro, huyendo de las partidas realistas que se han multiplicado por estos rumbos, y estaba ya disponiéndome á partir para la costa del Sur en busca de mejores refugios, de la cual consideraba posesionado á Su Excelencia.

—Mi Excelencia no cuenta ahora mas que con estos doscientos veteranos, con los cuales aquí, en pocos dias, segun espero y si me obedecen mis amigos, espero formar un ejército. Sé que algunos oficiales que quedan de los que trajo Mina han hecho progresos y se defienden con teson.

—Yo puedo informar á V. E. del estado que guarda esta provincia que he estado recorriendo palmo á palmo.

—¿Y cree vd. que llego á ella oportunamente?

—Creo que V. E. llega un poco tarde.

—Vamos á ver.

—En primer lugar acaban de sucumbir los oficiales de Mina, Nicolson y Yurtis que efectivamente han peleado como héroes.

—¿Han muerto?

—Sí, señor, se encontraban ya con alguna fuerza en las inmediaciones de Pátzcuaro, cuya población intentaban ocupar para hacerse de recursos, cuando fueron sorprendidos por el realista Barragan que les cayó con un fuerza de caballería por la retaguardia, logrando tomarlos prisioneros y los fusiló al día siguiente en dicha ciudad.

—¡Ah! ¿con que murieron ya esos dos valientes?

—Sí, general, y batiéndose como unos leones, pues á pesar de que, como dije, fueron sorprendidos, lograron rechazar dos veces al enemigo hasta que sucumbieron agobiados por el número. Hoy, sus cuerpos están flotando en la plaza principal de Pátzcuaro.

—¿Y Bradburm que tanto se supo distinguir en el fuerte del Sombrero?

—Bradburm tambien ha sufrido grandes reveses y es posible que á la fecha haya sucumbido. Ultimamente se habia hecho poderoso en la cañada de Huango, al Norte de Valladolid, que tenia bien fortificada y al abrigo de sus baterías habia logrado establecer una fundicion y fábrica de pólvora, obraba de acuerdo con el general Huerta que es el gefe mas caracterizado, pero que inspiraba menos confianza, y que es el que queda ahora, el cual lo dejó abandonado, sufriendo por esa causa una completa derrota que le causó el realista Lara.

—¿Y no se sabe más?

—Se cree que el mismo Huerta lo entregó y que

á la vez el oficial de Mina debe haber caido prisionero y haber sido fusilado.

—De veras que es sensible que yo no haya podido venir antes.

—Lo que ha producido mas desaliento, como la mas grande de las derrotas, es la presentacion á indulto de Don Cárlos Tercero, que como V. E. sabe, fué Vocal de la Junta de Gobierno.

—¿Se ha indultado Tercero? dijo el general con admiracion.

—Lo mismo que don Juan Pablo Anaya, Carbajal y otros.

—¿Y qué noticias me dá vd. del padre Zavala?

—Fué derrotado, hecho prisionero y fusilado hace cuatro meses.

—¡Cuánta fatalidad! murmuró Guerrero.

—En cambio, puedo decir á V. E. que el italiano Chivilini que llegó á la provincia hace unos veinte dias tiene ya organizados unos 300 hombres y puede ser que tenga otros tantos Urbizo, llegado tambien de la costa de Coahuayutla.

—¡Loado sea Dios! exclamó Guerrero, mucho me temia que esos amigos hubieran sucumbido; pero ya me supongo que Armijo dejó de perseguirles por estar á la vez muy entretenido conmigo.

Llegaron poco despues á un rancho donde pernoctaron con las mayores precauciones, porque en Zitácuaro habia un fuerte destacamento realista, y al dia siguiente prosiguieron reunidos su marcha, viendo ambos con regocijo que eran bien recibidos en donde

quiera que llegaban y que no faltaban antiguos soldados dispersos que se apresuraban á reunírseles. Así es que cuando á los tres dias se les incorporaron Chivilini y Urbizo con quinientos hombres, ya Guerrero por su lado tenía otros quinientos, aunque la mayor parte sin armas y sin caballos. Era todo aquel ejército un peloton informe que no podria resistir la menor carga de un cuerpo de caballería de cien hombres medianamente organizados.

Sin embargo, Guerrero comprendió que no habia tiempo ni lugar oportuno para dar mejor arreglo á sus tropas y con ellas se dispuso á formalizar operaciones de guerra, que por fortuna le dieron buen resultado, pues logró sorprender y desarmar á tres destacamentos realistas, con lo que ya tuvo armas y parque para unos trescientos hombres que formaron la base del nuevo ejército.

Otra vez volvió á cundir la alarma por todas partes y otra vez se renovaron las órdenes del virrey para que se acabara con Guerrero á todo trance, pues era el único obstáculo que se presentaba ya para dar por completamente extinguida la revolucion.

—Señores, les dijo Guerrero á sus compañeros Chivilini y Urbizo, despues de conseguidos aquellos pequeños triunfos que habian moralizado sus tropas, una vez que vuelve á sonreirnos la fortuna, no la dejemos retirarse sin que nos dé el mayor provecho posible: propongo á vdes. que formemos otra vez nuestro gobierno.

Aquellos dos jefes no se mostraron muy entusias-

tas ante la idea de Guerrero; pero los demás oficiales que estaban presentes la acogieron con regocijo, trasmitiéndola á la tropa que estaba formada para marchar, la cual prorumpió en gritos de: ¡viva Guerrero! ¡viva la Constitucion! ¡viva el Congreso!

Guerrero, aprovechándose de tal circunstancia propuso desde luego para Presidente de aquella nueva Junta al Lic. Castañeda, y fué aprobado el nombramiento por aclamacion. Como estaba presente hizo el juramento de fidelidad en presencia de la tropa y todos volvieron á prorumpir en vivas.

Con anticipacion habian sido llamados los vocales Arriola y Villaseñor, que se incorpararon aquella noche, los que fueron recibidos con aplauso, pues Guerrero deseaba que dicha Junta de Gobierno comenzara á funcionar lo mas pronto posible, porque esperaba que si no por sus disposiciones, una vez que pocas había que dictar, á lo menos por su influencia moral habia de contribuir mucho á comunicar nuevo impulso á la revolucion. Sobre todo, tenía el convencimiento, y era la verdad, de que mientras hubiera gobierno insurgente, Apodaca no se atreveria á dar por concluida la revolucion, y siempre contribuiria mucho aquella á que se les considerase á los insurgentes hasta cierto punto como beligerantes, por mas que los realistas no supieran en aquellas circunstancias respetar nunca las leyes de la guerra ni las de la humanidad.

Inmediatamente buscó Guerrero un lugar un poco abrigado en donde pudiera funcionar con una poca mas de tranquilidad aquella Junta, y se fijó en la ha-

cienda de las Balsas, en donde los miembros tendrian buenas retiradas y podrian fácilmente ser protegidos en el caso de que todo siguiera la buena marcha que llavaba hasta entonces.

Así fué que por de pronto suspendió las operaciones militares para dedicarse á aquel arreglo que mas le preocupó, y no se detuvo hasta que con todas las solemnidades correspondientes instaló á la Junta de Gobierno en la hacienda de las Balsas.

Hubo formacion de tropas, procesion cívica, discursos, cohetes, música y banquete, siendo este aunque humilde, muy animado, pues en él se juró otra vez más defender la bandera de la independencia hasta triunfar ó perecer en la demanda.

—Ahora, señores, no tenemos armada, no tenemos imprenta, no tenemos pueblos que secunden nuestras ideas ni obedezcan nuestros decretos; pero con fé y con resolucion, con energía y con perseverancia, tal vez conseguirémos de aquí en adelante lo que hasta ahora no hemos conseguido. Tengamos ánimo, que nuestra causa es buena, es justa, es patriótica y tarde ó temprano tiene que triunfar. Quizás no seamos nosotros los que tengamos la dicha de verlo, pero no debemos rehusarle nuestros sacrificios, el mismo de la vida si es necesario, ni podemos escusarnos de dar ejemplos de abnegacion y de constancia á los que forzosamente han de venir detras de nosotros sosteniendo la misma bandera, cuyo símbolo está impreso con caractéres indelebles en los corazones de todos los que alientan y suspiran por la libertad de la América.

Todos se sintieron conmovidos ante aquellas palabras del ardiente guerrero del Sur, que era entonces el más querido y el más respetado de los caudillos independientes y no pudieron menos que repetir su juramento de continuar luchando por la independencia de la patria.

Al día siguiente se despidió Guerrero de los miembros de la Junta, dejándoles una escolta de cincuenta buenos soldados mandados por un oficial de confianza y él salió con mil hombres entre los que apenas la mitad estaban regularmente armados.

Su plan consistía por de pronto en posesionarse de la provincia de Michoacán, desde donde podría impulsar la revolución en las provincias vecinas para las cuales no descuidó mandar comisionados que llevaran la buena nueva de que ya había gobierno y de que se tenía el ánimo de volver á empezar la campaña en favor de la independencia con mayor fé que nunca.

Poco éxito alcanzaron aquellos comisionados porque todos los espíritus estaban abatidos, y más cuando los jefes de más nombradía habían muerto, estaban prisioneros ó se habían indultado, asi es que Guerrero volvió á verse en el centro mismo de una provincia que estaba completamente atestada de fuerzas enemigas, sin perspectiva de ser auxiliado por nadie y sin una retirada segura siquiera para el caso no muy remoto de un desastre.

Ya hemos dicho que las órdenes del virey eran re-

petidas y apremiantes para que se hiciera una campaña ruda y decisiva sobre Guerrero, así es que este muy pronto se vió rodeado y seguido de grandes cuerpos armados que parecía tenían el plan de llevarlo hasta cerca de Valladolid en donde quedaría sin salida.

Guerrero con su natural penetración, adivinó aquel plan y procuró burlarlo echándose de improviso sobre las fuerzas del teniente coronel Barragan que constaban de unos quinientos hombres de infantería y caballería para cuyo efecto dividió su fuerza en dos grupos que deberían atacar al enemigo sobre el mismo camino que traía. Si derrotaba á Barragan, otra vez le quedaba todo el camino libre desde Cuitzeo hasta el río de las Balsas para volver á las montañas del Sur si le parecía conveniente. En el caso contrario haría la mejor retirada que se pudiera. Una columna la mandaba Urbizo y otra Chivilini, quedándose Guerrero con sólo cuarenta dragones para acudir á donde fuese necesario.

El principio del combate fué tal como Guerrero lo deseaba: las dos columnas se lanzaron intrépidamente por los caminos que se les designó llegando al mismo tiempo á la vista del enemigo que apenas tuvo lugar de parapetarse en las cercas, resistiendo con valor como de costumbre. Mientras allí se libraba un recio combate que parecía indeciso, Guerrero se vió envuelto súbitamente por Anaya que llegaba de refuerzo con 200 dragones, el cual al conocer á Guerre-

ro gritó á sus soldados que lo cogieran vivo ó muerto.

Guerrero tuvo en esta vez que dar muestras como nunca de su sangre fría y de su valor, resistiendo á toda aquella gente, que lo único que anhelaba era apoderarse de él vivo ó muerto para ganar la recompensa ofrecida y peleó utilizando sus pocos hombres con desesperación. En el momento en que el mismo Anaya á dos pasos de distancia le estaba excitando á que se rindiera, volvió Chivilini con toda su fuerza y cargó sobre Anaya haciéndole huir; pero este jefe realista consiguió sin embargo que Barragan no fuera derrotado.

Entonces Guerrero se retiró con todas sus fuerzas, llevándose algunas armas y prisioneros, cuya acción le valió que por dos meses las fuerzas realistas que lo cercaban lo vieran con respeto no atreviéndose á atacarlo, sino hasta que se les ordenara conforme á la combinación superior encomendada al coronel Ruiz que habia salido de México con su batallón expresamente con ese objeto.

Sucedió pues que el coronel D. Pío María Ruiz encargado de aquella si no peligrosa algo delicada campaña, empezó á dictar las medidas correspondientes en el mes de Octubre haciendo que su ejército dividido en cuatro secciones fuera aproximándose en días determinados hacia las reducidas localidades que ocupaba Guerrero con el suyo á fin de atacarlo como sucedió en los primeros días de Noviembre.

Guerrero se penetró bien de aquellos preparati-

vos; pero ya confiara en su buena estrella, ya esperara ser auxiliado por algunas partidas que empezaban á organizarse en el Bajío y de las cuales tuviera buenas noticias, el caso fué que no procuró ponerse fuera del alcance de aquellas operaciones y antes bien levantó algunas fortificaciones en la Agua Zarca que era el punto que estaba ocupando con todas sus fuerzas.

—¿Aquí esperamos al enemigo, mi general? le preguntó Urbizo.

—Al menos aquí estamos llamándole la atención, contestó este, mientras funciona la junta y se levantan otras fuerzas, á su tiempo veremos si resistimos ó declinamos el combate.

Pero sucedió que al dia siguiente se vió rodeada aquella insignificante posición de numerosas fuerzas por todos lados, sin que quedara medio ya de moverse.

—Aquí combatiremos, dijo Guerrero, y dictó sus disposiciones.

Ruiz se presentó y atacó vigorosamente con cuádruplo número de fuerzas. La resistencia fué desesperada pero inútil: á las dos horas los realistas estaban triunfantes en toda la línea, haciendo prisioneros á Chivilini, á Urbizo y á la mayor parte de la fuerza.

Guerrero peleó hasta lo último con fiereza y cuando ya estaba perdido se acordó de Bravo y exclamó:

—Primero morir que caer prisionero.

Y se dejó ir á un profundo abismo á donde nadie se atrevió á perseguirlo.

Urbizo, Chivilini, y demas prisioneros fueron fusilados en el acto.

Guerrero fué el único que escapó en aquella desgraciadísima jornada huyendo con media vida por el fondo del profundo barranco.

CAPITULO XX

IDILIO

Dejaremos por ahora á Guerrero despeñado y en situacion aun mas crítica que la de Bravo cuando se encontró en igual caso, una vez que todavia quedaban en pié muchas partidas insurgentes y contaba con muchos lugares seguros en donde refugiarse, mientras que el primero veia caer con él el último núcleo de la revolucion, no desalentándose por eso y concibiendo nuevos planes, cuando apenas podia moverse despues de las terribles contusiones que recibió en su peligrosa caida, salvado, segun el relato de nuestro capítulo anterior, por un verdadero milagro. Lo dejaremos. pues, pensando en la manera de salir de aquel abismo, de encontrar un sitio seguro donde curarse y de hacerse en seguida de nuevos elementos, y volvamos ahora á D. Guadalupe Victoria, que muy á pesar suyo, continuaba bien escondido en la hacienda de Paso del Macho.

La primera noche la pasó relativamente tranquilo.

inspirándole confianza aquella familia, como la inspiraban entonces todas las personas de educacion caballeresca, esclavas siempre de su palabra y de sus compromisos. Se le habia ofrecido que allí estaria en lugar seguro y por mas que comprendiera que las ideas de Arrillaga, por sus intereses, por su nacionalidad y por sus relaciones, tenian que ser realistas, aunque no habia figurado en partido alguno; pero le habia tendido la mano de amigo. le habia ofrecido franca hospitalidad y ni por la imaginacion podia pasarle que se le pudiese cometer una felonia. No obstante, cuando al dia siguiente percibió rumor de soldados y el mismo Arrillaga habia ido á suplicarle que permaneciera quieto en su escondite, presentando al mismo tiempo un semblante visiblemente contrariado, se afirmó en la idea de que no debia permanecer allí mas tiempo, siquiera fuera para no comprometer la tranquilidad de aquella familia que con tan buena voluntad le albergaba. Las penas decretadas contra los insurgentes y mas tratándose de Victoria, cuya cabeza se habia puesto á precio, eran extensivas para los que de cualquiera manera les favorecieran ocultándolos ó prestándoles medios de ponerse en salvo.

Esa firme resolucion de Victoria vaciló otra vez más cuando al medio dia se le presentó la misma Aurelia llevándole con el mayor sigilo una canastilla de viandas.

—¡Ah! pero es usted Aurelia, usted misma?........ le decia todo atolondrado y sin poder dar crédito á sus ojos.

—¿Y por qué no habia de ser yo? le dijo ella entre medrosa y sonriente, ¿qué otra persona podria venir, ahora aquí sin despertar sospechas?

—¡Oh! pero este es un grandísimo honor para un oscuro soldado que no debía dar lugar á una muestra de distincion semejante, por mas que esto le llene de dulce satisfaccion.

—Dejemos palabras que son inútiles ahora, señor general: mas tarde me dirá todo lo que guste: lo que importa es que tome sus alimentos, dispensándonos que se haya hecho tarde, porque el capitan realista que está allí, no deja de fijarse en todo y de andar de aquí para allá, como si tuviera una denuncia hecha en forma. Esto me ha encargado mi padre que se lo diga para que oiga lo que oyere no dé vd. un paso fuera de aquí, ni haga el menor ruido, ni cometa ninguna imprudencia. Quizás se irán los soldados esta noche y podremos venir á hacerle los tres una visita. Enetr. tanto, le dejo á vd. esto, suplicándole disimule si le falta alguna cosa y rogándole que coma pronto antes que se eche á perder la comida. ¡Adios!

—De suerte que ahora me prohibe vd. dirigirle una palabra más?

—Sí, se lo prohibo.

Entonces le tendió la mano graciosamente, acto que era mucho en aquellas circunstancias y en aquella época. Volvió á decirle ¡Adios! y salió apresuradamente.

Victoria se quedó anonadado.

Ya habia desaparecido la jóven, ya iba lejos y toda

via el noble insurgente parecía estar escuchando el eco de aquel expresivo ¡adios! se figuraba estar sintiendo el fresco roce de aquella mano aterciopelada, y estar aspirando el perfume de rosas que con su sola presencia había esparcido por la sombría estancia.

—Esto es incomprensible, murmuró al cabo de un rato, Aurelia me está haciendo sentir lo que nunca había sentido. Seria un hombre al agua si siguiera aquí impresionándome. Animo, Victoria, continuó diciéndose con energía, por algo cambiaste tus prosaicos nombre y apellido por los que ahora tienes: necesitas saber vencer en todos los combates de la vida. ¡Animo, Victoria!

Despues de haberse fortalecido con esas palabras, se sentó á comer tranquilamente, en la apariencia, pues allí, solo como estaba, á él solo era al que procuraba engañar manifestando una serenidad de espíritu que no tenia, una vez que en todos sus pensamientos militares y políticos, venia á mezclarse, sin quererlo, ni saber como, la imágen de aquella encantadora jóven, fresca, sonriente, agradable, pura, espiritual, insinuante y hermosa.

—¡Vamos! ¡vamos! prorumpió en una de las veces en que insensiblemente se quedó abismado entre aquellos gérmenes amorosos que tanto le conturbaban, seria una iniquidad que yo correspondiera así á la conducta caballeresca de Arrillaga. A ninguna muger debo por ahora ligar mi entendimiento, mi libertad y mi albedrío, que estan al servicio de la patria, pero mucho menos á Aurelia, bajo este techo hospitalario,

cometiendo un inaudito abuso de confianza. No, no, y no.

Despues de esto, se tendió en la cama esperando dormirse para desterrar aquellas ideas; pero el sueño no quiso venir, ni aquellas ideas se disiparon.

Aurelia, entre tanto, que habia estado mas ocupada que otras veces con los quehaceres de la casa, no solo por los huéspedes antiguos, sino por los nuevos, entre los que habia cuatro oficiales, apenas habia tenido tiempo de cruzar una que otra palabra con Julia, la hija del marqués de Rayas, que era su sola amiga de confianza, hasta que á eso de las tres de la tarde, cuando todos dormian la siesta y ella habia concluido de dictar sus disposiciones, fué á buscarla á su cuarto y le dijo luego que entró:

—¿No duermes tú?

—No, hija, estaba hojeando este libro de devociones.

—Al fin, logro pues mi deseo de poderte comunicar mis impresiones: ya estamos solas y libres.

—¿Todavia no se van esos fastidiosos oficiales?

—Todavia no: están empeñados en sacar de aquí ó de los alrededores al general Victoria. Tres veces en la mañana han estado registrando la cueva de la Cañada.

—¿Y no tienen indicios del rumbo que siguió?

—No: á estas horas debe ir muy lejos: parece que sus compañeros le tenian caballos preparados y se han ido todos para las provincias internas.

—Yo, de buena gana querría volver á ver á ese ge-

neral Victoria tan simpático y tan valiente. Anoche me sentía aún tan trastornada, que por más que hice no pude dirigirle una palabra. Ahora mismo siento un gran terror cada vez me acuerdo de lo de ayer tarde.... Pero me propongo darle las gracias más expresivas en el primer dia que lo vea........ si es que llego á verlo.

—¡Dios quiera que volvamos á verlo pronto! exclamó por su parte Aurelia, sin poder contener un suspiro.

—Si no ha sido por él........ En medio del espanto, en medio de aquella angustia que sentía, como si fuera el último momento de mi vida, lo ví aparecer........ me parece como que fué un sueño........ ¡y qué actitud tan imponente desplegó y tan dominadora!........ todos aquellos se me figuraron ya muy pequeños y muy cobardes......

—Yo te aseguro que nos ha librado de quién sabe cuántas desgracias y calamidades........ ¡Con razon mi padre está con él tan agradecido!........... Dice que si llegara la vez de hacer algo por él, aun con peligro de su propia vida, no vacilaría........

—Todos, todos quedamos anoche encantados oyendo de su propia boca el relato de sus hazañas........ me parecia como uno de aquellos caballeros que segun refieren las historias, llegaban antes á los castillos armados de todas armas, haciendo retemblar los techos con sus pisadas.

—¿De veras te ha impresionado mucho el general Victoria?

—Mucho, ¿y á tí?

—A mi tambien; pero yo sí pude darle las gracias ampliamente y acompañarle con mis padres hasta el instante mismo en que se ausentó.

—¿Y qué cara ponia?

—Iba muy triste: se conoció bien que nos abandonaba con pesar.

—Yo, en lugar de ustedes, no le dejo partir.

—Si vieras cuanto le rogamos...... . pero nada.

—Y mira, se me figuró una cosa que recuerdo tambien como sueño.....

—¿Qué?

—Que no te quitaba la vista.

—¡Vaya! ¡Qué cosas tienes!

—Sí, sí; y dime, ¿no será casado Victoria?

—Creo que no; pero eso, ¿qué puede importarnos?

—Nada, aunque acá para entre nosotras no creo que te disguste el señor insurgente.

—¡Julia!

—No es viejo y tiene buena presencia.

—¡Si no fuera de ese partido.....

—Si no fuera de ese partido no habria podido salvarnos en el peligro que corrimos.

Aurelia se quedó un momento pensativa y luego dijo estrechando una mano de Julia:

—¡Eh! quien sabe la suerte que corra el pobre Victoria! Mira, es mejor que no hablemos ya de eso que no fué mas que algo como una vision.

—¿De qué otra cosa hemos de hablar aquí, sino de lo que nos pasa?

—Hasta luego: voy á mandar que hagan los chocolates.

Y se salió de allí corriendo. Habia ido precisamente á hacerle confidencias á Julia; pero se sintió cobarde luego que la vió venir á su encuentro y prefirió cortar esa conversacion que le iba pareciendo peligrosa.

Al oscurecer apareció otra vez Aurelia en el escondite de Victoria, llevándole el canastillo de las provisiones.

—Pero señorita, le dijo aquel verdaderamente mortificado, yo no puedo consentir en que vd. misma me esté sirviendo tomándose una molestia tan grande....

—Mi madre no puede venir porque se halla un poquito indispuesta y mi padre está con los oficiales que no se marchan todavia.

—Tampoco deben molestarse el señor Arriliaga y su señora.

—¿Pues quién?

—Mi criado.

—¿Y quiere su señoría que le pongamos en el secreto?

—¿Por qué no? Es de confianza.

—En primer lugar, quien sabe si le vendrian tentaciones de decir algo y luego que los demás criados lo observarian.

—Bien decia yo que mi presencia aquí solo iba á causar incomodidades.

—Señor general, contestó Aurelia, poniéndose algo seria, mi padre lo ha dispuesto así y yo lo hago con mucho gusto.

—¡Ah! perdone vd., hermosa Aurelia, mis palabras

si es que en algo han podido ofenderle; pero le aseguro que no son hijas sino de mi grande mortificacion.

—Y á mi es á la que mortifica.

—Le pido perdon otra vez........ ¿necesito hacerlo de rodillas?

—No hay para qué: solo ofrézcame vd. la enmienda

—Se la ofrezco con toda mi alma.

—Bien, una vez que hemos hecho las paces, le suplico por mi parte que dispense si no está bien atendido, porque ya comprenderá que tenemos algunas dificultades.

—No diga vd. semejante cosa, Aurelia, seria un ingrato si no me considerara mas bien atendido que un príncipe.

—¡Cuidado con las exageraciones!

—Sin exagerar nada, juro á vd. por mi honor que jamás habia soñado siquiera en tanta grandeza.

—Capítulo de otra cosa, señor general; desea vd. saber noticias?

—Si vd. se digna dármelas......

—Pues no se las doy sino cuando lo vea sentado á la mesa cenando.

—¿Y vd?

—A mi me esperan en el comedor.

—Obedezco á vd.

—Las noticias que oí referir á los oficiales no son nada favorables para la causa que vd. defiende, y de veras lo siento...........

—¡Pués como! Vd. que debe ser realista, abriga-

ria algunas simpatias en favor de los pobres insurgentes?

—La familia del marqués de Rayas que es tan partidaria de la independencia algo debe influenciarnos.

—¿Y esas noticias de que vd. me hablaba?

—Son estas: Guerrero se cayó en una barranca y se desquebrajó todo, aunque no han podido encontrar su rastro. A vd. y á él los buscan por todas partes, porque es lo único que falta para dar la guerra por terminada. El Lic. Arriola, presidente de la Junta de Gobierno, fué cogido prisionero y llevado á Valladolid: agregan que solo queda en pié un padre Izquierdo en un fuerte llamado la Goleta, al cual van á reducir muy pronto, si es que á la fecha no se ha indultado.

—Son, en efecto, desconsoladoras las noticias.

—Y tanto, que ahora en un momento en que estuve sola con mis padres en una pieza, decian ellos que tal vez seria muy conveniente que se resolviera vd. á irse con nosotros á México para presentarlo al virrey, siempre que aquel empeñara su palabra de no causarle daño alguno.

—¿Indultarme yo? dijo Victoria, procurando disimular su orgullo. ¡Jamás!

—No será indulto, sino disimulo de parte del virrey, pues que vd. podria seguir permaneciendo oculto en nuestra casa por todo el tiempo que quisiera.

—Preferiria ser muerto á pasar por esa humillacion.

—No hablemos, pues, del asunto, y esperarémos á

que vd. resuelva mas tarde lo que crea mas conveniente.

La desgracia hace á los hombres suceptibles, de modo que Victoria pensó: ¿Querrán echarme?

Aurelia que comprendió haberle causado una penosa impresion, se apresuró á decirle:

—Yo no participo de la opinion de mis padres: aquí estamos todos mucho mejor. Pasado este peligro que será mañana cuando se vayan los realistas, ya despues todos quedarémos tranquilos y contentos. ¿No es verdad?

Impetus sintió Victoria de caer de rodillas y besar el borde del vestido de aquella criatura angelical; pero sus ojos agradecidos le dijeron mas que aquella acción y con los labios apenas pudo murmurar un ¡Mil gracias! que se perdió entre las palabras de despedida de la jóven.

Los peligros no cesaron tan pronto como habia creido Aurelia. Trascurrieron veinte dias y no se pasaban tres sin que la hacienda de Paso del Macho dejara de ser visitada por algun destacamento realista que unas veces llegaba allí con cualquier pretexto y otras, declarando francamente que se andaba en busca de Victoria, que de seguro no podía estar lejos de aquellos lugares. Durante todo ese tiempo se habia logrado conservar el mayor secreto sobre el escondite del jefe insurgente, que no era conocido mas que de tres personas, las cuales bien se cuidaban de decirlo á nadie. Pudiera ser muy bien que álguien en la familia, que seguia siendo numerosa con los huéspe-

des ó entre los criados, tuviera algunas sospechas, pero los primeros por discrecion, y los segundos por respeto, permanecieron tan indiferentes, como si nada absolutamente hubieran observado. Unas veces la madre y otras la hija llevaban á Victoria lo mas oculto posible el canasto de provisiones tres veces al dia, costándoles á veces grandes trabajos entretener la curiosidad de tantos testigos; pero segun todas las apariencias, parecía que iban saliendo con bien de la pesada tarea que se habían impuesto, y que, preciso es confesarlo, Aurelia era la que desempeñaba no solo con mas paciencia, sino aún con mas visible satisfaccion. Victoria se había casi acostumbrado á este extraño género de vida, acabando por mortificarse menos de la servidumbre que habia llevado á aquella casa. Solo en un dia en que el mismo Arrillaga apareció con el canasto en la mano estuvo á punto de darlo todo al traste, consiguiendo aquel con grandes esfuerzos que no saliera de allí como pretendia, resuelto á no consentir en que el dueño de la finca llevara hasta tal punto sus finezas.

Así, pues, Aurelia era la que hacía aquel servicio mas frecuentemente, sin que hubiera pasado dia en que á lo menos una vez no hubiera estado sola con el general en su escondite, sucediendo, lo que debia suceder, por la misma naturaleza de las cosas, que ambos en fuerza de verse y hablarse todos los dias, fueran ensanchando la viva simpatía que les habia sobrecogido desde su primer encuentro. Habia sido algo dramático, algo novelesco, y siendo ella jóven y bella,

él despejado y arrogante, y existiendo aquella oportunidad diaria de verse y hablarse, tenia que llegar el momento en que él cayera de rodillas y la besara una mano, y en que ella llena de rubor le suplicara, pero con mirada y voz que decian todo lo contrario, que le hiciera el beneficio de verla y tratarla como una hermana, como una hija; no como á novia, por oponerse á ello las circunstancias.

Así, á los 21 dias, verémos á Victoria ansioso esperando la llegada de Aurelia, y á ésta adelantando un poco la hora acostumbrada deseosa de ver continuar aquellos cortejos, que á la vez que la hacian sufrir, la magnetizaban y le daban emociones desconocidas.

—¡Ah! qué largo se me ha hecho el tiempo, dijo Victoria, me pareció...... estaba pensando que no tendria hoy la dicha de verla.

Aurelia se ruborizó y pudo apenas contestar:

—Si vine hoy mas temprano que otras veces.

—Aurelia, como usted debe suponer, estando aquí encerrado, sin distraccion ninguna, paso las noches y los dias pensando en vd., y las horas me parecen siglos.

—Señor Victoria, anoche no he podido dormir tampoco, pensando solo en esto: ¿qué diria mi padre si supiera que tenemos estas conversaciones?

—Debe comprender que no se puede tratar á vd. que es tan bella y tan buena, sin adorarla.

—El tiene en mí una confianza ilimitada y sabe que jamás oiré las palabras interesadas de un hombre

sin que se lo diga inmediatamente. Y mi pena mayor es que ahora nada puedo decirle.

—Esto serviría para que me echara de su casa, y tendria razon de sobra para hacerlo. Aurelia, agregó, si vd. no me ama, dígaselo, y esa será la manera de........

—¿De qué?

—De salir de aquí desesperado, é ir á buscar la muerte con el primer destacamento realista que encuentre.

—¿Qué dice vd............? yo no permitiré eso.

—Entonces, ¿me ama vd?

—Sí, murmuró Aurelia. y salió de allí corriendo y como espantada de lo que acababa de decir.

———

CAPITULO XXI

CALMA CHICHA.

Con la completa derrota que sufrió el general Guerrero y su desaparición de la escena por algun tiempo mientras se curaba de los terribles golpes que sufrió al caer en el barranco, parecia que realmente había terminado la revolucion iniciada en favor de la independencia mexicana. Pedro Ascencio, si bien andaba ya con las armas en la mano en las montañas del Sur, no se hacía aun notar por sus golpes atrevidos, lo mismo que el Padre Izquierdo, que fueron los que más tarde pusieron en inquietudes al gobierno; de modo que por el momento todo parecía sumido en la mayor quietud, no viéndose ya mas que partidas de guerrilleros insignificantes que mas eran consideradas como gavillas de bandoleros que como tropas insurgentes. Los miembros de la Junta de gobierno andaban dis-

persos y el Virrey queriendo penetrar con su mirada hasta el fondo del corazón del país, no veia en él nada que pudiera causarle inquietudes ni que exigiera medidas extraordinarias. Así es que se limitó á dar órdenes á los jefes principales para que establecieran acantonamientos en todos los puntos en que pudiera temerse una nueva sublevación, para que persiguieran con teson á los pocos merodeadores que quedaban, procuraran el indulto de todos aquellos cabecillas que tuvieran alguna representación y que se encontraban ocultos ó vagando casi solos por las montañas, asi como para que dieran descanso y la mejor organización á sus tropas por si volvian á necesitarse para alguna nueva campaña por mas que la creyera imposible, al menos por los motivos anteriores, una vez que ya consideraba hecha la pacificación.

El pobre Virrey que no tenía mas mirada penetrante que la que le servía para ver los partes que se le mandaban sobre el aniquilamiento de los rebeldes y las felicitaciones que le prodigaba el alto clero por su habilidad política, no observaba ni podía observar con sus limitados alcances que estaba sobre un volcan y que en torno suyo era en donde se estaban aglomerando los nubarrones que debían hacer estallar la tormenta, como tendremos oportunidad de referirlo mas adelante. Así es que solo se ocupaba de pronto en mandar lisonjeras noticias á la corte de España y en organizar fiestas religiosas y mundanas con que celebraba la pacificación del reino.

Estaba bostezando el señor conde del Venadito,

título que como saben nuestros lectores tenía Apodaca como premio de la prisión de Mina que otros verificaron en el rancho de aquel nombre, y estiraba las piernas cuan largo era en su sillon forrado de cuero en que se encontraba sentado frente á su secretario quien á su vez redactaba la quinta nota de aquellos dias sobre la pacificación del reino, cuando entró el oficial que cuidaba la puerta de la sala de acuerdos á decirle que habia llegado su señoría el asesor Bataller y que deseaba le concediera un rato de audiencia.

—Ave de mal agüero! exclamó el conde del Venadito otra vez bostezando ¿y que traerá ahora ese querido Señor Bataller?

Pero como el oficial se había quedado de pié á pocos pasos esperando la respuesta, agregó el virrey:

—Diga vd. al Señor Bataller que se sirva entrar.

—Aquí, al despacho de V. E.?

—Sí, aqui lo recibo.

Salió el oficial y el conde del Venadito dijo á su secretario:

—Continué vd. el trabajo con arreglo á los puntos acordados mientras hablo con el señor asesor.

Y como este entraba con la cabeza muy inclinada segun su costumbre, pero mirándolo á la vez todo con ojos desconfiados y llenos de fuego, se dirigió aquel á encontrarle señalándole un sitial en la otra extremidad de la sala.

Bataller no quiso sentarse sino despues que se hubo sentado el virrey, quien le dijo ahogando otro bostezo, porque había amanecido con mucha pereza en aquel día.

—Puede hablar el Señor asesor.

—Vengo, Exmo. Señor, como siempre, á cumplir con los penosos deberes de mi oficio.

—Así lo comprendo, Señor Licenciado Bataller, su señoría es un trabajador incansable.

—He terminado el estudio de las causas de nuestros presos que tanto me recomendó V. E. y vengo á comunicarle que ya he dictado mi parecer.

—De cuáles presos se trata?

—De los que están en Cuernavaca, Exmo. Señor.

El Virrey hizo un gesto de disgusto, porque se figuraba adonde iba aquella especie de tigre que ejercía el cargo de asesor, el mas implacable enemigo de los insurgentes en cuantos puestos había ocupado, habiendo sido el consejero negro de todos los virreyes.

—Pero dice su señoría que el parecer está ya escrito? preguntó el Virrey.

—Sí, está escrito aunque no agregado todavía á las causas. Aquí lo traigo para manifestarlo antes á V. E. y firmarlo luego, en el caso de que sea de su aprobacion.

El conde del Venadito respiró.

Bataller sacó con toda calma un papel del bolsillo, lo desdobló y se preparaba á leerlo cuando interrumpiéndolo el Virrey, que deseaba no enterarse de los improperios que debía contener el dictámen, le dijo:

—No hay necesidad de leer los apoyos, con saber cuáles son las conclusiones me basta.



—Entonces me ama usted?

—Sí, murmuró Aurelia, y se fué corriendo, espantada de lo que acababa de decir.

—Aunque todo es conjunto muy ligado, haré lo que V. E. disponga.

—¿Cuál es la parte resolutiva?

—Esta, Exmo. Señor: que no estando los reos comprendidos en ninguno de los indultos decretados y constar que antes bien han rehusado someterse á ellos, debe formárseles consejo de guerra á los militares y á los eclesiásticos degradarse para que puedan ser entregados al brazo seglar.

—Y tambien Bravo está comprendido en el primer dictámen?

—Bravo, Rayon y todos los demas que han ejercido cargos militares entre los insurgentes.

—De modo que no hay otro camino?.......

—Diré á V. E. que la causa de Bravo casi no es una causa, porque no hay mas que constancias respecto de sus procedimientos que todos conocemos, y aunque ya nada mas podrá adelantarse en ella, podría pedirse que se siguieran practicando otras diligencias que nunca persuadirian el ánimo de que no ha sido rebelde contumaz; pero las causas de Rayón y los otros presos que están en Cuernavaca se hallan completas y no hay más que pedir sino lo mismo que previenen todas las disposiciones vigentes.

—¿Quiére decir que hay que derramar mas sangre?

—Si es que los decretos han de cumplirse, parece que no hay otro remedio.

El Virrey casi tembló al ver la impasibilidad de Batáller, y mas tembló acordándose de todo lo que había dicho la vireina acerca de ese letrado funesto á quien

detestaba y lo mas que le diría luego que le participara la nueva opinión del asesor.

—En fin........ dijo el conde de Venadito con tono vacilante, al menos respecto de Bravo es necesario encontrar algo que le salve ó que difiera por un poco de tiempo su ejecución.

—V. E. tiene todos los arbitrios necesarios aun para eludir la ley; pero el asesor no puede entrar en ese camino sin comprometer su responsabilidad. Ya dije á V. E. que Bravo está comprendido en la pena de muerte solo con el hecho de haber sido rebelde y haber empuñado las armas contra el gobierno legítimo, y sin embargo podría diferirse su ejecución como V. E. quiere con solo pedir que se practiquen nuevas diligencias.

—Y respecto de los demás?

—Ya todas estan practicadas.

—En tal caso yo opinaría, Señor Auditor, porque su parecer fuera en cuanto á D. Ignacio Rayón que su causa sea vista en consejo de guerra en Cuernavaca y que los demas presos sean mandados á esta corte para que se sigan practicando las diligencias que faltan, con lo cual creo que no compromete su señoría la conciencia de modo alguno.

—Me parece muy bien, Exmo. Señor, dijo Bataller inclinando su cabeza calva hasta casi tocar con ella el piso, así voy á estender mi humilde opinión, sintiendo no poder atenuar las penas, tanto porque los reos han sido contumaces, como porque las disposiciones que les comprenden son ineludibles.

—Está bien, murmuró Apodaca.

—Dios guarde á V. E. muchos años, agregó Bataller levantándose, siempre con la cara pegada al pecho.

—Con su Señoría vaya, Señor auditor.

Hecha así la despedida, Bataller salió y el Virrey volvió á sentarse en frente de su secretario Dávila quien seguía escribiendo y aparentando por supuesto que habia estado á mil leguas de la conversación que acaba de oir.

—Está concluida la nota? preguntó el del Venadito.

—Todavía no, Exmo. Señor.

Ni podía haberla terminado puesto que mas se habia ocupado en estar oyendo que en escribir. El Virrey dijo:

— Bueno, entonces concluiremos despues de la comida porque ya van á dar las doce y me espera la vireina. Hasta luego, Señor Licenciado.

—Beso á V. E. la mano, Exmo. Señor.

El Secretario despues de haberse levantado hizo una profunda inclinacion de cabeza y el conde del Venadito salió apresuradamente llevando sobre su alma el peso de la sangre que queria Bataller que se derramara.

—¿Qué te parece, condesa, dijo á su mujer, abrazándola el conde del Venadito? Bataller quiere que Rayon, Bravo y demás prisioneros que están juzgandose en Cuernavaca, sean inmolados.

—¿Todavía más sangre? exclamó la vireina.

—No, mas sangre no, ya le he dicho que redacte

su parecer en el sentido de que se forme un consejo de guerra solamente á Rayon.

—Pero el consejo de guerra y la muerte es igual, continuó diciendo ella.

—Es cierto, tal vez el consejo de guerra diga lo mismo que dice Bataller; pero de todos modos el fallo tiene que venir á la corte para su aprobacion.

—Y tendrá que aprobarse por la Audiencia.

—Pero el Virrey podrá encontrar algun recurso para que se vaya difiriendo, comó ha sucedido con Mier y con otros.

—Me dices que á Rayon se le va á formar consejo de guerra, ¿y á los demás?

—Los eclesiásticos vendrán á México para entregarlos á la Santa Inquísicion.

—¿Y Bravo?

—Bravo tambien vendrá á México, con seguridad de que no habrá consejo de guerra formado por españoles que lo condene, ¿no ha perdonado él á cuantos prisioneros han caido en su poder?

—Es tan querido de hombres y mujeres y de todo el mundo, que si llegara á hacérsele morir, se despertaria un gran disgusto general contra nosotros.

—Viniendo á México es como considero que estará segura su vida. A pesar de lo que dices, no sé lo que le pasaria si cayera en manos de Concha, ó de algun otro jefe de esos que no le temen ni á Dios al diablo.

—No, no; ni seria político ahora que todos los insurgentes están sometiéndose, matar á los prisioneros y menos á Bravo que es el ídolo de todos los suyos.

Si quieres tener la gloria de la pacificacion, es necesario que evites que Bataller y todos esos tigres sigan asesinando americanos.

—Tranquilízate, pues, querida condesa; pensando en esas ideas que tú tienes, y que son en parte las mias, es como he parado el golpe que traia bien dispuesto Bataller, y por ahora no tendremos ejecuciones de independientes.

—En ese caso, ¿podremos comer con tranquilidad?

—Ahora sí, porque ya está conjurada la tormenta.

Los dos Virreyes entraron al comedor seguidos de los suyos, y tuvieron una comida tranquila en que solo se habló de los enlaces que estaban próximos, y de las fiestas que se preparaban con motivo de los faustos acontecimientos de España, todos llenos de prosperidades para la familia reinante, los que habian sido causa de que se decretaran algunas amnistías, que segun Bataller no alcanzaban á los insurgentes.

La causa de don Ignacio Rayon se devolvió al dia siguiente al comandante de Cuernavaca para que se formara el consejo de guerra, segun el parecer del Asesor. Entonces el fiscal don Rafael de Irzábal pidió para el prisionero la pena de muerte, y aunque el defensor don José María Perez Palacios, teniente de realistas, hizo un buen alegato, probando que no debia aplicársele ninguna pena, el consejo de guerra compuesto del comandante don Justo Huidobro y los capitanes Manuel Parres, José Abascal, José de Lejarza, Juan Zanuarátegui, Manuel Ahedo y José Manuel Castañares, condenaron á Rayon á ser pasado por las armas.

El Auditor Bataller se lamió los labios de gusto, y consultó al vireinato que debia aprobarse aquella sentencia; pero cuando fué á ver al Virrey con su dictámen, éste, que estaba ya influenciado por la vireina, le dijo:

—Ahora, sírvase agregar su señoria á ese parecer que en vírtud de las facultades que tiene el Virrey, puede suspenderse la ejecucion, hasta que S. M. decida sobre el indulto que tiene solicitado la esposa del reo, acogiéndose á las gracias que se dictaron al nacer la Infanta Doña María Isabel Luisa.

—Permítame V. E. le manifieste que ya tengo estudiado ese punto y que no cabe la aplicación, exclamó Bataller, viendo que el gozo se le caía en el pozo.

—¿Por qué no cabe?

—Porque no se pidió la gracia en tiempo oportuno y porque aquella no comprende á los prisioneros de guerra.

—Eso el rey lo decidirá, dijo el conde del Venadito, dando por concluida la conferencia.

De consiguiente el Auditor tuvo que agregar ia salvedad dictada por el Virrey, con lo cual Rayon que era entre los prisioneros el mas comprometido, escapó milagrosamente la vida. Ni él, ni los suyos tenian muchas esperanzas en que subsistiera aquella decisión; pero dar tiempo al tiempo, era mucho conseguir entonces, porque ya enfriándose las cosas podian moverse otros recursos, como había sucedido en casos muy determinados.

Dispuesto así el asunto, Apodaca por decreto de

30 de Septiembre de 1818, suspendió la aprobación y por lo mismo la ejecucion de la sentencia de Rayon, disponiendo que éste y los demás prisioneros fueran trasladados á la cárcel de Corte de Mexico, en donde entraron la noche del 9 de Octubre.

El Sr. Berduzco estaba ya encerrado en la Inquisicion; de allí pasó al convento de San Fernando, y por último, fué encerrado en la misma cárcel donde estaban sus compañeros cargados de cadenas, según la bárbara costumbre de aquellos tiempos.

El Virrey Apodaca, dicen los historiadores, admiró mas de una vez la actitud noble y digna que conservó Bravo: nada pedía, de nada se quejaba y sufria con tanta resignación sus padecimientos, que aquel funcionario decia frecuentemente: "Paréceme Bravo un príncipe cautivo!"

Sea como fuere, tanto Bravo, como Rayon, como los demas presos politicos que había en las prisiones, sufrieron las mayores miserias, y los dos primeros para no morirse de hambre hacian cajitas de carton y de cuero para cigarros, adornadas con papel dorado, con lo que se procuraban pequeños recursos para minorar sus necesidades. Ambos se llagaron de los piés con los hierros que los sujetaban.

El Dr. Mier que con una habilidad prodigiosa habia logrado hacer durar su causa por años enteros á fuerza de inventar y referir historias, prolongando su eterna declaracion ante los terribles tribunales inquisitoriales y logrando que no se le pudiera condenar á muerte á pesar de los grandes esfuerzos que hacian [illegible]

para dominarlo por las torturas, al fin consiguió que se le deportara á la Habana, logrando fugarse y refugiarse en los Estados Unidos, sin haberse desmoralizado con tantos infortunios, pues que siguió prestando los servicios que pudo á la causa de la independencia.

La Corregidora de Querétaro que habia sido condenada como conspiradora á prision perpetua y despues á cuatro años de encierro en un convento, logró por medio de sus influencias salir en libertad y dedicarse aunque con infinitas precauciones á dar los avisos que podia á sus amigos y á llenar de entereza á los que se manifestaban débiles ó desalentados.

—Ya ves, le decia despues de todo esto, el Virrey á la vireina, has conseguido todo lo que has querido, y si bien las cárceles están llenas de gente ya no se ha derramado una gota de sangre.

—Eso es en beneficio tuyo, le contestó la vireina, pues no es con matanzas como se consigue la pacificacion de un reino.

—Es que nosotros no las hemos escaseado.

—Pero mientras las habia, eran menos los hombres de armas que se sometian y mas era su encaprichamiento en sostener la bandera de la revolucion. Desde que no hay esas crueldades espantosas, los hombres solos vienen á someterse al gobierno, y tú ya eres querido y respetado por los americanos.

—Sí, ellos me quieren un poco, pero los mios me detestan: Bataller me echa pestes, Concha é Iturbide dicen que soy un pusilánime y en la Audiencia me po-

nen verde lo mismo que en el arzobispado. ¿Qué más? hasta me echan á mí la culpa de que se hayan caido con un temblor las torres de la Catedral de Guadalajara y las casas de Colima, de que se hayan perdido las cosechas y de que hayamos estado el mes pasado amenazados de una inundacion por el crecimiento de las lagunas.

La vireina se sonrió, y contestó:

—Eso es lo que menos debe preocuparte, hijo mio, porque antes que todo es la tranquilidad de la conciencia y el cumplimiento del deber.

—El deber, segun ellos, es matar á todos los enemigos del gobierno.

—Pero estos pobres americanos no son enemigos del gobierno, sino porque son muy amigos de la independencia de su pais lo mismo que lo fuiste tú en el tuyo cuando estuvo invadido por los franceses.

El Virrey no quiso seguir adelante en la conversacion, porque siempre era vencido por el buen juicio de la vireina y prefirió irse á dormir la siesta.

Despues de algunos meses y en los principios del año 20 tenemos que volverlo á encontrar sentado en su poltrona y bostezando enfrente de su Secretario que le leía la correspondencia.

Las cartas del general Cruz, las del coronel Bustamante, las de Concha, las de Márquez Donallo, las de Aguirre, las de Llano, las de Liñan, las de Armijo, no contenian sino generalidades, como si hubieran sido dictadas mas bien como una cortesía que como cuenta rendida de la situacion exacta que guardaran

sus respectivas demarcaciones. Apenas en una carta de Cruz como cosa enteramente insignificante se hablaba de un Gordiano Guzmán que no queria someterse, y en otra de Armijo se hacia lejana mencion de un padre Izquierdo y de un Pedro Ascencio que solian provocar ligeras escaramuzas con sus destacamentos, sin darle á eso la menor importancia.

—En fin, decia el conde del Venadito, entre bostezos, estos comandantes y gobernadores ya no tienen mas que decirme, pues hasta la manía de pedirme dinero se les ha ido acabando. O realmente ya no hay enemigo que combatir ó tienen como yo grande pereza para ocuparse de las cosas públicas.

—Desearia que V. E. firmara sus acuerdos á cada carta para contestarlas.

—Un acuerdo para todas, contestó el Virrey, dígales su señoría que me alegraré estén bien de salud y que les dén mis recuerdos á sus familias.

En seguida se tendió en el sillon, cerró los ojos y empezó á roncar.

Estaba el reino de la Nueva España á la sazon en plena calma chicha.

CAPITULO XXII

—

RELÁMPAGOS.

Segun hemos visto en otro de nuestros anteriores capítulos, Guerrero estuvo á punto de caer prisionero como otras veces, despues de la terrible derrota que le causaron las fuerzas del coronel realista Ruiz en el punto del Agua-Zarca, prefiriendo en trance tan apurado arrojarse él mismo á un barranco, antes que sufrir el bochorno de ser humillado por sus enemigos. No murió allí, sin embargo, ni tampoco pudo ser encontrado al dia siguiente y en los demás que se le buscó, gracias á que un oficial suyo llamado Pedro Montes de Oca con un asistente, que habian escapado de entre el tumulto, despues de ver rodar á su gefe, acudieron solícitos á prestarle los auxilios que necesitaba. A la media noche, y luego que se asilenció el campamento de los realistas que estaba sobre la loma, bajaron haciendo rodeos al barranco, que era muy conocido del asistente, descendieron hasta el arroyo por

una vereda, y una vez allí, esperaron á que aparaciera la primera luz para buscar al general Guerrero. Así lo hicieron, siempre con mucho sigilo, logrando encontrar al valiente suriano allí cerca, cuando despues de haber vuelto del desmayo producido por la caida y los golpes, daba los primeros pasos en el fondo del abismo en busca de salvacion. Grande fué su alegría al reconocer á sus amigos, no solo porque se consideraba perdido en caso de que lo persiguieran con teson, sino porque se sentia tan agotado de las fuerzas, que no tenia esperanzas de poderse sostener mucho tiempo en el estado en que se encontraba.

—¿Pero cómo han podido dar ustedes conmigo? les preguntó.

—Señor, le contestó Montes de Oca, vimos cuando S. E. se dejó ir por el oscuro desfiladero, y como nosotros pudimos escapar tambien por entre los mismos realistas á la hora que terminó la refriega, al encontrarnos nos comunicamos el propósito de venir á buscar á V. E. vivo ó muerto, y aquí estamos.

—¡Oh! gracias, gracias, amigos mios, ¿y ahora?

—Ahora, vamos saliendo lo mas pronto posible por este lado, que es el mismo que hemos traido. y cuando lleguemos á la parte alta estarémos á gran distancia del campo realista.

—Vamos, aunque no se yo si podré llegar.

—Previendo que V. E. estuviera muy lastimado, nos hemos traído un caballo que encontramos tambien disperso y lo hemos dejado aquí cerca: no tenemos mas que hacer veinte pasos para verlo en un recodo que hace la vereda.

Guerrero se sonrió agradecido, pensando en su interior que quizás el cielo le reservaba para prestar otros servicios mas fructuosos á la independencia de su patria.

En efecto, á los pocos pasos encontraron el caballo ensillado que se habian traido á precaución, montaron en él al general Guerrero, uno cogió la brida y otro se fué detrás arreando la cabalgadura y de ese modo pudieron ganar la cima mientras los españoles estaban tratando de sondear la barranca por el mismo lado en que habia tenido lugar el combate, en donde era sumamente fragoso el terreno.

No necesitaron nuestros tres insurgentes andar muchas leguas para encontrar un techo amigo en donde hacerá Guerrero la curacion que necesitaban sus varias contusiones. Despues de reparar allí sus fuerzas y tomar algun alimento, que no habian probado en algunos dias mientras estuvieron haciendo marchas y contramarchas, rodeados, como habian estado, de enemigos, salieron en seguida los tres ya montados en mejores caballos y llevando consigo algunos de los dispersos que habian encontrado en su camino.

Así pudo Guerrero hacer su retirada hasta las riberas del Mexcala, en donde tuvo que buscar un refugio que creyó seguro para quedarse solo reponiéndose, mientras que á todos los demas que lo acompañaban, los mandó en diversas direcciones para que dijeran á sus parciales que allí estaba, y que pronto se pondria en campaña. Esto lo hacia tanto para que

aquellos no se desalentaran creyéndolo muerto, sometido ó retirado, como para qué no dejaran las armas, considerando punto indispensable que siempre hubiera en el Sur cualquiera chispa. A no ser por esas precauciones acertadas que tomó el héroe suriano, tal vez habria concluido efectivamente la revolucion.

Sus emisarios se esparcieron por la costa y por las montañas, recibiéndose por todas partes con alegría la nueva de que Guerrero se habia salvado y de que solo esperaba reponerse de las contusiones que habia recibido en el malhadado suceso de la Agua-Zarca para ponerse otra vez al frente de sus tropas.

Montes de Oca fué el que llegó á la Goleta, en donde á la sazon se habian reunido el P. Izquierdo que representaba la inteligencia por aquellos rumbos y el indígena Pedro Ascencio que representaba la fuerza y la astucia.

El P. Izquierdo decia:

—Hijo mio, habiendo desaparecido el general Guerrero que es el del prestigio en toda la costa, nosotros no podemos nada contra el ejército realista, que consta ahora, segun he leido en las "Gacetas," de mas de cuarenta mil hombres.

—¿Pero el general Guerrero ya no aparecerá? preguntaba Ascencio, rascándose la cabeza.

—Ya hace dos meses ó mas que no tenemos de él la menor noticia. Lo único que supimos fué que fueron deshechas sus tropas, que constaban de mas de dos mil hombres, y que él desesperado se dejó ir de cabeza en un barranco.

—Lo mismo que Bravo en otra ocasion anterior, y apareció despues.

—Pero Bravo se presentó luego, su desaparicion no fué tan notable porque habia entonces muchos jefes insurgentes; y hoy ya no quedamos en todo el país mas que nosotros.

—Segun eso, ¿qué es lo que opina vd., mi padre?

—Opino que reuniendo todas nuestras fuerzas, no podremos formar cuatrocientos hombres.

—Yo tengo aquí ciento cincuenta y todos son muy bravos. Estos no dejarán las armas mientras yo no las deje.

—Y á mi me siguen mas de cien; pero esa precisamente es la cuestion, ¿qué hacemos con esta gente? ¿hemos de sacrificarla por un puro capricho nuestro? ¿Qué adelantaremos con llevarla al matadero?

—No se necesita pelear: podremos andarnos por aquí y por allá esperando las órdenes del general en jefe.

—¿Y si el general en jefe no viene?

—Esperaremos á que venga otro ó nos hacemos jefes nosotros mismos.

—Todavia si pudiésemos mantenernos ocultos sin llamar la atencion de los realistas....; pero no podemos dar un paso sin encontrar sus destacamentos, y aun para adquirir los mas necesarios elementos tenemos que luchar con los mas grandes trabajos.

—El caso es que ahora no nos persiguen y nos dejan estar semanas enteras donde queremos.

—Eso consiste en que nos desprécian, mejor dicho, en que no quieren molestarse para destruirnos.

—De modo, que usía opina entonces........

—Porque demos alguna tregua á las armas para podernos presentar mas tarde con mejores elementos.......

Iba á continuar el Padre en el desarrollo de su plan, que probablemente era el de la sumision, cuando llegó Montes de Oca.

—Vengo de parte del general, les dijo.

Sacerdote é indígena exclamaron á la vez:

—¿Del general Guerrero?

—Se ha quedado en lugar seguro junto al Mexcala y me ha mandado á decir á ustedes que en muy pocos dias quedará restablecido de los golpes que se dió en una caida y vendrá á ponerse al frente de sus tropas.

El P. Izquierdo para desimpresionar á Ascencio de la muestra de debilidad que antes habia dado, se apresuró á decir:

—Pues viviendo el general Guerrero y estando para reunirse con nosotros, es claro que debemos hacer una campaña activa para prepararle un ejército.

—Eso es lo que me manda decir á sus señorías: que aprovechemos el adormecimiento en que ha entrado el enemigo engolosinado con sus triunfos, para darle, si es posible, algunas sorpresas y hacernos de armamento.

—En eso mismo estaba pensando: podemos separarnos los tres para no llamar mucho la atencion y

cada cual asegurar un golpe en la forma que yo les indicaré.

Ascencio que era la astucia misma y que conocía el terreno y la situacion que tenian los destacamentos enemigos, les expuso un plan que fué desde luego aceptado.

En esa virtud, la Goleta que era el centro de las operaciones, quedó bajo la custodia de Montes de Oca con solo diez hombres que debian ser reforzados con otras partidas que andaban de observacion por Tejupilco, mientras que el P. Izquierdo saliendo á la media noche se dirigió sobre Sultepec, cuya guarnicion sorprendió haciéndola pasar á cuchillo: allí se hicieron los insurgentes de mas de cien armas y de buena cantidad de parque. Entre tanto, Pedro Ascencio se dirigió tambien con todo sigilo sobre Amatlan en donde no fué sentido sino cuando estaba apoderado de la plaza, fusilando á los tres oficiales realistas que mandaban la tropa y que cayeron prisioneros. En esta funcion de armas en que no pelearon mas que cien insurgentes, estos conquistaron doscientos buenos fusiles y abundancia relativa de pertrechos, ganando sobre todo mucho en fuerza moral, pues los demas destacamentos huyeron, y varios pueblos empezaron de nuevo á insurreccionarse, perdiéndose en pocos dias las conquistas que con tantos afanes y pérdidas de gente habia hecho Armijo en dos años por toda la costa.

Luego que Izquierdo y Ascencio tuvieron unos seiscientos hombres bien armados y regularmente equipados, fuera de las varias partidas que empeza-

ron á expedicionar en busca de remonta, armas y víveres, desprendieron de la Goleta á Montes de Oca, para que fuera á llevarle él mismo los partes á Guerrero, imponiéndole de la situacion y para que lo viniera acompañando, en caso de encontrarlo ya en estado de ponerse en campaña.

Ya se sabe que para todas esas expediciones tenia que emplearse mucho tiempo, segun como estaban los caminos entonces y que pasarse por en medio de infinitos riesgos, una vez que los realistas secundados por los dueños de haciendas andaban por todas partes y todo lo tenian muy vigilado.

En donde produjeron una impresion indescriptible los nuevos sucesos del Sur, por mas que se procuraron empequeñecer hasta donde se pudo, fué en la capital, y principalmente en la corte.

Un dia en que Apodaca estaba displicente como de costumbre oyendo la lectura de la correspondencia entre bostezo y bostezo, se le vió dar un salto y se le oyó exclamar:

—¿Cómo está eso, señor Secretario, qué dice vd. de rebeldes, de entrada á pueblos y acuchillamiento de tropas reales?

El Secretario leyó de nuevo los partes que daba Armijo hablando de los combates de Sultepec y Ametepec y otros en que tambien habia sido favorable la fortuna á los insurgentes.

—¿Y quienes mandan esas chusmas?

—El Padre Izquierdo, el indio Pedro Ascencio y otros.

—O yo no los habia oido nombrar hasta ahora ó ya los habia olvidado, dijo Apodaca.

El Secretario siguió enumerando los nombres de algunos muertos y las cantidades de armamento perdido.

—Pero ¿es verdad que esta allí todo eso, en esos papeles?

—Aquí están los sellos y la firma del señor Armijo, y aquí estan los partes que acompaña de los otros jefes que tiene avanzados.

—¡Voto á mil santos! Apenas puede caberme en el juicio que se haya descuidado á tal punto el señor Armijo, que haya dejado sorprender sus destacamentos y que haya vuelto á perder el terreno que tanto trabajo habia costado conquistar. Vuélvame vd. á leer la carta particular de Armijo.

En esa carta efectivamente estaba explicado lo sucedido con alguna rudeza pero con mas claridad que en las notas oficiales.

—Sí, dijo el Virrey paseándose agitado, luego que concluyó la lectura, ya comprendo lo que pasa: esos señores brigadieres y comandantes están ya ricos y acostumbrados á la buena vida y á la holganza. Seguramente han sabido bien que se estaban organizando los insurgentes, pero no han querido participármelo ni moverse, por no molestarse. Ahora falta que esa chispa vaya á producir un incendio.

Despues de dar otros paseos se detuvo en frente del Secretario y exclamó:

—Lo que mas me duele es que se haya ido esa úl-

tima nota. Se ha ido esa última nota, señor Secretario.

—Sí, Exmo. Sr., y en ella deciamos al Ministro de Ultramar que podia ya hacer presente á S. M. que estaba completamente terminada la guerra en Nueva España, y que no quedaba un solo desafecto empuñando las armas, pudiendo asegurarle tambien que esa paz alcanzada con tantos sacrificios, con tantos afanes y con tanta sangre derramada, ya no se interrumpiría.

—¿Todas esas barbaridades dijimos?

—Sí, Exmo. Sr.

—¿Y ahora?

—Ahora, si V. E. lo determina podremos enviar otra nota, diciendo que han vuelto á levantarse unos cuantos en las montañas del Sur.

—No, no, eso no lo diremos, vale mas acabarlos empleando el mayor sigilo.

Y á renglon seguido mandó que se pusieran órdenes muy tronantes á Armijo y á todos los comandantes de fuerzas para que se pusiéran én movimiento, encareciéndoles con toda clase de apremios la necesidad que habia de concluir con aquella chispa revolucionaria. Al coronel don Miguel Torres, jefe del batallon de Santo Domingo se le ordenó que ocupara con este á Temascaltepec, marchando fuerzas desde Valladolid á apoyar este movimiento, á las ordenes de los jefes don Alejandro Arana y don Luis Quintanar, y en Tejupilco mandó que se situara el coronel Rofols con el 1.° Americano, de

manera que con las tropas que ya tenia Armijo llegaban á mas de cuatro mil hombres escogidos los que iban á operar vigorosamente sobre los insurgentes.

Para el comienzo de todas estas operaciones se pasáron cerca de tres meses, tiempo mas que suficiente para que los insurgentes pudieran organizarse mejor y disponerse á su vez para resistir el cúmulo de tropas que ya preveian iba á lanzárseles.

Los primeros realistas que se pusieron en campaña, fueron los Alcorta y Matianda con mas de quinientos hombres cada uno, y aunque lograron penetrar muy adentro de las serranías que ocupaban los insurgentes, tuvieron que regresar á sus puntos de partida llevando varios prisioneros que fueron pasados por las armas sin misericordia, pero despues de haber aquellos visto muy mermadas sus tropas, tanto por los rigores del clima, como por la cruda guerra que se les hizo.

Despues de estas expediciones que se celebraron mucho por los realistas, aunque llevaron en ellas la peor parte, Rafols se propuso dar el golpe de gracia tomando el fuerte de San Gaspar que estaba artillado en el cerro de la Goleta y que se consideraba como inaccesible. Allí no habia mas que cien hombres armados y algunos otros sin armas para servir á las reparaciones que se necesitaran y para el acarreo de víveres.

El sitio comenzó con mucho aparato, dándose frecuentes partes de las ventajas que se alcanzaban.

Por su parte, Ascencio mandó decir al capitan Dávila que lo defendia, que en caso de verse muy apu-

rado y antes de que se le pusiera un sitio en forma, evacuara el punto aprovechando la oscuridad de la primera noche que se presentara propicia.

Así lo hizo el capitan Dávila tan luego como vió que se le estaba rodeando de fuertes destacamentos y que se empezaban á dar asaltos formales: en uno de ellos habian llegado los realistas hasta cerca de las trincheras, aunque perdiendo mucha gente, por las piedras que se les rodaban, pues ya no habia mucho parque para resistirles y en aquella misma noche aprovechando el cansancio que los abrumaba, salió con la gente que le quedaba sin ser sentido.

Al dia siguiente entró Rafols á San Gaspar y rindió un parte al Virrey diciéndole que por aquel rumbo estaba concluida la campaña, pues habia tomado á viva fuerza el último refugio de los insurgentes, nada menos que aquel que hasta entonces les habia servido de base para sus operaciones. Le aseguraba que en lo sucesivo ya estando la Goleta por los realistas, los pocos rebeldes que andaban huyendo sin plan y sin jefes, tendrian que rendirse.

El conde del Venadito, á pesar de estos partes y de las seguridades que le daba Rafols sobre el nuevo fin de la revolución, ordenó á Armijo que hiciera continuar la campaña sin descanso hasta que se le entregaran las cabezas de Guerrero, Izquierdo y Ascencio, y que para asegurar la pacificación, de los distritos en que había aparecido la insurrección, se quemaran todas las cementeras, dejándose todos los pueblos de la costa y de las serranías del Sur sin ninguna clase de subsistencias.

En ese tiempo Guerrero ya completamente restablecido, apareció con Montes de Oca y otros subalternos suyos en las riberas del Mezcala, en donde se le incorporaron los hombres que lo estaban esperando con ansia, reuniendo en pocos días hasta unos trescientos hombres mal armados con los cuales atacó los campamentos realistas con el mejor éxito logrando cambiar su armamento con el del enemigo, hasta el punto de infundir ya recelos á Rafols que era el encargado directamente de la campaña, pues que Armijo, ya muy acaudalado, prefería seguir entregado á la molicie con el honroso pretesto de tener que cuidar el camino del puerto de Acapulco.

Mucho sirvió á los insurgentes que mandaban el P. Izquierdo y el indigena Pedro Ascencio de Algesiras (apellido que se agregó el último para hacerse notable) la aparición tan oportuna de Guerrero, pues de ese modo se retiraron los ejércitos realistas que tenían encima, consiguiendo hacerse otra vez del cerro de la Goleta que tanto necesitaban para sus operaciones.

Entonces Rafols que había recibido las nuevas y apremiantes órdenes de Apodaca, reunió todos los destacamentos para dar un ataque decisivo, á la vez que estaban ya reunidos todos los insurgentes tambien en los alrededores de la Goleta con cosa de unos mil quinientos hombres bien armados y municionados. En consecuencia de las nuevas disposiciones se reunieron cuatro batallones y dos regimientos al mando del mencionado comandante Rafols, formando una división de dos mil quinientos hombres y con ellos se

dirigió resueltamente sobre la Goleta á cumplir las instrucciones de arrasar las sementeras. Así comenzaron á hacerlo luego que penetraron estas tropas en los lugares ocupados por el enemigo; pero se apercibió este de tamaña iniquidad y entonces los jefes hicieron un llamamiento general y se precipitaron al encuentro de las huestes realistas.

El choque se verificó en el punto llamado el Carromel. Los insurgentes eran menos y como siempre mas débiles en armamento y disciplina; pero llevaban consigo todo el corage y toda la resolucion del que defiende la familia, el hogar y el sustento, así es que se lanzaron como leones sobre los realistas, aun antes de recibir la órden de romper el fuego. Por más esfuerzos que hicieron Guerrero y Ascencio para hacerlos atacar en órden y en columnas organizadas, cada cual quiso pelear como si fuera el jefe, yendo siempre adelante hasta formar una compacta columna en el centro del enemigo que no pudo menos que desorganizarse ante tan bárbaro empuje, y todo fué que se desorganizara para que se sembrara en él la destrucción y la matanza. Tres veces los realistas que sabían la táctica militar lograron salir de aquel tumulto y formar cuadros escalonados; pero otras tantas fueron batidos y desorganizados hasta declararse en fuga los que habian escapado del desastre, quedando entonces la victoria por los independientes y siendo esta una de las mas completas que adquirieron en aquella prolongada lucha, pues que quitaron artillería, fusiles, cargas, equipajes y cuanto llevaba consigo

la fuerza contraria á la cual mataron é hirieron mas de quinientos hombres y entre ellos varios oficiales

[Cuando Apodaca, que estaba completamente tranquilo con los partes alhagadores que se le estuvieron remitiendo antes del suceso, dándosele seguridades de que todo el enjambre de rebeldes del Sur iba á caer destruido, recibió la noticia de semejante desastre, cayó en su sillon como anonadado y exclamó así que hubo recobrado la serenidad.

—Esa canallada me va á costar el empleo que disfruto. No son los insurgentes, son los mios los que me ponen en ridículo con el gobierno de España.

Señor Secretario, agregó á poco, que me llamen en el acto al canónigo Monteagudo que un es sábio

El secretario del virrey salió volando.

CAPITULO XXIII

CALAVERADAS.

El coronel Iturbide que no se resolvia, despues de haberse elevado tan pronto á fuerza de su brazo en los campos de batalla y de haber adquirido por los mas reprobados medios una cuantiosa fortuna, á vivir oscuro en la capital de la Nueva España, luego que vió que el Virrey Apodaca no tenia la menor intencion de utilizar sus servicios militares debido á los informes que le dieron de su mala conducta anterior, escogió otro camino para figurar, derrochando el dinero acumulado con tan poco trabajo. Investido de ámplias facultades en Guanajuato y en todo el Bajío, no había hecho más que quitarlo á los que lo tenian, en la forma que fué comprobada en su proceso, de manera que no le profesaba aquel apego de los que lo ganan con el sudor de su rostro, muy poco á poco, y lo más fácil le fué empezar á gastarlo á manos llenas hasta conseguir que se fijara en él la atencion.

Ocupaba una gran casa, tenia numerosa servidumbre, daba fiestas, compraba caballos y carrozas, jugaba á las cartas apostando grandes cantidades y tenia aventuras de amor escandalosas, habiendo llegado á convertirse en los tres últimos años en un verdadero libertino. Jóven aún, de buena figura, rico, militar de distincion y relacionado con lo mejor de la nobleza, fué natural que sus aventuras hicieran ruido y obtuvieran aplausos ó reprobaciones.

El clero se escandalizaba, los aristócratas se estremecían, los militares se llenaban de rubor, la clase media se indignaba, los viciosos daban frenéticos aplausos y el Virrey se contentaba con exclamar:

—Este necio quiere volver á la nada de donde salió, empeñado en derrochar su fortuna.

Habia ya en aquel entonces en México algunos establecimientos de carácter sospechoso, en que á la vez que se servía de comer y beber á los parroquianos, se les proporcionaba facilidades para obtener otro genero de distracciones. En una casa de estas se encontraba una noche el coronel Iturbide con otros cinco jóvenes que tenian bien sentada su reputación de calaveras. Uno de ellos era capitan *ad honorem* por los blasones de su familia y los otros cuatro eran mas ó menos nobles ó acaudalados, solo que ninguno de ellos se encontraba tan libre para gastar el dinero como Iturbide, ni ninguno sabia hacerlo con tanto garbo.

Hacia rato que se habian reunido, y mientras les servian una opípara cena de seis cubiertos que se habia

pedido de antemano, vaciaban dos botellas de Jerez, menudeando las libaciones, y conversaban sobre asuntos insustanciales. Amorcillos de Nuño con una costurera, riña que habia tenido la noche pasada Velazquez con un platero porque lo habia encontrado á la ventana platicando con su hija, un pequeño escándalo que habia dado un matrimonio desavenido, la moda de los plomitos en las partes bajas de los vestidos de las señoras, era el tema de la conversacion. Y la conversacion iba animándose más á medida que las botellas se iban vaciando.

Dieron el último sorbo luego que les avisaron que la cena estaba lista, y los seis ocuparon ruidosamente sus asientos resplandeciendo en los semblantes de todos la mas franca alegría.

Luego que hubieron saboreado los primeros platillos y la confianza se hizo mas espansiva, Iturbide reclamó el silencio dando dos golpes en la mesa.

—Tiene la palabra el coronel, dijo Pedro Zúñiga, que era el mas jóven de los seis camaradas.

—Al citarlos aquí para que cenáramos juntos esta noche, les dijo Iturbide, era porque queria exponerles un plan.

—¿Un plan? preguntaron los cinco á una voz.

—Un proyecto que vengo queriendo realizar desde hace algunos dias.

—¿Arriesgado? preguntó Nuño.

—Arriesgado no, únicamente para divertirnos mas á nuestras anchas y sin temor de que nadie nos interrumpa ni nos moleste.

—Lo apruebo, dijo Velazquez, apurando su vaso de un trago.

—Pero si no sabes todavia cual es.

—Cualquiera que sea debe ser bueno, como tuyo.

—Oíganme ustedes y despues dirán. Tengo una finca......

—Eso sí, ya sabemos que eres opulento.

—No es mia la finca, sino que la he pedido prestada á su dueño diciéndole que me cobre por ella lo que quiera por alquiler durante solo quince dias.

—Ya te veo venir......

—¿Es aquí cerca?

—A unas tres ó cuatro leguas, junto al pueblo de San Angel. Es preciosa la finca y está recientemente decorada con profusion de espejos y lujosos muebles, como dispuesta para el placer.

—¿Y se llama?

—Se llama la huerta de Huitcoechea, que es el apellido del que fué su primer propietario, del que comenzó á formar aquel pequeño Eden.

—No la conozco.

—Ni yo tampoco.

—Muy pocos la conocen: yo la conocí casualmente pasando por allí durante una expedición militar.

—¡Bravo! interrumpió Zúñiga, ya tenemos la preciosa finca por quince dias, ¿y para qué la queremos?

—Para que pasemos allí unas vacaciones, retirados del mundo, ¿que tal?

Los cinco guardaron silencio como no encontrándole chiste al negocio.

Iturbide continuó sin desconcertarse:

—Mandamos allí un cargamento de provisiones, es decir, ya lo tengo mandado y está compuesto de todos los mejores vinos y conservas que he encontrado en el mercado, aumentado con todo lo que llevará un buen cocinero que ya tengo contratado tambien para que asista cemo reyes á unas veinticuatro personas, Ademas, habrá una música......

—Pero ¿quiénes son esas veinticuatro personas?

—En primer lugar somos nosotros, en segundo lugar otro amigo de confianza que llevará cada uno de nosotros, y en tercer lugar...... una vez que ya seamos doce, invitarémos cada cual á una mujer, de modo que el total seamos doce hombres y doce mujeres.

—¡Bomba! exclamó Zúñiga, dando con su vaso sobre la mesa, lleno de júbilo.

El vaso se estrelló y en seguida los otros siguieron haciendo lo mismo; pero Iturbide que no queria quedarse atrás en entusiasmo cogió tambien las botellas y los platos y los estrelló contra otras botellas y trastes de china que habia allí cerca sobre un escaparate.

El dueño del establecimiento observaba desde la pieza inmediata el destrozo que se hacia en su bajilla y demas efectos, con la mayor indiferencia, sabiendo que Iturbide era el pagador, y que nunca hacia observaciones á las cuentas aunque le pusieran en ellas el triple del valor de las cosas.

Y en efecto, antes de que se hiciera cobranza alguna, el despilfarrado coronel arrojó unas veinte onzas sobre el mostrador, diciendo:

—Para que se paguen las botellas que hemos roto y las que sigamos rompiendo.

El tumulto se aplacó á poco y entonces todos aprobaron con nuevos aplausos los detalles expuestos para el desarrollo del soberbio plan del constante anfitrion.

Eso de pasarse quince dias entregados al placer en un paraíso ignorado de todo el mundo, tenia un encanto particular. Nunca se les hubíera ocurrido á ellos idea semejante.

Siguieron tratando primero el punto de los seis hombres que debían elegir para completar la docena.

—Pues cada uno busca un camarada alegre en que tenga plena confianza respecto á la voluntad para divertirse y á la discrecion para callar. Si el propietario sabe antes lo que vamos á hacer en su palacio y en sus jardines, indudablemente que tratará de impedirlo; pero si lo sabe despues, ya poco importa: yo arrostro con las consecuencias.

—Pero no vayan vdes. á creer, es difícil encontrar personas en quienes se tenga absoluta cónfianza, estando aquí ya juntos los seis á quienes la gente llama los inseparables. Los demas que no se reunen con nosotros nos tienen mas envidia que afecto, dijo Velazquez.

—Yo ya tengo el mio, exclamó palmoteando Nuño, es un tal Arce, medio protegido del Virrey, que se ha paseado muchas veces conmigo y que tiene muchos conocimientos con damas de trueno.

—¡Magnífico! dijo por su parte Iturbide, ese pro-

porcionará amigas que se atrevan á hacer el viaje á los que no las tengan.

—Para ser regaladas como van á serlo en Huitcoechea, repuso luego Zúñiga, las tendrémos de sobra y por cientos, no ya para andar unas cuantas leguas sino para cruzar el mar é ir hasta España. De esas que gustan del regalo y que son bulliciosas y alegres, yo puedo proporcionar mas de la docena.

—Yo tengo ya puestos los ojos en la que ha de ser mi dama, dijo Iturbide, pero antes tengo que robarla.

—¿Cómo? ¿cuando....? preguntaron dos ó tres voces.

—Ahora mismo.

—¡Aventura completa! exclamó Nuño.

—Sí, porque espero que alguno de ustedes me ayudará.

—Todos, todos, gritó Zúñiga.

—¿Quién es ella? interrogó el cuarto de los camaradas.

—Eso no se puede decir, contestó el interesado sino en el momento de estar á la obra.

—Pues vamos, si es tiempo.

—Debe ser á la madrugada para que no tropecemos con ninguna ronda.

—Entonces ya no nos separamos, ¿ó volvemos á reunirnos mas tarde?

—Es mejor no separarnos.

—¿Y en dónde hemos de pasar seis ó siete horas?

—Aquí estamos bien, contestó Zúñiga.

—Podemos pasar el tiempo bebiendo y jugando á

las cartas, dijo Iturbide: á las cuatro de la mañana nos pondrémos en marcha.

—Muy bien discurrido.

—Muy bien pensado.

—Apruebo.

—Yo tambien.

Y en seguida pidieron un juego de cartas y otro de dados: mandaron cerrar las puertas y cada cual vació cuanto traia en los bolsillos entre monedas de oro y plata.

—Yo pongo el monte, dijo Iturbide, y advierto á vdes. que no doy caja que pase de quinientos pesos porque no es mi ánimo arruinar á nadie, ni que me arruinen.

Esto lo dijo sonriéndose con aire picarezco.

—Aceptadas las condiciones en nombre de todos, dijo Velazquez.

El dueño del establecimiento mandó á acostar á sus gentes y él se quedó solo, cerca de los jugadores, no solo para darles lo que pidieran, sino tambien para arriesgar euno que otro peso á la sota de espadas, que era su carta favorita.

—¿Puede correrse? preguntó Iturbide.

—Que se corra, contestaron tres á un tiempo.

—Alza tú, Nuño.

—Vamos á ver que tal mano tengo.

—As de bastos y cinco de copas.

—Yo voy al As, cinco pesos.

—Yo, al cinco, diez.

—Yo, al As ocho, y otros ocho á la vieja.

—Yo, juego sin viejas.

—Se vá.

—Puede.

—Una, dos, tres......, cinco de bastos, viejo.

—Lo dije, que habia de tener buena mano: gané la vieja.

—Esta apuesta es mia.

—No; tu perdiste.

—Digo que esta es la mia.

—Si no puede ser, tu fuiste al As.

—Bastante alto dije que iba al cinco viejo.

—Lo dirias, pero este dinero es mio.

—Digo que no y jamás miento, ni menos tratándose de una bicoca.

—Paz, señores, todo queda arreglado con que se paguen las dos paradas. El monte pierde.

—Pero no es justo.

—Menos justo es que vdes. se molesten por nada.

Y convinieron en que el montero pagara al que había perdido y al que habia ganado para que se evitaran disputas.

Con este sistema y con el de hacer que Iturbide bebiese frecuentemente, pudieron desmontarlo tres veces en la noche perdiendo el dinero que llevaba y todo el que tenia á la mano y quiso prestarle el patron del establecimiento, sin que por eso dejara de haber grandes reyertas á cada momento, estando excitados vivamente por el vino y por las impresiones del juego.

Cuando dieron las cuatro, les dijo Iturbide:

—Al fin y al cabo voy á tener quince dias á mi dis-

posicion para tomar el desquite: ahora vámonos á la aventura que les tengo propuesta.

.—Vamos, contestaron los demas, al tiempo que se repletaban los bolsillos con el oro y la plata de que estaba llena la mesa, la mayor parte de Iturbide, que era á todas horas desde hacia muchos meses el hombre mas derrochador en la capital de la Nueva España.

Se ciñeron sus espadas al cinto, se cubrieron con sus capas hasta las cejas, conforme á la moda de entonces, se despidieron del patron de la casa, que cerró tras ellos la puerta del establecimiento, y echaron á andar por las oscuras calles en la direccion indicada por Iturbide que les servia de guia.

Llegaron á la esquina fronteriza á la iglesia de San Lorenzo, que sombreaba todo el solar que tenia á su espalda, pareciendo á aquellas horas una gran fortaleza y, pasando por bajo las sombras de un pequeño farol que estaba metido en un nicho, se detuvieron á pocos pasos á una señal que les hizo el militar que los iba guiando.

—¡Chist! exclamó, aquí es.

La casa era de bajos y de mediana apariencia.

—¿Aquí? preguntó Nuño.

—Sí, aquí, amigos mios.

—¡Ah! pues entonces no es una princesa la que vamos á robar.

—No, es una muchacha de pocos medios, pero hermosa como no hay otra en México.

—¿Cómo se llama?

—Rosario Güemes: es huerfana de un capitan de realistas, muerto en el puente de Calderon y la madre está pensionada.

—La conozco bien, agregó Nuño, en efecto es linda Rosario.

—Ahora, ¡silencio! y yo les diré á su tiempo si es necesario ó no usar de alguna violencia.

En seguida se aproximó á una de las ventanas, que eran tres, y pitó tres veces, soplando en el cañon hueco de una llave.

A los pocos minutos las maderas trepidaron y las hojas de la ventana comenzaron á abrirse poco á poco. Todos se adhirieron completamente á la pared, sin que pareciera haber allí nadie entre las sombras todavia espesas de la madrugada.

—¿Es el señor don Agustin? preguntó una voz hueca y aflautada.

—Yo soy, doña Deigenitriz, yo mismo que vengo á recordar á vd. su promesa.

—Tanto la señora como la niña están muy dormidas.

—¿Les dió vd. el opio?

—Por dos veces, y en las cantidades convenidas: á la niña menos.

—¿De modo que ella siempre no quiso convenir en la escapatoria?

—No, señor de mi alma, no quiso la pobrecita.

—Entonces, ábrame vd. la puerta.

—¡Ay, señor don Agustin de mi vida y de mi corazon! ¿qué va á ser de mí?

—Lo que va á ser de vd. es, que será rica ó casi rica con lo que yo le dé, si es que no quiere seguir al servicio de Rosario. Vamos, doña Deigenitriz, resuélvase.

Y como al mismo tiempo le deslizó entre las manos unas monedas de oro, la vieja dijo luego:

—¡Ay! don Agustinito, ni quien resista á su señoria.

Desapareció la vieja criada de la ventana, los mozos se pusieron á los lados de la puerta, y cuando ésta se abrió se precipitaron los seis en el zaguan, cerrando inmediatamente.

—¡Vírgen Santísima............!

Iturbide no la dejó terminar la frase, pues tapándole la boca con su pañuelo de seda, la dijo:

—¡Silencio, doña Deigenitriz! Estos señores son mis amigos.

Encendieron en seguida dos linternas sordas que llevaban á prevencion y penetraron silenciosamente á las habitaciones. En una de ellas roncaba la madre con un sueño profundo, que bien sabian no habia de turbarse por mas ruido que se hiciera, y en otra alcoba contigua, mas pequeña, estaba la jóven Rosario mostrando algunas desnudeces voluptuosas.

—¡Es bella! dijo Velazquez, examinándole el semblante con la linterna, que aproximó lo mas que pudo.

—Doña Deigenitriz, dijo el jefe de la partida á la vieja, á la cual habia obligado á seguirlos, llevándola

cogida de un brazo, ponga vd. algunas ropas á Rosario procurando no despertarla.

La vieja temblando se apresuró á obedecer.

Todos fueron testigos mudos de la escena que siguió, en que la vieja criada con las mayores precauciones puso á la jóven lo mas indispensable de ropas para cubrirla.

—Ahora, haga vd. un lío con un vestido completo para despues, le dijo Iturbide.

La vieja tambien obedeció.

—El que se considere mas fuerte acérquese para que me ayude á sacarla, continuó aquel dirigiéndose á sus amigos.

Entonces él la cogió de la cabeza y la espalda y Nuño de las piernas. La joven suspiró, abrió un poco los ojos y volvió á caer en el letargo

—Apresurémonos.

Antes de salir Iturbide ordenó á Velázquez que escribiera un papel concebido en estos términos: "Madre, me he ido con toda mi voluntad, siguiendo á un caballero á quien amo. Pronto te mandaré noticias mías.—Rosario."

—Vd. se queda ó se viene con nosotros doña Deigenitriz?

—Yo no abandono á mi niña, me voy con vdes. contestó la vieja y también hizo otro lío con sus ropas.

—En marcha, pues.

Salieron, cerraron la puerta, en la calle inmediata

estaba ya un coche que Iturbide había mandado traer de antemano; subió á él con su preciosa carga, entró la vieja, se acomodó él y dijo á sus amigos:

—Ahora los espero en Huitcoechea con sus once parejas.

Y partió!

CAPITULO XXIV

CASTILLOS EN EL AIRE.

Hemos referido en el capítulo anterior una de las formas en que el coronel Iturbide estaba derrochando la fortuna que con tan poco trabajo habia logrado acumular en el Bajío, haciendo una campaña incesante, no solo contra los insurgentes, sino contra todos los que tenian dinero, cuya conducta le habia costado una acusacion que lo habia tenido hasta entonces separado del servicio militar. Estando ociosa su gran actividad, natural era que buscara distracciones, y que éstas le costaran un alto precio conforme á su carácter, á su posición y á las circunstancias especiales que le rodeaban.

La aventura esta que fué uua de las menos ruidosas de la época en que se encontró mezclado el nom-

bre del héroe de ella, se llevó á cabo felizmente y conforme á sus deseos. Sin ningun tropiezo llegó á la finca de campo, preparada para el placer, teniendo que someterse á su destino la jóven robada, tanto por su gusto, una vez que ya estaba de antemano en relaciones amorosas con su seductor, como porque era ley, como lo ha sido en todos tiempos, que los débiles sean las víctimas de los fuertes.

Por la tarde de ese mismo dia llegó la ruidosa caravana de los amigos y amigas que iban allí con el fin de gozar de todos los encantos de un paraíso improvisado, en que habia ademas música, baile, vino y toda clase de juegos y distracciones, prolongándose la temporada tres dias más del tiempo que se habia fijado.

Cuando regresó Iturbide de su excursion de placer, se encontró en su casa una esquelita del doctor Monteagudo, quien lo citaba para que tuvieran una entrevista que consideraba de interes.

—¡Diantre! se dijo Iturbide, habia olvidado ya que tambien tengo mis compromisos políticos.

Pero antes de dar cumplimiento á aquella cita quiso arreglar sus cuentas particulares, y con ese fin mandó llamar á su mayordomo que era un viejo oficial apellidado Cuenca, que lo habia acompañado en sus campañas y al cual le dispensaba toda su confianza.

—Amigo Cuenca, le dijo, á lo que creo tenemos que pagar hoy mismo unas buenas cantidades. ¿Cómo andamos de fondos?

—Mi coronel, contestó el moyordomo con la voz

un poco afligida y haciendo un gesto tambien en que se demostraba el mayor desaliento, desde hace dias deseaba suplicar á su señoría que se moderara un poco en sus gastos, porque me parece que andamos ya muy vecinos del agotamiento.

—En efecto, he botado la plata como un loco, principalmente de unos seis meses á esta parte, pero creo que no nos faltarán en caja unos diez ó doce mil pesos para pagar mis últimos compromisos.

—Mi coronel, con todo el sentimiento que la situacion me impone, debo confesar á su señoría, que lo que es en caja no tenemos ni dos mil pesos.

—¡Ni dos mil pesos!

Y al repetir estas palabras precedidas de una interjeccion, Iturbide cambió de color y miró á su mayordomo como no queriendo dar crédito á aquella lúgubre noticia.

El mayordomo estaba con los brazos cruzados á pocos pasos de Iturbide, mientras éste se rascaba la cabeza impaciente. Por fin, Cuenca fué el que rompió este silencio preguntando:

—¿Qué cantidad precisa es la que va á necesitar su señoría?

—¡Pues qué sé yo! Unos diez ó doce mil pesos: puede ser que sea más, puede ser que sea ménos: han de venir de un momento á otro unas facturas de los almacenes que importarán cuatro ó cinco mil pesos, una cuenta de una fonda, dos mil; y cuatro ó cinco mil de deudas de juego, que son las que debo mandar pagar inmediatamente.

—Contaré el dinero que hay en caja, si parece á su señoría, y pagaré con él las primeras cuentas que se presenten.

—No quiero ni debo quedarme sin nada: es preciso tener siempre á mi disposicion unas cien onzas en oro por lo que pudiere acontecer. Mejor es recurrir al crédito: mande vd. decir al Sr. Arzobispo, que me suministre quince mil pesos sobre mis casas y que ordene á su escribano pase á hipotecarlas. Así saldremos por ahora del embarazo...... Mañana...... Dios dirá.

Y sin preocuparse mas de aquello, que era, sin embargo lo más grave que podia acontecer á un hombre que se habia acostumbrado á desparramar el oro á manos llenas, se dirigió á la Profesa en busca del Dr. Monteagudo.

Este canónigo que tenia entre otros oficios el de Inquisidor, se habia ido al Tribunal de la Santa Inquisicion, que estaba en Santo Domingo, lo cual hizo cambiar el rumbo de las ideas de Iturbide: no habiendo encontrado á aquel con quien cultivaba cierto género de relaciones políticas que no le satisfacian, porque no iban de acuerdo con su carácter dominador, hasta pareció alegrarse de no haberlo encontrado, y se dijo interiormente:

—Me hubiera fastidiado de seguro con sus proyectos de largo aliento, basados en las exigencias religiosas. Este doctor tiene mucho olfato; pero la verdad es que no hemos de llegar á entendernos porque solo quiere servirse de mi como el último de sus instrumentos. Yo, necesito hacer algo por mí mismo pa-

ra elevarme, pues que ya me he ocupado demasiado en elevar á los demas. Sobre todo, necesito no perder tiempo, una vez que estoy arruinado. Si el imbécil del Virrey no me ocupa como es debido poniéndome en lugar donde pueda hacerme de dinero, tanto peor para él, porque ya nada me detendrá de aquí en lo sucesivo. Bastante he esperado, para esperar mas, y sobre todo, bastante urgido estoy de recursos para que deje de abrazarme hasta de un carbon ardiendo.

Con estos y otros discursos hizo las tres calles que tenía que andar para llegar á la casa del mariscal de campo don Pascual de Liñan, quien como él estaba en receso y deseando tambien que el pais se conmoviera de algun modo para entrar en accion.

—Precisamente estaba pensando mucho en ir á ver á vd., mi querido coronel Iturbide, le dijo, y aun me proponia buscarlo hoy mismo.

—¿Hay algo nuevo? le preguntó Iturbide.

Y luego para justificar su ignorancia por si algo hubiese acontecido, añadió:

—Yo he estado fuera de México desde hace quince días, y acabo de llegar.

—Entonces no ha hablado vd. todavía con el canónigo Monteagudo?

—Vengo de buscarlo en la Profesa á donde me habia citado, pero no lo encontré.

—Pues entonces yo le pondré al corriente de lo que pasa: á consecuencia de las últimas victorias que han obtenido los insurgentes del Sur sobre las tropas de Armijo, el Virrey ha entrado en grande alarma y

cree ó le han hecho creer que aquellos estan recibiendo auxilios de esta misma capital y que aquí se conspira.

—¿Y quienes son esos insurgentes?

—Guerrero, Izquierdo y otros; pero en realidad no tiene eso ninguna importancia. Lo importante es lo de aquí.

—¿Pues como?

—¡Qué diantres! Eso de que los masones tengan bloqueado al mismo Virrey por todas partes, hasta en su gobierno, me parece que no puede ser mas grave....

—Será grave, en efecto, contestó Iturbide, por contestar algo, pues temia que se llegara á ciertos secretos de que él era poseedor..

Liñan soltó una carcajada, y dijo luego:

—El doctor Monteagudo es el que ha hecho creer eso al Virrey con la mira de conseguir un mando militar para nosotros.

—Entonces la cosa es mas interesante de lo que yo creia.

—Ni tanto. En dias pasados, hará de esto unos quince dias, el Virrey mandó llamar apresuradamente á Monteagudo, enviándole á su mismo Secretario. Monteagudo se apresuró á obsequiar el llamado, y entonces Apodaca le pidió un consejo que lo sacara de apuros.

—Y el consejo fué decirle que nos diera á nosotros el mando del ejército del Sur.

—Algo mejor que eso, señor coronel.

—Entonces no atino.

—Monteagudo le dijo que estando en la creencia de que aquí mismo era donde se encontraba el foco de la conspiracion, necesitaba confiar el mando de las tropas á un gobernador militar como en tiempo del Virrey Venegas, no solo para establecer la unidad de accion, sino para intimidar á los conspiradores.

—¿Y ese gobernador militar?

—Debia serlo uno de nosotros dos. Al principio Monteagudo habia propuesto á su señoría, pero no encontrándose en la ciudad para recabar su parecer, me propuso tambien á mí y entonces el Virrey se ha quedado vacilante, estando para resolverlo de un momento á otro.

—No tendrá que vacilar mucho, seguro elegirá á su señoría, tanto por ser español como por tener servicios mas antiguos y ser oficial de más alta graduacion.

—Eso hará poco al caso, porque lo que ha de ver es quien de los dos puede inspirar mas temor á los revoltosos. Desde luego, si me nombra á mí, yo le diré que necesito un ayudante tan útil como su señoría y no me lo negará.

—Y si me nombra á mí, yo le expondré lo mismo, que no podré marchar sin que un jefe tan ameritado como su señoría deje de ayudarme en las labores de mi encomienda.

—Exacto, exactísimo. Era precisamente lo convenido con el canónigo Monteagudo, que desea que los dos entremos en accion.

—¿Y cuáles serán los proyectos de Monteagudo?

—Psé! contestó el mariscal de campo, guiñando un ojo, poco se me alcanza de ellos, aunque cualesquiera que sean, tiempo nos quedará para comprenderlos y analizarlos.

—Esto es, si acaso nos convienen los hacemos nuestros, y si no, siempre estaremos á tiempo de huirles el cuerpo. Para mi no puede tener otros que ó conspirar contra el Virrey ó realmente sostenerlo rodeándolo de elementos de prestigio.

—Bien pudiera ser.

—En ese caso, quedamos entendidos, dijo Iturbide levantándose: si yo entro, que lo dudo mucho, haré tambien que entre su señoría, y si sucede al reves, si su señoría es el llamado, cuento con que me nombrará su ayudante.

—Sin duda alguna.

Iturbide se despidió del mariscal Liñan quien todavía desde lo alto de la escalera, á donde lo acompañó, le hizo las protestas de perfecta unión y correspondencia.

El coronel americano salió de la casa llevando en el semblante retratadas las más grandes preocupaciones y en vez de volver á la Profesa, se dirigió á la casa de su abogado D. Manuel Bermudez Zozaya. Casualmente llegaba de la calle al mismo tiempo, de modo que el primer saludo se lo dieron en la puerta.

—Entremos, le dijo el licenciado, que algo tengo que comunicar á su Señoría.

Entraron, y cuando estuvieron en el despacho dijo

pues de haber prevnido Zozaya á su criado que no estaba para nadie, cerró la puerta, y le dijo:

—Vengo de Palacio y habiendo oido en algunos grupos pronunciar el nombre de su señoría, me llegué á persona de confianza á preguntarle si había algo de nuevo, y me contestó que se aseguraba que el coronel Iturbide iba á recibir algun mando militar.

Entonces Iturbide refirió á Zozaya lo que acababa de decirle Liñan, agregando:

—Tengo por seguro que no ha de ser á mí áquien el Exmo. Sr. Virrey dé el gobierno militar de esta plaza, estando allí el mariscal Liñan que es un militar antiguo, español y de tantos otros méritos que son superiores á los ojos del señor Apodaca.

—Sí, ¿pero en cuanto á valentía y malicia........?

—No, no espero yo ser el nombrado; pero me basta para mis planes ser ayudante de Liñan.

—¿Y esos planes son aquellos mismos...........?

—Sí, señor licenciado, yo veo muy pronunciados los ánimos en favor de la independencia, y esto tarde ó temprano tiene que suceder.

—Pero la independencia será con un monarca de la misma familia real, segun me ha insinuado su señoría.

—Indudablemente, para contar con el apoyo de todos los españoles que residen en la Nacion y el de los gobiernos europeos, necesitamos ofrecer la corona de la Nueva España á un príncipe real. Eso entra muy bien en mis planes.

—¿Pero no cree su señoría que el mismo señor Apodaca estará por el artículo?

—No sería yo quien me atreviera á proponérselo.

—Pero se lo propondrá el canónigo Monteagudo que es hombre de todas sus confianzas ó el oidor D. Felipe Martínez de Aragón, con quien he hablado sobre el asunto.

—Y aprueba?

—Él sí.

—Pero el Virrey?

—El Virrey es muy tímido; y en todo caso tendrá que apechugar con lo que le exijamos todos si sigue en España revuelta la política.

—Entiendo que el Sr. Apodaca es muy partidario de D. Fernando VII y que no admitirá otro resultado que no sea el de que venga á ceñirse la corona el mismo monarca.

—Quién sabe! el hecho es que nuestro plan ha adquirido ya tales proporciones que ha salido para Guadalajara un comerciante acaudalado á hablar con e General Cruz y con el Obispo Cañabas sobre el mismo negocio para el caso de que lo rechace Apodaca.

—Algo me dijo de esto el mariscal Liñán.

No era cierto que Liñán le hubiese dicho nada, pero Iturbide no quería aparecer ignorando cosas tan importantes.

—¿Y Liñán aprueba el proyecto?

—Será hechura de Monteagudo.

—Es verdad. Entonces no hay más que esperar el nombramiento de alguno de los dos para estirar la cuerda.

—Yo me propongo obrar luego que entre Liñán, suceda lo que sucediere.

El abogado abrió mas los ojos y preguntó:

—¿Obrar......? ¿pero de que manera?

—Era el proyecto mio el que venia á proponerle. Usted, señor Licenciado es el hombre de todas mis confianzas y así como nunca daré paso sin su consentimiento, así le tengo que decir cuanto me pasa.

—Va picando su señoria mi curiosidad.

—Y lo que me pasa es muy grave.

—Señor coronel, dígamelo usted todo, y si el caso tiene remedio y yo puedo servirle en algo............

—Con una palabra está dicho todo: estoy arruinado!

—¿Arruinado?

—Pero completamente. Hoy mismo tengo que pagar doce mil, quince mil pesos........ no sé que cantidad, y no tengo en caja mas que unos dos mil pesos que necesito conservar para mis proyectos.

—Eso es sério, en efecto, aunque me resisto á aceptar la especie en toda su plenitud conocido como me es su inmenso caudal.

—Todo se ha ido y con él la tranquilidad de mi casa, en la cual por primera vez he empezado á tener disgustos de familia.

—Todo el mundo se hace lenguas hablando de los despilfarros de su señoria, pero nadie ha podido figurarse que llegaran á tal extremo.

—Pues han llegado, señor licenciado, y quiero salvar esa situación con un golpe atrevido.

—Cuál es?

—A eso vengo, á decírselo, contando con su discreción.

—Sé guardar los secretos y en este caso más, por el afecto que le profeso como amigo y como milliente.

Iturbide después de recogerse un momento, dijo:

—Este es mi plan: si nombran á Liñán gobernador militar, él me nombra su ayudante según está comprometido y en la primera noche en que tenga dos ó tres amigos en la guardia, me apodero del Palacio y de la Ciudadela y........... asunto concluido.

—Del Palacio no sería fácil porque los departamentos interiores están llenos con las guardias del Virrey.

—Me basta con la Ciudadela.

—Y después?

—Se unirán á mí otros regimientos en que tenga amigos y atacaré á las tropas que permanezcan fieles al gobierno.

El Lic. Zozaya fué á dar un vistazo á la puerta porque no las tenía todas consigo ante aquella terrible confidencia y déspués de asegurarse de que nadie escuchaba volvió á sentarse y dijo:

—Supongamos que es nombrado Liñán gobernador militar y que cumple á su señoría su promesa de llevárselo como ayudante, ¿se podría contar con el mismo Liñán para una insurrección?

—Bien me cuidaré de invitarlo.

—En ese caso, ¿de qué manera contará su señoría con la Ciudadela?

—Porque tendré el santo y seña y me aprovecharé de mis funciones militares.

—No comprendo como pueda ser eso.

—Pues es fácil: tengo tres ó cuatro capitanes con quienes creo contar y ellos me ayudarán con sus compañías.

—De manera que siempre estará fuera del movimiento una parte considerable de la guarnicion.

—Será imposible contar con toda en un momento dado.

—Bueno: entonces quiere decir que habrá combates en las calles?

—Es probable; si los que no se reunan á mí se resisten.

—Y desde luego vendrán en apoyo del Virrey las guarniciones de Puebla y de Toluca.

—Cuando lleguen ya habré vencido ó estaré muerto.

—Es muy aventurado ese plan, señor coronel Iturbide.

—Tengo diez probabilidades contra noventa de buen éxito y con una sola que tuviera lo arriesgaria.

—Al menos seria conveniente esperar á que volviera el comisionado que fué á Guadalajara. Si Cruz acepta, es negocio hecho.

—Entonces Cruz será el primero y yo no quiero ser el segundo.

El abogado se quedó mirándolo porque hasta entonces comprendió la inmensa ambicion del jóven militar y le dijo:

—Yo no puedo aprobar que se sacrifique su señoría por una ilusion.

—Es que necesito saldar las cuentas de mis acreedores.

—¿Cuando sabremos lo que decide Apodaca sobre el nombramiento del gobernador militar?

—Dentro de ocho dias á lo mas.

—Pues para entonces yo me comprometo á conseguir los fondos necesarios para pagar las deudas.

—Es que yo necesito hoy ó cuando mas tarde mañana unos diez mil pesos.

—Diga á su mayordomo que venga por ellos mañana con un simple recibo de su señoria.

—Está bien, gracias, mi querido Sr. Zozaya, mil gracias.

Cuando Iturbide salió, al llegar á su casa iba diciendo entre dientes:

—Ya tengo el dinero; pero de todas maneras, si llega á presentárseme la oportunidad, siempre doy el golpe.

CAPITULO XXV

LA CONSTITUCION.

Penetremos ahora al despacho del Virrey Apodaca en donde se encontraba hacía unos diez minutos el padre jesuita miembro del tribunal de la Inquisición Dr. Monteagudo, sin que ni uno ni otro hubiera abordado aún la cuestion que se proponían por impedirlo algunos personajes que poco á poco fueron despejando, comprendiendo que estorbaban, segun los hábitos que tenían adquiridos en la corte. Cuando salió Bataller, el último de todos, el mismo marqués del Venadito fué á cerrar la puerta, echando el pestillo que tenía por dentro.

—Tambien hubiera querido que estuviera Bataller en nuestra conferencia, porque es buen consejero, dijo al volver al lado del Dr. Monteagudo; pero no lo invité temiendo que no fuera del agrado de su señoría.

—Exmo. señor, contestó el jesuita, ya sabe V. E. que cuanto disponga y haga es de mi agrado, sin que por eso deje de aplaudir su gran discreción en el asunto de que vamos á ocuparnos, pues aunque me consta que es de la aprobacion de Bataller, siempre es bueno tener presente que los secretos que pasan de dos personas ya no son secretos.

—Segun eso lo que su señoría tiene que decirme es muy reservado......?

—Todo cuanto se rosa con la política es reservado, Exmo. Señor.

—Eso va en pareceres, dijo Apodaca estirando las piernas en su asiento con indiferencia, como yo nunca reservo nada...........

—Con permiso de S. E. voy á permitirme poner los puntos en orden.

—Puede el Señor Doctor decir lo que guste.

—He venido aquí llamado por S. E. en virtud de una esquela...........

—En la cual me permite decirle que deseaba hablarle con urgencia sobre asuntos importantes de mi gobierno.

—Exactamente, y esos asuntos no pueden ser otros que los que hacen tener el alma en un hilo á todos los europeos, esto es, la jura de la Constitución.

—De eso habíamos hablado antes de que su señoría llegara, con Bataller y demas personas que estaban aquí reunidas.

—¿Y no será indiscrecion saber como opinan esos señores?

—Casi todos son de opinión de que se eluda tal juramento, y si no es posible, que se retarde hasta tomar todas las medidas convenientes para asegurar la tranquilidad de esta Nueva España.

—¿Y S. E. está conforme con esa opinión?

—No he querido ultimar ninguna hasta oir los consejos del clero que es el mas interesado en el asunto y especialmente los de su Señoría, para lo cual es preciso advertirle que en Veracruz y Jalapa ya se hizo la tal jura contra las órdenes espresas del gobierno.

—De algo de todo eso estaba ya enterado desde esta mañana.

—Cómo! ¿Se sabe ya en el público á pesar de la reserva del gobierno?

—Se sabe, porque han venido algunas cartas á los comerciantes y creo que tambien á algunos eclesiásticos.

—Entonces no será posible ya detener aquí la ceremonia sin exponernos á los peligros consiguientes.

—Qué peligros?

—Los alborotos del pueblo que hubo en Veracruz, y que obligaron al gobernador Dávila á desobedecer mis órdenes, segun me comunica.

—Veome precisado, Exmo. Señor, á repetirle cierta insinuación.........

El Virrey se puso ligeramente pálido y mas tartamudeando que hablando, dijo:

—No recuerdo de que insinuación se trata.

—La de desconocer á las Cortes españolas que tie-

nen oprimida la voluntad del Rey como resultado de la revolución de Riego.

—Ah, sí!...... Su Señoría se refiere al extraordinario suceso, que se pretende por muchos españoles, de independer á la Nueva España......

—Si así quiere llamar V. E. al suceso, puede hacerlo, aunque el nombre dependería del sesgo que se le diera.

—No comprendo muy bien.

—Pues es muy fácil, porque no hay más que dos caminos: el uno es ofrecer aquí hospitalidad al Rey D. Fernando mientras se pacifica la Península y en tal caso no habría tal independencia sino que el soberano vendría á vivir tranquilo en uno de sus dominios.

—Y el otro?

—El otro, que es el que mas nos agradaría á todos, sería el de que V. E. mismo asumiera el mando supremo independiéndose de España.

El Virrey dió un salto en su asiento, se levantó demudado, dió una vuelta por el gabinete respirando á plenos pulmones y dijo todavía agitado:

—No tengo fuerzas ni para pensar en tamaña responsabilidad.

—Debe fijarse V. E. en que lo primero que van á hacer los nuevos ministros que forman el gobierno de España es á nombrarle un sustituto.

—Tal vez ya lo habrán hecho á estas horas; pero yo podré irme satisfecho de haberle sido leal al Rey hasta la última hora.

El Dr. Monteagudo se sonrió con sarcasmo y dijo espresando en su tono ese mismo sentimiento.

—El rey no es nada ahora, estrechado como está por la fuerza, y á quienes habrá servido V. E. será á los revolucionarios españoles.

—Si el Rey los acatá y nos manda que los acatemos nosotros, debemos obedecerlo.

—Entonces ¿no es cierto que S. M. ha escrito á V. E. diciéndole que lo tienen como en una prisión y que cuenta con la fidelidad de sus vasallos de la Nueva España para buscar entre ellos un refugio seguro?

El Virrey volvió á demudarse, mas aún, y se apresuró á responder con la voz ahogada:

—No es cierto que yo haya recibido carta alguna de S. M.

—Pues si no la ha recibido V. E. la recibirá, porque esa es noticia que se ha tenido aquí de España por buenos conductos.

—Y si llego á recibir tal carta, más obligado me consideraré á mantener estos dominios á disposición de S. M., dijo Apodaca con la satisfacción de haber encontrado una buena salida.

Sin embargo el Dr. Monteagudo le salió al encuentro replicándole:

—¿Pero cómo mantendrá S. E. estos dominios jurando una Constitución que dará por resultado la independencia?

—La independencia no.

—Es seguro, y aun en el supuesto de que no vayamos allá, S. E. entregará el gobierno á la persona que se le designe antes de que S. M. pueda salir de España, esto es, S. E. tendrá necesariamente que seguir obedeciendo al nuevo gobierno que tiene en su poder al Rey.

Nuestros lectores saben que por este tiempo los liberales habían triunfado en España obligando al Rey á jurar nuevamente la Constitución del año de 12, que se habia dado al olvido, y rodeándole de nuevos ministros y de nuevas Cortes que obedecían al ejército triunfante, ayudado segun se dijo entonces por los trabajos secretos de los masones, eran los que tenían en sus manos la monarquía.

El Virrey se quedó muy pensativo y el Doctor siguió diciendo:

—S. E. está colocado en una situación muy difícil pero de muy sencilla solución. O declara terminantemente que la Nueva España pertenece de hecho y de derecho al Rey D. Fernando VII, y que es su voluntad conservarle estos dominios y entonces todo permanece en el mismo estado hasta que el Rey libre de toda presion esprese su voluntad; ó S. E. se pone á la cabeza de la Nación convocando á un congreso para que diga lo que debe hacerse y de seguro todos los españoles y naturales le aclamrán estusiastas como su soberano; ó S. E. finalmente pone en observancia la Constitución y deja á otros la gloria de realizar la independencia, coyuntura que no despreciarán algunos ambiciosos como el Gral. Cruz por

ejemplo con quien los masones se encuentran en inteligencias.

Apodaca sintió un golpe tan rudo con estas últimas palabras que casi estuvo á punto de desmayarse; pero cogiendo fuerzas de flaqueza, encontró medio de replicar de esta manera, despues de un instante de recogimiento:

—Ya en otra vez rigió la Constitución sin que nada sucediera.

—Pero aquellos eran otros tiempos. Exmo. Sr., se apresuró á contestarle Monteagudo. Ni habia masones conspirando en la oscuridad, á los que están ligadas las más principales personas; ni había las divisiones de partido que hoy hay entre los mismos españoles; ni el Ejército estaba vacilante; ni finalmente, las gentes en lo general estaban tan aburridas de tener subordinados todos sus negocios á las vicisitudes de España. Hoy, hasta los muchachos al salir de las escuelas platican de lo indispensable que les parece verse independidos de España para no estar sujetos á tantos cambios, para que no se consuman los productos de su trabajo y hasta para no estar esperando que vengan de allá las provisiones de empleos, los favores y las recompensas.

—Su señoría es un sabio, y naturalmente me subyuga con sus palabras, á las que no hallo por lo comun una satisfactoria respuesta; pero yo tengo que encerrarme dentro del límite de mis deberes, y estos me obligan á obedecer las órdenes del gobierno de España cualesquiera que sean.

—¿Así es, que S. E. jurará la Constitucion?

—Se me manda que lo haga, el mismo Rey autoriza este mandato, él tambien la ha jurado, y á mi no me toca averiguar si lo ha hecho ó no con su voluntad, pues para no tener ésta, bien pudo negarse, resistirse, luchar, y todos sabemos que muy de buen grado se ha sometido.

Monteagudo volvió á sonreirse, pero esta vez con rabia. Solo dijo entre dientes:

—Bien sabemos que nuestro Rey es un hombre débil.

El Virrey oyó esto, pero se desentendió y repitió con más fuerza, como queriendo por su parte demostrar energía de carácter:

—Mañana mismo juraré la Constitucion y haré que sea jurada por todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas.

—Muy bien: si tal es la resolucion de V. E. todos tenemos que someternos á ella rendidamente, rogando á Dios que nunca llegue á arrepentirse de esa complacencia con los trastornadores del órden es España. Ahora solo me resta hablarle del segundo punto que tenemos pendiente.

—¿El segundo punto? preguntó el Virrey haciéndose el olvidadizo.

—Sí, el del gobierno militar de esta plaza que S. E. habia creido necesario organizar para el mejor sosten de los intereses de la Corona.

—Es cierto: buscaba yo entre los militares de crédito, que no tienen ahora ningun mando de tropas,

alguno que diera suficientes garantías para saber conservar el buen órden de los regimientos en la ciudad.

—La bondad con que V. E. me acoge, dispensándome la gracia de asistir á sus consejos me ha autorizado á pensar detenidamente en el asunto.

—¿Y bien?

—Apruebo su idea, principalmente si se jura la Constitución, en cuyo caso S. E. va á necesitar estar rodeado de los brazos más fuertes.

—¿De modo que su señoría es de opinion de que se deba establecer ese gobierno militar?

—No solo lo apruebo, sino que lo juzgo necesarísimo en las condiciones en que va á ponerse el país despues de la jura de la Constitucion. Ya he tenido la honra de decir á V. E. en una de nuestras conversaciones anteriores que el peligro real, mas que en el Sur y en cualquiera otra parte está en México: aquí, en esta ciudad, es en donde los masones se reunen, en donde aun los propios españoles conspiran, en donde se acopian elementos que se les mandan á los insurgentes, en donde de seguro hay una mina ya puesta que puede estallar de un momento á otro; aquí, repito, es donde se necesita de hombres de guerra temibles por sí mismos, que inspiren terror y que en un caso dado sepan castigar inexorablemente.

El Virrey sintió que se le erizaban los cabellos y dijo con la voz temblorosa:

—¿Dé qué militares podría yo fiarme?

—Tiene V. E. dos únicamente que han dado ya muestras de valentía, de arrojo, de verdadera teme-

ridad y que sin embargo ignoro por qué circunstancias fatales, por qué coincidencias, por qué desgracia, no están en accion.

—¿Quiénes son esos dos grandes militares? preguntó abriendo desmesuradamente los ojos el Virrey.

—Son los brigadieres Iturbide y Liñan.

—A Liñan lo conozco bien, hasta hace poco tiempo y no tengo presente por qué circunstancias dejó el servicio activo........ del señor coronel Iturbide no he oido hablar desde hace mucho tiempo si no es respecto de algunas quejas de las gentes pacíficas por sus sinrazones y calaveradas.

Monteagudo se ruborizó á su vez y se apresuró á dar esta explicacion:

—Iturbide es jóven, galante, bien parecido, rico y por eso se fija tanto en él la atencion pública que siempre exagera lo que llama sus devaneos; pero así como es jovial en sociedad, es grave y terrible cuando se encuentra en campaña, como lo acreditaron sus grandes hechos de armas mientras tuvo mando de tropas en las Provincias del interior. Es un hombre de genio, cuya actividad no deberia tener ociosa ningun gobierno.

—Muchas son, segun eso, las buenas cualidades que su señoría le encuentra al señor Iturbide,

—Muchas, y sin hacerle favor alguno: tiene gran valor, mucha serenidad, y en cuanto á energía y astucia en los combates, nadie le supera.

—Pues mas que por todas esas prendas, porque su señoría lo abona, tendré presente el nombre del señor

coronel Iturbide para cuando tenga que proveer el empleo de Gobernador militar ó cualquiera otro de importancia en este virreinato.

Y como estas palabras soltadas con bastante ambigüedad parecieron querer indicar que habia tenido fin la conferencia, el doctor Monteagudo se levantó y pidió permiso á S. E. para retirarse.

—Vaya con Dios, su señoría, le contestó este, y esté seguro de que es mucho lo que ha preocupado mi espíritu con su conversacion, de la que sacaré á su tiempo, el provecho que sea posible. En cuanto á la Constitucion, creo que no está en mi mano detener los acontecimientos; pero respecto de lo demas y cuanto se ofrezca en lo sucesivo, siempre oiré respetuosamente los sabios consejos de su señoría.

El Virrey se dirigió meditabundo á las habitaciones de la Virreyna, en tanto que el Dr. Monteagudo atravesó las antesalas llevando una estraña sonrisa en las labios y diciendo interiormente:

—El tonto este deja perder la única oportunidad que habrá llegado á tener en su vida de hacerse grande y abandona á otros la gloria que él podría darse: he perdido ese punto, pero ¡cá! parece que ganaré el otro si consiente en echarse la víbora en el seno dando cualquier mando á Iturbide. ¡Que gracioso sería que este le pusiera el pié en el pescuezo!

Naturalmente Apodaca se lo refirió todo á su mujer que le escuchó emocionada, diciéndole el fin:

—Apruebo tu conducta: no, no debes manchar tus blasones con una traición hecha al Rey ni á España, y

Leyendas Históricas de la Independencia.



Monteagudo salió de allí contentísimo á buscar á Iturbide.

suceda lo que sucediere no tienes mejor camino que obedecer cuanto te ordene la Corte. En cuanto á ocupar al coronel Iturbide no te aconsejo ni que lo hagas ni que no lo hagas; pero si que vayas en eso con cautela, porque el tal tiene una grandísima fama de libertino, de modo que lo mejor es que no te dejes llevar de los primeros informes.

El Virrey, contento ya con haber oido que la opinion de la Virreyna iba conforme con la suya, se sentó en la mesa y comió con escepcional apetito. Hasta después de la siesta ordenó á su secretario que pusiera las comunicaciones citando á todas las corporaciones y autoridades para que se presentaran el dia siguiente en Palacio á jurar la Constitución; á la vez dictó las disposiciones necesarias para que se hiciera saber al Ayuntamiento aquella decisión á fin de que dictara los acuerdos de su competencia.

El secretario ante aquella órden inesperada dejó caer la pluma de las manos y contra su costumbre se permitió observar:

—Pues cómo! ¿Acaso para una determinación tan grave y respecto de la que ha habido tan varias opiniones, no se cita previamente á la Audiencia para que dé el acuerdo en términos legales?

—Tiene vd, mucha razon, Señor Secretario, olvidaba tal requisito. Entonces cite vd. el acuerdo para las diez de la mañana y deje todas las demas comunicaciones con la hora en blanco, que determinaremos en la Junta, bajo la inteligencia de que no quiero que se pase el dia de mañana sin hacer la jura.

Reformada así la decisión del Virrey, el secretario se puso á la obra redactando las minutas respectivas, repartiéndose las comunicaciones á las oidores ya selladas y firmadas á las oraciones de la noche.

El acuerdo no se reunió á las diez sino á las once y entonces Apodaca mandó dar lectura á los órdenes que habia recibido de España muy anteriormente y las cuales eran ya conocidas supuesto que habian provocado la determinación tomada de que se les diera carpetazo. Esto mismo arguyeron los que estaban porque no se prestase juramento á la Constitucion.

—Señores oidores, les dijo entonces el Virrey, aquel acuerdo secreto no puede ya subsistir una vez que la Constitucion ha sido jurada en Veracruz, pues que ahora ó tendriamos que reprobar lo hecho por el gobernador Dávila y declararnos rebeldes ó que darle nuestra aprobación y seguir la misma conducta. Entre estos dos caminos, ¿cual deberemos seguir?

Por más que los oidores buscaron subterfugios no pudieron encontrar ninguno satisfactorio y tuvieron que convenir en que no había más recurso, si querían evitar un motín de las mismas tropas, que procederse en alguno de los días imediatos á la jura de la Constitución.

No tuvo pocos trabajos el Virrey para persuadirlos de que ese paso debía darse inmediatamente; pero le surtió efecto la amenaza de que no sería responsable si se alteraba aquella misma noche la tranquilidad, y los consejeros que no eran valientes convinieron en que Apodaca determinara lo que creyera conveniente.

Ya con esa autorización dispuso que se publicara el bando que tenía preparado y que fueran citadas las autoridades para las dos de la tarde.

Fuera que las dichas autoridades repugnaran el juramento ó que realmente no hubieran recibido la cita con oportunidad, el Palacio estaba desierto á la hora fijada; pero no por eso se atrojó el conde del Venadito, pues que luego que estuvieron presentes algunos oidores les ordenó que le tomaran el juramento, y él á su vez tomó el suyo á la Audiencia, resonando en tal momento las salvas de artillería y los repiques de las campanas, apareciendo todo aquel acto, según dice Alaman, más bien con el aspecto de una ceremonia fúnebre, que con el de un suceso plausible.

Los inquisidores que ya estaban preparados para el golpe y que habían vaciado de antemano la casa del Santo Oficio, se repartieron en los conventos, cesando desde luego de funcionar en sus diabólicos conciliábulos, precaución que les valió que no fueran apedreados como en España.

Estos sucesos se verificaron el 31 de Mayo de 1820. El día siguiente 1.º de Junio juraron el arzobispo y el cabildo eclesiástico y en los posteriores hasta el 8 siguieron jurando las corporaciones, tribunales y todos cuantos disfrutaban sueldo, designándose el 9 para hacer la solemne promulgación. Esta sí se verificó con gran pompa. A las tres de la tarde salieron los ediles de la casa municipal en caballos ricamente enjaezados, precediéndoles la música de clarines y timbales y enfrente del palacio donde estaba un mag-

nífico tablado en forma de salón, se leyó al pueblo en voz alta la Constitución con asistencia del Virrey y demás autoridades, lo mismo que en los tablados del arzobispado y del Ayuntamiento, echándose monedas á la multitud que correspondió con vivas y entusiastas aclamaciones; haciéndose unas ruidosas fiestas que duraron tres días en medio de músicas, repiques, salvas, iluminaciones, funciones de teatro y serenatas, en todas las que tomaron parte muy activa los vecinos, tanto españoles como mexicanos.

Como el mismo juramento hecho en México tenía que hacerse en las Provincias, el obispo de Puebla D. Antonio Joaquín Pérez que había dicho en varias pastorales que la Constitución era herética y quien sabe cuantas cosas más, tuvo que cantar la más ridícula palinodia, según refiere Alamán, *declarando con cuanta solemnidad fuere necesaria anuladas y proscritas todas y cada una de sus expresiones que pudieran aparecer injuriosas á la preclara Constitución.*

En prueba de que en esta vez la Constitución iba á observarse al pié de la letra, el 18 de Junio se hicieron las elecciones parroquiales para formar el Ayuntamiento constitucional y el día imediato se publicó el importantísimo bando sobre la libertad de imprenta, quedando designados los individuos que habían de formar la junta de censura para calificar los impresos que fueran denunciados. Cesaron en sus funciones todos los tribunales privilegiados, entre otros el terrible de la Acordada, planteándose los que demandaba el nuevo orden de cosas. Quedó abolido

el título de Virrey, que en lo secesivo debía llamarse, Jefe político superior y Capitán general y se procedió á elegir los diputados propietarios y suplentes que habían de concurrir á las Cortes.

Cuando ya todo esto estuvo hecho, el Virrey mandó llamar á Monteagudo y le dijo:

—Está descargada mi conciencia de aquel gran peso que en ella tenía, ¿qué le han parecido al Sr. Doctor mis determinaciones?

—Psé! murmuró el Doctor, creo que no pasará mucho tiempo sin que vea V. E. mayor tempestad sobre su cabeza.

—Es la que quiero que conjuremos juntos, nombrando á un buen gobernador militar.

—¿Está V. E. en la misma opinion?

—Hoy mas que nunca que es cuando los masones avanzan mas terreno.

Monteagudo salió de alli contentísimo á buscar á Iturbide.

CAPITULO XXVI

EN LA PROFESA.

Iturbide andaba muy ocupado en sus devaneos; pero tuvo conocimiento á buena hora de que el Dr. Monteagudo le buscaba y estuvo puntual esa noche á la cita de la Profesa, en donde los conspiradores se reunian á deliberar muy desahogadamente. Los masones, los militares y los sacerdotes se daban la mano, y tanto, que habia templos masónicos en los conventos, segun lo refiere el mismo Alaman, de suerte que ni unos ni otros tenian repugnancia para entenderse en todo aquello en que podian hacer causa comun. Por lo demas, el clero que queria aprovecharse del prestigio que estaban adquiriendo los masones, se proponia emplearlos como instrumentos de sus planes y estos á su vez se prestaban á ello buscando la impunidad con que podian obrar los eclesiásticos, prome-

tiéndose unos y otros romper aquellas ligas de puras circunstancias cuando lo creyeran conveniente.

En aquella noche la reunion se componia de cinco ó seis coroneles sin mando, de unos ocho canónigos y priores, de cuatro ó cinco abogados y de algunos otros particulares del dinero y de la influencia, llevados los unos por el deseo de figurar y los demas por los compromisos contraidos con sus diferentes círculos.

El aposento en que estaban reuniéndose los conjurados era amplio, vecino á la sacristia, para que los mas tímidos entraran por la iglesia, y habia en torno suficientes sillones de alto respaldo con asientos de cuero, así como una lámpara de aceite en cada esquina y otra central que lo alumbraban mas que medianamente. Al ir llegando cada uno saludaba en general y en seguida se dirigia al grupo de que formaba parte, segun su ocupacion ó ejercicio. Iturbide fué de los últimos y como si solo á él se esperara, el Dr. Monteagudo anunció que podian sentarse para tratar del asunto que motivaba aquella reunion.

Todos obedecieron silenciosamente: un padre de la Profesa cerró la puerta sentándose cerca de ella para estar listo á abrir luego que algun otro rezagado se presentara.

—Señores, dijo el Dr. Monteagudo, recordarán sus señorias que el objeto que tuvieron al principio estas reuniones, fué el de trabajar empeñosamente á fin de que no se publicara la Constitucion española ni menos se le prestara juramento, en cuyos trabajos estábamos todos de acuerdo haciendo á un lado nues-

tras opiniones personales respecto de los principios políticos que contiene, para ir buscando un interes superior que nos ligaba á todos y era el de obligar al Exmo. Sr. Apodaca á tomar por sí solo las riendas del gobierno declarando la independencia, ú orillarlo á dejar á otro la responsabilidad de declararla, y si bien cada uno de nosotros hizo lo que pudo para llegar á tan deseado fin, el hecho fué que no pudimos contrarestar la opinion de la generalidad y la del mismo Virrey, que aprobando muchos de nuestros proyectos, no tuvo sin embargo el valor qne se necesitaba para llevarlos á la práctica, por mas que reconociera que su conducta llena de timidez no podia menos que llevarlo al abismo que él mismo cavaba á sus plantas.

El Dr. guardó un momentáneo silencio para tomar respiración: algunos de los circunstantes se codearon, otros tosieron, y se restableció el más profundo silencio luego que el orador continuó hablando así:

—Una vez jurada la Constitución y errado el golpe que tan hábilmente estuvimos madurando, no yo que apenas he contribuido á la obra con mi grano de arena, sino sus señorías que tantos resortes supieron poner en juego; una vez, repito, que no pudimos evitar los trastornos que nos propusimos y que necesariamentetendrán que venir, parecería que nuestros compromisos quedaban rotos y que cada uno estaba en libertad de seguir el camino que mejor le conviniera; pero como algunos de los señores aquí presentes no lo creyeron así, sino antes bien me han manifestado la inteligencia en que estaban de que no debíamos que-

darnos á medio camino y me instaban todos los días á que volviera á citar otra reunión, con el fin de que se acordara de un modo terminante si estaban ya rotos nuestros vínculos, ó debíamos seguir aprovechando nuestra común inteligencia para emplearla en otros medios que quizás pudieran llevarnos á los mismos resultados que antes perseguíamos, es la causa de que se haya mandado citar á todos los aquí presentes y á otros varios que no han llegado todavía ó que se han excusado, para que oyendo todas las opiniones vengamos á saber á que atenernos, ya sea que se considere que no tenemos nada qué hacer ó que por el contrario se disponga que el caso actual merece que nos sigamos ocupando de las cosas públicas. Ahora sería conveniente que por gremios se expresase el sentir de la reunión. ¿Qué opinan los señores militares?

—Yo, dijo Liñán, sin necesidad de consultar el parecer de mis compañeros, el que me es por otra parte bastante conocido, puedo asegurar que el Ejército no está contento ni con lo que se hace ni con lo que se sigue haciendo, bajo la consigna que nos mandan los liberales exaltados de España por conducto de los miembros apocados del Gobierno, pues que por un lado la Constitución relaja la disciplina militar y las costumbres del pueblo, y por otro lado la libertad de la prensa, aunque mitigada por la censura, hace escarnio de las cosas más respetadas y ya ha llegado otra vez á un desenfreno intolerable. Nosotros los militares acostumbrados á ver nuestra religión como la cosa más santa y la más necesaria en las sociedades quietas y honra-

das; no podemos contemplar sin sobresalto que se la esté hiriendo de frente cuando se echa abajo el Santo Oficio que tanto ha servido para conservar la unidad religiosa y la institución de los jesuitas á quienes tan altos beneficios debe la nación española. Por lo mismo nosotros que vemos claramente que se viene buscando la manera de desunirnos y lanzarnos á la disolucion, no podemos menos de reprobarlo desde lo más hondo de nuestro pecho y desear que se tome cual quiera providencia que nos salve y que salve también estos dominios de los peligros que están corriendo con una nueva revolución.

—Con una nueva revolución? preguntó Iturbide con la voz alterada.

—Que es la que se está provocando, camarada, contestó Liñan con toda sangre fria, ya sea de parte de los americanos en favor de su independencia, ya sea de parte del ejército en favor de Don Fernando VII y en contra de los que lo están dominando.

—Bueno, bueno, intervino Monteagudo para evitar que fueran á hacerse algunas declaraciones peligrosas, despues podrán tratarse los puntos que acaba de tocar el Sr. Liñan en su discurso, pues lo importante es saber que la clase militar que ha estado con nosotros en nuestras empresas anteriores lo estará tambien ahora en el caso de que se decida que algo tiene que hacerse para conjurar la tormenta que nos amenaza.

—Indudablemente que todos estamos de acuerdo en eso, contestó Liñan.

—Yo tambien sostengo que no debemos cejar en nuestros propósitos, añadió Iturbide.

—En ese caso será conveniente oir el consejo de los Señores abogados, insinuó Monteagudo.

—Yo desearía, se apresuró á decir el Lic. Zozaya, que hablaran primero los Señores eclesiásticos, tanto por ser los mas directamente interesados en lo que atañe á la Constitución y á la libertad de imprenta, como porque todos nosotros estamos siempre dispuestos á acatar gustosos sus determinaciones.

—En ese caso oiremos el parecer del respetable cura del Sagrario Dr. D. Miguel Guridi y Alcocer, dijo Monteagudo procurando así quitarse la lazada.

El cura hizo una inclinación de cabeza y habló así:

—Yo, señores, difiero un poco de las opiniones manifestadas por el Sr. brigadier Liñan en la última parte de su discurso: yo no estoy porque debamos sacrificarlo todo á la idea de salvar estos dominios de los peligros de una nueva revolución. Me explicaré. Dos clases de guerra nos anuncia el Sr. Liñan: una que pueda hacer el mismo ejército en contra de las disposiciones actuales del gobierno español y otra de los mismos americanos, proclamando su independencia. La primera no la considero posible, porque no tendría ningun objeto si no la solicitaba el mismo rey Don Fernando, en cuyo caso, como ya ha llegado á decirse, no tendría que hacerse otra cosa sino venirse entre nosotros y aquí se vería naturalmente amparado contra los amaños y las exigencias de sus

enemigos que han podido entronizarse á su misma sombra. No contándose con su voluntad sería insensato promover aqui disturbio alguno contra la Constitución que, por mas que se diga, tiene muchos simpatizadores en el pueblo, en el comercio, entre los eclesiásticos y los militares. La otra revolución que indica el Sr. Liñan en favor de la independencia proclamada por los americanos, la juzgo difícil, si ellos la han de hacer fiados en sus solas fuerzas, la juzgo muy fácil si la empresa llegara á ser promovida por los mismos europeos y nuestro papel entonces no sería combatirla sino encaminarla bien para que diera buenos frutos.

—Entonces su señoría es partidario de la independencia? preguntó Liñan.

—No soy partidario de la independencia sino en tanto que pueda hacerse como antes la queríamos, encabezada por un hombre tan digno y de tan elevados sentimientos como el Sr. Apodaca; pero suplico al Sr. Liñan me siga oyendo para que despues se sirva apoyar ó rebatir mis palabras, pues que no acabo aun de manifestar todo mi pensamiento. Mi opinion es que no provoquemos ni hagamos nada por nuestra cuenta, sino que estemos en vela, siempre unidos, para aprocharnos de los acontecimientos ó encaminarlos al bien general, si está en nuestra mano. Yo no quiero que mañana hagamos una revolución, porque no tenemos elementos ni sabríamos lo que iríamos á proclamar siendo tan disímbolas nuestras opiniones; tampoco opino porque conspiremos en

modo alguno contra la tranquilidad, pero sí porque estemos siempre alerta observando los acontecimientos para obrar como mejor cuadre á nuestros intereses.

El concurso quedó impresionado con las palabras del Dr. Guridi, que como cura del Sagrario y con la gran reputación que tenía de hombre inteligente, ejercía grande influencia en las clases principales de México y solo el Prepósito D. Matías Monteagudo que tenía sus planes especiales y andaba algo adelantado en su camino, fué el que se atrevió á desviar el recogimiento en que se habían quedado sumidos los concurrentes, dirigiéndose á otro hombre que tambien disfrutaba de gran prestigio por su independencia de carácter y sanas opiniones, diciéndole:

—¿Qué piensa de todo ésto el Sr. oidor D. José María Fagoaga?

Este se apresuró á contestar con voz tranquila y clara:

—Yo pienso que, habiendo salido fallidas nuestras esperanzas de encontrar un caudillo animoso que se pusiera al frente de la revolución que está ya hecha en todos los corazones, aunque no se manifieste, cuyo caudillo debía ser ó el mismo Sr. Apodaca ó el Gral. Cruz para que se evitara el derramamiento de sangre y otros sacudimientos; no por eso debemos abandonar nuestros trabajos, sino perseverar en ellos hasta que encontremos al hombre que buscamos para ponerlo en posesion de todo el poderío, que no es poco el que tenemos en nuestras manos.

—Es decir que debemos aventurar otro golpe como el que derribó á Iturrigaray?

—Los mismos acontecimientos no se repiten en la historia, porque siempre cambian las circunstancias, y ademas, el Sr. Apodaca no está adornado de las mismas nulidades que tenía Iturrigaray, por mas que se le asemeje en carácter; pero sí podría intentarse llegar á un desenlace parecido. No será difícil que á estas horas el Sr. Apodaca tenga un sustituto, y al saberse aquí, se nos presentará un ancho campo de accion. Si el actual Virrey llega á indignarse porque lo derriba la faccion contraria á sus intereses, cuya tarea, la de indisponerlo, nos corresponde á nosotros, quizás pueda lograrse que al fin acepte quedarse con la situación. Si se resiste, como es casi seguro que se resistirá, principalmente porque es escrupuloso y tímido, entonces podemos ir á tocar á la otra puerta, esto es, en la ambicion del nuevo Virrey, que quizás no se resistirá cuando le digamos: Esto puede ser tuyo ó del mas audaz que se presente á disputarlo: escoge.

Iturbide durante esta peroración, pero principalmente cuando se pronunciaron las últimas palabras, hacía remolino en su silla y casi estuvo á punto de querer gritar:

—Yo soy ese audaz que ustedes buscan, yo soy ese caudillo que ustedes no quieren encontrar teniéndolo aqui tan cerca.

Pero tuvo la fortaleza de acallar sus ímpetus, resolviéndose á esperar lo que al fin se determinara.

Fagoaga continuó:

—He dicho que la revolucion está ya hecha en este país y voy á procurar demostrarlo en pocas palabras. Es bien sabido que á todos causa impaciencia que se tenga que ver trascurrir meses y mas meses para esperar cualquiera determinación, aunque sea sobre las cosas mas insignificantes, impaciencia que de las capas inferiores ha subido á las superiores, explicándose por hondos disgustos. Es un hecho que á todos los propietarios y hombres de trabajo desagrada tener que contribuir no solo para las cargas de nuestro gobierno sino tambien para las del gobierno de España. Es un motivo de gran desason tambien que no haya un régimen seguro, que no haya leyes fijas, que no haya instituciones durables, estando todo á la merced de lo que á bien tenga disponerse en la Corte..Si mañana se les antoja proclamar la República allá, tendremos á la fuerza que hacernos republicanos tambien aquí. Anteriormente eran los americanos solos los que proclamaban su independencia, y desde que amamantaron esta idea no volverán á abandonarla, esperando siempre cualquiera oportunidad que se les presente para realizarla; hoy casi no hay europeo que no les conceda la razon al ver la mala brújula que dirige nuestros comunes destinos. La libertad de la prensa de que se ha hecho uso y abuso en estos últimos tiempos, no ha contribuido poco á fortalecer los ánimos en este sentido, y si he de hablar con toda franqueza como debo, puesto que me considero en el seno de una familia de la cual todos los que estamos aquí formamos parte, la masonería,

muy estendida ya entre nosotros, no tiene más punto de mira que aquel que he indicado y á él dirije sus poderosas fuerzas. ¿Para qué pues hemos de engañarnos, Señores, cuando todos, estoy seguro de ello porque lo siento y casi lo veo en cada una de las conciencias de sus señorías, para que hemos de ocultarlo más si cada uno y todos nosotros lo que mas esta mos deseando es vernos independientes de la Península?........

El señor Fagoaga fué interrumpido por algunos aplausos, y luego continuó:

—Pues si este es el móvil que nos reune, si este es el proyecto que cada uno acaricia sin poderle dar forma, si esto es lo que más deseamos, ¿por qué no entrar francamente en el camino que parece andamos buscando á tientas, por qué no descubrirnos y decir con lealtad y sin miedo: viva la independencia?

Hasta los más animosos quedaron sobrecogidos de espanto al oir estas palabras y algunos hasta dirigieron miradas recelosas á las puertas, como temiendo ver presentarse allí la guardia del Virrey, intimándoles que la siguieran, y el doctor Monteagudo que espiaba cuidadosamente todos los semblantes, se apresuró á derramar estas palabras que debían servir para inspirar tranquilidad:

—No hay temor alguno de que se traspire lo que aquí decimos, que debe quedar guardado bajo juramento que tenemos que prestar despues como corresponde al mas inviolable de los secretos. Ni de ese juramento habría necesidad cuando todos somos hom-

bres leales y honrados y cuando tenemos el mismo interés en nuestra obra. ¡Maldito de Dios y de los hombres seria el que revelase la menor de nuestras palabras ó la mas ligera sombra de nuestros sentimientos! así es, que podemos hablar, segun ha dicho muy bien el señor Fagoaga, como si estuviéramos formando una misma familia. Y ya que se ha dicho que cada uno de nosotros con mas ó menos entereza, con mas ó menos decision, con mas ó menos fé, aspira á una misma solucion en el problema que nos hemos propuesto, yo me creo en el deber de revelar un incidente ocurrido con el señor Virrey y que creo viene á ayudar en su misma esencia nuestros planes.

Todos se aprestaron con el mayor recogimiento á oir aquella interesante revelacion.

—Es el caso, continuó diciendo el doctor Monteagudo, que el señor Apodaca me ha consultado sobre la conveniencia de nombrar un gobernador militar que será el segundo jefe despues de él de todo el ejército, y he tenido el honor de apoyar muchísimo ese proyecto que no puede menos que redundar en nuestro beneficio, como luego tendré oportunidad en demostrarlo. Una vez resuelto el punto de la creacion de ese alto puesto militar, el mismo señor Virrey me ha hecho la gracia de pedirme que le nombre la persona que deba desempeñar tan difícil cometido, y yo me he apresurado á presentarle dos candidatos.

—¿Cuáles han sido? preguntaron varios de la Junta con ansiedad.

—Nuestros muy queridos amigos los coroneles Itur-

bide y Liñan. Como sus señorías deben comprender muy bien yo no podia proponer á uno solo, tanto para no despertar la desconfianza del Exmo. señor Virrey, como tambien porque á cualquiera de los dos que se nombre, que están completamente con nosotros, ayudará con igual lealtad nuestros proyectos, que son los mismos suyos. Podia tambien haber propuesto una terna é incluir en ella á nuestro buen amigo el coronel graduado señor Ignacio Aguirrevengoa, aquí presente; pero el señor Virrey me habia dicho que le propusiera coroneles efectivos, cuyos servicios estuviera bien acreditado en las últimas campañas, esto es, de nombradía actual, y he creido mas conveniente dejar su nombre en reserva.

El coronel Aguirrevengoa, que era mas militar de pluma que de espada, como ahora hay muchos, se inclinó dando las gracias creyendo que aquello era una lisonja mas bien que un reproche, y Monteagudo continuó diciendo:

—Decia, señores, que el nombramiento de un gobernador militar que sea enteramente nuestro, no puede menos que redundar en nuestro beneficio, porque aparte de la influencia que este logrará tener en el ánimo del señor Virrey, podrá dar desarrollo en una esfera de accion mas amplia á todos los acuerdos que aquí se tomen con la respectiva anuencia del que vaya á ejercer el encargo. Supongamos que se presenta cualquiera de los casos que aquí se han indicado, ya sea el de cambio de Virrey, ya sea el del asomo de una nueva revolucion, ya sea cual-

quiera otro imprevisto, el peso del jefe de las armas en México no podrá menos que venir á ser decisivo en pro de los intereses comunes de la sociedad que son los que nosotros representamos y en pro de los cuales venimos desde hace tiempo trabajando.

—Yo, dijo Iturbide levantándose y dándose un golpe en el cuadril izquierdo, juro por esta espada que es el símbolo del honor de los militares, que seré obediente y leal á los acuerdos de esta Junta en el caso inesperado de que llegue á ser el que merezca la confianza del jefe del reino en esta Nueva España.

—Yo, dijo á su vez Liñan, imitándole, juro tambien ser el guardian de las determinaciones justas que se tomen aquí y que vayan conformes al dictado de mi conciencia.

La salvedad hecha por Liñan no pareció del todo bien á algunos de los circunstantes que se dieron de codo, se guiñaron el ojo ó se conformaron con hacer un movimiento de hombros muy significativo.

—De manera, agregó Zozaya, que no quiso que se pasara por alto el turno de los abogados, que se pueden reasumir los trabajos de esta sesion en los siguientes capítulos: 1.° Queda resuelto que el que se haya jurado la Constitucion, que era lo que antes tratábamos de impedir, no es motivo para disolvernos, sino que ántes bien debemos continuar unidos y trabajando por el bien comun en la órbita de nuestras facultades. 2.° Que debemos estar á la espectativa de los acontecimieutos para encaminarlos segun los propósitos que nos alienten. 3.° Que en el caso de

que uno de los nuestros reciba el importante nombramiento de Gobernador militar, tendrá que someterse á los acuerdos que se aprueben en esta Junta. Ahora solo falta que se determinen otros tres puntos que se desprenden naturalmente de lo que se ha estado hablando, y son: ¿cuándo volverémos á reunirnos? ¿cuándo podrémos saber si se nombra un gobernador militar y á quién se nombra? ¿Será conveniente que se nombre una comisión compuesta de tres personas que presente escrito un plan de operaciones respecto de la política que hemos de seguir?

Estas preguntas del licenciado que parecian tan inocentes en la forma, produjeron una discusion prolongada, viniéndose por fin al acuerdo de que la reunion próxima se verificaria cuando lo determinara el Dr. Monteagudo; que el nombramiento de Gobernador militar se sabria por las gacetas, y que la comision que estudiara y formulara el proyecto de posterior conducta, seria compuesta del mismo Dr. Monteagudo, del cura del Sagrario y de D. Francisco Sanchez de Tagle, regidor constitucional.

Se dieron por concluidos los trabajos, los conjurados empezaron á retirarse, y cuando hubo salido Liñan y se encontraban solo cinco ó seis personas de las de mas confianza, dijo Monteagudo:

—Ahora lo que importa es que no sea nombrado Liñan, porque tiene muchas reticencias.

A la vez estrechó la mano de Iturbide, quien salió de allí radiante, tomado del brazo del Lic. Zozaya.

CAPITULO XXVII

COMANDANTE DEL SUR.

Como el Virrey hubiera manifestado repugnancia de emplear á Iturbide por los informes que tenía de que estaba llevando este una vida muy disipada, Monteagudo lo reprendió á su vez con palabras cariñosas, diciéndole que haría muy bien en dar algunos ejemplos públicos de virtud, repitiendo, si no le era molesto, lo mismo que habia hecho cuando se trató de la causa que le formó Bataller.

—¡Ah! sí, comprendo, el Señor Doctor desea que entre nuevamente á unos ejercicios espirituales.

—Haría eso muy buen efecto en el ánimo del señor Apodaca.

—Pues á fé que nada me cuesta.

—En ese caso voy á promover unos que se verificarán en la Profesa, en Agosto próximo.

Estaba ya concluyéndose el mes de Julio y el Prepósito Dr. Monteagudo anunció con mucha pompa

unos ejercicios á los cuales no serían admitidas mas que las personas muy principales.

Luego corrió la noticia de boca en boca de que el libertino señor Iturbide, arrepentido de todas sus distracciones escandalosas, entre las cuales refiere Alaman la de haber exigido á un pobre diablo que le extendiera un recibo por el número de golpes que le habia dado, estaba á la cabeza de la lista de personas de distincion que iban á hacer los ejercicios espirituales de la Profesa.

Es inútil agregar que por algunas semanas continuó oyendo misa diariamente, comulgando y dando muestras públicas de una vida ejemplar, haciendo de modo que lo vieran en las iglesias orando y compungido, todos los íntimos del Virrey.

Un dia, ya fatigado de tantas demostraciones hipócritas, fué á ver al licenciado Zozaya, que aunque partidario tambien de la revolucion, era de costumbres inmaculadas, y al cual le dijo:

—Ya me llevan los diablos con tantos ejercicios piadosos, y sin embargo de aparecer como uno de los militares mas devotos, el señor Apodaca no se deja impresionar con mis virtudes.

—¿De manera que su señoría no lo hace como todo el mundo cree, por verdadera contricion?

—¡Qué contricion, ni qué calabazas! Usted, señor licenciado, me conoce mejor que nadie y sabe que estoy haciendo grandes esfuerzos para representar una comedia que me repugna.

—¡Chist! que nadie lo sepa porque lo echamos todo á perder.

—Pero, ¿qué dice Monteagudo?

—¿No lo ha visto su señoría?

—Me dijo que esperara, y estoy esperando.

—Eso es lo que debe hacer todo hombre prudente, saber esperar.

—Pero no indefinidamente.

—Si hemos de dar crédito á los que trabajan en nuestra empresa, ya no tenemos que esperar mucho.

—¿De veras?

—Tal vez una ó dos semanas, tal vez uno ó dos dias, quien sabe si unas cuantas horas.

—¿Sería posible?

—Su señoría sabe que el Virrey tarda mucho para desarrollar un proyecto, pero que una vez que lo acepta no lo deja de la mano hasta realizarlo.

—¿Y ya tiene alguno?

—Por fuerza debe tenerlo, una vez que ha estado hostigando mucho al teniente general Sr. Armijo para que obre conforme á sus instrucciones ó para que insista en la renuncia que presentó en dias pasados.

—Sí, ya sabia yo que Armijo, que está muy rico y que acaba de casarse en segundas nupcias, no quiere continuar en campaña.

—Y el Virrey que conoce esas circunstancias y que ha tenido noticias ciertas de que los insurgentes aumentan sus partidas, está mas empeñado que nunca en que Armijo abra una formal campaña.

—Armijo no obedecerá, estoy seguro.

—Eso lo sabe tambien el Virrey.

—Pero á todo esto, ¿qué tengo yo que ver con Armijo?

—Que el Virrey ya no piensa en establecer el gobierno militar que todos deseábamos, porque teme que se amengüe su autoridad; pero si tiene que buscar un jefe de bastante prestigio militar que sustituya á Armijo.

—Comprendo; pero á la vez estoy seguro de que no será á mí á quien dé un mando tan importante.

—¡Quién sabe!

—No hay que pensar en ello: yo sé muy bien que Bataller y otros muchos hombres de influencia que me aborrecen siempre han estado impresionándolo mal en mi contra, al grado de tenerme él mismo la mayor desconfianza.

—Su desconfianza, si es que existe, se refiere al manejo de fondos, y el Virrey sabe muy bien que en las montañas del Sur no hay muchos filones de plata que explotar.

Iturbide sin ofenderse por aquellas palabras, contestó sonriéndose:

—En el Sur es donde Armijo se ha hecho poderoso.

—Pero ya no ha dejado nada para su sucesor. Armijo, segun dicen todos, y segun lo sabe el mismo Virrey, ha barrido con todo cuanto tenia algun valor so pretexto de quitar los recursos á los insurgentes.

—Pues creo mas: creo que el Virrey no solo me desconfía, sino que me teme.

—¿Por qué?

—Porque le han dicho que mi valentía llega á la

exageracion, y que una vez viéndome con mando de tropas, soy irreducible.

—He allí las preocupaciones que han estado trabajando en desvanecer nuestros amigos. Al presente el señor Apodaca tiene el mas elevado concepto de su señoría.

—Apenas puedo dar crédito á lo que oigo.

—Me lo han dicho, aparte del Doctor Monteagudo, el señor Arzobispo, el Secretario de la Audiencia y el Mayordomo de Palacio á quienes todos los dias comunica el Exmo. señor Apodaca sus impresiones.

—De modo que cree vd., señor licenciado que la intriga marchará á buen término?

.—Si no viene ningun suceso imprevisto á desconcertar nuestros planes, no se pasarán muchos dias sin que su señoría sea llamado por el Virrey.

Iturbide se despidió, y si no iba completamente satisfecho de esta entrevista, porque no conocía los medios que se estaban empleando para que pudiera atrapar la comandancia que tanto deseaba, al menos habia cesado un tanto cuanto su preocupacion. Sabia que andaba su negocio en manos de personas poderosas é inteligentes que sabian manejar la intriga y que si no se habían realizado ya sus deseos era porque se habian opuesto obstáculos insuperables, los cuales quizás, como lo aseguraba Zozaya, tendrían que desaparecer mas ó menos pronto. No le cabia duda por otra parte de que su abogado le decia la verdad, tanto porque estaba personalmente interesado en el asunto como por ser un hombre formal y sincero, así es que

desistió por de pronto de ir á ver al doctor Monteagudo y á otras personas de su confianza con el mismo propósito, confiando en que la vida de devociones que se habia impuesto no se prolongaría demasiado, pues que ya se sentía sediento de riquezas, de mando, de actividad y de distracciones.

Así, con alternativas de buenas y de malas noticias, de favorables pronósticos y de pasos perdidos, se pasó todo el mes de Octubre, hasta que en el mes de Noviembre, quizás en el instante en que menos lo esperaba, vió abiertos delante de sí nuevos y estensos horizontes.

El dia 2 de dicho mes á eso de las diez de la mañana y cuando el coronel Iturbide se estaba vistiendo en su habitacion para ir á hacer alguna de sus visitas cuotidianas, le fué anunciado un oficial del servicio del Virrey que deseaba verlo con urgencia.

—Que se sirva pasar adelante, exclamó Iturbide alborozado y concluyendo de darse la última mano en el vestido.

El oficial entró, hizo una profunda reverencia y dijo:

—El Exmo. Señor Virrey suplica al Señor Coronel Iturbide se tome la molestia de pasarlo á ver hoy mismo á su despacho á las once y media de la mañana.

—El Exmo. Señor Virrey no necesita suplicarme, sino ordenarme.

—Con permiso de su señoría, añadió el oficial dispuesto á dar media vuelta.

—Ruego á Vd. señor oficial, le dijo Iturbide deteniéndole, se sirva manifestar al Exmo. Sr. Virrey D. Juan Ruiz de Apodaca conde del Venadito, que estaré en su despacho á la hora que me señala, con toda puntualidad.

Quería seguramente todavía pronunciar un discurso por parecerle pocas todas esas palabras, pero el oficial volvió á inclinarse y salió.

Iturbide se quedó de una pieza.

¿Qué le querría el Virrey? ¿Sería el resultado de los trabajos de sus amigos ó el de sus enemigos, que sabía tampoco descansaban? ¿Lo llamaría solo para sondearlo ó para confiarle alguna comisión importante? ¿Se le colocaría en alguna oficina de un trabajo puramente pasivo, en caso de que fuera á colocársele, ó se le daría algún mando de tropas que era lo que más deseaba para servir á sus correligionarios y para realizar los proyectos que de tiempos atrás bullían en su cabeza? ¿Sería de vida ó de muerte?

Con estos encontrados pensamientos estuvo luchando en su casa durante una media hora decidiéndose por fin á dirijirse al Palacio de los Virreyes.

Luego que estuvo allí se fué directamente á la secretaría del ramo de guerra para hablar dos palabras con el teniente coronel D. Miguel Badillo que la tenía á su cargo. Este, que era mason, y estaba en todos los secretos, se lo llevó á una pieza separada.

—Me ha mandado llamar el Exmo. Sr. Virrey, el dijo Iturbide.

—Si, ya lo sé, le contestó Badillo, nosotros hemos conducido todo este negocio.

—De suerte que el llamado obedece.....

—A los trabajos desarrollados por nosotros durante algún tiempo con toda paciencia.

—Desearía mucho estar al corriente de algunos pormenores.....

—Oigame su señoría: si bien las circunstancias han contribuido mucho al resultado, nosotros las hemos ido encaminando. El coronel D. José Gabriel de Armijo ha estado descuidando de manera extraordinaria la campaña que se le encomendó sobre los sublevados del Sur, de tal modo, que estos han ido adquiriendo tantas ventajas como ni siquiera lo habían soñado. Se han estado mandando órdenes tras órdenes al jefe realista para que personalmente vaya á destruir las gruesas partidas que se han ido formando; pero este con un subterfugio hoy y otro mañana, no solo no ha obedecido sino que parece que obrando de acuerdo con ellos les ha puesto destacamentos aislados que han atacado y destruido facilmente, lo cual les ha proporcionado proveerse de armas y de todo cuanto necesitaban. A la vez deben contar los insurgentes con más de mil hombres cuyas principales partidas estan mandadas por jefes de alguna importancia como lo son el llamado Gral. Guerrero, jefe principal de la revolución, el P. Izquierdo que tiene gran influjo en la sierra y el indio Ascencio que es tan atrevido como inteligente para la guerra de montaña; asi es que el Virrey está disgustadísimo, principalmente porque Armi-

jo le ha dado parte oficial en mas de diez ocasiones de que ya no había en toda la comandancia del Sur, que ha estado á su cargo, ningun enemigo. Nosotros hemos estado procurando desarrollar los acuerdos del Sr. Apodaca en términos bastante duros para aquel jefe con el fin de obligarlo á ponerse en campaña ó de renunciar su cargo, seguros de que no haría lo primero y sí lo segundo, de modo que á últimas fechas ha mandado su tercera renuncia diciendo que está enfermo de gravedad, cosa que es mentira, y pidiendo que se le releve desde luego de un mando que por ese motivo no le es posible desempeñar. Todavía el Señor Virrey se encontraba esta mañana vacilante sobre lo que debía hacer; pero tanto el Superior Consejo como nosotros, es decir yo, que por la muerte del Sr. coronel Pelaez tengo á mi cargo el ramo de guerra, le hemos hecho presente que no sería decoroso ni conveniente para el gobierno desentenderse de la renuncia de Armijo sabiendo que no adolece de enfermedad alguna y que lo que ya no quiere es pelear, tanto por hallarse muy rico como por estar disfrutando su segunda luna de miel, lo cual haría que en breve tiempo los insurgentes tomaran mas vuelos é hicieran propagar la revolucion á las otras provincias. El Sr. Apodaca, contra su costumbre, ha acabado por llenarse de indignacion contra Armijo y por convenir en que es de urgente necesidad sustituirlo con otro jefe de dotes mas en consonancia con los acontecimientos y que pueda verificar la grave encomienda de la pacificacion del Sur. Asi es que esta

mañana, despues de haber conversado largamente con los de su consejo, me llamó para pedirme mi parecer y encontrándolo conforme con lo que se había decidido, me previno que le presentara la lista de los militares de categoria que se encuentran en la ciudad sin ocupacion. Formé inmediatamente una, poniendo á la cabeza de ella á los mas inútiles, y luego, al llegar al nombre de su Señoría me detuve como para darle el tiempo necesario de que refleccionara, y efectivamente me dijo:

—Me han hablado mucho en los últimos tiempos de este coronel Iturbide.

—¿No lo conoce V. E.? le pregunté.

—Entiendo que apenas lo he visto una ó dos veces.

—En efecto, le contesté, desde que fué separado de la comandancia de Guanajuato en donde tanto se distinguió, no ha vuelto á poner los pies en Palacio.

—¿Es español ó americano?

—Es americano, pero de opiniones realistas invariables. Entre los insurgentes es el mas temido porque ha sido para ellos el mas duro azote.

—Segun entiendo, ¿fué privado de la comandancia por una acusacion?

—Sí, Exmo. Señor, por una acusacion infundada de que resultó absuelto.

—Fué absuelto, y sin embargo no se le repuso en el mando?......

—No se le repuso, Exmo. Señor, porque esto pasaba en los momentos en que el Sr. Calleja entregaba

el virreinato á V. E. y ya aquel jefe no se presentó á reclamar sus derechos.

—Es orgulloso?

—Es un militar muy digno.

—Y dicen que es valiente?

—Si lo es: pero sus cualidades principales son la actividad, la astucia, la energía y..... la honradez.

Badillo tuvo una pequeña reticencia que obligó á Iturbide á ponerse colorado.

El primero continuó:

—Entonces el Sr. Apodaca llamó á un oficial para que fuera á llamar á su Señoría, y á mi me dijo:

—Todavía no ponga vd. órdenes ningunas: voy á hablar con el coronel Iturbide, y de nuestra conferencia resultará lo qué deba hacerse.—Ahora solo tengo que agregar que S. E. está esperando á S. S. con grande impaciencia.

Iturbide estrechó con fuego la mano de Badillo y se dirigió á las antesalas del Virrey. Las órdenes estaban dadas para que entrara inmediatamente, así es que no tardó en encontrarse frente á frente del buen Apodaca.

Despues de que ambos se preguntaron largamente por su salud y por sus familias, el Virrey pasó por delante á una pieza inmediata en donde se sentó y señaló otro asiento á Iturbide. Ya se sabia que cuando entraba allí nadie tenía derecho de interrumpirle.

—Creo que hablo con un amigo de mi administracion, le dijo.

—Con un amigo que ha dado suficientes muestras de lealtad en toda su humilde carrera de soldado.

--Ya sé, ya sé que á los anteriores virreyes les prestó su señoría relevantes servicios.

—El cumplimiento del deber militar fué siempre mi norma, Exmo. Señor, sin que me hayan detenido nunca ni las enfermedades, ni........... lo que es todavía más delicado, la pérdida de la reputación.

—¿De modo que la causa que se formó á Su Señoría.......?

—Fué debida á órdenes ineludibles que tenía que cumplir de mis superiores. Si ellos no me hubieran ordenado que talara, que devastara, que demoliera, que acabara con las propiedades y las vidas de los enemigos, yo no hubiera sufrido el bochorno de ser procesado, separándome para siempre del servicio.

—Para siempre?.

—Esa fué mi resolucion desde que recibí tan fea mancha en mi honra.

—De suerte que está resignado Su Señoría á perder su carrera?

—Ha sido un sacrificio enorme que me he impuesto ante el honor militar.

—Y si se le volviera á proporcionar á Su Señoría algun mando?

Iturbide tuvo un momento de silencio y contestó con voz sorda:

—Tendría el sentimiento de rehusarlo.

Pero como observó un relámpago de indiferencia en el semblante del Virrey, agregó inmediatamente:

—Es decir, lo rehusaría siempre que me fuera posible; siempre que no se opusiera á otro deber más im-

perioso aún y es el que tengo de ser súbdito leal y oficial subordinado de un ejército al cual he tenido la alta honra de pertenecer.

—Comprendo: su Señoría no desea servir; pero si el gobierno se lo manda obedecerá sin poner embarazos.

—No solo tomaría el mando que me ordenara mi gobierno, sino que procuraría ir mas allá de lo que pudiera exigírseme. He sido coronel, pero iría á las filas como soldado raso ó como sargento, si tal fuera la voluntad del Exmo. Señor Virrey de quien soy el más fiel y el más obediente de los servidores.

Apodaca quedó deslumbrado con estas palabras, estrechó conmovido la mano de Iturbide y dijo para sus adentros: "Este era el hombre que yo necesitaba!"

En seguida, procurando dar á su voz una firmeza que no tenía, refirió á Iturbide todo lo que pasaba en las provincias del Sur; que Armijo había descuidado las atenciones que le estaban encomendadas y que siempre difería el cumplimiento de las órdenes que se le mandaban, provocando el disgusto de la corte; que desde que había formado un caudal considerable de una procedencia poco legítima, no mostraba casi ningun espíritu militar y que últimamente, con motivo de haber contraido nuevas nupcias, se había vuelto hasta afeminado, con lo cual, en vez de servir á la causa que tenía encomendada, le causaba grandes perjuicios pues que debido á su negligencia y tal vez á su mala fé, los insurgentes habían destrozado algunos destaca-

camentos y se habían apoderado de bastantes puntos estratégicos indispensables para dominar aquel territorio; que Armijo teniendo á sus órdenes inmediatas más de dos mil hombres con otros tantos que podían auxiliarle á la hora que quisiera, no solo no había consegido destruir aquellas hordas, sino que estas habían tomado nuevo impulso y que se presentaban otra vez grupos amenazadores que de no destrirse luego podrían causar otra revuelta en toda la Nueva España, pues ya no solo se mantenían en sus madrigueras sino que salían y procuraban extenderse á otras provincias. Que apremiado el Sr. Armijo para que obrara con actividad, había preferido renunciar un cargo que tantas utilidades le habia proporcionado, y que como esa renuncia había sido reiterada, el gobierno acordó que debía aceptarla sin más consideraciones y nombrar otro geje que lo reemplazara. Que ese jefe, según la opinión general, y la misma del Virrey no podría ser otro que el Coronel Iturbide por el conocimiento que tenía del enemigo que se iba á combatir, por su prudencia, su prestigio y demás cualidades que formaban su gran reputación.

Iturbide que era un comediante de primera fuerza, al oir esto dejó caer una rodilla en tierra, cogió la mano del Virrey, se la besó y la cubrió de lágrimas pudiendo apenas pronunciar algunas palabras de agradecimiento. Después que pareció serenarse, dijo:

—No me enorgullece este mando ni me causa personal satisfacción, porque sé que es uno de los más es-

pinosos y de los de mayor responsabilidad por la clase de enemigo que es el del Sur y porque tanto le favorecen el clima y las montañas; sino que me conmueve y llena de alegría la muestra de confianza que se digna darme el representante de mi Rey que adoro, por ser á su vez el representante de la Magestad Divina. El mando de tropas para un militar es el supremo bien en ciertas circunstancias, pero en las que yo voy á recibirle es mas grande aun, porque me rehabilita ante el mundo y porque me pone en camino de superar á todo cuanto de mí se aguarda, correspondiendo á tal gracia con toda la sangre de mis venas, con todo el aliento de mi corazon, con todo mi honor, con toda mi lealtad, con todas mis fuerzas y con toda mi alma.

—Basta! dijo el Virrey poniendo término á aquella explosión, todo eso aguarda el Gobierno de Su Señoría y por eso coloca los destinos de una considerable parte del país en sus manos.

—Otra vez gracias, Exmo. Sr. Ahora sólo me resta hacer presente á V. E. que la campaña que voy á emprender es ardua y que no puede consumarse sino con los necesarios elementos, una vez que los que tiene el enemigo son por lo menos iguales á los que representan allí las fuerzas del gobierno.

—Cuando Su Señoría reciba su nombramiento y conteste aceptándolo, me someterá el plan de operaciones que se propone seguir y me pedirá los medios que necesite para llevarlo á cabo, en la inte-

ligencia de que no demostrará mayor empeño que yo en acabar con aquel foco revolucionario.

Por demás es decir que Iturbide salió del despacho del Virrey radiante de alegría, yendo primeramente á abrazar al teniente coronel Badillo á quien le manifestó que nunca olvidaría los servicios de que antes habia hecho mérito; después fué á la casa del Lic. Lozaya que estaba esperándolo con ansiedad, pues que había sido enterado de que se estaba celebrando la interesante entrevista, repitiéndole entre abrazo y abrazo lo que había sucedido y luego los dos juntos se fueron á la Profesa en donde también eran aguardados por el Prepósito Monteagudo y algunos de los principales miembros de la conspiracion.

—¿Nombrado comandante del Sur? le preguntó Monteagudo.

—Todavía no, pero esta tarde recibiré el nombramiento.

Iturbide se mostró circunspecto porque vió allí á Liñan y observó que se mordia los puños.

—Pues Señores, dijo Monteagudo con toda hipocresia, vamos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la acertada elección del Exmo. Señor Apodaca. Y luego cuando estaban rezando y que se inclinó á besar la tierra, movimiento que imitó Iturbide que estaba á su lado, le dijo al oido:

—Esta noche escribirémos el plan en su casa....

CAPITULO XXVIII

¡AURELIA!

Los grandes sucesos que estaban desarrollándose en México y que llevaban á las provincias toda clase de rumores mas ó menos alarmantes y particularmente á las fincas de campo, que carecian de fácil comunicacion con los centros poblados, obligaron á las familias de Arrillaga y á las de sus huéspedes, la del conde de Viñas y la del marqués de Rayas, á hacer los arreglos indispensables para regresar á la capital, cuando ya se habia jurado la Constitucion en Veracruz y estaba para jurarse en la propia corte del Virrey, segun las noticias.

La entrevista que tuvo don Francisco con el general Victoria, fué corta, pero expresiva. El primero manifestó al segundo que tenia el encargo hecho por el marqués de Rayas de pasar á México para impo-

nerse personalmente de los acontecimientos y para gestionar el regreso del mismo personaje que desde tanto tiempo tenia abandonados sus negocios, lo cual creia sencillo arreglar, una vez que habian cesado en cierto modo las causas que dieron motivo á la órden de su deportacion que hasta entonces, gracias á sus buenas relaciones, habia quedado sin efecto. Victoria, cuya susceptibilidad era extremada en sus condiciones de revolucionario oculto, tomó aquello como una indicacion para que buscara otro escondite y se apresuró á formar su equipaje; pero Arrillaga le detuvo cariñosamente, agregándole:

—Mi familia y yo hemos tomado solo en el último extremo esta resolucion y pensando que podriamos hacernos sospechosos si resistíamos mas; pero discutiendo y arreglando la manera de que usted pueda permanecer aquí, recibiendo iguales atenciones y cuidados y disfrutando á la vez de las mismas seguridades para su persona que hasta hoy ha tenido, de modo que será asistido por su mismo criado que, segun hemos visto, le profesa la mayor adhesion, y por mi mayordomo que es hombre muy capaz de guardar un secreto, muy formal, muy humano y sobre todo, muy obediente, al cual he traido conmigo y espera allí afuera para que vd. lo vea, y al verlo se persuada de que no podrá menos que fiarse en él como en cualquier miembro de nuestra familia.

Arrillaga llamó al mayordomo, lo presentó á Victoria, y éste no pudo menos que manifestarse satisfecho ante aquella fisonomía, que si no respiraba inte-

ligencia, tenia todas las marcas de los buenos sentimientos.

—Sin embargo de que vd. quedará aquí como en un baul, señor Victoria, Arrillaga se resistía á reconocerle el título de general, y sin embargo de que don Pedro Bermudez, este es el nombre de mi mayordomo, sabrá cuidarlo á vd. como á un hijo, á la hora que vd. no esté contento de nuestra hospitalidad, ó cuando crea que deba salir para ayudar á su causa ó para dedicarse á cualquier asunto que sea, pues que en sus negocios no tenemos derecho de mezclarnos, vd. es libre para irse por el camino que quiera, lo mismo que para ordenar aquí lo que mejor le parezca, bajo el concepto de que don Pedro tiene instrucciones de obedecer á vd. en todo y por todo y de poner á su disposicion cuanto le pida y cuanto necesite, quedándose vd. durante nuestra ausencia como dueño y señor de esta hacienda y de todo cuanto en ella tenemos.

Victoria se quedó como anonadado ante todas aquellas palabras y si no cayó á los piés de Arrillaga para besarle la mano y darle las gracias por tanta generosidad, fué porque á la vez lo atormentaba la idea de verse separado repentinamente de Aurelia, á la cual tan acostumbrado estaba á ver todos los dias y porque le heria en lo mas vivo de su conciencia el escrúpulo de que mientras aquel hombre se mostraba con él tan abierto y tan generoso, la manera de agradecérselo era robarle clandestinamente, en el mas profundo misterio, el corazon de su hija.

Así es, que solo pudo pronunciar algunas palabras

en el exceso de su turbacion, manifestando agradecimiento, turbacion que Arrillaga no pudo menos que atribuir á la inesperada noticia que acababa de darle del viaje y á que tal vez podia creer que quedaba abandonado y sugeto á grandes peligros, sobre cuyo punto volvió á insistir procurando tranquilizarle. Despues de todo esto le estrechó la mano amistosamente, diciéndole:

—Hasta la vista.

Aurelia no logró, por mas que hizo, penetrar sola en el escondite de Victoria, sino que tuvo que despedirse de él en presencia de su madre y de su hermano: la resolucion se habia tomado violentamente aquella mañana despues del desayuno y en una hora quedaron arreglados los pormenores del viaje; pero al darle la mano le deslizó un papel muy reducido á fuerza de dobleces, en el cual leyó Victoria estas pocas palabras:

"Nos vamos, pero sabes que no te olvido, que te amo, y que he jurado ser tuya hasta la muerte."

¿Qué hacer ante semejante golpe tan rudo y tan imprevisto? Salir y descubrirlo todo ó permanecer mudo como un muerto? El general prefirió estarse quieto y fué lo mejor que pudo hacor, pues quien sabe lo que hubiera sido de él en ese momento de desesperacion al provocar las iras del orgullo adormecido del español don Francisco Arrillaga.

Pero pocas semanas despues le llegaron las noticias de que se estaba jurando la Constitucion en todas partes, de que sus correligionarios habian reco-

brado nuevas esperanzas y comenzaban á agitarse en los campos y en la prensa, de que disfrutaban ya de una libertad relativa, de que aun en la corte se desarrollaban grandes intrigas hablándose hasta de que el mismo Virrey se encontraba indeciso sobre si seria él el instrumento de que se servirian los americanos para realizar su independencia y Victoria empezó á sentir la nostalgia del amor á la política y á la guerra.

—No puedo más, le decia de cuando en cuando al buen mayordomo, teniendo aun en la mano algunos impresos que aquel tenia la condescendencia de llevarle, todos hacen algo, todos se ocupan de muchas cosas y yo estoy como enterrado vivo, no sirviéndole ni á Dios ni al diablo.

—Calma, mi amo don Guadalupe, le contestaba el mayordomo, no por mucho madrugar amanece mas temprano y si los suyos lo necesitan para algo, ya tendrán buen cuidado de llamarlo.

Pero un dia pasaron para Veracruz cinco ó seis diputados de los que iban á embarcarse en aquel puerto, para concurrir á las Córtes de España, y como disfrutaban de inmunidad, en donde quiera que se detenian, tenian largas disputas en presencia de todos sobre lo que ellos iban á proponer para que el virreinato se gobernara con leyes mas amplias ó sobre el motivo mas generalizado de que lo mejor seria que se realizara la autonomía de la nacion para lo cual contaban con elementos propios, pidiendo cuando mas un príncipe que se pusiera á la cabeza del gobierno

independiente y otras cosas por el estilo, cuyas conversaciones tenian gran resonancia, y fueron trasmitidas á Victoria por su criado y por el buen mayordomo, llegando el momento para este en que no pudo ya contener sus apariencias de calma y exclamó con bien marcada resolucion:

—Mañana mismo nos ponemos en marcha.

—Pero señor don Guadalupe......

—Ya ahora sí considero como un crímen estarme mas tiempo encerrado.

—Como vd. lo disponga, yo no estoy aquí mas que para obedecerle; pero como á la vez debo velar por su seguridad, tengo que hacerle presente que acaso no podrá andar ni dos leguas sin que empiece á tropezar con los destacamentos.

—Tomaré un disfraz y es el único servicio que pido á vd. me preste, amigo don Pedro, un disfraz que no llame la atencion y que me permita ir por todos lados sin que me conozcan ni tampoco les dé gana de conocerme.

—Pues el mejor para ese caso seria el de los negros de la costa, dijo don Pedro riéndose.

No pareció mala la idea á Victoria y convino en que él se pintaria de color oscuro la cara y las manos y que su criado representaría el papel de ranchero de una hacienda.

Cuando se vió Victoria con este disfraz, despues de despedirse del mayordomo que lo festejó mucho diciéndole que ni el mismo diablo lo conocería, lo primero que se le vino á las mientes, supuesto que no

tenía rumbo ni proyecto alguno resuelto, fué encaminarse á la capital, seguro de que infundiría menos sospechas. En primer lugar adquiriría noticias ciertas sobre el movimiento político que tanto le interesaba para salir de aquella inercia que le hacia sufrir mas que los mismos peligros, y despues................ ¿no era Aurelia la que con un imán irresistible le arrastraba en aquella direccion? Casi sin darse entera cuenta de lo que hacia y más bien tomando como un pretexto lo de la política para acallar sus propios remordimientos por los peligros que iba á arrostrar, fué como dijo á su criado que caminaba por delante dándose humos de patron:

—Guía para el Poniente con rumbo á Apam.

—Señor, le dijo el asistente con timidez, del lado de Apam está siempre Concha que es el más asesino y el más cruel de los realistas.

—Cuando lleguemos cerca de sus dominios, si acaso llegamos con bien, daremos los rodeos que sean necesarios, pues mi intencion es acercarme lo más que sea posib'e á la ciudad de México para ponerme en relacion con algunos amigos.

—Vamos á México? preguntó el criado abriendo la boca inmensamente.

—Allá veremos: lo que interesa es que podamos pasar con bien por cerca de los destacamentos que encontremos de aquí á Orizaba.

Y siguió dándole instrucciones para el caso de que los detuvieran ó solamente los interrogaran, pues para cualquier evento el mayordomo había dado un papel

al asistente en que decía que era mozo de la Hacien da que llevaba á su cargo asuntos de la misma. Así quedaba muy bien explicado que siguieran aquel camino por donde hacia pocas semanas que habían pasado los dueños de la finca.

Otra de las cosas que más mortificaba el amor propio de Victoria era pensar que se les aprehendiera y que una vez aprehendidos fueran á echarle de ver que tenia el semblante teñido con humo de ocote y ganas le daban de prescindir de aquel disfraz aunque todo se echara á perder; pero en seguida se tranquilizaba haciéndose la reflexion de que solo así podia tener algunas probabilidades de ver á Aurelia y de que en tiempo de turbulencias políticas todos los medios son disculpables para llegar á un objeto, así como todos los ardides son lícitos para burlar á un enemigo que no dispone de tribunales sino para condenar á muerte á los que tienen la desgracia de caer en sus manos.

Lo cierto era que nuestros viageros no las llevaban todas consigo y que, azorados como hubían quedado en sus últimas campañas, creían encontrarse con enemigos formidables á cada vuelta que daba el camino; pero los tiempos habian cambiado completamente y ahora apenas se fijaba la atención en las gentes que cruzaban los campos, absortos como estaban los realistas en lo que estaba sucediendo, tanto en la antigua como en la Nueva España, de modo que más se ocupaban de leer los papeles diversos que ya se publicaban merced á la libertad de imprenta y en comentar las noticias y abultarlas. Si habia insurgentes, éstos

se hallaban por el Sur, por Nueva Galicia y por Colima y maldito si se acordaban de que quedara alguno por el Oriente, ni nadie en ese particular podía darles inquietudes.

Debido á este estado de los ánimos, Victoria y su asistente pudieron pasar sin peligro por en medio mismo de los destacamentos y solo encontraron pocos convoyes custodiados por tropas, sin que nadie los inquietara en lo más mínimo, pues cuando mucho uno que otro curioso les preguntaba de donde venian, á donde iban y que se sabía de novedades por Veracruz.

—Ya ves, dijo Victoria alborozado á su asistente viendo que no eran objeto de la menor pesquisa, podemos entrar á la misma capital.

—Señor, respondió el buen hombre meneando la cabeza.

—Vamos adelante.

Y siguieron adelante hasta hallarse en las calles de la capital.

—Ahora vamos buscando una posada humilde.

Y en efecto, encontraron una, cerca del mercado, que ni mandada hacer; pues aunque hubiera mucho movimiento, era de los rancheros de los contornos y de comerciantes pobres que venían á sus negocios y no se ocupaban de los demás.

Tomaron un cuarto, sacaron sus ropas, Victoria acabó de quitarse el poco tizne que le quedaba y que ya no le daba el aire de negro sino de carbonero, se vistieron algo mejor y salieron del meson al oscurecer.

Preguntar por Arrillaga, era cosa sencilla lo mismo

que saber en donde estàba ubicada su casa; pero despues de eso, ¿podría y debía Victoria presentarse en ella sin correr el mayor riesgo? ¿No tomaria aquel un empeño decisivo en indultarlo y estaria en manos de Victoria impedir que lo descubriese todo con el buen propósito de volverlo á la vida privada?

Mientras se resolvia estas y otras preguntas obtuvo el informe de que Arrillaga tenia su casa en la calle de Cordobanes.

—Vamos allá, dijo á Teodoro que era, segun dijimos ya, el nombre de su asistente.

La puerta estaba abierta de par en par y una gran farola iluminaba el zaguan, no apareciendo mas luces sino en los balcones del centro que eran probablemente correspondientes al salon principal, viéndose detras de las vidrieras pasar de cuando en cuando algunas sombras. En una de esas veces y cuando Victoria estaba ocupado en aquella observacion exclamó sin poder contenerse:

—Aquella es Aurelia! ¡oh! conozco muy bien su talle y su perfil.

El amor es mal consejero. Desde luego dió Victoria algunos pasos para entrar á la casa, con el objeto de descubrirse y echarlo todo á perder; pero se contuvo cuando oyó la voz de Teodoro que le dijo:

—Señor, ¿qué va Ud. á hacer? ¿no vamos á ver primero á los amigos que Ud. queria?

—¡Ah! tienes razón, soy un insensato; pero ¿de qué manera hago saber á la hija de Arrillaga que estoy aquí?

—¿No será mejor presentarme yo y decir que he venido despachado por su señoría á saber algunas noticias?

—No me llames señoría ni general, que alguno puede oirnos. Ahora mismo vas á entrar con cualquier pretexto y luego que puedas entregas á Aurelia un papel que voy á escribirle.

En la primera tienda que encontraron abierta escribió Victoria estas lineas: "Aquí estoy, bien mío, ¿qué debo hacer para verte y hablarte?"

Despues de esto se combinó lo que había de decir Teodoro en la casa y el general le dijo que iria á esperarlo en la posada.

Lo vió entrar y se quedó de pié en la acera de en frente con el corazon palpitante. Pasaban algunas personas que se quedaban viéndole; temió hacerse sospechoso y aunque contra su voluntad tuvo que ausentarse, porque creia que, permaneciendo allí, algo podia observar de lo que iba á pasar.

Una vez que se fué desvaneciendo la impresion que habia recibido, comenzó á fijarse en las conversaciones de las personas que formaban corrillos en las esquinas. Con mucha frecuencia se pronunciaba el nombre de Iturbide.

—Hacia años que no sonaba el nombre de este fatídico personaje, se dijo en su interior y siguió, volviéndose todo oidos.

—Es muy valiente Iturbide, dijeron en una de las veces, y lo que es él sí hará lo que no ha hecho Armijo.

—Pues que hará?

—Acabar con Guerrero y con todos los insurgentes del Sur.

—En caso de que ellos no acaben con él, exclamó un tercero con voz aguardientosa, pues además de que ya tienen mucha gente se hallan entre montañas inaccesibles.

En otro grupo de personas mejor vestidas oyó parte de una conversacion que le pareció mas importante: los conspiradores de la Profesa habian triunfado del Virrey, es decir, este se habia echado en brazos de los inquisidores y jesuitas, quienes habian conseguido el nombramiento de Iturbide como comandante del Ejército del Sur, gefe que era todo hechura del canónigo Monteagudo. Iturbide no haria en el Sur mejor campaña que Armijo, pues de lo único que se trataba era de ganarse á Apodaca para la causa de la Profesa ó derribarlo.

Victoria no necesitaba saber mas para considerarse bien orientado: algo muy serio iba á suceder y de cualquiera cosa que sucediera de lo que se decia, los independientes podian sacar un gran partido, tanto mas cuanto que en una de aquellas conversaciones se dijo que habia llegado la ley de amnistía para los presos políticos como consecuencia de la jura de la Constitucion y que solo porque Bataller se oponia mucho á ella no se habia publicado. De modo que tal vez pronto iban á quedar libres Bravo, Rayon, Mier, Osorno y demas patriotas que se encontraban con grillos en los piés en las prisiones de Estado.



Iturbide cogió la mano del Virrey, se la besó y la cubrió de lágrimas.

—Entonces es necesario que yo me encuentre cuanto antes entre los mios, en las costas de Veracruz, para estar apercibido á lo que pueda resultar, se dijo para sí Victoria, lo que importa es que yo vea pronto á Aurelia para poder marcharme.

El resto del tiempo hasta las nueve lo pasó el general muy inquieto respecto de la suerte que habria corrido á Teodoro. A esas horas se presentó el criado alargándole desde luego un papel. Victoria se aproximó á la vela con avidez y á su opaca luz leyó lo siguiente:

"Mi temerario amigo: Tengo un susto horroroso con la grandísima imprudencia que has hecho. No me ocurre otra cosa sino que nos veamos mañana en la primera misa de la iglesia de la Enseñanza, que está á dos pasos y á donde puedo ir acompañada de Susana. Cualquiera que sea el resultado, aunque no podamos cruzarnos una sola palabra sino solo vernos, júrame que partirás inmediatamente porque no tengo vida mientras no sepa que estás fuera de todo peligro."

Despues que el general hubo leido varias veces el contenido de este billete y estrechádolo otras tantas sobre su corazon, dijo á Teodoro que le diera pormenores. Por supuesto que su entrada á la casa de Arrillaga habia sido una sorpresa para todos, pues que los criados, exceptuando el portero, habian estado en la hacienda y lo conocian. ¿Qué novedad hay por allá? ¿qué es lo que ha sucedido? eran las preguntas que todos le dirigian á las que no contestaba nada sino que tenia que hablar con el amo. Este tenia de

visita á una familia en la sala y habia allí ademas dos sacerdotes, de modo que Teodoro tuvo que esperarse en el corredor á que se fueran las visitas, conversando con la costurera y con uno de los mozos. En una de tantas veces salió Aurelia de la sala y la costunera le salió al encuentro para decirle: Aquí está Teodoro, aquel que dejamos en la hacienda! Entonces la niña habia estado á punto de desmayarse con la sorpresa. En seguida le tendió la mano y toda turbada le dijo que la siguiera á su recámara, en donde ya solos lo primero que él hizo fué entregarle el papel.

—¡Vírgen santísima! habia exclamado, ¿es posible que haya venido el general?

—Tan ha venido que todavia puede ser que esté plantado allí enfrente ó en medio de la calle, habia contestado Teodoro.

—¡Qué locura! Tras esta exclamacion le habia aturdido á preguntas sobre los incidentes del viaje, sobre su estancia en la hacienda, sobre los disfraces que habian traido, sobre su entrada á México, sobre las informaciones que habian hecho para dar con la casa, sobre la vacilacion del general para presentarse, en suma, sobre todos y cada uno de aquellos pormenores que parecian interesarle mucho, á todo lo que habia contestado Teodoro, segun Dios le habia dado á entender, hasta que ella concluyó por rogarle que esperara un momento mientras escribia el papel de que habia sido portador.

Victoria apenas respiraba mientras escuchaba la relacion de Teodoro hecha con una sencillez pastoril.

—Está bien, habia dicho despues de una hora larga de conversacion, ahora vámonos acostando para disfrutar de un descanso que bien necesitamos y porque es necesario estar en pie antes de las cuatro de la mañana.

El general no pudo conciliar el sueño desde luego haciendo reflexiones sobre aquella extraña cita en el templo. Indudablemente que allí no podrían hablarse si no era cuando mas dos ó tres palabras, si acaso, para no llamar la atención de los devotos; pero convino en que la jóven habia obrado con discrecion, pues que una entrevista por los balcones á media noche hubiera sido para él muy peligrosa. Las autoridades eran muy celosas para no dejar á nadie andar por las calles en las altas horas de la noche y aun despues de las nueve; pero en la madrugada aunque reinara la mas profunda oscuridad, ya era otra cosa, pues á nadie se podia evitar que fuera á misa ó á su trabajo muy temprano, de modo que desde las dos ó tres de la mañana ya todo el mundo tenia carta blanca para pasearse. Logró, sin embargo, dominarse, porque estaba fatigado del viaje, pero ya á las cuatro caminaba acompañado de su criado para la Iglesia de la Enseñanza sita en la misma calle de Cordobanes, donde vivia su novia. Los dos hombres fueron los primeros que entraron cuando el sacristán abrió la puerta de la Iglesia y tomaron sitio á la entrada en el rincon de la derecha. No se habian pasado cinco minutos cuando se oyeron las campanadas de la primera llamada para la misa. Nunca habia estado Victo-

ria mas atento á esta forma de llamar á los fieles, golpeándole cada campanada en el corazon. Cuando comenzó la segunda llamada, pasando un rato, vió á la hija de Arrillaga toda cubierta con un manto, que entró seguida de una vieja.

No fué necesario que tosiera ni que suspirara: el solo instinto de la jóven bastó para que lo descubriese inmediatamente en el punto donde estaba.

Las dos mujeres se arrodillaron en el centro, se persignaron y en seguida la mas jóven dijo unas cuantas palabras á la vieja la cual se levantó y fué á arrodillarse cerca del altar. Aurelia se levantó á su vez y fué á sentarse en una banca que habia al lado, haciendo con la cabeza una señal para que él se aproximara. Este fué á arrodillarse luego detras de la banca, pero muy cerca del respaldo y del sitio en que estaba la jóven.

—Solo un instante podemos hablar, le dijo ésta, no tarda en comenzar á venir mucha gente.

—Pues lo aprovecho para decirte que no puedo vivir ausente de tí, que te adoro.

—¿Cuándo te vas?

—Cuando tú me lo ordenes.

—Hoy mismo. No quiero que vayas á ser descubierto. Mi familia ha sospechado algo porque yo tambien cometí la imprudencia de encerrarme largo rato en mi recámara con Teodoro.

—Sospechan que estoy aquí?

—No, pero que el criado me ha traido un recado tuyo.

—Tu mano!

La jóven extendió el brazo por debajo de la tabla del respaldo que dejaba un amplio intersticio y entonces siguió una escena muda en que Victoria inclinándose como si orara, cubria de besos la mano y la muñeca sedosa de la jóven.

Apenas comenzó á sonar la tercera llamada de la misa cuando empezaron á entrar los devotos en grupos.

—Ya, dijo Aurelia, levántate y ve á ocupar tu sitio, á la salida nos veremos por última vez y nos diremos adios con los ojos, tal vez para siempre.

—Yo te juro que volveré, porque ahora ya tengo motivos poderosos para cuidar mi vida.

—Adios! adios!

Oprimió Aurelia la mano de Victoria ligeramente y retiró la suya.

La vieja vino entonces á ocupar su sitio cerca de la jóven á la vez que el general volvió de puntillas al rincon donde estaba Teodoro.

Todo el tiempo que duró el santo sacrificio, Victoria tuvo clavados los ojos en su adorada, la cual solo tres veces volvió la cabeza y en una de ellas tenía el semblante lleno de lágrimas.

—Llora! la hago sufrir! exclamó Victoria, tambien yo hago un esfuerzo enorme para contenerme.

La despedida fué muda pero elocuente, ambos se mandaron el corazon entero en la rápida mirada que cruzaron,

Uua hora después amo y criado salian por la garita de Guadalupe.

—Señor, ¿y los amigos políticos que iba á ver V. S ?

—Yá los ví anoche y supe todo lo que queria. Luego volviendo los ojos á las hileras de casas que presto iban á perderse de vista, murmuró Victoria:

—¡ Aurelia, Aurelia !........¡ Adios !

—

CAPITULO XXIX

¡FARSANTE!

Antes de que oscureciera ya estaba Monteagudo en la casa de Iturbide, y si bien le habia indicado que redactarían allí el plan, ya iba preparado con unos papeles manuscritos formando un cartapacio, y que no eran otra cosa sino los proyectos que de años atras habia estado forjando el quisquilloso canónigo:

—Al fin, para evitarnos trabajo, me he traido todo lo que se ha venido tratando en nuestras juntas de algun tiempo á esta parte y entre lo cual puede ensncontrar su señoría mucho bueño para cuando se presente la oportunidad.

Al efecto, le leyó algunos de los planes que se habian forjado en la Profesa en contra de la Constitucion española, ya declarándose que no era adaptable

en América por varias razones, ya obligando al Virrey á separarse temporalmente de la sumision al gobierno de la Península ó ya haciendo francamente la declaracion de la independencia con un monarca escogido entre los príncipes de la familia reinante para el caso de que no aceptara la corona el mismo Fernando VII.

Iturbide estuvo oyendo leer pacientemente todos aquellos mamarrachos y solo por decir algo pronunció estas palabras:

—Mucho le estimo, querido y respetable señor doctor, que ya me haya traido escrito todo eso, porque yo no me siento ahora con alientos de discurrir nada con esta cabeza. Tuve que meditar mucho la contestacion al Exmo. señor Virrey, aceptando el alto empleo con que me ha honrado y he tenido que estar haciendo algunos arreglos para mi viaje que quiero sea pronto.

—¿Qué dijo su señoría al Virrey?

—Que á pesar de ser nocivo para mi salud el clima del Sur, en donde siempre que he estado he padecido fiebres, solo por dar ejemplo de obediencia voy á hacer tan pesada campaña, anticipándole mi peticion de que me releve del mando tan luego como la concluya.

—Entiendo que es una contestacion política, porque supongo que su señoría no pensará de modo alguno dejar el mando de tropas, verdaderamente.

—Yo no pienso hacer sino lo que me ordenen mis amigos y superiores. Por otra parte, he de trabajar

tanto por distinguirme en ésta campaña á fin de que se note alguna diferencia entre mis dotes militares y las de Armijo, que en lo sucesivo se me tenga como el brazo derecho de la autoridad.

—¿Y cuál es su plan? preguntó Monteagudo sonriéndose con satisfaccion.

—Mi plan es muy sencilllo: pedir al Virrey cuantas tropas pueda darme: acabar en dos por tres con los insurrectos, y cuando ya esté victorioso y puesto á la cabeza de un gran ejército, exigir del Virrey que se decida á proclamar la independencia de la Nueva España.

—¿Fundándose un nuevo Imperio naturalmente?

—Naturalmente, contestó Iturbide.

—Bueno: en ese caso hay que conservar el plan en el mayor sigilo.

—Y tanto, que yo desearía que Liñan fuera el último que lo supiera.

—¿Por qué?

—Porque se me ha puesto en la cabeza, ó que es un espía del Virrey, encargado de averiguar cuanto hacemos en la Profesa, ó un militar ambicioso que acecha por su propia cuenta la ocasion de imponerse. Ahora está lleno de rabia porque no fué él el escogido para sustituir á Armijo.

—Era un convenio anticipado que alguno de los dos sería el nombrado.

—Yo tambien estaria ciego de ira contra él si hubiera sido el preferido.

—Alabò la franqueza de su señoría y considero

que tiene razon. Ahora lo que interesa es, que solicite que lo hagan brigadier para que lleve la misma categoría que ha tenido Armijo.

—¿Yo?

—Por supuesto: ya el teniente coronel Badillo tiene instrucciones para apoyar esa pretension, y su señoría puede escribirle una cartita suplicándoselo, lo cual le indicará que su señoría queda en la creencia de que le debe directamente el servicio.

Iturbide convino en todo, muy admirado de que los eclesiásticos fueran tan previsores, y murmurando en su interior: "Es preciso que yo marche pues ligado con esta gente."

El Doctor Monteagudo terminó su conferencia con un golpe maestro:

—No es un misterio para todos los amigos que nos reunimos en la Profesa, le dijo á Iturbide, que el estado de la hacienda de su señoría no es muy bonancible y le hemos reunido estas cien onzas de oro que no suman una gran cantidad pero que pueden servirle en algo para sus gastos de viaje ó para dejarlas á su familia, en la inteligencia de que á esta nada llegará á faltarle mientras estemos aquí nosotros,

Iturbide comenzó por rehusar, pero como las onzas cayeron del fondo de los bolsillos del Doctor sobre la mesa, haciendo un ruido muy armonioso y tenian un brillo en extremo seductor arrancado por los rayos de dos bujías que las herian de frente, no pudo menos que aceptar el donativo con reconocimiento, haciendo sin embargo una salvedad.

—Las acepto ahora, dijo, pero ofreciéndome el querido señor Doctor que admitirá despues el reembolso.

—¿Cuándo será ese despues?

—Cuando esté coronado nuestro triunfo probablemente, contestó el militar.

—Entonces con el triunfo mismo quedarémos bien pagados, exclamó el Doctor dando un apreton de manos á Iturbide y saliendo del aposento que ocupaban, apresuradamente.

Cuando Iturbide quiso alcanzarlo en el corredor para acompañarlo y repetirle sus agradecimientos, el canónigo habia desaparecido.

—¡Vaya! dijo frotándose las manos, quiere decir que lejos de opacarse, desde hoy comienza á brillar con mas luz mi estrella,

Y ya no salió en esa noche, sino que en la mayor parte de ella se estuvo escribiendo metido en su aposento. ¿Qué escribía? Una lista de los jefes y amigos que tenia en el ejército y otra de las personas de México que deberia tener presentes si lograba dar buen desarrollo á sus proyectos, y como ambas listas eran largas y necesitaba al poner cada nombre agregar algunas anotaciones, fué la causa de que aquel trabajo le entretuviera mas tiempo que el que habia pensado consagrarle.

Al dia siguiente en que se supo en toda la ciudad el nombramiento con que habia sido agraciado, se vió su casa inundada por todos los amigos que ya se habian alejado y que ahora volvian como si hubiera

sido apenas ayer la época de su buena fortuna. Para todos tuvo frases amables y buenas promesas, fingiendo tambien por su parte algo como una renovacion de los tiempos del Virrey Calleja en que por su crueldad era uno de los predilectos de aquel personaje.

Por supuesto que no faltó el coronel Liñan, el cual disimuló todos sus celos y su desengaño, y quien no dejó de decirle aparte cuando salió á acompañarlo:

—¿Y qué sucede de nuestro convenio aquel?

—Que aunque nuestro convenio aquel era para cuando alguno de los dos fuera nombrado gobernador militar en esta ciudad, estoy dispuesto á pedir al Virrey que se venga vd. en mi compañía.

—No: yo me reservo para cuando me mande á batir á su señoría, le contestó sonriéndo Liñan.

Iturbide no pudo menos de estremecerse, pero se apresuró á decirle con fingida ingenuidad:

—No: ya todo aquello que pensaba se me ha desvanecido como el humo. Yo nunca seré traidor: el magnífico conde del Venadito, que me tiene agobiado con sus bondades, me ha desarmado, y hoy seré mas fiel que nunca á la causa realista.

—Así sea. Y hablando con formalidad, ya sabe su señoría que somos amigos.

Liñan se fué é Iturbide no dejó de quedarse un poco pensativo diciendo para sus adentros:

—Este Señor Liñan, lo mismo que Bataller, siempre quieren pisarme la sombra.

A la vez que esto pasaba, otro suceso no menos ruidoso, producia tambien grandes comentarios entre

los habitantes pacíficos de la capital: el Virrey, contra la opinion de la mayor parte de sus consejeros, se habia decidido á publicar la ley de amnistía para los procesados políticos expedida en España, y en virtud de ella se habian abierto las puertas de las prisiones y habian salido en libertad la Corregidora de Querétaro que llevaba once años de sufrimientos, el Dr. Mier que durante cinco habia impedido que se le fusilara á fuerza de dar interminables declaraciones que hicieron su causa la mas voluminosa de entonces; el general Bravo, que segun la expresion de Apodaca, parecia un príncipe prisionero mas bien que un insurgente; Rayon, Osorno y otros varios que solo por milagro habian escapado la vida, así como una multitud de eclesiásticos que gemían en las mazmorras del Santo Oficio, siendo todos estos prisioneros atendidos y saludados por sus familias y sus amigos, que tan pocas esperanzas tenian de verlos en sus brazos, lo cual hizo decir á las gentes del mercado:

—Algo le va á suceder al conde del Venadito.

—Esto no puede ser sino el preludio de cosas muy gordas.

—Ya verán como el dia menos pensado, nos viene la órden de España de que esto se vuelva República.

Y otra multitud de ocurrencias por el estilo que hacian poner alegres á las comadres y que repetian los ociosos en los corrillos que en aquel tiempo desempeñaban con gran éxito el papel de gacetas.

Entre tanto Iturbide menudeaba sus visitas á Pa-

facio, ya para recoger el despacho de brigadier que se le habia acordado, superior entonces al de simple coronel, ya para acordar con el del Venadito algunos asuntos relativos á la campaña, entre los cuales eran los principales una grande aglomeracion de tropas que debian de ponerse á sus órdenes para que la campaña pudiera tener un éxito completo y decisivo y el dinero suficiente para que sus operaciones no fueran á sufrir retardo alguno por falta de tan precioso elemento. El Virrey que estaba completamente fascinado con el lenguaje incisivo de su nuevo paladin, así como por los desmesurados elogios que de él se hacian en su presencia, no solo no se negaba á nada, sino que antes bien se apresuraba á complacerlo más allá de sus deseos, allanándole dificultades. Aunque el tesoro no estaba muy bollante, mandó que se le entregaran cuantos fondos hubiese en las cajas que eran unos quince ó veinte mil pesos, y respecto de tropas dió las correspondientes órdenes para que cuantos destacamentos hubiese entre Valladolid y Oaxaca se pusieran á su disposicion, engrosando los tres mil hombres que tenian Armijo y Rafols con otros tantos que se encontraban en puntos distantes; demostrando Iturbide el mayor empeño en que fueran cuerpos de los que él antes habia mandado como el de Celaya y el de la Corona, los que primero habian de incorporársele, pues que solo con aquellos valientes soldados que le eran tan conocidos podia responder del éxito de la campaña que se le habia encomendado.

Habiendo recibido Iturbide su nombramiento de

comandante de la linea del Sur el dia 9 de Noviembre, apenas perdió ocho dias en preparativos, haciendo su ruidosa salida el dia 16 seguido de un brillante Estado Mayor que se habia formado y de muchos de sus amigos de truhanerias que salieron á dejarlo hasta dos leguas afuera de la capital. Entre los olvidos que sufrió, y despues estuvo lamentando mucho, fué no haberse llevado consigo un buen secretario que le desempeñara su correspondencia y una imprenta que ya entonces la época hacia del todo indispensable.

Pero al fin salió de México lleno de poryectos, lleno de ilusiones y mas lleno aún de esperanzas.

Ya el dia 19 se detuvo en la hacienda de San Gabriel para empezar á escribir á Apodaca una serie de cartas muy melosas y casi apasionadas, que es el sistema que siguen los pícaros cuando quieren engañar. El principio de cada carta era: "Mi muy amado y respetado general;" y luego, despues de una tirada de lisonjas, le decia tambien: "Asi, pues, mi amado general, me tomo la libertad de rogarle particularmente con el mayor encarecimiento, que se digne poner á mis órdenes todas las tropas que le he pedido para esta campaña. Un esfuerzo digno de V. E. hecho en el momento es el que va á decidir de la accion. Lo espero con la mayor confianza, porque V. E. no puede dejar de conocer con su perspicacia y ojo militar que la oportunidad perdida en la guerra suele ser la desgracia de un reino y que esta oportunidad muchas veces no es de un mes ni de un dia, sino acaso de un

segundo. Ejecutado el golpe que tengo meditado, etc." Sigue Iturbide insistiendo en que se le manden las tropas.

Y el Virrey de su propia mano pone al márgen: "Contestarle con atencion y que no dudo se conseguirá la pacificacion si como espero pone todo su celo y conato en verificarla, lo que le llenará de gloria y proporcionará sus adelantamientos."

Cuando Iturbide recibió esta contestacion amplea-da con las ampulosas frases del secretario del Virrey, no pudo menos de sonreirse y exclamar:

—No parece sino que estamos jugando á la gallina ciega. Yo le pido tropas, muchas tropas, y S. E. me manda muchos consejos y muchas palabras dulces en la forma, pero sin sustancia en el fondo. Parece que el buen viejo se resiste á caer en la trampa. No hay mas que seguirle carteando. Y á renglon seguido le escribió una tras otra cinco cartas.

El Virrey lo complació mandándole la mayor parte de las tropas que le habia pedido; pero no contaba con recursos y entonces aquel le escribió el 10 de Enero de 1821 desde Teloloapam, diciéndole entre otras cosas:

"........... plegue al cielo que antes de concluir febrero podamos bendecir al Señor Dios de los Ejércitos y tributarle en el sacrificio incruento las mas sumisas y reverentes gracias porque nos haya concedido la paz completa en este reino, y *aunado los intereses de todos los habitantes.* Para lograrlo es necesario valerse de todos los recursos posibles y V. E. sabe me-

jor que yo que la *moneda distribuida oportunamente con una prudente liberalidad*, es un agente muy poderoso, pues por ella muchos hombres aventuran su vida y hacen esfuerzos que no practicarian por ningun otro estimulo."

Siguen otras muchas preciosidades de que se hace gracia al lector pues que con esas lebastan para penetrarse de toda la bellaqueria de Iturbide. Cuando volvió á leer su carta no pudo menos de reirse á carcajadas y exclamar:

—¡Ah! viejo zorro, así como estás soltando los soldados, tienes que soltar tambien las platas para lo que pueda ofrecérseme. O aflojas el cordon á la bolsa ó yo no entiendo una palabra del lenguaje que se debe usar con los que mandan para echarlos en la ratonera. No soltará gran cosa el conde del Venadito porque es muy avaro y muy resistente; pero cualquier cantidad que me mande me servirá mucho para las múltiples operaciones que voy á emprender.

Como el dinero no llegaba, el 1º de Enero le escribió una de las cartas mas gordas, diciéndole que el obispo de Guadalajara le habia prestado 25 mil pesos de persona á persona y que además sobre sus fincas habia conseguido 35 mil pesos, cuyos 60 mil pesos era urgente que se pagaran para que no se agotara el crédito y á cuyo sacrificio habia ocurrido porque era más interesante para él mantener á sus soldados que el bienestar personal. Por supuesto que todas eran mentiras, como asegura Betancourt, pero

consiguió que el Virrey le contestara que *no dudaba que el buen y pronto éxito de sus operaciones contra los sediciosos le recompensaria en sus sacrificios*. Con esto le significaba que podia tomar de la guerra lo que gastaba en la guerra, esto es, que no tuviera escrúpulo en hacerse pagar por los pueblos, ya miserables por tantas gabelas, que iba á conquistar.

—¡Viejo mentecato! exclamó Iturbide luego que leyó esa carta del Virrey, lo que yo quiero es que me mande dinero y se hace el sordo y el desentendido.

Y entonces le apretó tanto y tan duro, que al fin Apodaca le situó doce mil pesos en Cuernavaca, encargándole á la vez que le diera cuenta muy detallada de lo que iba á hacer con ellos.

—¡Mamon en boca de perro! exclamó Iturbide. pues entonces ya se usaba ese dicho; pero convencido de que Apodaca no soltaria mas recursos, se dedicó á seguirle sacando soldados y pertrechos de guerra en abundancia, que para eso no se mostraba aquel tan mezquino, proponiéndose agenciar el dinero que le hacia falta por otros resortes.

Se encontraba entonces Iturbide en el punto llamado San Martin de los Lubianos en donde se le presentó pidiéndole indulto el coronel anglo-americano Juan Davis Brandburn, uno de los mas valientes y mas entendidos oficiales que vinieron en la expedicion de Mina y que habia prestado grandes servicios á la causa de la independencia de México,

el cual estaba acompañado de otros doce insurgentes de alguna importancia.

¡Jesus mil veces! Nunca se presentó hombre alguno á rendir sus armas al enemigo con mayor oportunidad. Iturbide necesitaba de estos golpes de fortuna para aparecer muy grande á los ojos del Virrey, de manera que estimó la aparicion de Brandburn en su campo como si hubiera alcanzado la mas señalada victoria. Primero hizo grandes fiestas á los indultados no recibiéndolos como vencidos sino como vencedores, agobiándolos con demostraciones afectuosas, con fiestas, con marcadas atenciones, con descargas hechas en su honor y con otra multitud de regocijos ordenados para darles la bienvenida é inmediatamente despues mandó correo tras correo al candoroso Virrey diciéndole que el poco dinero de que habia podido hasta entonces disponer estaba obrando prodigios, que sus medidas hábilmente dispuestas, que el prestigio de su nombre y que el saberse de fijo que él si iba de cierto á emprender una vigorosa campaña, estaba desconcertando á tal punto á los insurgentes que el principal de ellos, pues por tal tenia al llamado coronel Brandburn por sus conocimientos y valentía, habia corrido á someterse con los guerrilleros mas notables de la comarca y que la presentacion de aquellos hombres equivalia á que se le hubiera sometido un ejército, pues que tanto como este valian ellos peleando en las montañas; que con el indulto del gefe americano, Guerrero habia perdido su brazo derecho y habia quedado debilitado y muy desmora-

lizadas sus fuerzas, por lo que en adelante iba á facilitarse mucho el éxito de aquella campaña para la cual solamente se necesitaban bastantes recursos, mucha y buena tropa, é inagotables pertrechos de guerra, siendo indispensable que se mandaran montar bien las piezas que habia en Acapulco, que se le mandaran los dragones de la Frontera y que viniera con ellos Epitacio Sanchez que era el único hombre de valor en quien tenia la mas absoluta confianza, porque conocia bien á la clase de gente que se iba á batir y todos los del Sur le temblaban conociendo mejor que nadie sus hazañas.

El virrey no le mandó mas dinero por lo pronto, pero sí le felicitó mucho por las ventajas adquiridas, mandó componer las cureñas, ordenó que marcharan Dragones de la Frontera y que fuera con ellos el mentado Epitacio Sanchez.

De modo que Iturbide á fuerza de cartas plagadas de mentiras, de pomposos ofrecimientos y de adulterar mucho lo que sucedia, logró no solo embaucar completamente al buen Apodaca, sino hacerse su niño mimado, á tal punto que él mismo decia á los que habian trabajado por metérselo por los ojos, que era una verdadera joya, un hombre activísimo y de cualidades sobrenaturales, por mas que en cerca de dos meses como á todos constaba, no hubiera hecho por sí nada de provecho, pues lo del sometimiento de Brandburn habia sido una mera casualidad cuando por una serie de circunstancias estaba ya decidido á dejar una

causa á la que no veia mas perspectiva que la de sufrir un dia ú otro un fracaso, por lo que con cualquiera otro gefe se habria presentado de buena gana en aquellos momentos que eran para él los que consideraba mas propicios.

Una vez que Iturbide se habia casi redondeado obteniendo en pocos dias relativamente cuanto habia querido del Virrey, cosa no comun en aquellos tiempos en que los subalternos tenian que sujetarse ciegamente á lo que se les mandaba sin poner de su parte mas que lo pasivo, se ocupó en formar un plan de campaña para someterlo como una muestra de deferencia, á la aprobacion del Virrey.

Segun esos planes, el teniente coronel Maya con una division cubriria la línea de Acapulco á Chilpancingo, teniendo este ademas dos secciones volantes una de doscientos cincuenta hombres para recorrer la costa y otra de cuatrocientos para internarse en la sierra y perseguir de cerca á las partidas de americanos que por allí se encontraban.

Cuando llegara el teniente coronel Francisco Berdejo, pasaria luego el rio para ocupar la sierra de la Coronilla, concluyendo con las partidas que hubiera y siguiendo luego á Guerrero en combinacion con Maya. Si me alcanzare la fuerza, continuaba diciendo, estableceré un fuerte destacamento en Tetela para depósito de municiones y víveres, y tendré á mano los recursos. Por esta parte del rio deberán obrar otras dos secciones combinadas con las de Rafols pa-

ra perseguir por todas partes á Ascencio y destruirle las fortificaciones del Gallo, Cobre y Teotepec, y cuidar el rio para impedir el paso á Guerrero. Aparte de todo esto, que ya era mucho, se estableceria un fuerte destacamento en el Palmar y otro en Atlataya, quedando una seccion volante de doscientos cincuenta hombres para acudir á cualquiera necesidad, seccion que cuidaria con especialidad de la línea de Tasco, Iguala, Tepecacuilco y Huisuco; todo esto se haria con la division que mandara el teniente coronel D. José Antonio Echávarri que se esperaba de Huetamo.

—¡Qué hombre prodigioso! exclamaba el buen Apodaca, este si es el verdadero genio de la guerra, este sí va á concluir con todos esos terribles insurgentes que no ha podido reducir Armijo y que tanto se han envalentonado con sus dejadeces, este sí me dará un dia de gloria.

Y entonces lleno de celo, como si se tratara de cuidar á un hijo, le escribía á Iturbide que tuviera mucho cuidado con Guerrero que un D. M. D. de la haciendade Laureles le había comunicado ciertos planes .....

—Descuide V. E. le contestó luego Iturbide, estoy al cabo de ellos, por cuyo motivo he sacado de Tasco y Cuernavaca los patriotas formando una seccion de 350 hombres y puesto yo á la cabeza volé á impedirlos........... medida que produjo tan buenos efectos que bastó para paralizar á Guerrero y Ascencio, quienes menos podrán intentarlos en lo sucesivo con la llegada del regimiento de Celaya. Apenas pensarán en los medios de huir en lo sucesivo........ quizás ya nada les saldrá conforme á sus deseos."

—¡Maravilloso! esclamaba el buen Apodaca, este es mi hombre.

Ahora vamos á ver despues de tanto bombo cuales fueron los primeros pasos de aquella memorable campaña.

CAPITULO XXX.

AL PRIMER TAPON...........

Ahora tenemos que retroceder al mes de Diciembre para que podamos presenciar la llegada del regimiento de Celaya que habia estado antes al mando del coronel Iturbide, á Teloloapam. punto en que el gefe del Sur habia establecido, por de pronto, su Cuartel General.

Cuando se le avisó que ya venia cerca, lo cual consideró como un acontecimiento maravilloso. salió hasta cuatro leguas á recibirlo acompañado de su brillante Estado Mayor, sintiendo al verlo lo que se siente cuando se ve uno rodeado de sus mejores amigos, por mas que el cuerpo desde que él no lo mandaba, estuviera completamente reformado en el personal de la tropa aunque no mucho en las clases ni en la oficialidad. El saludó á sus antiguos compañeros quitándose el sombrero y dirigiéndoles algunas palabras

cariñosas: ellos le aclamaron pero no con mucho entusiasmo y antes bien conociéndose que se hacían violencia.

Iturbide lo notó pero se hizo el disimulado y dió órden al capitan Aguirre que llevaba el mando interinamente para que siguiera la marcha. Entonces aquel empezó á ver qué oficiales venian de los que habían sido antes sus muy amigos y encontró al frente de la tercera compañía al capitan D, Francisco Quintanilla que recordaba habia sido uno de los que le demostraban mas afecto.

—¡Ah! mi querido capitan Quintanilla, le dijo, á usted lo buscaba para saludarlo personalmente.

—Es mucha honra, mi coronel.

—Como hemos sido siempre tan buenos amigos, y como yo no he visto á mis oficiales sino como si fueran mis hijos, es el motivo porque estaba esperando a mi regimiento como si llegara mi familia.

El capitan fijó la mirada en Iturbide como para descubrir el grado de sinceridad que habia en sus palabras.

Continuaron la conversacion, adelantándose mucho Iturbide de los soldados como para obligar al capitan á que lo siguiera, y cuando estaban de modo que no podian ser oidos por nadie, le preguntó Iturbide:

—Y qué grado de confianza puede tenerse ahora en el Regimiento?

—Confianza para combatir, mi coronel?

—Confianza para todo lo que se ofrezca.

—El regimiento ha variado algo, mi coronel.

—Tiene mucha adhesion al gobierno?

Quintanilla no encontró nada que contestar.

—En suma, capitan Quintanilla? se podrá contar con el regimiento si se le propusiera, por ejemplo, proclamar la independencia?

—¡Ah! entonces vuestra señoria sabe lo que ha pasado?

—Pues qué ha pasado?

—Que el regimiento estuvo á punto de desobedecer las órdenes que se le dieron para venir al Sur y que.... .los oficiales estaban dispuestos á todo.

—Bien; vuélvase á su compañía que ya sé lo principal que deseaba saber.

Quintanilla se fué muy preocupado, pues no hallaba como considerar todo aquello sabiendo que Iturbide era realista hasta las cachas, y este por su parte se quedó pensando el modo de destruir las desconfianzas que naturalmente debia inspirar á todos.

Entonces se le ocurrió un medio ingenioso digno de las épocas posteriores en que tanto se han menudeado las convivialidades.

Mandó disponer un explèndido banquete al cual no habian de concurrir mas que los oficiales de Celaya.

El pretexto era el darles la bienvenida, obsequio que parecia natural tratándose del antiguo coronel del Regimiento.

Allí no se habló una sola palabra de política, pero el gefe estuvo muy amable y muy solícito con todos, encomiándoles hasta con exageracion el cariño en-

trañable que á todos les tenia. Aquella era una fiesta de familia que hacia tiempo venia deseando que se realizara como uno de sus sueños mas gratos. No adelantó gran cosa en cuanto á inspirarles mucha confianza, pero sí logró que la alegria fuera general y que le hicieran grandes protestas de cariño.

Cuando empezaron á despedirse detuvo á Quintanilla un instante y le dijo al oido:

—Váyase usted luego para no hacerse notar; pero venga á verme en seguida.

—Qué te dijo? qué te dijo? le preguntaron todos sus camaradas.

—Que vuelva á verlo luego: yo no puedo hacer misterio de esto con ustedes que son mas amigos mios que el coronel.

—Pues anda, pero ten cuidado de que no te haga desembuchar, porque este es muy capaz de jugarnos una mala partida.

Quintanilla volvió, segun Iturbide se lo habia ordenado, y por mas que todavia le alcanzaran los humos del banquete, se mostró reservado como sus compañeros le habian dicho. Aquel quería que le explicara todos los detalles de la especie de asonada que habian hecho en el camino y el capitan se resistia, pero de un modo que bastante demostraba el temor de descubrirse sabiendo que Iturbide estaba muy ligado con el gobierno. Se trataba nada menos que de hacerle la confesion de que todos los oficiales eran partidarios de la independencia y de que por dos veces habian estado á punto de pronunciarse.

por tal de no volver á servir á las órdenes de un coronel que probablemente los obligaria á verificar ejecuciones tan bárbaras como las que habian presenciado en Guanajuato. ¿Cómo no estarian todos temblando temerosos de que Iturbide lo supiera?

Pero este que comprendió bien la situacion, le dijo desde luego:

—Aquí como usted me ve, señor capitan Quintanilla, soy el mas ardiente partidario de la independencia de la Nueva España!

—Vuestra señoria, mi coronel?

—No soy americano?

—Si, pero siempre ha combatido vuestra señoria al lado del gobierno.

—Lo mismo que todos los que hemos cambiado ya de opinion. Ahora todos los que conoció usted en México como muy realistas están cansados de depender de España, y por todos lados, tal vez hasta el virrey mismo, hablan de lo conveniente que seria establecer un gobierno propio de la Nacion.

—Me hago cruces, señor coronel, y no sé que pensar....

—Yo conozco las ideas de usted sobre el particular y por eso me descubro, capitan, ¿podemos contar con todos los oficiales?

—Mi coronel.....

—Usted me desconfia y tiene razon; pero voy á presentarle pruebas de que no me encuentro solo, de que estoy apoyado por muchos amigos de México,

y de que este es un proyecto que vengo madurando hace mucho tiempo.

Entonces abrió una gaveta que tenia encima de su escritorio y sacó de ella un rollo de papeles que estuvo extendiendo ante los ojos atónitos del capitan Quintanilla.

—Aquí tiene usted varios planes de independencia propuestos por el arzobispo Fonte, por el obispo Perez, por el canónigo Monteagudo, por los oidores Bataller y Quintana, por el cura del Sagrario, por Liñan y otros coroneles. Aquí tiene usted cartas de la Corregidora y de D. Cárlos Bustamante en que hablan del mismo asuuto, aquí tiene borradores de proclamas y cartas de mi propia letra. . . . . ¿duda usted todavia?

—No, mi coronel, ya no dudo, creo en V. S. y hoy le tengo mas cariño que el que antes le profesaba. Mande V. S. cuanto quiera y yo le respondo de que el Batallon le obedecerá ciegamente tan luego como conozca sus gloriosos planes.

Tras esto le confesó cuales eran los oficiales mas dispuestos á pronunciarse y cómo desde hacia tiempo venian conteniéndolos los mas discretos para que no se comprometieran mientras no hubiera algo que se considerara mas formal.

—Pues lo que voy yo á proponerles no puede serlo mas; pero todavia no es el tiempo oportuno, aunque si será muy pronto. Entre tanto, le exijo á ud. el más riguroso secreto.

—Y si me lo preguntan?

—Seria comprometerlo todo el decírselos.

—Son hombres de bien...........

—Pero no se puede fiar en la prudencia de todos.

—En ese caso voy á tener que sufrir multiplicados reproches.

—Poco importa, si despues todo ha de aclararse.

Entonces Quintanilla empeñó su palabra de no decir nada.

Como se lo figuró, tódos estaban ansiosos esperándolo.

—¿Qué hubo?

—Que pasó?

—Qué dijo? Fueron las preguntas que le dirigieron luego que lo vieron salír del alojamiento de Iturbide.

—Nada puedo decir aún, porque he jurado guardar el secreto.

—Eso quiere decir que estamos descubiertos.

—Sí, ya comprendo, exclamó Arroyo, el coronel ha querido saber de cierto quienes fuimos los que intentamos dar el grito de independencia en Acámbaro.

—Así como juré no decirles nada de lo que me dijo el Sr. Iturbide, así les juro que nada tienen que temer.

—Quién sabe!

Y desalentados, y sobre todo, temiendo las terribles consecuencias que pudieran sufrir si habian sido descubiertos sus planes, se alejaron de Quintanilla para deliberar sobre su situacion.

Unos opinaron por pronunciarse aquella noche

en la misma poblacion, amarrando al coronel y á todos los que estuvieran con él. Otros propusieron irse con el batallón á las filas de Guerrero, y finalmenmente, se adoptó la opinion de que se fugaran para cualquiera parte los mas comprometidos, llevándose solo la gente segura que quisiera acompañarlos, lo cual verificarian la noche siguiente para tener tiempo de hablar á los demás y de hacer los necesarios preparativos.

Entonces los subtenientes D. Miguel Arroyo y D. Miguel Canalizo encontraron ocasion de comunicar á Quintanilla bajo reserva cual era la resolucion que se habia tomado.

—Qué bárbaros! exclamo éste, van á comprometerse y á producir una alarma peligrosísima cuando no hay necesidad. Es necesario impedirlo.

—Ya no es posible, porque es punto acordado y resuelto.

—Está bien, contestó Quintanilla, yo veré si los desanimo.

Pero en vez de verlos á ellos, fué y contó punto por punto á Iturbide lo que pasaba; esto era una hora antes de la fijada.

Iturbide se quedó confuso sin saber qué partido tomar.

Entre tanto los oficiales estaban reunidos en una casa del pueblo donde se encontraban alojados los principales.

Ya estaban allí los diez y seis comprometidos en la escapatoria y disputaban sobre el rumbo que de-

bian tomar y sobre lo que habian de hacer en caso de ser perseguidos, una vez que solo iban á seguirles una compañía y cosa de ocho sargentos, cuando repentinamente se abrió la puerta y se presentó Iturbide solo y sin armas.

La sorpresa que recibieron, porque eran ya las once y media de la noche, fué completa.

—Señores, les dijo el coronel, conozco el intento de ustedes y no me opondré á el sino que lo protegeré si no puedo convencerles de que es preferible para ustedes quedarse conmigo que les voy á abrir amplios horizontes para que hagan una gloriosa carrera. Ustedes van á abandonarme porque son partidarios de la independencia de mi pais y creen que yo no lo soy; pues bien, lo que debia ser un secreto para ustedes y que le habia exigido al capitan Quintanilla que lo guardara todavía en el fondo de su conciencia, ya no lo es: yo soy el primero en profesar esa opinion y voy muy pronto á sostenerla con las armas en la mano. Si ustedes no me creen, si ustedes piensan que soy un impostor, si ustedes no juzgan que pueda ser un caudillo capaz de sostener y hacer triunfar tan noble causa, aquí estoy solo y sin armas ante hombres resueltos que no vacilarán en quitarme de en medio, si les estorbo. O continúan á mi lado para ayudarme con su valor á defender tan noble empresa, ó pasan para irse, por sobre mi cadáver. Escojan.

Bastó que Canalizo tendiera la mano á Iturbide, diciéndole: "Vuestra señoría seguirá siendo nuestro

gefe," para que todos se le rodearan prometiéndole ciega obediencia.

—Hijos mios, les dijo entonces Iturbide; yo les ruego que sigan guardando el mas profundo secreto sobre nuestras opiniones, que á nadie digan lo que ha pasado en esta noche entre nosotros, y yo les empeño mi palabra de militar, á la que nunca he faltado, de que muy pronto, apenas tenga en mis manos los elementos que necesito y que estoy reuniendo con mucha paciencia, me pondré al frente de ustedes proclamando la independencia de la patria.

—Juramos guardar secreto sobre todo, contestaron ellos.

—Pues buenas noches y á esperar confiadamente el porvenir.

Iturbide salió de allí muy satisfecho de su golpe teatral, que si pudo ser comprometido, le aseguró la oficialidad de su Batallon para sus grandes planes en lo sucesivo. Tenia el mando de unos dos mil quinientos hombres, contaba ya con el Batallon principal, lo apoyaban amigos influentes de México, tenia la opinion general de su parte, ¿qué le faltaba para realizar el sueño de gloria que habia entrevisto durante tantos años? Todavia á aquellas horas no sabia cómo ni cuando pondria en obra sus planes, ni con qué clase de dificultades tropezaria; pero ya consideraba andada la mitad del camino y se recogió satisfecho de que la fortuna no le desamparaba, viendo al traves de sus párpados cerrados las mas risueñas perspectivas.

A la mañana siguiente se dijo para sí solo, porque ese era su secreto mas inviolable:

—Necesito de todas maneras destruir á estos cabecillas insurgentes tan altivos y tan llenos de ideas que no son las mias; necesito ser yo solo el niño mimado de la suerte; necesito cubrirme de triunfos para llenarme de mayor prestigio y deslumbrar á todos con mi gloria; necesito ser el jefe supremo, el único á quien deba su libertad el pueblo mexicano y concluir felizmente esta campaña. Manos á la obra.

Y el dia 22 de Diciembre amaneció con una actividad febril dictando sus disposiciones para poner en ejecucion el plan de campaña propuesto al Virrey, que era lo único que con buena fé le habia escrito.

Quintanilla tenía que ser el hombre de las confianzas del caudillo y á él fué á quien se dirigió primero diciéndole que se alistara con su compañía para ponerse en marcha.

Luego que estuvo listo fué á su alojamiento á recibir órdenes.

—Capitan Quintanilla, le dijo, usted comprende que tanto para imprimir mayor confianza al gobierno como para que no se nos deba sino á nosotros la empresa que vamos á acometer, necesitamos destruir las chusmas de Guerrero.

—Lo que V. S. mande es lo que debe hacerse, mi coronel; pero le haré observar que los oficiales que están ya en el secreto van á extrañar que se haga la guerra á unas gentes que deben considerarse como de nuestro partido.

—No lo crea vd.: Guerrero y los suyos tienen que ser un obstáculo á nuestros planes, porque ni yo, ni ningun otro de nuestros coroneles, querrá militar á las órdenes de esos hombres que sin embargo se apellidan generales.

—Todo consiste en que al proclamar el plan demos á V. S. un título mayor, como por ejemplo, el de generalísimo.

Iturbide se sonrió con satisfaccion porque precisamente llegar á llamarse generalísimo era una de sus mas gratas ilusiones, pero insistió diciendo:

—No podemos permanecer en inaccion despues de que ya se han puesto á mi disposicion cuantos elementos de guerra he pedido al gobierno, y siempre es preferible que trabajemos solos que mal acompañados. Destruir las chusmas de insurgentes que hay en el Sur es obra de un mes á lo mas y en seguida podremos dar el golpe sin ningun obstáculo.

—Como V. S. lo disponga: ¿qué es lo que yo debo hacer?

—Tomar la vanguardia con su compañía, llevando los víveres, que ya están listos, á los destacamentos, para prevenirles que hagan los movimientos que están marcados en esta hoja escrita, en el dia y la hora que se les previene. Usted, por su parte se empeñará en evitar todo encuentro con el enemigo, no disparando sus armas sino en el caso de ser atacado. Tengo instrucciones del Virrey de reducirlos, si es posible, sin derramamiento de sangre, y quiero ver si una vez que se vean completamente rodeados, ellos

mismos deponen las armas, lo cual serviría muchísimo á mis planes.

Tras estas y otras instrucciones, Quintanilla se puso en camino.

En seguida llamó al capitan Gonzalez que era uno de los mejores oficiales que tenia y le dijo que se alistara con su compañía.

—Mi coronel, contestó Gonzalez, mostrándole su cédula de retiro, estoy ya licenciado del servicio.

—¿De manera que me abandona usted, capitan, á la hora del peligro?

—Mi coronel, me esperan ya mi jóven esposa y mi tierno hijo de dos años de edad, á quienes he jurado dejar desde ahora el servicio militar.

—Comprendo los motivos: usted tiene ideas en favor de la independencia y cree que á mi lado trabaja contra ella. Yo le juro, capitan, que muy pronto vamos á proclamarla.

—¿Será posible?

—Y tan posible que cuento con usted como uno de mis mas buenos campeones para sostenerla.

—Pues entonces me quedo: ¿qué debo hacer?

—Cubrir con su compañía mi retaguardia, pues yo voy á llevar un convoy de 300 mulas que embarazarán mucho mis movimientos y que necesito cuidar. Usted no tiene que hacer otra cosa sino venirse ojo alerta á la vista de mi retaguardia. Despues ya veremos.

Entonces salió Iturbide detrás de Quintanilla con el grueso de la division y las cargas yendo Gonzalez

á su vista con 108 hombres de su compañía: no podia ser mas fácil de cumplirse la comision que este habia recibido.

La columna se detuvo un poco en San Martín de los Lubianos, en donde Iturbide conferenció con el coronel Rafols que estaba á sus órdenes y cuyo relevo esperaba con ansia, pues era un jefe que no se prestaba mucho á la obediencia por haber desempeñado mandos muy importantes en el Bajío, y ademas porque era leal al gobierno hasta la pared de en frente. Ese seria uno de los mas grandes estorbos que encontraria Iturbide para sus planes. Entre tanto no se retirara, era necesario aprovechar su valor y sus conocimientos y tambien molestarlo un poco con órdenes muy severas y terminantes. Rafols dijo que obedeceria solo por no rebelarse contra la disciplina militar, pero que ya habia representado al Virrey que no podia estar á las órdenes de Iturbide quien habia mandado ejércitos de diez mil hombres, ocupado plazas y destruido miles de insurgentes en una larga campaña.

Siguió marchando la columna el 26 hácia Tlaltaya y llegó á ese punto en la tarde del 27, sin novedad, dió órdenes de que descansara la tropa y de que todo estuviera listo por la mañana temprano para continuar la marcha á Acatempan en donde habia un fuerte destacamento realista cuyo jefe ya habia comunicado que andaban cerca los insurgentes que mandaba Ascencio Algeciras.

Entre tanto Iturbide tomó los informes necesarios sobre el camino que debia seguir: por la carretera, el sendero era mas abierto pero tenian que gastarse dos dias y en menos de uno podia llegarse tomando una travesía practicable en las montañas. Esta via tenia la ventaja de poder burlar la vigilancia del enemigo si la habia, pues no podria figurarse que la tropa de Iturbide dejaba el buen camino por el malo.

A media noche hizo salir las primeras compañías dando órden al jefe que las mandaba de que marchara con las debidas precauciones y que se ocupara en destruir el fuerte que habia cerca de Acatempan, mientras él llegaba con el resto de la fuerza. A las seis de la mañana siguió el movimiento con el grueso de la division y las cargas, ocupando el centro Quintanilla con su compañía y Gonzalez con la suya la extrema retaguardia.

—¡Mucho cuidado! les habia repetido, pues aunque no se sabe de cierto que haya enemigo, ni menos se atreveria á salir ahora; pero siempre es bueno ir alerta porque ya vamos á penetrar en sus madrigueras.

A las diez de la mañana habia recorrido la columna por senderos quebrados unas tres ó cuatro leguas y entonces tenian que continuar al borde de una profunda cañada por la falda de la montaña que iba dando vueltas prolongadas, estando todo aquello sumido en la mas profunda tranquilidad, de tal modo que Gonzalez no tuvo inconveniente en permitir á sus soldados que tomaran agua en una vertiente de las peñas. Estaban en esa operacion cuando aparecieron

por su frente y en la eminencia que les dominaba á la derecha como si hubieran surgido del seno de la misma montaña, una multitud de hombres armados que les dipararon sus armas lanzando á la vez los gritos que les eran tan conocidos de ¡Mueran los gachupines! ¡Viva la independencia!

Gonzalez era valiente y se defendió cuanto pudo, pero todo fué inútil, sucumbiendo él y todos los que le acompañaban, menos un teniente Brito y tres soldados que escaparon lanzándose al abismo que estaba á la izquierda cubierto de matorrales.

Estos fueron los que llevaron la noticia del desastre á Quintanilla quien á su vez la comunicó á Iturbide. Este, al recibir el parte, tirándose de los cabellos exclamó:

—Yo tengo la culpa de la muerte de Gonzalez que ya no era militar............ ¡pobre viuda!

CAPITULO XXXI.

JUEGO DOBLE.

No era posible poder ocultar un descalabro tan notable, que muy bien podia atribuirse á imposicion y que de todas maneras iba á menguar el crédito de Iturbide cuando todos los dias estaba dando las mayores seguridades de acabar con todo aquello con su solo nombre, y tal descalabro le venia encima precisamente en los momentos en que decia que iba á abrir la campaña dando desarrollo á sus planes que reputaba como infalibles, y lo que hizo fué retrasar un poco el parte mientras que lo adornaba algo á fin de conseguir alguna ventaja con que paliarlo, de modo que de lo que se ocupó desde luego fué de

Leyendas históricas de la Independencia



"......se abrió la puerta y se presentó Iturbide solo y sin armas."

ver la manera de salvar los elementos que llevaba, considerando muy fácil que el enemigo volviera á atacarlo en aquellos desfiladeros, así es que ordenó á Quintanilla que cubriera el paso con su compañía mientras él salia á terreno mas despejado con las cargas.

Quintanilla fué tambien, inmediatamente despues, obligado á replegarse á una altura ventajosa, en donde tuvieron que protegerlo Brandburn el recien indultado y el oficial Endórica, con grandes refuerzos, teniendo que acudir Iturbide el mismo con los dragones de España y granaderos de la Corona, hasta hacer retirar á los insurgentes despues de ligeras escaramuzas en que Quintanilla que era quien cubria la retirada, tuvo que sufrir la peor parte, no sin que varias veces estuviera á punto de ser cortado del grueso de la columna como su compañero Gonzalez. Por fin se tuvo que unir todo el ejército y parapetarse, para pasar la noche en despoblado, favorecido con grandes lumbradas á fin de evitar una sorpresa en medio de la obscuridad.

La noche que pasaron allí los realistas, fué terrible, porque no dejaron de ser inquietados por el enemigo, hasta que con la primera luz de la mañana salieron de aquel encierro en que se encontraban, con las mayores precauciones, por un suave descenso, á la llanura.

El terrible Ascensio, que fué quien dirigió el audaz ataque de los insurgentes, se conformó con las ventajas adquiridas y no quiso continuar en un lance de muy dudosos resultados por la clase de tropa enemiga que tenia al frente y de gefes experimentados que

la mandaban. Así es que se volvió á la montaña para ir á caer sobre algun otro destacamento cuando menos lo esperaran, en cuyos golpes era diestro y con los cuales se hizo de nombre ante los realistas y de mucho prestigio entre los suyos, pues que nunca hasta entonces se habia visto que sufriera una derrota.

Iturbide, sumamente contrariado por aquel suceso, en que casi se le habia visto huir ante lo que él llamaba chusmas de bandoleros, llevando sus mejores tropas y sus mejores capitanes, continuó su marcha para Acatempan, recogió de allí el destacamento y las compañías de Murcia que se le habian adelantado y se dirigió á Teloloapan, punto designado para establecer su Cuartel General.

Antes de llegar allí se le presentó un correo todo azorado.

—Que pasa, le preguntó, traes alguna mala noticia?

—Sí, mi amo, en esta carta del comandante Maya, se habla de eso.

El comandante Maya era el que tenia á su cuidado la línea de Acapulco con todos sus destacamentos.

"Señor, le decia á Iturbide en un papelito muy arrugado y que parecia haber sido escrito con zozobra, el indigno insurgente D. Vicente Guerrero ha destrozado la compañía de granaderos del batallon del Sur y ha tomado el pueblo de Zapotepec cortando nuestra línea, siendo tan imprevisto su ataque que la primera noticia que he tenido del enemigo han sido sus

disparos, pues lo creia distante y ahora se necesita que á marchas dobles se me mande una division de refuerzo porque ya con las fuerzas que me quedan no podré contenerlo."

Iturbide no pudo menos que pronunciar una blasfemia y estrujar con rabia el papel, murmurando despues entre dientes:

—Con estos brutos, no llegaré jamás á realizar mis proyectos.

Y en seguida destacó al teniente Berdejo con una fuerte seccion para que fuera á reparar en lo posible aquel terrible descalabro tan inmediato del primero, mandándole una felpa de las más duras al comandandante Maya por su punible negligencia.

Además, luego que estuvo en su cuartel general, puso un parte al Virrey sobre los dos sucesos, componiendo lo mejor que pudo el primero, y diciendo, respecto al segundo, que Maya era un jefe inepto á quien se alegraría de ver retirado del servicio.

El mismo teniente coronel Berdejo habia sido derrotado el 27 del mes anterior, por tropas tambien de Guerrero; pero el descalabro que fué algo mas que eso, una vez que confesó que habia perdido 51 hombres, lo refirió de un modo tan lacónico y tau embozado, que quedó el punto como envuelto entre sombras, tanto más cuanto que á Berdejo se le daba ahora como una especie de premio, el mando de la línea del Sur; pero con este contaba ya completamente Iturbide para sus ulteriores planes.

Así que se rindieron los partes y se dictaron las

disposiciones militares mas apremiantes para evitar que sufrieran otro golpe los destacamentos realistas, el comandante general del Sur mandó llamar el indultado Brandburn y le dijo:

—Siéntese Vd. que quiero tengamos una larga conversación.

El americano obedeció.

—Deseo, continuó diciéndole Iturbide, obtener algunos informes respecto de la clase de militares que son Guerrero, Ascencio y el P. Izquierdo.

—Aunque yo ya no puedo ser imparcial desde que milito en las filas del gobierno, debo afirmar que mi sentir es, que ninguno de los tres tiene instruccion militar para dirigir hábilmente un ejército; pero cada uno tiene sus cualidades propias para continuar esta guerra de montañas.

—¿De modo que Guerrero, con todo y ser ahora el general en jefe de los insurgentes, no tendrá los alcances de Bravo y de Rayon?

—Es menos ilustrado que ellos, pero tiene más energía que ninguno para el mando, mas paciencia para resistir los golpes, mas constancia para reparar sus pérdidas, mas astucia para hacer sus movimientos y mas humildad para subalternarse al mando de los otros.

Iturbide se fijó mucho en esta última cualidad.

—Cómo! ¿no está lleno de soberbia Guerrero, segun me lo han pintado, no es ambicioso?

—Ni pizca. A mi mismo me decia que tomara la direccion de las operaciones militares como mas ex-

perimentado en la guerra, y se deja guiar mucho de los consejos de un oficial que es de todas sus confianzas y que dice que aprendió mucho al lado del Sr. Morelos, el cual se llama D. Juan Alvarez.

—De modo que no tiene mucho apego al mando que ejerce, ni está muy altivo con su título de general?

—No señor. Frecuentemente se le oye decir que no quiere sino que tenga su término la guerra para retirarse á trabajar, considerando un deber ineludible el de no dejar las armas mientras no se realice la independencia de su patria.

—Está bien. Pasemos á D. Pedro Ascensio.

—Ascensio, conocido entre los suyos por *Alquisiras*, nombre de guerra que él mismo se puso imitando á D. Guadalupe Victoria, es un indio de raza pura del pueblo de Aquitlapam muy sagaz y muy valiente Militó á las órdenes de Rayon sin distinguirse, hasta que vino aqui y con el prestigio que trajo de haber pertenecido al Ejército y por haber estado mucho tiempo oculto en unas barrancas en donde se encontró unos fusiles, logró hacer que lo siguieran unos cuantos del curato de Tlatlaya y con ellos comenzó sus operaciones con mucha fortuna cayendo de improviso sobre los destacamentos españoles hasta hacerse de armas suficientes para armar á trescientos hombres, con los cuales ha estado defendiéndose de los catorce cantones del gobierno que ya sabe V. S. en donde han estado establecidos.

—Adelante, dijo Iturbide.

—Segun él mismo me ha contado, se propuso organizar y lo consiguió, un cuerpo de milicias proporcionado por la población del curato que es de diez mil almas, de acuerdo con el párroco, destinando á ello mil hombres y una compañia de cada pueblo con sus oficiales, estando encuartelados quinientos mientras los otros siguen ocupados en las labores del campo, teniendo obligación de relevar á los primeros de tiempo en tiempo y de hacer ejercicios militares los domingos. En casos urgentes, todos tienen que acudir al primer llamamiento armados y con los suficientes víveres para una semana. Observa como un punto esencial no fortificarse ni encerrarse en parte alguna, pues en casos apurados prefiere disolver su gente para que se vuelva á reunir en un punto convenido. No les ha permitido que se uniformen para que puedan ir por todas partes sin inspirar desconfianzas y para que en caso de ser aprehendidos se les tenga por paisanos. Ochocientos hombres que son los que tienen buenas armas y suficiente parque, son los que estan en movimiento, sea que los mande todos juntos ó en partidas y estos son tan frugales y estan de tal modo acostumbrados á las fatigas que pueden andar á pié hasta doce y quince leguas para en seguida entrar en combate. La poca caballería que le sigue anda en mulas porque con ellas fácilmente puede cruzar los mas empinados desfiladeros. De este modo consigue trasportarse violentamente de unos puntos á otros y dar golpes de sorpresa unos detrás de otros como varias veces lo ha hecho.

—Es admirable ese indio, murmuró Iturbide.

—Pues hay mas aún, las precauciones que toma para no ser sorprendido son infinitas. Muda muchas veces de posicion, principalmente en las noches, y siempre que sabe que tiene cerca al enemigo hasta dos y tres ocasiones. Pasa lista de su gente á diversas horas y cuando le falta un solo indio deja aquel lugar temiendo que se le haya separado para dar aviso; en sus marchas sigue un sistema igual y cambia la dirección que lleva cuando cree que un desertor ha ido á denunciarle. Nunca dice á donde se dirije y muchas veces vuelve sobre sus pasos, tuerce á la derecha ó la izquierda por sendas estraviadas y cae al punto en que nadie lo espera, burlando con un instinto que parece sobrenatural todas las celadas, todos los planes y todas las emboscadas que le pone el enemigo.

—Y D. José Manuel Izquierdo?

—Es un eclesiástico que no obstante su superioridad en luces milita á las órdenes de Alquisiras: levantó á sus espensas alguna tropa, ha gastado su patrimonio en la revolucion y cuando se ha ofrecido ha mostrado gran valor en los combates, habiendo él solo á veces llevado á buen fin algunas empresas como la del ataque de la Goleta y otras. V. S. supo lo que sucedió con su padre el Sr. Nicolás Izquierdo buen español y virtuoso anciano. Ese señor era compadre del señor coronel Concha, quien recibió algunas buenas batidas cuando estuvo encargado de la persecución del P. Izquierdo. Un dia escribió á este que tenia en su poder á su padre al cual fusilaría si no se

presentaba á indultarse. El P. Izquierdo aunque sabía bien que Concha no dejaría de cumplir su palabra, le contestó que cometiera tal iniquidad si gustaba, pero que él de ninguna manera se presentaría, y en efecto Concha mandó pasar por las armas á aquel pobre viejo que era su amigo, su compadre y de todo punto inocente en la contienda, pues antes bien era pública su adhesión al gobierno.

—Cosas de la guerra, dijo Iturbide que cesarán luego que se establezca la paz, si es que tienen su logro mis esperanzas.

Bradburn que era perspicaz y que no habia dejado de percibir que había algo de estraño en la conducta de Iturbide, se quedó viéndole fijamente y le dijo con voz firme:

—Seria V. S. el hombre mas grande de esta Nación si lograra aunar todos los intereses procurando la reconciliación de los beligerantes.

—Allá veremos: precisamente por eso he pedido á Vd. estos informes, porque el Virrey me ha dado instrucciones para que reduzca á los enemigos por el convencimiento á fin de evitar al pais mas sufrimientos y conseguir que no nos sigamos devorando unos con otros.

—Los últimos tres combates le habrán demostrado á su señoría lo difícil que será hacerlos entrar en razon.

—Tengo sin embargo un talisman para conseguirlo que solo emplearé en el último extremo. Adios, mi querido Sr. Brandburn y tenga vd. por seguro que

vd. será uno de los hombres en que tendré mayo confianza para llegar al glorioso fin que vd. me ha indicado.

—Mi coronel, dígame que me eche de cabeza á un pricipicio, que vaya á realizar la empresa mas temeraria, que sacrifique mi vida en cualquiera empresa que sea, que á todo estoy dispuesto en su servicio.

—Gracias y no se pasará mucho sin que le tome la palabra. Adios!

El americano salió muy satisfecho porque vislumbraba algo mas claramente cual era la situación, é Iturbide conmovido se quedó murmurando:

—Es valiente y yo le podré enseñar á leal ya que no tuvo la paciencia de serlo con sus anteriores jefes.

Era el 6 de Enero. Iturbide vacilante aun sobre lo que debia hacer para conciliar los planes encontrar dos que bullían en su cabeza, ordenó que se moviera la fuerza que estaba inmediatamente á sus órdenes y sin plan fijo salió del pueblo que había elegido como Cuartel General, sin objeto, solo para cambiar de lugar, porque no tenía rumbo ni en su cabeza ni en sus planes militares.

En el camino le alcanzaron varios correos que acabaron de sumirlo mas en perplejidades. No habia habido aún ningun nuevo combate, pero de todas partes se le pedian refuerzos, todos sus jefes de líneas y de destacamentos le decian que tenian al frente ó se consideraban amagados por Guerrero y por Alquisiras, de modo que no parecia sino que estos se habian multi-

plicado para poder estar á la vez en todas partes. Entre todos aquellos comandantes que le pedian auxilios, algunos debian decir verdad, pero los más mentian, puesto que no era posible que los insurgentes pudieran acometer á la vez con la fuerza con que contaban á todos los puestos militares, de modo que lo que sucedia era, que ninguno estaba seguro de poder resistir ya que todos estaban amedrentados, que no era posible contar ya con ellos para hacer una campaña enérgica. Y en el caso de que Guerrero ó Ascensio, como era muy posible, lograran ponerle otros dos ó trescientos hombres fuera de combate, ¿que sucedería?

—Sucedería en primer lugar que esos soldados le harían mucha falta para su gran empresa, principalmente si morian algunos oficiales de su confianza; sucedería en segundo lugar que el Virrey pudiera pensar en nombrarle un sustituto para lo cual habría motivo fundado, despues de sus cuatro derrotas, y sucederia en tercer lugar que ante la nacion se amenguaria mucho su prestigio y nadie confiaria su causa, la causa de la nacionalidad, á un jefe inepto. Con otro hecho de armas que le fuera desfavorable estaba perdido. Pero ¿de qué manera suspender las hostilidades? ¿cómo hacer entender á aquellas gentes que estaban empeñándose con sus grandes brios en destruir la única esperanza que tenian por el momento de llegar á ser independientes? ¿Cómo se pondría en contacto con ellos sin abatirse, sin rebajarse mucho, sin despertarles la soberbia?

Todo esto anduvo pensando Iturbide en los caminos que recorrió sin dejar de estar siempre despierto y vigilante, cuando mandó hacer alto el dia 10 en el punto llamado Cuaulotitlan.

—Será preciso, dijo, y encerrándose solo con Quintanilla en uno de los desmantelados jacales del pueblo, estuvo todo el resto del dia trabajando en una extensa carta dirigida á Guerrero, la cual en sustancia decia lo siguiente:

"Que por Berdejo y Brandburn tenia noticia de su buen carácter y sus patrióticas intenciones. Que él tambien era mexicano y debia emplear los medios que estuvieran á su alcance para procurar la felicidad de la Nacion. Que Guerrero podia contribuir á ello de un modo particular, sometiéndose al gobierno, en cuyo caso le dejaria el mando de sus fuerzas y le ayudaría á sostenerlas. Que habiendo marchado los diputados á la Península (cosa que no era cierta aún) ellos con energía conseguirían lo mas conveniente para el país y acaso que viniera don Cárlos ó don Francisco de Paula como soberanos. Que en el caso de que no se hiciera justicia, él, Iturbide, sería el primero en contribuir con su espada, con su fortuna, y con toda su alma á la defensa de los derechos comunes. Que ya en Europa reinaban las ideas liberales y se esperaba á los diputados de América para resolver los puntos de mas vital importancia en política y religion. Que tales cambios habian dado por resultado que se pusiera en libertad á Bravo y demás prisioneros de la insurreccion. Que podía enviarle en todo caso algun sugeto de su

confianza para imponerlo á fondo de muchas cosas, dirigiéndolo á Chilpancingo, á cuyo efecto le acompañaba un pasaporte en blanco. Que ese comisionado se volveria libre si no le accomodaban sus proposiciones. Que no le diera á su carta otras interpretaciones fuera de las ideas que contenia. Que por mas que los últimos combates hubieran sido favorables á la insurreccion, no ponian en inquietud su ánimo teniendo tropas sobradas de qué disponer, en prueba de lo que le daba un detal de ellas y de las posiciones que ocupaban. Que Berdejo estaba prevenido para hacer cesar las hostilidades en el caso de que continuaran las contestaciones. Que fiaba en su claro talento para que comprendiera que le cumpliria todo ló propuesto, que era el mejor partido que debia tomarse en aquellos momentos y que esperaba que el Dios de los ejércitos le permitiera complacerle en cuanto fuera compatible con su deber."

Esta carta sirvió en el campo de Guerrero para que se confirmaran los rumores que ya existian y los comentarios fueron que contenia varias contradicciones; que Iturbide no habia podido conciliar bien los ruegos con las amenazas. Que aunque aseguraba la quietud de su espíritu habia incoherencias que demostraban sus grandes inquietudes; que estaba con indecision sobre el partido que habia de tomar y que era preciso estrecharlo hasta lo sumo para obligarlo á dar un color bien definido.

En consecuencia, Guerrero dió los siguientes punots á don José Figueroa que le acompañaba y que era

persona ilustrada para que formulara una enérgica contestacion.

Que hasta esa fecha, 20 de Enero se habia recibido la carta del 10, de Iturbide. Que solo por contener ideas de liberalidad y patriotismo se la contestaba, pero que estaba resuelto á seguir sosteniendo su partido. Que al efecto, le demostraba los principios justos en que se apoyaba la revolucion nacional, haciéndole una reseña de la conducta de los virreyes y de las tristes condiciones en que habian estado los mexicanos durante tres siglos. Que las represalias en la guerra fueron iniciadas con las crueldades de los españoles. Que siendo todas las naciones independientes y estando gobernadas por sí mismas, era una afrenta que solo la Nueva España sufriera la de estar dependiendo del gobierno español. Que Iturbide tal vez equivocadamente era un enemigo de la patria, y no perdonaba medios para asegurar su esclavitud, que entrando en conferencia consigo mismo conoceria que obraba mal siendo americano y que si no aprovechaba para obrar bien las armas que ahora tenia en sus manos, Dios y los hombres castigarian su indolencia. Que si Iturbide se decidia por los verdaderos intereses de la Nacion, él, Guerrero, tendria la satisfaccion de militar á sus órdenes y conoceria á un hombre desprendido de toda ambicion é interes que solo aspiraba á sustraerse de la opresion y á no elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas. Que así como pondria gustoso en sus manos el baston con que la Nacion lo habia condecorado, así estaba resuelto á no degradarse, confesán-

dose delincuente, y que para sostener su decision contaba con tropas disciplinadas y aguerridas. Que no habia que esperar lo que consiguieran los diputados en la Península, porque ni habian de alcanzar nada, ni habia necesidad de pedir por favor lo que se podia tomar con justicia. Que su única divisa era: *Independencia, Libertad ó Muerte* y que de esta no se saldria. Que si él tambien aceptaba esta enseña como debia, afirmaria sus relaciones, combinaria planes y haria triunfar su empresa; pero si no consentia en separarse de España, no volveria á escribirle una letra ni á recibir sus cartas. Que Iturbide estaba en el caso de imitar á Quiroga porque no era inferior en condicion, ni podia ser menos en patriotismo. Concluia asegurándole que la Nacion estaba próxima á hacer una explosión general y que le seria sensible que en ella fueran envueltos hombres como Iturbide que deberian ser su sosten y sus mejores brazos, que todo lo que no fuera la independencia, lo disputaria en el campo de batalla, y que siempre que tuviera una mudanza en buen sentido, le seria un buen amigo y un fiel servidor.

Iturbide abrió temblando esta carta: mucho temia que Guerrero rehusara, pero temia mas aún su aceptacion. Cuando acabó la lectura una lágrima ardiente corria por sus mejillas, y exclamó:

—¡Cuán pequeño me veo al lado de esos jigantes!

Luego de su puño y letra escribió á Guerrero:

"Estimado amigo: no dudo darle á vd. este título porque la firmeza y el valor son las cualidades prime-

ras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me lisonjeo de darle á vd. en breve un abrazo que confirme mi expresion.

Este deseo que es vehemente, me hace sentir que nó haya llegado hasta hoy (4 de Febrero) á mis manos la apreciabilísima de vd., de 20 del próximo pasado; y para evitar estas morosidades como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapidez que debe ser, envio á vd. al portador para que le dé por mí las ideas que seria muy largo de explicar con la pluma, y en este lugar solo aseguraré á vd., que dirigiéndonos vd. y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un buen plan bien sistemado, los medios que nos deban conducir indubitablemente y por el camino mas corto. Cuando hablemos vd. y yo, se asegurará de mis verdaderos sentimientos.

Para facilitar nuestra comunicacion me dirigiré luego á Chilpancingo, donde no dudo que vd. se servirá acercarse, y que mas haremos, sin duda en media hora de conferencia, que en muchas cartas.—*Agustin de Iturbide.*—Sr. D. Vicente Guerrero."

Cerrada la carta llamó Iturbide á su dependiente don Antonio de Mier y Villagomez, que estaba al corriente de todos sus planes.

—Don Antonio, le dijo, va vd. con esta carta hasta donde encuentre á don Vicente Guerrero, en la que le aviso que vd. lo informará de todo. Le asegurará que estoy en comunicacion con muchos partidarios de la independencia así de México como de las pro-

vincias, que ya le enviaré una carta original de don Cárlos María Bustamante para que no dude de mi opinion, que cesan nuestras hostilidades y que haga lo posible por verse conmigo para que acabemos de arreglarnos. Procure vd. á todo trance, desvanecer sus desconfianzas.

A la vez mandó otra carta al Virrey en que le decia: Mi amado general. El dinero distribuido con prudencia y del cual estoy ya escaso, así como algunas promesas y acomodamientos, nos estan llevando al fin de esta guerra. Me lisonjeo de que no acabará este mes de Febrero, segun lo tengo ofrecido, sin que todos, absolutamente todos los insurrectos del Sur, estén en mi poder. Suyo muy adicto y muy fiel subordinado.—*Iturbide*

CAPITULO XXXII.

EL ABRAZO DE ACATEMPAN.

La noticia recibida por Iturbide de dos nuevos combates en que sus tropas habian recibido la peor parte, le hizo escribir una nueva carta á Guerrero llamándolo su querido amigo y designándole la persona que iba en su nombre á descubrirle todos sus planes, agregándole que ninguno en la Nueva España estaba más interesado que él en la felicidad de la Nacion y que la pérdida que se estaba sufriendo era para ambos, mientras no cesara aquella guerra que ya no tenía razon de ser.

Llamó en seguida al capitan don Manuel Díaz Lamadrid, que era uno de los que estaban en el secreto, y le dijo:

—Aquí tiene vd. este pasaporte y esta talega de

pesos para que se ponga inmediatamente en marcha para Guadalajara.

—Sí, mi coronel, le contestó el capitan un si es no es asombrado.

—Guerrero va á entrar ya en nuestros planes, quizás antes de quince dias estará con nosotros y nos exigirá que nos descubramos con lealtad, para lo cual no estamos suficientemente preparados.

—Contamos con todas las tropas del Sur, mi coronel.

—No contamos con las de Rafols que todavia no ha querido dejar el mando, á pesar de haberle comunicado la licencia.

—Esa tropa se le puede quitar de grado ó por fuerza.

—Aun contando con ella, apenas llegarémos á reunir tres mil hombres, mientras el Virrey podrá oponernos treinta ó cuarenta mil, de modo que no debemos fiar el éxito de nuestra empresa á nuestro ejército ni á las partidas de Guerrero que han de servir muy poco fuera de sus madrigueras, de modo que necesitamos extender nuestros trabajos en otras partes.

—Muy bien pensado, mi coronel.

—Esa es la mision que lleva vd. á Guadalajara: entregar esta carta autógrafa mia al brigadier don Pedro Celestino Negrete y darle todas las explicaciones necesarias, pero cuidando de pintarle nuestra situacion lo mas color de rosa posible. Por ejemplo, le dirá vd. que yo cuento ya con mas de cinco mil hombres mios y con mas de tres mil de Guerrero; que secundarán

nuestro movimiento en Oaxaca, en Veracruz y en algunas provincias del Interior; que son incontables las personas de prestigio que están de acuerdo en el movimiento, contándose entre ellas aún personas del clero muy respetables. A propósito del clero, tambien verá vd. de mi parte al señor obispo de Guadalajara, diciéndole que necesito de su bendicion, de sus consejos y de su prestigio, aprobando el paso que voy á dar de manera que me sigan sus amigos con toda confianza. El puede influir muy de lleno en el ánimo de Negrete y lo hará, si se le hace para ello la menor indicacion.

—¿Y el general Cruz, mi coronel?

—Al general Cruz es necesario hacerlo á un lado por ahora en virtud de que tiene dos defectos muy graves, que mucho podrian perjudicarnos: la vanidad y la ambicion. Si lo metiéramos en nuestra empresa la aceptaria quizás pero siendo él el jefe, y nos echariamos el peor alacran en el seno, porque es un hombre déspota y de trato feroz, lo cual nos alejaria las simpatías de todo el mundo. A Cruz, si llega vd. á verlo ó él lo llama, le dice que va á negocios de dinero, particulares mios con el señor obispo, poniendo á este de acuerdo si es necesario. En caso de encontrar en su camino ó en la misma Nueva Galicia personas de representacion que manifiesten partido por la independencia, puede vd. descubrirles mis planes y encargarles que se alisten para el combate que ha de ser rudo; pero dando sus pasos con la mayor reserva, no tanto por mí que ya pronto voy á tener ne-

cesidad de descubrirme, cuanto por vd. cuya vida peligraría mucho en las manos de Cruz, que se complacería en fusilar á uno de mis delegados.

—He comprendido cual es la delicada mision que llevo, mi coronel, y creo que la podré cumplir con lealtad, así como con la delicadeza y el sigilo que se requieren.

—Por eso he escogido á vd. para fiársela.

—Muchas gracias, mi coronel, y parto en seguida.

—Sin hablar con nadie, se entiende.

—A los que me pregunten les contestaré que voy á asuntos del servicio militar.

—Vaya vd. con Dios.

En seguida entró Quintanilla que tambien habia sido mandado llamar.

—Amigo mio, le dijo, vd. es una de las poquísimas personas á quienes puedo confiarme plenamente y el único con quien no debo hacer misterio ninguno de mi situacion.

—Muchas gracias, mi coronel.

—Ya sabe vd. que ha fracasado la primera parte de mis proyectos que consistian en destruir á los insurgentes de las montañas, con el doble fin de hacer desaparecer lo que consideraba como un estorbo y llenarme de prestigio con la victoria para atraerme la atencion y las voluntades. Sin embargo, en el punto en que estamos ahora veo que no ha sido un mal, porque á falta del prestigio nuevamente conquistado, contaré con el de los insurgentes que se han de venir á mi lado para que les sigan todos sus partidarios de la

Nueva España, que siempre son muchos y pesan en la balanza de la opinion.

—Así es la verdad, contestó Quintanilla, yo puedo asegurar á su señoría que Guerrero disfruta de gran reputacion en las provincias del Bajío, de tanta que desde luego que él aparezca al lado de vd., ninguno se rehusará á seguirlo, y con solo los partidarios de la independencia que hay en Guanajuato, en Valladolid y en Nueva Galicia habrá para triunfar si no se contara tambien como me lo figuro con muchos cuerpos del Ejército.

—Eso es lo que vamos á ver muy pronto: si tenemos suficientes amigos que nos ayuden; y á conquistarlos tendrá vd. que salir tan pronto como estén listos los papeles que ha de llevar consigo.

—No solo con satisfaccion, sino con orgullo y con entusiasmo procuraré cumplir cualquiera comision delicada y difícil que su señoría quiera encomendarme.

—Luego hablaremos de ello. Esos condenados de insurgentes, á quienes no he podido atraer ni seducir tan pronto como deseaba, me han quitado mucho el tiempo y la atencion con sus escaramuzas, pues últimamente todavia han librado dos combates á nuestras fuerzas en que han quedado victoriosos.

—A mi me consta por experiencia propia que los de Ascencio Alquisiras, son bravos y pelean con tanto orden como los soldados de línea.

—Ha sabido dar buena organizacion á sus tropas: ese indio, parece ser audaz y astuto, y cuenta con muy buenas disposiciones para la guerra en pequeño. Pues

bien, estos no me han dejado trabajar con la actividad que quisiera en el desarrollo de mis planes, y menos cuando no tengo conmigo gentes de pluma con quienes pudiera formar una regular secretaría, sino que yo mismo me sirvo como mejor voy pudiendo. Así, muchas noches me las he pasado en vela, formando el Plan en que se ha de basar la revolucion, tomando de los otros planes que me dieron mis amigos lo que mejor me ha parecido, hasta que al fin pude ya mandarlo junto con una proclama á mi íntimo amigo el señor Espinosa de los Monteros para que lo revise y lo redacte en una forma capaz de poder imprimirse y ser conocido de la Nacion, sobre todo lo cual voy á pasar grandes apuros en estos desiertos.

—Aquí tiene V. S. muchos amigos que podrán servirle.

—Pero no me podrán dar una imprenta ni las luces que se necesitan para abordar una empresa tan grande. Supongamos que dentro de diez ó doce dias estoy descubierto y se me manda aprehender por el conde del Venadito; ¿con qué dinero cuento para comenzar mis movimientos, si es que no caigo antes en una celada?

—Una vez estando unido con Guerrero........... se atrevió á indicar Quintanilla.

—Es verdad, dijo Iturbide con disgusto, puede ser que tenga mas letrados que yo en su campo, puede que tenga mas dinero y puede tambien que hasta con una imprenta pudiera ayudarme; pero como no sabemos cuando quedaremos ya en buena inteligencia con

esas gentes que parecen dudar mucho de nuestra buena fé y que nos están hostilizando con mas furor que nunca, como si el genio del mal los impulsara, ya he dado los pasos ó para que se me mande una imprenta de México ó para que me hagan allí ó en Puebla las impresiones que se requieren, clandestinamente.

—¿Quiere V. S. que vaya yo á encargarme de todo eso?

—Es mucho mas importante lo que á vd. voy á encargarle: ya tambien pedí al Virrey un permiso para ocupar á vd. en algunos asuntos mios particulares, y espero que hoy ó mañana me llegue el correspondiente pasaporte para que pueda separarse temporalmente de su batallon.

—En ese caso tenemos que esperar ese requisito.

—Sí, pero mientras tanto deseo que me saque vd. unas copias de todos estos papeles para que vd. sea portador de ellos, y yo escribiré entre tanto las cartas que debe entregar al coronel Quintanar en Valladolid y á Barragan y Parres, donde los encuentre. Esos son sugetos muy difíciles de convencerse, porque además de tener las cabezas poco despejadas, profesan grande afecto al antiguo régimen; pero voy a tocar las fibras que les conozco y cuando menos me agradecerán que ellos hayan sido de los primeros invitados, aunque solo entrarán con nosotros cuando se persuadan de que podremos lograr el triunfo. Los gefes que importa mucho atraernos y en esos sí tengo fundadas esperanzas de que nos seguirán con gus-

to, son Bustamante y Cortázar que están ahora en Querétaro ó en Guanajuato y con quienes podrá vd. ser más franco y mas esplícito. Como es posible que vd. se encuentre todavia entre ellos cuando yo descubra mis planes, que ya no podré tener por mucho tiempo ocultos, estando como estoy rodeado de espías, será conveniente que les anime y les impulse á obrar prontamente, tanto para dividir en lo posible la atencion del Virrey, como para decidir á Negrete y á otros que se hallen indecisos. Es necesario hacerles creer que todo el ejército casi está comprometido y que de no secundar mi plan se puede venir á provocar una guerra que cause muchos males y se prolongue indefinidamente, mientras que obrando todos de consuno, podremos luego establecer un gobierno propio que sea aceptado por toda la Nacion.

—Estoy seguro, mi coronel, de que autorizado como voy por V. S., he de conseguir mucho en el Bajío, no solo con los jefes sino con los subalternos, entre quienes cuento muchos amigos.

—Eso es lo que interesa, sembrar la idea por todas partes y que se forme la conciencia de que es un asunto serio en que están comprometidas muchas personas respetables, quizás el mismo Apodaca, aunque siempre oponiendo la resistencia de sus sagrados deberes de gobernante.

Mientras que Quintanilla se puso ardientemente al trabajo de sacar las copias que habia de llevarse para el interior, Iturbide mandó un propio al teniente coronel Miguel Torres, que era el segundo de Rafols,

ordenándole que se presentara luego en el Cuartel General.

En la noche misma mandó otro propio á los diputados que iban á la Península y que sabia estaban en Veracruz en espera de un barco para hacerse á la vela, diciéndoles que harian muy bien en no irse, bajo la seguridad de que se iban á desarrollar acontecimientos en que tal vez podrian tomar parte activa, ó cuando menos poderse presentar ante el gobierno español con una mision mas interesante.

El resultado de todas estas medidas y de las que habia estado tomando anteriormente con una actividad y una prevision admirables, fué: Que llegara el permiso del Virrey para la separacion de Quintanilla del Ejército y que éste se fuera al Interior, llevando cartas para todos los militares que allí se encontraban, lo mismo que algunas otras en blanco, para entregarlas á otras personas de que no se hubiera acordado.

Que el teniente coronel Miguel Torres viniera violentamente á pedir órdenes, al cual se le descubrió completamente Iturbide, quedando comprometido aquel á conquistar en un breve término á todos los oficiales de su division, pero cuidando mucho de que nada supieran ni Rafols, ni ninguno de los que personalmente le fueran adictos, en la inteligencia de que lo sujetarian á prision para reducirlo á la nulidad en caso de que estallara el movimiento antes de que aquel se retirara á México en uso del retiro que se le habia concedido.

Respecto del Plan y proclama mandados á México

para que se corrigieran é imprimieran, se recibió noticia de que lo primero estaba hecho. siendo bien aceptado todo lo que contenian, con algunas ligeras modificaciones y que en cuanto á la impresion, se tropezaba con grandisimas dificultades que esperaban poder allanar sus amigos. Le agregaban que respecto del sigilo nada tenia que temer, pues se guardaba tan profundo, que el Virrey estaba cada dia mas y mas satisfecho de haberlo nombrado comandante del Sur, calificándolo como el mas apto y el principal de todos sus brigadieres, lo cual no dejaba de desazonar mucho á Liñan que hasta habia caido enfermo de pura envidia.

Por lo que toca á los diputados de Veracruz aunque tuvieron varias juntas para ponerse de acuerdo, respecto de lo que debian hacer con aquellas noticias, convinieron en marcharse siempre, ya por no inspirar desconfianza al Virrey, ya porque no creyeron que Iturbide quisiera ni pudiera ponerse él solo en frente de todo el poder virreinal, y sobre todo, porque tenian en lo general grande alboroto de poder figurar cuanto antes en las Córtes españolas.

Todo, pues, iba marchando, aunque no del modo que deseaba Iturbide de acuerdo con su carácter violento y expeditivo, pero sí de una manera que podia llamarse satisfactoria, principalmente respecto al punto esencial de que no hubiera olido nada el Virrey; aunque con la zozobra consiguiente tanto por este temor, pues si alguno le denunciaba era seguro que le trastornaban sus planes ó lo obligaban á preci-

pitar los sucesos con pocas esperanzas de buen éxito, como por el no menos grande de que Guerrero no aprobara el Plan de la independencia en los términos en que estaba concebido, es decir, con una autonomía á medias, confiada como iba á ser la corona á Fernando VII, ó á alguno de los miembros de su familia como transaccion que se hacia con los españoles.

Cuando mas sumido estaba el brigadier Iturbide en esas dudas, en esos recelos, en esos temores, llegó de regreso su comisionado don Antonio Mier y Villagomez, que no por ser español le era menos adicto, el cual le entregó un papel de Guerrero en que le decia simplemente:

"Tuve el gusto de imponerme de sus dos apreciables cartas que puso en mis manos su comisionado; pero como aún me quedan algunas dudas va en mi lugar á esclarecerlas mi representante don José Figueroa, con todas las facultades necesarias para entenderse en el asunto."

—Y está aquí esa persona? preguntó Iturbide.

—Se quedó á una legua esperando á que V. S. le dé permiso de llegar, porque temió, entrando, causar sospechas.

—Está bien, mándele decir luego que se llegue al oscurecer.

Despues de esto Iturbide dijo á Villagomez que le informara de su comision.

—No he visto la fuerza de que dispone Guerrero porque toda se encuentra diseminada y la poca que tenia consigo estaba oculta entre los montes inmedia-

tos ó andaba ocupada acopiando víveres, pero sí puedo decir á V. S. que hay muchas partidas y que á cada momento le están llegando hombres de todas partes, sin embargo de que el que parece tener mejor tropa es Ascensio, porque está mejor organizada.

—Bueno, eso importa poco, ¿qué dijo Guerrero de mi plan?

—En primer lugar se ha sorprendido de que sea V. S. quien tan repentinamente se declare en favor de la independencia de la Nueva España, y en segundo lugar, se ha extrañado mucho de la proposicion de que se proclame emperador al mismo Fernando VII que es la causa de todos los males que han pesado y siguen pesando sobre las dos naciones; pero yo le estuve hablando dos horas seguidas ponderándole todas las buenas cualidades de V. S. lo mismo que su amor por la felicidad del pais y que si antes estaba ligado con el gobierno, era ya porque los caudillos insurgentes anteriores no podian organizar nada que se hiciera práctico, ya porque de esa manera podia presentársele una oportunidad como la presente para disponer de buenas tropas bien formadas y diestras en los combates. Tanto le dije sobre esto, que ha llegado á convencerse, haciendo algunos recuerdos, porque en efecto ya tenia noticias de que desde tiempos muy atras V. S. era partidario de la independencia. En cuanto á lo de dar lugar en la nueva Nacion á don Fernando ó á alguno de los príncipes que acepte la corona, le espliqué que no era mas que una red de la politica, pues que á buen seguro que hecha la in-

dependencia ninguno se atreviera á venir á mandar en un pais lejano y desconocido, que tal vez ya no se encontraria dispuesto á ser gobernado por extranjeros.

—Y por supuesto que á esta parte le hizo tambien objeciones.

—Sí señor.

—Ya me lo temia; pero por fortuna viene ese D. José Figueroa que es el hombre de todas sus confianzas y á quien estoy seguro de ganar hablándole.

En efecto, al oscurecer llegó Figueroa y en seguida Iturbide le hizo agasajar muy bien, ofreciéndole casi un banquete, y despues de levantarse de la mesa tuvieron una conferencia que duró mas de dos horas, la cual terminó con las siguientes frases que fueron las únicas que pudieron percibirse:

—En efecto, Señor Don Agustin, con todas esas aclaraciones que ha tenido á bien hacerme, y mas teniéndose en cuenta que todos esos papeles deben estar impresos á estas horas tales cuales usted me los ha leido, ó al menos con las pocas correcciones de que le han avisado, ya veo que no pueden hacerse las variaciones que solicita el Sr. Guerrero.

—Retardariamos los sucesos con riesgo de echarlo todo á perder.

—Y mas cuando usia ofrece que formulará un escrito comprometiéndose á modificar el plan, luego que sea convenido así por una reunion de gefes tan pronto como se encuentre con un ejército numeroso capaz de dar el triunfo.

—Exactamente. Yo no puedo ni quiero sostener que mi obra sea perfecta, y antes bien tengo esperanzas de que nuestros amigos y demas personas ilustradas nos auxilien con sus consejos cuando sea oportuno; pero es necesario que se tenga en cuenta que he estado aquí trabajando solo sin contar siquiera no ya con un secretario, pero ni con un escribiente, cuando tanto me preocupaban por una parte las operaciones de la campaña y por la otra el estudio sobre la manera de adormecer al Virrey, que muy bien podia sospechar mis procedimientos. Por lo mismo creo que no es tiempo ya de detenernos en el camino so pena de perder una de las oportunidades mas preciosas para librar al pais del opresor, oportunidad que tal vez nunca mas vuelva á presentarse.

—Tiene usted razon, Señor Don Agustin, tiene usted muchisima razon y en tal virtud yo salgo muy temprano á fin de que la entrevista que usted desea y que yo tambien creo necesaria, se verifique dentro de cinco dias en el citado punto de Acatempan en las primeras horas de la mañana.

Se fué muy contento D. José Figueroa, tanto por las atenciones de que habia sido objeto como por las seguridades plenas que ya llevaba de que Iturbide estaba realmente comprometido en la empresa, mientras que este que estaba muy inquieto y deseoso de aturdirse con el movimiento, previno que sus tropas se alistaran para salir aquella tarde, tanto para ocupar en algo su imaginacion como para acercarse al lugar de la cita. Temeroso siempre de una denuncia, se

rodeaba entre sus mismos adeptos de grandes precauciones.

Muy pocas jornadas le bastaron para estar cerca de Acatempan el dia fijado y muy temprano recibió un aviso de que ya le estaba esperando en el lado opuesto el general Guerrero.

Las condiciones eran que las tropas de ambos quedarian á distancia de tiro de cañon y que avanzarian ambos jefes solamente acompañados de otra persona.

Iturbide para dar mas confianza al gefe insurgente se empeñó en adelantarse completamente solo. Luego que Guerrero lo notó, tambien dispuso que se volviera su ayudante.

Asi que estuvieron á pocos pasos de distancia, Iturbide fué el primero en echar pié á tierra y en extender los brazos. Guerrero lo imitó inmediatamente.

Las tropas de ambos vieron y aplaudieron aquel abrazo que significaba tambien la union entre ambos ejércitos.

Hé aquí las notables palabras que se cambiaron los dos caudillos, consignadas en la Historia:

—No puedo explicar, dijo Iturbide, la satisfaccion que siento al hallarme en presencia de un patriota que ha sostenido la noble causa de la independencia y ha sobrevivido él solo á tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad. Recibid este justo homenaje que tributo á vuestro valor y á vuestras virtudes.

—Yo, señor, felicito á mi patria porque recobra en

este dia un hijo cuyo valor y conocimientos le han sido tan funestos.

Tuvieron una amplia explicacion respecto de los planes de Iturbide y la manera de desarrollarlos, acordaron la manera de continuar las operaciones militares en las cuales segun el ofrecimiento del caudillo del Sur, haria el papel de subalterno que se le designara y cuando se hubieron aproximado las tropas de ambos para explicarles lo que pasaba, gritó Guerrero dirigiéndose á los suyos:

—Este mexicano que teneis presente es el Sr. D. Agustín de Iturbide, cuya espada ha sido por nueve años funesta á la causa que sostenemos. Hoy jura defender los intereses nacionales, y yo que os he conducido á los combates y de quien no podeis dudar que moriré sosteniendo la independencia, soy el primero que reconozco al Sr. Iturbide como el primer jefe del ejército nacional. Soldados: ¡viva la independencia! ¡viva la libertad!

Un ¡viva! atronador resonó en los dos campos.

Luego Iturdide dijo á los suyos:

—Este que veis aquí es el general D. Vicente Guerrero, el mas constante defensor de la independencia de la patria, el que teniendo un grado superior, hoy verifica la accion mas sublime de hombre alguno en el mundo, pues que se pone á las órdenes de un inferior suyo, y lo que es mas, de uno que ha sido su enemigo mas encarnizado, solo porque sabe que así podemos llegar mas pronto á los altos fines que nos proponemos, que es dar á los habitantes de la Nueva

Leyendas Históricas de la Independencia.



—Iturbide fué el primero en echar pié á tierra y en estender los brazos. Guerrero le imitó inmediatamente.

España una patria libre. Soldados: ¡viva el insigne Guerrero! ¡viva la libertad!

Y Guerrero ya montado á caballo y colocándose en el centro de ambos ejércitos, gritó con mas brio:

—Soldados: ¡bendito sea el abrazo de Acatempan!

CAPITULO XXXIII.

EN LA CORTE.

La ciudad de México permanecia completamente tranquila.

Si bien se habian publicado en la *Gaceta* los partes de Iturbide dando cuenta de los cinco combates últimos entre sus destacamentos y las partidas de los insurrectos, eran tan concisos y tan embrollados que no habian logrado despertar ningun interés. No eran mas que los primeros choques de las avanzadas que tenian que preceder al gran combate en que habian de caer todos, una vez que se continuaban con toda paciencia las operaciones de cercarlos para que no se escapara ninguno. Hasta el presente no habia que lamentar mas que algunos descuidos de sus subalternos, pero su ejército permanecia casi intacto y el círculo de hierro se iba estrechando con lentitud pe-

ro con seguridad, de modo que el resultado de obtener la paz en el Sur seria únicamente cuestion de mas ó menos dias, pero el éxito completo se esperaba infalible.

Como Iturbide no dejaba pasar ningun dia sin escribirle una carta al Virrey, este, luego que se levantaba, la primera pregunta que hacia era esta:

—¿Ha venido ya el correo del brigadier Iturbide?

La última era reservadísima y en ella le decia:

"Cuente V. E. con que ya esta situacion no se prolongará ni quince dias. Un agente mio, D. Antonio Mier y Villagomez, persona cauta y de notorios conocimientos en la política, está metido entre el enemigo y me comunica que muy poco le falta para persuadir á Guerrero y á cuantos le obedecen de que lo mejor que pueden hacer es unirse al gobierno para esperar todos juntos las concesiones que ha de hacer á los diputados americanos el gobierno de la Península y ahora su principal trabajo es inducirlos á que tengan una entrevista conmigo para arreglar todos los pormenores de su sumision, que no se puede considerar tal sino una tregua mientras se esclarece el horizonte político, consintiendo todos en deponer las armas y en desempeñar las comisiones que les dé el gobierno en cualquier otro lugar de la Nueva España. Yo me esforzaré en que se sometan lisa y llanamente sin ninguna condicion que entorpezca las operaciones futuras; pero en último caso les ofrecere las distinciones que sean compatibles, siempre sometiendo el tratado que se haga como es de rigor á la aprobacion de V. E."

El Virrey, á consecuencia de esta carta, se puso muy festejoso; pero cuando su alegría se desbordó hasta comunicarse á cuantos fueron á verlo aquel dia, cuatro despues del mencionado, fué cuando recibió la carta de Iturbide en que le decia:

"Ahora puedo decir á V. E. que serán nuestros los insurgentes del Sur que cuentan con un ejército de cerca de tres mil hombres, pues el principal caudillo, Guerrero, que es al que todos obedecen, se presta á venir á verme para arreglar las condiciones de su sumision. Hoy salgo para Acatempan en donde debemos vernos pasado mañana y allí mismo espero recibir su juramento de obediencia y sus armas para remitirlo todo á V. E.

—¡Eh! ¿qué tal? le decia á Bataller, ¿no decia bien yo que era el único militar que podria poner término á esa campaña y esto sin grandes sacrificios?

—Positivamente, contestó el viejo oidor despues de dar un vistazo á la carta, pero quien sabe hasta qué punto haya aquí gato encerrado.

—¿Por qué?

—¿No ha pedido dinero á V. E. el Señor Iturbide?

—No.

—Pues es raro, porque este es uno de los ardides que emplea cuando quiere sacar alguna ventaja.

—Pero aquí no hay ardid, señor oidor, aquí refiere hechos.

—Que van á verificarse, pero que no se han verificado.

—Que á estas horas deben estar concluidos.

—Quien sabe.

—Pero ¿cuál es la causa de todas esas dudas cuando su señoria ha sido uno de los que me han elogiado los conocimientos y el valor del brigadier Iturbide?

—Porque lo conozco mucho aun cuando lo haya recomendado. Es cierto que yo he dicho que es un hombre perspicaz y arrojado; pero á la vez no he podido menos de asegurar que siempre fué un pícaro. Recordará S. E. que cuando me preguntó le dije: Sí, señor: Iturbide es muy buen militar, y quizá no hay otro que como él pueda hacer bien esa campaña, queriendo; pero yo he tenido su causa, la conservo en mis manos todavia y en ella está pintado muy al vivo su carácter falso, enredador, jactancioso y malévolo. Sobre todo, ha cometido actos, prevalido del mando, de verdadero salteador de caminos. Es un militar valiente pero muy peligroso.

Hay que tener en cuenta aquí que aunque Bataller era uno de los que habian concurrido algunas veces á la Profesa para conspirar en contra de la Constitucion, no estaba en modo alguno por la independencia, ni menos porque Iturbide se elevara, con el cual tenia ciertas cuentas que no deseaba que aquel se acordara de saldar. Por todo lo que no se encontraba muy á gusto con que en lo militar levantara muy alto su prestigio en el ánimo del Virrey. Este entonces dijo cerrando la conversacion:

—Hasta ahora se conduce bien, estoy altamente satisfecho de su comportamiento y espero que todos

los temores de su señoria queden desvanecidos con el fausto suceso que se me anuncia.

Se ve, pues, que para el Sr. Apodaca no habia en aquellos momentos hombre mas útil ni militar mas hábil que Iturbide, el cual en muy pocos meses estaba dando cima á una empresa que en años y con muchísimo dinero gastado no habian podido realizar los gefes que en aquel entonces se reputaban por los mas aventajados.

En la Profesa se habian vuelto las reuniones mas íntimas y mas reducidas. De las cincuenta ó sesenta personas que se reunian anteriormente, se habian ido descartando, las que no tenian confianza en Iturbide como Liñan y Bataller, las que esperaban el bien de lo que pudieran conseguir en la Córte los diputados de las Indias y los que se contentaban con que hubiera cierta libertad y con que rigiera la Constitucion de 1812, de manera que las Juntas habian quedado reducidas al prepósito Monteagudo, el cura del Sagrario, á dos ó tres abogados y á otros tantos militares que deseaban llegar por cualquier camino á la proclamacion de la independencia, por supuesto siempre con el sistema monárquico y con un príncipe español á la cabeza, seguros como estaban de que Apodaca no queria ser emperador, por pequeñez de alma mas que por otra cosa.

Todas las veces en que llegaba una noticia se reunian allí sin necesidad de ser citados y su ocupacion consistia en comentarla largamente y en formar cálculos para el porvenir, pues si bien Iturbide les escri-

bia de cuando en cuando, lo hacia muy lacónicamente porque no tenia tiempo y solo les decia generalidades, sin confiarles por precaucion el estado en que se encontraban sus proyectos, al grado de que muchas veces llegaban á dudar de la lealtad con que aquel obraba respecto de los que tanto habian contribuido para elevarlo.

Luego que se supo que Iturbide habia escrito al Virrey que iba á entrar en pláticas con Guerrero para asegurar su sumision, pues esa clase de noticias cundian rápidamente, llegaron casi juntos á la Profesa los ocho ó nueve personajes que componian la tertulia.

—Sí, ya sé, les dijo Monteagudo, tengo un amigo en Palacio que me manda cópias de todos los despachos interesantes que se reciben del comandante del Sur, y este que en efecto lo es, lo recibí hace dos horas, sino que he estado cavilando sobre él, y no puedo penetrar lo que se propone Iturbide.

—Pues yo creo, dijo Zozaya, aun haciendo violencia á mis anteriores convicciones, que nuestro amigo ha cambiado de opinion en virtud de los grandes agasajos que le ha hecho el Virrey, considerando que de seguir con nosotros le haria una imperdonable traicion.

—Yo no pienso lo mismo, dijo el cura del Sagrario, con tono de seguridad. Iturbide no puede llenar su ambicion con los favores que le dispensa el Virrey, ni romper los compromisos que tiene contraidos con nosotros sin darnos una explicacion satisfactoria que hasta ahora no hemos recibido.

—Pero bien, ¿qué significa ese paso de estar atrayendo á los insurgentes del Sur al servicio del Gobierno? Este hecho es el que debemos analizar concienzudamente.

—¿Cuál es la noticia? preguntó uno de los militares.

—Esta. Monteagudo leyó la carta de Iturbide en que referia que iba á tener una entrevista con Guerrero, que daria por resultado la sumision de este caudillo.

—Señores, dijo el cura Guridi, nosotros no debemos fijarnos en lo que diga Iturbide al Virrey sino en lo que no puede decirle: ¿quién nos asegura que esa entrevista sea para lo que dice y no para lo que calla?

Todos se quedaron suspensos con este razonamiento.

Fagoaga fué el primero que habló, despues de un prolongado silencio.

—Me adhiero al parecer del señor cura: ese afan de Iturbide para acumular tropas y municiones, lo mismo que su frecuente demanda de dinero, no son por cierto para terminar una campaña pacíficamente. En todo eso hay algo que nosotros sabemos y que solo nosotros podemos explicar: nuestro comandante del Sur prepara un golpe.

—Y tan lo prepara, se apresuró á decir Guridi, que yo voy á revelar un secreto, que por serlo, no lo puedo explicar á sus señorías, y que solo lo diré cuando

todos los presentes juren que lo seguirán guardando.

—Lo juramos, dijo Monteagudo haciendo la señal de la cruz.

Los demas repitieron la fórmula.

Entonces el cura continuó haciendo uso de la palabra en estos términos:

—Iturbide mandó hace muy pocos dias un Plan de proclamacion de la Independencia á una persona entendida de la capital para que se lo corrigiera y lo mandara imprimir con toda la brevedad posible. Yo he tenido ese manuscrito en mis manos, todo de letra de Iturbide.

—Permítame su señoría, que á pesar de todas esas seguridades, murmuró Zozaya, le arguya que Iturbide no tiene mas persona que yo en quien haya puesto sus confianzas y que fuera de ese hay otros mil motivos para creer que solo á mí se dirigiria en caso de necesitar algun consejo como ya lo ha hecho en todas circunstancias.

—O á mí, exclamó Monteagudo, que fué quien le dió los diversos planes que se han escrito aquí, indicándole cuál era en el que debia fijarse de preferencia.

—Todo eso me consta, contestó Guridi, y tambien que el comandante del Sur escogió de todos el que le pareció mas conveniente.

—Pero cuál fué el motivo que tuvo para dirigirse á otra persona? preguntó Zozaya.

—Ya dije al principio que no me era dado hacer muchas explicaciones, y si acaso he revelado lo que

me consta de tal modo, como el estar viendo delante de mí á sus señorías, es para que no continuaran esparciéndose dudas respecto de la lealtad de un amigo que no ha hecho ni ha pensado otra cosa desde que salió, que cumplir todo aquello á que con nosotros estaba comprometido. ¿Acaso ofreció mandarnos á revision el plan que se proponia proclamar?

—No, contestaron los dos miembros aludidos.

—Pues entonces debemos esperar á oirlo para saber las razones que le asistieron para mandar á otra persona un encargo muy comprometedor, que quizás tuvo escrúpulo de confiar á personas de su predilecta estimacion.

Esta razon pareció á todos muy concluyente y les dió la llave del enigma: Iturbide no habia querido comprometerlos y por eso habia dado á otra persona un encargo bastante peligroso en las circunstancias, máxime cuando á la vez tenia que cumplirse el otro, mas difícil todavia, de hacer la impresion clandestina, cosa muy cercana á lo imposible cuando habia tan pocas imprentas, y estas pocas estaban en las manos de las gentes del gobierno. Convinieron por lo mismo en que ni Zozaya, ni Monteagudo, ni ninguno de los presentes podia haberse ocupado de mandar imprimir un plan revolucionario sin que no lo supiera el gobierno inmediatamente, por mas seguras que fueran las segundas manos de que hubieran podido valerse.

—Tenemos, pues, continuó diciendo el cura, que todo lo que escribe Iturbide al Virrey, es solo para adormecerlo y que aún cuando haya algo de verdad

en lo que le comunica puede tener muy diversas interpretaciones.

—Entonces vamos esperando el resultado de esas pláticas con Guerrero y lo demás que deba acontecer, dijo Monteagudo.

Todos estuvieron conformes y se retiraron dándose un apreton de manos.

Ahora vamos á encontrarnos en el seno de otros antiguos conocidos.

La Corregidora de Querétaro, aunque todavia tuvo un alumbramiento hacia pocos años en el claustro que le servia de prision, el cual no era suceso raro en aquellos tiempos en las casas piadosas, de cuyo vástago habla Alaman y otros historiadores, hecho que demostraba que la ilustre matrona se encontraba vigorosa para la maternidad; no obstante eso, las aflicciones la habian marchitado y en el momento en que volvemos á encontrarla despues de doce años en que empezaron á darse á conocer sus trabajos patrióticos, era ya casi una anciana, conservando solo la viveza en los ojos, la energía en el ademan y el timbre limpio de la voz con que tan bien sabia dar animacion y entusiasmo á sus palabras.

El general don Nicolás Bravo sentado en una silla enfrente de ellos, si bien un poco pálido, tenia su mismo semblante noble y sereno, su mirada tranquila y su cuerpo muscular y firme.

El Doctor Mier, que habia estado durante cuatro años en un calabozo húmedo y frio de los pertenecientes á la Santa Inquisicion y que no habia podido

curarse del terrible golpe que habia sufrido cuando cayó de la mula en que iba cargado de cadenas, estaba verdaderamente inconocible, tanto se habia estenuado á pesar de su animosa constancia para resistir los trabajos y á pesar del buen humor que no le habia abandonado en sus mas crueles amarguras.

Allí se encontraban tambien otros dos de los insurgentes que habian estado en prisiones y que fueron puestos en libertad á consecuencia del establecimiento de la Constitucion, aunque con algun retardo, el Doctor Berduzco y el coronel Osorno, éste último una de las víctimas de Concha, el terrible martirizador. Rayon no se encontraba allí porque habia tenido algunos disgustos ocasionados por su díscolo caracter con Bravo cuando estaban juntos en la prision y ademas no inspiraba ya mucha confianza á los verdaderos independientes por su inconsecuente y sospechosa conducta anterior.

A todos los habia reunido al pardear la tarde en la casa de la Corregidora la noticia para ellos extraña que habia circulado aquella mañana.

—Sí, ya sé, contestó la Corregidora, luego que se habló de la tal noticia, que Iturbide ha escrito al Virrey, ofreciéndole la próxima sumision de Guerrero, ¿podrá ser eso cierto, don Nicolás?

Bravo contestó:

—Conozco mucho al general Guerrero, y puedo asegurar á vdes. que no se someterá. Ademas, en mi presencia pronunció un solemne juramento delante de sus soldados, diciéndoles que solo abandonaria su

espada ó con la muerte ó pasándola á manos mas hábiles.

—Yo tambien, dijo Berduzco, soy de los que creo que en todo eso no hay mas que jactancias aventuradas de Iturbide, porque ni este hombre es capaz de infundir ninguna confianza á Guerrero, ni Guerrero es hombre de dejarse persuadir por Iturbide. O es falsa la noticia, ó son otros los asuntos que van á tratarse y resolverse en esa conferencia.

—Era lo mismo que yo iba á decirles, observó la Corregidora: tengo algunos datos que provienen de un amigo nuestro que desgraciadamente no está ahora aquí con nosotros á fin de que nos diera mejores informes, para creer que Iturbide trae entre manos una intriga de mucha trascendencia, de acuerdo con los padres que se reunen en la Profesa, y puede ser que hasta con el asentimiento del mismo Virrey.

Todos brincaron casi en sus asientos, habian salido hacia poco tiempo de las cárceles é ignoraban muchas de las historias que eran casi públicas en México, y que tal vez, tal vez, solo del Virrey eran ignoradas, entre ellas el objeto verdadero de las reuniones que se celebraban en la Profesa.

El Dr. Mier fué el que primero tomó la palabra para decir:

—Si no comprendo mal, el amigo de quien se trata y que podria informarnos porque siempre anda metido en todo, es D. Cárlos María Bustamante y los planes de Iturbide no pueden ser otros sino derribar al actual Virrey con alguna segunda mira.

—En efecto, dijo la Corregidora, yo no puedo hacer ya misterio de las insinuaciones aunque muy embozadas aún, que me ha hecho D. Carlos María Bustamente, pues se trata de amigos y patriotas que deben estar al tanto de los rumores que hay, sean ciertos ó falsos. Esa persona pues que me inspira como á ustedes la mayor confianza, me ha dejado entender que Iturbide quizás estaría dispuesto á proclamar la independencia siempre que contara con elementos suficientes para triunfar, á cuyo fin le pidió cartas para algunos insurgentes.

—¿Y se las dió? preguntó Bravo.

—Se las dió y cuando un hombre tan inteligente como él y que se ha vuelto tan precavido á fuerza de tantos golpes como ha llevado, lo ha hecho, no puede menos de tener algunas garantías para soltar semejantes prendas.

—Es la verdad, afirmó Mier, Bustamante no procedería á tontas y á locas en usunto tan interesante.

—Se lo preguntaremos, dijo Bravo.

—No está en Mexico ahora sino en Orizava á donde fué á reoger su familia, pero no necesitamos preguntárselo, agregó la Corregidora puesto que á mí me lo ha dicho.

—Ha dicho que estaba seguro de Iturbide?

—Ha dicho que estaba seguro de su silencio, aunque no de que fueran reales los proyectos que meditaba, pues que para darle esas cartas ha recogido otras con la firma de Iturbide ofreciéndole en ellas no hacer uso de las suyas sino en el caso de verse en la necesidad

de entrar en algunos arreglos con los independientes que iba á combatir.

—Pues en ese caso todo está explicado, dijo Mier con júbilo, Iturbide llevaba un juego doble: si podia destruir á Guerrero y á todas las fuerzas que obedecen á ese caudillo en el Sur, volvia triunfante y lleno de gloria á ocupar un lugar distinguido en la corte; si no podia hacer una campaña fácil y encontraba dificultades serias como las ha encontrado, mejor que volver con la cola entre las piernas, dispénsenme esta frase vulgar, entonces preferiría unirse con Guerrero y defender la independencia, puesto que tambien es americano. Llegó, palpó que aquellas montañas son inaccesibles, sufrió cinco derrotas una detras de otra y como si insistiera en querer vencer acabaría con sus tropas y con su prestigio militar, está en el segundo caso de la disyuntiva, prefiriendo buscar acomodo con Guerrero.

Bravo todavía arguyó débilmente:

—Un hombre como Iturbide dijo, tan ligado con la causa realista, que ha sacrificado con encono á miles de víctimas, no podrá de buena fé hacerse partidario de la independencia de la noche á la mañana.

—El padre Mier, tiene razón, prorrumpió luego Berduzco antes de que se desvaneciara la ilusion que tanto le halagaba, Iturbide no tiene mejor salida que esa y como estuvo tanto tiempo abandonado por el gobierno gastando su fortuna, ahora quiere desquitarse, rehabilitarse ante el país con esa acción buena, y aprovechar en su favor los sentimientos generales.

Después de dicho esto, todos tuvieron que convenir en que no había motivo para alarmarse por aquella entrevista con Guerrero y que el desenlace no podía ser otro, atendida la firmeza de ese caudillo, que uno muy favorable á la causa de que era partidario.

¿Cómo se quedarían todos estos patriotas y los conspiradores de la Profesa cuando á los cuatro días oyeron repicar las campanas y vieron fijarse en las esquinas las Gacetas con otra carta de Iturbide en que decia al Virrey:

"Tengo la satisfaccion de decir á V. E. que D. Vicente Guerrero se ha puesto á mis órdenes y por consiguiente á las de V. E. con mil doscientos hombres armados en los que se incluyen las partidas de Alvarez y otras pequeñas, á consecuencia de los pasos de que se ha dado parte á esa superioridad.

No habiéndosele podido inspirar á aquel caudillo la confianza necesaria para que se prestara á venir á contestar conmigo, se logró que viniera el individuo que merece toda la suya, conviene á saber, D. José Figueroa coronel y tesorero de su partido, con carta en que se le confirió la facultad y poder convenientes para el arreglo de condiciones, etc. y bajo la principal de que no se les tenga por indultados: fué cosa de muy pocas palabras lo demas.

Se convino por supuesto en poner luego en práctica la mas activa diligencia para que en iguales términos se presentaran las partidas de Ascencio, Montes de Oca, Guzman, etc., etc. con cuantos anden desde aquí hasta Colima y reconocen por gefe superior á

dicho Guerrero, titulado teniente general, de suerte que no dudo asegurar á V. E. que esto es hecho.

Segun entiendo debe pasar la fuerza de todas las partidas de tres mil quinientos hombres conforme á los estados que se me han ofrecido, y estos insurgentes son los que en pequeños trozos nos hostilizaban como V. E. sabe: número que únicamente se hará creible á V. E. por las listas nominales y revista que se pasará de presente.

Su pronta subsistencia interin se les destina, que es de lo primero de que hablaron, confesando ingenuamente que no contaban para ello con otro arbitrio que el de la guerra, me hace interrumpir con molestias los instantes que no puedo menos de considerar son los mas satisfactorios para V. E. y le hablo de ello en oficio separado.

Aun me ocurre otra interrupción, pero si la omitiera faltaría á la justicia. D. Antonio de Mier y Villagomez administrador de correos de la Villa de Salamanca, y dependiente mio ya hace algun tiempo, con los antecedentes que tenia de mis deseos acerca de este asunto, salió de México en mi compañia con objeto de cooperar á mis ideas. El resultado dice que las ha llenado, y es mi deber recomendarlo á V. E. como lo verifico.

Dios guarde á V. E. muchos años. Febrero 18 de 1821 á las siete de la noche. Hacienda de Mazatlan. —AGUSTIN DE ITURBIDE.

El buen Virrey puso de su letra un acuerdo diciendo que quedaba enterado con gràn satisfacción de

62

aquel feliz resultado tan apetecido; que dijera cuales eran los términos del convenio, siendo requisito que los indultados, que no se tendrian por tales indultados prestaran públicamente el juramento de la Constitución de la monarquía española.

Que se les pagaran sus armas y se les diera un papel de resguardo á los que quisieran retirarse.

Que respecto de Villagomez serían atendidas todas sus instancias.

Y que en fin al mismo Iturbide se le dieran las gracias por tan señalados servicios, y que lo iba á recomendar al Rey muy especialmente.

El regocijo oficial, las grandes fiestas que iban á hacerse por el restablecimiento de la paz quedaban aplazados para cuando se recibiera el contrato de sumision de Guerrero ya firmado.

Liñan se mordió un brazo lleno de rabia y de envidia.

Los de la Profesa tuvieron una junta y no pudieron explicarse lo que aquello significaba.

Solamente en la casa de la Corregidora dijo Bravo con firmeza:

—Miente Iturbide cuando asegura que Guerrero y Alvarez han firmado la sumisión.

CAPITULO XXXIV.

¡VIVA EL DINERO!

Volvamos al campamento de Iturbide en Acatempan, en donde habian estado á la vista los dos ejércitos, poco antes irreconciliables enemigos, con las armas descansadas ahora, presenciando el abrazo de los dos caudillos.

El gefe ex-realista dijo á Guerrero:

—Dicte vd. sus disposiciones, mientras yo dicto las mias, para que tomen alojamiento las tropas por dos ó tres horas, mientras acordamos algunos puntos y se nos sirve un ligero almuerzo.

Guerrero quiso excusarse temiendo que los suyos fueran á cometer alguna imprudencia por la natural desconfianza que abrigaban aún respecto de un militar que no podian creer completamente convertido; pero Iturbide se apresuró á decirle para tranquilizarlo:

—Yo voy á mandar que las mias contramarchen dos leguas, y no se quedarán conmigo mas que tres ó cuatro personas: vd. puede dejar allí, donde están, las suyas, y darles á entender que no podemos separarnos sin tener una conferencia para imprimir forma á nuestras operaciones de manera que no despertemos las sospechas de los adictos al Virrey, que no dudo hay algunos aquí cerca y tal vez entre mis mismas tropas.

Guerrero entonces ofreció estar de vuelta antes de una hora.

Montó á caballo, se fué al galope á reunirse con los suyos y luego les fué explicando por secciones lo que pasaba, esto es, que Iturbide con todos los que le obedecian y de acuerdo con personas principales de México y de las provincias iba á proclamar la independencia, de modo que todos aquellos soldados que apenas el dia anterior les perseguian tan encarnizadamente, ya no eran enemigos sino aliados y que en adelante iban á defender la misma causa contra los que insistieran en sostener la autoridad del Virrey. Les recomendó que los vieran, hasta donde les fuera posible, como sus hermanos de armas y que no se inquietaran si acaso se retardaba algo en la segunda conferencia que iba á celebrar con Iturbide, con quien tenia que arreglar varios puntos importantes antes de retirarse á la línea militar que les tocara ocupar en virtud de los nuevos arreglos.

Iturbide no fué igualmente franco con los suyos, pues que por el contrario les dió á entender que Guerrero se

habia sometido con toda cuanta gente le obedecia y que ya quedaba á las órdenes del Gobierno, restando solo convenir en algunas pequeñas formalidades que eran las que se iban á ventilar en una nueva entrevista. Para nada hizo mérito de que él era el que se habia pasado á las banderas de Guerrero.

Una vez retirados los dos ejércitos, ambos caudillos volvieron á reunirse en Acatempan, segun habian quedado, sirviéndoseles allí un almuerzo por cuenta de Iturbide, lo mismo que á las personas que los acompañaban.

Como era de esperarse reinó alguna frialdad en la comida. Guerrero y los suyos no sabian hasta qué punto tenian que medir sus palabras para no comprometer el negocio que traian entre manos, y por su parte los de Iturbide, aunque todos eran de su mayor confianza, tambien estuvieron reservados, temerosos de ofender alguna susceptibilidad, aun con el simple tratamiento, que no sabian cuál era el que debian dar á Guerrero, puesto que todavía no se acababa de definir cual era el carácter que este iba á tener en el ejército, de modo que la conversacion roló sobre generalidades sin ninguna importancia.

Despues que acabaron de comer Iturbide cogió á Guerrero del brazo y le propuso que salieran á dar una vuelta, á lo que convino el segundo, tomando su sombrero con toda naturalidad. Así reunidos se alejaron un poco de la habitacion y fueron á recargarse en una cerca de madera que habia á pocos pasos sombreada por frondosos árboles. Allí el primero afrontó el asunto que queria tratar, diciendo á Guerrero:

—Por de pronto y mientras recibe organización el Ejército independiente que debemos oponer al del Gobierno, así como mientras sabemos quienes y con cuantos hemos de contar, juzgo oportuno que usted siga al frente de sus tropas como jefe de ellas instruyéndolas y arreglándolas para que puedan entrar en campaña en caso necesario. A ese fin ya se servirá indicarme las armas y municiones que necesite para tenerlas dotadas convenientemente. No puedo ofrecerle recursos en numerario, porque en la actualidad yo mismo estoy escaso de ellos, aunque espero que no se pase mucho tiempo sin tenerlos y puede ser que con abundancia, de modo que en tanto que vienen le ruego que vea de qué manera provée á la subsistencia de sus soldados.

Guerrero contestó reposadamente:

—Señor Iturbide, y dispénseme que no le dé otro tratamiento porque no sé cual va á fijarse para cuando se encuentre al frente del ejército libertador, yo no tengo en cuanto al primer punto mas que repetirle lo que dije antes: el mando que ejerzo lo pongo en sus manos y en lo sucesivo quedaré muy conforme con el que me designe aunque sea de último soldado, pues no tengo mas ambicion que ver á mi patria libre y feliz. Por lo que respecta á las armas y municiones, seria muy conveniente que á la hora que juzgue propicia mande un capitan entendido que pase una revista general, para lo cual podré reunir la tropa en un lugar convenido y así podrá proveerse con equidad á lo que falte. El tercer punto, el del numerario, es el

que menos debe por ahora tomarse en consideracion, pues estamos acostumbrados á no tenerlo y á sustituirlo con lo que encontramos.

Por mas endurecido que tuviera Iturbide el corazon, no pudo menos de conmoverse al oir las palabras de aquel patriota, todas demostrando una elevacion de espíritu apenas comprensible en un soldado de las montañas, así es que le estrechó la mano y le dijo con todo el aire de nobleza que debia verse constreñido á desplegar más tarde:

—Todo esto que está pasando ahora entre nosotros será conocido alguna vez de la Nacion y esta no podrá menos de premiar sentimientos tan generosos como tan abnegados. De hoy mas, de mi cuenta debe correr que ninguno de los patriotas que van á colaborar conmigo en la colosal empresa que voy á emprender, tenga la menor queja de mí, ni deje de obtener la recompensa compatible con sus méritos.

Guerrero se inclinó como en ademan de darle las gracias.

—Ahora necesito ponerlo, señor general, al corriente de mis trabajos. He mandado comisionados inteligentes á Nueva Galicia y á otros puntos para hacer un llamamiento simultáneo á todos aquellos que de algun modo han demostrado sus simpatías por la causa de la independencia y tengo esperanzas de que algunos se adhieran al Plan, luego que les sea conocido y luego que comprendan que no nos presentamos con elementos despreciables en la contien-

da. Tengo noticias de que el Plan que deberá ser proclamado en Iguala y del cual tiene U. S. conocimiento, no se pudo imprimir en México sino en Puebla y que estará aquí dentro de breves dias.

—Cuando cree su señoría que podrá hacerse la proclamacion? preguntó Guerrero con cierta timidez.

—Tan luego como me llegue, ó unos pocos dias despues.

—¿Pero no teme su señoría que se le denuncie antes con el Gobierno?

—Es muy posible, aunque considero que el Virrey no dará crédito á nada de lo que se le diga, porque he trabajado mucho en tenerlo adormecido. Este mismo arreglo que hemos tenido ahora y que no podrá permanecer oculto habiendo sido presenciado por tantos testigos, voy yo mismo á comunicárselo, aunque dándole otra forma.

—¿La de nuestra sumisión?

—No precisamente la de una sumision en regla, que no la creería despues de los últimos combates en que la victoria no estuvo de mi parte, sino como un armisticio, algo como una transacción en espera de lo que consigan para la Nueva España nuestros diputados en las Cortes. Este es un punto que tengo que estudiar mucho á fin de no despertar sus sospechas.

—Muy bien; y una vez proclamado el Plan de Independencia, cuyos puntos tan bondadosamente se dieron á conocer á mi comisionado Figueroa, ¿con qué recursos en numerario se podrá contar para oponerse á las operaciones de las tropas que permanezcan fieles al Gobierno?

—Eso es lo que me tenía, no desanimado, sino temeroso, hasta ahora mismo en que creo ya poder contar con una suma suficiente y dentro de muy poco tiempo para todos los gastos que se requieren, salvo un caso imprevisto cualquiera que trastorne mis planes y de los cuales daré cuenta á su señoría en tiempo oportuno.

Despues de haber arreglado algunos puntos de detalle de lo que debia de hacer cada uno en los dias siguientes, se separaron, no sin que Guerrero se fuera con alguna intranquilidad, porque habia notado que Iturbide fiaba más el éxito de su empresa á los nuevos elementos de que iba á rodearse que á los antiguos partidarios ya probados de la independencia. De modo que cuando llegó á su campamento le dijo á Figueroa:

—El Sr. Iturbide, tiene, segun parece, muy desfavorable opinion de nuestras tropas y á lo que entiendo se figura que poco han de servirle en su empresa que es la misma que nosotros hemos estado sosteniendo con tantos sacrificios; pero sin embargo, ya variará de parecer luego que vea que los pueblos enteros se le adhieren, principalmente, por la confianza que les ha de inspirar saber que está unido á nosotros. Si por su parte él nos quiere probar en combates arriesgados, aquí estamos todos dispuestos á morir por la libertad de nuestra patria.

Iturbide, con seguridad, en lo que menos pensaba á aquellas horas era en la entrevista que habia tenido con Guerrero que la consideraba como un incidente

secundario. Toda su atencion estaba fija en otra idea de un orden que consideraba muy superior, que le tenia enteramente preocupado, así es que no habló con nadie aquella noche, encerrándose solo en su alojamiento en donde estuvo escribiendo cartas durante varias horas seguidas.

Cuando se cansaba daba vueltas por la reducida estancia y el ayudante de guardia que se encontraba en la inmediata, apenas dividida por unas tablas llenas de aberturas, le oia exclamar:

—El dinero, lo que se necesita á todo trance es el dinero aunque despedacen mi reputacion, aunque asocien mi nombre á los epítetos mas indignos..... despues podré pagar y vindicarme.

Se conocia por lo mismo que lo que tenia á Iturbide muy preocupado era una terrible combinacion para hacerse de recursos y respecto de la cual habia tenido aquel dia mil vacilaciones. Al fin parecía que se habia resuelto á dar el golpe que meditaba, segun podia comprenderse por una de aquellas cartas escritas al Virrey en la que despues de agotar todos los dictados cariñosos, respetuosos y humildes, le decia que no tuviera temor alguno de hacer la remision de los caudales que debian embarcarse en Acapulco, pues él se comprometia á recibirlos, escoltarlos y ponerlos con toda seguridad en los buques en que deberian embarcarse. De no aprovecharse estos instantes en que tenia casi por suyo á Guerrero y en que todas las partidas estaban quietas, despues, quien sabe si se presentarian algunos tropiezos imprevistos. La oportu-

nidad no debia desecharse porque ahora sí estaba completamente seguro de cuidar por sí mismo el dinero de los comerciantes de México.

Las otras cartas que habia escrito, todas tratabau del mismo asunto mas ó menos directamente, pues la una era para el amigo que habia de inclinar el animo del Virrey á que no tuviera dilacion ninguna en mandar el dinero, so pena de que sobrevinieran grandes calamidades con cualquier demora, la otra era para persona de confianza dándole ciertas instrucciones para que los comerciantes mismos tomaran el mayor empeño en que fuera remitido muy pronto el convoy y las demás á los mismos interesados, hablándole á cada cual segun su carácter, y moviéndoles las fibras que le parecian mas convenientes.

Después de terminado todo el trabajo se recostó algunas horas y no esperó á que amaneciera para despachar el correo que ya estaba prevenido con las instrucciones debidas previniéndole que hiciera jornadas dobles, á cuyo fin el mismo hombre era portador de las órdenes más terminantes para que las autoridades del tránsito le proporcionaran los bagages y recursos que necesitara bajo su más estrecha responsabilidad.

Terminado esto, como el estado de su ánimo no le permitía estarse quieto, dió las órdenes convenientes para que la columna se pusiera en marcha, haciéndose una jornada de tres leguas solamente con objeto de tomar el camino que los habia de llevar á Iguala, lugar que había fijado en los documentos que tenían que venir impresos para hacer la proclamación solemne de la independencia

Probablemente que á muy pocas leguas de allí se había cruzado su correo con otro de México que le traía una carta que tenía en el sobre la anotación de *Muy reservada*, pues que esta la recibió al medio dia en su nuevo alojamiento. Por muy avesado que estuviera á todo esto el coronel Iturbide y por mas que tuviera formada la resolución de no dar un paso atrás, viniera lo que viniera, no dejó de darle un vuelco el corazon al ver aquel sobre con semejante anotación y que no procedia indudablemente del Virrey, porque no tenia su sello ni el portador pertenecia al servicio oficial de postas, asi es que estuvo dando vueltas en las manos á la carta y pensando en el contenido que podia traer, puesto que en la situación tan delicada y comprometida en que estaba, lo que más temia era una denuncia.

¿No seria aquel escrito el aviso que le daba algun amigo de que estuviera alerta porque ya habia sido delatado?

Hizo un esfuerzo de voluntad y abrió la carta. que no contenía mas que estos renglones:

"El Virrey ha estado oponiéndose con todo teson á que salga el dinero porque le han contado que hay partidas de insurgentes en el camino que no están aun sometidas; pero en virtud de las últimas noticias y de habérsele persuadido de que no puede retrasarse más tiempo el envio, sin perjudicar á los interesados, ya dió órden para que salgan las cargas mañana con una escolta de 200 dragones. Van como unos $600,000."

El susto, la alegria, la codicia, el remordimiento, la

satisfacción que se siente cuando se logra un vivo deseo, todas las más encontradas emociones llenaron el corazón de Iturbide mientras estuvo leyendo aquella carta con un ligerísimo temblor en las manos, al grado de que quiso imprimir á su voz un tono de tranquilidad y él mismo se llenó de asombro notando que se le extrangulaban las palabras que quería pronunciar, en la garganta.

Y lo que consideró por de pronto más prudente fué despedir con un ademán al correo y á los que estaban en la habitación, sentándose luego á la mesa en actitud de ponerse á escribir. Cuando estuvo solo exclamó clavando una mirada ardiente en la carta:

—¡Viene el dinero!

Y la estuvo leyendo seis veces mas, palabra por palabra.

—¡Viene el dinero! volvió á decir arrojando á la vez en esta exclamacion por la boca todo el aire que contenian sus pulmones.

Entonces ya sus temores, sus incertidumbres, sus zozobras, sus raptos de terror imaginario, no procedian de la duda de que el dinero saliera ó no de México, sino de que se mandara devolver del camino, luego que el Virrey fuera impuesto por alguno de tantos que estaban en el secreto del gran peligro que estaban corriendo aquellos caudales y del mas grande aún de que quizás fueran á servir para derribar al gobierno.

Porque hasta aquellas horas Iturbide no estaba completamente resuelto á dar aquel golpe que tenia que envolver su nombre, que queria conservar inmacula-

do, al menos en el nuevo periodo político que iba á iniciar, en un hecho que todos debian de calificar de muy vituperable. ¡Cómo! el caudillo de una causa noble, el defensor de las libertades de un país, el hombre que quizás iba á ser el primero de los independientes, habia de comenzar su nueva carrera por un gran acto de pillaje? Esta idea le atormentaba con teson en su moral interna; pero en seguida él mismo procuraba tranquilizarse con los siguientes razonamientos. Sí, es verdad, dispongo de un dinero ageno contra la voluntad de varios de los dueños, no de todos, supuesto que algunos son mis partidarios, mis amigos, y de su propia voluntad me han insinuado que lo tome en la parte que mas se necesite; y este no es un acto reprobado porque los fines que me propongo son nobles, porque las necesidades que hay que atender son apremiantes, porque es muy sagrado el objeto á que se aplican esos fondos, y tiene que cesar todo lo desfavorable, tendrá que acabarse la grita luego que se paguen con toda religiosidad, como tienen que pagarse por la Nación. Mis enemigos, y especialmente los enemigos de la independiencia de la Nueva España, formarán de eso gran escándalo, diran que es un atentado incalificable, repetirán en todos tonos y á todas horas que ha sido un robo inaudito, que establece un fatal precedente para el porvenir, porque ya los acaudalados no volverán á tener confianza en la buena fé de los gefes militares ni en la honradez de las fuerzas del gobierno, acaso llegarán hasta compararme con Mi-

na que se introdujo en la finca de un particular para apoderarse de un dinero que estaba enterrado; pero ni ese cabecilla tenia las seguridades que yo tengo para devolver lo que solo puede figurar como un empréstito forzoso, ni aquel tenia un ejército como el que yo tengo, ni satisfacia con su conducta las aspiraciones que yo voy á satisfacer.

En una de las veces en que estuvo haciéndose este razonamiento para tranquilizar su conciencia y eso á los tres días de haber sostenido una lucha interior de las más porfiadas, fué cuando ya se dijo y no solo se lo dijo á sí mismo sino que lo confió á las personas que lo rodeaban y estaban observando sus vacilaciones:

—Es indispensable tomar ese dinero para asegurar el éxito de nuestras maniobras: bastará que se sepa que lo tenemos para que se vengan con nosotros todos los que no están muy firmes en sus opiniones.

Naturalmente las ocho ó nueve personas que estaban al lado de Iturbide aplaudieron con entusiasmo tan indispensable determinacion.

Ahora, lo que se necesitaba ya nada más, era arreglar todos los pormenores relativos á ese asunto, bastante delicado por todos conceptos y máxime por la codicia que podría despertar aquella gran fortuna.

¿De qué personas se podría echar mano que no fueran en los momentos supremos á recordar el refrán de ladron que roba á ladron tiene cien años de perdon? Confiaria el depósito á Guerrero? Aunque no teni

motivos para dudar de su honradez personal, ¿no llevaria á mal que nulificara su actividad en la guerra poniéndolo á cuidar el dinero y...... de qué manos secundarias tendría aquel que servirse para la custodia del tesoro? Además, ¿faltaría quien le acconsejara que se pusiera á la cabeza de la situacion aprovechándose de ser el poseedor de tan grandes recursos?

Siguió buscando á su hombre y le pareció encontrarlo en el oficial D. Rafael Ramiro de quien conocia muchos actos meritorios y á él le dijo un dia en una conferencia secreta:

—D. Ramon, vd. me va á prestar uno de esos servicios que se consideran como de la mayor confianza.

—Puede ordenar lo que guste, mi coronel.

—D. Ramon, en nadie mas que en vd. tengo confianza para que sea el depositario de los caudales que voy á recibir y que necesito conservar en lugar seguro por si llegaran á necesitarse para realizar mis planes.

—¿Los caudales de Manila, mi coronel?

—Esos mismos.

—Segun sé, pasan de 500,000 pesos de plata.

—Sí, D. Ramon, vienen mas de doscientas mulas formando el convoy.

—Pero ese dinero, siendo tanto, no se puede tener oculto en el alojamiento, mi coronel.

—No, no quiero que vaya con nosotros á ninguna parte, sino que se quede bajo la custodia de un destacamento que usted mande, en uno de esos cerros, el que se considere mas seguro por mas inaccesible.

—Por ejemplo, en el cerro de Barrabás, mi coronel?

—Usted lo ha dicho, D. Ramon: ese cerro es el mas á propósito, y con ciento cincuenta ó doscientos hombres y con tres ó cuatro piezas de artillería, puede defenderse contra cualquier ejército.

—De modo que allí se pondrá todo el dinero bajo mi responsabilidad?

—Exactamente, don Ramon. Si por alguna circunstancia yo tengo que alejarme de estos rumbos, vd. defenderá el dinero de todos y contra todos, sin dar un solo peso á nadie, si no es con mis órdenes escritas y una contraseña.

—Muy bien, mi coronel.

—Es probable que el gobierno del señor Virrey mande hacer á vd. proposiciones ú ofrecimientos que le alhaguen, es probable tambien que procuren tratar de seducirlo hasta los mismos nuestros; pero yo lo conozco á vd. bien y sé que se estrellarán: eso no me dá cuidado, sino que vd. tenga confianza á su vez en los que lo acompañen para que no los corrompan ni cedan á las tentaciones.

—Pierda cuidado en ese punto, mi coronel.

—Estoy tranquilo ya. Ahora vamos á recibir esos caudales.

En el acto escribió Iturbide á Apodaca que fiara completamente en él respecto á las cargas de plata, que cuidaria de que no cayeran en manos de los americanos que era *de creer tuvieran algun empeño en robarlas*, pues que él ya salia para Chilpancingo para que el convoy pasara con toda seguridad.

Y en el acto tambien dió las órdenes de marcha

correspondientes para ir á encontrar personalmente aquel tesoro, que tantas veces le habia quitado el sueño, y que ahora no tenia mas afan que verlo en su poder.

Al fin lo tuvo, y cuando hubo acabado de ver pasar las cargas, dijo á sus amigos:

—Ahora sí, ya podemos irnos á Iguala á quitarnos la máscara, pues ya tenemos el agente principal para la empresa. ¡Viva el dinero!

CAPITULO XXXV.

SE ALZA EL TELON.

Mientras el Virrey Apodaca dormia á pierna suelta en su palacio de México, descansando en la fidelidad y sagaces medidas de su lugar-teniente Iturbide, que habia conquistado en poco tiempo y con limitados recursos la paz de la Nacion, que tantos otros militares no habian conseguido en diez años gastando millones de pesos, y mas y mas se arrullaba con las cartas halagadoras que aquel tenia cuidado de enviarle diariamente, las murmuraciones se propalaban ya de boca en boca sobre lo que realmente estaba pasando, y cada grupo de los que se consideraban unidos en intereses, se reunia á hablar sobre la situacion, dando matices diferentes á los sucesos que no eran conocidos muy á fondo, sino por los conspiradores de la Profesa que eran los que estaban mas en contacto con los agentes del nuevo caudillo de la independencia. Estos se reunian casi todas las noches entre siete y ocho en mayor ó menor número, y se comunica-

ban sin ninguna reserva sus impresiones, habiendo llegado á perder todo temor, pues ni siquiera se les vigilaba por la primera autoridad, lo cual les hizo suponer varias veces que aun ella pudiera ser muy bien que estuviera metida en el complot.

En los momentos mismos en que Iturbide se apoderaba de medio millon y pico de pesos para emplearlos en sus futuras operaciones militares, se hallaban en la pieza contigua á la sacristía, que ya conocemos, unos ocho de los concurrentes mas asíduos, que sin esperar á los demas habian principiado su conversacion sobre las noticias del dia, que era lo único á que se concretaban ahora sus trabajos.

—Sabrán sus señorías que por fin se logró la impresión de los papeles de Iturbide?

Todos sabian en globo la historia y manifestaron deseos de conocer los pormenores.

Entonces Monteagudo, tosió, escupió y refirió lo siguiente:

—Como saben sus señorías muy bien, aquí no fué posible encontrar quien se comprometiera á proporcionar un impresor de confianza, por mas tentativas que se hicieron y ni siquiera pudo conseguirse quien vendiera un ramo de imprenta suficiente para que pudiera hacerse el trabajo, lo cual obligó á don Miguel Cavaleri, encargado directamente del negocio, á dirigirse á otra parte.

—¿Y quién es ese Cavaleri? preguntó Aguirrevengoa.

—Es un antiguo jugador á quien el Virrey nom-

bró hace meses subdelegado de Cuernavaca por diligencias de Iturbide, contestó Fagoaga.

—Fué tallador del mismo Iturbide en las partidas que mandó poner en San Agustin de las Cuevas, contestó otro de los concurrentes.

—Pues bien, continuó diciendo el imperturbable Monteagudo, el dicho Cavaleri se valió de un capitan Magan, hombre muy sagaz, dándole firma en blanco para conseguir en Puebla la impresion de los papeles, y una regular imprenta á cualquier precio.

—¿Y ese Magan......? preguntó con curiosidad Fagoaga.

—Fué á Puebla con dinero y crédito, pero ya habia tropezado con muchas dificultades y desesperaba de salir bien de su mision, cuando una pura casualidad fué la que vino á servirle como de molde. Don Ignacio Alconedo á quien confió en parte sus proyectos, lo puso en relaciones con el P. don Joaquin Forlong, prepósito de la Congregacion de San Felipe Neri, que es á quien debo todos estos detalles, el cual le facilitó la pequeña imprenta del convento y con la asociacion de un trabajador entendido llamado Mariano Monroy, hicieron todo el trabajo encerrados en los claustros y con todo el sigilo necesario para no ser descubiertos, pues duraron ocho dias con sus noches en tan peligrosa operacion.

—Bueno, ¿y despues? preguntó el coronel Aguirrevengoa muy emocionado.

—Magan y Monroy salieron de Puebla con infinitas precauciones llevando los papeles, y no sé si primero llegaron á Cuernavaca á dar cuenta del cum-

plimiento del encargo á Cavaleri ó si éste les ordenó que se fueran directamente para Iguala; pero lo cierto es que salieron de Puebla y que á estas horas deben encontrarse al lado de Iturbide.

—Lo que sus señorías no saben es lo del dinero de Manila, exclamó Fagoaga.

Monteagudo se sonrió y se apresuró á replicar:

—Es muy posible que yo sepa en ese particular tanto como su señoría.

—Esto es, que cayó ó estuvo á punto de caer en poder de una partida de americanos?

—No señor, ese fué un rumor esparcido por los ociosos y el cual Iturbide se apresuró á desmentir escribiendo al Virrey que no se creyera de cuentos, que ya tenia todas sus medidas tomadas para que el dinero caminara con toda seguridad y que él le empeñaba su palabra de que lo escoltaría muy bien hasta ponerlo en Acapulco á bordo de la nao.

—Pero entonces ¿qué hay? preguntó el curioso Aguirrevengoa.

—Lo que hay es, que uno de los que tienen la parte principal en el convoy, me ha asegurado que recibió cartas de Iturbide, en que le pedia permiso de disponer de algunos de los caudales en calidad de pronto reintegro.

—¡Cómo! exclamó el cura Guridi, manifestando asombro.

—¿No es eso lo que sabe U. S? preguntó Fagoaga á Monteagudo.

Este, que no queria quedarse atrás, contestó:

—Eso, y ademas que todo el dinero ha cambiado

de direccion y en vez de seguir para Acapulco ha ido á depositarse entre las mas profundas montañas.

Todos se quedaron palitiesos con aquella noticia.

Al fin Monteagudo dijo, dando una carcajada que hizo estremecer á todos:

—Vamos, señores, no hay que asustarse por eso: cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo puesto en lugar de Iturbide. Una vez comprometido con Guerrero, y una vez puesto en contacto con todos los militares á quienes ha escrito sobre sus planes é impreso estos mismos y aun circulado ya, aunque en medio de la mayor reserva, pues me aseguran que aquí hay muchos entre ellos D. Cárlos Bustamante, que ya tienen un ejemplar, seria un necio nuestro brigadier si no atrapaba el dinero que le caia en las manos en tan brillante oportunidad.

—Pero va á promoverse un gran escándalo....

—En tiempo de guerra no hay misericordia.

—¿Y el Virrey........?

—El Virrey será capaz de caerse muerto luego que abra bien los ojos, pues ahora á todos los que le hacen la menor indicacion respecto de que desconfié de Iturbide, les contesta que son unos visionarios y unos envidiosos y por eso ya nadie se atreve á decirle la verdad, por mas que todo el mundo sepa en México que Iturbide va á insurreccionarse, si no es que á estas horas está ya insurreccionado.

—Yo propongo, dijo Fagoaga, que mandemos un propio por nuestra cuenta para que seamos los primeros en recibir la noticia de lo que haga Iturbide en Iguala.

Todos secundaron la idea y fué lo único que hicieron aquella noche de provecho los conspiradores de la Profesa, si bien es cierto que el propio llegó como las palmas de Toledo, despues de la bendicion.

Esto pasaba el 4 de Marzo, precisamente dos dias despues del gran suceso que pronto tendremos que referir.

En la casa de la Corregidora las reuniones eran mas humildes, y mas reducidas, pero en cambio mas provechosas, pues aunque en escala muy pequeña procuraban vigorizar algunos elementos, contando ademas como contaban en su seno con don Carlos María Bustamante que era aceptado tanto por el grupo aristocrático como por el popular de los que opinaban en favor de la independencia.

El mismo dia y á las mismas horas se encontraban reunidos allí Bravo, Verduzco, Bustamante, Aguilera y otras personas. Acababa de dar lectura Bustamente al plan que pretendia proclamar Iturbide, del cual, como habian dicho en la Profesa, se le habia mandado un ejemplar por instrucciones de aquel personage, para que lo diera á conocer entre los suyos con anticipación.

—¿Qué les parece á Vdes. este plan? preguntó el mismo Bustamante.

—A mí no me gusta, comenzando por el primer artículo y acabando por el 23 que es el último, dijo la valiente Corregidora, y quien sabe si no me guste por antipatía al mismo que lo proclama, á causa de haber sacrificado á tantos independientes.

—En efecto, dijo Bravo con voz reposada, es muy grave el punto de que se llame á Fernando VII que es un mal rey, ó á cualquiera príncipe de su familia que son peores; pero esos, así como otros, son lunares que tal vez puedan disimularse por tal que se proclame la independencia.

—Eso mismo digo yo, y eso mismo dijo Guerrero, se apresuró á afirmar Bustamante, lo esencial es que se proclame y se lleve á efecto la independencia, cualesquiera que sean las bases que se propongan, y despues, cuando la Nacion esté libre, decidirá sobre la organización de su gobierno.

—De lo que estoy seguro, dijo Verduzco que era mas político que guerrero y mas ambicioso que inteligente, es de que á ninguno de nosotros nos propone para formar la junta de que habla en la quinta base.

—Parece que Iturbide se reserva á nombrar la junta gubernativa, contestó Bustamante.

—No nos toca discutir nada del plan anora, una vez que no se nos lo consulta ni era posible que se nos consultara en nuestra situacion, prorrumpió Bravo, así es que lo que debemos resolver es si lo aprobamos así como está, ó como quiera que lo proponga Iturbide.

—De hecho tenemos que aceptar todo lo que nos proponga, aunque sea malo, dijo Verduzco.

—Pues entonces si lo aprobamos, continuó diciendo el primero, es preciso que nos apresuremos á decir á todos los nuestros que lo apoyen y no le opongan ninguna dificultad.

—Precisamente se encuentra aquí un enviado de Victoria que viene por noticias é instrucciones.

—Será muy conveniente mandarle decir que esté listo, siguió diciendo Bravo, y que yo y todos nos preparemos para entrar en campaña, si es que el Virrey se resiste á reconocer lo que haga Iturbide.

—Eso es lo esencial, exclamó la Corregidora, que todos los nuestros estén con las armas en la mano, tanto porque es su deber ayudar á que triunfe el pensamiento de la independencia, como porque los que tanto han trabajado por ella es necesario que se encuentren reunidos y con fuerzas para velar por el bien de la Nacion.

—Bien dicho, respondieron todos, acordando luego que cada cual se dirigiera á sus amigos para prepararlos á entrar en la nueva lucha que con tanta ansia se esperaba.

Esto se decia en los círculos privados; en los públicos, como entre los comerciantes del Parian, circulaban las mismas especies, pero completamente desfiguradas. Oigamos á cuatro dependientes que se reunieron en la esquina, despues de haber cerrado sus tiendas para irse á cenar.

—¿Y qué tenemos ahora de nuevo? preguntó uno muy gordo y muy rico.

El que parecia de mejor posicion contestó:

—Pues nada, que parece un hecho que el Exmo. Sr. Virrey está de acuerdo con Iturbide, supuesto que le mandó el convoy de plata para que se pronunciara.

—Ya habia yo oido decir esto que nos dice el amigo D. Juan Francisco, contestó el que habia llegado al último, aunque ahora acaba de sostenerme uno de Palacio que el Sr. Virrey está inocente de todo.

—Si estuviera inocente, insistió D. Juan Francisco que parecía el mas bravo de todos, no le hubiera mandado todas las fuerzas y todos los pertrechos que le ha pedido, ya le hubiera exigido que le mandara al insurgente Guerrero y á los demás del Sur amarrados codo con codo, y principalmente, no hubria dejado salir las platas sin estar muy seguro de que habian de llegar á su destino.

—Pero el caso es que no se sabe de cierto ni que Iturbide esté declarado por la independencia, ni que se haya apoderado de la plata del comercio.

—Vamos! pues entonces Vds. no saben que aquí andan ya impresos en México los planes de Iturbide?

—Vd. los ha visto?

—Yo no los he visto porque no concurro á las juntas de la Profesa, pero pasan de diez las personas que han tenido los papeles en sus manos y hay quien asegure que los ha visto en la misma secretaría de Palacio.

—¿En la secretaría de Palacio? exclamaron los otros tres asombrados.

—Sí, en poder de un tal Badillo que dizque es muy amigo del Brigadier Iturbide. Por supuesto no me den Vds. por autor, porque no quiero andar en averiguaciones, ni me gusta meterme en la política.

—En fin, creo que no hemos de tardar mucho tiempo en ver más claro.

—Claro? pues no tienen Vds. mas que comprarse uno de tantos papeles que publican los que están usando de la libertad de imprenta.

—Abusando, ha de haber querido decir el amigo D. Juan Francisco.

—Pues entonces es que Vd. los ha visto?

—Sí, tengo uno en que se les dice á los diputados que se reunieron en Veracruz para irse á las Córtes, y que parece que ya se fueron, que se detengan un poco si quieren ver grandes cosas.

—Y á qué cosas se referirían?

—Pues á esas, á esas que va á hacer Iturbide, quien sabe si de acuerdo con el Virrey.

—Y ahora caigo en que ha de estar de acuerdo, porque si no, no permitiria que se publicaran tantas hojas alarmantes.

—En las qué lo menos que se dice es que este país no mejorará de situación mientras tenga que estar pagando tributo á España.

—En lo cual no dejan de tener razon.

—Cómo! ¿Vd. dice eso D. Prudencio?

—Acá, para nosotros los que trabajamos, es preciso convenir en que no podemos tener suficiente dinero para darles á los de aquí y á los de allá, y siempre debemos preferir darlo á uno y no á muchos. Quien sabe si seria mejor que tuviéramos acá un reino separado, por malo que fuera.

—¿Y por qué habia de ser malo?

—Porque para nosotros los contribuyentes es difícil que haya gobiernos buenos.

—De modo que es Vd. partidario de la independencia?

—Yo no quito ni pongo rey, amigo D. Juan Francisco; pero la verdad es que estoy tan aburrido como Vd. y como todos, de tantas gabelas, y que veria con gusto que acabaran de una ó de otra manera nuestras angustias para poder trabajar con tranquilidad.

Al fin acabaron por convenir todos cuatro, en el seno de la intimidad, en que era preferible tener una nacion independiente, para siquiera tener menos amos á quienes servir.

De esta manera por conveniencia, por aficion, por deseos de figurar ó por amor patrio, tanto los habitantes de la capital como los de las provincias iban conviniendo en que podia dar buenos resultados que se tuviera un gobierno propio y una Nacion independiente.

Ahora tenemos que entrar en el tranquilo Palacio del Virrey, apenas unos cuantos dias despues de las escenas que acabamos de describir. Estaba Su Excelencia muy contento, contentísimo. Acababa de recibir oficio de Iturbide en que le daba cuenta de que ya habia recibido la conducta de caudales, de que se encontraba en Iguala y de que ya estaba concluyendo de dictar las medidas que se necesitaban para dejar en el Sur la paz completamente asegurada. En carta particular le hablaba de lo mismo y con palabras llenas de sumision y de cariño le aseguraba que ya no era preciso hacer mas gastos y que esperaba tenerlo

grato para que recibiera bien las importantes noticias mas pormenorizadas sobre el bien de la Nacion que luego iba á comunicarle. Esto es, preparaba el ánimo del Virrey para que no recibiera terriblemente mal el informe verdadero que iba á darle y que ya lo estaba preparando sobre su conducta, puesto que aquellos eran ya los momentos del trueno gordo.

—¡Qué bueno, qué servicial, que útil y qué atento es el coronel Iturbide! exclamó el Virrey sonriéndose agradablemente bien apoltronado, luego que le acabó de leer todo aquello el Secretario.

Dictó su acuerdo y se fué restregándose las manos al departamento de la Virreina que casualmente se·taba sola.

—Vienes muy contento, Juan, le dijo la Virreina mirándole el semblante.

—Sí, si: ya sabes que soy ahora el jefe de un gobierno que menos motivo tiene para quejarse de los disgustos concernientes al cargo.

—No tienes disputa alguna con la Audiencia ni con el clero?

—Con nadie: todos me obedecen sin hacerme la menor observacion viendo que he conseguido lo que ningun otro Virrey ha conseguido.

—¿Y que has conseguido tú?

—La paz de esta Nueva España.

—¿Estás seguro de que no se volverá á turbar la tranquilidad de estos reinos? le preguntó ella mirándole fijamente, en razon de haberle llegado algunos vagos rumores.

—Sí lo estoy, desde que D. Agustin de Iturbide, en quien me fijé felizmente para que terminara la campaña del Sur, me ha dado tan buenas cuentas.

—Ya llegamos á tu D. Agustin Iturbide, dijo haciendo una mueca la Virreina.

—¿Tú tambien pertenecerás al número de sus envidiosos?

—Vaya! vaya! pues de veras estás fascinado por ese hombre.

—No es un buen militar y un buen político?

—Quién sabe si más te convendría que no fuera ninguna de las dos cosas.

—Por qué?

—Porque puede engreirse con tantas alabanzas y con tantas distinciones como le haces y llegar á pensar en subírsete á las barbas.

—El?

—¿Y por qué no?

—Porque es respetuoso, humilde y agradecido en medio de ser bravo y sagaz.

—Lo de sagaz es lo que á mí me da más cuidado.

—Ahora acaba de comunicarme con el estilo dulce que solo él sabe emplear, que ya tiene arreglado todo para que no vuelva á turbarse la paz en el Sur, y que ya recibió el dinero.....

—¿Ya tiene el dinero? preguntó alarmada la Virreina, ¿cuál dinero?

—El de los caudales pertenecientes al comercio que deben embarcarse en Acapulco.

La Virreina, iba á replicar, cuando se presentó el criado á decir que la comida estaba lista.

—Bueno, en la siesta te diré lo que pienso de tu don Agustin Iturbide; por ahora vámonos á comer.

Se fueron á comer en efecto, y durante el servicio, mientras la Virreina se manifestaba pensativa, el Virrey se mostraba alegre como unas páscuas, cuando de repente divisó en la puerta las narices de su Secretario.

—¿Qué hay? le preguntó.

—Un correo que trae un pliego *muy reservado* del señor Iturbide.

—Recójamelo y tráigalo.

—Dice el propio que trae órden de entregarlo solo en manos de S. E.

—Que pase.

—Cuanto mejor era que acabaras de comer, dijo la Virreina con angustia, presa de un mal presentimiento.

—No, no; si es de Iturbide ha de ser cosa muy buena; quizás me anuncie que ya tiene tambien en su poder á los pocos insurgentes que se resistian.

Entró el correo, puso una rodilla en el pavimento y entregó el pliego.

—Retírate y espera en el corredor, le dijo el Virrey. Señor Secretario, continuó, leáme, mientras yo sigo comiendo.

El Secretario empezó á leer con voz gangosa:

"Exmo. Señor: ¡Qué feliz es el hombre que puede evitar la desgracia de otro hombre y hacer su fortuna! ¡Oh! y cuanto mas venturoso es el que puede evitar males sin cuento y establecer la felicidad, no ya de

Leyendas Históricas de la Independencia.



—¡Jesús! exclamó el Virrey, y acabó de perder el conocimiento desplomándose

otro hombre sino de un reino entero! Afortunadamente V. E. se halla en este caso con el de Nueva España." (El Virrey empezó á fruncir las cejas.)

"La noche del 15 al 16 de Septiembre de 1810 se dió el grito de independencia entre las sombras del horror con un sistema, si así puede llamarse, cruel, bárbaro, sanguinario, grosero é injusto por consecuencia, y á pesar de ello, á pesar de que el modo no podía ser mas contrario al genio moderado y dulce de los americanos, aun subsisten sus efectos en el año de 21."

El Virrey medio se levantó perdiendo el color, pero volvió á caer en la silla ya sin comer y dijo con voz sorda:

—Siga usted.

"¿Qué es subsistir? Hoy vemos reanimar de un modo muy notable y con llama más viva el mismo fuego. Verdad que no pudiendo ser desconocida á esa superioridad, convence sin equívoco el generalizado y uniforme voto de los habitantes todos de esta América."

—¿Pero qué es eso? preguntó el pobre Apodaca empezando á trastornarse.

—Es que tu D. Agustin de Iturbide es un traidor, lo cual pensaba decirte esta misma tarde, exclamó frenética la Virreina.

Cuando el secretario leyó el párrafo que dice: !Cuántos otros planes, Sr. Exmo, se están formando hoy sin duda en Oaxaca, en Puebla, en Valladolid, en Guadalajara, en Querétaro, en Guanajuato, en S. Luis....

en la misma capital, en rededor de V. E..........tal vez dentro de su misma habitacion............" En vista de que el Virrey se demudaba, exclamó la Virreina.

—Basta!

—El Virrey cogió entonces el pliego, y lo leyó á saltos; pero en cada párrafo se aclaraba más el hecho, la vista empezó á turbársele y ya solo veía en el papel grandes manchas rojas.

Dió un sorbo de vino y sacando fuerzas de flaqueza, dijo al secretario:

—Qué más hay?

—Una carta particular que comienza así: "Carísimo y muy respetado general...."

—El hipócrita! el bribon! pasemos á otra cosa.

—Unos impresos.... parece que son proclamas....

—Nada de dar lectura á esas iniquidades.

—Deja, deja ya eso, Juan, dijo la Virreina con voz cariñosa, mañana seguirás....

—Aquí hay otro parte en que dice el Sr. Iturbide que se vió precisado á echar mano de los caudales......

—¡Jesús! exclamó el Virrey, y acabó de perder el conocimiento, desplomándose.

Vamos á ver ahora lo que había pasado en Iguala.

CAPITULO XXXVI.



EN GRANDES APRIETOS.

Ya todo estaba listo: Iturbide tenia reunidos en Iguala los cuerpos que considaraba conquistados, y por si algo extraordinario pudiera ocurrir, el general Guerrero, estaba muy cerca con los suyos para acudir á la primera señal; el dinero se hallaba en lugar seguro, los papeles estaban completos, desde los impresos que habian de circular profusamente con los planes y manifiestos, hasta las cartas al Virrey y toda clase de autoridades chicas y grandes, pues al mismo Fernando VII le fué la suya con sus correspondientes documentos; en fin, no faltaba nada, segun la revista que pudo pasar el caudillo de la nueva revolucion el dia último de Febrero, y, en consecuencia, por la órden general mandó citar á todos los gefes y oficiales para que concurrieran á su alojamiento el dia primero de Marzo á las diez de la mañana. Ya todos, ó casi todos sabian de

lo que se trataba y estuvieron puntuales á la cita. Los edecanes se ocuparon de sentarlos segun su categoria; luego que apareció Iturbide, ocupó la cabecera de la sala frente á una mesa en donde habia un Santo Cristo, y levantándose les dijo el discurso que ya tenia preparado, sobre que la independencia de la Nueva España estaba en el órden inalterable de los acontecimientos y que á ella conspiraba la opinion general y los deseos muy marcados de todas las provincias, extendiéndose en varias consideraciones y especialmente en la del deber que tenian los que estaban allí reunidos de reconcentrar la opinion. Hizo mencion del robusto apoyo que le franqueaba el general Guerrero para cooperar á sus patrióticas intenciones, el cual no lo determinó menos irresistiblemente á promover el plan á que se iba á dar lectura.

Por mas que todos los concurrantes estuvieran preparados para este negociado, no pudieron hacer otra cosa que quedarse *tamañitos*, como ya se decia entonces, puesto que en él jugaban el pescuezo; pero á fin de que no hubiera lugar á discusion, Iturbide hizo una seña al capitan Don José Maria Portilla, que ya estaba aleccionado para el caso, el cual se levantó y con voz alta y clara leyó el plan compuesto de 23 artículos proponiendo la independencia con su religion de Estado, su gobierno monárquico y su junta de notables, á cuya lista tambien se dió lectura y en la cual figuraban, á mas del conde del Venadito, Virrey de México, todos los conspiradores de la Profesa.

—Muy bueno, muy bueno, exclamó Epitacio Sanchez que estaba cerca de la mesa, y todos los demás contestaron como un eco:

—Muy bueno, muy bueno.

—Me es muy satisfactorio, dijo Iturbide, contar con la aprobacion de mis compañeros, y ahora solo tenemos que esperar la resolucion favorable del Excmo. Sr. Virrey, á no ser que una obstinada repulsa, haga inevitables nuestras operaciones hostiles.

Entonces los señores oficiales redoblaron sus exclamaciones y dejaron sus asientos para acercarse á felicitar á su comandante.

—Señores, gritó Epitacio Sanchez, nombremos nuestro teniente general, al coronel Iturbide.

En medio del tumulto formado por el entusiasmo, se escuchó esta proposicion y todos repitieron:

—¡Viva nuestro teniente general!

Iturbide rehusó con palabras llenas de modestia, diciendo que su única aspiracion era conservar la religion y conquistar la independencia.

—Esta es toda mi ambición, repitió, y esta es la única recompensa á que me es lícito aspirar.

Por fin despues de una gran porfía convino en que se le llamara primer gefe del ejército.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, se reunió otra vez la asamblea de oficiales, al santo Cristo se agregó un misal y comenzó la ceremonia leyendo el padre capellan D. Fernando Cárdenas los evangelios del dia, y luego, comenzando por el primer gefe tomó el juramento en los terminos siguientes:

¿Jurais á Dios y prometeis bajo la cruz de vuestra espada observar la religion católica, apostólica, romana?—Sí, juro.

¿Jurais hacer la independencia de este imperio, guardando para ello la paz y union de europeos y americanos?—Sí juro.

¿Jurais la obediencia al Señor Don Fernando VII si adopta y jura la Constitucion que haya de hacerse por las Córtes de esta América Septentrional?—Sí juro.

—Si así lo hiciéreis, el Señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude, y si no, os lo demande.

Este juramento fué repetido por todos, despues de advertidos por Iturbide de que el que no quisiera comprometerse, podia pedir su pasaporte.

Hecho el juramento siguieron: la misa, el Te Deum, luego las descargas y el desfile; por la tarde el juramento de las tropas, arenga de Iturbide, aclamaciones y regocijo general. Por la noche tocaron las músicas y hubo cena y músicas en el cuartel general, quedando ratificado el segundo grito de independencia de la Nueva España, con mas facilidades y con menos peligros que el dado por Hidalgo diez años y medio antes.

Como Iturbide se habia anticipado algo á decirle al conde del Venadito lo que pasaba, no tardó en recibir carta de éste en que le decia que era *anticonstitucional* su proyecto de independencia: "*Espero, pues que V. S. lo separe inmediatamente de sí, y la prueba de esto será seguir en su fidelidad al Rey, y en observar la Constitucion que hemos jurado, y continuar la*

conduccion del convoy á su destino de Acapulco, para seguir las operaciones que le tengo ordenadas....."

Mientras seguian carteándose el Virrey é Iturbide, cada cual se preparaba alistando todos sus elementos tanto de fuerza como de proclamas y emisarios, con toda clase de invitaciones á los gefes que tenian mando de fuerzas en todas las ciudades del territorio.

Apodaca expidió una proclama conminando con las penas de costumbre, á los que creyeran lo que decian los rebeldes, ó de alguna manera los ayudasen, á la vez que mandaba decir á Iturbide que no tuviera cuidado con su familia que estaba en México, pues que seria tratada con toda clase de consideraciones, con lo cual ya Iturbide pudo ofrecer al gobierno, como prenda de sus buenas intenciones, á su padre, esposa é hijos que tenia aquel en su poder. Toda clase de proclamas é impresos circulaban por todas partes en pro y en contra de la nueva revolucion. Los enemigos de Iturbide, aprovecharon la oportunidad de publicar la horrible causa que se le formó en tiempo de Calleja, promovida por el vecindario de Guanajuato. El sacudimiento que causó el movimiento de Iturbide en el Sur, principalmente sabiéndose que contaba con Guerrero, con un ejército considerable y con grandes recursos en numerario, fué terrible, conviniéndose por todos, aun por los mismos íntimos del Virrey, en que aquel plan y aquel pronunciamiento, podian tener las mas serias consecuencias.

El que brincó de gusto fué el mariscal de campo Don Pascual de Liñan, quien tan luego como supo

lo que pasaba, se dirigió al Palacio y encarándose con el Virrey, le dijo:

—Yo advertí á V. E. con tiempo lo que iba á hacer Iturbide.

—Quién lo habia de pensar? le contestó Apodaca, fué un desengaño para todos.

—Para mí no, pues conocia las intenciones pérfidas de ese americano.

—Cuando V. S. me habló de eso, segun recuerdo, no me precisó en qué hacia consistir sus sospechas y sus desconfianzas, y como fueron tantos los que me hablaron en favor y en contra de ese jefe, no hallaba á quienes dar mayor crédito. Ahora ya no hay remedio......

—Ahora es cuando hay mas remedio que nunca, Exmo. Señor.

—¿De qué modo?

—Batiendo á Iturbide antes de que tenga tiempo de progresar.

—Eso es lo que he determinado, batirlo; pero debe convenir su señoría en que ahora es él quien tiene el dinero y los mejores cuerpos del Ejército.

—V. E. tiene todavia muchas tropas leales, lo menos seis tantos mas de las de Iturbide, que dirigidas por un jefe conocedor de su táctica y deseoso de aniquilarlo, no tardarán en escarmentarlo.

—Diera no sé qué por haberlo á las manos.

—Yo juro á V. E.. ... que alguno que quiera podrá darle esa satisfaccion.

¿Qué?

—Yo solo pido ir á esa campaña en el lugar que V. E. me designe aunque sea el último, porque soy uno de los mas empeñados en demostrar que Iturbide no es mas que un ambicioso vulgar........... un traidor.

Esas palabras supieron muy bien al conde del Venadito, que despues de estar mirando un momento á Liñan, le dijo:

—S. S. será el que vaya mandando las tropas que dén buena cuenta de Iturbide, pues que precisamente he recorrido la lista y no he encontrado otro que reuna todas las condiciones.

—Gracias, Exmo. Señor, porque ni con un reino lograria mejor satisfacer la que es ahora toda mi ambicion, que es pulverizar á ese faccioso.

—Tan pronto como S. S. quiera tendrá su nombramiento.

—Hoy mismo, Exmo. Señor, para comenzar desde mañana á dar conveniente organizacion al Ejercito que debe operar sobre el Sur.

—Está bien, hoy se le extenderá el nombramiento de comandante general de todas las tropas que deben hacer esa campaña. ¿Qué número de hombres necesitará V. S?

—Necesitaré diez mil que estén muy bien equipados; pero me pondré en marcha con los primeros cinco mil que estén listos, seguro como estoy de que el éxito depende de la prontitud de los movimientos. Tal vez no necesitaré mas, tal vez mi sola marcha haga abrir los ojos á los incautos; pero siempre es bue-

no tener elementos de sobra, para que no por falta de ellos se malogren las operaciones militares. Con cinco mil hombres respondo de que podré derrotar á Iturbide en el primer encuentro; pero con diez mil respondo además de que traeré su cabeza.

—No, su cabeza no, lo quiero vivo para castigarlo ejemplarmente.

—Lo tendrá V. E. vivo y solo muerto en caso de que no se pueda coger de otro modo.

—Está bien, señor Liñan, confío en el valor y en la pericia de. S. S., encargándole solo que no se derrame mas sangre sino la que sea muy necesaria. Lo que interesa es coger al cabecilla, los demás no son mas que seducidos por él que muy pronto se arrepentirán. ¡Ah! tambien le encargo que me traiga á Guerrero, que es, segun creo, el principal culpable y quien debe haber influido en el ánimo de Iturbide.

—Otros, señor, son los que lo manejan.

—¿Quiénes?

—Tiempo tendré despues de abrir bien los ojos al gobierno. Por ahora solo me permitiré advertir á V. E. que desconfíe de todo el mundo, porque le rodean muchos traidores.

—Pero, ¿quienes son? ¿quienes son?

—Son muchos para que me detenga á nombrárselos. Cuando llegue la hora de la expiacion, entonces se los nombraré á todos.

Y Liñan salió de allí con aire de conquistador, mientras que el Virrey se quedó murmurando:

—O este hombre se ha vuelto loco ó yo soy un po-

bre ciego que no veo mas allá de donde tengo las narices.

Pero con todo y eso mandó que luego se estendiera el nombramiento y que se pusieran todas las tropas que habia en Mexico y en los puntos mas cercanos á las órdenes de Liñan, disponiendo que todas las demás que habia esparcidas por la Nueva España, hicieran un movimiento de concentracion para lo que pudiera ofrecerse.

A la vez que dictó el Virrey todas las medidas militares que consideró del caso, no descuidó mandar agentes al Sur que esparcieran proclamas suyas, del Ayuntamiento y de cuantas personas pudo haber á la mano, contra la nueva insurreccion, lo que hizo que se viera generalmente reprobada y digna de toda clase de censuras, no confiando solo á los impresos la persuacion para que los europeos que habian secundado á Iturbide se arrepintieran y volvieran á la obediencia del Gobierno, sino que ademas mandó que á cada uno de los oficiales se hicieran promesas, se les repartieran dádivas y recomendaciones de sus parientes y amigos, empleando así toda clase de recursos para introducir el desórden en el campo enemigo.

Pero sucedió que el mariscal de campo Liñan, que tan animoso se habia presentado y que segun parecia estaba ansioso de ponerse en campaña, se estacionó con su ejército en la hacienda de San Antonio, cercana á México, difiriendo su salida para el Sur, con siempre nuevos y segun él fundados motivos, para no moverse, por lo que el Virrey, mas bien para que se

fuera haciendo algo, y obligado por las murmuraciones, nombró nuevamente á Armijo comandante general del Sur, poniendo á su disposicion los destacamentos que permanecieran leales y algunas otras tropas mientras llegaba Liñan con el Ejército, siempre con el mando en jefe, y que Márquez Donallo saliera tambien para Cuernavaca con su division que seria llamada la vanguardia del Ejército destinada á las operaciones del Sur de la Nueva España.

Una vez dictadas todas estas disposiciones y asegurado el Virrey de la fidelidad de las autoridades civiles y militares de dentro y fuera de México, con las que se llenaron las Gacetas de ese tiempo, antes de romper definitivamente las hostilidades mandó á Iturbide y á todos los que habian jurado obedecerle y seguirle en su empresa un indulto amplísimo ofreciéndoles conservarles en sus empleos y echar un espeso velo sobre la gran falta que habian cometido, á cuyo ofrecimiento, como naturalmente tenia que suceder, contestó el caudillo de la revolucion que era inadmisible, que tenia conciencia de lo que hacia, y que de ningun modo podia ya retroceder aunque entendiera que habia de perder la vida en su empresa. En los mismos términos contestaron los demas comprometidos, notándose desde luego que si Iturbide estaba tan firme, era tanto porque sabia lo que traia entre manos, como porque allí estaban su porvenir, su gloria y sus compromisos, los demas no lo estaban tanto y por debajo de cuerda prometian á los agentes de Apodaca regresar á sus antiguas banderas luego que les

fuera posible salir de la ratonera en donde se habian metido.

Y así sucedió en efecto. Apenas Iturbide comenzó á hacer sus primeras marchas preparándose á recibir en los puntos destinados para la defensa á la columna enemiga que se le destacara, cuando empezó á sufrir una desercion verdaderamente escandalosa. No solo se le iban los soldados con todo y armas, sino los oficiales, y á poco también los coroneles con parte de sus cuerpos, siendo muy aclaradas sus filas desde sus primeros movimientos, al grado de persuadirse ya, por la experiencia, que tenia de que seguramente al primer choque que llegara á tener con el enemigo se le desbandaría el resto de sus desmoralizadas legiones.

Otro golpe que sintió tanto como el de la deserción fué el decreto que recibió del gobierno en el que se le ponia fuera de la ley lo mismo que á los que le obedecieran, siguieran y ayudaran, conminando con penas terribles á los que mantuvieran con él cualquiera clase de comunicaciones ó relaciones, con lo cual se vió abandonado tanto de sus amigos de México como de sus mismos agentes que en diversos puntos le habian prestado grandes servicios, viéndose como una especie de apestado en medio de los mismos suyos.

Todos cuantos se desertaban del lado de Iturbide eran recibidos en México con grande alharaca, el Virrey en persona salia á la plaza á distribuirles premios y todos eran agasajados de modo que se hiciera muy visible que el ejército revolucionario se estaba desmoronando. Naturalmente, esto lo sabian los

oficiales y los españoles que aún permanecian leales, y los estimulaba á abandonar unas banderas que no les ofrecian mas que peligros, para ir abrazar otras en que alcanzaban toda clase de distinciones personales.

El 6 de Marzo se encontraba Iturbide en Teloloapan procurando dar mejor organizacion á las tropas que le quedaban, cuando recibió la noticia de un nuevo fracaso que le dejó anonadado completamente y á consecuencia del cual pensó con toda seriedad en abandonar la empresa embarcándose con el dinero que tenia para algun país extranjero. De esto dió testimonio la carta de esa fecha que se publicó algun tiempo despues, en que pedia informes sobre si habia algun buque dispuesto para levar anclas en los puertos que designaba. La terrible noticia á que aludimos fué la de la reaccion verificada en Acapulco á consecuencia de haber llegado dos fragatas de guerra en los momentos mismos en que se proclamaba la independencia, cuya circunstancia vino á favorecer los intentos del teniente coronel Rionda, que asechaba un momento propicio para apoderarse de la plaza, lo cual consiguió felizmente siendo inútiles despues los esfuerzos del gobernador Gándara que había conferenciado con Iturbide y volvia con sus instrucciones para hacerse reconocer y dar nuevo giro á los asuntos del puerto, con cuyo fracaso el nuevo caudillo de la independencia habia perdido el que consideraba uno de sus primeros baluartes y sobre todo, el punto de escape seguro, para el caso de un desenlace desgraciado.

Mohino, pues, estaba con tantas adversidades como le habian llovido, cuando se le presentó en el mismo Teloloapan, el general Guerrero con mas de mil hombres ya regularmente organizados. Los vió Iturbide sin que lograsen disipar su desaliento, porque comprendió que no serian los que habian de llevarle triunfante á México, y luego confió al héroe del Sur todas sus desventuras.

—Eso no importa nada, señor, le dijo Guerrero despues de impuesto de todas aquellas peripecias que mas ó menos le eran conocidas, nosotros hemos sufrido mas grandes pesares y nunca nos hemos desalentado.

—Pero se me han ido mis principales capitanes y el mal ejemplo ha cundido á mis tropas, en las que no puedo ya tener confianza.

—Lo que ha sucedido era natural que sucediera, señor general, contestó Guerrero, los españoles siempre han de tener más simpatías por el Virrey que por una causa que no les interesa; pero los americanos que se quedan le permanecerán fieles y á ellos se unirán los verdaderos patriotas de todo el país que está sediento de alcanzar su independencia.

—Pero yo tengo la creencia de que para combatir á los realistas se necesitan tropas bien disciplinadas como las suyas.

—Las nuestras saben ya los métodos de la guerra como los conocen los realistas, señor.

— Y suponiéndolo así, ¿dónde podré encontrar esos soldados, y encontrándolos, qué tiempo me dejará el enemigo disponible para organizarlos?

—Usted me ha dicho que en el Bajio tiene muchos amigos que solo esperan órden suya para seguirlo?

—Al menos esos eran unos de los elementos con que más contaba.

—Y no cuenta con ellos todavia?

—Puede ser que sí.

—Entonces lo mejor que puede hacer V. E. es encaminarse al Bajio.

Iturbide se quedó viendo de frente á Guerrero con desconfianza. Su mirada era límpida así como su acento habia sido sincero.

—Ya lo he pensado, contestó Iturbide, pero creo seguro que ya han dispuesto cerrarme el paso.

—Todavia no, señor, las tropas vienen para acá directamente y es mi creencia de que nadie ha pensado que V. E. siga los movimientos practicados antes por los insurgentes.

Iturbide se quedó pensativo y dijo despues de un rato:

—Me parece que es en efecto el mejor partido que debo tomar; pero sería necesario contar con que V. E. me ayude lo mejor que pueda aquí, entreteniendo las tropas del Virrey y sobre todo interceptándole el camino de Acapulco y si es posible apoderándose del puerto.

—Todo lo intentaremos, general, y nos sacrificaremos si es necesario para que V. S. pueda salvar su persona y sus tropas de esta situacion, buscando un teatro mas amplio para sus hazañas.

El semblante de Iturbide se iluminó como si hu-

biesen ido al fondo de su corazon aquellas palabras, y exclamó levantándose de la silla en que habia estado como encogido:

—Sí, general, veo ante mi vista abiertos mas grandes horizontes. V. S. me detendrá aquí á todo ese gran ejército que se nos viene encima y yo apareceré en el centro del país como el salvador de los pueblos y creo que me ayudarán, ó encontraré entre ellos una tumba gloriosa.

Guerrero tambien se levantó y estrechando la mano de Iturbide, le dijo con su acostumbrada sinceridad:

—Aquí deja V. S. amigos y subordinados leales

—Lo sé: mis principales recomendaciones al abandonar estos sitios que dejo encomendados á su vigilancia, son: incomunicar en cuanto sea posible el puerto de Acapulco, á fin de que no pueda recibir ni víveres ni recursos de México, para obligar á la guarnicion á rendirse. Que el coronel D. Juan Alvarez, que es conocedor del terreno y valiente, hostilice cuanto pueda aquella plaza, mientras V. S. hace frente á todo el ejército en los puntos en que crea necesario.

Iturbide ya no pensó desde ese momento mas que en realizar aquel propósito. Guerrero estuvo acompañándolo y ayudándole en cuanto fué requiriéndose para realizar la maniobra, y cuando salió el reducido Ejército de las tres garantías, todavia el héroe del Sur fué acompañando á su jefe por algunas leguas, hasta que le dijo:

—Ahora voy á preparar tambien mis operaciones que no son nada fáciles.

—Buen suceso, general, le dijo Iturbide, estrechándole la mano, y picó su caballo para incorporarse con los suyos.

A poco volvieron la cabeza á mirarse como si fuera aquella su última despedida.

CAPITULO XXXVII.

EL GRAN INCENDIO.

El Plan de Iguala tuvo la virtud de conmover los ánimos de uno á otro confin de la Nacion, pues aunque no satisfaciera todas las aspiraciones ni representara el ideal de los antiguos insurgentes, servia de pretexto para que se reanimaran las esperanzas que ya no germinaban mas que muy en silencio, para que recobraran su vigor los desalentados y para que se pusieran en actividad las fuerzas vivas del gobierno que tambien parecian estar sucumbiendo en la inercia. El Plan de Iguala era ya esperado por muchos con curiosidad, con ansia por otros, que deseaban lanzarse á sostenerlo cualquiera que fuera, y con grandes temores por los pacíficos, que eran siempre, y lo siguieron siendo por muchos años, las víctimas expiatorias de los pronunciamientos. Porque es necesario decir que aunque no todos estuvieran en los secretos de la política, la atmósfera, preñada de las sombras incoloras que siem-

pre preceden á los grandes acontecimientos, anunciaba uno muy notable que no se sabia por donde comenzaria, ni de donde saldria, pero que era esperado porque estaba imbuido en los presentimientos comunes. Así es que si produjo alguna admiracion, fué mas bien porque sonaba el nombre de Iturbide á la cabeza de la proclamacion de la independencia, habiendo sido antes tan célebre por los perjuicios sin cuento que la habia causado. Como quiera que fuera, el pais estaba preparado para realizarla por las ideas que en su favor se habian generalizado y por la conviccion que reinaba de que mas temprano ó mas tarde tenia que llegarse á ese hecho, quien quiera que fuera el que la proclamara. A Iturbide tocó hacerse de una oportunidad que por instinto hacia tiempo que venia buscando para engrandecerse por cualquier camino, con tal que fuera con rapidez.

Y no habiéndose podido ocultar en las regiones del gobierno un hecho de tal magnitud, por mas que fuera el único en considerarlo insignificante, él mismo contribuyó en seguida con sus proclamas y con sus disposiciones de represion á hacerlo más público y á darle mayor importancia. Así fué que el alboroto cundió por todas partes, las discusiones se hicieron animadas, y cada cual, como sucede siempre en casos análogos, se formó sus propósitos y empezó á manifestar de cual lado estaban sus simpatías, echándose de ver que fueron mucho más numerosos los que se declararon por la causa de la independencia.

Así fué como Iturbide que abandonaba las serra-

nías con el corazon oprimido por el desaliento y creyendo que habia cometido una insigne torpeza, se encontró á poco todo su camino sembrado de flores, y vió ya por sí mismo que su empresa era mucho mas realizable de lo que se habia imaginado, por mas que no dejaran de inquietarle á veces algunas muestras de fidelidad que recibia el gobierno, las qué verdaderamente se podian llamar de remacha-martillo.

Cuando llegó á Cutzamala el 28 de Marzo, supo que los primeros que habian secundado su movimiento en Jalapa, habian sido los granaderos y los dragones de España, reuniéndosele allí don Ramon Rayon que venia de Zitácuaro en donde habia dejado la situacion á punto de estallar. En Tuzantla supo ya Iturbide que toda la línea que cuidaba el Fijo de México le pertenecia, habiendo tenido que huir el jefe del cuerpo don Pio María Ruiz para la capital. Mas adelante supo tambien que sus capitanes Quintanilla y Madrid habian logrado conmover el Bajío, y ya estaban pronunciados los coroneles don Luis Cortazar y don Anastasio Bustamante con bastantes fuerzas y con no menor número de poblaciones ocupadas.

Es de notarse aquí que Bustamante al entrar en Guanajuato. mandó quitar las cabezas de Hidalgo y demás insurgentes insignes, que se ostentaban en las almenas de Granaditas desde hacia diez años como un testimonio de crueldad de los opresores.

Casi todos los destacamentos que habia desde Valladolid hasta Querétaro, sin incluir estas dos poblaciones, adoptaron el Plan de Iguala, de modo, que

cuando llegó Iturbide á Zitácuaro con sus escasas tropas traidas del Sur, ya contaba en el Bajío con un ejército de mas de 6,000 hombres con buena organización.

Después de la incorporacion de Bustamante, y de Parres, jefe de importancia tambien, con Iturbide en Acámbaro, y de haber puesto en alarma al comandandante de Valladolid Quintanar con los movimientos militares hechos hacia aquel rumbo, se dirigió á la Nueva Galicia con el objeto de hacer entrar en sus planes á don José de la Cruz y á don Pedro Celestino Negrete que ya le habian escrito diversas cartas sobre el asunto, manifestándose el primero muy vacilante, mientras que el segundo estaba ya decidido aunque siempre opcniendo algunas dificultades y queriendo fijar condiciones.

La entrevista se verificó en la hacienda de San Antonio, despues de ciertas muestras de desconfianza por parte de Cruz que indignaron á Iturbide y lo hicieron salir de sus casillas y hacerle reproches, resultando de dicha entrevista que el sultan de Guadalajara se declarara neutral mientras el Virrey resolvia sobre unas proposiciones que se le mandarian apoyadas por el Obispo de aquella diócesis y el marqués del Jaral.

Cuando se separó Iturbide, dijo Cruz á Negrete:

—No me disgusta del todo el Plan de Iguala, pero Iturbide no se pondria á mis órdenes teniendo ya tan grandes elementos y seria imposible que yo militara subalternado á un simple coronel. Con Apodaca

tampoco puedo hacer buenas migas porque es un imbécil, de modo que lo mejor que he podido hacer es ponerme á la capa.

—Pero general, le dijo Negrete con vivacidad, vendrá un momento en que nos veamos obligados á tomar algun partido, ya sea por las órdenes del Virrey muy repetidas, ya sea porque los pueblos y las tropas nos quieran exigir que demos color.

—Nosotros, acá, somos independientes y á ninguno le haremos caso.

—Puede llegar la vez en que las tropas se nos pronuncien, como ya ha llegado á suceder con algunos de nuestros destacamentos.

—Entonces fusilamos á los que nos desobedezcan y santas páscuas.

—En fin, ya veremos lo que sucede.

Cruz vió entonces de reojo á Negrete y le dijo:

—Conque ya sabe V. S. cual es mi determinacion: no ignoro por mi parte que V. S. lleva mucha amistad con Iturbide y aun simpatiza con sus ideas; pero, ¡cuidado con el pescuezo!

Negrete se encogió de hombros y no contestó, contentándose con seguir á Cruz á caballo luego que aquel hubo subido en su coche para regresar á Guadalajara.

Por todas partes seguia propagándose entre tanto la chispa del Sur: en Lerma se levantó en Abril el capitan don Ignacio Inclán, lo siguieron las tropas del Virrey, lo sorprendieron, cogiéndolo prisionero, y fué confinado por ocho años á la fortaleza de Aca-

pulco, logrando despues evadirse y llegar hasta general en tiempo de la República. Apodaca que entonces estaba prodigando recompensas, hizo teniente coronel al oficial vencedor de Inclán, y á la tropa le mandó un acuerdo con este lema: "Por la prision de los primeros anarquistas del año de 1821."

El Dr. Magos proclamó la independencia en Ixmiquilpan, pero con mala suerte, pues que al fin fué derrotado por fuerzas realistas que mandaban los oficiales americanos Novoa y Juvera, haciéndole cincuenta muertos.

El general D. Nicolás Bravo, que habia permanecido pocos dias en México, estaba residiendo en Cuautla y se encontraba indeciso respecto del partido que debia tomar, teniendo en cuenta que Iturbide habia sido el enemigo mas implacable de los independientes; pero fueron tantas las instancias que le hizo aquel, lo mismo que el general Guerrero, quien por su parte salia garante de la lealtad del nuevo gefe de la revolucion, que Bravo se consideró en el deber de secundarlos, llevando un despacho de coronel firmado por Iturbide con la manifestacion de que no podia darle el que antes tenia porque no podia dar mas de lo que él mismo era en aquel momento. El noble Bravo contestó que lo aceptaba, sin embargo de que no aspiraba á distincion ninguna, sino á servir como soldado, siendo su única ambicion contribuir en la esfera qne le fuera posible á realizar la independencia de su patria. En poco tiempo se le vió en Izúcar al frente de 500 hombres, dando un poderoso impulso

á la revolucion en una extensa zona, en la que como siempre, presentó grandes muestras de su valor, de su dignidad y de sus ya vastos conocimientos militares.

En los llanos de Apam se levantaron en armas Osorno y otros de los antiguos insurgentes, poniendo al sanguinario Concha en muy grandes apuros.

Don José Joaquin de Herrera, del interior de una botica del pueblo de Perote, salió á ponerse á la cabeza de las tropas que se habian reunido con sus gefes, procedentes de Veracruz y Jalapa, y pronto logró formar una Division que ocupó sin trabajos las principales poblaciones de la provincia de Puebla.

Santa Anna, el célebre D. Antonio López de Santa Anna, que tanto figuró despues en nuestras revueltas y qne fué autor de los mayores infortunios que ha sufrido la Nacion Mexicana, despues de conseguir que Apodaca le nombrara Teniente Coronel á fuerza de combatir á los insurgentes en la provincia de Veracruz, apenas tuvo tal despacho se puso á las órdenes de Herrera y supo aprovechar la coyuntura que se le presentaba para sus grandes ambiciones en medio de aquel gran remolino, proponiéndose él mismo como el militar mas idóneo para dominar la provincia de Veracruz, y en consecuencia le fué concedido que pasara á establecer su cuartel general en Alvarado con un ejército de 500 hombres, que era todo lo que necesitaba para jugar un papel importante.

Habiendo salido de Puebla el teniente coronel Zarzoza con una seccion considerable para reforzar á Perote y salvar un fuerte convoy procedente de las Vi-

llas, casi todos los soldados se le desertaron y tuvo que volverse á dar al comandante Haro la triste noticia de que no tenia ya subalternos para cumplir su importante comision.

De la misma ciudad de Puebla se salieron desertados para unirse á Herrera, los Flon, hijos de aquel conde de la Cadena que tan valientemente peleó contra Hidalgo pereciendo en la batalla del Puente de Calderon. Estos capitanes se llevaron consigo casi todo el regimiento de dragones provinciales y fueron extendiendo por donde pasaban el entusiasmo por la causa y haciendo prosélitos.

Igualmente se salió de Puebla D. Francisco Ramirez, hijo del marqués de Sierra Nevada, con 70 granaderos, así como el ayudante del Fijo de México, con una buena parte de este batallon.

Tambien proclamó la independencia yéndose á las filas de Herrera, el teniente coronel de Fieles de Potosí D. Juan Bautista Míota que tanto se habia distinguido entre los realistas.

El coronel Hevia que era uno de los brazos derechos de Apodaca en aquellas circunstancias, fué el destinado á destruir á Herrera con mas de mil doscientos hombres de la mejor tropa de infanteria, caballeria y artilleria; pero fué herido en la cabeza y muerto atacando la villa de Córdoba, por cuya desgracia y por haber llegado Santa Anna con refuerzos en auxilio de la plaza sitiada, tuvieron que retirarse los sitiadores, siendo perseguidos hasta Orizaba, cuya poblacion tuvieron que abandonar, replegándose

á Puebla. Santa Anna, despues de esta campaña, regresó á Jalapa ocupando la plaza por capitulacion.

Despues veremos como en este mismo mes de Abríl en que pasaba lo que vamos refiriendo; apareció tambien en escena el general D. Guadalupe Victoria.

Mientras que Santa Anna se preparaba á atacar á Veracruz, sin suficientes elementos para ello, lo cual habia de darle mal resultado, Márquez Donallo, el que mandaba la vanguardia del ejército destinado al Sur, cuyo ejército se habia desbaratado por las torpezas de Liñan, hacia un paseo militar á Acapulco para lo cual se le dejó franco el camino, cayendo en una celada que les salió mal á los independientes.

Formaban estos tres secciones, una á las órdenes de Guerrero, otra á las de Alvarez y otra á las de Ascencio. El plan habia sido dejar pasar á Márquez Donallo hasta Acapulco, atacar mientras tanto á Húber que tenia en Tetecala quinientos hombres y luego echarse victoriosos sobre Márquez Donallo al venir, como era de suponerse, en auxilio de Húber. Pero Ascensio anticipó intrépidamente el ataque, fué muerto de un sablazo en el primer encuentro con los realistas y el gefe de estos mandó la cabeza del valiente patriota al coronel Armijo que se encontraba en Cuernavaca, la cual fué expuesta en un paraje público como un resto de la barbarie que quedaba entre los antiguos realistas.

Con esto Guerrero tuvo que retirarse dejando el paso franco á Márquez Donallo que volvió inmedia-

tamente á México dejando al Sur en el mismo estado y á Acapulco en peores condiciones que antes. La muerte de un veterano como Ascensio no significaba nada para los independientes en aquellas circunstancias en que por todas partes se les presentaba la suerte propicia.

Bravo continuaba multiplicándose: despues de su encuentro con los realistas en Tepeaca, sin resultados, se dirigió sobre Tulancingo en donde estaba el feroz Concha quien en esta vez poseido de un miedo cerval, se puso en fuga tan precipitadamente, que dejó sobre una mesa todos sus papeles, los cuales recogió Bravo y los mandó al Virrey diciéndole que no fuera á ser que hicieran falta en las cuentas del regimiento de dragones de San Luis que era el que estaba mandando el sanguinario Concha.

Inmediatamente ocupó Bravo á Tlaxcala, en donde se le reunieron tantas fuerzas, que ya pasaban de 4000 hombres, con los que se propuso emprender el sitio de Puebla.

Después que Iturbide hubo conferenciado con el general Cruz y con Negrete, según hemos dicho, en una hacienda de la Nueva Galicia, volvió adonde lo esperaba un fuerte trozo de caballería que formaba su escolta, ordenando el movimiento de todo su ejército, (que constaba ya de ocho á diez mil hombres) sobre la plaza de Valladolid.

De Huaniqueo dirigió Iturbide la noche misma de su llegada una proclama á sus paisanos los habitantes de la ciudad y una comunicación al comandante de la

plaza el coronel Quintanar y al Ayuntamiento, haciéndoles presente cual era la situación y la inutilidad de que se derramara más sangre, estando como estaban en la imposibilidad de recibir el menor auxilio.

El día 13, al posesionarse de la hacienda de Guadalupe, recibió la contestacion de Quintanar en que le decia que en aquella plaza no se reconocia mas que el legítimo gobierno.

Empezaron, no obstante, las conferencias, lo mismo que empezaron á desertarse los soldados de la guarnicion; é Iturbide, además, hizo gran ostentacion de fuerza, mandando que sus mejores batallones y escuadrones pasaran lista en los cerros que dominaban la poblacion desde donde eran admirados los uniformes, así como el número de los independientes, hasta que Quintanar acompañado de su segundo el teniente coronel Cela, salió del recinto fortificado y una vez fuera dijo á éste:

—Yo sigo la causa de los independientes, Vd. vuelva á la plaza á cumplir con su deber.

Naturalmente despues de Quintanar se salieron tambien los oficiales que le eran adictos, así como los soldados, hasta que Cela tuvo que capitular, advirtiendo que los que no quisieran seguir bajo las banderas de Iturbide, salieran con los honores de la guerra para ir á presentarse en México. En vista del convenio salieron para la capital unos 600 hombres que llegaron á su destino muy mermados.

El 22 de mayo hizo Iturbide su entrada triunfal en Valladolid, se cantó el correspondiente *Te Deum*

y el teniente coronel D. Miguel Torres fué nombrado comandante de la plaza.

El general D. José de la Cruz gobernador de Nueva Galicia y de todo el territorio de occidente, descansaba muy tranquilo, confiado en su gran poder, que hacia considerársele y se consideraba él mismo como el segundo gefe de la Nacion, esperando el curso que llevaran los acontecimientos para decidirse á tomar algun partido, de tal modo, que no solo estaba indiferente, sino que dormia á pierna suelta en su Palacio de Guadalajara. En el pueblo inmediato de San Pedro, tenia situado al brigadier Don Pedro Celestino Negrete, de quien aunque conocia las ideas, no podia sospechar que tomara por si mismo la iniciativa, sin pedirle órdenes como estaba acostumbrado. Y respecto de sus demás subordinados, ya se sabia que él los mandaba á su placer, que no eran mas que máquinas acostumbradas á la obediencia y poco le importaba averiguar sus opiniones.

Así es que solía decir á los que le rodeaban:

—Que se hagan pedazos Iturbide y Apodaca y yo iré después á ponerlos en juicio. Al fin de la jornada yo seré quien tenga que asumir el mando supremo por cualquiera de las dos partes.

Y veia sonriéndose el vuelo que iba tomando Iturbide, muy seguro de que él iría en persona á cortarle las alas.

Pero no contaba con la huéspeda.

Un dia á principios de Junio se vió muy acosado Negrete, tanto por sus oficiales como por otros muchos

de la guarnicion de Guadalajara, y entonces él tuvo que contestarles para que se fueran:

—No se pasará el 16 sin que juremos el Plan de Iguala.

Y entre tanto sostenia una gran lucha interiormente con el Plan que no le agradaba del todo, con su deber de soldado que estimaba en alto grado, y en el cual confiaba mucho, y con sus propias inclinaciones en favor de la independencia.

Pero los acontecimientos se precipitaron, el pueblo andaba alborotado y los oficiales no querian esperar mas, hasta el grado de amenazarlo con que se le separarian si no obraba inmediatamente, por cuya razon se vió precisado á enviar al superior una exposición de los oficiales que terminaba con estas palabras: "Independencia, paz ó muerte." Además, Negrete escribió á Cruz diciéndole que estando proclamada la independencia pasaría aquella tarde con su división á hacerla jurar solemnemente en la capital.

Todavia el impetuoso Cruz quiso hacer el último esfuerzo, y se dirigió en persona á los cuarteles de Guadalajara para contener el movimiento, pero tambien estaba ya hecho allí, y respetuosamente le dijeron los oficiales que se retirara porque ya no lo obedecerían.

Se retiró en efecto, pero mordiéndose los puños y jurando exterminarlos á todos luego que pudiera.

Por lo pronto, viendo que no contaba con nadie, se metió á la Catedral y se ocultó detrás de los altares sin que nadie le hiciera caso, aunque supieron donde

se encontraba, ocupados como estaban todos más de festejar el saludable cambio que se habia operado en aquella ciudad, antes tan oprimida, que en perseguir al tirano.

Cruz aprovechándose del tumulto que reinaba, en que no se oian mas que gritcs de vivas á la libertad, á la independencia y á Negrete, reunió una docena de hombres fieles y se salió á escape, tomando el camino de San Cristóbal para Zacatecas, en donde esperaba encontrar tropas leales.

Los festejos que se hicieron en Guadalajara, fueron famosos, así como habia sido famosa la opresion de tantos años causada por el voluntarioso y atrabiliario Cruz que con mano de hierro los habia dominado, sin diferenciarse en nada del mas despótico de lós sultanes.

Hubo proclamas, repiques, bailes, cohetes y otras mil manifestaciones de regocijo, concluyendo todo con el sermon acalorado del elocuente Dr. San Martin, antiguo miembro de la junta de gobierno de los independientes, que como recordarán los lectores, hacia tres años se encontraba cargado de cadenas en Guadalajara.

Despues de los festejos y haber logrado Negrete que toda la provincia se adhiriera al Plan de Iguala, pensó en la necesidad que habia de perseguir á Cruz de que tanto habia descuidado, con cuyo motivo escribió á Iturbide, diciéndole entre otras cosas: "Si no arrojamos á la mar á Cruz, y yo me alejo de esta provincia, se vuelve á perder todo lo adelantado, lo que

Leyendas Históricas de la Independencia.



—Que se nos ponga presos, que se nos fusile, pero no vamos.

Leyenda 8.ª

Leyendas Históricas de la Independencia.



—Que se nos ponga presos, que se nos fusile, pero no

será una lástima, porque los pueblos se van entusiasmando y la venganza del cobarde Cruz, será terrible."

¡Qué bien conocía á su jefe don Pedro Celestino!

Cuando iba ya Negrete persiguiendo á Cruz, que salió de Zacatecas con bastantes tropas para Durango, llevándose cien mil pesos, escribió aquel á Iturbide, diciéndole: "que el Mixto de Zacatecas á la vista de Cruz y sin atreverse él á impedirlo, habia proclamado la independencia en el camino y agregábale que la dispersion habia sido completa desde Zacatecas hasta el Fresnillo. El general Cruz, decia tambien, y los coroneles Ruiz y Revueltas, van huyendo casi solos, se llevan por delante los caudales y no piensan mas que en ellos y en sus propias personas: mi caballería va á sus alcances. La guarnicion de Zacatecas proclamó la independencia el dia 4. Ya no hay en este rumbo pueblo ni rancho donde no se haya proclamado la santa libertad."

Mientras se desarrollaban estos grandes sucesos, el coronel Novoa que tenia una guarnicion de mil hombres en San Juan del Rio para protejer á Querétaro, con instrucciones de sostenerse á todo trance, se vió precisado á capitular el 7 de Junio entregando las armas y teniendo que marchar á México con los que quisieron seguirlo; el coronel D. Angel Diaz del Castillo que salió de Toluca sobre Filisola, fué llevado á un terreno en que lo derrotaron las tropas del P. Iaquierdo y las que quedaban de Ascencio mandadas por Felipe Martínez, habiendo muerto el mayor Puig en la accion y teniendo que perder su artillería. Es-

tando en Lerma los derrotados, el Virrey quiso protejerlos mandándoles 100 hombres de los que acababan de llegar con Márquez Donallo, pero éstos no quisieron pasar de la garita. En el instante mismo fué Apodaca á rogarles que salieran y entonces contestaron algunos que se hicieron eco del mayor numero:

—Que se nos ponga presos, que se nos fusile, pero no vamos.

Hé aquí, pues, que el poder del conde del Ve dito se desmoronaba y era un hecho ya que la chispa de Iguala habia caido sobre un combustible que estaba produciendo el incendio general.

CAPITULO XXXVIII.

EL SOLITARIO.

Era á fines del mes de Marzo de 1821, á eso de las once de la mañana, cuando recibiendo á plomo los rayos de un sol abrasador, se vió salir un hombre de las mas profundas asperezas del bosque y dirigirse á la playa pausadamente para trepar á un médano, el mas alto de todos, luego ponerse ambas manos sobre los ojos y estender la vista á todo lo largo por junto al límite de los árboles, que era por donde se veia apenas la marca de una antigua vereda que demostraba haber servido alguna vez para el tráfico de la costa. Aquella era efectivamente la costa de Veracruz, el mar que se veia allí era el Golfo mexicano y los árboles los de la Huasteca que en aquel tiempo formaban aun una selva apretada y vírgen.

El hombre que habia subido al promontorio estaba con los vestidos desgarrados y cayéndosele á pedazos:

por lo que le quedaba de ellos se adivinaba que habian pertenecido á una persona decente, lo mismo que la fisonomía del que los portaba, aunque algo tostada por el sol, decia bien á las claras que era de persona distinguida. Bajo la piel tostada del cuello dejábase ver una cinta apénas perceptible de otra mas blanca y mas fina, lo mismo que la barba, aunque crecida, era llevada con menos negligencia de la que acostumbran las personas ordinarias. En los piés tenia nuestro personaje unos restos de botas fuertes y en la cabeza un sombrero de palma bastante sucio y agujerado.

—¿Será ilusión? murmuró á poco, fijando con avidez la vista en dirección del mal delineado camino á que antes nos referimos.

—Pero es que veo allá abajo algo que se mueve. algo que me parece que avanza........ siguió diciendo á poco, ¡ay! y hace un mes que todos los dias le estoy esperando.

Y como no tenia á quien dirigirse, siguió hablando consigo mismo, unas veces mirando al mar y otras á los extensos arenales que estaban á su espalda, siempre con recelo, no dejando de fijar mas y mas su atención en el punto en que antes habia creido ser un bulto que venia caminando.

—Sí, hace mes y medio que me tiene con la mas grande incertidumbre, hace todo ese tiempo que no hablo con persona humana, si no es con las guacamayas y los pericos que se ausentan, haciendo una bojuca infernal cada vez que les grito para fingirme que

hablo con alguna persona. ¡Qué triste es la soledad; pero qué triste es, sobre todo, estar uno como muerto para todo el mundo, y por consiguiente, olvidado de todos! Si yo no saliera jamás del fondo de estos bosques, si llegara á ser devorado por una fiera como tantas otras veces ha estado á punto de sucederme, con seguridad que nadie volveria á pronunciar mi nombre; que nadie se tomaria el trabajo ni de buscarme, ni de preguntar por el fin que habia tenido. Se perdió, no apareció mas, ha de haber muerto diría uno que otro de buena memoria, en caso que lo hubiera despues de tantos sucesos que han causado tan grandes trastornos, y de todas maneras me iria á figurar al lado de los demàs desaparecidos, es decir, de los eternamente olvidados. Y lo peor es que esta tristeza se aumenta y esta soledad parece mas horrible, cuando no se sabe nada, cuando se ignora todo lo que ha ocurrido en la sociedad hace dos meses. Porque hace dos meses fué cuando supe por la postrera vez, que ya los últimos insurgentes que quedaban se habian indultado. Y que el señor Apodaca habia mandado decir misas de gracias en todas las iglesias celebrando la paz; que Bravo y todos los prisioneros habian salido en libertad á consecuencia de una ley de amnistía venida de España; que la Constitucion del año 12 estaba otra vez observándose con mucho empeño y que la prensa era tan completamente libre que hasta ya se discutia en ella la forma mas conveniente en que podria llevarse á buen término la independencia sin efusion de sangre, como por ejemplo, consintiendo el

rey don Fernando en mandar de emperador á algun príncipe de su familia. Esto fué lo último que supe en un acantonamiento realista la última noche hace tres meses, que estuve entre ellos, y de cuya compañía pude escaparme como por verdadero milagro. Despues no volví á saber mas y el deseo de conocer lo que hacen, lo que piensan hacer esos hombres tan ligados á mí por el infortunio, es lo que me obligó á mandarles á mi único compañero, á mi único amigo, á lo único que me ha quedado en el mundo de leal y de adicto, convirtiéndolo de simple soldado en emisario polítíco. ¿Será por fin Teodoro, á quien acusaba yo de haberme tambien abandonado, el mismo que ya veo avanzar, y ahora mas claramente por esa mal trazada senda que se llamó en otro tiempo el camino de México........? ¡Ah! si fuera Teodoro........! Y siento que el sol quema mas que en otros dias y tambien me siento hoy con mas apetito que nunca: esto por dos razones muy naturales. El sol me quema más porque creo que viene Teodoro, y que llegando Teodoro nos pondrémos en marcha para cualquiera otra parte, eso es seguro. Mi hambre á la vez es mas fuerte que nunca, porque á la idea de que mi compañero llega, está unida la de que traerá provisiones y descansaré ya de comer yerbas y frutas silvestres llevando la misma vida que los monos.

Y en efecto, ya pronto pudo observar el que estaba sobre el mas alto médano, que se acercaba un hombre montado en un caballo muy flaco y muy fatigado que venia andando poco á poco. Por mas es-

fuerzos que hizo para ver algo mas que el grupo de un nombre montado, no pudo descubrir otra cosa porque todavía estaba algo lejos, pero en cambio, mientras se acercaba, esparció una mirada investigadora y recelosa por todos los alrededores, notando que nada se movia sino el oleaje monótono del mar por aquella parte y por la otra los grandes pajaros de colores, meciéndose en las altas palmeras. Aparte de esos dos testimonios que observaba de que estaba rodeado de una naturaleza viva, lo demas se encontraba sumido en la mayor calma, sintiendo reinar á muchas leguas, pero muy en su interior un silencio de muerte. No podia ver hasta donde se extendia aquella tranquilidad silenciosa, pero con la imaginacion la seguia hasta muy lejanos confines. ¿No habia andado ya hasta veinte leguas en diferentes lados y por diferentes veces sin haber encontrado jamas una alma viviente? Y luego aquella solitaria playa, ¿no tambien se veia en muchas leguas siempre sola, siempre ardiente, siempre arenosa y siempre triste como un vasto sepulcro?

—En dos meses que tengo aquí, de este lado de la costa, no he visto en toda la extension de mar que abarca mi vista mas que una sola vez una embarcacion que pasó muy lejos con las velas hinchadas. Si no fuera porque esto es tan triste y tan desierto, y si no fuera tambien por los cuidados que dan las fieras cuando braman por las noches, este seria el sitio mejor para vivir lejos del mundo y no ser visto de nadie. Aquí, ni aun teniendo uno los enemigos mas encarnizados vendrian á buscarle. Es cierto, hay poco

que comer y que beber; pero en cambio, tampoco hay enfermedades, por escasez de saciedad......

—En fin, exclamó de repente con una alegria indecible, allí está Teodoro.

Le habia hecho ya una señal que aquel habia contestado con otra que le era muy familiar y á la vez que el del médano bajaba, el del caballo tambien empezó á cortar camino para salir á su encuentro.

—Teodoro! mi buen amigo Teodoro. . . . !

—Yo soy, mi amo, que á duras penas y con muchísimos trabajos he podido llegar, le dijo todavia un poco lejos y arreando fuertemente su caballo que estaba empeñado ya en no dar paso.

Viendo esto se bajó, extendió la reata con que aquel estaba atado, á lo largo del suelo, y en seguida abrió los brazos luego que vió al que lo esperaba con los suyos abiertos.

—Mi general, ¡tanta honra . . ! ¡tanta dicha. . . !

—Calla. . . . que general ni qué. . . .

—Pero señor, añadió inmediatamente Teodoro cuando hubo tenido tiempo de fijarse en la catadura de su amo, ¡cuán llena de agujeros está ya su ropa!

—Sí, con dos meses de no quitármela y de subirme con ella á los árboles para librarme de las fieras y mojándome todos los dias con las aguas del mar, .. antes no se me ha caido á pedazos todavia..... Pero supongo que tú me traerás otras y algo de comer.... ¿no es verdad que me traes de comer....? Tengo una hambre, Teodoro.... ¡ah! qué hambre tengo....!

Y el general lanzó un largo bostezo arrancado por la debilidad.

—Sí, señor, allí en el caballo tengo varias cosas.

—Pues vamos primero á comer algo y en seguida me referirás todo.

—No quiere su señoria que vayamos á la sombra para desensillar alli el animalito?

—Se me hace muy lejos de aquí, pero tendré fuerzas para llegar. Quien no ha comido más que yerbas en mes y medio, bien puede esperar una media hora para saborear unas deliciosas gordas llenas de chile y frijoles..... ¿No me traes tambien pan y sardinas?

—Algunas cositas traigo que no le disgustarán á su señoria.

—Vamos, vamos pues inmediatamente.

Cogió Victoria su bordon, pues Victoria en persona era el general desarrapado que hemos presentado en escena y siguió á Teodoro que se adelantó á coger la soga que pendia del cuello del caballo, y luego continuaron los dos juntos encaminándose hácia el bosque que comenzaba despues de un cuarto de legua de puro arenal por el punto mas pegado á la costa que era donde se encontraban. Cuando ya iba caminando uno al lado del otro, dijo Victoria:

—Me digiste cuando nos abrazamos que á duras penas habias logrado llegar hasta acá, ¿pues que ha sucedido?

—Que todo está levantado en revolución y que por ningun camino puede andarse sin que se encuentre uno con amigos ó con enemigos.

—Hay revolución, me dices?

—Sí, señor general, y muy fuerte.

—Ten cuidado con decirme la verdad, pues casi me iba á caer desvanecido cuando he escuchado la palabra revolución.

—En muy pocas palabras diré á su merced loque pasa: el señor general Iturbide proclamó el plan de la Independencia en Iguala, un plan muy grande y de que todos hablan mucho en donde quiera y cuyo plan han seguido muchas tropas del gobierno desde Acapulco hasta Valladolid y desde Leon hasta Alvarado.

—¿Segun eso ya llegó la revolución á esta provincia, á la provincia de Veracruz?

—En Córdoba y en Orizaba anda un coronel Herrera con un ejército de insurgentes, el general Bravo anda por Apam y el coronel Don Antonio López de Santa Anna que cuando era capitan nos dió tanta guerra, se unió al señor Herrera en Jalapa y ha marchado con un ejército sobre Alvarado, que tambien dicen se pronunció.

—Pero Teodoro, Teodorito de mi alma, me estás volviendo loco con tales noticias ... ¿y qué hacias que no volabas á dármelas?

—Sí, volabas! Cuatro veces desde Apam acá me han cogido preso los realistas para obligarme á ser soldado, pues ahora nadie se escapa de ser cogido de leva, y las cuatro veces pude fugarme, logrando además salvar el dinerito que traía y las demás cosas que me importaba no perder.

—¿Me traes carta de Aurelia?

—Sí, señor general, y algo más que me dió para V. E.

—A ver, á ver.

—Necesitamos acabar de llegar, porque está todo muy recosido en salva la parte.

Victoria detuvo una sonrisa y dijo:

—Bueno, vamos llegando para que me cuentes todo en forma y para que me dés ese objeto; para que comamos algo tambien, porque ya me estoy desmayando de hambre.

Apresuraron entonces el paso, rehusándose Victoria á subir en el cansado caballo por mas instancias que le hizo Teodoro.

Luego que llegaron al primer sitio cubierto, tumbó el asistente la silla, amarró el caballo allí cerca para que se revolcara y comiera algo del poco zacate que por allí habia, pues el buen pasto estaba dos leguas mas adentro y luego trajo las *árguenas* de pita que no obstante ser muy grandes estaban llenas de comestibles, sacando por un lado el pescuezo una botella de aguardiente.

Victoria luego que vió aquello se lanzó sobre los trozos de carne fria y de gallina como un desesperado, se comió dos ó tres gordas bien rellenas de frijoles, de arroz y de picadillo, dió un buen sorbo de aguardiente y exclamó satisfecho:

—Ahora si, gracias á Dios que he comido tan bien como en el mejor banquete. Ni el Virrey ha de haber comido con tanto apetito.

—Ca! señor, dijo Teodoro rascándose la cabeza,

si el Virrey es quien menos come con tantas cóleras como dicen que hace todos los dias.

—Pero vamos comenzando por lo principal, amigo Teodoro, por Aurelia.

—Primero me permitirá V. E. que me quite los calzones para descoser la parte que dije.

Se levantó, se fué detrás de un árbol, descosió los calzones del entre pierna que era donde traia dos paquetitos diminutos uno de cada lado, volvió á vestirse y luego se acercó á su señor al cual le dijo:

—Este bultito mas grande es de la niña Aurelia; este otro mas chico es el de la Corregidora.

Victoria cogió los dos ansioso, y sin saber aun á cual darle la preferencia, abrió primero el de Aurelia que estaba revestido con una capita de lacre encarando. Venia una cartita muy pequeña y dentro de un papélito muy doblado un ricito muy fino de pelo. Llevó este á sus labios con arrobamiento cinco ó seis veces, lo volvió a colocar con cuidado en el papel, se o puso en una bolsita de cuero que le colgaba al cuello, y en seguida leyó:

"Amado mío: No tengo ojos ya para llorar. . . . . . soy la mas infortunada de las mujeres. . . . . compadéceme. Al notificarme mis padres que debia casarme con un noble pariente del Virrey que vino hace poco de la Habana con negocios de la capitania, tuve la debilidad de confesar mi amor y mis juramentos, porque consideré que los conocian, que te habian cobrado cariño, que no olvidaban un gran servicio que nos habias hecho y que no recibirian mal que hu-

biera celebrado contigo un formal compromiso. Esta confesion me valió mil sufrimientos que no podré contarte. Mi padre, de ordinario tan bueno, tan cariñoso, tan afable, se ha vuelto iracundo y cruel. Ahora me ha puesto en la alternativa de casarme con un hombre que no conozco, ni quiero, ó de entrar de monja á un convento, pues que me ha jurado que primero me mataria que consentir en que me case con un hombre de tus circunstancias. Yo no sé qué será de mí, pues que ni puedo dejar de amarte ni desobedecer á mis padres causándoles su mayor desesperacion. Si estuvieras cerca de mí para protejerme.... pero en las condiciones en que estás, oculto entre los bosques por no haberte sido posible volver á la hacienda habiendo allí cuartel segun me dijo Teodoro, es seguro que pasarán meses y tal vez años sin que nos veamos y tendré que sucumbir ante uno de los extremos en que se me ha colocado, sin el Virrey de quien espero que me haga justicia. Sí mis fuerzas me ayudan para luchar y sostenerme, lo cual juzgo para mí que es un imposible, si el Virrey no me ampara, si no acontece un milagro que me salve, no sé, ni me atrevo á pensar lo que será de tu Aurelia que tanto te ama. En prueba de ello te mando un recuerdo, una cosa mía, enteramente mía junto con esta carta, que es la mejor prueba de que mi mayor deseo es ser tuya, como lo será esa parte mía que te mando. Mientras viva, solo pensaré en tí. Mientras pueda me defenderé. Y como quiera que sea, ruégale á Dios que todavía puedas encontrarme. ¡Adios! ¡adios!"

Cuando Victoria acabó de leer esta alarmante carta sus ojos estaban nublados. Varias veces habian acudido las lágrimas y se habian detenido debido á esfuerzos supremos, cuando acabó de leer se atropellaron, estuvieron en lucha las más ardientes, las más tristes y las mas enamoradas y por fin salieron todas formando un raudal. El hombre era como de hierro para sufrir padecimientos físicos y lo habia demostrado en diez años de trabajos y vicisitudes; pero el golpe moral aquel era superior á todos los golpes; porque precisamente lo recibía en los momentos en que era mas impotente para realizar cualquiera resolucion heroica. ¿Qué podia hacer cuando estaba allí envuelto en la miseria, privado en la soledad hasta del alimento y cuando tal vez era tardio hasta el momento para salir á tomar parte en la política? Aquellos dos meses en que la necesidad lo habia obligado á llevar la vida de las fieras, eran tal vez los que tenian la culpa de sus eternos sufrimientos. ¿Por qué no se habia quedado mejor oculto en México? ¿Por qué no se habia acogido á la ley de amnistía como todos sus compañeros? ¿Por qué no habia tenido la entereza, y sobre todo la abnegacion, de dirigirse al Sur para recibir la proteccion de Guerrero militando á sus órdenes? Era que se figuraba que fuera del ancho teatro donde estaban los suyos no valia nada y que tal vez se rebajaba á los ojos de éstos si iba á subalternarse á otros que no llevaran el apellido *Victoria* que él mismo se habia inventado.

Todos estos pensamientos se agolparon á su ima-

ginacion en un momento y mientras mas leia la carta de Aurelia, mas se convencia de que la habia perdido para siempre. Despues lo único que le quedaba que hacer era vengarse de aquel inhumano padre que lo sacrificaba á su vanidad, haciéndole ver que el hombre despreciado tal vez podia llegar á ser mas grande que todos los que iban á humillarle. Esta idea que fue la que vino á poner aquella desgracia en contacto con la política, fué la que hizo que se fijara en la carta de la Corregidora, que abrió á su turno casi maquinalmente.

"General Victoria, le decia aquella, el muy conocido coronel D. Agustin de Iturbide, que fué el que mas mal nos hizo á todos en el Bajío y el que tantas veces tiñó de sangre sus manos, es quien al tener los fondos de la conducta de Manila en sus manos y todos los elementos que le mandó el Virrey sin escasearle nada, ha proclamado la independencia en Iguala de acuerdo con el clero de México y con muchos militares del Ejército. El plan que ha proclamado, aunque deja muchas cosas á medias, ha sido aprobado tambien por nosotros, viendo sobre todo en él que se proclama la independencia de la Nueva España; pero se necesita que todos los nuestros se presenten tambien á sostenerle con las armas si no quieren quedarse en el olvido y perder otra vez á la patria, que no se verá libre de todas las cadenas si no velan por ella. Todos los antiguos insurgentes que estaban prisioneros han salido ya de México en diversas ones y los indultados tambien están presen-

tándose por todas partes, así es que los que no podemos hacer otra cosa que rogar á Dios por el buen suceso de nuestra santa causa, esperamos con ansia ver aparecer al invicto general Victoria al frente de los leales de la rica y patriótica provincia de Veracruz. Es cuanto le puede decir su amiga, pues respecto de noticias su enviado las recogerá mejores en el largo camino que va á recorrer."

Esta carta avivó mucho la gran ambicion de Victoria y sirvió en parte para templar la pesadumbre que la otra le habia causado.

Entonces llamó á Teodoro que se habia retirado para colocar en mejor sitio el caballo y poder preparar el albergue para aquella noche, el cual acudió luego quitándose el sombrero respetuosamente.

—¿Qué te han dicho ademas de lo que dicen esas cartas para que me lo dijeras de palabra? le preguntó Victoria.

—Pues mi general, la Señorita Aurelia que me tuvo escondido en su cuarto todo el tiempo que allí permanecí, sin dejar que nadie me viera porque dizque era muy peligroso, estuvo llorando y sin poder hablarme varias veces y cuando me habló sollozó mucho y solo pudo decirme: dile á tu amo que si es cierto que él sufre mucho viviendo solo entre los árboles sin alimentos seguros, ni lecho en que reclinar tranquilamente la cabeza, yo con todas mis comodidades sufro mucho mas, condenada como estoy, al martirio. Dile que me has visto llorar mucho, qué deseo verlo pronto y que nunca lo olvidaré. En se-

guida, llorando siempre y algunas veces de un modo tan fuerte que me partía el corazon, escribió la carta, suspendiéndola cada vez que se limpiaba los ojos ó salia, hasta que la concluyó, la cerró, me la entregó y abrazándome, cosa de que yo me sobrecogí hasta perder la vista, me dijo tambien: lleva este abrazo á tu amo y dile que lo quiero mucho, mucho, mucho."

Y me vine.—Victoria se quedó meditabundo y despues de un gran rato tornó á preguntar con voz sombría:

—Y la otra señora, ¿qué te dijo?

—La señora Corregidora me abrazó tambien muy risueña repitiéndome muchas veces: Dí al general que salga luego de su escondite, que todos deseamos verlo figurar al frente de un ejército; que no se duerma.

Victoria que estaba en ese momento como aletargado, se levantó del suelo en que se había quedado acurrucado, y sin embargo de las despedazadas ropas que le cubrian, se le vió erguido, con la mirada relampagueándole; y con todo el brio que hubiera demostrado estando realmente al frente de un ejército, exclamó:

—Sí, la Patria necesita de nosotros, vamos á combatir.

Teodoro se quedó contemplándole admirado, pues que en verdad no habia llegado á verlo con aspecto más noble ni más enérgico, de tal modo que apenas se atrevió á decirle:

—¿No quiere V. E. una ropita algo mejor que aquí le traigo?

—Teodoro, exclamó Victoria casi sin escuchar á su asistente, en marcha.

—A sus órdenes, mi general, y por lo bajo añadió: Siempre habrá tiempo de entretenerlo para que salgamos mejor por la madrugada.

En efecto, á la madrugada se pusieron en camino: á los nueve dias iban los dos montados y ya al salir del primer pueblo, un pelotón de entusiastas los siguió durante una legua gritando: ¡Viva el general Victoria! ¡viva la independencia!

CAPITULO XXXIX.

RIVALES.

Despues de haber atravesado, pié á tierra, durante ocho dias, segun dijimos en el capítulo anterior, los mas espesos bosques de la Huasteca, Victoria, seguido de su asistente, el cual al fin habia tenido que abandonar su destroncada cabalgadura por inùtil, llegaron al rancho de las Animas en que el primero recordaba tener unos conocimientos, y allí. por primera vez, volvió á comer alimentos sazonados en la lumbre y á dormir en una mala cama, que le pareció régia, pasando una noche fortalecedora. El dueño del rancho le prestó dos caballos, bajo la condicion impuesta por Victoria de que habia de devolvérselos ó pagárselos mas tarde, y ya desde allí pudieron ponerse en marcha al dia siguiente, sin mas trabajo que el de estraviar caminos con frecuencia para no caer en manos de alguna partida realista, las que á la sazon

se habian puesto en gran movimiento, por la guerra que les estaban dando Santa Anna, Herrera, Miranda, Martinez, y otros muchos que se habian declarado por la independencia. Todas las dificultades quedaron vencidas, y al fin Victoria pudo llegar al campamento de Santa Anna, situado en la Soledad el dia 17 de Abril.

Sin decir quién era, sin anunciarse préviamente, sin cambiar de vestidos, se presentó en el alojamiento del comandante, en la tarde de ese dia, esto es, en los momentos de llegar.

—¿No dice cómo se llama ese hombre? preguntó Santa Anna al ayudante.

—No señor: al parecer viene de un largo viaje, porque tanto las ropas como los caballos están muy maltratados.

—Ha de ser algun correo: dígale vd. que entre.

Victoria entró y se plantó delante de una mesa en donde se encontraba Santa Anna trabajando con su secretario Bustamante. Apenas contestó al respetuoso saludo que aquel le dirigió, preguntándole bruscamente:

—¿Qué se ofrece?

—Señor comandante, le respondió Victoria, saludándole de nuevo é irguiéndose en seguida, yo soy el antiguo insurgente Guadalupe Victoria á quien los suyos llaman general, que viene á ponerse á sus órdenes.

—¡Victoria! ¡mi querido general Victoria! exclamó Bustamante echándole los brazos.

Santa Anna que no conocia al general mas que de nombre, se levantó tambien, y le preguntó sorprendido:

—¿Cómo? ¿es vd. el general don Guadalupe Victoria?

En el tono de la pregunta se conocia desde luego el recelo del subalterno que tuviera la necesidad de ceder el mando, recelo que comprendió en el acto Victoria con su fina penetración por lo que contestó luego:

—Llego ahora de las selvas en donde he estado oculto durante treinta meses, y de paso para el lugar en que me depare la suerte para seguir sirviendo á la patria, segun lo que disponga el primer jefe del ejército, tengo la felicidad de que sean vdes. los primeros amigos con quienes me encuentre.

—V. S. no seguirá adelante sino que se quedará con nosotros.

—Dice bien el coronel, señor Victoria, repitió Bustamante, ¿por qué no se ha de quedar con nosotros?

—Me quedaré por unos dias reponiéndome un poco de tantos sufrimientos como he tenido; pero mi deseo es marchar cuanto antes á presentar mis respetos al señor de Iturbide.

—Despues tratarémos de eso, señor general, dijo Santa Anna ya muy tranquilizado respecto de las dudas pasajeras que habia abrigado interiormente, por ahora lo principal es atender á V. S. en lo que se le ofrezca. Se alojará aquí mismo con nosotros y participará de nuestras ropas y de nuestros alimentos.

Victoria le estrechó la mano expresivamente, con-

prendiendo que lo que queria decirle era que se vistiera mejor y que comiera, y con franqueza de soldado contestó:

—Todo eso es lo que mas necesito por ahora efectivamente y muy agradecido les quedaré con lo que sin sacrificio me puedan proporcionar.

Inmediatamente tuvo el general un buen cuarto en la misma casa, y un ayudante de Santa Anna le llevó un traje nuevo militar, diciéndole que tan luego como se vistiera podia pasar al comedor en donde ya estaba servida la cena.

Cuando Victoria estuvo afeitado y vestido fué otro completamente, al grado que le desconoció su mismo criado tomándolo por un jefe distinto en el primer momento. Solo cuando le oyó hablar exclamó con toda su rusticidad de costumbre:

—¡Vírgen Santísima! si es mi amo en persona.

Se cenó muy agradablemente, pues aparte de nuestros tres personajes principales estaban el cura Martinez y otras personas de las que tenian mando de fuerza en aquel campamento y durante la sobremesa el general Victoria lució su facilidad en el decir narrando algunas de sus mas notables aventuras en el seno de los cálidos bosques de la Huasteca, pasando del comedor á su cuarto en donde durmió por primera vez en diez años con la mayor tranquilidad. Cuando se despertó, Teodoro le avisó que un oficial estaba afuera esperándolo hacia mas de una hora.

Se empezó á vestir en el acto diciendo á Teodoro que hiciera entrar al oficial.

—Traigo á V. E. la órden general de la Division, y ademas vengo á ponerme á sus órdenes como su ayudante.

Victoria cogió luego el papel que le tendió el oficial y vió que Santa Anna no solo daba noticia de la llegada del general Victoria á su campamento colmándolo de elogios, sino que á la vez lo daba á reconecer como comandante general de la Provincia, felicitando á los pueblos por contar ya con el antiguo campeon de sus libertades, y á los soldados por tener ya á su frente á uno de los jefes más dignos, más patriotas y más caracterizados de la antigua revolucion, extendiéndose á otras consideraciones en cuanto á su indisputable mérito.

—Pero esto no puede ser, exclamó Victoria, yo no vengo á despojar al señor coronel Santa Anna de su autoridad ni á tomar el mando de tropas que no me pertenecen ni han sido puestas á mis órdenes legalmente por disposicion del superior.

—Señor general, le contestó el ayudante, mi mision es ponerme á sus órdenes y ser portador de las que se digne darme para la Division.

—Está bien: yo hablaré con el señor Santa Anna.

Todavia no acababa de vestirse cuando empezó á observar que el patio se llenaba de oficiales, los unos llevados por la curiosidad de conocer al nuevo jefe, los otros por el deber en que estaban de ir á rendir los partes y á recibir instrucciones, y los demas por el deseo de presentar pleito homenaje al nuevo Señor, segun sucede siempre que hay alguna sustitucion en el mando entre los que están arriba.

Victoria saludó á todos con agrado, manifestando a mayor satisfaccion en conocerlos, encontrando allí á muy pocos de sus antiguos amigos, y en cuanto á lo de su comandancia les suplicó que suspendieran todo procedimiento, pues creia que aquello no era mas que una galanteria del Señor Coronel Santa Anna que sabia muy bien que solo se encontraba allí de paso, sin poder tomar el mando de la Division por el compromiso en que se consideraba ante todas cosas, para satisfacer escrúpulos de su conciencia, de hablar con el Señor Iturbide respecto de algunas modificaciones indispensables al plan que se habia proclamado.

A Santa Anna le repitió lo mismo: que si bien la independencia del pais podia asegurarse con aquel plan, que era el deseo supremo á que todos aspiraban; creia que era conveniente antes de que llegara el momento del triunfo, disipar en bien de todos algunas sombras que presagiaban para despues acaso trastornos y grandes dificultades. Santa Anna, que lo que menos necesitaba era convencerse de las razones que habia para hacer aquellas observaciones á Iturbide, y que lo que mas deseaba era que Victoria persistiera en su propósito de ausentarse, supuesto que aquella no era mas que una maniobra de las muchas que supo jugar en su vida pública, con mucha facilidad convino con Victoria en que estaba en lo justo y en que lo mejor que podia hacer era dirigirse al Bajío para verse con Iturbide, á cuyo efecto le proporcionaria los medios que necesitara.

—Solamente, general, añadió, me permito suplicar·

le dos cosas que creo me concederá: una es que V. S. dirija una proclama á los habitantes de la Provincia anunciándoles su aparicion, la cual servirá mucho para despertar los sentimientos patrióticos, y otra lacompañarme aun unos tres ó cuatro dias, así para que se forme juicio del estado de mis tropas, como para que me ilustre con sus consejos respecto de las operaciones militares que voy á emprender.

—Ambas cosas son muy gratas para mí, señor coronel Santa Anna.

Y como este gefe le confiara luego sus proyectos que eran los de apoderarse de Veracruz, un poco por la astucia y otro poco por la fuerza, pues que contaba allí con inteligencias y acá con el ardimiento de la tropa, acordaron emprender la marcha para Santa Fé y que en la proclama no se dijera nada de que Victoria tenia que ausentarse, sino que antes bien se dejara suponer en ella que iba á ser uno de los sitiadores de puerto.

En la misma tarde se reunieron las fuerzas, al dia siguiente les pasó revista Victoria y el 20 hizo circular una proclama en que decia, es decir, no decia él sino Bustamante que fué el que se la redactó: "Conciudadanos: gracias al cielo porque benigno se ha dignado conservar maravillosamente mi existencia. ¡Ah! despues de haber sufrido por el espacio de treinta meses continuos, tantos y tan extraordinarios sacrificios, parece que aun la suerte cruel estaba empeñada en apurar al extremo mi sufrimiento; sí, desnudo, solo, enfermo, arrastrándome por el suelo, sin m as a l

mento que las yerbas y las frutas silvestres, porque en las desgracias todo falta, mas con la constancia todo sobra; acompañado únicamente de las fieras, errante, acosado y perseguido por todas partes, sin tener un momento para respirar libremente. ¿Para qué seguir refiriendo, etc? Me ha sido imposible salir á luz con la brevedad que deseaba; mas por último, desde una larga distancia, solo, á pié, descalzo, atravesando sierras y bosques, saliendo de la angustiosa situacion que guardaba como pude, he tenido ya el dulce placer de verme incorporado á los gloriosos defensores del pabellon mexicano y de ofrecerme de nuevo á vuestra disposicion, por si de algun modo mi persona os fuera de alguna utilidad."

Y no seguimos copiando toda la proclama para que no se les destruyan las ilusiónes á nuestros lectores, como se les habrán destruido con las obras de algunos de nuestros Presidentes que no han sido por lo general gente de pluma y que de tantas maneras han demostrado que fueron gentes indoctas, con lo cual habrán quedado plenamente convencidos de que no los más inteligentes sino los más audaces y los más afortunados son los que han gobernado en muchas ocasiones á la infeliz República Mexicana.

El hecho fué que en aquel entonces la proclama fechada en Santa Fé, campo sobre Veracruz, produjo gran efecto, haciendo que mucha gente se saliera á unirse con las tropas independientes y que los defensores de la plaza, hombres de pelo en pecho, se desvelaran algunas noches creyendo que en efecto afuera se encontraba un gran ejército, muy capaz de reducir

á escombros la murallas y de destacar sobre la plaza columnas invencibles, siendo así que no contaban mas que con unos ochocientos hombres de muy deficiente organizacion.

Cuando Victoria hubo satisfecho los deseos de Santa Anna, que queria aprovecharse en lo que fuera posible del gran prestigio del antiguo insurgente, anunció que quería ir á cumplir su propósito cerca de Iturbide y que en consecuencia saldría el 23 en la noche de incógnito para que nadie pudiera enterarse de su ausencia. Santa Anna consintió en que Victoria se marchara, pero á condición de que llevara una escolta y se le hicieran los honores correspondientes. Se entabló la lucha y Don Cárlos Bustamente la dirimió diciendo que Victoria aceptara los recursos que para el viaje le ofrecia Santa Anna y además una pequeña escolta, saliendo de noche para que no se notara su separación ni con tal motivo fueran á resfriarse los ánimos.

La despedida fué cordial y Victoria se puso en marcha á las dos de la mañana seguido de Teodoro y de quince hombres con un oficial que debían devolverse tan luego como el general llegara á cualquier punto en que hubiera otras fuerzas amigas.

Pocos tropiezos tuvo Victoria en este viaje, pues á la sazón ya los realistas se habian reconcentrado en las plazas más fuertes que conservaban entre Veracruz y México, dejando á los insurgentes dueños de los caminos, de las haciendas y de las poblaciones de poca significación, por lo que pudo llegar sano y salvo á

Tulancingo en donde Bravo acababa de poner en fuga al terrible Concha al cual siguieron ambos hasta San Cristóbal, en donde obligaron á dicho jefe realista á pedir un armisticio que generosamente se le concedió para que pudiera continuar acompañado de sus oficiales á dar cuenta en la capital de su gran fracaso.

Regresaron ambos generales á Pachuca á recoger el cuantioso botin que en armas y municiones habia dejado Concha y allí fué adonde Victoria hizo saber á Bravo las pretensiones que llevaba cerca de Iturbide. Entonces el primero, con su acostumbrada prudencia dijo al segundo:

—La idea es buena y muy favorable para todos nosotros, pero dudo mucho qne el Señor Iturbide le preste atencion en estos momentos en que le sonrie la fortuna y en que todo se le facilita para obtener el triunfo, sin hacer modificacion alguna á sus planes.

—Pero yo cumplo con un deber, y si se me oye pueden evitarse grandes trastornos ulteriores.

—No me opongo á que V. S dé el paso, pero no debo ocnltarle mi opinion de que lo considero inútil y á mas de inútil quizás algo perjudicial para su persona.

—Suceda lo que sucediere, me creo estrechado á obrar así. Si no me oye el Señor Iturbide, al menos no podrá quejarse despues de que no fué advertido á tiempo.

—Le deseo un feliz viaje, general.

Victoria se separó de Bravo en la mejor armonía, como se habia separado de Santa Anna, despues de

habérsele ofrecido el mando de las tropas que no quiso aceptar, contentándose solo con una escolta y los recursos indispensables para dirigirse al Bajío en donde se encontraba el primer jefe del Ejército de las tres garantías.

Cuando Victoria pasó á tres leguas de distancia de México, no obstante lo preocupado que andaba con sus combinaciones políticas, dijo á Teodoro:

—Toma esta bolsa de dinero y esta carta: procura entrar á México y entregar ese papel á Aurelia si puedes verla. Si encuentras dificultades insuperables, vuelve á unirte conmigo. Si puedes llegar á ella, traeme una respuesta cualquiera que te dé, aunque sea una sola palabra. Cumple, amigo mio, este encargo con tu adhesion acostumbrada, y quizá podré recompensarte con algo mas que con mi profundo reconocimiento.

Teodoro juró que traeria alguna respuesta, y se fué.

Victoria continuó su marcha llegando á San Juan del Rio el mismo dia en que entraba Iturbide en aquella plaza ya conquistada por sus edecanes, en donde fué recibido con todos los honores de gran triunfador. Ya no era el humilde soldado que dirigia tanto á los antiguos insurgentes como á sus compañeros de armas cartas llenas de modestia rogándoles que le ayudaran para realizar una gran empresa que habia de ser beneficiosa para todos, sino que era ahora el orgulloso general favorecido de la fortuna que iba dejando tras de sí los mayores obstáculos ya vencidos, y á amigos y ene-

migos sometidos por bien ó por fuerza á su soberana voluntad. El engreimiento comenzaba á subírsele á la cabeza, como sucede siempre á los militares que marchan con suerte, y creia que su nombre solo bastaba ya para concluir lo que faltara, así es que recibió al general insurgente con marcada frialdad.

—¿El general Victoria? recalcó con cierta fatuidad mezclada con burla, ¡ah! sí, ya recuerdo que no hubo militarcillo entre los que empuñaron antes la bandera revolucionaria que no se llamara general; que pase adelante el señor general Victoria.

Apenas se levantó de su asiento y apenas le dió la mano señalándole luego un asiento y poniéndose en actitud de escuchar como hombre ocupado que no tiene tiempo que perder.

Victoria le refirió á grandes rasgos los motivos porqué no se habia apresurado á secundarlo en la provincia de Veracruz, á cuyo escondite muy tarde le llegaron las noticias de lo que sucedia, le dió ligera idea de los trabajos que habia pasado, de su presentacion al campamento de Santa Anna, del empeño que tanto ese jefe como Bravo le habian significado para que tomase el mando de sus respectivos ejércitos, de la proclama que habia expedido, de los sucesos que se habian operado en el Sur y en el Oriente, de la situacion de México y de otras cosas de que no era fácil que no estuviera impuesto Iturbide y por fin de su ansia por llegar á cualquier punto en que él estuviera.

—Yo agradezco á vd., señor Victoria toda esa relacion, le contestó, y le pido me dispense si no le doy

todavia ningun título militar, porque yo mismo no sé aún el que tengo, y solamente se me dá el de comandante en jefe del Ejército de las tres garantías que se está formando.

—No soy ambicioso de títulos, le contestó Victoria, y si antes de ahora tuve el de general, fué porque con alguno era menester que me distinguiera, y porque con él me honraron los jefes supremos de aquella gloriosa revolucion, que si bien fué muy adelante, nunca pudo llegar á triunfar por circunstancias conocidas que tendrá cuidado de recoger la historia.

—¿Y bien? preguntó Iturbide, frunciendo las cejas y como molesto ante aquellas para él inoportunas reminiscencias.

—Y bien, señor general........

—No soy general.

—Exmo. señor comandante del Ejército de las tres garantías, he querido venir á todo trance á hablar con V. E. para suplicarle, si aun es tiempo, que se sirva aceptar algunas modificaciones indispensables en el Plan de Iguala.

—¿Modificaciones? preguntó Iturbide, pudiendo apenas contenerse.

—O enmiendas si V. E. gusta.

—¿Y cuáles serian ellas?

—Dos, que puedo decir desde luego á V. E. como el deseo mas vivo expresado antes por la Nacion por medio de sus representantes reunidos anteriormente en las juntas de gobierno: 1.ª Que se prescinda de un gobierno monárquico que puede llevarnos á peor

despotismo que el que han ejercido los virreyes. 2.ª Que para jefe de la Nacion, cualquiera que sea la denominacion que tenga, se prescinda tambien de Fernando VII y de cualquiera otro de su dinastía, pues para que esta Nacion pueda justamente llamarse independiente, es primera condicion que el que la mande sea mexicano.

Iturbide se quedó viendo de hito en hito á Victoria y por algunos segundos permaneció callado hasta que logró serenar su animo y arrancándose una sonrisa forzada y tomando un tono chocarrero, le contestó:

—*Si con atolito vamos sanando, atolito vámosle dando.*

—Es verdad eso, señor primer jefe, así como es verdad que no obstante las prerrogativas que se dan en el Plan al señor Virrey, y no obstante estar llamado á ser la primera persona del gobierno, nos combate con todas sus fuerzas, á pesar de eso, todos se desentienden de esas particularidades con tal de llegar al fin, que es el triunfo; pero V. E. debe convenir en que entrando el ejército con ese Plan á México, despues de haber triunfado, se encontrará con ligas que no le permitirán dar un paso mas.

—Allá vamos, allá verémos, señor don Guadalupe Victoria.

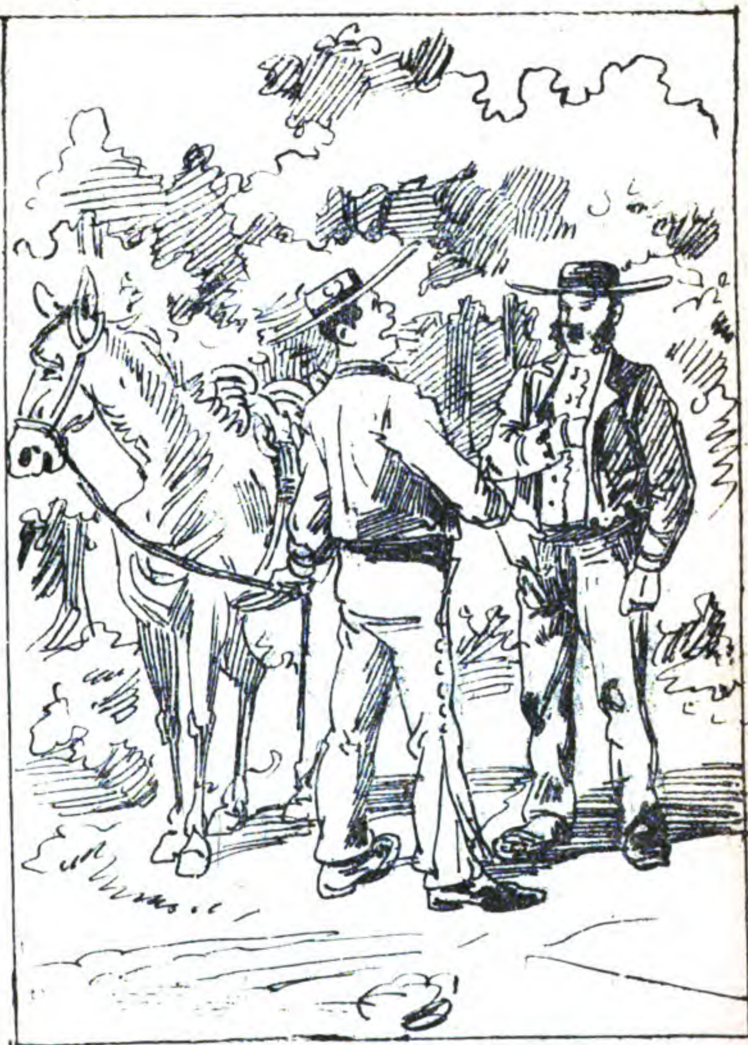
—Así es que V. E. se rehusa á introducir alguna modificacion en el Plan de Iguala.

—Absolutamente.

—Pues lo siento por V. E. y por todos nosotros.

—Mire vd., señor Victoria, le dijo Iturbide dete-

Leyendas Históricas de la Independencia.



—Pero señor, añadió inmediatamente Teodoro, cuando hubo tenido tiempo de fijarse en la catadura de su amo, cuan llena de agujeros está ya su ropa!

niéndolo de un brazo en el momento en que se preparaba para marcharse, el general Cruz que disponia de todos los elementos de la provincia de Nueva Galicia y demás provincias de Occidente, el brigadier Negrete, íntimo amigo mio, que ya se ha movido, pero que antes de moverse con magníficas tropas me puso por condicion para hacerlo algunas innovaciones, han sido desairados por mí, no obstante que no me convenia desairarlos porque me esponia á perder con ellos grandísimos elementos de guerra, pues hágame favor de decirme qué es lo que pierdo, desairándolo á vd. que no cuenta con un solo soldado?

Victoria se puso pálido de ira; pero contuvo la respuesta que iba á salir de sus labios y solo murmuró sordamente:

—Fué el bien del pais y no el mio el que me aconsejó dar este paso.

—Pues en nombre del país se lo agradezcó á usted por mas que en el momento en que estoy tan ocupado con las operaciones de la campaña no me sea dado imponerme del menor detalle de la política. Eso no quita que deje de considerar á usted como uno de los militares que mas se han señalado por sus hazañas en la guerra de la independencia, ni creo que me privará tampoco de ocurrir á sus luces en lo de adelante cuando las necesite.

Victoria se desentendió de estas palabras y, sin dar la mano á Iturbide para despedirse, se conformó con hacerle una profunda inclinacion de cabeza, dirigiéndose á la puerta sin volverse.

Iturbide le vió alejarse con la sonrisa en los labios.

—He allí á uno de mis más encarnizados enemigos, exclamó luego que hubo desaparecido el general.

Y á renglon seguido llamó á su secretario y le dió orden de que exténdiera una circular á todas las autoridades civiles y militares, previniéndoles que ejercieran la mayor vigilancia sobre el llamado general don Guadalupe Victoria desafecto al plan proclamado en Iguala.

Victoria que era desconocido entre todas aquellas gentes que rodeaban á Iturbide por ser nuevas en la revolución, consideró que no podría vivir allí en el aislamiento y en la misma tarde se proporcionó un vestido cualquiera de paisano, ensilló personalmente su caballo y salió del pueblo sin dar aviso á nadie de su escapatoria.

—A dónde iba?

A ninguna parte, á buscar cualquier rincón del país en donde pudiera vivir ignorado, sin más compañía que sus recuerdos y sus infortunios.

Por su parte Iturbide no volvió á pensar en aquel original que por un momento se había atrevido á perturbar sus ensueños de gloria y de poderío.

CAPITULO XL.

—

TORTUGAS CON LUMBRE.

Y á todo esto ¿qué hacia el señor don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, Capitan general, etc., etc.? Pues el señor Virrey á pesar de ser de ordinario un hombre lleno de mansedumbre, y no obstante tener á su lado á la señora Virreina que era todavia mas reposada y que diariamente procuraba calmarlo, echaba chispas por los ojos y despedia venablos por la lengua cada vez que recibia una noticia de las que tanto menudeaban sobre nuevas defecciones de sus mejores y mas consentidos oficiales, así como de los avances prodigiosos que estaba haciendo la revolucion.

—No te exaltes, hombre, le decia la noble señora, ni te desesperes tampoco y mucho menos cuando sabes

que los Virreyes anteriores lograron vencer á Hidalgo y á Morelos que llegaron casi á las puertas de México y que eran mucho mas queridos del pueblo que Iturbide.

—No me nombres á ese, el nombre de Iturbide es el que mas me subleva los nervios y me trastorna el entendimiento.

—Tienes razon, ¿cómo ha correspondido á tus bondades?

—¡Miserable! ¡Y cómo se estuvo burlando de mí con sus cartas hipócritas!

—Pero muchos te dijeron, y yo mas que nadie, que no te fiaras de ese hombre.

—Estaba ciego, me tenia fascinado. Me hizo representar el papel de ciertos maridos que completamente ofuscados con las cualidades que creen encontrar en el hombre que los deshonra, lo llevan sin advertirlo al mismo tálamo conyugal. Yo tuve la culpa, sobre nadie mas que sobre mí hago caer la responsabilidad del indigno pago que me ha dado ese fementido, ese desleal, ese puerco.

—¿Y crees tu que habiéndote traicionado á tí de un modo tan atroz, logre inspirar confianza á los demas? El que una vez ha faltado á la fé jurada tendrá que seguir siendo siempre desleal y siempre indigno. La mancha de la traicion no se borra nunca.

—Y cualquiera otro hubiera sido engañado lo mismo. ¿Cómo habia de creer yo que un hombre á quien levanté de la nada, porque estaba ya arruinado de caudal, de relaciones y de prestigio, cuando yo, en

mala hora fuí á darle la importante comandancia del Sur, habia de volverse contra aquel á quien llamaba en todas sus cartas su muy amado general, su padre, su protector y su providencia? ¿Cómo no habia de fiar yo en el que lleno de sumision y de afecto me refería al diario los pasos que daba, sus proyectos, sus ideas, sometiéndomelo todo y dándome cuenta pormenorizada de todas sus acciones?... .. .... ¡Pero si no habia dia en que no me hiciera nuevas protestas y en que no me asegurara que todo era mio, y que sus obras y pensamientos estaban consagrados solo á la gloria de mi gobierno y al servicio de nuestro rey amadísimo!

Y al decir esto arrojó contra el suelo el baston que tenia en la mano.

—Olvida á ese ingrato, Juan, dijo tranquilamente la Virreina, la cual lo habia ido llevando por el camino de la indignacion conociéndolo tanto y sabiendo que de allí regresaría mas calmado á su estado de benevolencia habitual.

Y en efecto, el Virrey se conformó con lanzar otras cuantas imprecaciones contra el pérfido aquel que le habia quitado tantas [illegible] sueño en las noches de los últimos meses [illegible]do lo desahogado, dijo á la virreina:

—Ahora de lo que estamos tratando es de impedir que la revolucion se propague, de sofocar las manifestaciones insinuantes, y sobre todo, de atajar á los ilusos para que no sigan engrosando las filas de los rebeldes.

—Me dices: "estamos tratando," ¿con quiénes tratas esas cosas?

—Pues con todos los altos funcionarios que me son adictos y que lo son al rey de España, teniendo ademas el mayor interes personal en la situacion, tales como el Illmo. señor Arzobispo Fonte, el señor auditor Bataller y demás miembros de la Audiencia, los jefes del Ejército y los directores de las oficinas públicas.

—Era lo que me temía, Juan, que me nombrases á Bataller.

—Mi mejor consejero, señora, un hombre sagaz, inteligente, conocedor del pais y práctico en los asuntos políticos.

—Sí, tendrá todas las cualidades que dices, pero su reputacion principal es la de ser muy perverso.

—De ese sí no hay que temer una traicion por mas que se diga de su perversidad.

—Pero te aconsejará que mates á medio mundo y que quemes ó desuelles al otro medio. Dicen, y no solo lo dicen, sino que es una cosa demostrada, que tiene las entrañas muy negras...

—Es cruel á veces, per[illegible] ins[illegible]nrado.

—Y vamos á ver: ¿qué ha[illegible]jan Bataller y las demas personas principales q[illegible] ne nombraste?

—En primer lugar el decreto que expedí suprimiendo la libertad de la prensa.

—Sí, eso es ya un poco viejo: por cierto que á poco se soltaron las murmuraciones diciendo que: ¿cómo siendo tan amigos de la Constitucion los del Gobier-

no é invocándola tanto contra los rebeldes, le daban por su parte tan rudo golpe?

—Despues de eso, dimos el decreto del servicio obligatorio en el Ejército para todos cuantos estén útiles.

—¿Y además?

—Acabo de firmar otro para que se fusile á cuantos se manifiesten desafectos al Gobierno, sean ó no oficiales del Ejército, á ver si logramos impedir que sigan defeccionando.

—¿No lo decia yo? Algo de sangre habia de haber en los consejos de Bataller. Ese hombre no está contento si no es bebiendo sangre como las hienas.

—Las demas disposiciones como la de recoger armas y caballos, la de obligar á los españoles á formar compañías defensoras de la integridad, la de los nuevos tributos, así como la de castigar con penas severas á los que desprestigien las medidas del gobierno, son meramente económicas ó secundarias.

—¿Y ya todo eso está publicado?

—Sí.

—Escúchame, Juan: así como no ví nada de particular en que se estableciera un gobierno militar, una inspeccion de milicias, todo lo que sirve para asegurar la defensa del reino contra los enemigos de la tranquilidad, pues que lejos de ser censurable, merece elogios el jefe de un gobierno que sabe defender los intereses suyos y agenos, asi merecen vituperio todas las medidas de rigor contra el pùblico en general, que ninguna culpa tiene de que haya guerra ó interesados en soste-

nerla. Así es que mucho me temo que estas últimas disposiciones den un resultado contrario al que te has propuesto, y que para mas tarde se conviertan en cargos, que tendrá mucha razon para hacértelos el gobierno de España, principalmente por no haberte inspirado para dictarlas en la Constitucion que, buena ó mala, es la que está rigiendo, y la que todos estamos obligados á respetar como la ley española.

—No está mal discurrido eso que me dices, aunque siempre la ley suprema es la de la salvacion del pueblo y ante esta se deben suspender los efectos de la primera, porque ante la necesidad no hay leyes que valgan.

—Esas palabras son las mismas de Bataller.

—Sí, él me las ha dicho, pero yo estoy conforme con ellas.

—Pues mira, Juan, lo primero que debes hacer por tu bien mismo y para evitar que se cometan grandes injusticias y quizás algunos crímenes, es mandar que se tenga por no dada la órden para que sean decapitados todos los oficiales del Ejército que manifiesten frialdad ó desafecto por la causa realista, porque esa es la mas descabellada de todas. Todos los oficiales tienen siempre algun enemigo y lo mismo los jefes nunca dejan de tener ojeriza á algun oficial, de modo que tu órden no servirá mas que para que se haga entre ellos una gran carnicería. De la misma manera la pena de muerte contra los amigos y los enemigos, solo servirá para ensangrentar una lucha que apenas ha comenzado con toda moderacion, pues que los insurgentes que son los que han obtenido triunfos, á nadie han

fusilado, y tu serás el responsable si inicias el sistema de represalias, en el que á los nuestros tocará la peor parte. Eso servirá á la vez para que te hundas mas pronto en virtud de que todo el odio de la gente caerá sobre tí, y hasta los mejores partidarios que te quedan se irán á las filas contrarias, si nó por simpatías, por horror á tu gobierno. Piensa bien en esa mal aconsejada órden y verás como es la mas horrible que hasta hoy se ha dictado.

El Virrey que iba entrando en reflexion á medida que iba hablando la Virreina y cuyos resultados iba abultando en su pensamiento, acordándose de Concha, de Liñan y de tantos hombres sanguinarios que tenia á sus órdenes, perdió el color completamente, asustado ante aquella enormidad que habia hecho, azuzado por Bataller y otros, y dijo luego con la voz descompuesta:

—Tienes razon, voy á decir á todos por medio de pliegos repetidos que queda insubsistente tan bárbara disposicion.

—Harás muy bien, hijo.

En ese momento entró un ayudante á decir al Virrey que varias personas lo esperaban en su despacho.

—Todos andan inquietos, dijo á la Virreina, voy á ver qué me quieren.

—Ante todo te suplico que no atiendas los consejos pérfidos de Bataller, teniendo presente que para cumplir con tus deberes, no necesitas dictar medidas extremas ni opresoras, sino simplemente dirigir la

guerra contra tus enemigos como en los casos mas comunes.

La primera noticia que recibió Apodaca al entrar á su despacho fué la de que se habian ido otras guardias de las garitas con todo y los oficiales. Ya pasában de 200 hombres los desertores de los puntos avanzados y lo malo no era que se fueran los soldados, sino que ya se habian ido con ellos once oficiales.

—Que los alcancen y los traigan, gritó Apodaca indignado.

—Ya salió una fuerza de dragones en su seguimiento, Exmo. Señor.

Tranquilo sobre este particular saludó á los jefes principales que habia mandado venir á Palacio, diciéndoles en seguida:

—Ya lo han oido sus señorías, no solamente defeccionan los que están lejos, sino que se van á unir con los rebeldes los mismos oficiales que tan llenos de consideraciones viven en la capital.

Los militares que estaban presentes y que contestaron el saludo del Virrey, haciendo profundas reverencias, eran los mariscales de campo Liñan y Novella, los brigadieres Alvarez y Espinosa Tello, y los coroneles Sociate y Moran. El primero tenia gran renombre como militar por mas que á las últimas no hubiera servido para nada: el segundo era altivo, y aunque poco habia combatido, se daba gran importancia como entendido y como valiente, y los restantes habian conquistado sus grados en la Península, distinguiéndose por su saber ó por su bizarría, el úl-

timo, particularmente, era despierto y tanto, que por lo regular desempeñaba al lado de Apodaca las funciones de secretario de guerra.

Novella que hasta entonces habia figurado muy poco en el virreinato y que estaba á la sazon lleno de orgullo y de ambicion, fué el primero que se adelantó despues de contestar el saludo, diciendo al Virrey:

—Exmo. Señor, mis camaradas y yo hemos acudido á su llamamiento á la hora precisa que se dignó marcarnos para la cita.

—Sí, ya veo que sus señorías han sido puntuales y desde luego deseo que entremos los siete á funcionar.

—Estamos á sus órdenes, Exmo. Señor.

—El objeto de esta reunion, como les habrá dicho á sus señorías mi secretario el coronel Moran, es que formemos una Junta permanente de guerra aquí mismo en Palacio, la cual yo presidiré, para acordar todas las medidas de defensa que sean necesarias contra los militares indignos que están rebelándose contra mi gobierno.

Al pronunciar Apodaca la palabra *indignos* dió una ojeada á los oficiales como queriéndolos escudriñar interiormente.

Liñan que era envidioso por naturaleza, que habia visto con malos ojos la elevacion de Iturbide y que ahora temia que Novella fuera á anteponérsele, se adelantó entonces, garboso, y dijo:

—Yo juro por mi honor ser leal á S. E. lo mismo que á la causa realista por la cual tanto he combatido,

así es que espero que en mi conducta no se sospeche jamás ni la sombra de una traicion.

Los demas hicieron protestas semejantes, y en seguida Apodaca los puso al corriente de las últimas noticias del Bajío y de las provincias de Oriente, lo mismo que de la poca voluntad que notaba en los habitantes de la capital, no solo para acudir con sus personas á la defensa del reino por mas excitativas que se les habia hecho, sino que se negaban tambien á contribuir con sus armas, con sus caballos, y con su dinero, esperando seguramente á que se dictaran contra ellos medidas mas apremiantes.

Novella y Liñan opinaron porque se decretara el alistamiento forzoso de todas las personas que estuvieran útiles para el servicio militar, debiendo sostenerse y uniformarse á sus expensas los que tuvieran medios para ello, y aunque hubo quien se opusiera en la Junta á las disposiciones extremas, fué tan débilmente, y los primeros acentuaron su opinion con tal energía que fue adoptada, lo mismo que otras que se propusieron contra todo hijo de vecino.

Apodaca, acordándose de los consejos que le habia dado la Virreina, solia exclamar:

—No, sangre no: deseo que no sean los rebeldes los que nos den lecciones de generosidad, puesto que ellos á nadie fusilan.

—Pero Excmo. Señor, le contestaba Novella, los rebeldes no tienen leyes ningunas á que sujetar sus actos y nosotros tenemos las del gobierno establecido en la Nacion que no podemos eludir. Si ellos se atre

vieran á fusilar á cualquiera, al último de los nuestros, cometerian un asesinato, porque obrarian sin derecho, sin justificacion y fuera de los preceptos legales, mientras que nosotros sí estamos estrechamente obligados á castigar su rebeldía con la pena de muerte que es en la que incurren á sabiendas.

—De todas maneras es una guerra la que se sostiene y ellos son beligerantes.

—Pero beligerantes fuera de la ley. V. E. mismo ha expedido un decreto poniendo fuera de la ley al traidor Iturbide y esto quiere decir que cualquiera puede matarlo impunemente y traernos su cabeza.

—Si ya existen las penas decretadas, insistió el Virrey, no es preciso que las decretemos nuevamente.

—Si, es preciso, para que los subalternos las tengan presentes á todas horas.

—Ya las mandaremos aplicar cuando llegue el caso.

De la misma manera que Apodaca se opuso á la prevencion que queria Novella que se decretara imponiendo la pena de muerte á cuantos tomaran las armas contra el gobierno, los ayudaran y de cualquiera manera manifestaran adhesion á la independencia, es decir, á que se resucitaran los decretos que Calleja puso en todo su vigor y pudo ejecutar sin miramientos y sin obstáculos, así se estuvo oponiendo á otras medidas que consideraba opresivas para sus gobernados, teniendo que decir á los miembros de la Junta como regla para que ajustaran su conducta:

—Cualquier consejo que me den sus señorías lo tendré en cuenta para estudiarlo y pesar las ventajas

que pueda tener su adopcion; pero debo advertirles que el carácter de esta Junta debe limitarse solo á las medidas militares mas propias para sostener la guerra contra el enemigo comun. Nuestros propósitos no se encaminan á molestar á la masa de habitantes de la nacion, sino á hostilizar y vencer á los enemigos de este gobierno que es el representante del de España. En esa virtud suplico á sus señorias que recogiéndose en sí mismos maduren y me propongan diariamente los planes que juzguen mas á propósito no solo para atajar los avances que están haciendo los rebeldes, sino para destruirlos lo mas pronto posible.

Despues de estas palabras se disolvió la Junta de guerra, yéndose todos aquellos gefes reunidos, menos Moran que se quedó con el Virrey acordando los asuntos del momento.

Cuando estuvieron los cinco que iban juntos en los corredores, pudo Novella alzar la voz diciendo:

—No tiene el Sr. Apodaca el temple que se necesita para afrontar una situacion tan seria y tan amenazadora como la que está encima de nosotros. El Señor Virrey es débil de carácter, casi tímido como una dama y ahora se necesita un hombre de bronce como Calleja. No adelantaremos nada, señores, con nuestra junta de guerra, pues que no estamos en los momentos de discutir, sino de obrar pronta y enérgicamente.

—Yo opino lo mismo, añadió Liñan. Aunque á mí se me eche la culpa de que el ejército que formé en San Antonio no hubiera marchado al Sur á des-

truir á Iturbide oportunamente, lo cierto fué que el Sr. Apodaca estuvo con muchas vacilaciones y no quiso ó no pudo expeditar mi marcha por mas que yo le estuve instando para que me proveyera de lo necesario. Mientras que con Iturbide se mostró explén-dido dándole cuanto le pidió, conmigo estuvo no solo tibio sino completamente apático. El Sr. Apodaca es un excelente hombre, pero le falta la resolucion.

Entonces Novella observando que se formaban grupos de oficiales cerca de ellos con el manifiesto deseo de escuchar lo que decian, levantó mas la voz y desarrolló con fácil palabra un magnífico plan, tanto político como de campaña, para destruir á los partidarios de la independencia en unos cuantos meses. No se necesitaria mas que pedir mucho dinero á los ricos, cuyo dinero serviria para ganarse algunos gefes contrarios de los mas importantes y para levantar un ejército florido que reforzara al que ya existia y formando cuatro divisiones mandadas por los gefes leales mas experimentados, estaba seguro de hacer un paseo militar hasta la Nueva Galicia limpiando todo el Bajío de insurgentes.

Cuando acabó de hablar Novella, habia llegado al principio de la escalera rodeado de oyentes, allí se despidió de sus camaradas y salió del Palacio erguido como un emperador. Desde ese momento empezó á circular su nombre de boca en boca, exagerándose sus cualidades militares, hasta ser general la opinion de que aquel era el hombre que se necesitaba, aquel el lamado á vencer á Iturbide, aquel el que tenia que

ser el salvador del realismo en la Nueva España. Lo mas particular fué que hasta los ricos, no obstante que sabian que se contaba principalmente con su dinero para dar desarrollo á los planes del nuevo genio militar, solian exclamar en plena calle:

¡Novella es el hombre! ¡solo Novella puede salvarnos!

Y es que en las grandes crísis todos esperan que surja de repente, de donde menos se piense, el hombre extraordinario, y el que mas grita ó el más audaz suele ser ese hombre extraordinario ayudado por las circunstancias.

Como resultados mas inmediatos de aquella Junta de guerra, quedaron asegurados Novella y Liñan: el primero fué nombrado gobernador militar de México y el segundo gefe del ejército de operaciones que iba á reunirse y á organizarse en la capital. Estos dos nombramientos fueron seguidos de una serie de medidas que debian poner á los dos personajes en camino de enderezar la situacion.

Muy satisfecho estaba Apodaca con sus determinaciones, cuando casi juntas le llegaron las siguientes noticias: pronunciamiento de Negrete y fuga de Cruz en Guadalajara, rendicion de San Juan del Rio y de Guanajuato, plazas en donde se encontraban las fuerzas realistas mejor organizadas y los gefes de mas nota. Tales noticias le hicieron caer desvanecido en el sillon virreinal y exclamar con abatimiento:

—¡Jesus! el gobierno de la Nueva España se derrumba!

Y como el imperturbable secretario le leyera otro pliego en que se daba aviso de que el ejército de Iturbide venia avanzando, gritó delirante:

—¡Que vaya Concha á detenerle! ¡que se aliste Liñan, que vayan todos, todos, todos! pero que no me dejen llegar aquí á Iturbide.

Y despues de estas exclamaciones perdió redondamente el sentido.

—

CAPITULO XLI.

—

EL SACRIFICIO.

Era don Cesar marqués del Prado un hombre muy fino de talle, afilado de cara y de narices, de ojos grandes y saltones, de bigote y perilla muy puntiagudos, de voz vibrante y de carácter nervioso y violento. Hablaba de prisa y mal y tenía grande orgullo en primer lugar por su título, en segundo lugar por su figura que creia ser una de las mas arrogantes, en tercer lugar por su parentesco con el Virrey, del que era sobrino en línea transversal y en cuarto lugar por que era dueño de una regular fortuna, parte en un castillo en España heredado de sus mayores y parte en unas propiedades de la Isla de Cuba que habia adquirido á los dos años de haber tenido algun manejo en los tesoros reales de que su tio lo habia encargado cuando era allí Capitan General. Habia venido á México con el pretexto de recoger de Apodaca algu-

nos documentos que le hacian falta para sus cuentas. pero principalmente por pasearse y por estar alejado un poco de tiempo del nuevo Capitan General de las Antillas á quien hacia mala sangre y con quien habia estado á punto de romper lanzas, ó mejor dicho, de que se las rompiera á él en las costillas, pues al fin el Capitan aquel tenia mas poder, mas fuerza física y moral y mas medios de hacerse temer y respetar. Sea como fuere, con motivo de la llegada de don César á Palacio, el Virrey celebró algunas fiestas, invitó á todas las personas distinguidas que habia en la capital á comidas y á saraos y el noble sobrino dijo á su vice-rregio tio:

—Ya veo que S. E. tiene aquí una corte europea.

—¿Te gustan las damas de México?

—En cada reunion me parece ver solamente princesas.

—Y no hay alguna entre esas princesas que te haya flechado mas que las otras?

—Sí, Exmo. Señor: la que me gusta es aquella linda morena de los ojos de terciopelo que segun me dicen se llama Aurelia.... Aurelia de.... no me acuerdo.

—Aurelia de Arrillaga, chico.

—Pues esa es la que mas me ha flechado, esa es la que me tiene ya sin juicio y esa es la que yo desearia ganarme para esposa.

—De veras?

—Lo juro á V. E., y tanto es así, que ya se lo he dicho.

—¿Y ella?

—Ella como todas las niñas tímidas: se ruboriza, tiembla un poco y voltea la cara, contestando con palabras incoherentes ó no contestando.

—Señor don Francisco, dijo entonces el Virrey llamando á un caballero que pasaba, ya he tenido el honor de presentar á usted en otra vez á mi sobrino don César como hombre político y de negocios, ahora se lo presento á usted como un enamorado.

Don Francisco Arrillaga se sonrió y el marqués se puso encarnado. Apodaca continuó:

—Sí señor, como un enamorado de su hija Aurelia.

—Exmo. Señor!............ murmuró Arrillaga.

—Es sério esto: Don César es noble, es rico, desea casarse con su hija de usted y ahora allí les dejo á ustedes solos para que arreglen los puntos del casamiento, si es que á usted le conviene entrar á nuestra familia.

¿Pues no habia de convenirle al Señor de Arrillaga? Y tan le convino que de allí nacieron todos los infortunios de la infeliz Aurelia.

Cuando don Francisco contó á su mujer la aventura, no cabia en sí de gusto repitiéndolo varias veces:

—Figúrate tú qué honra seria para nosotros la de tener á una hija nuestra marquesa y sobrina del Exmo. Señor Virrey, por cuyo camino llegariamos todos á ser personas principales en la Córte. El marqués me ha ofrecido que en arreglándose el matrimonio realiza los intereses que tiene en Cuba y en España y se radica definitivamente en México, haciendo ademas que vengan á recaer en nosotros todos los títulos de su familia.

Juzgaron el padre y la madre que no tenian necesidad de emprender ningun trabajo sério con su hija para persuadirla de las conveniencias que tenia semejante partido y antes bien creyendo darle una gratísima sorpresa, ambos le dijeron:

—Don Cesar quiere casarse contigo. . . ¡brinca de gusto!

Aurelia no brincó y antes bien se puso blanca como la cera.

—¡Pues qué! no te llena de satisfaccion esta gran noticia?

Entonces fué cuando ella, hecha un mar de lágrimas, refirió á sus padres la profunda simpatía que se habia engendrado en su corazon por el general Victoria, cómo aquel lleno de delicadeza y de temor le habia declarado que la amaba y cómo ella despues de grandes luchas y de largas meditaciones habia acabado por corresponderle prometiéndole con toda solemnidad que cuando fuera oportuno, prévia la aprobacion de sus padres, le entregaria su mano, que no seria de ningun otro, como se lo habia jurado ante los altares.

A los dos viejos les tocó brincar entonces, primero por la rabia que les causaba que ella no se hubiese apresurado á comunicarles á tiempo lo que pasaba y despues por haberse tomado la libertad de disponer de lo que no le correspondia mientras estuviera bajo el dominio paternal. Despues echaron chispas porque habia bajado tanto hasta entenderse de amores con un insurgente y concluyeron por jurar á su vez que no seria aquella pequeña Aurelia, aquella tonta,

aquella inexperta joven, la qué echara á perder por un vano capricho el gran porvenir que se presentaba tan de súbito á toda la familia.

Pero lo que más les alarmó fue que aquella inexperta Aurelia se afirmó en sus trece, permaneciendo firme como una roca.

—¡Pues no faltaba mas! exclamaba don Francisco golpeándose la frente y dando grandes pasos por la habitacion.

Fué la primera vez que su mujer y su hija lo vieron colérico, y tanto, que doña Maria tuvo que apaciguarse la primera y decirle queriéndolo sacar de aquella estancia:

—Vámonos, Francisco, ella entrará en razon; no es por medio de la violencia como se arreglan estas cosas.

—Pues digo y repito, exclamó él, que si esta no se casa con don César, la encierro en un convento y sostengo y juro que primero la mato que entregársela á un insurgente.

Ya iban léjos y todavia Aurelia los oia que disputaban acaloradamente, doña Maria procurando calmarlo y don Francisco jurando que no habia de ser el juguete de nadie y que si la mocosa no cedia tendria que hacer con ella un ejemplar.

Llegó el dia fijado al marqués don César para que pudiera penetrar en el hogar de los Arrillaga, esto es, para que pudiera hacer la primera visita de novio á la familia de Aurelia, y como la hora designada para recibírsele fué la de las siete de la noche en punto,

desde las seis mandó don Francisco que se encendieran las luces y que todos los criados estuvieran listos en sus puestos. A Aurelia se habia conformado con decirle en tono de autoridad de sargento mas que en tono paternal:

—Te adornarás convenientemente y vendrás luego á la sala de recibir. Espero que no me obligarás á ir á buscarte.

Fué tal el tragin que hubo en la casa, que los vecinos, no obstante ser uraños, retraidos y silenciosos, levantaron las cortinillas de las ventanas ó abrieron los balcones, echando por tierra algunas telarañas, para observar lo que estaba pasando de extraordinario en la casa de don Francisco Arrillaga, que por lo general era el que daba el ejemplo de oscuridad y de toda ausencia de movimiento. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, y una gran farola con cuatro mecheros de aceite alumbraba el zaguan, viéndose otras dos luces mas al pié y en el primer tramo de la escalera que estaba precisamente en frente de la entrada.

A las siete en punto se oyó rodar por la calle una carroza seguida de una escolta, deteniéndose una y otra junto á la puerta de la casa de don Francisco, y se vió descender del carruaje á tres personas, observándose que dos de ellas trataban á la primera que habia bajado, con mucho respeto.

—No es el Exmo. señor Virrey, dijeron los vecinos de al lado que eran los que estaban observandomas de cerca: el personaje principal es jóven y parece que ostenta una cruz de diamantes en el cue-

llo, y otra roja en la capa que lleva sobre el hombro.

—Calza espuelas y usa espadin, observó otro.

—No lleva insignias militares.

—No, solo los que lo acompañan van vestidos de militares: él parece que es un noble de alta alcurnia.

—¿Quién será?

—Yo no le conozco.

—Yo tampoco.

—¿Es jóven?

—Sí, pero su cara es completamente desconocida.

Se habia detenido un momento frente á la puerta hablando con sus dos compañeros, en seguida apareció un lacayo que le dijo algunas palabras con mucho respeto y él pareció dar órden á los otros de que le siguieran. En ese instante le dió la luz de lleno y pudieron observar los vecinos que era bajo de cuerpo, delgado y buen mozo por añadidura, pero nadie pudo decir ni de lejos su nombre. Nadie recordaba haberlo visto nunca.

Entró, las dos hojas de la puerta se cerraron, el carruaje se quedó en la puerta, la escolta se situó un poco mas atrás, los soldados desmontaron, el oficial entregó las riendas de su corcel á un dragon y embozándose en su capa empezó á pasearse por la banqueta con grandes muestras de enfado, sin fumar, sin hablar con nadie.

Don Francisco recibió al marqués en lo alto de la escalera, le tendió la mano, saludó á sus compañeros y los invitó á todos á pasar á la sala.

—Estos caballeros, dijo don César pueden quedarse esperando en cualquiera parte.

Entonces se les designó una pieza contigua á la sala, qne tenia el nombre de asistencia.

Toda la familia de Arrillaga estaba en el salón, como ya sabemos, compuesta de su mujer, Aurelia y Alfonso. y además, estaban allí Lucía, la hija del conde de Viñas y Juan su hermano, únicas personas que estaban hasta entonces poco mas ó menos en el secreto de las escenas que se desarrollaban en el seno de aquella familia.

Don César saludó con desembarazo á cada una de las personas, y tomó asiento en el lugar que se le designó, en medio de doña María y de la hermosísima Aurelia. Por mas hombre de mundo que fuera y por mas acostumbrado que estuviera al trato de las damas mas principales, no pudo menos de sentir que un extremecimiento involuntario se paseó por todo su cuerpo luego que sintió subírsele á la cabeza el perfume que la jóven exhalaba. Ella, apenas habia contestado el saludo, bajando en seguida los ojos, lo cual atribuyó el marqués del Prado á exceso de timidez.

La conversacion comenzó por las muy buenas impresiones que le habia causado la vista de México, así como el trato de las pocas personas que hasta entonces habia frecuentado. Se le hicieron preguntas respecto de las Antillas, de la diferencia que naturalmente debia hallar entre las ruidosas cortes europeas y las apenas delineadas en América, como una mala copia de aquellas, de sus viajes, de su familia, de los disturbios que por todas partes interrumpian la quietud de las gentes pacíficas, y contestó con desembarazo, pero con movi-

mientos algo bruscos provocados por su sistema excesivamente nervioso, sin que durante toda esta larga conversacion desplegara Aurelia los labios. Una sola vez habia levantado los ojos y se habia encontrado con una mirada centellante de su padre que parecia muy descontento de aquel obstinado silencio y entonces volvió á bajarlos para no levantarlos mas. Doña María estaba mortificadísima y don Francisco se mostraba de cuando en cuando casi colérico, haciendo esfuerzos poderosos para disimular su mal humor.

Dos lacayos entraron con refrescos y todos tomaron un vaso ó una copa de cualquiera cosa, un pastelillo ó una soleta, solo Aurelia dijo que no tomaba nada, con un movimiento de cabeza. Nada le dijeron los padres temiendo obligarla á pronunciar alguna palabra que lo echara todo á perder.

Hubo un momento en que don Francisco se levantó para decir á los lacayos que les sirvieran á los dos compañeros de don César que se habian quedado en la asistencia, y entonces don César se levantó tambien para suplicarle que no se molestara. De ese instante se aprovechó doña María para decir rápidamente á Aurelia:

—Te estás conduciendo con grosería: habla.

—No, contestó Aurelia muy quedo, pero con firmeza.

Poco despues se despidió don César que no pudo menos que manifestar cierta contrariedad cuando vió que Aurelia contestaba sus galantes palabras de despedida con una simple inclinacion de cabeza y sin desplegar los labios.

Entonces al entrar en la antesala tuvo que decirle don Francisco.

—Dispénsela usted, señor marqués; debe sentirse muy conmovida porque no tiene costumbre de hablar con mas hombres que con los muchachos con quienes se ha criado en la mayor intimidad.

—Me siento inclinado á disculparla, contestó don César; pero mas me siento inclinado á lamentar mi mala estrella.

—No diga usted eso, señor marqués ....

—Claro: no se conoce que corresponda á mis afectos.

—Es tímida...........

—En fin........ le ofrezco á usted que no volveré sino cuando usted me diga que habiendo sondeado bien sus sentimientos pueda estar seguro de no ser rechazado.

—Lo primero es mi voluntad, señor, y despues el cariño seguirá engendrándose por sí solo.

—Lo dicho, señor don Francisco, volveré aquí solo cuando usted me asegure que no he de salir otra vez desairado.

Indecible fué el efecto que produjeron en don Francisco estas palabras, el cual se quedó en lo alto de la escalera mirando maquinalmente alejarse al marqués con sus dos compañeros y sin cerciorarse ya de lo que decia, ni de lo que hacia, ni de la conducta que debia observar.

Por su parte, Aurelia, apenas traspuso don César el umbral de la sala tomó á Lucía de la mano y la

arrastró á su cuarto en donde luego se arrojó en sus brazos hecha un mar de lágrimas. Doña María las habia seguido, pero al observar esto se volvió á detener á Arrillaga para que no la viese é impedir un escándalo.

A poco se oyó rodar el carruaje por el empedrado el cual fué seguido por la escolta al galope, sacando chispas con las herraduras de los caballos, que fué lo único que vieron claro los vecinos.

Doña María estuvo lista para apoderarse de don Francisco y llevarlo á su recámara en donde tuvieron una larga conferencia. Cuando salieron, las luces estaban apagadas, los hijos del conde de Viñas se habian ausentado y sus hijos estaban recogidos. Habia luz solamente en el cuarto de Aurelia y don Francisco pareció querer dirigirse allá, pero doña María le contuvo y lo condujo á su habitacion en la cual lo dejó algo calmado ya, pero muy excitado aún, lo cual demostró arrojándose vestido á su cama, en donde estuvo sollozando.

¿Qué habian hablado en aquella entrevista ambos esposos? Fácilmente se comprende: doña Maria, al fin madre, opinaba porque no se violentase á la niña, porque no hubiera apresuramiento en su matrimonio, si acaso, como juraba y volvia á jurar don Francisco, habia de verificarse, porque se dejara al tiempo que trajera el olvido respecto de un novio romántico que habia herido la imaginacion de la jóven en circunstancias tan favorables para el insurgente, porque en fin, la boda, si habia de hacerse, fuera obra del convencimiento y no de la violencia.

Don Francisco por su parte repetia las palabras que le habia lanzado á la cara el marqués, el ridículo en que Aurelia habia puesto su autoridad de padre, el bochorno que le haria sufrir la sociedad luego que se supiera que su hija estaba enamorada de un aventurero sin antecedentes que hasta habia tenido que cambiarse nombre para no verse despreciado de los mismos suyos, y en suma, no consentia en ser contrariado; él mandaba y lo que él dispusiera cómo señor absoluto de aquella casa, era lo que debia de hacerse.

Doña Maria, no consiguió pues, mas que ganar tiempo y aplazar el momento de la mas ruda colision.

Aurelia por su parte, un tanto consolada con los ofrecimientos de su amiga Lucia sobre que comprometeria á su padre para que le hablara al Virrey á fin de hacer desistir á don César de sus pretensiones, habia cesado de llorar y estaba escribiendo una carta á Victoria en que le daba cuenta de todo lo que le estaba pasando. ¿Cuándo se la podria mandar? ¿Quién se la llevaria? Ya encontraria los medios, lo importante era aprovechar aquellos momentos para consignar lo que pensaba.

Al dia siguiente fué cuando llegó Teodoro informándola que por lo pronto su amo estaba en el fondo de una selva sin vestidos y sin alimentos; pero que una vez llevándole la noticia del alzamiento de Iturbide era seguro que iba á mudar su fortuna. Con esas nuevas esperanzas y desahogada del peso de haber podido comunicar á su amante lo que pasaba, pudo arrostrar la lucha mas tranquila. Entonces ya no se

mostró altiva y resistente, sino humilde y suplicante, cada vez que su madre le hablaba de aquel asunto, pues don Francisco en varios dias no le dirigió la palabra, Aurelia le suplicaba con extremada dulzura insinuándole que si queria verla dichosa desistiera de hablarle de aquel asunto.

—Pero es que el honor de tu padre y el de la casa están empeñados en esto, casi ha sido una órden del Virrey lo de tu matrimonio con don Cesar, algo se ha traspirado en el público y envidian tu suerte las muchachas principales.

—¡Madre mía, querida de mi alma! Tu eres muy buena y no has de querer que tu hija sea la mas infeliz de las mujeres deseando que la sacrifiquen como tu tampoco hubieras querido ser sacrificada.

Las dos lloraban juntas y la conversacion tenia que tomar otro giro hasta que transcurrido un mes don Francisco dijo que el Virrey lo apremiaba para que diera una contestación categórica: ya alguien se habia atrevido á decirle que Aurelia deseaba interpusiera su valimiento para que la union con don César no se verificara, pero que él no podria salirle á su sobrino con semejante embajada. Que en consecuencia habia fijado un plazo improrrogable de quince dias.

—Dentro de quince dias escojes, Aurelia, habia terminado diciéndole, ó tu union con don César ó el claustro.

Aquellos quince dias fueron todos de agonía mortal para las dos pobres mujeres. Aurelia comia poco y dormia menos; si acaso hablaba era siempre derramando lágrimas. Doña María comprendió al fin que

el amor habia echado raices profundas en el corazon de la jóven, que tanto como amaba á Victoria veia con repugnancia á don Cesar, y acabó por declararlo así á su marido.

—Entonces que se disponga para el claustro, contestó él secamente.

Don César, por su parte, picado en su amor propio, rondaba la calle dia y noche cambiando soberbios trajes y mostrando todo el fausto de su grandeza, queriendo deslumbrar á la jóven si no con sus prendas personales, con la vanagloria de la opulencia, sin conseguir verla sino muy raras veces en la iglesia, pues ya no habia querido concurrir á las reuniones de Palacio, contrastando entonces la modestia con que ella se vestia con las joyas y dijes con que él se recargaba. Y era el caso, que mientras mas esquiva se mostraba ella, él porque así lo sintiera ó por orgullo se manifestaba mas rendido y mas apasionado. Consiguió encontrar quien le llevara cartas, pero ella las devolvia sin abrirlas.

El plazo terrible se cumplió, el mismo don César, armándose de audacia tuvo el valor de ir á saber su sentencia. Don Francisco entonces de pie en medio del salon, le dijo con toda solemnidad:

—Mi hija Aurelia renuncia al mundo, señor Marqués, no tiene inclinacion al matrimonio sino á la vida monástica y mañana mismo toma el velo de religiosa.

Don Cesar necesitó echar mano de todas sus fuerzas de hombre de temple para no caer desplomado.

Quiso protestar, quiso decir algo, pero las palabras se negaron á salir de sus labios, y se alejó corrido, avergonzado, casi siniestro.

Aquella fué la velada más fúnebre de todas.

—Esto es hecho, dijo don Francisco saliéndose á su vez desolado, escoge convento para mañana mismo.

—Cualquiera me es igual, contestó Aurelia.

Y por lo bajo dijo á Lucía:

—Tengo un año aún de noviciado; todavia hay esperanzas.

Al dia siguiente al oscurecer fué conducida Aurelia al convento de Santa Clara, en un coche cerrado, por el canónigo Monteagudo.

CAPITULO LXII.

—

AUGURIOS.

La estrella del Sur se habia opacado por aquellos meses para dejar brillar en todo su explendor al nuevo astro que recogia en los pliegues de su capa, que comenzaba á purpurear, todas las constelaciones del cielo de la patria. El héroe de nuestra leyenda, el modesto y verdaderamente patriota general Guerrero, habia cedido con el mando todas las glorias y todo el porvenir al general Iturbide, que era el único que resplandecia ahora con todas las galas del paladin vencedor y delante del cual se desvanecian como si fueran sombras los obstáculos, abriéndose á su paso un sendero amplio en donde todos eran triunfos y laureles.

Guerrero era un subalterno, como otro cualquiera, que se dedicaba á cumplir lealmente la mision que se le

habia encomendado y la cual se reducia á entorpecer la comunicacion entre México y Acapulco, á tener en jaque contínuo á este último puerto que era, como Veracruz, una de las plazas mas fuertes y á cuidar con su ejército, que no pasaba de mil hombres, la ancha zona que se habia puesto bajo su dominio. Se llegó á zuzurrar que no reinaba la mejor armonia entre el héroe del Sur y el gefe del Ejército de las Tres Garantías y entonces Guerrero se apresuró á publicar una proclama que ès el modelo de la buena fé, de la sinceridad y del patriotismo, protestando en ella que era el último de los soldados de Iturbide, que á este obedecia y lo seguiria obedeciendo como lo habia jurado y que no dejaria las armas sino cuando estuviera consumada la independencia.

Por lo demas, sus operaciones militares se reducian á tener al coronel Alvarez sobre Acapulco, ministrándole todos los elementos de que le era posible disponer en su situacion, á proteger á las fuerzas independientes cuando operaban cerca de su línea, como sucedió en tres ocasiones en que sus subalternos determinaron la victoria y á no dejar pasar de Cuernavaca al mariscal Armijo que continuaba con el nombre de gefe de la comandancia del Sur. En este periodo, pues, tenia que desaparecer casi la silueta de Guerrero para que se destacara en mas amplios horizontes la de Iturbide que se veia mas grande mientras mas se aproximaba á la conquista del nombre de libertador.

Por lo mismo, nosotros tambien tendremos que

abandonar por ahora á nuestro héroe en sus montañas para poder referir á gran prisa los sucesos que se precipitaron como un alud para traer al fin el dichoso desenlace que todos conocemos.

Dejamos á Iturbide en San José del Rio despues de la célebre accion que sostuvo Paredes contra el realista Bocina llamada de treinta contra cuatrocientos y con la cual aseguró aquel oficial un porvenir glorioso. Iturbide iba á proteger á Bustamente que asediaba á mil hombres mandados por Novoa en San Juan del Rio, llegando allí despues que este se habia rendido firmando una capitulacion honrosa.

Allanada esta dificultad regresó el caudillo á sitiar á Luaces en Querétaro que se encontraba fortificado en la plaza y en èl convento de la Cruz, dando órdenes á la vez á don Antonio Echávarri para atacar un convoy que de San Luis habia salido para Querétaro custodiado por 800 hombres al mando del coronel Bracho. Este vino derecho á la emboscada que se le habia puesto en San Luis de la Paz, en los alrededores se vió rodeado de enemigos y entonces no tuvo mas recurso que capitular, consiguiendo como una gracia que se permitiera á su division marchar entre las filas de los independientes para llegar á la poblacion y entregar las armas. Iturbide inquieto por las operaciones de Echávarri habia volado á su socorro, pero se volvió de Casas Viejas para Querétaro á estrechar el sitio de esta plaza.

Luaces era jóven, valiente, algo sanguinario, tenia una bella esposa con quien se habia unido hacia po-

co y á la cual adoraba, y tenia á sus órdenes ochocientos hombres bien municionados y bastantes piezas de artilleria. Realmente podia sostenerse en caso de que fuera protejido por tres mil hombres que le habia pedido al Virrey; pero Concha que venia con solo mil hombres habia tenido que retroceder á las volandas perseguido por la caballeria de Bustamante. En consecuencia, todos los vecinos de Querétaro conociendo el carácter quijotesco de Luaces, pusieron de empeño á su mujer para que le hiciera desistir de sostenerse en la plazá. Para manifestar mejor su indignacion por aquella intriga, separó á su mujer del recinto fortificado y la mandó encerrar en el convento de las Teresas. Allí fué á buscarla Iturbide para hacerle una visita respetuosa y ponerse completamente á sus órdenes, como se estila entre personas nobles y caballerosas y muy al revés de todos los canallas que en las posteriores revoluciones del pais tuvieron á gala causar molestias y hasta insultar y oprimir á nuestras familias. Ya esa conducta comenzó á impresionar á Luaces que por fin capituló el dia 27 ofreciendo evacuar la plaza al dia siguiente.

Aquí tuvo Iturbide otro buen rasgo. Luaces se encontraba en el convento de la Cruz en cama á consecuencia de una indisposicion; y aunque ya se habian firmado los convenios, cada fuerza ocupaba aún sus posiciones haciéndose un servicio tan activo como si fueran á romperse las hostilidades. En la noche de ese dia se presentó el caudillo independiente en el convento de la Cruz acompañado solo de un ayudante.

—¿Quien vive? le gritó el centinela.

—El general Iturbide, contestó aquel.

Inmediatamente se esparció la noticia en la guarnicion de que estaba allí el gefe de la fuerza enemiga y todos los oficiales se agolparon los unos para conocerlo y los otros con quien sabe cuáles ideas, el hecho fué que el caudillo independiente siguió adelante diciendo que venia á hacer una visita al enfermo.

Luaces lo recibió admirado y aturdido; agradeció la atencion y dió la órden de que se le hicieran honores y se le acompañara á su campo con todo miramiento.

Aunque al otro dia ya no iba á ser nada Luaces, en aquel momento mandaba 800 soldados, con tres de los cuales le bastaba para dar un golpe de muerte á la revolucion. A una hidalguía correspondió con otra hidalguía y por mas que comprendió que tenia en sus manos la suerte de la Nueva España, una gran posicion para sí y un gran servicio que poder prestar al Virrey Apodaca, prefirió ser hombre leal y honrado á ser pérfido político y mal caballero y se quitó el mal pensamiento pasándose la mano por la frente y exclamando:

—Aun cuando me esperara la muerte mañana, la prefiriria á la deshonra.

Y todavía mandó detrás de Iturbide á un cuñado suyo, oficial de todas sus confianzas, para que cuidara de que aquel no llegara á tener en su salida del fuerte el menor contratiempo.

Iturbide entró en posesion de Querétaro y el dia

30 comenzó á dar muestras de los vuelos que llevaba promulgando un decreto en que por primera vez hizo uso de todos los siguientes apellidos: D. Agustin de Iturbide y Arámburu, Arregui, Carrillo y Villaseñor, primer gefe del ejército imperial mexicano de las tres garantías, etc."

Segun las usanzas de entonces, eso de ponerse varios apellidos queria decir mucho, principalmente cuando en las filas de los independientes habian figurado hombres tan humildes como Morelos, Bravo, Guerrero, Moreno, Alvarez y Gordiano Guzman. Ya veremos como despues fué un poco más explícito en una proclama, anunciando que la forma de gobierno la designaria el pueblo mexicano por medio de un congreso. Iturbide comenzó á descubrir sus tendencias desde que en el año de 1808 entró á medias en la conspiracion de Valladolid y procuró llenarse de riquezas en el Bajío, hasta que conspiró en la Profesa y llegó á entrar triunfante en México, encadenados como se ven todos sus actos para llegar á un fin bien meditado. Para él era igual la independencia ó la sumision, con tal de que él hiciera una de las principales figuras. Despues que triunfó y entró á México, si hubiera Fernando VII aceptado su plan de Iguala diciéndole: "aquí estoy" ¿qué le hubiera contestado Iturbide? Le hubiera contestado lo que á Victoria: —"Si con atolito vamos sanando, atolito solo vamos tomando." O lo que es lo mismo: "Tu me serviste de pretexto para embaucar á los españoles: ahora ya no te necesito."

Mientras tanto Filisola, que pertenecia ya á los independientes, ayudado con toda eficacia por Felipe Martinez que mandaba ahora las fuerzas de Ascensio y del P. Izquierdo que tenia por su parte 200 hombres, pertenecientes al ejército de Guerrero, derrotaba 600 hombres mandados por el coronel don Angel Diaz del Castillo cerca de Toluca, quedando allí 100 hombres muertos de los pertenecientes al bravo batallon de Fernando VII. Castillo dejó su artillería, pero con permiso de Filisola se llevó sus muchos heridos, mereciendo tal derrota una cruz de primera clase y otros premios que para el gefe y para los que escaparon, decretó el Virrey Apodaca. El mayor Puig murió y se honró su memoria en los libros de órdenes militares.

Los que ahora son Estados del Norte se llamaban en aquel tiempo Provincias internas de Oriente, tal vez porque como los Virreyes no eran de aqui no estaban bien orientados, el caso fué que Arredondo que las cuidaba, quiso sostenerse contra todo viento y marea, reconcentrando fuerzas y haciendo milagros; pero se le vino el mundo encima, se le pronunciaron en el Saltillo y otras partes y entonces para quedarse con bola en mano, quiso tambien hacerse partidario del plan de Iguala proclamándolo; pero ninguno lo creyó de buena fé ni lo quiso de gefe, pues á todos los tenia escamados y lo mas que hicieron fué perdonarle la vida á pesar de haber sido grandes sus fechorias, tomando por su parte Arredondo el mejor partido que fué el de irse á la Habana á

disfrutar de todos los fondos que habia coleccionado.

Don Pedro Celestino Negrete habia reunido un ejército de tres mil hombres y asediaba ya la ciudad de Durango que estaba defendida por mas de mil veteranos al mando de Cruz, que eran los únicos realistas que quedaban desde San Juan del Rio hasta los límites del país al Norte y Occidente. El Sur estaba todo ocupado por las tropas de Guerrero.

Don Pedro Miguel Monzon y don Antonio Leon se habian levantado con pobres elementos en la provincia de Oaxaca y en pocos dias lograron aumentarlos de tal suerte, bien secundados por todos los patriotas, que el segundo en una campaña feliz logró derrotar varios piquetes enemigos y alcanzar la rendicion del importante fuerte de San Fernando en Yanhuitlan, en donde se hizo de grandes elementos de guerra que le sirvieron ya para emprender una campaña formal sobre el coronel Obeso comandante de la provincia de Oaxaca, al cual sitió, y despues de varios reñidos combates hizo rendir en Etla, conquistando con sus solos esfuerzos y sin mas elementos que los que le proporcionó la opinion, la conquista de la independencia en todo aquel vasto territorio.

La campaña que se habia presentado mas difícil y en la cual se habia tenido que emplear mas diligencia, mas vigor, y mayores afanes, fué la que les tocó á los gefes independientes Santa-Anna, Bravo y Herrera en Oriente, tanto por los varios fuertes artillados como por el número y calidad de tropas con que tenian que combatir y vencer, para lo cual necesitaron ir dis-

putando el terreno palmo á palmo, sin contar con mas elementos que los mismos que les podia proporcionar el enemigo con las defecciones y las derrotas.

Santa Anna intentó varias veces atacar la plaza de Veracruz, pero se le frustraban sus designios porque siempre era dominado por el enemigo que estaba rodeado de fuertes murallas y contaba con poderosos elementos de guerra, así es que todas sus operaciones se reducian casi á tener bloqueado el puerto por la parte de tierra, sosteniendo diariamente escaramuzas sin importancia aparente. En realidad provocaba la desercion en la plaza, tenia en constante alarma al enemigo y cortaba toda clase de comunicaciones con el resto del pais, impidiendo ademas la introduccion de víveres.

Despues que Bravo habia tenido entre sus manos al feroz Concha en S. Cristóbal, en donde ya estaba este rodeado por las tropas de aquel, y despues de dejarle partir para México con la única condicion de que no habia de volver á tomar las armas contra los independientes, exceso de magnanimidad propio de tal caudillo, se volvió con sus tropas á Pachuca para apoderarse de la artilleria y demás elementos de guerra que habian abandonado los realistas. En Tulancingo organizó su ejército y salió de allí el 14 de Junio de 1821 con tres mil hombres de las tres armas para sitiar á Puebla, pudiendo dejar en el primer punto una guarnicion de cuatrocientos hombres. En muy poco tiempo, pues, á lo más en unos cuarenta dias, el heróico Bravo habia logrado improvisar una fuerza

numerosa tan bien organizada como la mejor de los realistas, quitando la mayor parte de esos elementos á viva fuerza al enemigo.

Como el mariscal don Ciriàco del Llano, gobernador y comandante militar de Puebla tenia el orgullo de haber concurrido al sitio de Cuautla al lado de Calleja, era ademas hombre altivo y tenía buenos elementos de guerra, habia asegurado al Virrey que con la tropa que tenia le bastaba para sostenerse y para dar buena cuenta de todas las partidas enemigas que llegaran á ponerse á su alcance. Esto lo sabian los independientes y en consecuencia procuraron aproximarse á la ciudad en que se encontraba aquel denodado gefe con todas las precauciones de la guerra á fin de asegurar el golpe. De modo que lo primero que hizo Bravo fué invitar á Herrera para que se aproximara con todas las fuerzas que tuviera disponibles.

Herrera contestó de conformidad diciendo que estaria en Cholula el dia 21 para coordinar el plan de operaciones. Bravo se detuvo entonces cuatro dias en Tlaxcala incorporándosele allí otras partidas que desde antes se habian puesto á sus órdenes, compuestas en su mayor parte de desertores de la guarnicion de Puebla.

El dia 20 marchó don Joaquin Ramirez Sesma con 200 dragones á Cholula para preparar la conferencia acordada; pero en lugar de Herrera encontró al teniente coronel Flon, quien tenia encargo de pedir que

la entrevista se verificara en el Molino de Pópulo á la vista de Puebla.

Al día siguiente estuvo allí Bravo con exactitud, poco despues llegó el coronel Herrera, y el primero le dijo con su modestia acostumbrada:

—Vine á ponerme á las órdenes de V. S. para que se sirva decirme cuáles nos dá á mí y á mis fuerzas en esta jornada.

Herrera, vencido por este acto de generosidad, contestó:

—Yo soy el que he venido á ayudar á V. S. en lo que me crea útil.

—Como el señor Iturbide no le ha dado á ninguno de los dos supremacía sobre el otro, lo conveniente es que nosotros nos pongamos de acuerdo.

—V. S. lo ha dicho: obrarémos de acuerdo como si una sola cabeza fuera la que todo lo ordenara.

Bravo insistió: Herrera dijo que el primero tenia mas número de fuerzas, mas prestigio y mas experiencia, y por fin, convinieron en que acordarían desde luego un plan de operaciones sobre la plaza, que entre los dos ejecutarian; tanto mas, cuanto que la extension del circuito que iban á ocupar les obligaria á estar separados, y entonces Bravo que ya tenia sus estudios hechos sobre el particular, los presentó á su colega, el cual los aprobó en todas sus partes.

Despues de esto se despidieron, diciendo Herrera:

—Mañana mismo, en cumplimiento de lo acordado, estaré con mi division en Amoluca.

En el mismo dia entró el ejército de Bravo á Cholula, yendo á situarse en seguida la mayor parte en el puente de México.

Desde ese momento comenzaron los trabajos de aproximacion y las escaramuzas hasta el 28, en que salió una fuerza de la plaza á hostilizar á las avanzadas, la que volvió á meterse dentro de trincheras despues de una hora de combate.

El dia 1.º de Julio reunió Bravo todo su ejército en las campos inmediatos á Cholula, pasó revista á tres mil seiscientos hombres y nombró los jefes de columna señalándoles las posiciones que debian ocupar.

El dia 2 avanzaron tanto las fuerzas de Herrera como las de Bravo, situándose las primeras en la garita de Amozoc, y las segundas se extendieron desde el cerro de San Juan hasta las primeras casas de la poblacion.

El 3 se empleó en hacer reconocimientos por ambos lados, y el 4 las avanzadas sostenian un fuerte tiroteo, logrando apoderarse de la iglesia de los Trebejos desde cuyo punto pudieron emprenderse las hostilidades en forma contra el fuerte de San Javier que ocupaba el enemigo.

El dia 5 se pasó tranquilamente.

El dia 6 hicieron los de Puebla una salida. Llano, que conocia bien el arte de la guerra y que estaba en observacion de los sitiadores, destacó en los momentos que creyó oportunos una columna de 600 hombres y arrolló á las guerrillas, yendo á provocar al grueso

del ejército que estaba ocupando el cerro de San Juan. Bravo, que tampoco se dormia, mandó luego al coronel don Pedro Zorzoza con una columna de dragones por la izquierda, á don Vicente Gomez con otra por la derecha y á don Joaquin Terán con 300 infantes por el centro, lo cual desconcertó de tal modo al enemigo, principalmente cuando se sintió el uso que hacian con los lazos Gomez y los suyos, que tuvieron que volverse á Puebla de estampida, no sin dejar á media docena de realistas entre las reatas que les habian árrojado los insurgentes. Estos ocuparon luego el barrio de Santiago y la Matanza, emplazándose allí dos baterías que hicieron mucho daño á los sitiados con sus proyectiles.

Por su lado, Herrera avanzó tambien hasta la iglesia de la Luz.

Estando ya todo dispuesto para dar el asalto ó por lo menos para continuar las hostilidades con mayor actividad, Bravo creyó llegado el momento de intimar la rendicion de la plaza, y mandó á Llano un pliego haciéndole las excitaciones de estilo, sobre que se acogiera al medio que se le ofrecia para evitar el derramamiento inútil de sangre, una vez que la causa del Virrey estaba perdida.

Llano contestó altivamente que solo trataria de rendicion con el primer jefe de la revolucion, esto es, con Iturbide.

Bravo tornó entonces á escribirle haciéndole saber

que el primer jefe no se encontraba allí, pero que él que no tenia empeño en ser el que marcara las condiciones de la capitulacion, facilitaria al señor Llano los medios de que se entendiera con Iturbide.

—¿Cuáles medios serán esos? preguntó Llano por medio de sus comisionados.

—No está en mi mano hacer que venga el señor Iturbide en persona, le contestó Bravo, porque ignoro si se lo permitirán sus atenciones; pero en todo caso puedo hacer escoltar á unos comisionados que le lleven personalmente ó por escrito lo que V. S. quiera decirle.

—Está bien, dijo por su parte Llano, y supuesto que vamos á deliberar, nosotros tambien tenemos que suspender las hostilidades y firmar un armisticio.

Y como Bravo tampoco en esto tuvo inconveniente, se acordaron los términos de un armisticio que tendria todo vigor hasta el regreso de los oficiales porta-pliegos.

Por fortuna, Iturbide, que estaba en observacion de las operaciones militares, se habia puesto ya en camino con tropas para proteger á los sitiadores de Puebla, plaza que consideraba de gran importancia y la cual tenia que darle la clave de la de Mexico.

Como á la vez le quedaban pocos obstáculos que dominar, en Cuernavaca expidió la proclama de que hablamos antes, que fué la que vino á poner en claro sus designios, pues en ella haciendo completamente

á un lado el Plan de Iguala que ya solo le servia de estorbo, como ha sucedido á todos los que han dado planes, que han jurado sostener, decia *qué los diputados de las Provincias que se iban á reunir muy pronto sancionarian la forma de gobierno que mas conviniera á la felicidad social.* Por supuesto que al decir esto contaba dê antemano con los diputados de las Provincias.

Durante el armisticio hubo sus incorrecciones, tales como la de haberse frustrado el ataque á la Matanza que se quiso dar por sorpresa y el saqueo que se comenzó á hacer de la ciudad que fué evitado por las mismas fuerzas sitiadoras.

Iturbide aprobó las bases de la capitulacion que ya se habian firmado y conforme á las cuales se permitia á los sitiados el lujo de llevar un cañon con mecha encendida y algunas armas que empuñarian hasta Tehuacan, desde donde marcharian á embarcarse en el puerto que se les designara á los que no quisieran continuar sirviendo, ni permanecer como particulares en la Nacion.

Iturbide entró triunfalmente á Puebla, y entre los gritos que lanzó el pueblo, se hicieron notar mucho los de ¡viva Agustin I! segun refiere Alaman, dando á entender que fueron costeados por el obispo Perez, que era muy adulador. Este mismo obispo Perez, autor de tantas cartas pastorales contradictorias y de tantos sermones de brocha gorda, fué el que predicó

en la misa de gracias, levantando á Iturbide hasta las nubes, y este prelado siguió siendo despues el Mefistófeles del libertador.

—Ahora al trono, le dijo al oído, cuando fué á abrazarlo despues de la prédica.

—Todavia no, le contestó Iturbide, nos falta la metrópoli.

CAPITULO LXIII.

—

¡ADIOS AL VENADITO!

Tenemos que retroceder ahora unos dias para ver lo que estaba pasando en la capital.

Era el dia 5 de Julio y habia habido bastantes alarmas en la poblacion con motivo de las marchas que venian haciendo en todas direcciones los ejércitos de Iturbide, dándose más importancia al de Querétaro que no debia constar de menos de diez mil hombres.

En cambio en México se habia pasado una revista á la guarnicion el dia 3 y se habia visto que esta no llegaba á tres mil hombres ni con los destacamentos que estaban custodiando las garitas.

Todo era, pues, alarmas y murmuraciones, siendo tales y de tal calibre estas últimas que ya las gentes no se cuidaban de los bandos de policía ni de los auxiliares armados para soltar la lengua, pues sin embozo ninguno se reunian los grupos en las calles, sé preguntaban y se referian las noticias mas extravagantes y

se contaban los dias que daban de vida al viejo virreinato.

El 5 de Julio, como digimos antes, fué mas marcado que todos los anteriores, porque se observaron movimientos de fuerza, secreteos entre los militares, y salidas y entradas al Palacio, de gentes que parecian sospechosas, por llevar bultos escondidos ó por cambiarse contraseñas con los oficiales de guardia y con los centinelas.

A las cinco de la tarde el Parian estaba mas concurrido que de ordinario por cientos de curiosos, entre los cuales unos se conformaban con lanzar miradas escrutadoras á los balcones de la residencia virreinal, otros decian que se iba á publicar una *Gaceta* extraordinaria con noticias importantes y algunos mas bajito se atrevian á soltar la especie de que se habia fugado ó pretendia fugarse el Conde del Venadito.

En las tiendas estaban no solo los marchantes que entonces eran pocos, porque no tenian mucha confianza en el porvenir, sino los amigos, parientes y conocidos que venian á informarse en buenas fuentes de lo que pasaba, y no porque las fuentes fueran de verdad buenas, sino porque se lo figuraban por estar mas cerca del centro de los negocios. A lo menos no habia un tendero que no tuviera un pariente oficial ó empleado en Palacio y este desembuchaba, como ya lo hemos visto, lo que sabia y lo que no sabia.

La tienda de mantas y tejidos del pais de don Tranquilino Gomez estaba apretada: este se encon

traba detrás del mostrador con una vara de medir en la mano, mientras que sus dos hijos y el dependiente estaban tambien de pié de trecho en trecho con algo cada cual en la mano, como si se encontraran dispuestos á defender á todo trance los intereses de don Tranquilino en caso necesario.

Pegados al mostrador estaban por fuera hasta unos ocho amigos ó curiosos, á los lados habia tres grupos de cuatro personas y en las dos puertas habia otros dos casi embarazando la entrada.

—¿Y usted que nos cuenta, don Ramon? dijo don Tranquilino dirigiéndose á un hombre de bigote y que parecia militar retirado.

—Lo que todo el mundo cuenta, contestó sumiendo los hombros, que ha llegado el nuevo Virrey.

—¿El nuevo Virrey está en México?

—Así parece.

Todos se volvieron y se agruparon en torno de don Ramon al oirle dar tan estupenda noticia.

—Pero hombre, don Ramon, le contestó á poco don Tranquilino riéndose, usted quiere ponernos los ojos verdes.

—Yo no, eso me contaron dos ó tres conocidos que encontré en la calle.

Otro individuo que se llamaba don Vicente y que era uno de los mas asíduos concurrentes á la tienda, dijo con cierto tono de conviccion y de autoridad.

—Todo lo que se dice hasta ahora no son mas que meras conjeturas: ni ha salido de Palacio el Sr. conde del Venadito, ni ha habido encuentro ninguno entre los insurgentes y las fuerzas avanzadas que man-

dan Concha y Ramirez, ni ha llegado ningun Virrey, ni Iturbide se encuentra por ahora aquí cerca, sino que se fué al sitio de Puebla.

—¿Pues qué es lo que hay entonces?

—Lo que hay........ lo que hay?........ esto es precisamente lo que no sabemos y lo que sin embargo todos deseamos saber.

—Pues entonces no hay nada, dijo uno de los que estaban recargados en la parte exterior del mostrador.

—Tampoco se puede decir que no hay nada, una vez que los oficiales van y vienen, que entran coches cubiertos á Palacio, que se ha repartido parque á las guardias, que se han movido los cañones y que andan algunas escoltas por las calles.

—Pues lo que mejor puedo hacer, mientras se averigua si hay ó no algo, es imitar á mis vecinos.

—¿En qué?

—En cerrar la tienda. ¿No ven ustedes que todos están cerrando las suyas?

En efecto, se oyeron portazos y se vió que la gente empezaba á correr como huyendo de una catástrofe.

Entónces el hombre grave, mientras los que estaban dentro de la tienda despejaban y don Tranquilino tomaba los cerrojos para cerrarla, dijo con tono solemne:

—Nadie puede precisar lo que hay; pero se siente, se percibe, se huele que esta noche vamos á tener acontecimientos extraordinarios.

Y tras esto, ya nadie quiso quedarse por ahí, sino

que los curiosos empezaron á dispersarse lo mismo que los que habia en las otras tiendas, que tambien se fueron cerrando poco á poco, hasta ser muy contados los que se quedaron en el mercado ó en los alrededores para cerciorarse por sus propios ojos de lo que iba á pasar.

Abajo de Palacio habia algun movimiento, como se dijo antes, de soldados que iban y venian y de objetos que se ocultaban en las piezas bajas; pero en los departamentos del Virrey todo estaba tranquilo. A las ocho habia acabado de comer acompañado de las personas de su familia y de su oficial de servicio y empleados de la Secretaria y como la virreina le pidiera noticias de la guerra, le contestó al punto:

– Me han de estar esperando los de la Junta permanente que fueron citados para las ocho, de manera que á mi regreso no me acostaré sin noticiarte todo lo que sepamos de nuevo. Mi única esperanza, le dijo mas en reserva, acercándose mucho á la noble dama, es que llegue el nuevo Virrey á quitarme esta grande carga de encima.

—¡Ah! cómo quisiera yo tambien que ya hubiera llegado esta noche!

Se estrecharon las manos y se fué el Virrey seguido de sus oficiales.

En efecto, en su cámara le esperaban ya Liñan, Novella, Espinosa, Sociats y otros.

Acababa de entrar en el salon Bucheli, teniente coronel que mandaba el batallon del infante don Cárlos, se habia separado del grupo Novella y dirigiéndose

á un rincon habian estado ambos cambiando algunas palabras. Casi poco se habian fijado en este incidente los miembros de la Junta, porque generalmente venian á buscarlos unas veces á unos y otras veces á otros distintas personas.

El Virrey llegó muy festejoso frotándose las manos y les dijo:

—Ahora sí, á trabajar, señores.

—Espinosa, que funjia de secretario, tenia ya sus papeles listos encima de una mesa y empezó á darles lectura por su órcen.

Se componian de los partes en que los gefes que estaban avanzados en Atzcapozalco y Tacuba referian las pocas novedades que habian tenido en sus fuerzas.

En unos pliegos llegados de Veracruz en que Dávila decia que habia sufrido un ataque muy rudo por la fuerza que mandaba Santa Anna, logrando rechazarla aunque con grandes pérdidas por ambas partes, decia que aunque contaba con dos mil hombres de tropas veteranas y bastante artillería, habia sufrido alguna desercion con motivo de la guerra que le hacian los vecinos, partidarios todos de la independencia, y los cuales le desmoralizaban á su gente. Que en cuanto á la llegada del Virrey O'Donojú que se habia anunciado, tenia á sus vigías listos en todas las torres y en el castillo para que se lo avisaran; pero que hasta la hora en que escribia sus pliegos no se veia ninguna vela en el horizonte.

—¡Cuánto tarda en llegar el Sr. O'Donojú! murmuró Apodaca.

—Aunque llegue el señor Virrey, contestó Novella, dudo mucho que pueda venir á esta capital.

—Seria asunto de arreglarlo con Iturbide.

—Yo creo que el Señor O'Donojú se indignaria grandemente y tendria razon, si sólo se le hiciera la menor insinuacion de que pudiera tener el caimno libre para llegar acá pidiéndoselo de favor á un rebelde.

—Eso será segun las instrucciones que traiga, opinó Liñan.

—Cuando salió de España, allá no se sabia nada probablemente de la rebelion del traidor Iturbide.

Estas palabras las dijo Novella con aire sañudo, pues este gefe era irascible, duro, intransigente y díscolo.

—Bueno; pasemos á otra cosa, dijo el bondadoso Apodaca.

Espinosa leyó los partes de Llano en que comunicaba que se habian pasado muchos nombres de sus tropas con Herrera y Bravo, que estos estaban estrechando el sitio de Puebla y que en suma, aunque habia ofrecido que con los elementos que tenia le bastaba para sostenerse, lo juzgaba ya difícil, principalmente si el gobierno no podia evitar que les fueran mas tropas á los sitiadores.

El Virrey inclinó la cabeza y se puso casi sombrío al oir la lectura de esta comunicacion.

—Y bien, señor, le dijo Novella, Llano se compromete á sostenerse con tal que contengamos la marcha de algunos auxilios que puedan ir á los sitia-

dores. La cuestion entonces es esta: ¿puede el gobierno impedir que Iturbide mande tropas?

—No puede, contestó el Virrey, y tan no puede que ya sabemos bien que algunos cuerpos y el mismo Iturbide en persona han marchado á Puebla.

Novella hizo un gesto de disgusto y dejándose arrebatar de su violento carácter, pero conociéndose que se hacia violencia para contenerse no dejó de decir:

—Concha ha estado torpe, todos nos hemos propuesto declararnos impotentes en esta lucha en que lo único que ha faltado es energía.

—Si V. S. tiene alguna opinion mejor, dijo Apodaca con su acostumbrada bondad, manifiéstela: ese es el objeto de esta junta de guerra permanente.

—Seria necesario tomar en todo un nuevo punto de partida, contestó Novella con volubilidad.

—Con los elementos que tenemos, arguyó Liñan, no podemos darnos por vencidos.

—Vamos á otra cosa, interrumpió el conde del Venadito, considerando que tal discusion era ociosa, despues acordaremos medidas generales.

Y siguió la lectura de otros pliegos, todos desfavorables, que tambien provocaron agrias discusiones, porque los ánimos no estaban tranquilos. Habian acabado de sonar las nueve en el reloj de Catedral, cuando se oyó distintamente un rumor en los corredores de Palacio.

—¿Qué es eso? preguntó Apodaca volviendo la cabeza con inquietud.

—Es el relevo de la guardia, contestó Espinosa.

—¿A estas horas? Las pisadas son como de muchos soldados.

Liñan tambien se mostró inquieto y dijo:

—Habia creido que seria una ronda; pero el ruido es como de dos ó tres compañías. ¡Eso es extraordinario!

Novella, que estaba casi lívido, quiso mostrar serenidad y dijo con voz débil á la vez que jugaba con una regla:

—No es nada.

En ese momento se abrieron de par en par las puertas que daban al salon contiguo y aparecieron hasta unos quince oficiales seguidos de varios soldados. Al encontrarse estos delante de sus gefes titubearon un poco y aun se detuvieron; pero como tanto Apodaca como los que lo acompañaban guardaban silencio manifestándose sorprendidos, se adelantó don Francisco Buchelli, diciendo:

—Venimos los que estamos aquí á cumplir con una comision penosa.

—¿Cuál es ella? preguntó el conde del Venadito frunciendo el ceño.

—Excelentísimo señor, agregó Bucheli, haciendo una profunda reverencia, toda la oficialidad de la guarnicion desea que se obre de otro modo distinto de como se está obrando.

—¿Pues de qué se queja la oficialidad de la guarnicion?

—Excelentísimo señor, si he de ser intérprete de

las quejas de la guarnicion, manifestaré á V. E. que todos extrañamos muchísimo la facilidad con que el señor Iturbide viene obligando á capitular á todos los gefes realistas que teniamos por mas esforzados, sin que encuentre resistencia en ninguna parte. Esto nos hace suponer que hay un plan preconcebido de darle el triunfo sin combatir y necesitamos saber quien es el que traiciona, quien es el que nos está entregando, quien es el que sacrifica nuestro honor, nuestras convicciones y nuestra lealtad.

—No comprendo si es á mí á quien se acusa con esas palabras.

—La guarnicion de México no quisiera verse en tan triste caso; pero á mí me ha comisionado para decirlo á V. E.

—¿Que yo soy traidor? preguntó Apodaca queriéndole salir las lágrimas de los ojos.

—Excelentísimo señor, no avanzaré tanto en el cumplimiento de mi comision si no es necesario, y me limitaré á decir á V. E. que la guarnicion desea ver á otro gefe al frente del gobierno.

—¡Ah! ¿quieren ustedes destituirme? ¿y con qué derecho?

—Con el derecho que nos da estar jugando nuestras vidas en esta contienda, y ya que vamos á combatir queremos hacerlo mandados por personas que nos inspiren confianza.

—Exponga usted claramente qué es lo que pretenden y con qué elementos cuentan para realizar sus pretensiones.

—Me causa mucho dolor repetirlo, Exmo. señor, pues que ya lo tengo dicho muy claramente: deseamos todos los oficiales ver á otra persona al frente del gobierno de la Nueva España, y contamos con toda la guarnicion de la plaza que está formada desde la Catedral hasta las puertas de esta sala, sin que haya un hombre solo que difiera en un punto de estos deseos. Estos oficiales, como puede V. E. ver son representantes de todos los cuerpos.

Los oficiales avanzaron hasta el centro de la sala, donde pudieron recibir de lleno la luz de las bujias y verse sus distintos uniformes.

—No puedo creer en que esto sea una rebelion de mis compañeros de armas, dijo Liñan adelantándose, cuando todos los gefes de categoria, lo primero que hemos procurado inculcarles es, el respeto á sus superiores y el acatamiento á la disciplina militar.

—Estamos en el caso de hacer á un lado la disciplina, sin perder por eso el debido respeto á nuestros superiores, dijo Llorente, porque no se trata solo de nosotros, sino de una Nacion y de una causa que está encomendada á nuestra defensa por nuestro Rey y por su gobierno.

—De todo lo cual yo soy el solo responsable, exclamó Apodaca.

Liñan procuró explicarles que precisamente estaban acordando en Junta las medidas mas convenientes para combatir al enemigo y referir cuales y cuántas eran las providencias que se habian dictado y cómo el Virrey se desvelaba cumpliendo con todos sus altos

deberes, pero todos se encogieron de hombros é hicieron sonar las espadas.

Apodaca dejando la actitud altiva que habia asumido al ver la de los oficiales y al saber por ellos que tenian á su espalda á toda la guarnicion, les dijo con el tono mas humilde:

—Amigos mios· ciertamente lo que mas deseo es dejar esta carga tan pesada y por eso todos los dias me informo de si ha llegado á Veracruz el nuevo Virrey: Ustedes me ponen el puente de plata por donde debo irme y yo les deberia estar muy agradecido porque me evitan el bochorno de tener que entenderme con el ingrato Iturbide, que pagó con ignominia los cuantiosos beneficios con que lo llené; pero el honor me impide huir de una situacion que detesto, y el honor me obligará á no salir de aquí sino por mi voluntad. Ahora ustedes pueden matarme, hijos mios, si acaso tambien son ingratos: pueden hacer conmigo lo que gusten........... ¿De qué les sirve ademas humillarme, si yo soy el que ya no quiero estar aquí, y si yo les doy mi palabra de que me retiraré voluntariamente? ¿Será posible que sean ustedes los que me depongan y me sumerjan en el escarnio del público, que jamas afrontaré al jaez de un ente tan ridículo como Iturrigaray?

—Exmo. señor, le contestó Buchelli, es cosa decidida por la guarnicion que deje S. E. el mando esta misma noche, sin que nosotros podamos responder de lo que suceda si no se cumple con ese mandato. Las instrucciones que hemos recibido son las de deponer inmediatamente á V. E. y ofrecer el mando al señor Mariscal Liñan.

—¡Jamás! respondió Liñan, yo no lo aceptaré en semejantes condiciones, y por mas que el señor conde del Venadito no haya sabido apreciar ni recompensar mis servicios, yo no seré contra él ni contra nadie el jefe de una sedicion.

—Este es el único punto que podemos variar en lo acordado, contestó Llorente, pues para el caso de que no admita el señor Liñan, tenemos instrucciones de ofrecerlo al señor Novella.

—Yo me encuentro en el mismo caso, balbuceó Novella.

—Pues de no admitir ninguno de los gefes superiores, seguirémos ofreciendo el baston de Virrey á los subalternos hasta encontrar á alguno que lo admita. Propongo como Virrey al señor Buchelli.

—No he dicho terminantemente que me rehuso, repuso Novella, sino que me parece el caso muy extraordinario...........

—¿Sí ó nó, señor Novella? Tenemos que resolver en el acto.

—Sí.

Mientras duraba esta discusion, que mas bien parecia disputa, Espinosa se habia acercado á una puerta y habia dado órden al coronel de Gabriel, yerno de Apodaca y á los ayudantes, para que fueran á ver cómo estaban las guardias y si encontraban alguna manera de sacar al Virrey del palacio. En estos momentos regresaron de su expedicion completamente desalentados diciendo que todas las guardias estaban ganadas y todo el Palacio ocupado por los revoltosos.

Entonces Espinosa dijo:

—Para que sea menor el escándalo y menor la irregularidad que se comete, propongo que el señor Novella mantenga el mando de las armas como capitan general y el señor conde del Venadito el político, como Gobernador.

Todos habian dicho ya que sí, cuando Llorente hizo observar que extralimitaban sus facultades y que para modificar en tales términos las instrucciones que traian, necesitaban consultar á las tropas.

Se le comisionó para que fuera á hacer tal consulta, y volvió á poco diciendo:

—Las tropas no quieren sino que se cumpla lo que se habia puesto anticipadamente en este papel, que es el que ha merecido la aprobacion de todos.

Sacó un pliego y lo puso en manos de Apodaca, el cual al leerlo, se puso rojo de cólera, y no obstante lo peligroso de la situacion tuvo la entereza de romperlo en mil pedazos.

En los términos mas humillantes dimitia el mando, llenando de elogios á Novella, al que iba á ser su sucesor, y quien era, á no dudarlo, el autor de aquel complot.

—Entonces si ya era punto acordado dar el mando á Novella, ¿qué objeto tenia ofrecérmelo á mí, si no fué por burla? preguntó Liñan.

Tal incidente quedó interrumpido por el conde del Venadito, quien dijo:

—A mí me corresponde redactar de mi puño y letra ese documento.

Se acercó entonces á la mesa y escribió con mano firme:

"Entrego libremente el mando político y militar de estos reinos, á peticion respetuosa que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al mejor servicio de la Nacion, en el señor mariscal de campo don Francisco Novella, con solo la circunstancia de que por los oficiales representantes se me asegure mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé ademas la escolta competente para marchar en el siguiente dia á Veracruz para mi viaje á España; dejando á cargo de dicho señor Novella con toda la autorizacion competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuacion del órden y tranquilidad pública, y entenderse, en vista de esta cesion que hago con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino.—México, 5 de Julio de 1821.—El conde del Venadito."

Hemos copiado el disparatado documento como una curiosidad, pues por él se conoce, ó que el señor Apodaca estaba muriéndose de miedo ó que no era nada avisado como tantos otros señores virreyes que nos estuvieron viniendo de España por espacio de tres siglos.

El incidente de Liñan siguió luego con los oficiales á los cuales dijo:

—Son ustedes doblemente canallas, en primer lugar porque han fraguado un complot traidor contra un Virrey bondadoso que no lo han merecido, y en

segundo lugar porque han pretendido burlarse de un militar que tiene mas honor que todos ustedes. Y en prueba de que estoy dispuesto á sostener lo que he dicho, los desafío uno á uno ó á todos juntos, aquí ó afuera, á pié ó á caballo, para lo cual queda arrojado mi guante.

Nadie lo levantó ni le hicieron caso, porque tenian mas prisa en dejar redondeada aquella conspiracion, para lo cual se distribuyeron el trabajo del resto de la noche, á fin de que amaneciera mudada la situacion sin que hubiera ningun escándalo.

El Virrey depuesto se fué á sus habitaciones, en donde refirió á su mujer que ya no tenia mando, imponiéndola de todos los detalles.

—¡Qué suerte tienes, hombre! Siempre te han de rodear ingratos y traidores.

—No siento eso mas que por la risa que va á causar á las gentes mi destitucion. Pero creeme, que me siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

—¿Cuándo nos vamos de aquí?

—Mañana temprano.

Así fué: al dia siguiente marchó el Virrey depuesto para la villa de Guadalupe, alojándose en un meson. Mas tarde le dieron hospitalidad unos canónigos. Y así fué como se desvaneció para siempre la autóridad del conde del Venadito.

CAPITULO LXIV.

—

SALVAS.

El señor Novella que no era nadie, que no habia sido nada y que por primera vez figuraba en algo, merced á una intriga desarrollada á favor de las circunstancias, dió al otro dia su primera proclama encabezándola con los siguientes distintivos, cuya multiplicacion era entonces el signo mas marcado de la vanidad:

"Francisco Novella, Azábal, Perez y Licardo, Mariscal de campo de los Ejércitos Nacionales, Subinspector Comandante General de Artillería, condecorado con la cruz de honor de Talavera, caballero de la Nacional y Militar órden de San Hermenegildo, Capitan General de la Nueva España, etc., etc."

Naturalmente en la mañana circuló la noticia en México de lo que habia pasado por la noche, produciendo el efecto de una bomba, pues lo que menos

se aguardaba de la barahunda era que el señor Novella, tan ignorado hasta entonces, hubiera resultado Virrey, y en eso consistió su principal desprestigio, pues que los más adictos á su gobierno, que eran de seguro poquísimos, solian decir:

—Solo un hombre muy vano, muy ambicioso ó muy inservible (y puede ser que á las tres calificaciones responda el señor Novella), cometeria la locura de coger una brasa ardiendo.

En el Parian se decia muy temprano:

—Por fin ya tenemos nuevo Virrey

—¿Pues quién es?

—¡Quien ha de ser! El subinspector Novella.

—¡Ah, sí! un militar de mal génio.

—¿Y no saben quien lo puso?

—Los oficiales y la tropa.

—¡Cá! no señores, su otro *ego* Bucheli, el que va á ser ahora su dedo chiquito.

Lo que habian visto meter los curiosos á Palacio en la tarde del dia anterior oculto en carruages y en parihuelas, era dinero, parque y aguardiente, que se distribuyó á la tropa al oscurecer, en raciones.

El oidor Campos Rivas, el prebendado Mendiola y el marqués de Salvatierra, que estaban de visita con la virreina poco antes de que sucediera el caso, al salir de las habitaciones virreinales fueron atrapados por los amotinados, envueltos en mantas y encerrados en habitaciones desiertas, de donde no se les sacó sino hasta por la mañana del dia 6.

En la tarde de ese dia circularon muchísimos rumores.

—¿Qué saben ustedes del Venadito? preguntaba don Tranquilino á sus parroquianos.

—Que está en Guadalupe esperando la escolta para irse, la cual no le han de dar.

—Pues al contrario, yo creo que Novella tratará de dársela pronto para que se vaya, porque ahora la Audiencia y la Junta Províncial tratan de traerlo para que haga entrega formal al que se designe en el pliego de Mortaja.

—Sí: dizque la Junta se ha puesto de uñas con Novella, pero este le ha mandado decir que si no lo reconoce manda por todos los diputados y los pone de soldados en cualquier regimiento.

—Tambien los ediles están ahora reunidos para resolver el punto de si aceptan el cambio ó se van á sus casas.

—Como en el Ayuntamiento hay muchos partidarios de la independencia, es difícil que se retiren.

—¿Por qué?

—Porque han de querer que Iturbide los encuentre funcionando para ser los que le entreguen las llaves y le hagan el recibimiento.

Y todo era motivo de pláticas, mas ó menos claras ó mas ó menos intencionadas y punzantes.

Por la noche la esposa de Novella tuvo el valor de trasladar su residencia á Palacio.

El dia 7 se nombró la Junta de gobierno militar y civil con todo género de facultades, presidida por Novella y compuesta de altos personajes aunque unos como Cruz, ausentes, otros desertados como el mar-

bués de Vivanco que ya andaba con Iturbide, y otros como Armijo que ya no querian meterse en nada, de seguro no habian de asistir, de modo que la tal Junta iba á componerse del puro Novella. Liñan y los demas de la Junta de guerra anterior, fueron eliminados.

En el seno de la Audiencia hubo en este dia una gran pelotera. Ofició Novella diciéndole que queria prestar ante ella el juramento correspondiente. Bataller, que presidia, habia ordenado que se contestara de acuerdo, pero Campos Rivas, que estaba agraviado por el *gregorito* que habia sufrido en Palacio en la noche del motin, reclamó y otros varios oidores se unieron á su reclamacion. La mayoria triunfó y Bataller contra sus deseos, que eran estar siempre bien con cualquiera que mandara, tuvo que contestar que conforme al *nuevo sistema,* una vez rotos los vínculos constitucionales, aquello era ageno de sus atribuciones.

La diputacion provincial y el Ayuntamiento contestaron haciendo reservas, esto es, diciendo que ayudarian á mantener el órden; pero que *aquello* era muy irregular porque no era á Novella á quien le correspondia el mando.

Y para colmo de los malos principios en el gobierno de Novella, en la noche de este dia se fueron 100 hombres que estaban de destacamento en la garita de San Cosme, llevándose al oficial europeo don Mateo Mazo, al cual fueron á dejar libre de que se volviera ó no en Tacuba.

—A usted para nada lo necesito, le dijo Novella

con ganas de extrangularlo cuando lo vió, lo que necesito son mis cien dragones.

Como Novella, sin embargo, tenia vivos deseos de jurar, citó á los ediles y miembros de la diputacion provincial que quisieran concurrir á Palacio; y ante un *quorum* pequeño cumplió con el inútil requisito.

El destacamento de Santa Fé se fué con su comandante, dejando un cartel en que decian que habian de vengar la infamia hecha con el buen Apodaca.

Hubo tres dias de fiestas, besamanos y funciones teatrales por el arribo de Novella al poder. Todo estuvo muy desairado.

El dia 10 aprovechándose el movimiento oficial de fiestas que habia en México, se evadieron varias familias y entre otras las del gefe de la revolucion don Agustin de Iturbide.

El dia 11 hubo alarmas por la noche. Salió Concha con su caballeria y recibió el mando del ejército acumulado en Tlalnepantla en número de tres mil hombres.

Dávila, el comandante de Veracruz al saber que Novella se habia nombrado Virrey, tomó á su vez la investidura de capitan general de la Provincia. ¡Qué monada! exclama con este motivo el historiador Bustamante.

El 12 se fué un destacamento de Mixcoac y el 13, 14 y 15 fueron dias de grandes alarmas, á consecuencia de las que salió un decreto prohibiendo toda clase de reuniones hasta en las casas particulares, lo mismo que las conversaciones y disputas sobre opiniones po-

líticas, y sobre todo, los pasquines y papeles impresos. Otro bando previno que nadie quedaba exceptuado del servicio de las armas.

Los oidores y los ediles preguntaron si tambien estaban obligados á tomar las armas y el nuevo Atila contestó afirmativamente.

En los dias siguientes se hicieron algunas prisiones, sobre todo de sacerdotes acusados de conspiracion ó de que soltaban mucho la lengua, hubo juntas, movimientos militares, alarmas, deserciones, misas, novenarios, ejercicios piadosos y todo lo demas que en cielo y tierra pudiera concurrir á salvar la situacion que se veia mas negra mientras mas iban avanzando, aunque con mucha lentitud, las tropas independientes. Concha (que segun dice Bustamante, de cantor pasó á tabernero, á cobrador de peajes, á capitan de bandoleros y de allí á coronel), fué nombrado general por Novella y gefe del ejército de operaciones. Con ese ejército entró y salió diez veces de México, con cuyo motivo, el bajo pueblo que es ladino, le bautizó con el nombre de la *Trajinera*, que es como se llaman hasta ahora á las canoas que hacen viajes á Chalco.

Y por fin, acabó el mes de Julio en México verdaderamente á tirones, quedando aumentada la guarnicion con tres mil hombres mas que se formaron con vecinos, empleados y contingentes de las haciendas de Yermo y de otros españoles realistas.

Hemos entrado en estos detalles que además de ser curiosos, tienen una gran importancia histórica, pres-

cindiendo de otros muchos que menudearon en aquellos dias en que los acontecimientos á pesar de ir muy despacio, parecian precipitarse, para que no quede un hueco en nuestra relacion que hemos llavado ajustada á las crónicas, y para ligarla con los demas sucesos, que por otro lado á la vez se estaban desarrollando.

El 30 de Julio á la una y cuarto, hora en que hubo un fuerte temblor de tierra en la Zona oriental de la Nueva España, hacia su entrada el "Asia" á la bahía de Veracruz, en la que venia el capitan general don Juan O'Donojú, quien, por el mal tiempo tuvo que refugiarse en San Juan de Ulúa hasta el dia 3 de Agosto en que se trasladó al puerto. Todas las gentes estaban azoradas por los recientes ataques á las fortificaciones que habian rebasado varias veces los independientes, aunque sin poder dominar aun la situacion porque los realistas les aventajaban en posiciones y en toda clase de elementos, motivo por el cual el Virrey nuevo no obtuvo los grandes aplausos que esperaba, siendo apenas recibido con bastante frialdad por las autoridades.

Despues del Te Deum y el juramento de estilo, expidió el mismo dia una proclama que habia estado preparando en San Juan de Ulúa, impuesto ya de los acontecimientos, y en la cual decia que él no venia á mandar ni á imponerse, sino que instado por los representantes americanos en las Córtes, con quienes le unian vínculos estrechos de amistad, traia la oliva de la paz en la mano y un gran cariño por los mexiacnos en el corazon. Decia que lo dejaran pasar á po-

nerse á la cabeza de unos y otros, esto es, de independientes y realistas, que no traia tropas, ni adictos, ni tenia medios de hostilizar á nadie; pedia que lo dejaran gobernar por unos dias y que si su conducta les desagradaba, á la menor señal de disgusto, les ofrecia dejarlos tranquilos y elegir el jefe que quisieran. Les protestaba que no era esto un ardid y les daba la seguridad de que no vendrian ningunas fuerzas de España para apoyarlo.

Como la lucha estaba empeñada, como en unos estaban desbordados los rencores y las esperanzas por tres años comprimidas, y los otros estaban dominados por el despecho, y las pasiones todas se encontraban en su mayor efervescencia, lo que sucedió fué que los realistas á machaca martillo dijeron:

—Ese viene ya vendido á los americanos.

Y los independientes:

—Ese quiere jugarnos el dedo en la boca para remachar despues nuestras cadenas.

Y ni unos ni otros hicieron el menor caso de la proclama, no obstante estar redactada con sencillez, ternura y sinceridad.

—¿Qué especie de hombre es el que asedia esta plaza? preguntó O'Donojú al comandante Dávila.

—Hace poco tiempo era uno de mis capitanes de mas confianza, á quien encomendaba las comisiones mas delicadas por ser intrépido y sagaz para la guerra: tomó partido por la independencia, y en poco tiempo logró conmovernos toda las provincias y llegar á coronel de fuerzas respetables. Tiene muchas

aspiraciones y poca fijeza en sus pensamientos. En fin, es un hombre temible.

—Está bien. Ahora proporcióneme V. S. persona que le lleve una carta.

Y despues de solicitar O'Donojú humildemente entrar en pláticas con Santa Anna, dió la órden de que no se molestara á los sitiadores, suspendiéndose las hostilidades, y que cuando se diera el ¿quién vive? á los de la plaza, contestaran: *¡Amistad!*

Anunció que podia abrirse el comercio, que todos podian dedicarse á sus ocupaciones é hizo renacer la tranquilidad.

El mismo dia 5 de Agosto con permiso de Santa Anna mandó dos comisionados con pliegos á Iturbide, que se encontraba en aquella sazon en Puebla, y en la carta particular decia á este que le permitiera llamarle amigo, y despues de hacerle una suscinta relacion de las circunstancias que habian intervenido en su nombramiento y de las benévolas intenciones que traia á la Nueva España, concluia con el deseo de hacerle, en mejor lugar, otras indicaciones de sumo interes. Iturbide le contestó en términos generales, pero por medio de los comisionados, se pactó una entrevista que se verificaria en Córdoba, pues en Veracruz reinaba el vómito y estaba acabando á gran prisa con las personas de la familia y del acompañamiento del señor O'Donojú.

Iturbide dejó arreglado que se recibiera al nuevo Virrey en Córdoba con los honores debidos, y como le urgian otras atenciones, dejó la entrevista pendien-

te, y salió de Puebla el dia 11 de Agosto, con direccion á México, y desde la hacienda de Zoquiapan, cerca de Chalco, mandó á Novella las proclamas y pliegos del Sr. O'Donojú, de lo cual aquel aparecia estar muy incierto, con el ánimo de prorrogar su dominio, que aunque trabajoso, le halagaba, por el tiempo que se pudiera.

Recibidos los segundos pliegos por las manos de un oficial llamado don Domingo Noriega, no pudo dudar mas, y entonces mandó un comisionado á Iturbide solicitando permiso para que pasaran dos jefes de su ejército á hablar con el Sr. O'Donojú.

Iturbide, en el primer momento no puso inconveniente para que pasaran y accedió á dar el permiso sin condiciones; pero se le hizo reflexionar que tales comisionados podian influir en el ánimo de O'Donojú, si antes que él le hablaban, y entonces los hizo volver de Texcoco á México, diciendo á Novella que faltaba un requisito indispensable y era el de que se acordara por ambas partes un corto armisticio mientras se celebraba la conferencia.

Novella, que era arrebatado, se indignó de este proceder que encontró cauteloso é hizo publicar un papel explicando la conducta de Iturbide sobre el particular.

Inmediatamente despues de esta especie de rompimiento, las tropas de los sitiadores avanzaron por todas partes hasta muy cerca de la capital, trabándose un combate reñido con las fuerzas de Concha al acercarse éste á Tlalnepantla para reconcentrarse, como se lo tenian ordenado. El no haber salido Ga-

ceta extraordinaria ni haberse repicado, y el haberse visto entrar muchos heridos á México, hizo suponer á los vecinos que el combate habia sido desfavorable para los realistas.

Una vez que dejó Iturbide bien situadas sus tropas y al marqués de Vivanco, conquista recientemente hecha, con el mando de la primera línea que era la que estaba á la vista de los habitantes de México, se puso en camino para Córdoba á tener su entrevista con O'Donojú. Novella por su parte no volvió á pensar por de pronto en establecer relaciones con ese personaje á quien suponia ya completamente ganado por Iturbide.

—Ahora á nosotros solos toca mantener la integridad de la Nueva España, dijo á sus compañeros.

Y como observara algo de incredulidad entre sus oyentes, agregó:

—Con las tropas que tenemos podremos sostenernos un año, tiempo mas que suficiente para que nos llegue el ejército auxiliar que tengo pedido.

Iturbide forzó las marchas y llegó á Córdoba el sábado 22 de Agosto por la noche: tenia alojamiento preparado y allí mismo lo esperaba O'Donojú con grande acompañamiento: se abrazaron ambos estrechamente en seguida el recien llegado manifestó deseos de pasar á cumplimentar á la familia del que lo habia estado esperando.

El dia siguiente fué domingo y los dos personages oyeron misa y estuvieron consagrados á sus respectivas devociones.

El lúnes 24 ya á las nueve de la mañana estaba Iturbide en el alojamiento de O'Donojú, le estrechó la mano y le dijo con toda llaneza:

—Sentadas la buena fé y armonia con que nos conducimos en este negociado, supongo que será muy fácil cosa que desatemos el nudo sin romperlo.

—Así lo deseo por mi parte, le contestó O'Donojú, he puesto los medios con la mejor voluntad y los seguiré poniendo.

—Aquí está la minuta con mis proposiciones, excelentísimo señor.

—Veamos.

Abrió el pliego y leyó:

—Todo está bueno, dijo despues, excepto estos conceptos que me permito tachar.

Los conceptos aquellos eran un raudal de alabanzas para O'Donojú. Ya se sabe que Iturbide no era escrupuloso en tratándose de alabanzas y que él mismo solia llamarse *genio superior*.

Cuando vió que solo se trataba de tan poca cosa, le volvió el alma al cuerpo y no pudo menos que abrazar á O'Donojú diciéndole que todo lo que habia borrado y más, mucho más, merecia que se dijera en su abono.

La minuta se saco en limpio y se firmó el convenio de Córdoba que fué el que aseguró para siempre la independencia de la Nacion Mexicana.

Hé aquí los dos primeros artículos de ese célebre tratado:

"1.° Esta América se reconocerá por Nacion so-

berana é independiente, y se llamará en lo sucesivo imperio mexicano.

"2. ° El gobierno del imperio será monárquico constitucional moderado."

Los demas artículos fueron adornos detallados que convenian por de pronto á ambos contratantes y algunos de los cuales sabian muy bien que no podian cumplirse.

Iturbide iba derecho á su negocio; ¿pero cual podia ser el móvil de O'Donojú? Quizás acomodarse tan bien en el nuevo orden de cosas, que de todas maneras fuera el representante de Fernando VII, una vez que se llamaba á ceñirse la corona á todos los príncipes, y en su defecto á cualquiera otra persona que las Córtes mexicanas designaran.

¿Quién tenia mas títulos que el héroe de la conciliacion? Y no podia creer él en su interior que fuera Iturbide, ya por sus antecedentes de enemigo sanguinario de los insurgentes, ya porque no tenia sangre noble en las venas, y ya en fin, porque no era mas que un militar subalterno desprestigiado por su vida licenciosa en México y por su conducta criminal cuando fué comandante de realistas en la provincia del Bajío. A últimas fechas la fortuna lo habia hecho subir mucho; pero no llegaria á deslumbrar tanto á los mexicanos que olvidaran lo que habia sido para que tuvieran el desacierto de ponerlo á la cabeza de la nueva Nacion. No siendo Iturbide el emperador, y no podia serlo por todas esas y por otras mil circunstancias, no habia otro que estuviera tan natural-

mente abocado á tal puesto como el señor O'Donojú que acababa de formarse una patria.

Sea de ello lo que fuere, O'Donojú arrostró la enorme responsabilidad de firmar un tratado sin tener facultades para ello de su Gobierno y aseguró por aturdimiento ó por ambicion la independencia de lo que iba á llamarse el Imperio Mexicano.

El dia 30 llegaron á México los porta-pliegos de O'Donojú, con una carta de éste avisando á Novella que le remitía los tratados que habia celebrado en Córdoba, para que cesara desde luego la guerra. Este jefe, en esa virtud, dió orden de que no se hostilizara á los sitiadores y convocó una Junta para en la tarde, en la cual deberian estar representadas las corporaciones y principales oficinas.

El Secretario don Pedro Galindo, por órden del Presidente de la Junta señor Novella, dió lectura solemne al oficio de O'Donojú y á los documentos adjuntos.

El señor Novella excitó entonces al señor Arzobispo para que manifestara su opinion con toda franqueza, seguro de que sería la que mas pesaria en su ánimo y de que con ella se evitarian largos debates.

—Señores, dijo el señor Arzobispo, atragántándose un poco, el Exmo. senor Virrey me hace el honor de concederme la palabra para que diga mi parecer respecto de un asunto tan delicado como el de que se trata, y yo, ageno del todo á las cuestiones de la política y atento solo al bien del rebaño que Dios en su infinita bondad se ha dignado poner bajo mi custodia,

veré con sumo placer que la paz se establezca, sea por el camino propuesto, sea por cualquier otro que aleje de nosotros las calamidades y nos permita vivir tranquilos y felices.

Siguieron hablando otros oradores de agua tibia, que si bien no lanzaban ninguna reprobacion franca contra el tratado, ó porque lo encontraran justo en el fondo ó porque vieran la inutilidad de adoptar otro temperamento, tampoco se animaban á aconsejar que se le diera ninguna sancion, temerosos de desagradar á los militares que desde dias atras venian haciendo protestas y juramentos de defender la INTEGRIDAD del dominio de España, aunque se perdieran todas las vidas, hasta que el oidor Yañez dijo resueltamente:

—Señores, nosotros no tenemos elementos ni autoridad para oponernos á lo que ha hecho el señor O'Donojú, y por otra parte, es lo único que podia hacerse cuando el pais entero no quiere otra cosa, y cuando cada dia vemos que los que más se han empeñado en mantener aquí la autoridad del gobierno español se pasan á las filas de los independientes hasta dejarnos limitados á unas cuantas plazas que no podrán sostenerse y que aunque pudieran no debian hacerlo para evitar el derramamiento de sangre y los males que sufre la Nacion.

Liñan y Buchelli opinaron porque debian quemarse los papeles firmados por O'Donojú por la mano del verdugo.

Cuando el debate empezaba á hacerse acalorado, entró un ayudante de Novella diciendo con voz fuerte:

—Exmo. señor, se oye un gran cañoneo en todo el campamento enemigo y principalmente por el lado de Tacuba.

Todos dejaron sus asientos y algunos bastante demudados.

El conde de la Cortina exclamó entonces:

—Que se haga venir á México al Virrey O'Donojú.

El arzobispo por su parte dijo:

—Lo que importa primero es ir á ver por qué tiran cañonazos, cuando se quiere concluir esto por medio de la paz.

—Que vaya una comision, dijeron otros.

Se alistó un coche y se designaron á dos concejales y á dos miembros de la diputacion provincial para que fueran á averiguar lo del cañoneo.

Tres horas despues regresaron á dar cuenta de su comision á los pocos que habian querido esperarlos en Palacio, y Tagle dijo sin poder contener la risa, llevando la voz de la comision:

—Fuimos bien recibidos, y se nos explicó que no eran cañonazos sino salvas.

—¿Por qué? preguntó Liñan.

—Celebraban el triunfo de la independencia.

CAPITULO XLV.

EL 27 DE SEPTIEMBRE.

En el mes de Septiembre siguieron precipitándose los acontecimientos; pero al estilo de entonces, con mucha cachaza.

El dia 1 ° del referido mes de Septiembre dc 1821 salieron de México el coronel Don Lorenzo Noriega y el teniente de fragata Don Joaquin Vial, no solo como portadores de pliegos, sino como comisionados del señor Novella, para tratar en su nombre con e señor O'Donojú.

Tanto la comunicacion de que eran portadores como su aspecto, sus maneras y sus antecedentes, bastaban para que fracasaran en su mision como de hecho fracasaron, siendo despedidos por aquel á quien iban enviados como lacayos mal educados, presuntuosos é inoportunos. Hé aquí cómo estuvo esta historia.

Cuando se encontraron en presencia de O'Donojú se adelantó Noriega y con aire impertinente le dijo

—De parte del Excelentísimo señor Virrey de México.

Como no se le habia saludado, tampoco O'Donojú saludó, ni invitó á sentar á los visitantes. El sí lo hizo y se puso á leer el pliego. Entonces ellos se sentaron en el otro extremo de la sala.

O'Donojú volvió á fijarles la mirada con extrañeza; pero no les dijo nada y siguió leyendo. A medida que recorria la extensa nota iba cambiando de color y de posiciones.

Novella le decia en sustancia que dudaba de las facultades que pudiera haber tenido para firmar el tratado de Córdoba; que como veria por el acta que le acompañaba, todas las autoridades le reconocian á él como Virrey de México y que aquellas no reconocerian al Sr. O'Donojú mientras no se presentara en la capital, que sin esto no se podrian acatar sus disposiciones, con todo lo demas que les ocurrió á los consejeros de agridulce carácter para mortificar el amor propio del nuevo personaje aparecido en la escena.

—Está bien, dijo secamente á los comisionados.

—Es que traemos tambien la comision de revisar los nombramientos que V. E. pueda traer, le dijo atrabancadamente Noriega.

—¿Qué?

—Sí, señor, tenemos que ver los nombramientos, agregó Vial, y ademas arreglar con V. E. todos los demas puntos...........

O'Donojú tocó una campanilla, apareció un ayudante y le dijo designándole á los dos caballeros comisionados:

—Tenga usted la bondad de poner á esos dos señores á la puerta.

Iturbide se encontraba ya el dia 6 en Atzcapozalco esperando el resultado que diera el carteo que sostenian los dos Virreyes y dando organizacion á su ejército para perfeccionar el sitio de la capital, aunque con la secreta esperanza de que el tiempo la pusiera en sus manos sin ningun combate, dada, principalmente, la gran desercion que seguia operándose en las fuerzas realistas, pues que hasta el brigadier Alvarez, que habia estado mandando las avanzadas como gefe de la vanguardia, se habia pasado en union del Conde de Regla y de otros personajes, á las filas independientes, en donde ya figuraban muchos individuos de la nobleza que habian formado la corte virreinal.

O'Donojú mandó anunciar á Novella que salia ya de Puebla y se dirigia á los alrededores de México para hacer obedecer sus órdenes.

Entonces á instancias del arzobispo, del Ayuntamiento y de otras autoridades, que querian terminar aquella situacion anómala, se solicitó un armisticio de quince dias y los sitiadores lo concedieron por seis en los términos pomposos que se estilaban en aquellos tiempos, el cual terminó el dia 14.

O'Donojú viendo que era infructuoso querer entenderse con Novella oficialmente, tanto mas cuanto que la autoridad del último era usurpada ó nacida de un motin, le escribió una carta el dia 11, ya desde el Convento de carmelitas de S. Joaquin, haciéndole una relacion

de todo el negocio que traian entre manos y compadeciéndole por todo lo que le habian hecho firmar y por la actitud escandalosa que habia asumido. Le hablaba mal de sus comisionados y le decia que ya habia influido con el señor Iturbide para que concediera un armisticio á fin de que los tres pudieran celebrar una entrevista; pero que el tiempo estaba volando y se perdia en contestaciones. Respecto de tal entrevista le pregunta que: ¿como puede recibirlo con el carácter de Virrey que le atribuyen las autoridades, pues que entonces, ¿cuál es el que él mismo representa? Que el único medio de obviar esa dificultad es que se reunan solo como militares. El final de esa carta es tremendo. Les dice á Novella y á los demas que se empeñan en sostener una temeridad, que él, O'Donojú, representa la autoridad legítima, dispone de fuerza que le auxilie y que si transigen en paz echará un velo sobre sus delitos; pero que si no ceden sino á la fuerza, ¡ay de los vencidos!

Como se ve, las cosas se agriaban.

Novella que no entendia eso de que no fuera e legítimo Virrey, tan legítimo como si tuviera la credencial de Fernando VII en el bolsillo, contestó extrañando que para nada se le hubiese tomado consentimiento para los tratados de Córdoba, y mas se sorprendió, dice, cuando se le mandó que desde luego capitulara con los sitiadores, ¡como si fuera tan sencillo ir dando entrada en una plaza á un ejército enemigo ó como si no estuviera comprometida su responsabilidad de gefe del reino! Le dice ademas, y esto

seguro que hizo brincar á O'Donojú, que si él hubiera enseñado los poderes que traia para tratar, á sus comisionados, ó si se hubiera anunciado en la capital como Virrey nombrado segun las prácticas establecidas, el asunto no habria tomado un aspecto tan terrible. Insiste mucho en que se presente á recibir el mando para que cesen las dificultades, pues en cuanto á celebrar la conferencia solo con carácter militar, es cosa que resolverán las autoridades que le obedecen y aconsejan.

Y es fama que cuando O'Donojú leyó esta carta con tantas instancias para que entrara á México, exclamó:

—¡Yo no entro ni á bala para hacer el triste papel del Conde del Venadito!

Y puede que tuviera razon en desconfiar mucho de aquellos caballeros tan poco escrupulosos para tomarse autoridad y atribuciones y recursos y tropas que no les correspondian.

El caso es que O'Donojú abandonó otra vez el género epistolar que tanto se prestaba al embrollo, y entonces dirigió á Novella un oficio tronante citándole los artículos de la Ordenanza que habia violado con su rebelion, así como los de otras leyes que señalaban la pena de muerte para él y para sus cómplices, que demasiada condescendencia habia tenido para haber entrado en relaciones con un rebelde: que Novella no tenia encargo legal de nadie para revisar sus títulos, que los presentaria á la Nacion, á la vez que publicaria todos los documentos que habian mediado en-

tre ambos al dar cuenta á su gobierno de todo lo sucedido en Nueva España; y que, finalmente, si al concluirse el armisticio no recibia una contestacion que pusiera fin al incidente, quedarian Novella, autoridades y tropas incursos en las mismas penas designadas contra los rebeldes.

Novella hizo reunir el mismo dia 12 en Palacio á sus consejeros civiles, militares y eclesiásticos, que por entonces no tenian mas quehacer que estarse imponiendo de la correspondencia que se cruzaba entre los dos virreyes, é hizo leer el terrible oficio de O'Donojú.

¡Mil bombas! entonces fué cuando estalló toda la bilis de los oficiales que habian destituido al señor Apodaca, y desconocido á O'Donojú lanzando toda clase de imprecaciones contra ese vendido, contra ese miserable que se habia puesto á sueldo de los mexicanos, traicionando al Rey y á las Españas. ¿Quién lo diría? El impetuoso Liñan, fué el que mas trabajó en union del Arzobispo para calmar á aquellos energúmenos, hasta conseguir que se aprobara la entrevista de los dos virreyes en Tacubaya.

Nuevas disputas y nuevo ir y venir de comisionados que no cesaron de estar echando viajes toda la tarde y el resto de la noche. O'Donojú: que él debia señalar el lugar de la entrevista y que queria se verificara en San Joaquin. Novella: que él era el que tenia el derecho de elegir el punto que le ofreciera mas garantias, porque salia de México, y que en tal concepto designaba la hacienda de Ahuehuetes. Pues que

no, que habia de ser en la hacienda de la Patera, y como el Arzobispo quedó entendido de que la reunion se verificaría en Tacubaya, salió en la noche con tren de cocina y todo lo necesario para que hubiera allí un banquete de cien cubiertos. La mesa se quedó puesta, porque los virreyes todavia andaban en la mañana del 13, que fué el designado para la entrevista, el uno queriendo que fuera en Ahuehuetes y el otro que no, que habia de ser en la Patera, y cada cual se dirigió vizcainamente á su punto.

En este pequeño capricho quedó triunfante Novella haciendo que fuera O'Donojú á la Patera en donde conferenciaron dos horas. En seguida mandaron por Iturbide que estaba aguardando en Ahuehuetes el resultado, y la conferencia de los tres duró otra hora. Mientras tanto, el Arzobispo se encontraba en Tacubaya con la mesa puesta. Lo único que se supo de pronto fué que se prorrogaba el armisticio hasta el dia 16.

Citó Novella á una Junta general de todas las autoridades en Palacio, para la mañana del dia 14 con objeto de dar cuenta con el resultado de la conferencia del dia anterior. Cuando antes asistian á estos consejos, hasta cincuenta personas, no se reunieron sino doce, porque ya se habian salido de México los pollos mas gordos aprovechándose del armisticio. Tan luego como se iban presentando á Iturbide, les iba dando colocaciones ó los iba anotando para que formaran la Gran Junta de Gobierno.

A esas doce personas les manifestó Novella muy

cariacontecido que habia visto sin caberle la menor duda los despachos del señor O'Donojú, que estaban extendidos en toda regla, y que siendo el verdadero capitan general, y jefe político superior del reino, tenia que reconocerlo. (Los mismos títulos tenia Apodaca y sin embargo lo desconoció.)

Que O'Donojú diria á quien le entregaba el mando en la capital mientras él no se presentara á recibirlo personalmente.

Que todos sus subalternos lo reconocerian tambien mediante el olvido de lo que hicieron el dia 5 de Julio, sobre lo cual O'Donujú ofrecia hacerse completamente de la vista gorda.

Despues de esto se retiró para que la pequeña junta le acordara un voto de gracias por su buen comportamiento, con cuyo documento queria estar armado para lo futuro.

Mientras la Junta le daba el voto, decia á su mujer:

—Ya concluyó nuestro pequeño reinado. Lía tus cosas y vámonos.

Ella quiso protestar y él le tapó la boca, diciéndole:

—Crees que si pudiéramos sostenernos un dia mas dejaria yo tan voluntariamente este baston que tantos desvelos me ha costado?

La señora se convenció y arregló la mudanza.

De este modo terminó el efímero virreinato del aturdido señor Novella.

Liñan, que era un excelente mueble de traspaso y que tanta experiencia habia tenido tambien en los

mandos superiores, fué nombrado por O'Donojú jefe de las armas que habia en la plaza.

Dado á reconocer O'Donojú por la órden del dia como Capitan general, pasaron á cumplimentarlo á San Joaquin, en donde estaba con Iturbide, el Arzobispo y varios jefes militares, entre los cuales iba el terrible Bucelli que hasta última hora se habia opuesto al reconocimiento. El pretexto fué O'Donojú, pues á quien realmente cumplimentaron, fué á Iturbide, que era el rey en perspectiva.

El intendente Mazo, nombrado por O'Donojú, abolió todos los bandos sobre pasaportes, requisición de caballos y demas que se habian dictado con motivo de la guerra, y desde ese momento se estableció un paseo interminable de la ciudad á los puntos ocupados por las tropas independientes, saliendo á luz todo el entusiasmo popular que hasta allí habia estado comprimido.

Ahora lo que se estrañaba era que no entraran á México Iturbide y O'Donojú á la cabeza de sus tropas, una vez que ya no tenian para ello el menor obstáculo, y sobre este particular versaban los principales comentarios. Los realistas sostenian que una vez reconocido O'Donojú como virrey, se estaba tratando de que tambien lo reconociera Iturbide, yéndose atrás con todos sus planes que no eran mas que un pretexto para derribar á Apodaca. Los amigos de la independencia, sin dejar de abrigar algun temor, confiaban mucho en los ejércitos que todavia estaban man-

dando Bravo y Guerrero, los cuales no se someterian á ningun arreglo que no diera pcr resultado la independencia, y así les parecian siglos los dias que se estaban pasando sin que se aclarara completamente el horizonte. Y unos y otros decian:

—Si ya se celebraron los convenios de Córdoba, si ya desapareció el único obstáculo que era Novella, si la guarnicion de México ya no intenta resistir, si ya los principales jefes están al lado de Iturbide, si éste tiene allí veinte mil hombres, ¿qué hace que no viene á ocupar la capital para que todas las gentes puedan recobrar la tranquilidad y dedicarse á sus respectivos trabajos?

Lo único que hicieron O'Donojú é Iturbide fué trasladarse de San Joaquin á Tacubaya el dia 16, alojándose ambos en el Palacio Arzobispal por cuenta del Jefe de la Iglesia. Allí recibieron las visitas de las autoridades superiores que quedaban en la capital.

El 17 llegó al cuartel general el obispo de Puebla, y con ese motivo circuló el rumor de que se estaban reuniendo allí los altos personajes que iban á formar la Junta Provisional gubernativa del Imperio. A Luaces se le dió á reconocer el mismo dia como jefe del Ejército del Centro.

El 18 salió de México el arzobispo con muchas personas y dió un banquete en su palacio, desquitándose del que no se verificó el dia 13.

El 19 hubo alarma en Tacubaya y se reforzó la

guarnicion porque alguien dió el *soplo* de que los realistas, destinados á disolverse ó refundirse querian dar un albazo como el del dia 5 de Julio.

El 20 comenzaron á hacerse los arreglos para la desocupacion de la capital por los realistas y se publicó en Tacubaya la capitulacion del general Cruz en Durango despues de varios combates en uno de los cuales salió herido Negrete.

Fueron á Tacubaya el dia 21 á rendir pleito homenaje á los nuevos dignatarios todos los llamados grandes títulos de Castilla.

El 22 se dió libertad á los presos políticos de que estaban llenas las cárceles y hubo una Junta de militares en Palacio que estuvo muy acalorada en virtud de haberse tratado en ella de la evacuacion de la ciudad.

El 23 tomó posesion de Chapultepec el jefe don Joaquin Herrera con su columna de Granaderos, previa evacuacion de las tropas realistas. Los habitantes de México fueron en gran número á pasearse al bosque que entonces todavia estaba poblado de corpulentos ahuehuetes.

Se pudo ya ver claro por qué Iturbide estaba demorando su entrada á la capital: por una parte estaba ocupado en formar la lista de los que iban á componer la junta de gobierno, segun las muestras de adhesion que le daban y por la otra aguardaba tambien á que el Ayuntamiento se hiciera de fondos, que no tenia, para que pudiera hacer un recibimiento ruidoso.

La gran junta se compuso al fin de treinta y ocho personas, siendo las mas notables el mismo Iturbide, O'Donojú, el obispo de Puebla, los coroneles Horbegoso, Sota Riva y Cervantes, los marqueses de Rayas, de Salvatierra y de Aguayo, los condes de Regla, de Casa Heras, de Cadena y de quien sabe cuantos mas, los canónigos Monteagudo y Bárcena y el Sr. Espinosa de los Monteros, corrector del plan de Iguala.

Bravo, Guerrero, Rayon, y los demas antiguos patricios, brillaron en esta lista por su ausencia, como siguieron brillando por su humillacion de allí en adelante mientras duró el imperio. Ni siquiera Don Cárlos María Bustamante que era muy ilustrado y que habia trabajado sin descanso por la independencia, obtuvo la menor mencion en la formacion de este gobierno, en que casi volvieron á figurar los mismos realistas que acababan de ser vencidos.

Sucedió lo que parece como muy natural que suceda en todas las revoluciones que triunfan: los que mas trabajan, los que mas se distinguen y los que mas se sacrifican, son los que mas se olvidan. Con esos ya no tiene que contarse, esos ya hicieron su deber á la hora del peligro, esos ya están probados, ya no cambiarán de opinion, ya están comprometidos. A los que se necesita ganar es á los enemigos, á los desafectos cuando menos, á los que se dignan no rechazar el nuevo órden de cosas colocándose otra vez en los primeros puestos.

Por eso las revoluciones suelen caer en el mayor descrédito, porque los que las hacen ya saben que solo cambia lo mas alto y que ellos, los que pelean, los que mueren como perros, los que son carne de cañon, cuando sobreviven, son desechados porque no pudieron servir mas que como escalones, solo aprovechables en otra vez que se ofrezca.

Sin embargo, no dejó Iturbide de chasquearse por este procedimiento que no supo usar en tiempo oportuno ni con inteligencia.

En la junta preparatoria se nombraron unas comisiones que habian de presentar en la siguiente última sesion tambien preparatoria, un reglamento de facultades de gobierno; una clasificacion de la deuda nacional; un proyecto de premios para los militares, tomando por base los servicios prestados desde la proclamacion del Plan de Iguala. Una regla sobre lo que se habia de hacer con los empleados existentes y con los que siguieran llegando de España. Y quinta, el manifiesto que se habia de dar á la Nacion.

El 24 por la mañana salieron para Toluca y otros puntos los cuerpos que habian formado la guarnicion de México mientras se disponia su embarque ó se refundian y por la tarde entraron cuatro mil hombres al mando de Filisola. Esto motivó que se repicaran las campanas de los templos y que el pueblo paseara toda la noche en grupos cantando y dando víctores á su madre la libertad que pronto iba á volvérseles madrastra.

Iturbide notificó al Ayuntamiento que el 27 haria su entrada solemne en la capital.

Aquí fué la de apretarse las manos los ediles.

—Señor Tesorero, dijo el Presidente al empleado respectivo, ¿cuánto dinero tenemos en caja?

—Tengo el honor de manifestar á su señoria, contestó el grave personaje, que no hay en las cajas un solo peso.

—¿Cuánto se necesita? preguntó el alcalde municipal Don Juan José de Acha.

—Pues yo no sé, pero creo que tendriamos bien con diez mil pesos.

—Dispongan ustedes de veinte.

—¿De veinte mil pesos?

—Que están desde este instante á la disposicion del señor Tesorero.

¡Oh tiempo feliz de los Achas! En estos de ahora ningun rico presta mil pesos para una cosa de esas aunque sepa que quince dias despues podrá ganar cien mil en un negocio con el gobierno.

El pobre conde del Venadito, el buen señor Apodaca que habia permanecido muy asombrado mientras pasaban todas estas cosas, salió el 25 para embarcarse en Veracruz, á los trescientos años un mes quince dias de la dominacion española, siendo en realidad el último Virrey que hubo en México.

En este dia salieron tambien de los conventos todos las ancianas miedosas que se habian refugiado en ellos por temor de ser violadas.

Comenzaron á ponerse los adornos en las calles y á hacerse toda clase de preparativos para la entrada del ejército trigarante en la capital.

El 26 se publicó el bando recomendando el órden, las iluminaciones y los cortinajes. Por la tarde hizo su entrada solemne el señor O'Donojú, siendo recibido con salvas de artillería. El Ayuntamiento lo obsequió con refrescos, cena y cama como se hacia con los virreyes, alojándose despues en la casa del conde del Barrio en la calle de San Francisco. El obispo de Puebla y todos los que no podian figurar al dia siguiente en la comitiva del triunfador, entraron por la noche á Mexico. La gran comitiva debia formarse con ochenta gefes superiores, mil doscientos oficiales y catorce mil soldados.

¡Y llegó al fin el deseado 27 de Septiembre de 1821 escogido por Iturbide para tomar posesion del nuevo imperio!

Desde muy temprano entró la ciudad en movimiento: los carruajes, los equipajes, los indios cargados con canastos de flores, los carros de la limpieza, todo un tragin apenas imaginable ocupó las calles principales, en las que tambien empezó á acomodarse la gente en banquetas, ventanas, balcones y azoteas. Los mas impacientes fueron á ocupar todo lo largo de la calzada de Chapultepec y Tacubaya.

A las nueve y media de la mañana apareció Iturbide con trage nuevo de general todo cubierto de bordados y montando un caballo oscuro árabe de mucha estampa. Todo su Estado Mayor compuesto ya

de la juventud de los nobles, estaba asimismo brillante de entorchados. Todos cuantos tenian caballo en México venian detras del Estado Mayor formando parte de la gran comitiva.

El Ayuntamiento en masa salió á recibir al libertatador á la calle de San Francisco entregándole una llave de oro que era la de la ciudad (cuando ya estaba dentro), la cual rehusó Iturbide diciendo que andaba aquel dije en buenas manos.

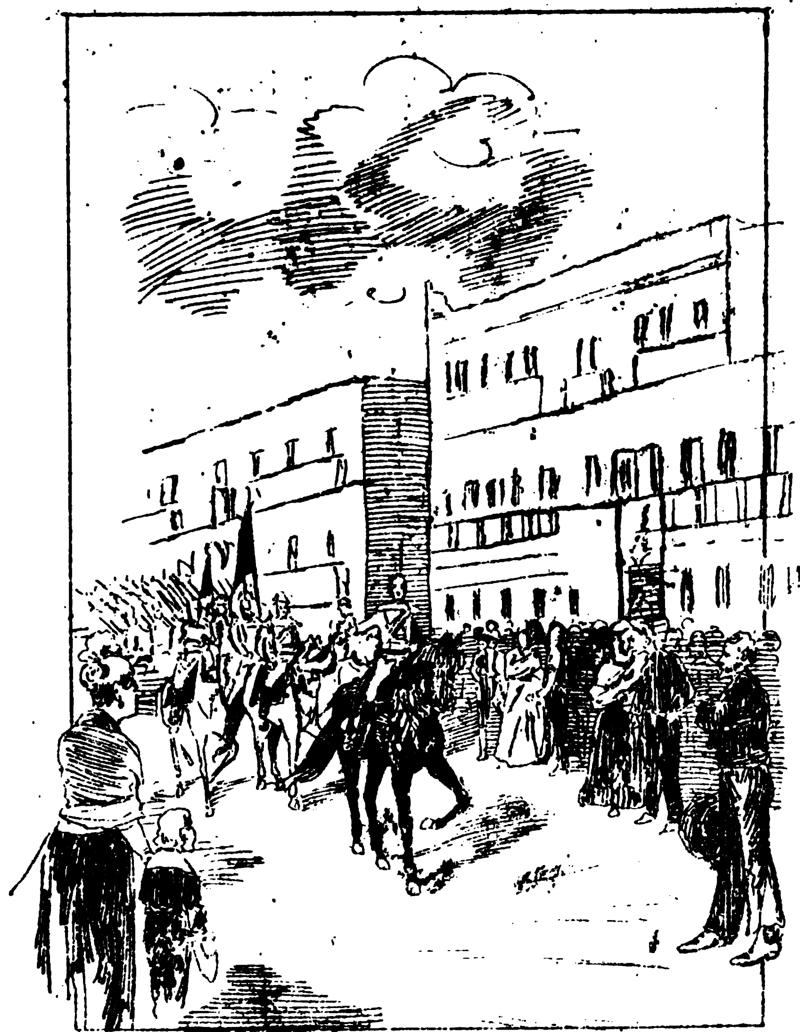
El señor O'Donojú lo recibió en Palacio y juntos estuvieron presenciando desde el balcon principal el desfile de las tropas.

Despues del desfile del ejército que se verificó entre los aplausos de la multitud desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, se dirigió la comitiva á la Catedral, en donde fué recibido Iturbide debajo de palio, se cantó el *Te-Deum*, se predicó un sermon en que se llenó de elogios al héroe segun la costumbre, concurrió al paseo mas tarde y en la noche al festin ofrecido por el Ayuntamiento á mas de doscientas personas principales.

A la vez circulaba la conocida proclama que comienza diciendo: "Mexicanos, ya estais en el caso de saludar á la patria independiente," y que termina así: "Ya sabeis el modo de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices."

Y sea por angas ó por mangas, sea que hubieran puesto la mesa Hidalgo, Morelos y Guerrero para que Iturbide se aprovechara, ó que el mérito correspondiera al último, de todos modos el 27 de Septiembre de 1821 fué el primer dia de la independencia mexicana.

Leyendas históricas de la Independencia.



Apareció Iturbide con traje nuevo de general y montando un caballo oscuro, árabe, y de mucha estampa.

CAPITULO XLVI

LA MONJA.

Con el acta de la independencia publicada el 28 de Septiembre, que es el mas valioso monumento histórico que tenemos y que seria de mayor estima si estuviera bien redactada, se acabó de poner hueco el señor Iturbide, pues que se necesitaba estarlo y mucho para firmar á la cabeza de la junta improvisada de gobierno un documento que contiene estas palabras: "la empresa eternamente memorable que un *génio superior* á toda admiracion y elogio, amor y gloria de su patria. . . ."

Ese *génio superior* era Iturbide y no tenia el mismo caballero ningun inconveniente en proclamarlo.

Ello es que los españoles que componian la junta y que habian estado antes con el mando, no tuvieron tampoco inconveniente en firmar este preámbulo: "La nacion mexicana que por trescientos años *ni ha teni-*

do voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la *opresion* en que ha vivido! . . ."

Y ellos mismos lo confesaban, ellos bajo su firma decian que habian tenido á la nacion sujeta, oprimida, esclavizada.

En fin, ellos sabian su cuento y nosotros seguimos con el nuestro.

Cuando estaban en todo su punto los regocijos públicos en la capital del nuevo imperio, un hombre vestido de paisano y montado en un caballo de regular estampa, hacia su entrada tambien por una de las mas apartadas garitas y seguia paso á paso atravesando las calles que aparecian mas solitarias, con la cabeza muy inclinada la cual solo levantaba cuando oia un ruido extraordinario, como un cañonazo, un repique, una música ó una griteria popular. Si en la direccion que llevaba veia algun grupo de gente en las calles torcia á la derecha ó á la izquierda con el semblante siempre melancólico, con el aire siempre meditabundo.

Al desembocar en una de las todavia apartadas plazoletas, salia tambien allí por una calle lateral otro hombre cargando una maleta y apoyado en un palo nudoso, el cual parecia igualmente sumido en alguna preocupacion y caminando como al acaso.

Al oir las pisadas del caballo levantó instintivamente la cabeza para ver quien era el ginete que lo montaba y se dibujaron en su semblante la sorpresa y la animacion,

—Me parece imposible, pero no me cabe duda de que es él, murmuró.

El del caballo no se fijó en el hombre de á pié que lo observaba y siguió adelante, aunque manifestándose segun los movimientos que imprimia á la cabalgadura, indeciso sobre el camino que debia seguir.

El de á pié no pudo ya contenerse porque creyó seguro haberlo acabado de reconocer (sin embargo de que pardeaba la tarde) por un sacudimiento de cabeza que le era particular, y le gritó casi:

—¡Mi general!

El caballero que iba montado creyó á la vez reconocer la voz del que lo llamaba y se detuvo.

—Yo soy, mí general, yo soy, dijo el de á pié llegándose hasta abrazar sus rodillas.

—¡Teodoro!

—Sí, señor general, yo soy, su fiel Teodoro.

—Pero calla, hombre, no me digas general, no soy nada.

—¡Cómo no! si para mí siempre es V. E. el mismo, esté en las condiciones que estuviere.

—Pero ¡qué feliz casualidad, amigo mio! te encuentro en los momentos en que quizás mas voy á necesitarte. Mira; vamos buscando por aquí algun meson ó cualquier casa de huéspedes para dejar este caballo y para buscar un sitio en que hablemos.

—Aquí cerca hay varios mesones, dijo Teodoro, pues que á uno de ellos pensaba yo dirigirme.

Y torcieron para el rumbo de San Juan que fué donde encontraron lo que necesitaban, aunque ape-

nas hallaron lugar para el caballo y para Teodoro, porque todos los mesones estaban ocupados por forasteros y por oficiales, pues entonces los hoteles no eran aún conocidos.

—Bueno, dijo Victoria, que no era otro aquel general que entraba tan derrotado á la capital, lo que interesa es que tengas en donde acomodarte para que cuides mi caballo, pues yo al venir aquí ya tenia desde antes conseguido mi alojamiento.

Luego que fué instalado el caballo en una caballeriza y llevada la silla á un cuartucho miserable en que no habia ni asientos, Victoria dijo á Teodoro:

—Ya ha anochecido, nadie se fijará en nosotros; de manera que podemos ir por el mismo centro conversando, pues quiero pasar por una calle que me interesa.

—¡Por la de Cordobanes!

—Exactamente: vamos por allá y de paso veremos algo de las fiestas que se están celebrando por el triunfo de la independencia.

Esto último lo dijo Victoria con amargura.

—Pero mi general, cómo es que V. E. que tantas hambres pasó, que tantos peligros tuvo, que tantas veces escapó de la muerte, no está tambien victorioso como los otros?

—Calla, Teodoro: despues te explicaré todo: por ahora es necesario que obedezcas la siguiente recomendacion: no me llames general ni me digas para nada excelencia, ¿comprendes?

—Sí comprendo, pero ¿cómo he de llamarle pues?

—Dime don Guadalupe á secas, así conviene.

—Está bien; mi amo don Guadalupe, si conviene así...........

—Esto es, y te agradeceré mucho que no se te escape ninguna palabra indiscreta, principalmente delante de las personas, cualesquiera que sean. Ahora que vamos por estas calles que están solas, cuéntame punto por punto lo que te ha sucedido, puesto que ya no volví á recibir noticias de nadie; y sobre todo, dime si sabes algo de Aurelia.

—Ni jota, mi ge.... mi amo don Guadalupe, no pude saber nada porque ni siquiera logré en esa vez poder entrar á México.

—¿Pues qué te pasó?

—Que me encontré con una partida de los del señor Concha que andaban rejuntando gente de leva y que fuí llevado por la fuerza á servir de soldado.

—¿Y no hiciste por escaparte?

—Hice todas las luchas, mi.... mi amo don Guadalupe... ¿qué luchas no haria yo que aborrecia tanto esa causa de los realistas, como que deseaba mas volar á donde estuviera vuestra.... mi amo don Guadalupe, que sabia me esperaba con ansia; pero de continuo estábamos acuartelados y cuando haciamos marchas eran cortas y siempre muy vigilados por los oficiales y sargentos que no se dormian.

—¿De manera que no pudiste venir á México?

—Sí, vine tres veces á México, mi amo, con la Division, pero sin poder salir del cuartel en donde se

fusilaba á todo el que se sorprendia en lo que llamaban conato de fuga. Yo siempre tenia la idea fija de cumplir con la encomienda que traia cerca de la niña Aurelia; pero me fué imposible, mi amo, le juro que me fué de todo punto imposible.

—Sí, Teodoro, todo ha seguido siendo contrariedades para nosotros. Parece que el destino nos persigue á ambos por igual, porque yo tambien he fracasado en todas mis empresas.

—¿Tambien mi amo ha caminado con mala suerte?

—Tambien, Teodoro. Me dejaste en camino para el Bajío, á donde iba yo lleno de ilusiones creyendo que mis ideas patrióticas serian aceptadas; pero ya me encontré al señor Iturbide lleno de ambicion y con propósitos diferentes, de manera que léjos de conseguir realizar mis proyectos que eran sanos, que eran buenos, que eran convenientes, que eran salvadores, tuve que seguir pasando hasta por sospechoso, al grado de que para todos los mexicanos se celebra hoy el mas feliz de los triunfos, menos para mí que sigo siendo tan enemigo del poder como lo era antes.

—No entiendo muy bien de lo que se trata, pero bien veo que mi amo no está triunfante entre los demas generales, lo cual ha de querer decir algo.

—Quiere decir que no estoy perseguido ahora, pero que es muy fácil que lo sea despues y que otra vez tenga necesidad de ir á ocultarme entre los bosques. Tan mala es mi situacion que ni siquiera pienso írme á presentar á Aurelia ni á su familia. ¿Para que? Ya

no soy nadie, ni significo nada; no tengo porvenir ninguno ni puedo considerarme con el menor derecho para aspirar á la mano de una jóven rica que está en tan alta posicion.

—¡Válgame Dios! mi amo, si apenas puedo creer que despues de tanto como pasamos, estemos aquí como si tal cosa.

—Es decir, te sorprende que no obstante tantas penalidades, tantos trabajos, tantas miserias, tantos esfuerzos y tantas contrariedades, no solo no hayamos alcanzado la menor ventaja, sino que vaguemos aquí como dos pobres diablos en quienes nadie fija la atencion.

—Eso era lo que queria decir, pero no sé explicarme.

—Pues consiste en que la fortuna sigue volviéndonos las espaldas; consiste tambien en que no son nuestros antiguos compañeros los que han triunfado, sino otros nuevos independientes, en su mayor parte europeos, que no van á dar probablemente á la patria ni siquiera una sombra de verdadera libertad. La opresion va á seguir aunque con otros nombres hasta que algun dia comprenda el pueblo mexicano que no ha sido mas que la víctima de pérfidos engaños y maléficas combinaciones.

Contándose algunas otras de sus vicisitudes, haciendo cálculos humildes sobre la vida que iban á adoptar ambos para en adelante en que todavia era todo incierto, llegaron á la calle de Cordobanes y ob-

servaron que la casa de Arrillaga estaba completamente cerrada á piedra y cal, segun suele decirse.

—Es extraño, murmuró Victoria, parece que esta familia no entra á participar de la alegría comun. ¿Sabrá ya Aurelia que estoy en desgracia? ¿Le habrá dicho alguno que yo que era uno de los antiguos caudillos no participo de esta victoria?

Al poco tiempo de que estaban allí, plantados en frente, como si se hubieran encontrado casualmente, y estuvieran departiendo, llegó un carruaje, se apeó un caballero vestido todo de negro y dió tres aldabonazos á la puerta que se abrió á poco dándole entrada. Entonces se vió su fisonomía á la luz del farol.

—Parece que es un médico, dijo Victoria.

Habia transcurrido un cuarto de hora cuando volvió á salir, pero entonces acompañado de doña María la mujer de don Francisco Arrillaga.

—Es particular, dijo Victoria, con voz sorda, en esto hay algun misterio. Corre, Teodoro, súbete á la trasera del coche y vuelve aquí á decirme adonde vá la madre de Aurelia. Si la ves bajarse en alguna parte acompañada del médico, vuelves á decírmelo.

El coche partió y Victoria se quedó allí sumido en las mayores inquietudes, pareciéndole un siglo el tiempo que transcurrió mientras volvió Teodoro, que fué á lo mas una media hora.

El coche se habia detenido en el convento de Santa Clara, y allí se habían apeado la señora y el caballero enlutado.

—Evidente, dijo Victoria, trayendo el recuerdo de la última carta de Aurelia. La querian obligar á casarse con un hombre á quien no profesaba el menor cariño y prefirió el convento cumpliéndome su santa promesa. ¿Estará pues de monja en Santa Clara? ¿habrá profesado? ¿se encontrará enferma? ¿Cómo conseguirémos aclarar todas estas cosas........? ¡Dios mio! y yo sin ninguna influencia, sin ningun valimiento, sin ningunos recursos. Lo que me he proporcionado apenas nos servirá para vivir aquí dos ó tres meses muy económicamente. ¿Qué vamos á hacer en situacion tan comprometida?

Estuvo pensativo unos minutos, y luego dijo á Teodoro:

—¿Te animarás á hacer una pregunta al primer criado de la casa que salga á abrirte?

—¿Por qué no? dijo Teodoro, ¿qué tengo que preguntar?

—Solamente que si la señorita Aurelia entró de monja á Santa Clara, y cuánto tiempo hace. Le dirás que esta pregunta se la haces de parte de una señorita llegada hoy de Veracruz que es muy amiga de la familia.

Teodoro, como siempre, se dirigió muy animoso á cumplir con su delicada comision.

Algun trabajo costó que el portero se decidiera á abrirle, pues que desde el interior le estuvo dirigiendo primero algunas preguntas á que aquel contestó desembarazadamente. Por fin, entreabrió las hojas de

la puerta dejando la cadena, y así que se convenció de que Teodoro tenia un aire muy pacífico, las abrió del todo y entró con él en una conversación tirada.

En efecto, la señorita Aurelia se encontraba en el convento de Santa Clara, sin que nadie pudiera explicarse el motivo, pues ella habia ido contra su voluntad, la familia toda habia derramado muchas lágrimas y la casa desde entonces parecia un cementerio de puro triste. El Sr. Arrillaga se habia vuelto de carácter sombrío, no recibía á nadie, ni á nadie visitaba y se pasaba los dias y las noches encerrado en una habitacion como si tambien hubiera hecho votos de cenobita. Los dias de fiesta iba á misa temprano, á la iglesia de enfrente y entonces era cuando se le veia enflaquecido, pálido y pensativo. Quien sabe que gran desgracia habia caido en el seno de aquella familia obligándola á cambiar todos sus hábitos y ahora vivia entregada á la soledad y á la tristeza.

Todo esto se lo trasmitió Teodoro á Victoria, el cual no pudo menos que morderse los puños lleno de rabia y derramar algunas lágrimas arrancadas por la impotencia.

No, no le era posible hacer nada en su situación.

¡Oh! si en lugar de haber tenido el poco tino de indisponerse con Iturbide, con el jefe afortunado de aquella revolucion para el cual no hubo dificultades y antes bien se le habian abierto de par en par las puertas del triunfo, se le hubiera humillado, ¡cuán distinta fuera ahora su

suerte! Quizás habria entrado con él como uno de los generales triunfadores y tendría el valimiento necesario para hacer que Aurelia dejara de ser la víctima de los caprichos ó las locuras de un padre desnaturalizado; pero eso hubiera sido á trueque de sus convicciones políticas, á trueque de su dignidad, á trueque de su patriotismo. No, aunque pereciera en la desgracia y lo consumiera la miseria, aunque perdiera á aquella mujer que era su adoracion y la ilusion mas blanca en el porvenir que habia soñado, preferia perderlo todo, preferia la misma muerte á la deshonra. No, él no se mancharía traicionando tambien á la patria, dándole otra forma de opresion á cambio de la que habia sufrido con tanta ignominia durante trescientos años. Se veia bien desgraciado, se consideraba como el último de los hombres en cuanto á valor; pero tenía tranquila su conciencia. Si moria allí ignorado, ¿qué mas daba? Todo lo que estaba viviendo despues de las veces en que estuvo pendiente de un hilo su existencia era una ganancia, de modo que si no volvia á figurar ni á tener asiento entre los que iban á mandar, como sucederia, haria de cuenta que habia muerto desde que tantas veces estuvo á punto de ser devorado por los tigres y por el hambre en los bosques. Haria de cuenta que ya estaba muerto, si es que podia sobrevivir á tantas penalidades como veia en perspectiva.

Pero por mas desprendido que se sintiera del mundo, estaba enamorado de Aurelia, tan profundamente

enamorado como no creia que hombre alguno lo hubiera estado jamás, y el amor lo hizo entrar en el recuerdo de lo que tambien sufria aquella jóven aprisionada por su causa. Entonces dió órden á Teodoro de que lo guiara para el convento de Santa Clara. Muy presto estuvieron allí. El coche del doctor se encontraba aún inmóvil frente á la portería.

Entonces se le ocurrió una idea, que puso desde luego en planta.

—Mira, Teodoro, ve allí, llama á la hermana portera y la dices que vas de parte del señor Arrillaga á saber como sigue la niña Aurelia. Que está muy impaciente y que quiere tener noticias suyas.

Teodoro supo cumplir muy bien con esa nueva comision. La hermana portera le dijo:

—En este momento ha ido un mozo á decirle de parte de su señora esposa que está con la enferma, que ésta dá muy pocas esperanzas. Que sufre una crísis agudísima que puede ser de vida ó muerte durante dos horas.

Victoria oyó esto con suprema angustia. ¿Qué podia hacer por su amada cuando ni siquiera tenia una arma para darse allí mismo la muerte con la inútil esperanza de que ella lo supiera?

Eran las siete y media de la noche, á las nueve y media, hora en que todavia se escuchaban los gritos del populacho que recorría las calles victoreando á Iturbide, la señora María salió acompañada del doc-

tor. Victoria irreflexiblemente se echó á sus piés llorando.

Doña María tuvo trabajo en reconocerlo mientras él no dió su nombre.

—Sí, señora, yo soy Guadalupe Victoria, el miserable por quien esa desdichada criatura está allí muriéndose; yo soy, que vengo á reparar mi falta aun quitándome la vida si es necesario.

El doctor intervino y quedó aclarado delante de él que Aurelia habia sido metida á fuerza al convento en castigo del amor que profesaba á Victoria y por no haberse querido unir á un hombre noble y rico que le habia designado su padre por esposo.

Y como entonces habia aun la preocupacion, como suele haberla ahora, de que hay enfermas de amor, para las cuales no existe otro remedio que el amante, el doctor dijo con voz llena de persuacion y de seguridad:

—A la mano nos viene, pues, la medicina, para la pobre enferma.

—¿Cómo? exclamó doña María alarmadísima.

—Si podemos conseguir que nos acompañe este señor á la celda de la enferma, casi puedo responder de que se resuelva la crísis favorablemente.

¡Y las madres......! ¿Qué no hace una madre para salvar á una hija que se encuentra al borde del sepulcro?

—Deme usted el brazo, Victoria, y entremos de nuevo, de mí cuenta corre todo.

Entraron de nuevo y á las hermanas les dijo la seño-

ra de Arrillaga que les acompañaba un nuevo médico jóven en quien el viejo doctor tenia plena confianza para que viera el estado de la enferma. Hubo grandes oposiciones, muchas dificultades, pero todas fueron vencidas. A los pocos minutos entraban á la celda de Aurelia acompañados por la madre abadesa que tuvo la discrecion de retirarse. Aurelia era todavia una novicia y no entraba bajo su plena jurisdiccion.

La enferma estaba adormecida con cloroformo que se le había ministrado en pequeña dósis solo para que ayudara á traer el sueño reparador despues de la violenta crísis que habia pasado. Así es que oyó distintamente la voz de su madre que le dijo al oido:

—Hija, hija mía, aquí está el señor Victoria.

Sufrió un sacudimiento como si le hubiera tocado un fluido eléctrico, entreabrió los ojos y murmuró:

—¡Victoria......!

—Yo soy, Aurelia, yo soy, dijo este pudiendo apenas contenerse.

Ella sacó la mano de entre las sábanas, movió dos veces el dedo como haciendo signo de que no creía y volvió á caer en el letargo.

—¡Aurelia! ¡Aurelia! exclamó Victoria desolado.

Ella pareció reconocer la voz y tornó á abrir los ojos: habia dejado la mano fuera de las sábanas, la levantó con trabajo, la tendió á Victoria, él la estrechó con efusion, la enferma volvió á sufrir otro sacu-

dimiento mas pronunciado que el primero, y solo pudo decir con los labios espumosos:

—¡Adios......! me muero.

—¡No, no...... dijo Victoria llorando.

—¿Es cierto, doctor, exclamó angustiada la madre, que ha muerto?

El doctor le tomó el pulso, y dijo con voz grave:

—¡Está muerta!

Victoria, como si hubiera recibido un golpe en la frente, cayó de espaldas desmayado.

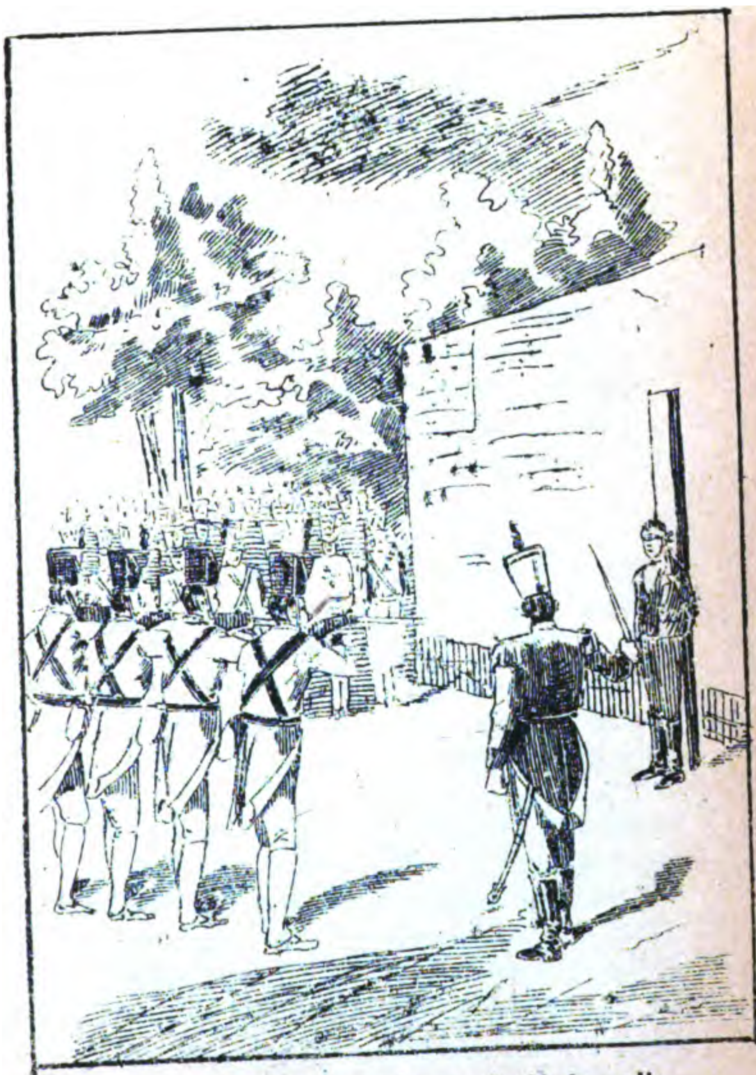
CAPITULO XLVII

OTROS QUINCE AÑOS

El nombre del héroe con que honramos el título de la leyenda, nos obliga á ligar el final de esta con el muy triste que tuve el general don Vicente Guerrero.

Pero antes de llegar al funesto desenlace que descubrimos anticipadamente en fuerza de ser tan conocido, seanos lícito pasear una ojeada por los acontecimientos que se sucedieron en esos quince años, una ojeada rapidísima, aunque sea para que no quede tan ancha laguna en nuestra relacion. No es difícil que nos resolvamos á escribir otra leyenda que abarque algo del interesante periodo histórico que siguió despues de consumada la independencia, cediendo á las indicaciones que se nos han hecho; pero el autor aquí ha concluido el compromiso que se impuso que fué

Leyendas históricas de la Independencia



La víctima estaba atada en el pié de gallo cerca de la pared y Gonzalez gritó con voz de condenado: ¡Fuego!

el de publicar las seis "Leyendas Históricas de la Independencia" que terminan con el presente capítulo. En todo caso hay que narrar al menos, aunque no sea mas que muy superficialmente, los principales hechos posteriores á que tanto estuvieron ligados los personajes que sobrevivieron á la revolucion iniciada el año de 8, comenzada el año de 10 y terminada el año de 21.

Iturbide, como digimos antes, entró á México bajo arcos de triunfo, y fué proclamado el libertador. La junta le nombró generalísimo de las armas del imperio de mar y tierra, y presidente de la regencia: su padre fué nombrado regente honorario con diez mil pesos de sueldo. Los otros cinco regentes fueron, Pérez el obispo de Puebla, Bárcena, obispo in partibus de Michoacan, el oidor Yañez, O'Donojú y Velázquez de Leon.

O'Donojú trabajó poco porque falleció en el siguiente mes de Octubre segun lo que se dijo entonces, de una pulmonía. Alaman sostiene que Iturbide no tuvo culpa en esta muerte.

Se nombraron tambien cuatro malos ministros que ayudaran á gobernar á la regencia. Los historiadores son los que dicen que no fueron acertados los nombramientos.

Solo á don Pedro Celestino Negrete se nombró general; á Guerrero, á Bustamante y Quintanar se les nombró mariscales de campo y brigadier sin letras á don Nicolás Bravo. No fueron considerados en los grados militares Victoria ni ningun otro de los antiguos insurgentes, fuera de Guerrero y Bravo.

El viejo Bataller, que fué siempre uno de los hom-

bres mas malvados segun sus hechos, logró escaparse sano y salvo para Europa. No así el feroz Concha que fué asesinado en el camino de Veracruz por unos bandoleros, pagando solo con la vida los infinitos crímenes que cometió.

Mientras duró la *Junta provisional* estuvo siempre de pleito con Iturbide, quien procuró, segun la costumbre, pasarse sin el plan de Iguala y sin los artículos acordados en Córdoba.

Los antiguos insurgentes empezaron por su parte á conspirar contra Iturbide, sospechando que queria proclamarse emperador, á cuyo fin se dirigieron á Negrete que estaba en Guadalajara, sabiendo que tenia ideas republicanas. Ese gefe español denunció la conspiracion y fueron aprehendidas diez y nueve personas que eran las que concurrian á la casa de la terrible Corregidora. Entre los aprehendidos se encontraron los generales Bravo y Victoria. El último llegó á evadirse poco tiempo despues, del cuartel en donde estaba, y se mantuvo oculto, aunque fué nombrado diputado á las Córtes por Durango, hasta que los acontecimientos posteriores le hicieron volver á figurar en primer término.

Victoria fué el primer Presidente constitucional de la República.

Se hizo notar que ni la regencia ni la junta gubernativa se dirigian á la familia real de España ofreciéndole el imperio segun los planes; pero Iturbide y los suyos se hicieron disimulados.

Continuaron pues las cosas segun el tono que les

queria dar Iturbide, que era el que manejaba á todos los que estaban arriba, sabiendo dar buena corriente á los disturbios que solian suscitarse. Y tanto fué así, que les hizo aprobar á todos una convocatoria que el hizo á su gusto para que se eligiera un congreso.

El local que se le preparó á este congreso fué la iglesia de San Pedro y San Pablo.

El 24 de Febrero de 1822 se verificó la instalacion del primer cuerpo deliberante en la Nacion Mexicana.

La ceremonia se solemnizó en Catedral, jurando los diputados ante un gran crucifijo que habia en el presbiterio: defender la religion católica sin tolerancia de ninguna otra, guardar la independencia y hacer la Constitucion política que habia de regir al imperio.

Despues de esto se fueron al salon de sesiones, hubo los discursos de estilo y el poder legislativo comenzó á funcionar, echándose de ver á poco que habia entre los miembros algunos republicanos que comenzaron á formar el partido de oposicion.

Unos cuantos dias habian transcurrido cuando con motivo de las contestaciones de Iturbide con Dávila, que queria hacer una contrarevolucion, chocó el generalisimo con el congreso y él y algunos de ellos se hicieron el cargo de traidores.

Cansado Iturbide de estar tutoreado por los otros, hizo que los militares lo proclamaran emperador y los diputados que se amedrentaron confirmaron la proclamacion.

Tomó tanto vuelo, tanto boato, tanto orgullo, tanta altivez el nuevo emperador, que todavia apenas se

estaba coronando vestido de púrpura, cuando empezaron á recibirse las noticias de los pronunciamientos.

En la misma capital el 22 de Junio estuvo á punto de estallar un movimiento republicano.

Lo que acabó de desprestigiar al imperio fuera de las ridículas ceremonias de Palacio, fué el robo que se hizo de una conducta de mas de un millon de pesos en el camino de Veracruz para las atenciones de la corona.

Y todavia más, que el despótico emperador mandó poner en las espaldas de un alcalde un aparejo de mula, cometiendo otras muchas indignidades que hicieron recordar al militar voluntarioso del Bajío.

Entonces los mismos amigos de Iturbide, aquellos bravos militares que le habian ayudado á hacer triunfar el plan de Iguala y á quienes él habia colmado de distinciones, lo echaron á pique.

E Iturbide salió desterrado de México y fué embarcado en Veracruz para Europa con prohibicion expresa de regresar al pais.

Se declaró entonces el congreso por la República y, cuando las pasiones estaban mas en efervescencia, cuando habian surgido dos partidos, el liberal y el de los clericales que amenazaban destrozarse, cuando se acababa de hacer la declaracion de que Iturbide era traidor á la patria y se encontraba fuera de la ley, su fatal destino le hizo presentarse en las playas de Tamaulipas, cayendo precisamente en manos del primer gefe que durante el imperio habia proclamado la República.

Iturbide fué sacrificado en Padilla á la vista de la que tambien habia sido coronada emperatriz y de dos de sus queridos hijos.

Castigo mas que tremendo, cualesquiera que hubieran sido las faltas cometidas por Iturbide, estando aún frescos los laureles que habia conquistado realizando la independencia.

Victoria, que habia sido tan perseguido por Iturbide, salió de la oscuridad luego que la estrella de este habia empezado á eclipsarse.

Cuando el emperador y la emperatriz se embarcaron en Veracruz, esta última se echó llorando en los brazos de Victoria, porque pagaba allí el insurgente con actos de generosidad y de nobleza todas las desazones que le habia hecho padecer su esposo.

Entonces el congreso reparó los olvidos que antes se habian hecho y declaró beneméritos de la patria á Bravo, Victoria y Guerrero, quienes entraron á ocupar el lugar que se habian conquistado con sus sacrificios.

Michelena, aquel que figuró en nuestra primera leyenda, que tanto tiempo estuvo preso en San Juan de Ulúa, fué nombrado embajador para Inglaterra.

El 10 de Septiembre de 1824 tomaron posesion del gobierno Victoria y Bravo, el primero como Presidente y el segundo como Vice-Presidente de la República.

Una de las primeras personas que se presentaron en Palacio á felicitar al primer magistrado fué don Francisco Arrillaga acompañado de su hijo: no pudo el primero dar la mano á Victoria, sin que le brotara

el llanto. El Presidente por su parte se llevó la mano al corazon y lanzó un tierno suspiro.

Victoria tuvo pues dos satisfacciones muy pequeñas en compensacion de sus inmensas desgracias: la de haber rehusado un reloj de oro que queria regalarle Iturbide en Veracruz oyendo palabras en que se le hacia justicia de parte de la emperatriz, así como la de haber observado arrepentimiento en Arrillaga por su punible precipitacion, con la cual causó á Aurelia una muerte prematura.

Teodoro, el fiel asistente de Victoria, tomó posesion de la mayordomia de la presidencia.

Hasta Noviembre de 1825 se logró rendir á los españoles que ocupaban aún el castillo de San Juan de Ulúa, colocándose la bandera que allí ondeaba en el santuario de Guadalupe, considerándose con este acto remachada por los siglos de los siglos la independencia mexicana.

Negrete, Echávarri y todos los gefes españoles que habian ayudado á formar el imperio de Iturbide, se complicaron en las conspiraciones que hubo despues contra el gobierno y los dos primeros murieron desterrados en los Estados Unidos y otros como Arenas y Martinez fueron espulsados. Con motivo de tantas revueltas como se siguieron, se decretó en el año de 1827 la expulsion de todos los españoles. Entre ellos iba Monteagudo el conspirador de la Profesa.

Victoria terminó su periodo constitucional; pero con motivo de las elecciones en que luchaban los partidos de Guerrero y Pedraza, se turbó la paz pública saliendo triunfantes los que sostenian al primero, á con-

secuencia de lo cual fué declarado presidente el general Guerrero y sucedió en el mando á Victoria.

Aquí volvemos pues á encontrar á nuestro héroe á la cabeza del partido liberal republicano.

El triunfo del partido del general Guerrero no podia considerarse como sólido por haber tenido que vencer á otro partido que era el de Pedraza, tambien liberal, tambien fuerte y que no se hubiera podido dominar sin la transaccion hecha con el partido conservador el cual metió de Vice-Presidente al general don Anastasio Bustamante, observando su eterna máxima de "divide y reinarás."

Por lo demas, Guerrero, que era hombre sencillo, franco, leal, honrado y patriota, no podia desconfiar de sus aliados y en esa virtud hizo objeto de las mayores distinciones al general don Anastasio Bustamante á la vez que depositaba en él su mayor confianza, pues que á él nada menos le confió la salvacion de la República, que se consideraba muy amenazada en esos dias, dándole á mandar el principal cuerpo de ejército.

Sucedió que por órden de Fernando VII salió una expedicion de la Habana al mando del brigadier Barradas en el mes de Julio de 1829, siendo presidente de la República el general don Vicente Guerrero. El plan era reducir nuevamente á cautiverio á la Nueva España.

Santa Anna y Terán dieron buena cuenta de los invasores en Tampico, recibiendo en premio la banda de generales de division.

Bustamente se habia situado por órden de Guerre-

ro en Jalapa con el ejército de reserva y allí se rebeló contra su protector. Bustamante por sí solo nunca se hubiera rebelado, aunque era vice-presidente y todos los vice presidentes se hacian enemigos de los presidentes, porque era un buen hombre de no muchos alcances; pero tenia á su lado á uno de los mas grandes bribones que ha habido en el mundo, á un tal don José Antonio Facio, que fué su Mefistófeles, y este le hizo proclamar el plan de Jalapa, invocándose en él pretextos fútiles para la nueva asonada.

El general Guerrero quiso salir en persona á poner fin á aquel nuevo escándalo, reunió sus mejores tropas y se puso en marcha para batir á Bustamante; pero como la conspiracion estaba ramificada, el 22 de Diciembre cuando aquel llevaba unos dias de camino, fué depuesto don José María Bocanegra que habia quedado como Presidente interino, por el general Quintanar, quien formó un nuevo gobierno compuesto de don Pedro Velez presidente de la Suprema Corte de Justicia, el mismo Quintanar y don Lúcas Alaman, que naturalmente era uno de los gefes de la conspiracion conservadora.

Desde ese momento se encontraba ya el poder en manos del partido mas funesto que ha existido en la República, en manos de los mas encarnizados enemigos del partido liberal progresista republicano, al cual se proponian exterminar, una vez sembrada en su seno la zizaña, haciendo que se destrozara á sí mismo y otras veces aniquilándolo con sus propias manos haciendo desaparecer á sus mas insignes caudillos.

Guerrero al saber el movimiento de la capital y que Santa Anna se habia pronunciado en Jalapa con diferente plan, detuvo su marcha y dió otra prueba mas de dignidad, de buen juicio y de patriotismo, entregando las fuerzas que mandaba y sometiéndose á la decision del congreso. Solo se reservó una escolta para retirarse á sus montañas.

Ya dueños del poder Bustamante, Sanchez Facio y Alaman, que representaban la esencia del elemento reaccionario, pues que el primero fué declarado presidente y él escogió á los que lo habian elevado para ministros, les fué fácil desarrollar las intrigas que van á ser objeto del siguiente relato.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué cometer la mayor infamia que puede concebirse. Un senador llamado Antonio Pacheco Leal protegido de Alaman, propuso en el Senado que Guerrero fuese declarado incapaz moralmente de gobernar, puesto que era el Presidente legítimo y seria siempre la pesadilla del Vice-Presidente Bustamante, importando por lo mismo nulificarlo, y no sin oposicion de parte de algunos pocos legisladores honrados, corrió sus trámites la pérfida iniciativa hasta convertirse en ley que firmada por Bustamante y por Alaman se promulgó en 4 de Febrero de 1830.

Este fué el pago del generoso procedimiento de Guerrero que dejaba hasta el mando del Ejército y depositaba el baston de Presidente de la República en la representacion nacional mientras esta resolvia en

justicia oyendo á las partes que contendian de acuerdo con las leyes vigentes!

Sucedió lo que era natural que sucediera: fueron tantas las atrocidades que empezó á desplegar aquel gobierno usurpador, que puso el colmo á la medida de la paciencia de los mexicanos, comenzaron las conspiraciones por todas partes y estalló la guerra civil.

Guerrero, Alvarez y Codallos eran los gefes de la nueva revolucion, y durante algunos meses estuvieron sosteniendo la campaña con variable fortuna y hubieran ellos derribado á aquel gobierno muy pronto sin el incidente fatal con que vamos á cerrar el presente trabajo.

El 15 de Enero de 1831 se encontraban sobre el muelle de Acapulco los generales Guerrero y Miguel de la Cruz, el coronel Juan Alvarez, el genoves don Francisco Picaluga capitan del *Colombo* y otras personas, cuando llegó el comisionado don Manuel Zavala que iba á embarcarse con pliegos para Jalisco y se dirigió luego á abrazar á Guerrero en señal de despedida.

—No nos decimos adios todavia, le contestó el general, mi amigo el señor Picaluga me ha invitado á comer á bordo con ustedes, he aceptado con sumo placer por estar otras horas mas con los dos Manueles, pues tambien se va con ustedes Manuel Tapia de modo que ya habrá tiempo de despedirnos.

Entonces Zavala buscó un pretexto para alejar un poco al general mientras se alistaban las lanchas que habian de llevarlos á bordo del *Cólombo* y le dijo:

—¡Cómo¡ general! ¿usted va solo á bordo de esa embarcacion?

—Voy con ustedes.

— ¿Pero sin ninguna tropa?

—¿Y para qué habia de querer allí soldados?

—Tiene usted confianza en ese extranjero Picaluga que acaba de llegar de México?

—Le tengo tal confianza como si fuera mi hermano, me ha prestado servicios importantes y lo considero mas amigo mio que de nadie.

—Entonces vamos á embarcarnos, señor general aunque yo mejor desearia que se quedara V. E en tierra.

Guerrero se sonrió y para que viera Zavala la confianza que tenia, gritó:

—Vamos, señores.

Se embarcaron en las lanchas, abordaron el *Colombo*, comieron bien y con la mayor tranquilldad, se comenzaron á levar anclas, notó Guerrero la maniobra y empezó á despedirse. Cuando iba á salir ya

—Un momento, mi general, le dijo Picaluga, voy á dar dos brazadas para acercarme á la Bocana.

Y............ sucedió lo que se habia arreglado en el gabinete de Bustamante en México al precio de cincuenta mil pesos: se presentaron veinte hombres bien armados mandados por un oficial y sujetaron sin resistencia á aquellas cuatro personas, que lo que menos se esperaban era semejante sorpresa. Una vez en el camarote que se había destinado para Guerrero, apa-

recieron allí cuatro hombres con grillos y lo aherrojaron de pies y manos. No lanzó el general ni una queja, ni una exclamacion: comprendió lo que pasaba, así como que la desconfianza que había concebido Zavala había sido un aviso del cielo que habia despreciado.

Hasta el tercer dia vió Picaluga á Guerrero con objeto de disculparse de su negra acciòn.

—Estaba pobre, general, no podia conseguir lo que vd. me debe, ni lo que me tiene reconocido el Gobierno y cedí á la tentacion del dinero. pero con la condicion de que no le han de tocar á V. E. un solo pelo.

—¿Quién le habló á vd. de ese negocio y quién le ofreció dinero?

—El ministro Sanchez Facio.

—¿Qué cantidad?

—Cincuenta mil pesos.

—¿Adonde nos dirigimos ahora?

—A Huatulco, en donde estará una escolta para conducir á V. E. á México.

—Está bien, señor Picaluga, en lo sucesivo le agradeceria mucho se sirviera evitarme el disgusto de su presencia.

—Muy bien, mi general.

El infame saludó y salió de allí riéndose.

El dia 24 fondearon los viajeros en la bahía de Santa Cruz, y el dia 26 fueron conducidos á Oaxaca, escoltados por 50 dragones. En unos cuantos dias se terminó esta causa, dictándose el dia 10 de Febrero esta horrible sentencia, que es el borron mas negro

estampado por la historia en las frentes de Alaman, Facio y Bustamante:

"*Vistas las declaraciones que preceden con el oficio librado por don Miguel González, como comandante del punto de Huatulco, en órden á que el capitan D. José M.ª Llanes formase al faccioso Vicente Guerrero la correspondiente sumaria en averiguacion de los diversos crímenes por éste cometidos y en especial el grave, gravísimo de lesa nacion: visto igualmente lo alegado por el reo y expuesto por el jefe fiscal, de lo que se hizo relacion al consejo de guerra, aunque sin asistencia y presencia del reo por haber renunciado este beneficio y pedido al Consejo se le excusase de hacerlo por no tener que alegar cosa que fuese en su defensa; todo bien examinado con la conclusion del exbresado señor jefe fiscal y alegado por el defensor; el Consejo ha condenado y condena al referido Vicente Guerrero á la pena de ser pasado por las armas, conforme á lo prevenido en la ley de 27 de Septiembre de 1823 y los arts. 26, 27, 42 y 45 y 66 del Tratado VIII, tít. X de la Ordenanza general del ejército y á la Ley I tít. VII, lib. XII de la Novísima Recopilacion. Oaxaca, Febrero de 1831.*"

Los que firmaron esta inícua sentencia pedida por un inmundo fiscal apropiado para el caso que se llamaba Nicolás Condelle, fueron el coronel don Valentin Canalizo y los capitanes Francisco Guizarnotegui,

José Miguel Bringas, Santiago Torres, José María Borja, Cayetano Mascareñas, José Tato, Antonio Robelo, Luis de la Barrera, Zeferino García Conde, y Pedro Quintana. Por supuesto que estos no eran mas que unos desgraciados instrumentos como tantos otros que han servido para perpetrar los asesinatos políticos decretados ó mandados ejecutar ocultamente por los gobiernos, que no por eso dejaron de recibir recompesas como si hubieran llevado á cabo una accion heróica.

Despues de los trámites respectivos pasó don Nicolás Condelle al convento de Santo Domingo donde estaba preso el general Guerrero, le obligó por la fuerza á ponerse de rodillas y le leyó la feroz sentencia. Solo se notó un pequeño movimiento que hizo el héroe para hablar, oponiéndose á aquella iniquidad; pero lo dominó, y para nada desplegó los labios.

El dia 11 fué puesto en capilla y el dia 12 fué sacado á media noche del convento porque se temía una sublevacion del pueblo de Oaxaca, conducido á Chilapa y encapillado de nuevo en esta poblacion donde se constituyó en su mas vigilante guardian el mismo Condelle.

Las tropas las mandaba el capitan don José Miguel Gonzalez, ya hecho comandante por el ministro Facio con quien se habia entendido éste directamente para que recibiera á Guerreto de las manos de Picaluga é hiciera todo lo demas.

El dia 14 fué sacado el general de la capilla y llevado al costado de la Parroquia en donde estaban mas de 200 soldados y el respectivo peloton, todo mandado por González. Eran las cuatro de la mañana, el sacerdote dijo las últimas oraciones, se separó á poco de la víctima que estaba atada al pié de gallo, cerca de la pared, y entonces González gritó con voz de condenado:

—¡Fuego!

Cayó el patriota revolcándose en su sangre, y en México los tres principales asesinos se restregaron las manos, tan luego como tuvieron la noticia.

Facio dijo en el seno del gabinete:

—Que nos acusen de asesinos y digan lo que quieran, hemos gastado cincuenta mil pesos, pero hemos asegurado la paz á siete millones de mexicanos.

El 28 de Julio de 1836 se pronunciaba en Génova por el Real Consejo una sentencia que decia entre otras cosas: "Se condena á la pena de muerte, á las indemnizaciones respectivas y gastos del proceso, declarándolo expuesto á la vindicta pública como enemigo de la patria y del Estado, incurriendo en todas las penas impuestas á los bandidos de primer órden, á cuya categoría pertenece, el expresado Francisco Piccaluga........."

FIN.

INDICE

De los capítulos que contiene la Leyenda VI.

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Pága.